



Los Virreyes del Sur de Italia I

Sicilia 1414-1735



Luis de Orueta

La presencia de virreyes en Sicilia se originó por un pacto entre los habitantes de la isla y la Corona de Aragón. Los sicilianos se obligaban a pagar donativos fijados de forma periódica por su Parlamento a cambio de protección contra el enemigo exterior. Sicilia por sí sola era incapaz de evitar una invasión mahometana como la que tuvo lugar en la península ibérica.

El encargado directo de cumplir este compromiso por parte de Aragón debía vivir en Palermo y jurar los fueros y costumbres de la isla. La ciudad de Mesina aceptó a condición de que las resoluciones de Palermo no la afectasen sin su consentimiento expreso. También obtuvo conservar un régimen propio y el monopolio de la moneda en Sicilia.

Esta situación se mantuvo entre los comienzos de los siglos XV y XVIII con la aquiescencia casi general de los sicilianos, aunque los mesineses trataron de volver a la protección de Francia a mediados del siglo XVII.

El resultado para la Región fue criticado por la historiografía italiana del siglo XX. Recientemente se abre paso una versión más coherente con los testimonios documentales de la época. El presente trabajo sigue muy de cerca la obra clásica de Giovanni Evangelista Blasi, y podría ser visto como una versión libérrima y resumida.

Los Virreyes del Sur de Italia I
Sicilia 1414-1735

© Luis de Orueta

Depósito legal: M-26405-2021

ISBN 978-84-09-33802-3

ISBN Obra completa: 978-84-09-33658-6

La Imprenta CG. (Paterna, Valencia)

Cubierta: *Monte Pellegrino, Palermo*, por George L. Brown, Museo de Bellas Artes, Boston en Wiki Commons.

Virreyes en la Cubierta.

Duque de Alba, por Rubens, hacia 1628, <https://es.m.wikipedia.org/wiki/>

Marco Antonio Colonna II, por Scipione Pulzone, <https://www.pinterest.es/pin/63191201008346368/>

Juan José de Austria, Anónimo, retrato supuesto, en Museo del Prado. Madrid.

Juan de Lanuza, retrato supuesto, Diputación Provincial de Zaragoza.

luisdeor@gmail.com

Madrid, 2021

Luis de Orueta

LOS VIRREYES DEL SUR DE ITALIA I

Ω

Sicilia

1414-1735

Madrid 2021

*En homenaje al historiador italiano
Giovanni Evangelista di Blasi
(1720-1812)*

ÍNDICE

	De	a	pg.
Introducción			15
Primera parte: Reyes aragoneses			
SIGLO XV			
1 Reina Blanca de Sicilia	1409	1415	19
2 Juan, duque de Peñafiel	1415	1416	33
3 Domenico Ram y Antonio Cardona	1416	1419	39
4 Antonio Cardona, Fernando Velázquez y Martinus de Turribus	1419	1420	43
5 Giovanni de Podio, Arnaldo Ruggiero, Niccolò Castagna y Fernando Velázquez	1421	1423	45
6 Niccolò Speciale	1423	1424	49
7 Pedro, infante de Aragón	1425	1426	51
8 Niccolò Speciale	1426	1429	53
9 Niccolò Speciale y Guillermo de Moncada	1429	1430	55
10 Niccolò Speciale y Guillermo de Moncada y Giovanni Ventimiglia	1430	1432	57
11 Pietro Felice y Adamo Asmondo	1432	1433	59
12 Pedro, infante de Aragón	1434	1435	63
13 Ruggiero Paruta y Batista Platamone	1435	1439	69
14 Bernardo Requesens y Gilberto Centelles	1439	1441	73
15 Raimondo de Perellós	1441	1443	81
16 Lope Ximénez de Urrea, vizconde de Rueda	1443	1446	85
17 Antonio Rosso Spadafora, Adamo Asmondo, Pietro Speciale, Gaetano de Corbera,	1446	1459	97
18 Juan de Moncayo	1459	1462	101
19 Bernardo de Requesens	1463	1465	103
20 Lope Ximénez de Urrea, vizconde de Rueda	1465	1475	107
21 Giovanni Tomasso di Moncada	1475	1475	111
22 Guillermo Pujades y Guillermo de Peralta	1475	1477	113
23 Juan Ramón Folch de Cardona, conde de Prades	1477	1479	119
24 Gaspar de Espés	1479	1489	123
25 Fernando de Acuña	1489	1495	131

SIGLO XVI

26 Juan de Lanuza	1495	1507	137
27 Ramón de Cardona, conde de Albento	1507	1509	143
28 Hugo de Moncada	1509	1517	151

Segunda Parte ; Virreyes españoles

29 Ettore Pignatelli, conde de Monteleone	1517	1534	171
30 Simone I de Ventimiglia, marqués de Geraci	1534	1535	179
31 Ferrante Gonzaga, duque de Ariano	1535	1546	185
32 Ambrosio Santapace	1546	1547	195
33 Juan Vega	1547	1557	199
34 Juan de la Cerda y Silva, duque de Medinaceli	1557	1564	207
35 García de Toledo, marqués de Villafranca	1564	1568	217
36 Carlo de Aragona, duque de Terranova	1566	1568	225
37 Francisco Ávalos, marqués de Pescara	1568	1571	229
38 Francesco Giuseppe Landriani, conde de Landriano	1571	1571	235
39 Carlo de Aragona, duque de Terranova	1571	1577	239
40 Marco Antonio Colonna	1577	1584	245
41 Giovanni Alfonso Bisbal, conde de Briatico	1584	1585	257
42 Diego Enríquez de Guzmán, conde de Aliste	1585	1591	261
43 Enrique de Guzmán, conde de Olivares	1591	1595	269
44 Giovanni III Ventimiglia, marqués de Geraci	1595	1598	277

SIGLO XVII

45 Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda	1598	1601	281
46 Lorenzo Suárez de Figueroa, duque de Feria	1602	1606	287
47 Giovanni III Ventimiglia, marqués de Geraci	1606	1607	293
48 Juan Gaspar Fernández Pacheco, V duque de Escalona	1607	1610	297
49 Gioannettino Doria, cardenal	1610	1611	303
50 Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna	1611	1616	307
51 Francisco Ruiz de Castro, conde de Lemos	1616	1622	319

52 Filiberto de Saboya, príncipe de Oneglia	1622	1624	323
53 Gioannettino Doria, cardenal	1624	1626	327
54 Antonio Pimentel, marqués de Tàvara	1626	1627	337
55 Enrique Pimentel	1627	1627	341
56 Fernando Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque	1627	1632	343
57 Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá	1632	1635	347
58 Luis de Moncada, duque de Montalto	1635	1639	351
59 Francisco de Melo, conde de Assumar	1639	1641	541
60 Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, XIX conde de Modica	1641	1644	361
61 Pedro Fajardo de Zúñiga, marqués de los Vélez	1644	1647	561
62 Vincenzo de Guzmán, marqués de Montealegre	1647	1647	581
63 Teodoro Trivulzio, cardenal	1647	1648	381
64 Juan José de Austria	1648	1651	389
65 Rodrigo de Mendoza, duque del Infantado	1651	1655	393
66 Juan Téllez de Girón, duque de Osuna	1655	1656	399
67 Martin de Redin	1656	1657	403
68 Pedro Martínez Rubeo, arzobispo de Palermo	1657	1660	407
69 Fernando de Ayala, conde de Ayala	1660	1663	415
70 Francesco Caetani, duque de Sermoneta	1664	1667	421
71 Francisco Fernández de la Cueva, duque Alburquerque	1667	1670	425
72 Claudio Lamoral. Príncipe de Ligne	1670	1674	431
73 Francisco Bazán de Benavides, marqués de Bayona	1674	1674	439
74 Fadrique de Toledo, marqués de Villafranca	1675	1676	445
75 Aniello de Guzmán, marqués de Castel Rodrigo	1676	1676	451
76 Francesco de Gattinara, marqués de San Martino	1676	1677	455
77 Luis Fernández de Portocarrero, cardenal	1677	1678	459
78 Vicente Gonzaga, príncipe del Sacro Imperio	1678	1678	461
79 Francisco de Benavides, conde de Santisteban	1678	1687	467
80 Juan Francisco Pacheco, duque de Uceda	1687	1695	475

SIGLO XVIII

81 Pedro Colón de Portugal, duque de Veragua	1696	1701	483
82 Juan Fernández Pacheco, duque de Escalona	1701	1702	493

83	Francesco del Giudice, cardenal	1702	1705	497
84	Isidro de la Cueva, marqués de Bedmar	1705	1707	505
85	Carlo Filippo Spínola, duque de Sesto	1707	1713	509
86	Jean Francois de Bette, marqués de Lede	1718	1720	517
88	José Carrillo de Albofrnoz, conde de Montemar	1734	1734	525
89	Henry de Creuzy, conde de Marcillac	1734	1734	529
90	Carlos de Borbón, rey de las dos Sicilias	1735	1735	531

Bibliografía	541

Índice de nombres propios	561

Equivalencias de nombres	581

Introducción

Antes de presentar este libro sobre la época de los virreyes ibéricos en territorio italiano, rindo pleitesía a la Magna Grecia, ese privilegiado espacio del planeta, cuyos efluvios culturales han beneficiado a los hispanos desde tiempo inmemorial.

En mi caso particular, la gratitud tiene un origen más cercano en el tiempo, pues surge en la época de la última postguerra europea, cuando *lo italiano* alegraba nuestras jóvenes existencias, sin necesidad de añadir el benéfico acervo cultural. Esta dependencia inconsciente tiene algunas analogías con los sentimientos de los romanos del Imperio hacia *lo griego*.

Del mismo modo que Nerón se sentía ciudadano de la Hélade y prefería vivir en Atenas, así el rey Alfonso V de Aragón, anteponía Nápoles a Barcelona en cuanto a domicilio y Lucrecia d'Alano a la reina María, en cuanto a corazón. Para el sentir de muchos, Nápoles, Mesina y Palermo eran ciudades más alegres y vitales que Madrid, Zaragoza o Toledo.

La presencia aragonesa primero y española después, provenía, no de una imposición violenta, sino de la elección que los sicilianos ejercían entre otras posibilidades de protección frente a las invasiones de árabes o turcos. Al ser voluntaria, el protector aceptaba respetar los límites del acuerdo y juraba cumplirlos. La cuestión histórica se planteaba con respecto a la duración del pacto. Podría decirse que, precisamente por ser voluntario, se mantenía mientras conviniese a los intereses de los sicilianos. Y puesto que la amenaza otomana persistía, siempre estuvo presente la opción de la alternativa francesa y no fueron pocos los intentos de cambio.

Es cierto que también se incubaron otras aspiraciones, tales como una teocracia vaticana o un republicanismo nacionalista y siciliano, pero la realidad geopolítica de los tiempos limitaba casi siempre las posibilidades al primer dilema.

En un principio, los aragoneses fueron literalmente llamados a sustituir a los franceses por una insatisfacción generalizada que estalló, como es sabido, en las Vísperas Sicilianas. Por eso, cuando el lector de libros de Historia se sorprende de las protestas de lealtad a la *monarchia hispana* por parte del pueblo y las autoridades de Sicilia, no está teniendo en cuenta que, en el fondo, era una situación consentida.

Concebido el virreinato como resultado de un chantaje de proporciones dinásticas, se entienden mucho mejor las tres constantes de la política virreinal: el esmero en el cumplimiento de los privilegios de la nobleza y de las ciudades sicilianas, en especial los de Mesina, la inclinación de los jueces a favorecer al pueblo en sus reclamaciones contra los poderes locales (tanto el de los nobles como el eclesiástico) y la dureza en los castigos a quienes propugnaban el cambio de régimen por la fuerza. Y en cuanto a la forma de prevenir las opciones teocráticas o republicanas, son aplicables: aparte de la inclemencia contra los instigadores, el pactismo con Roma.

Tan importante para el mantenimiento del *statu quo* como las líneas de actuación mencionadas, era una cuarta vía, más sutil pero no menos efectiva, que recuerda el precedente romano de Mecenas. Lejos de imponer el adusto arte de origen hispano, los virreyes hicieron cuanto estuvo en sus manos por apoyar el instinto artístico italiano y exportarlo a la Península ibérica, creando una corriente cultural de sentido inverso, reconocible en los ámbitos literarios, arquitectónico y musical. La expansión de la cultura siciliana encontraría eco en España y en América, beneficiando a sus creadores más allá de lo que el entorno de la isla podía proporcionar de inmediato.

El resultado de la combinación de *savoir vivre* y arte siciliano con la integración en una entidad política supranacional dio como resultado una equiparación del Sur de Italia con su Norte, que dejó de ser perceptible a partir de la unificación. La razón es clara: al perder Sicilia la efectividad del chantaje dinástico, los políticos del Norte ya no se veían obligados a seguir manteniendo los privilegios y el respeto al autogobierno que los virreyes tenían que jurar solemnemente en Palermo. Tanto Sicilia, como Nápoles, y como Cerdeña tuvieron que aceptar alegremente una nueva forma de gobierno sin privilegios ni mecenazgos, pérdida que se vio más que compensada con la

culminación de los de sentimientos nacionalistas, cuya exaltación se inicia en el siglo XIX y perdura en nuestros días.

La historiografía italiana de la época virreinal no ha sabido desprenderse del ambiente antiespañol de la famosa novela de Alfieri hasta muy recientemente. Hoy, la investigación es más imparcial y no esconde el legado arquitectónico, urbanístico y cultural de los años de influencia aragonesa y española, ni tampoco la acogida que encontraban en las cortes virreinales creadores italianos del mundo de la música, las letras, la astronomía y las matemáticas.

El Imperio precisaba del genio natural de los italianos no solo para las ciencias y las artes, sino también para la política. La Historia de España abunda en nombres propios italianos situados al máximo nivel: reinas, validos, primeros ministros, virreyes, dejaron lo mejor de ellos mismos en la corte de Madrid y en las lejanas tierras de América.

Ser virrey en Sicilia, como serlo en Nápoles, era una experiencia iluminadora sobre la concordia de las Armas con las Letras. En términos generales, quienes supieron entenderlo así fueron aceptados por los sicilianos. Quienes creyeron poder violentar el pacto en beneficio de un malentendido honor de sangre, acabaron siendo delatados, cesados y repugnados por los monarcas a quienes creían servir y, finalmente, por la fama posterior. No de forma inmediata, es cierto, pero la persistencia en el rechazo acababa dando fruto.

Reconozco el riesgo de ser injusto con algunos de ellos en este libro, que escribo para dejar algo en el platillo más decaído de la balanza que mide la verdad histórica de aquella época. Los italianos cuentan con historiadores anteriores al sentimiento nacionalista, que dan una versión ponderada de la presencia española, hasta el punto de resultar, para un lector moderno, excesivamente condescendientes y fraternales. Entre aquellos polígrafos hay dos nombres que destacan por el rigor, detalle y amenidad de sus afirmaciones. Me refiero a Vincenzo Auria, y, sobre todo, a Giovanni Evangelista Blasi.

Casi todo cuanto apetece saber sobre la época de los virreyes españoles en Sicilia se encuentra en las obras de Auria y Blasi. De estar traducidas al español, no se me habría ocurrido escribir este libro. De hecho, propuse la idea a un editor amigo, el cual la rechazó alegando que la obra de Blasi era demasiado extensa. Carente de otros

contactos, opté por lo que podría considerarse una traducción libérrima, en que la omisión de extensos párrafos y notas se trata de compensar con trazos biográficos, deudores del Diccionario de la Real Academia de la Historia y del Dizionario degli Italiani de Treccani.

Volviendo a los dos libros básicos de historia de los virreyes, sus títulos casi se confunden: El de Auria: *Historia cronológica delli signori vicerè, dal tempo che mancò la Personale Assitenza de`Serenissimi Rè di quella. Cioè dall' Año 1409, fino al 1697, presente*. El de Blasi: *Storia cronologica dei vicerè luogotenenti e presidenti del regno di Sicilia, seguita da un' Appendice sino al 1842*.

Ambos escritores eran palermitanos; Auria más dado a la poesía y la literatura; Blasi brillaba como teólogo y filósofo. En su libro sobre los virreyes siempre tiene presente lo dicho por Auria, y en ocasiones copia literalmente párrafos enteros. Ello me tranquiliza cuando yo, en este libro, no pocas veces hago lo mismo con lo escrito por Blasi.

Sus obras están plagadas de citas, entre las que destacan los *Anales de la Corona de Aragón* de Jerónimo Zurita, el *Parlamenti Generali del Regno di Sicilia dall' año 1446* de Antonino Mongitore, el *Diario de Palermo* de Marzo (tomado de Mongitore y éste de Auria), Francesco Maurolico con su *Sicanicae Historiae*, Rocco Pirri, con *Sicula Sacra*, Giovanni Battista Caruso con *Memoria Historica Regni Siciliae*, Tomasso Fazello con sus *De Rebus Siculis Décadas Duae*, las *Crónicas* de Francesco Paruta, Giuseppe Bonfiglio, con *Historiae Siccaniae*, Ludovico Antonio Moratori, con *Annali d'Italia*, Vito Amico, Longo, con *Chronicae. Sicilianae*. y tantos otros.

Lo que distingue a Blasi es su dedicación a la verdad histórica, rebuscando entre los documentos en la Regia Cancellería y en la Oficina del Protonotario de la ciudad de Palermo; una persistencia que a veces le lleva a tediosas precisiones sobre fechas y a enjundiosas rectificaciones de datos contrarios a los suyos.

Basta con lo dicho para colegir que este libro no pretende ser un elemento novedoso para el investigador, cuyas mejores fuentes acabamos de mencionar. Me ha movido la curiosidad y el deseo de rememorar en lengua castellana un hecho histórico: la presencia de virreyes españoles durante tres siglos en un espacio privilegiado, siguiendo los acontecimientos por orden cronológico, es decir: al estilo antiguo.

Reina Blanca de Sicilia

1409-1415

Fue la última reina y casi se puede decir que la primera virreina. Su vida podría ser cantada en una ópera, idea que viene a la mente recordando las *Vísperas Sicilianas* de Verdi, ocurridas en tiempo pretérito ya entonces. Trazos propios de *libretto* operístico serían escenas coma la muerte repentina, tras una batalla en Cerdeña, de su primer esposo: Martín el Joven; la ocupación del sillón real vacío por la bella infanta extranjera; las victorias diplomáticas de la joven reina viuda frente a los nobles levantiscos: los dos intentos de raptó por el más agresivo de ellos, empeñado en que lo aceptase por esposo (el en un puente, ella en la popa de un barco), la escena del dormitorio del palacio de Palermo, con la cama de ella vacía... El último acto sería la guerra entre ambos, con la intervención del paladín de Blanca que hace prisionero al enemigo de la reina, el juicio y condena del éste. Y el perdón final.

Frente a esta visión romántica, italiana y decimonónica del gobierno de Blanca, los historiadores aragoneses tienden a quitar importancia a todo elemento teatral, poniendo un velo sobre los ardores del conde, que en la vida real lo era de Modica.

Durante sus dos gobiernos como regente, la reina pudo comprobar que los propios sicilianos ya estaban divididos y que la inestabilidad venía de lejos. Aquella isla era escenario de luchas entre barones que no tenían empacho en servirse de catalanes, milaneses, napolitanos, sardos, romanos y franceses, en defensa de sus intereses.

Antes de la llegada de Blanca a Sicilia, Martín había logrado una relativa paz. El luto por su anterior esposa no fue largo ni sentido. Al menos, dos damas sicilianas le acompañaban en sus horas de viudo, no sucesivamente. Fruto de aquellos consuelos fueron un hijo y una hija, a los que bautizaron con los nombres de Fadrique y Violante.

Mirando a calmar el vigor juvenil de Martín, surgieron voces (entre ellas la del gran almirante y justicia real de Palermo, don Bernardo de Cabrera) que urgían el inmediato matrimonio del rey. Los consejeros de Martín I, padre suyo, apuntaban a la princesa Juana, hermana del rey Ladislao de Nápoles, aduciendo las ventajas de unir todo lo posible los vecinos reinos. También el papa quiso intervenir, dejando ver que, de no hacerse así, sobrevendrían grandes desgracias.

No pareció bien esta idea, ni otras que también se brindaron al rey español porque no se fiaba de las intenciones de Ludovico de Anjou, adoptado por la reina, y además estaba empeñado en que su hijo se casase con Blanca. Escribe Jerónimo Zurita en sus “Anales de la Corona de Aragón”:

Era esta infanta doña Blanca a maravilla hermosa y muy excelente princesa y aficionóse el rey en gran manera a que casase con ella el rey su hijo

Blanca tenía entonces 17 años. Era la segunda hija de Carlos III de Navarra, y estaba en la línea sucesoria de aquel reino. Ella y el esposo lejano que le ofrecían eran primos, pero la licencia del papa Benedicto X solventó ese impedimento.

El rey de Navarra, su padre, dotó espléndidamente a la novia con 100.00 florines de oro. Al casarse le rendirían honores de castellana las plazas de Palermo, Mineo, Bacini, Lentia, Castellón y Francavilla en val de Santiesteban.

Las nupcias se celebraron por poderes en el castillo Ursino, situado en Catania. La ceremonia tuvo lugar el 21 de mayo de 1402, en la *cámara del paramento*, actuando en nombre de la princesa: Lionello de Navarra, Diego Vacuadono y Raimundo Bages; y como testigos e invitados estaban presentes el obispo Guillermo Forselense y diversos barones y prelados.

El séquito de la novia partió del puerto de Valencia, cuatro meses más tarde. Fue entonces cuando Blanca hubo de conocer a quien luego sería su mayor enemigo, el almirante Bernardo Cabrera, que iba al mando de la flota. Bernardo esperaba ocupar un papel muy principal en la corte, dada la confianza que los reyes de Aragón y Navarra depositaban en él.

Sobre la vida de Cabrera hasta el momento en que conoce a Blanca, conviene decir algo. Era 35 años más viejo que ella y estaba casado con una dama llamada Tambora de Aragón y Prades, que trajo al mundo bastantes hijos e hijas.

Bernardo había tenido una infancia triste. Era nieto de un Bernardo homónimo, más conocido en la historia de Aragón, como valido de Pedro IV el Ceremonioso. La vida de su abuelo se parece a la de don Álvaro de Luna en que ambos sirvieron fielmente a sus reyes, reduciendo el poder de los nobles y reforzando la monarquía, es este caso la aragonesa. Al igual que el de Luna, Bernardo prosperó mucho gracias al favor real y acumuló más poder del que el rey debió otorgarle. Cedió el monarca a las intrigas de los nobles y Bernardo fue acusado, curiosamente, de deslealtad. El paralelismo entre ambos consejeros se alarga hasta sus muertes: don Álvaro fue decapitado en la plaza mayor de Valladolid y don Bernardo en Zaragoza, en medio de la plaza del portal de Toledo.

Ese mismo día, en Sicilia, los Doria Chiaramonti se adueñaban del condado de Modica, solar de los Cabrera en el sur de Sicilia, cerca de Ragusa. Bernardo era el cuarto de los condes homónimos y había nacido en Barcelona. Cuando ocurrió la ejecución de su abuelo era un niño de seis años.

Después de aquello, en la conciencia de Pedro el Ceremonioso permanecía un sentimiento de haber sido desagradecido e injusto con Cabrera. Paulatinamente se fue atreviendo a desagraviar su memoria, reivindicar su nombre y hacer que, en 1381, fueran devueltos a sus herederos los bienes embargados. En Italia, Bernardo, ya con 31 años, pudo volver a su condado de Módica y retomar la posesión de la plaza.

Con la reivindicación, volvieron los honores en tal medida que diez años más tarde, Bernardo de Cabrera podría considerarse el siciliano más poderoso. Tuvo además la suerte de que, en 1390

accediese al trono de Sicilia el mencionado Martín el Joven, nieto de Pedro el Ceremonioso. El nuevo rey dio impulso definitivo a Cabrera entre los nobles, al nombrarlo Grande Almirante del Reino (1392) y Capitán Justicia de Palermo (1393). Fueron aquellos unos años de sintonía y colaboración entre ambos dignatarios, que nunca volverían, debido a la naturaleza resentida y falaz del personaje. Así, la posterior desconfianza del rey en Cabrera no puede atribuirse a influencia de la princesa Blanca, que sólo llegó a Sicilia muchos años después de que Martín, harto de las argucias del almirante ya lo hubiera desterrado de la isla.

Cuando Bernardo vio que su situación había empeorado de forma irreparable, supo humillarse públicamente, pedir perdón y dejar su suerte en manos del rey siciliano, pero siempre mirando al de Aragón, de manera que, a ojos del padre, quien pecase de intransigencia fuese el hijo.

No era ajeno el padre de Martín a estas desavenencias porque bien se encargaba Cabrera de mantenerlo al corriente, aportando su versión de los hechos y logrando preocupar al rey aragonés acerca de la forma de gobernar de su hijo. Ello daba lugar a que Martín *el Viejo* (que no lo era más que Cabrera) le aconsejase paciencia en atención a la “juventud” de su hijo.

La flota aragonesa donde viajaba Blanca llegó a Palermo en noviembre de ese año de 1402 y enseguida se celebraron las ceremonias de boda entre los que ya eran esposos. Tuvieron lugar en la catedral, donde poco después fueron coronados reyes por el arzobispo. Las fiestas se extendieron hasta enero del año siguiente, y en ellas los siracusanos mostraron regocijo por las mercedes recibidas de manos de la princesa.

A propósito del primer año de matrimonio de Blanca, el historiador Guiseppe Beccia hace algún comentario sobre la vida amorosa del rey, que no precisa traducción:

Veramente il nostro re Martino non era il principe piu casto del mondo : amava gli bel sesso, e tenea varie concubine, fra le quali furono famose Tarsia e Agata.

Fece dunque Martino il vechio premura ai figlio, acciò distaccasse dai suoi fianche queste donne, e si contentasse

de questa princessa, chè in beltà non avea una uguale.

Y añade que, desde que ella llegó, vivieron ambos en *dolce compagnia*. Al cabo de un año nació un infante que murió al poco tiempo. A la soledad de esta muerte hubo de añadir Blanca la inminente ausencia de Martín, llamado a Aragón por los deseos que sentía su padre de “abrazarlo y hablar de algunos asuntos relevantes”

Los anales de la época subrayan la amplitud de poderes que, en favor de Blanca, firmó solemnemente su esposo antes de partir. Dejaba al criterio de una mujer de menos de veinte años, extranjera (y rodeada de nobles ambiciosos y dispuestos a aprovechar cualquier ocasión en beneficio propio) la última palabra en asuntos de Estado.

Comienza así la primera regencia de Blanca, con la salida de la isla de Martín el 22 de octubre de 1404. Previamente, para cubrir los gastos de una travesía y estancia en Aragón que se preveía larga, el rey había solicitado el apoyo económico de unos y exigido el de otros. Como también retocó algunos impuestos, el viaje disminuyó la popularidad de la real pareja.

Tan pronto vieron sola a Blanca, algunos empezaron a conspirar contra ella, tomando como centro de operaciones la *fácil* ciudad de Messina. Pero la reina, que no era *pelele de los barones sino escudo del trono*, descubrió la conjura y encargó a Girolamo de Cruillas que se ocupase de los delincuentes. Los vecinos de Messina habían tolerado y silenciado unos movimientos en la sombra que no quisieron denunciar. Conscientes de ello, se sintieron amenazados y enviaron mediadores a la reina para excusar su conducta como pudieron. Y (como luego sería habitual en ella) Blanca accedió a olvidar la ofensa.

No contenta con el éxito alcanzado, la reina creyó conveniente mandar aviso al rey su marido, rogando que volviese cuanto antes. El 6 de agosto de ese mismo año, retornaba Martín a las costas de Sicilia, dando por concluida la regencia.

Los dos años siguientes transcurrieron con altibajos en las relaciones con los barones parciales de Cabrera, hasta el punto de ser éste expulsado del reino en 1406 con la comanda de presentarse ante el rey Martín de Aragón en espera de lo que decidiese hacer con su persona. Y el rey decidió que tanto Martín como Bernardo deberían dejar de pelearse y combatir juntos un enemigo exterior que

amenazaba desde Cerdeña.

En efecto, la situación en aquella isla era preocupante porque los genoveses de la rama Brancaleone, no respetaban los derechos de la Corona de Aragón, y además habían acumulado refuerzos provenientes de la península italiana. Hechos los preparativos para la guerra, el 11 de octubre de 1408 salió de Trapani la flota siciliana, compuesta de 11 galeras, llevando a bordo al rey Martín, al almirante Bernardo de Cabrera y a Sancho Ruiz de Lihori, armonizados por la fuerza de un enemigo exterior.

Quedaba en Sicilia la reina Blanca con idénticos poderes a los de su primera vicaría, y apoyada por los mismos consejeros. La duración de este segundo gobierno de Blanca fue mayor de lo que ella esperaba debido a la muerte de su esposo en Cagliari, antes de poder regresar a Sicilia.

Unas palabras sobre cómo ocurrió esta muerte de Martín el Joven: Fue repentina, tras haber derrotado a Guillermo III de Narbona. La batalla principal se libró cerca del castillo de Sanlori el 30 de junio de 1409, si bien los sardos ya habían sufrido varias derrotas a manos de Martín desde el mes de mayo. El rey enfermó, hizo testamento el 25 de Julio y murió ese mismo día o al siguiente.

En menos de tres semanas es posible morir de paludismo y esa es la versión más extendida, pero no la única que existe sobre de qué murió el rey Martín, a solo pocos días de haber dirigido en persona un ejército de miles de infantes y tropas de caballería. Nadie menciona la posibilidad de que muriera envenenado, si bien todos reconocen que su figura había adquirido tintes heroicos y parecía iniciar una nueva era de predominio catalán aragonés en la política italiana. Con su muerte, a decir de los historiadores, la guerra parece como si no hubiera servido de nada. A este respecto, escribe Zurita:

Nunca por muerte de su rey natural se hizo jamás en estos reinos tanto sentimiento y llanto como se hizo en el de este príncipe, que era de ánimo grande y muy generoso y muy grande de empresas; porque fue gran parte del dolor verle aquel príncipe arrebatado en la flor de su edad y de su caballería y en el furor de sus victorias y lo menos que se aventuraba con su muerte eran las islas de Sicilia y

Cerdeña y representaban mayores males y daños; aunque ahora lloraban la pérdida particular de sus propias casas, no podía dejar de afligirse y condolerse en común miseria y turbación, entendiendo que no les quedaba ningún género de remedio ni consuelo.

Un tan brusco giro de la fortuna ha dado lugar a otra leyenda, de inspiración sarda, que explica la muerte del rey por excesos amatorios tras la victoria. Una bella del lugar habría sido objeto de atenciones por parte del rey durante su estancia, la cual se habría avenido a lograr la extenuación total de su amante, vengando así la honra de los humillados genoveses de Arbórea. De esta forma el mito de Dalila reviviría de algún modo en Cerdeña y guardaría su triunfo en el panteón de la catedral de Cagliari.

Mientras tanto, en Palermo, los funerales del rey ocuparon los últimos meses de aquel infausto verano. En el testamento que pudo dictar, si bien los derechos últimos revertían a su padre, Martín II dejaba claro que el gobierno efectivo de la isla debía seguir en manos de su esposa Blanca, sin limitación alguna. Reunido a tal efecto el Parlamento de la isla en Taormina, el duque de Montblanc confirmó el mantenimiento de las atribuciones de forma solemne el 8 de agosto del mismo año. La reina gobernaría apoyada por un consejo de procuradores de Palermo, Messina, Catania, Siracusa, Girgento y Trepani. Nadie parecía acordarse de Bernardo Cabrera.

Bernardo tomó el olvido real y la proclamación del Parlamento de Taormina como una declaración de guerra. Y no le faltaban razones. Mientras vivió el rey, lo había apoyado con los refuerzos que llegaron de Cataluña. No fueron ni tan necesarios ni tan numerosos como aparecen en frecuentes reseñas de la campaña. Basta saber el número de arqueros que cabían en una galera catalana (44) y el número de galeras que llegaron a la isla (6 desde Barcelona y 11 desde Sicilia). En cuanto a la caballería, que iría transportada en barcos, aunque fueran 60, no podrían llevar más de 30 caballos en cada nave.

Ello no obsta a que los sardos sufrieran una matanza cruel e indiscriminada en la localidad de Occidroxu y que los prisioneros comunes fueran embarcados a la vuelta para ser vendidos como

esclavos en Aragón. En cuanto a los nobles, una vez en Sicilia, Cabrera decidió liberarlos buscando su complicidad en futuras intrigas.

En su biografía de la reina Blanca, el historiador decimonónico Giuseppe Beccaria reconoce que, a partir del fallecimiento de Martín II, Bernardo de Cabrera tenía mejor título que la reina por su condición de presidente del Sacro Consiglio. Sin embargo, añade que el pueblo no lo seguía:

Ma quantunque la Regina Bianca fosse senza titolo, era nondimeno amata dalla maggior parte della nazione, la quale bramava ch'è la medesima continuasse a dominare: e dall'altra parte, comunque il diritto del Caprera fosse chiaro, era egli non ostante in esecrazione delle maggior parti degli Siciliani che ricusareno de ubbidirgli.

Algo de su popularidad le había venido a Blanca por sus desvelos con ocasión del terremoto que sufrió el Messina el 9 de noviembre de 1408. El historiador Vincenzo Auria lo comenta, comparando la generosa y sacrificada conducta de la reina con los espantos del emperador Calígula, a quien otro terremoto igual sorprendió en la misma ciudad, según Salustio.

La partida parecía favorable al bando de los parlamentarios cuando un acontecimiento vino a trastocar el equilibrio de fuerzas: el 31 de mayo de 1410 moría en Barcelona el rey Martín I *El Viejo*, dejando sin continuidad la línea sucesoria catalana. Casi al mismo tiempo, moría también doña Tambora de Prades, mujer de Bernardo. Parecía como si los designios del azar impulsaran al conde de Modica a unirse a Blanca en matrimonio y ganar todos los triunfos de un solo golpe.

Lo poco delicado de la pretensión dejó de parecérselo cuando supo que los palermitanos estaban hablando de casar a Blanca con príncipes de los reinos cercanos, y muy espacialmente con Niccolò Peralta, descendiente de Federico II de Sicilia y de Pedro II de Aragón.

El encuentro entre Bernardo de Cabrea en Siracusa desde la orilla de un puente y la reina escuchando, en la popa de un barco, su oferta de parlamentario mezclada con protestas de amor tiene algo de

verosímil, precisamente por lo insólito y ridículo.

Il Caprera avea aperto il suo cuore a la regina in una situazione molto infelice: Lei sulla popa di una nave: diffidente; lui: sul ponte alla riva, de parlamentario infinto.

El rechazo no pudo sino aumentar la animosidad del conde de Modica contra la reina. Ella se retiró al castillo Marchetto, en Siracusa, librándose de ser raptada gracias a Giovanni de Moncada.

Hizo Cabrera que en Cataluña se conocieran las maniobras sobre posibles nupcias y del peligro potencial para los intereses de la Corona de Aragón. Con este motivo el Parlamento de Cataluña se creyó llamado a intervenir en favor de un aliado fiel. Pero, como hace notar Blassi, los enviados aragoneses llegaron tarde a Trapani, cuando ya la guerra entre Sancho Ruiz Lahori y Bernardo de Cabrera era difícil de parar con buenas palabras. Los embajadores se limitaron a pedir que depusieran las armas. Como esto no se cumplía, optaron por dar la razón a Bernardo Cabrera, a quien creían más fuerte. Al término de su misión hicieron a Blanca dos peticiones: que se le devolviesen a Cabrera sus villas y soldados y que la reina se retirase de la política a vivir al castillo de Solanto, con una renta de 20.000 florines al año, quedando bajo la protección de Gabriele de Faulo.

La reina parecía aceptar un destino tan desairado. Bernardo de Cabrera se mostraba satisfecho y los embajadores catalanes volvieron a Aragón pensando que su gestión era digna de premio. Mas, tan pronto dejaron éstos Sicilia, se reunieron los partidarios de la reina y la recordaron que los embajadores carecían de autoridad para otra cosa que no fuese aconsejar y que ella era libre de no aceptar el consejo.

Quien más se distinguió en proponer la reanudación de la guerra fue Giovanni, conde de Ventimiglia. De inmediato, la reina lo nombró Capitán General, con el resultado fulgurante de la recuperación de Siracusa. Asegurada la región siracusana, todo quedaba pendiente de la posesión de Palermo. Viajó luego la reina de Siracusa a la capital, estableciendo su cámara en el palacio de Palermo y hasta allí la siguió Cabrera poniendo cerco a la ciudad.

Una noche de enero de 1412, valiéndose de complicidades

palaciegas, Bernardo logró entrar en el castillo, pero su presencia fue advertida a tiempo de avisar a la princesa y a su camarera, quienes salieron corriendo de sus aposentos sin mirar a otra cosa que volar custodiadas en dirección a la playa. Allí se personó el marino Raimundo de Turrilis. Puso una galera a su disposición y las condujo a salvo mar adentro.

La escena de desencanto de Cabrera en el dormitorio vacío ha sido objeto de comentarios ya desde las primeras Historias de Palermo, escritas por Francesco Maurolico y por Tomasso Fazello. Dice el primero:

Mientras, en la cámara de la reina encontró la cama de ella revuelta de sábanas y aún caliente.

Y añade que se mostró furioso diciendo: *He perdido la perdiz, pero tengo el nido; (perdicem ait perdidi sed nidum tenco)* y se puso a robar cuanto encontró: joyas, ropa, muebles, documentos...todo se lo llevo iracundo.

En la versión de Fazello la metáfora pasa de la perdiz y el nido al perro y la gacela, que persigue por el delicioso olor, que Cabrera mostraba orgulloso señalando su propia nariz:

protinusque depositis vestibus, lectum, ut adhuc erat tepidum, subit, ac per totum se voluntans, et subinde spiritum pernares traens significabat abganniens more venatici canis, ad lustrum ferare seseo odore delectari.

Y termina Fazello citando a Tasso (Canto 18) : *Piascera i suoi fameli desirii*. Por su parte, Guiseppe Beccaria comenta:

Vechio innamorato e ambizioso, que per primo correva al reginal palazzo e quella stanza frugava a quel'alcova, chè tuttavia odorvan de la bella regina e dove tutto gli parlava de lei.

Lo sucedido en Palermo movió a que el almirante Sancho Ruiz de Lihori y Antonio Moncada partieran con sus tropas para expulsar a Cabrera de la ciudad. El castillo, ya sin la princesa, seguía

resistiendo el asedio. Vinieron ambos ante Cabrera, lo conminaron a levantar el campo y a que devolviera a Blanca castillos y soldados y le rindiera el homenaje debido. Contestó el gran almirante de mala manera, y dispuso las tropas en orden de combate, a las mismas puertas de la muralla.

La razón no se sabe, pero el hecho es que, iniciada la lucha, Bernardo volvió a entrar en Palermo de manera misteriosa y también esta vez fue reconocido por un vigilante, quien se apresuró a avisar a Sancho Lihori. Éste, adivinando que Cabrera volvería a salir por donde entró, le tendió una emboscada y logró hacerlo prisionero. Se eligió el castillo de la Motta, situado en Catania, para ingresar a Bernardo Cabrera lo más lejos posible de sus leales. La reina pidió que se le abriera proceso por deslealtad, sin descuidar el robo de sus cosas, que valoró en 10.000 florines.

La imagen del orgulloso Bernardo de Cabrera cautivo de la reina, ha dado lugar a comentarios varios. Unos favorables a Blanca, subrayando su clemencia e inclinación al perdón. Otros construyen una leyenda de crueldad por parte de Sancho Ruiz Lihori. Según esta tradición, recogida por Il Fazetto, Zurita y Lorenzo Valla, Cabrera fue puesto en una cisterna que se iba llenando de agua hasta que los gritos alertaron a sus guardianes. Éstos avisaron a Lihori, que estaba allí casualmente, el cual pediría disculpas fingidas a Cabrera y mandaría cerrar los grifos. Acto seguido sería trasladado a otra celda, oscura y maloliente. El prisionero, para librarse, habría sobornado a su carcelero, diciéndole que pidiera un rescate a sus amigos y que lo ayudase a escapar. La oferta habría sido aceptada con la condición de pago por adelantado.

Los amigos de Cabrera juntarían la cantidad en poco tiempo y la entregarían. El prisionero recibiría de su guardián una larga sogá para deslizarse por la ventana, aconsejándole éste que lo hiciera de noche, para mayor seguridad. Llegada la ocasión, Cabrera miraría por la ventana a la calle y, al verla silenciosa, descendería pies en muro para encontrarse que había caído en una red de pescadores. Y allí pasaría la noche, sin poder moverse, hasta que por la mañana unos viandantes avisarían al castillo, donde volvería a su celda sin el dinero de los amigos.

Beccaria ve en esta narración un esfuerzo de los aragoneses

para mejorar la imagen de Bernardo de Cabrera, buscando la compasión del lector, si bien considera poco creíble varios elementos de la narración: que Lihori estuviese en el castillo de la Motta en lugar de Palermo, que los amigos de Cabrera pudiesen entrar en la fortaleza y que la celda tuviera una ventana abierta a la calle.

En cambio, la escena que se pretendía hacer olvidar (la de Cabrera gritando en el dormitorio de la reina al no encontrarla allí) esa está probada en la sentencia del proceso contra él, al obligarle a restituir lo robado, como así se hizo.

Mientras estas cosas ocurrían en Sicilia, en Aragón las incertidumbres sucesorias habían quedado resueltas, si bien de forma inesperada. Elegido rey Fernando de Antequera, quiso resolver el embrollo siciliano, copiando el envío de embajadores que en su día hiciera el Parlamento de Cataluña. Con una diferencia: que ahora ya había un rey a quien reconocer como propio y no un futuro.

Aprovechando la lección aprendida, esta vez los embajadores estuvieron de parte de la reina, porque entre ella y Fernando había existido una correspondencia anterior a la llegada de los embajadores, que dejaba las cosas claras. Además, tanto el padre de Blanca, Carlos III de Navarra, como el papa Benedicto XIII habían dejado constancia de su apoyo y preocupación.

Los embajadores, a pesar de todo, no fueron insensibles a la desgracia de Bernardo de Cabrera. Y lograron de Fernando que instase a la reina a liberarlo de su prisión, con una serie de condiciones, de las cuales la que más convenció a Blanca fue que tenía que salir de Sicilia.

Por aquel entonces murió el rey de Nápoles, Ladislao, sin hijos, por lo que la línea sucesoria pasaba a su hermana Giovanna, o Juana. Como estaba soltera y era joven, el rey español pensó en lo bien que podía venir al reino de Aragón unir Nápoles y Sicilia, casando a su hijo Juan, con la princesa Giovanna. La idea pareció bien a muchos y de hecho se celebraron los esponsales en Valencia el día 4 de enero de 1415, cuando el novio apenas contaba 17 años, tal como había ocurrido 13 años antes en el mismo lugar cuando Blanca se prometió a Martín II.

La diferencia con Blanca fue que cuando Juan, duque de

Peñafiel, llegó a Nápoles para celebrar el matrimonio prometido con Giovanna, ya se sabía que ella había roto el compromiso para casarse con el conde de la Marca, de nombre Giovanni, porque según Zurita (poco amable con los castellanos) “era más poderoso y más bello”.

Quedaba disponible el reino de Sicilia, al que Juan podía acceder, como lugarteniente general, mientras Fernando fuera rey de Aragón. Todas estas circunstancias y caprichos de la Fortuna llegaron a oídos del padre de Blanca, el cual deseaba fervientemente volver a tener su hija preferida cerca, dado que en 1413 había muerto su primera hija, Juana, heredera del trono, por lo que a partir de entonces Blanca se convertía en futura reina de su país. Y por si estos motivos no fueran suficientes para el regreso, Blanca había perdido parte de los dominios sicilianos que llegó a tener mientras vivía su esposo y se encontraba sin dinero. De manera que sin pensarlo más el rey Carlos III de Navarra comunicó al rey Fernando de Aragón estos deseos con el fin de obtener su aquiescencia para preparar el viaje de retorno de la princesa.

El encargado de ir a recogerla y acompañarla a Navarra fue don Pedro Martínez de Peralta. De Barcelona salieron dos galeras, siendo su capitán Fernando de Vega y estando de comandantes de cada una: Andrea Maveranga y Giovanni Maveranga.

Del lado del conde de Peñafiel, el viaje a Sicilia se retrasó debido a la vergüenza de haber sido desdeñado por Giovanna de Nápoles. Llegó a Palermo en la primavera de 2015, acompañado por el almirante mayor Alfonso Enríquez y por el obispo Domenico Ram.

Blanca envió desde Siracusa a embajadores encargados de manifestarle su afecto y dar a los recién llegados la bienvenida. Pero no acudió a la recepción oficial. Según Blasi (quien revolvió todos los documentos locales disponibles, tratando de averiguar si los primos reales llegaron a conocerse en Sicilia) la reina pensaba ya sólo en dejar bien acomodados a sus leales y servidores, procurando que los nuevos gobernantes respetasen sus derechos y sus funciones. También dedicó energía a asegurarse de que el conde de Peñafiel la ayudaría a recuperar predios y gabelas, para restaurar su maltrecho patrimonio. Menciona que, recordando la suntuosidad de la corte navarra, Blanca sintió necesidad de renovar sus vestimentas, y así

consta en carta de ella a un rico comerciante de sedas siciliano, de nombre Peregrino Tarigo.

El día 3 de Julio Blanca redactó un documento en el que dejaba encomendada la gestión del reino al almirante Alfonso Enríquez, compañero de viaje del nuevo rey.

El 4 de Julio, las dos galeras estaban preparadas en Trapani, pero surgió un problema de licencias para el embarque de 10 caballos y 2 mulas, que tenían que pagar derechos. La autorización para prescindir del arbitrio llegó hasta el día 23 y, por fin, el 25 de ese mes la princesa de Navarra pudo hacerse a la mar dejando...

Desconsolados a los sicilianos, de los cuales era tan amada y querida que no habrían querido perderla nunca.

Juan, duque de Peñafiel

1415-1416

Duró el gobierno de este virrey menos de un año, en el cual ocurrieron pocas cosas reseñables, que no por ello dejaré de referir. Sin embargo, desde un punto de vista de filosofía de la Historia, lo interesante es cómo cuarenta años después se repitieron sentimientos del pueblo siciliano; esfuerzos para darle contento; y razones de Estado que primaron sobre la simple aceptación de sus deseos.

Tanto en el primer episodio como en el segundo, los comerciantes sicilianos, y por extensión todos sus compradores, eran conscientes de que, sin la protección militar de un Estado fuerte, como el de Aragón, los mahometanos no sólo dificultarían la necesaria paz en el mar, sino que conseguirían apoderarse de sus puertos y ciudades. Convencidos de ello, la dependencia de la monarquía hispana podía ser considerada un mal menor.

Sin embargo, el recuerdo de la libertad perdida hacía soñar con acomodos más cercanos al sentir local, menos globales, por usar un término anacrónico pero descriptivo.

Los reyes aragoneses no ignoraban este sentimiento y aceptaban como un honor jurar la defensa de las leyes, costumbres y usos propios de la isla. Como, además, cumplían bastante bien lo prometido, los italianos más cercanos a sus gobernantes se preguntaban qué impedía que en Sicilia, en lugar de virreyes, hubiera reyes. Todo lo demás podía seguir más o menos igual, mandarían los mismos, pero en calidad de reyes.

Cuando vieron lo amable y condescendiente que se mostraba el duque de Peñafiel, fueron las mismas autoridades que tan espléndidamente lo habían recibido, quienes le transmitieron ese vivo deseo.

El ejemplo de Nápoles estaba bien cerca. También ese reino precisaba protección exterior. ¿No había enviado su reina, doña Juana, embajadores a Valencia para negociar su boda con el duque? ¿No había sido esa la razón de su viaje a Italia, después de celebrar en enero esponsales por poder con la reina Juana, justo antes de venir a Italia?

Juan no podía negarlo. Los consejeros de la reina habían propuesto que eligiera uno entre tres príncipes que podían ser de España, de Inglaterra o de Francia. El elegido sería rey consorte de Nápoles. Que después de la ceremonia de Valencia, la reina hubiera olvidado el compromiso, casándose con otro era una grave afrenta. Para lavarla, los sicilianos animaban al duque a que invadiera Nápoles con su ayuda y la de una parte de la población napolitana, que recelaba del elegido, por ser francés. ¿Por qué Sicilia, más fiel que Nápoles, no podía llamarlo rey?

Juan escuchaba estas consideraciones sin atreverse a dar una contestación. Su silencio provocaba nuevos argumentos. El rey Fernando estaba gravemente enfermo en Perpiñán. Su hermano Alfonso heredaría el reino de Aragón. ¿No aceptaría que Juan heredase una Sicilia convertida en reino?

Dice Zurita en sus Anales que Alfonso fue advertido de las tentaciones sicilianas que soportaba su hermano y temió. Con respecto a la idea de vengar la humillación propinada por Juana de Nápoles, aconsejó a Juan que lo olvidara. Sobre lo propuesta de hacerse rey, no quiso darse por enterado. Prefirió decirle que en Aragón las cosas se habían complicado y reclamaban su presencia. Pero que dejaba a su albedrío el momento de su vuelta.

Juan, durante los meses que gobernó la isla, siempre tenía presente estas dos cuestiones. Pudo no hacer caso, invadir Nápoles y tratar de coronarse en ambos reinos, como le proponían. Que no lo hiciera, según Zurita, fue debido a la prudencia de almirante Diego Gómez de Sandoval y a que “el infante no tuviera más ambición y gusto de gobernar”. Y añade que “obedeció con gran humildad y se

hizo a la vela con algunas naves sin aguardar armada de galeras (que le enviaba su hermano)”.

Estos son los hechos del primer episodio, que ocurrían en 1415 y 1416. Los del episodio paralelo tuvieron lugar en 1460.

Los sicilianos volvían a tentar a un príncipe español a que se proclamase rey de Sicilia. Las diferencias están en los personajes. Quien estaba en Sicilia era el príncipe de Viana, hijo de Blanca, la que fuera reina y virreina de Sicilia y del mismo Juan, duque de Peñafiel. Alfonso los había casado en compensación de la “humildad” mostrada por su hermano en 1415. En lugar de rey de Sicilia, y rey consorte de Nápoles, a Juan lo había convertido en rey consorte de Navarra.

Alfonso había muerto. El duque de Peñafiel ya no era virrey de Sicilia, sino que lo era de Aragón y desde España sentía preocupación de que los sicilianos eligieran su propio rey, aunque éste fuera su hijo. Cuando le comunicaron el afecto que el príncipe había logrado en los habitantes de Sicilia, ordenó que fueran a buscarlo y lo llevaran urgentemente a Mallorca. La historia se repetía, pero con mayor crudeza, porque mayor era la identificación de los sicilianos con su hijo, por ser también heredero de Blanca, su reina.

Juan odiaba a su hijo Carlos. Prefería a Fernando, hijo de su segunda mujer, que nada hacía por cambiar estos sentimientos. Juan negaba a Carlos el derecho a suceder a su madre Blanca en Navarra. Carlos no renunciaba a la decisión de su madre y luchaba (inútilmente) contra los designios de su madrastra.

Carlos pudo ignorar a su padre y vengarse de las humillaciones recibidas proclamándose rey de Sicilia. Y el paralelismo de los dos episodios se cierra con que, a pesar de todo, Carlos no cedió a la tentación y obedeció a su padre. Las similitudes serían aún mayores si el príncipe de Viana hubiera llegado a ser el marido de Isabel la Católica con el acuerdo del padre de ella, Enrique, lo que habría compensado su abnegación en Sicilia. Pero las similitudes acabaron ahí, porque la mera posibilidad de aquel matrimonio acarreó al excelente príncipe el que su padre, Juan, lo pusiera en prisión y que en ella encontrase la muerte.

Nada de estas cosas podía sospechar el virrey duque de Peñafiel que iban a ocurrir cuando llegó a Sicilia, en agosto de 1415. Ni siquiera tuvo tiempo de conocer a Blanca, la reina que le dejaba el sitio, y que luego aceptaría ser su esposa en Navarra. Tampoco podía imaginar que un hijo de ambos acabaría refugiándose en la isla, huyendo de sus iras y que este hijo tendría la misma posibilidad de romper con Aragón, que en esos momentos le estaban ofreciendo a él.

Para terminar las comparaciones, hay que decir que, a diferencia de su hermano, difícilmente cabría adjudicar al duque de Peñafiel el apodo de “magnánimo”.

El gobierno del duque de Peñafiel fue breve. La vergüenza de haber sido relegado como rey de Nápoles *por ser los castellanos demasiado ufanos y presuntuosos y el conde de la Marcha muy hermoso y de gran cuerpo y vestía muy ricamente* se vería adormecida con las averiguaciones que iba recibiendo sobre la persona de la reina de Nápoles, Juana. Se supo que el verdadero dueño y señor del corazón de Juana era un cortesano de nombre Pandolfo Aloppo. En cuanto al esposo francés de la reina, pronto se vio controlado por los Sforza, quienes lo enemistaron con sus compatriotas franceses, a los que arrojaría de Nápoles, “donde sólo quedarían cuarenta de ellos”. Tantos poderosos en su contra impidieron a Jaume de la Marche llamarse rey de Nápoles, y tuvo que contentarse, por consejo de Pandolfo, con el título de príncipe de Taranto y duque de Calabria.

Olvidada la afrenta napolitana, el virrey de Sicilia pasó a concentrarse en agradar a los sicilianos en asuntos internos del país. El más importante era la defensa de las costas. Ocurría que la flota real no bastaba para asegurar el tráfico de los mares, por lo que los mesineses realizaban operaciones de corso y piratería contra los moros, completando con sus inversiones el apoyo gratuito de la Marina. La parte negativa era que los sucesivos almirantes españoles se arrogaban el derecho de retener las presas, desalentando los esfuerzos de los comerciantes. El virrey promulgó normas delimitando las atribuciones de cada uno.

Intervino también dando la razón al almirante Sancho Ruiz de Lihori en su pleito con Bernardo de Cabrera por haberle arrebatado

el castillo de la Motta.

A los venecianos, que imponían aranceles y tasas cada vez mayores a los productos que llegaban de Sicilia, los amenazó con hacer exactamente lo mismo con los procedentes de Venecia.

A la petición de que intermediase en la elección de esposo para Constanza, rica heredera de Alfonso de Ventimiglia, en lugar de aventurar su parecer sobre los tres aspirantes (un primo suyo, el hijo del almirante Alfonso Enríquez y Gilberto de Centelles), Juan exigió que fuera la viuda quien decidiese sin presiones de los nobles, ni intervención real.

La noticia de la muerte Fernando I, padre del virrey, llegaría a Sicilia en abril de 1416, desencadenando los acontecimientos sucesorios descritos y la “sugerencia” de su hermano Alfonso de que abandonase Sicilia tan pronto considerase asegurada la lealtad del Parlamento.

Domenico Ram y Antonio Cardona

1416-1419

La historia de los virreyes de Sicilia, a partir de Juan de Peñafiel y hasta la muerte de Alfonso V de Aragón, en 1458, llama la atención por la frecuencia con que el gobierno queda encomendado a lugartenientes, varias veces triunviros, que detentan el poder mirando siempre de reojo a las vicisitudes de los Trastámara, tanto en España como en Italia. Durante un tiempo, Alfonso creyó poder extender sus dominios en Castilla contando con sus hermanos Juan, Pedro y Enrique. En vista de que aquella empresa no daba los resultados apetecidos, mudó de escenario. Abandonó España y se trasladó a Italia, pasando fugazmente por Sicilia como trampolín desde el cual impulsar la deseada posesión del reino de Nápoles, del que se consideraba heredero legítimo, en pago a la ayuda que prestó a la reina Juana.

Por lo dicho, los sentimientos de los sicilianos se entienden mejor teniendo presente en estos capítulos el hecho de que el rey Alfonso podía ser percibido como un monarca en busca de un reino más satisfactorio que el de Aragón, hombre de una gran cultura clásica, que, si lograba el trono de Nápoles para sí, no regresaría nunca a España.

La elección de los gobernadores de Sicilia estaba subordinada a que sirviesen a esta empresa, y los sicilianos eran conscientes de ello. Como tardó bastante en lograr ser rey de Nápoles, fueron numerosos los personajes seleccionados para asegurar el orden en

Sicilia y el apoyo logístico a la península italiana. Los nombramientos reflejan el propósito de compensar las virtudes y defectos de cada uno, con la esperanza de lograr un gobierno armónico.

Al principio, los elegidos siguieron recibiendo el nombre de virreyes, aunque tuvieran que compartirlo. Es el caso de Doménico Ram, y Antonio de Cardona. Ambos debieron sus nombramientos a la circunstancia, mencionada en el capítulo anterior, del regreso a Aragón del príncipe Juan, duque de Peñafiel.

Doménico había sido encargado de acompañar a los embajadores que se desplazaron a Nápoles para negociar el matrimonio del príncipe Juan con la reina Juana de Sicilia. No era pequeña la dote que iba a aportar la novia: Hungría, Croacia, Serbia, Galizia, Rumanía, Bulgaria.... Conocía este obispo mejor que nadie los pactos nupciales, y se juzgó conveniente que acompañase al príncipe Juan en su viaje de desposorios. Antes de venir a Sicilia, acababa de ser trasladado al obispado de Lérida desde Huesca y tenía setenta años.

Domenico Ram había nacido en Aragón, posiblemente en Morella. Sus padres se llamaban Blas y Aldonza. Estudió leyes en Lérida y en 1394 llegó a ser prior de la colegiata de Alcañiz. Posteriormente tuvo el importante cometido de financiar a los papas de Avignon con fondos obtenidos al efecto en la diócesis de Zaragoza. Coincidió con Vicente Ferrer en su apoyo decidido al antipapa Benedicto XIII, que era el preferido por el rey Martín I. La conexión con Avignon se afianzó tanto, que Doménico se quedó a vivir allí y Benedicto XIII lo nombró embajador suyo en Zaragoza, ante el rey Martín.

Cuando murió este rey, Doménico Ram (que ya era obispo de Huesca gracias a Benedicto XIII), se distinguió en las deliberaciones que tuvieron lugar en Caspe para nombrar sucesor, apoyando la candidatura de don Fernando de Antequera. El prestigio y visibilidad de Ram aumentaron al presidir la coronación de Fernando en enero de 1414, como rey de Aragón.

Por todo lo anterior, una vez en tierras italianas con el infante Juan, el desaire de la reina Giovanna de Nápoles, casándose con otro, dejó preocupado al obispo. A partir de entonces, Domenico Ram

comprendió que los acontecimientos de Italia aconsejaban renunciar a seguir defendiendo a Benedicto XIII y optó por cambiar de criterio, dejar de apoyar al papa valenciano y concentrar sus esfuerzos en un acercamiento a Roma.

La nueva postura de Ram lo hacía persona idónea para asumir el gobierno de Sicilia. Una señal de amistad hacia el Vaticano, hasta que el rey encontrase alguien menos necesario en Aragón. Quería el rey que Domenico Ram volviese a su diócesis de Tarragona para desempeñar nuevas misiones de confianza. La doble firma aparece en varios documentos, con prelación para el anciano obispo. El viaje de retorno tuvo lugar a comienzos de 1419.

Al otro virrey, Antonio de Cardona, correspondía la tarea de vigilar al príncipe Juan mientras permaneciese en la isla, y de acompañarlo a las Baleares.

Cardona era muy joven. Acababa de cumplir veintitrés años y ya se hizo notar en la defensa de la reina Blanca cuando Bernardo de Cabrera intentó raptarla. Sus antepasados eran señores de Cardona y otras plazas catalanas. Su padre, Hugo Folch de Cardona, había sido nombrado conde por el rey de Aragón Pedro *el Ceremonioso*.

En los años 1418 y 1419, tiempo que duró el gobierno de estos virreyes, lo más destacable que ocurrió en Sicilia fue la decisión conjunta de acudir en defensa de los habitantes de las islas de Malta, que sufrían ataques cada vez más intensos por parte de piratas y corsarios berberiscos. La pequeña isla de Comino estaba tan desprotegida que se temía que la tomaran permanentemente y desde allí acosar con ventaja Malta y Gozo. Para evitarlo, se construyó un fuerte con dinero que Cardona prestó a la Corona.

En el campo legislativo, Ram aprobó una orden prohibiendo a los no sicilianos acceder a cargos eclesiásticos importantes; algo que agradecían los mesineses y palermitanos, aunque disgustase al papa.

La medida de gobierno de Antonio Cardona más inesperada estuvo encaminada a desactivar el descontento de los muchos partidarios con que contaba Bernardo de Cabrera. Su patrimonio había sido embargado con la excusa de pagar las joyas robadas a la reina Blanca. Cardona ordenó que se devolviesen al duque de

Modica sus propiedades y se archivasen las causas pendientes. El mismo Cardona que había sido el más distinguido adalid de la reina en su etapa de viuda gobernadora, ahora, como gobernador, se olvidaba de la promesa hecha a Blanca antes de su partida y prefería la reconciliación.

Antonio Cardona, Fernando Velázquez y Martinus de Torribus

1419-1420

En 1419 se incorpora como virrey Fernando Velázquez. Su firma empieza a aparecer contigua a la de Cardona. Vincenzo Auria añade como tercer mandatario, a partir de este año, al nuncio don Martín de Torres. Con la llegada del rey Alfonso V a Sicilia, el 12 de febrero de 1420, cesarían de gobernar mientras él permaneciera en la isla.

Fernando, que aparece como Ferrán o Ferranti Vázquez en los documentos, era segoviano, de Cuéllar. Su ascenso social debe mucho a la compañía permanente que dispensó al infante Fernando, que se convertiría en Fernando I de Aragón. La relación con el infante era anterior al compromiso de Caspe, ya que estuvo en la toma de Antequera, como consta en la Crónica de Juan II de Castilla.

En 1412 fue enviado a Sicilia, con otros tres embajadores para informar del conflicto entre la reina Blanca y el conde de Modica. Estaba casado con la hija del repostero mayor de Alfonso V, doña Inés de Alfonso, que le dio numerosa prole. Entre sus hijos destacaron en distintos episodios de la Historia de España: Fortún, Juan, Gutierre, Alfonso, Bernabé, Fernán, Rodrigo, Esteban, Pedro y Catalina, ésta última como dama de la reina Isabel la Católica.

El tercer triunviro, que Blasi llama Martinus de Torribus, equivalente a Martín de Torres, era otro de los cuatro embajadores que

visitaron Sicilia en tiempos de la reina Blanca.

Pese al nombramiento, poco tiempo estuvo Martín de Torres como virrey, junto con Cardona y Velázquez, ya que el rey Alfonso lo reclamó en Nápoles. adonde acudió con Raimundo Perelló y Giovanni Ansalone.

El gobierno de estos virreyes cesa con la llegada a Sicilia del rey Alfonso, que se demoró solo lo justo para preparar su invasión en territorio de Nápoles.

Blasi recoge dos disposiciones dictadas por estos mandatarios, como bien encaminadas a contentar a los sicilianos. La primera, de 1420, es la ya mencionada de que ningún extranjero pudiera comprar ni retener propiedades y terrenos de iglesias en Sicilia, ni tampoco cobrar rentas ni percibir frutos provenientes de sus tierras. Esta ley trataba de poner fin a la existencia de terratenientes ausentes, cuyos intereses no coincidían con los de los habitantes de la isla. Sería Antonio de Cardona, tesorero real, quien procediese a la incautación de las propiedades afectadas por la nueva ley.

La segunda disposición buscaba extirpar los abusos de los numerosos actores que participaban en los procesos jurídicos, que cobraban tasas desproporcionadas a los servicios prestados. La ordenanza fijó límites a la remuneración de cada uno de ellos. Según comenta Blasi, las tarifas que se adoptaron, hoy “moverían a risa” (si bien añade que el oro y la plata conservaban entonces un poder adquisitivo superior al que derivó a principios del XVI, con la llegada de las remesas de las Indias).

Giovanni de Podio, Arnaldo Ruggiero, Niccolò Castagna y Fernando Velázquez

1421-1423

La reina Giovanna (Juana II) de Nápoles había `pedido ayuda al rey de Aragón, Alfonso V, al cual había previamente nombrado sucesor suyo en el reino. El motivo de la petición era resistir a la invasión francesa que preparaba Ludovico de Anjou, que creía ser un heredero más legitimado. Acudió el rey a la llamada, presentándose primero en Palermo el 12 de febrero de 1421.

En Sicilia fue recibido con honores y participó en la ceremonia, que se haría consuetudinaria, de lealtades mutuas entre ambos reinos. El rey juraba respetar los fueros y privilegios de las ciudades sicilianas, y los parlamentarios juraban mantener fidelidad a la Corona de Aragón, de donde el apelativo de *giurati*.

Blasi disiente de Auria tanto en lo relativo a la fecha de llegada del rey como en la duración de la estancia en Palermo, que según él debió ser muy corta, ya que los preparativos para la guerra en Nápoles se hacían mejor desde Mesina. Allí fueron convocados todos cuantos sicilianos podían aportar algo a la empresa de Alfonso. Los meses que estuvo en la ciudad no había lugar para virreyes, si bien los asuntos de régimen interno ya estaban a cargo del triunvirato elegido para cuando el rey dejase la isla: Giovanni de Podio, Arnaldo Ruggiero y Niccolò Castagna.

Giovanni de Podio fue un dominico, posiblemente francés, de la Orden de Predicadores que llegó a ocupar el cargo de gran maestro y por tanto conocido con distintos nombres según la nacionalidad de sus hermanos en la Iglesia: Johannes de Podionucis en Alemania,

Jean de Puinoix en Francia y Giovanni de Podio Nuchi, en Italia.

Su ascenso en la jerarquía eclesial era un reconocimiento a la actuación de Podio en el concilio de Constanza, apoyando la candidatura de Oddone, un miembro de la poderosa familia Colonna, como solución de compromiso para acabar con el cisma de la Iglesia de Occidente. Oddone tomó el nombre de Martín V, conforme al santoral del día de su acceso al Papado, un 11 de noviembre de 1417. Ese mismo año, Jean de Puinoix, fue nombrado arzobispo de Catania, diócesis que gobernó hasta la muerte de Martín V, en 1431.

Más interesante para la Iglesia que la actuación de Giovanni di Podio como arzobispo de Catania, concesión no exenta de contenido material, era su liderazgo espiritual sobre la Orden de Predicadores, especialmente activa en contener la Reforma en territorios del sur de Francia y Norte de Italia. Desde Ginebra, Vicente de Ferrer, el santo valenciano, escribió una carta a su *Reverendísimo Maestro y Padre*, en la que le informa de sus viajes por estas regiones, donde, según dice:

La causa principal que hallé en ellos de su herejía y errores era la falta de predicación. Pues supe con certeza de aquellos moradores que en treinta años nadie les había predicado. A no ser los herejes valdenses de Puglia que tenían por costumbre visitarlos dos veces al año. Por eso considerad, Reverendísimo Maestro, cuánta sea la culpa de los Prelados de la Iglesia, y de otros, a quienes por su oficio o profesión incumbe predicarles, y prefieren mas bien quedarse en las grandes ciudades y villas, permaneciendo en sus hermosas habitaciones, con sus deleites... [...]

Convertido en Giovanni de Podio, el Maestro de los Predicadores vivió muy de cerca el protagonismo del reino de Aragón en la pugna entre papas y antipapas. Uno de ellos, Pedro de Luna (nombrado en Avignon al morir Clemente VII) era valenciano. España y Francia lo apoyaban. Tomó el nombre de Benedicto XIII. Vicente de Ferrer era su confesor, y tenía a Benedicto XIII como verdadero papa, en lugar de Gregorio XII, obedecido en los reinos del Norte de Italia y del Centro de Europa, que defendían la

legitimidad heredada de Urbano VI cuando éste se negó a trasladar la sede fuera de Roma.

En 1406, tratando de resolver el conflicto, veinticuatro de los cardenales reunidos en concilio en Pisa eligieron a un tercero: Alejandro V, conminando a los otros dos papas reinantes a renunciar. Casi todos los países apoyaron esta solución, menos Aragón y la Provenza francesa. Poco después murió Alejandro V y sus partidarios lo sustituyeron por Juan XXIII.

El emperador Segismundo opinaba que no convenía a los intereses de la cristiandad, ni tampoco a Alemania, la existencia simultánea de tres Papas. Su intervención fue decisiva para poner fin al Cisma, al lograr en Constanza la aceptación general, como papa único, en favor de Ottone Colonna, que entonces era seglar. Sicilia, fiel al reino de Aragón, sin embargo, seguía apoyando al papa Luna.

Es pues evidente que, cuando el papa Martin V nombró a Giovanni de Podio arzobispo de Catania estaba enviando un mensaje al rey de Aragón. De lo que cabe deducir que Alfonso V, al proponer al arzobispo como presidente del reino de Sicilia, en junio de 1421, daba a entender su aquiescencia al nuevo papa.

La situación de la diócesis de Catania en 1417, año en que inicia su prelatura de Giovanni de Podio, era una copia, en pequeño, del cisma resuelto en Constanza. Por un lado, estaban los partidarios del conde de Modica, apoyado por todos los monjes, que habían elegido arzobispo a Tommaso d' Asamari; por otro: el clero secular, que prefería a Mauro Calì y negaba obediencia a Tomasso. Administraba la diócesis el nuncio apostólico: Martino de Torres. Al igual que ocurrió en Constanza: ni uno ni otro candidato resultó elegido. Ni Tomasso ni Mauro: la solución de compromiso vino con Giovanni de Podio.

En realidad, el rey Alfonso confiaba más en los dos triunviros restantes: Arnaldo Ruggiero de Pallas y Niccolò Castagna. El primero descendía de una poderosa familia aragonesa. Cuando el conde de Urgel dejó todos sus bienes al rey Alfonso IV de Aragón, puso como condición que su segundo hijo, Alonso, se casase con Teresa de Entenza, sobrina suya. Una hermana de Teresa, Urraca, se casó con Arnaldo Roger (Ruggiero en italiano). A la fiesta de coronación del rey Alonso de Aragón, acudieron, entre otros

invitados, Arnaldo Roger, conde de Pallas y Juan Ximénez de Urrea. En esa ocasión, el nuevo rey los armó caballeros, junto con un grupo de diez y ocho ricos hombres. Y hubo magnificas fiestas.

Niccolò Castagna era el único que podía mostrar origen siciliano, de Messina. Empezó ganándose la vida como mercader. En abril de 1395 obtuvo licencia para levantar dos farmacias, extramuros de la ciudad. Sus primeros servicios en el gobierno de Sicilia se remontan al rey Martín II, el Joven, en asuntos relacionados con el patrimonio real. Castagna sabía cómo adquirir riqueza y administrarla bien. El rey Martin lo premió, confiriéndole el título de barón de Saponara, que había pertenecido a Raimondo de Moncada, hasta que la señoría de Saponara quedó confiscada por sus actos de rebeldía.

A la muerte de Martín I de Aragón, Castagna fué nombrado embajador en la corte del nuevo rey, Fernando, que acababa de ser proclamado en Caspe. Volvió a Sicilia. En 1416 estuvo presente en la toma de posesión del virrey duque de Peñafiel, hijo del monarca, celebrada en el palacio de los Ursinos.

No se conoce el motivo por el cual, a partir de 1422, su firma en los documentos virreinales desaparece y es sustituida por la del segoviano, ya con experiencia de gobierno, Fernando Velázquez (Ferdinando Velasti). Resulta extraño que Castagna sólo permaneciese en el cargo un año, teniendo en cuenta su prestigio y la ausencia del rey Alfonso. Se conjetura que problemas de salud lo obligasen a renunciar al cargo, pues falleció dos años después, en Messina. Castagna murió sin hijos, dejando como heredera a una sobrina suya. Favoreció a su ciudad natal con la construcción de un Hospital, al que dotó generosamente. En su testamento, además de Saponara, constan propiedades en Rappanno, San Pietro Rocca, Carvarusso, Murbano, Condró y otras varias localidades.

Entre 1421 y 1422, Fernando Velázquez, Giovanni di Podio y Arnaldo Ruggiero hubieron de gestionar la amenaza de peste que se cernía sobre Sicilia, logrando que sus efectos quedasen controlados hasta el punto de que la mayoría de los historiadores no dan noticia de ello.

Niccolò Speciale

1423-1424

Con el mismo nombre, Niccolò, y el mismo apellido, Speciale, hubo en Sicilia un cronista y un virrey. Esa es la razón de que los primeros historiadores (Auria, Pirri y d'Amico) creyendo que eran una misma persona, lo tuvieran por muy letrado y latinista. Pero Niccolò virrey murió en 1444 y el historiador vivió un siglo antes que él.

Niccolò Speciale nació en la hermosa ciudad de Noto, situada en el extremo sur de la Isla. No se conoce la fecha, pero hubo de ser a finales del siglo XIV. La familia Speciale era originaria de Nicosia, un pueblo en el centro de la isla. La fortuna en forma de distinciones y predios llegó en tiempos de la reina Blanca, a quien el futuro virrey ya aconsejaba en cuestiones financieras. Niccolò destacaba por su integridad y conocimientos. Un hito importante en su carrera profesional fue el nombramiento de “maestro razionale” al servicio de los reyes de Aragón.

La institución del maestrazgo racional es de origen aragonés. Tenía como función el control de las finanzas del reino. Empezó siendo única, lo que hoy llamaríamos ministerio de Hacienda, para luego repetirse como delegación en Valencia y en Sicilia.

Con el nombramiento de Niccolò como virrey, Alfonso el Magnánimo, no sólo mostraba su confianza en sus dotes de conservador de patrimonios, sino que anteponía esta ventaja a la experiencia militar o al origen aragonés de otros virreyes.

Ejemplos de disposiciones de índole económica de este virrey serían la fijación de tasas máximas a cobrar por los letrados en pleitos y contratos. Estableció unos almacenes y aduanas en el puerto de Palermo, en la puerta de la Marina, custodiados por funcionarios para el control de entradas y salidas de mercancías, ahuyentando el peligro de fraude.

Pese a haber dado muestras de ser un buen gobernante, Niccolò Speciale hubo de ceder el gobierno en 1429, a los dos años de ser nombrado. La cesión se produjo de forma un tanto rocambolesca, El infante Pedro, se presentó en Messina, huyendo de los franceses que se habían apoderado de Nápoles y la costa de Amalfi, aprovechando que el rey Alfonso estaba en Aragón y había dejado el reino al cuidado de su hermano Pedro.

La renuncia de Speciale a favor de Pedro, al saber la llegada del hermano del rey, no fue aceptada por el infante, quien prefirió continuar la travesía del estrecho hasta Siracusa y de ahí partir con la flota a rumbo desconocido. Según algunos: hacia el sur africano en un intento de conquistar la isla de Djerba. Según otros: en dirección a Génova, por orden de Alfonso, para reponer a Tommaso Fregoso al mando de la ciudad.

Con su partida se inicia el segundo gobierno siciliano de Niccolò Speciale, esta vez en comandita con Guglielmo de Moncada.

Pedro, infante de Aragón

1425-1426

Pedro era hijo de Leonor de Albuquerque y Fernando I de Aragón. Era el menor y llevaba el título de conde de Albuquerque. Al verse expulsado de Nápoles por los angevinos, donde gobernaba como lugarteniente de su hermano Alfonso, recaló en Sicilia y no quiso aceptar el ofrecimiento de Niccolò Speciale de sustituirlo como virrey (tal vez por no contar con el consentimiento real) si bien accedió a participar en las decisiones de gobierno durante su estancia en la isla.

La política española estaba dividida en dos campos de conflictos. En el mediterráneo las posesiones aragonesas eran codiciadas por turcos y franceses. En la península los nobles pugnaban por el favor real, con revueltas y acuerdos que indefectiblemente se ceñían a repartos de feudos, prebendas y títulos. Las treguas o paces solían sellarse con matrimonios entre personas de casas reales opuestas.

Los hermanos mayores de Pedro fueron muy activos en estas luchas. Pedro se había mantenido un poco al margen, pero en 1426 fue requerido desde España, al haber logrado su hermano Alfonso el Magnánimo un pacto muy ventajoso para Aragón, en septiembre de 1425, que lleva el nombre de Tratado de Torre Araciel. Los historiadores de todas las épocas coinciden en resaltar la lealtad, respeto y abnegación del menor de los hijos de Fernando I hacia sus hermanos.

Con su partida, el gobierno de Sicilia volvió enteramente e Niccolò Speciale.

Niccolò Speciale

1425-1429

Los cuatro años siguientes de gobierno a cargo de Niccolò Speciale coinciden con una época turbulenta de guerra feudal en la Península entre Aragón y Castilla, con alguna participación de Portugal. El principal instigador de esa guerra era Alfonso, el desposeído rey de Nápoles y vigente rey de Sicilia, junto con sus hermanos Enrique, Juan y Pedro. La misión de Pedro era atacar por el flanco extremeño, desde Alburquerque.

En esas circunstancias, Niccolò Speciale supo reforzar la autoridad de Alfonso en Sicilia y mantener el control sobre los nobles. Lo logrado fue tanto más meritorio cuanto que las ambiciones de los hijos de Fernando en Castilla tropezaron con la decidida defensa del trono de Juan II por su valido Álvaro de Luna, lo cual debilitó la capacidad militar de la rama aragonesa de los Trastámara, sin que turcos, franceses ni rebeldes sicilianos supieran aprovechar la coyuntura.

El año 1429 ocurrieron algunos sucesos en España que afectaron a la continuidad del gobierno en solitario de Speciale. El rey de Aragón, Alfonso, y su hermano Enrique se reunieron en abril para reanudar la guerra contra el condestable don Álvaro de Luna, a quien consideraban culpable de la pérdida de sus derechos como miembros de la dinastía Trastámara. Conocedor de estos preparativos, el rey de Castilla Juan II se apresuró a reclamar el apoyo de sus nobles, de manera que en breves meses reunió un

un poderoso ejército que oponer a los infantes y al rey de Navarra.

En septiembre se encontraron frente a frente en la llanura de Híjar. La cantidad de caballeros dispuestos para el combate era tan grande que todos se percataron de la calamidad que sobrevendría en pérdidas de vidas y posteriores venganzas y penalidades para las poblaciones. Hubo un primer destello de cordura al aplazar el choque hasta la mañana del día siguiente.

Asegura la Historia de Mariana, que la reina Violante aprovechó la inesperada tregua para plantar su real tienda entre los contendientes con el propósito de impedir la batalla. Finalmente se retiraron los enfurecidos nobles a sus lugares y se disolvieron los dos ejércitos.

La paz llegó poco después en un encuentro de los tres reyes cerca de Tarazona. La victoria moral quedó del lado del condestable don Álvaro, quien logró de Juan II que obligase a los rebeldes a abandonar Castilla, lo que añadió una nueva humillación a sus enemigos a las muchas que acabarían costándole el favor de su rey, y finalmente la vida.

A comienzos de 1430, las ambiciones de Alfonso de Aragón habían sufrido un frenazo brusco en lo concerniente a Castilla, por lo que sus miras se volvieron de nuevo a Italia.

Niccolò Speciale y Guillermo de Moncada

1429-1430

A finales de 1429, Sicilia había recuperado en la mente del rey Alfonso de Aragón la atención perdida en los cuatro años que gastó en tratar de defender sus privilegios y los de sus hermanos en el reino de Castilla. El historiador Mariana discurre así sobre el cambio de prioridades;

El fin de la guerra de Aragón fue el principio de otras dos guerras: de la que a los moros se hizo, y de la de Nápoles, como quier que nunca los reyes sosiegan, en especial cuando su imperio está muy extendido [...] el que más tiene, más desea.

También desde Nápoles se empezó a invitar la intervención de Alfonso, posiblemente anticipando algo que se consideraba ya inevitable.

En septiembre de 1430 se presentó en España el príncipe de Taranto, Nuco Securo, animando al rey de Aragón a proseguir su empresa italiana. A esta sugerencia respondió el monarca enviando un embajador al papa Martín V, tan favorable a los Angevinos, para sondear su estado de ánimo. Lo mismo hizo en relación con su enemigo el gran senescal de Nápoles, Juan Caracciolo, que actuaba en todo como valido de la reina.

Las respuestas que obtuvo fueron favorables, pues que tanto el papa como el gran senescal se mostraban ahora partidarios de la

corona de Aragón, en un cambio de lealtades sorprendente, por lo rápido.

Estas circunstancias explican la implantación de dos virreyes en Sicilia, ya que, sin querer prescindir del hábil administrador Niccolò Speciale, el rey aragonés creyó oportuno reforzar la visibilidad española en la isla, nombrando segundo virrey a Guillermo Ramón de Moncada, cuyos servicios a la corona de Aragón quedaron demostrados con su apoyo a la reina Blanca frente al almirante Bernardo de Cabrera.

Aunque de origen catalán (algunos mantienen que bávaro) Guillermo Ramón, conde de Adernó, había echado raíces en Sicilia, casándose en primeras nupcias con una dama de la familia de los Colonna, Bartolomea Romano y, después de enviudar, con Diana de Sanseverino. Su madre también era italiana, Margarita Sciafani, condesa de Adernó, cuyo título heredó.

Moncada acudió a recibir al rey Alfonso cuando en 1430 viajó a Sicilia, donde fue recibido triunfalmente y permaneció hasta finales de 1435. Durante este tiempo, dice Vincenzo Auria que publicó leyes contenidas en el código *Il Rito di Sicilia*, que recoge costumbres y usos sicilianos. También promulgó una pragmática, llamada *La Catalana*, concerniente a la conducta que debían observar prelados y cortesanos.

Fundó el Hospital Grande, en el palacio que había sido del conde de Adernó, Mateo Sciafani, y colmó la institución de privilegios.

Niccolo Speciale, Guillermo de Moncada y Giovanni I de Ventimiglia

1430-1432

La figura del palermitano Giovanni de Ventimiglia (1383-1475) destaca entre los nobles sicilianos que prestaron servicios a los reyes aragoneses.

Era hijo de Enrico III Ventimiglia y Bartolomea de Aragón, o Aragona. Con sólo trece años sirvió al rey Martín II, el Joven, en la pugna con los señores rebeldes de la isla. Su entusiasmo y dotes de mando hicieron de él un capitán señalado entre los más leales al rey Martín. Cuando, este rey hubo de pasar a Cerdeña para hacer la guerra a los genoveses y florentinos, Ventimiglia, que entonces contaba 24 años, ya era capitán general.

Al morir, inesperadamente, el rey Martín durante los festejos que celebraban su victoria en Cerdeña, Ventimiglia asumió la misión de defender a la reina Blanca de los ataques suscitados con ocasión de su viudedad.

Participó en acciones muy cerca del pendón real, como en el episodio del puente de la isla de Djerba, salvando a Alfonso en situación comprometida. Uno de los hechos más destacables fue el contraataque que protagonizó cuando las tropas del rey abandonaban el asedio de la ciudad de Nápoles ante la tenaz resistencia de Renato de Anjou.

Siracusa, en competencia con Palermo y Messina, era lugar

propicio para conspiradores. En 1448, reclamaciones por agravios (esta vez se acusaba a personajes cercanos a la reina María) llegaron a oídos de Ventimiglia, el cual se ofreció a escuchar las quejas de los ofendidos y mediar ante el rey.

Para dar realce a la iniciativa los invitó a una cena en el castillo de Maniace, que domina el puerto de Siracusa. Al no poder convencer a sus invitados de que depusieran sus propósitos, los hizo prisioneros y antes de despedirse hizo que les cortasen las cabezas por delito de lesa majestad. El cruel acto aparece citado por la autoridad de Tomás Facello.

El aprecio del rey de Aragón se manifestó en la concesión de honores y beneficios durante toda su vida, que fue larga, pues duró más de noventa años. En agradecimiento al macabro remedo de la “campana de Huesca”, el monarca permitió a Gioavanni de Ventimiglia quedarse con dos magníficos carneros de bronce que adornaban la entrada del castillo; realizados en el siglo III a.C., se conservan en el Museo de Antonio Salinas.

Giovanni de Ventimiglia fue el primer italiano que recibió el título de marqués. Había en Italia condes, duques, barones y príncipes, pero no marqueses. Alfonso V elevó a marquesado el rango anterior de conde de Geraci; más aún, autorizó la boda de una hija suya, María, con Ercole, un hermano de Giovanni Ventimiglia.

Con efectos más prácticos, el rey otorgó la gabela sobre el consumo de canela, un tributo feudal que se mantuvo en la familia largo tiempo.

Pietro Felice y Adamo Asmondo

1432-1433

Pietro Felice no ha dejado a los historiadores otra huella de su existencia que su firma en documentos de la presidencia del Reino, con la forma *P. Ffelitz*. Aparece antepuesta a la de Adamo Asmondo, jurisconsulto prestigioso.

Dado que el rey Alfonso y su hermano Pedro estaban viviendo en Sicilia, nada pudieron disponer que no hubiera sido conocido previamente por el rey y el infante. Sin embargo, aparentemente, las instituciones de la isla funcionaban sin la intervención de los visitantes reales.

El nombramiento de ambos se produjo el 26 de julio de 1432, después de reunir Alfonso un Consejo Real extraordinario para dejar claro quiénes mandarían durante la expedición a la conquista de Djerba.

Que no siguieran gobernando los virreyes anteriores se explica, en cuanto a Moncada y Ventimiglia, porque el rey los llevaba consigo en sus acciones militares; y, en cuanto a Speciale, porque Alfonso empezó a dudar de su honestidad y mandó a Asmondo que investigase la conducta del anterior maestro “razionale”, como encargado que era del tesoro real.

Asmondo era de origen maltés, con antepasados establecidos en Caltagirone. Obtuvo en Padua el título de doctor en Derecho y seis años después, en 1416, ya aparece como fiscal del real patrimonio.

Durante la ausencia del rey, Asmondo trató de establecer una oligarquía afín en Messina, cesando y nombrando funcionarios, sin respetar las costumbres y privilegios de los mesineses. De tener fama de jurisconsulto ecuaníme pasó a ser un hombre odiado por sus actividades comerciales combinadas con una intransigencia creciente. Con el tiempo sus enemigos lograrían que perdiera el favor real, aunque no la riqueza acumulada en Catania.

Ese mismo año de 1432 ocurrió en Nápoles un hecho contrario a los intereses de Alfonso V. El gran senescal, Giovanni Caracciolo, consejero muy cercano a la reina Juana II, había mudado su lealtad inicial por odio a los aragoneses y, finalmente, por una aceptación basada en su convencimiento de la futura supremacía de los Trastámara. De ello hizo partícipe al rey español, pero también, para su desgracia, a personajes muy leales a los franceses de la dinastía Anjou. Una dama angovina, Cobella Ruffo, intrigó con la reina para asesinar al todopoderoso Caracciolo, basándose en una presunta traición. La reina Juana no tuvo reparos en invitar a su consejero favorito de tantos años y hacer que lo matasen en una habitación del palacio.

Caracciolo había pactado años atrás que Alfonso heredaría a Juana, con la aquiescencia del papa Martín V (Oddone Colonna). Muerto éste, su sucesor Eugenio IV se mostró partidario de los franceses y la reina designó entonces nuevo heredero en la persona de su hijo adoptivo Ludovico, aún joven y que se había ganado el aprecio de los napolitanos. Aquel nombramiento suponía un *casus belli* para Alfonso, que podía ser aprovechado, al incumplir Juana el pacto suscrito años atrás.

En España los asuntos no iban mejor para los aragoneses. Los infantes Pedro y Enrique no dejaban de instigar rebeliones en sus feudos de Alburquerque. El maestre de la Orden de Alcántara, Juan de Sotomayor, concibió un plan que consistía en forzar a Pedro a abandonar sus pretensiones a cambio de residir en un castillo de la Orden. Prometía ser esta donación el principio de otras muchas. En estas conversaciones, forzoso era que el Gran Maestre hiciera compañía y viajase con los infantes. El alcalde de Valencia de Alcántara sospechó que no iba voluntario, sino forzado. Temiendo una traición, avisó al Comendador de la Orden, Frey Gutierre de

Sotomayor, el cual penetró acompañado de diez camareros de Alcántara en la habitación del infante Pedro la noche del 1 de julio de 1432 y, despertado el durmiente, lo pusieron en prisión.

La prisión de don Pedro terminó después de muchas semanas de forcejeos y promesas de mercedes, con una propuesta del rey Juan II: libertad para don Pedro a cambio de que don Enrique entregase Alburquerque, su fortaleza y todos sus derechos al rey de Castilla. Aceptado el pacto, el comendador de la Orden fue premiado con el título de Gran Maestre que dejaba de ostentar su tío Juan de Sotomayor debido a las sospechas mencionadas.

La ceremonia tuvo lugar en la catedral de Salamanca. En la jura de lealtad al rey Juan II, allí presente, se hizo mención expresa de defender sus derechos frente a los infantes de Aragón. El nuevo maestre fue invitado a comer con el rey, ocasión en que el favor real añadió otros beneficios al ya otorgado.

Conocida en Sicilia la triste retirada de don Enrique y la alegre libertad de don Pedro, el rey creyó llegado el momento de llamar a ambos para sumarse a la recuperación de Nápoles. En la mente del rey Alfonso, los asuntos de España quedarían olvidados hasta que la posición estratégica de Aragón se viese mejorada con resonantes triunfos en Italia.

Pedro, infante de Aragón

1435

A comienzos del año 1433 el rey Alfonso ya se había determinado a tomar Nápoles por la fuerza. Los infantes Pedro y Enrique arribaron a Trapani acompañados de una flota poderosa. Permanecieron, ese año y el siguiente, en Palermo meditando y configurando posibles alianzas en la península italiana. El nombre del príncipe de Taranto salió a relucir.

La reina Juana, que padecía de gota, murió el 2 de febrero de 1435, y ello hizo que se precipitasen otros acontecimientos. A pesar de que el tesoro real era cuantioso, los tibios funerales dieron a entender la escasa simpatía que despertaba.

Jerónimo Zurita, en los Anales, hace una pintura de cómo la Fortuna parecía favorecer al rey de Aragón, al desaparecer en tan breve tiempo sus dos rivales en el trono de Nápoles, y estando el tercero, Raniero de Anjou, prisionero del duque de Borgoña.

Había muerto, asesinado, el gran Senescal, Juan de Caraciollo, personaje poderoso y poco de fiar. En cambio contaba con el apoyo de familias como los Ursinos, los Baucios, los Ventimiglia y, sobre todo, el príncipe de Taranto.

En abril de 1435, estaban en el puerto de Mesina siete galeras dispuestas para una inminente acción marítima contra los genoveses. Pensaba Alfonso que un triunfo sobre los aliados del Norte pondría más napolitanos a su favor, antes del ataque por tierra. Muchos eran los cortesanos que animaban a la empresa, porque sentían que los

tiempos eran favorables a ella. Muchos, pero no todos.

El almirante Gutierre de Nava, avezado en asuntos de mar, sin negar lo anterior, aconsejó al rey que volviese a Cataluña para reunir más barcos, y reforzar la armada. Decía que el rey no tenía dinero suficiente para pagar los sueldos necesarios en tierra, si no se producía un movimiento masivo en su favor, movimiento que dependía del resultado de la victoria naval.

Prevaleció la opción más adulatora; los barcos dejaron atrás el puerto de Messina y pusieron rumbo a la plaza de Gaeta. Quedaba el gobierno de Sicilia encomendado al infante don Pedro.

La flota del rey de Aragón se dirigió primero a Ponza. De allí pasaron a la marina del Estado del duque de Sessa, y en la misma galera real se decidió atacar Gaeta. Iba Alfonso acompañado de su hermano Enrique y del rey de Navarra, todos conformes y animados.

En Gaeta la población sufrió un cerco durísimo, sin posibilidades de avituallamiento y víveres para muy pocos días. En Génova preocupaba que aquel puerto fuera el preludio de lo que podría ocurrirles y organizaron una armada de doce navíos, con el apoyo, siempre calculado y dudoso, del duque de Milán. Al frente de ella se puso Blas de Ajarete, experto marino,

Llegaron las dos flotas a ponerse una frente a la otra y los genoveses, juzgándose inferiores mandaron recado de no querer guerrear, sino proveer socorro a los de su nación, que seguían encerrados en el asedio. Pero su noble petición fue despreciada como fruto del miedo y la batalla se hizo inevitable.

Tuvo lugar a cuatro millas de la isla de Ponza, el 5 de agosto de 1435. El almirante de la flota genovesa dio orden de alejarse de los barcos enemigos buscando ordenarla de forma que el viento favoreciese las maniobras de ataque.

Viendo cómo se alejaba, los aragoneses imaginaron que, en vista de la negativa a que socorrieran a los suyos, renunciaban a la empresa. Llegado el momento, la flota genovesa viró en redondo y acometió con tal furia que lograron una gran victoria. Tomaron como presa las doce naves aragonesas y dentro de ellas al rey Alfonso V, el infante don Enrique y al rey de Navarra. Este último a punto estuvo de perder la vida, de no ser por la defensa que hizo de él un caballero de Castilla, Rodrigo de Reb, amigo suyo de la infancia.

Una victoria tan sonada y brillante necesariamente tenía que animar a los genoveses a unir fuerzas con otros estados italianos para defender la continuidad del reino independiente de Nápoles. Los nobles florentinos, milaneses y venecianos vieron la oportunidad de crear una Liga con los genoveses, para evitar el dominio en suelo italiano de los Trastámara o de los Anjou.

No tiene otro sentido que los vencedores enviasen fuera de Génova, los reos prisioneros al duque de Milán, entre los que se encontraban los reyes de Navarra, el rey Alfonso y los infantes Enrique y Juan de Aragón (Pedro había quedado en Sicilia).

Cuál sería la sorpresa de los cautivos cuando el duque de Milán, en lugar de pedir rescates millonarios y exigir unos compromisos políticos humillantes, los recibió con todos los honores, mostrándose como un afectísimo aliado. A los festejos, cacerías, obsequios y trato fraternal, el duque añadió dos regalos realmente sádicos: obligó a los genoveses a recibir a los reyes de Navarra con honores reales y, llevados a hombros, alojarlos en palacio. Pero el insulto mayor fue dar órdenes de que se preparase una flota en Génova para acompañar al rey Alfonso y servirlo en la conquista de Nápoles.

Estos hechos son tanto más extraños cuanto que el duque de Milán siempre se había manifestado enemigo natural de Alfonso de Aragón, razón sin la cual los vencedores de Ponza no habrían puesto a los prisioneros más valiosos bajo su cuidado. Aparte los personajes españoles, fueron huéspedes de Filippo los siguientes nobles italianos que habían subido a las galeras de Aragón: Guglielmo Raimondo Moncada, conde de Catalnissetta, los tres hijos de Giovanni Ventimiglia: Giavanni, Antonio y Ferdinando, Niccolò Speciale, anterior virrey de Sicilia, y Gutierre de Nava, aquel que vimos cómo desaconsejaba la empresa sin que Alfonso le hiciera caso. Curiosamente, en esta historia interviene un “*deus ex machina*” y el rey que se equivocó en lo estratégico, acabó teniendo la razón práctica.

Los historiadores italianos dedican pocas palabras a glosar la traición del cuarto de los Visconti, señores naturales del Milanesado, tal vez por lo abundantes en la historia medieval del país.

La biografía de Filippo María Visconti proporciona algunas claves sobre su temperamento, que hacen aún más sorprendente la magnanimidad con que obsequió a los atribulados prisioneros. El lector culto tal vez haya oído la ópera de Bellini, *Beatrice de Tenda*. Su nombre completo era Beatrice Lascaris di Tenda. Ópera y realidad coinciden en el hecho de que Beatrice, esposa de Filippo, fue decapitada por sospechas de adulterio.

La historia presenta a Filippo, hijo de primos, como hombre enfermizo, algo paralítico, sádico y extremadamente supersticioso. Sin embargo, se le reconoce victorioso en cuantas aventuras bélicas ideó (aunque no tomara las armas personalmente) y habilísimo para engrandecer el territorio milanés a costa de las regiones Emilia y Toscana. Su matrimonio con Beatrice di Tenda sirvió para fundamentar un patrimonio que debía mucho a la singular riqueza acumulada por el primer marido de Beatrice, el *condottiero* Facino Cane.

No exento de maquiavelismo, el giro político de Filippo a favor de Alfonso de Aragón estaba basado en la debilidad de éste, después de los desaires en Castilla y su estrepitosa derrota en aguas napolitanas. El razonamiento es fácil de adivinar: los genoveses estaban eufóricos y crecidos. Su armada se había reforzado en número de galeras, con las presas obtenidas (algunas fueron quemadas). Los venecianos y florentinos se daban cuenta de que el momento era ideal para una expansión hacia el Sur de la península. Filippo, siempre desconfiado, recelaba del papel reservado al Milanésado. Por otra parte, la humillación propinada a los españoles había sido tal, que ni siquiera Castilla podía dejarla pasar por alto. En esas circunstancias, el golpe de efecto convertía a Milán, de la noche a la mañana, en una potencia apoyada por los reinos de Navarra, Castilla y Aragón.

La noticia de los agasajos y entrega de plazas italianas al rey Alfonso dejó atónitos a los genoveses, que se resistían a creerlo. La perplejidad inicial dio paso al furor. Pacino Alciato, que gobernaba la ciudad en nombre del duque de Milán fue descuartizado el 27 de diciembre de 1435 y sus propiedades arrasadas. Arengados por Francisco Spínola, los genoveses dieron la espalda a Filippo y asumieron la causa del bando francés. Alfonso y sus compañeros en

la aventura genovesa se despidieron del Visconti, su entregado anfitrión, y regresaron por tierra hasta Porto Venere, en la costa ligur.

Mientras, en Sicilia, el infante don Pedro recibía cartas de su hermano en las que relataba las mudanzas de la Fortuna con el final feliz de su liberación. En ellas le instaba a que se incorporase a la península italiana donde estaba reuniendo adeptos para hacer frente a la designación de Renato como heredero de Nápoles, con un asedio a la ciudad, que suponía poco preparada para resistir mucho tiempo.

De esta manera, a finales del año 1435, don Pedro sale con una flota del puerto de Messina en dirección a la isla de Ischia, en la bahía de Nápoles, dejando el gobierno de la Sicilia a cargo de Ruggiero Paruta.

Ruggiero Paruta y Battista Platamone

1435-1439

En noviembre de 1435, el infante don Pedro había partido con once galeras para reunirse con su hermano Alfonso en el asedio de Nápoles, dejando Sicilia al cuidado de un funcionario de prestigio, como era Ruggiero Paruta, *maestre razionale* y castellano del palacio real.

En Italia hay dos ramas antiguas de la familia Paruta: una es la veneciana, de donde procedía el notable escritor político del siglo XVI, Paolo Paruta. La otra es siciliana, se dice que originaria de Corleone, villa serrana cerca de Palermo. El primer Paruta que registran los anales, de nombre Cossius, era de origen germánico y juez de Palermo. Años más tarde, en 1507, los Paruta recibirían el título de barones de Salaparuta, lugar situado en el extremo occidental de la isla, cuyo nombre atestigua el legado.

También a Ruggiero le adosaron los Trastámara un compañero en las decisiones de gobierno: Battista Platamone, doctor en leyes y barón de Rischiera. Era un hombre acaudalado, con un generoso patrimonio de origen comercial, que en ocasiones puso a disposición de la Corona de Aragón. Dos palacios de la familia, uno en Catania y otro en Trapani testimonian su pasado esplendor.

En principio ambos virreyes, Ruggiero y Battista, debían gobernar tres años. Sin embargo, el rey Alfonso decidió que Paruta gobernase sin Platamone a partir de finales de 1437, sin que se sepa por qué.

Se conservan disposiciones de los dos virreyes durante el bienio que gobernaron juntos. Desde el punto de vista histórico las más interesantes son resultado de la pugna entre Alfonso de Aragón y el papa Eugenio IV, que persistía en favorecer la causa de Renato de Anjou, agotando la paciencia de Alfonso, que hubiera deseado tener a la Iglesia de su parte. De ahí que diera instrucciones a los virreyes para que anulasen en territorio siciliano las disposiciones del papa Eugenio, y en especial los nombramientos y beneficios canónicos.

El suceso más importante para Sicilia en estos dos años no ocurrió en la isla, sino cerca de Nápoles. En la mañana del 17 de octubre de 1438 caía al suelo el infante don Pedro de Aragón, víctima de una bala perdida de culebrina, que habían disparado los napolitanos desde la torre de la iglesia de los Carmelitas.

El infante se había expuesto demasiado, saliendo a caballo sin escolta. Recordaba cómo la ciudad de Gaeta se le había rendido sin lucha, lo cual no dejó de maravillar al rey su hermano, quien años atrás no había podido superar la tenaz resistencia que le hicieron sus habitantes, mientras aguardaban el socorro de los genoveses. Hacía casi un mes que Nápoles estaba cercada por el rey Alfonso. En principio la caída de la ciudad parecía inminente ya que el puerto estaba bloqueado por siete naves, cuatro galeras y otros barcos de transporte de tropas.

El cerco por tierra lo mantenía un ejército de 15.000 mercenarios, mandados por el duque de Atri, Mateo Aquaviva, Pedro Cardona, el duque de Nola y, desde luego, Giovanni Ventimiglia, que en aquellos momentos había salido a impedir que el príncipe francés Renato, heredero presunto del reino, introdujera socorros en la ciudad.

La vista del cadáver del infante don Pedro produjo gran consternación en los primeros compañeros que lo vieron caer. Según Zurita, en sus Anales, la bala le había destrozado el lado izquierdo de la cabeza “esparciendo el cerebro”. Aquella desgracia se vio como muy mal augurio. Eran tiempos en que acontecimientos inesperados se interpretaban como adelantos de lo habría de acontecer. Juan de Mariana, en su Historia General, da algunos detalles inverosímiles

sobre la persistencia del proyectil en sus cuatro trayectorias hasta alcanzar a don Pedro.

En esto, dispararon una pelota de un tiro de artillería [...] tres veces saltó la bala, y con el cuarto salto que dió, le quebraron la cabeza.

Pese todo el trabajo invertido en el asedio, las deserciones a partir de la muerte de don Pedro obligaron a Alfonso a levantar el campo un mes más tarde y retirarse a Capua. El infante Pedro quedó sepultado en la iglesia de la Magdalena. Dice Jerónimo Zurita que viendo muerto a su hermano, a quien amaba extrañamente, el rey lloró, y bendiciéndolo dijo:

Dios te perdone hermano, que yo esperaba de ti otro placer que verte desta manera muerto. Sea Dios loado, que hoy murió el mejor caballero que salió de España.

Sin negar el afecto que don Alfonso sentía por su hermano menor, el cariño venía a veces matizado por celos de la popularidad de don Pedro. La toma de Gaeta, que se rindió sin lucha no fue el único caso de comparación. En la rendición de Terracina, la circunspección del monarca encontró una justificación política para mostrar desagrado. Don Pedro había logrado sin violencia que los habitantes de Terracina se proclamasen vasallos del rey de Aragón y ofrecido este triunfo a su hermano creyendo así complacerlo. Pero Terracina era feudo del papa Eugenio y Alfonso no hubiera aprobado esa acción, de haberlo consultado don Pedro. No renunció a la posesión, pero trató de minimizar el daño político, dando a los habitantes de Terracina seguridades de que serían tratados como “amici” y que no deseaba otra cosa que su felicidad. Aun así, Eugenio IV no perdonó la ofensa.

Diferencias como la apuntada eran excepciones en la excelente relación entre el rey y el infante, por lo que las muestras de gran dolor al verlo muerto conmovieron a todos los presentes.

A quien también se vio muy desolada fue a la duquesa de Anjou, algo que no dejaba de resultar extraño dada la permanente

enemistad entre las familias Trastamara y Anjou. Ciertamente, el infante don Pedro, menor de los cuatro hermanos, soltero, generoso y valiente, se había hecho querer de muchos. La duquesa pidió al rey Alfonso que la permitiera hacerse cargo de las exequias de don Pedro.

Bernardo Requesens y Gilberto Centelles

1439-1441

Bernardo participó dos veces en el gobierno de Sicilia, posiblemente en reconocimiento a sus servicios al rey Alfonso como almirante en la expedición que éste hizo a Córcega desde Nápoles en 1435. La primera vez fue en comandita con Gilberto de Centelles.

En la época de la Reconquista, llegaron al norte de Cataluña caballeros nórdicos que, además de participar en las acciones contra los sarracenos, optaban por establecerse en las tierras conquistadas. Los Requesens se dice que, como linaje, pudieron tener algo que ver con la *Torra de Requesens* que defendía Gerona. Hubo un *Castillo de Requesens* en la frontera con el Rosellón, pero no consta que perteneciese a ningún caballero con ese apellido y sí a los vizcondes de Rocabertí.

La explicación de por qué el apellido Requesens aparece en la Historia tan ligado a Italia, hasta el punto de ser considerado propio de una familia italiana, tiene como punto de inflexión la toma de la isla de Mallorca por Alfonso III en 1268, acción en la que tuvo un destacado papel Francesc de Requesens, señor feudal de algunas plazas tarraconenses.

La descendencia de Francesc pudo pasar por Berenguer, hijo, que fue consejero de Jaime II; Luis, nieto, señor de Altafulla y La Nou, en Tarragona; y Luis, bisnieto, que se adhirió a Juan II en la jornada histórica del compromiso de Caspe, y que fue gobernador

general de Cataluña. Hijos de Luis fueron Garcerán y Bernardo. Garcerán heredó la gobernación de Cataluña, pero tuvo graves problemas al mezclar el servicio público con sus negocios y Bernardo, bastante menor en edad, se vio envuelto en ellos. Los barceloneses se indignaban cada vez que ocurría una apropiación indebida pero el rey de Aragón mantenía a Garcerán como alter ego en Cataluña. En Cerdeña y Sicilia las galeras de los Requesens escapaban a la justicia catalana y ellos seguían manteniendo su poder intacto. La explicación puede encontrarse en los cuantiosos donativos que la familia entregaba al rey en concepto de presas, fruto de sus actividades corsarias. La disposición de flotas propias, y las riquezas acumuladas, animaron a Bernardo de Requesens a echar raíces en Italia,

En 1453 Alfonso V le confió la armada que dirigió contra Cerdeña desde Nápoles. Sus actividades de apoyo financiero y marítimo a la Corona de Aragón se vieron reconocidas al hacerle participar en el gobierno de la isla de Sicilia en 1439, junto con Gilberto Centelles y Battista Platamone.

La investigación de Blasi sobre el primer gobierno de Bernardo de Requesens y de Gilberto Centelles, no dejó otra actuación mencionable que la promulgación de una pragmática publicada en Palermo el 23 de noviembre de 1440, regulando las minutas que cobraban los notarios por hacer su trabajo. Hasta entonces dependían de lo pactado con los clientes y ello daba lugar reclamaciones de unos y otros a dirimir en los tribunales. La pragmática de Requesens y Centelles estableció baremos de costes según la índole de los contratos y demás actos jurídicos, cuyos pormenores ocupan treinta y nueve capítulos.

Sobre la persona de Gilberto Centelles, compañero de gobierno de Requesens en el bienio, los cronistas trazan un perfil que no carece de semejanzas con lo relatado sobre Bernardo de Requesens.

El origen del linaje Centelles parece ser francés, procedente de los caballeros que acompañaron a Carlo Magno en su entrada en España para liberar la Marca Hispánica del dominio árabe. Uno de los citados caballeros podría ser oriundo de Cintilis, o Centelly, topónimo que en España derivaría en Centellas y Centelles.

El primer nombre destacado de la dinastía Centelles sería Gilabert Centelles Rioseco, alias *Raimón Riusec*, barón de Oliva, en Valencia, que también tuvo problemas con los monarcas aragoneses, a quienes se negaba a prestar homenaje.

En 1349 se libró en Lluçmajor una batalla entre Pedro IV el Ceremonioso y Jaime III rey de Mallorca, resultando muerto el rey Jaime y prisionero su hijo. El ejército del rey Pedro iba mandado por Gilabert de Centelles. El rey Martín I el Viejo ordenó el embargo de sus dominios de Oliva y Nules, pero Gilabert logró evitarlo poniéndolos a nombre de su madre Ramoneta. Casó con Leonor de Cabrera y tuvieron cuatro hijos, uno de los cuales fue Gilberto.

Esta familia tuvo enfrentamientos constantes con la de los Vilaragut y las peleas se extendieron al reino de Sicilia, donde ambas habían ampliado su patrimonio con la compra de terrenos y con herencias matrimoniales. Gilberto se relacionó con los Ventimiglia, casándose con Constanza, condesa de Collesano. Una hija de ambos contrajo matrimonio con Marco Antonio Ruffo, en 1425.

El año 1439 la política siciliana estuvo absorbida por la deriva que tomaba el enfrentamiento entre el papa Eugenio IV y el Colegio cardenalicio. No se trataba solamente de una pugna teológica sobre quien debía ostentar la última palabra en asuntos de la Iglesia, sino también de un pulso del que dependían los derechos de reyes y nobles a gobernar territorios en liza, dada la autoridad que la posición del papa en estos asuntos parecía ejercer sobre los fieles, siempre atentos a las eventuales excomuniones si eran sorprendidos en el bando equivocado,

Tampoco ayudaba la facilidad con que unos y otros, incluidos los pontífices, mudaban de lealtades, atentos a las promesas y/o amenazas que percibían sobre sus feudos y familias (en especial los de Sforza y Colonna).

Eugenio IV (antes cardenal Gabriel Condumieri) era veneciano y, por tanto, naturalmente inclinado a secundar las ambiciones de los Estados del Norte de Italia. El Colegio cardenalicio estaba formado por representantes de los principales países católicos de Europa, entre los que destacaban Alemania, Inglaterra, Francia y España. Ninguno deseaba ver fortalecido el poder de la Iglesia. Ocurría, sin embargo, que el cardenal elegido Papa, una vez al frente de ella, se

sentía llamado a obtener mayor poder sobre el Concilio, siquiera para reformar las conductas reprobables de los prelados. Ocurrió con Martín V y empezaba a ocurrir con Eugenio IV.

Martín V había dispuesto que a su muerte se reuniese un nuevo concilio en Alemania para atacar las reformas pendientes, relacionadas con los ingresos de la Iglesia: diezmos y primicias de sueldos anuales (*annatas*). Envió Eugenio legados a Basilea en 1431, dispuesto a asumir los compromisos que iba negociando el anterior secretario del concilio, el cardenal Julián Cesarini.

Sin embargo, pronto se vio que el nuevo papa no aceptaba las protestas de subordinación y lealtad que el rey Alfonso V le hacía llegar por medio de embajadas diversas. Según el papa, la bula emitida por Martín V en la que se recogía el acuerdo con la reina Juana II de Nápoles de que Alfonso heredase el reino a su muerte, no constaba en los archivos del papado. En consecuencia, el heredero legítimo para la Iglesia era Renato de Anjou.

Esta toma de posición fue recibida por Alfonso, no como una declaración incontestable, sino como una opinión que con paciencia sería capaz de doblegar. El tiempo le daría la razón, pero no sin antes comprobar lo enraizado de esa postura y los extremos a los que Eugenio IV estaba dispuesto a llegar en defensa de lo que estimaba ser los mejores intereses de la Iglesia y suyos personales.

El rey Alfonso, que en un principio ni siquiera había enviado embajadores de Aragón al concilio de Basilea, vio una oportunidad de presionar a Eugenio IV, influyendo en las deliberaciones de los cardenales. Ya entonces, los impulsos reformistas frente a las disolutas conductas de los prelados, y la simonía y avaricia fiscal de los papas, atizaba el fuego contrario a la primacía papal, por lo que las discusiones conciliares versaban sobre la supresión de sus impuestos y privilegios. Eran opciones que tenían efectos políticos inmediatos por lo que los monarcas europeos y los príncipes italianos no permanecían indiferentes.

Una decisión de Basilea muy apreciada por Alfonso, por su repercusión en el gobierno de Sicilia, fue la de restaurar la costumbre de la Iglesia primitiva de que los obispos fueran elegidos por sufragio entre los padres reunidos en Sínodo. Ello suponía rescindir al papa del derecho a nombrar obispos, vigente desde el concilio de

Constanza. Alfonso se apresuró a proclamar una pragmática desde Gaeta en 1437, dando fuerza legal a lo dispuesto por los cardenales en Basilea.

A partir de 1437, estaba claro que, si el rey de Sicilia se apoderaba de Nápoles y, de paso, de Roma, el papa Eugenio IV tendría un Sacro Colegio en contra. Eugenio buscó superar la situación de inferioridad en que se encontraba el pontificado, resolviendo el cisma que había dividido la Iglesia en dos. Y lo logró, convenciendo al emperador de Bizancio, Juan VIII el Paleólogo, de la bondad de la medida. Sintiéndose fortalecido creyó que había llegado el momento de reafirmarse ante el Colegio, decidiendo que las formalidades de la reconciliación entre las dos Iglesias se celebrasen en Florencia, sede del papado. Ello suponía de hecho, obligar a los cardenales a olvidar Basilea y acudir a Italia, como testigos del triunfo de Eugenio.

La inusitada popularidad del papa en Italia no favorecía la causa de Aragón. Alfonso V dio instrucciones a sus embajadores en Basilea de que se negasen a asistir a un sínodo en Florencia, aduciendo que el Papa no podía cambiar la sede del concilio.

El papa se enfureció, no tanto por la negativa a acudir como por la justificación de que el Colegio reunido en concilio no debía obediencia. Reaccionó el papa trasladando el Concilio de Basilea a Ferrara, con lo que la tensión aumentó al máximo.

El 25 de junio de 1439, el Concilio de Basilea depuso a Eugenio IV y nombró nuevo papa, con la aceptación de los embajadores de Alfonso V y del duque de Milán. La persona elegida ni siquiera era un eclesiástico. En un primer momento declinó aceptar un honor tan cargado de conflictividad. Señor feudal de la familia de Saboya, Amadeo acabó cediendo a las presiones que le llegaban de todas partes de Europa. Su consagración como nuevo jefe de la Iglesia fue muy solemne, ofició el cardenal d'Allamand y el nuevo papa tomó el nombre de Félix V, esperando en mantener la felicidad de la que había gozado hasta ese momento.

Aunque Amadeo de Saboya había sido elegido para recomponer la paz en la Iglesia, el nombramiento supuso una victoria de Alfonso sobre Eugenio, y así fue percibido por todos, incluido el propio papa. Para contrarrestar, Eugenio IV hizo coincidir la

entronización de Félix V con una ceremonia solemne que celebrase la reconciliación de las dos Iglesias. Las discusiones (bizantinas) entre latinos y griegos, en torno al significado del famoso “filioque procedit” del Credo, iban a tener lugar en Ferrara, con asistencia de Juan VIII Paleólogo, y una amplísima representación de la Iglesia Ortodoxa griega.

Pero las esperanzas de un triunfo apoteósico de la cristiandad, en contraste con la supuesta mezquindad de los proponentes del antipapa, se vinieron abajo de forma estrepitosa, relegando a Eugenio IV a una posición de inferioridad manifiesta. Lo cual, como solía ocurrir en la política italiana, acabaría beneficiándole a él personalmente, más que si todo hubiera ocurrido a su gusto.

El año 1439 hizo su aparición la peste en Ferrara, precisamente en el momento en que se suponía que tenía que empezar el nuevo concilio. Precipitadamente, Eugenio lo trasladó a Florencia, donde efectivamente tuvo lugar la tan deseada reconciliación en la catedral de Santa María del Fiore el 6 de julio, dos semanas después de la celebración del nombramiento de Félix V en la catedral de Basilea.

Si lo que el emperador Juan VIII perseguía con su benevolencia hacia la Iglesia romana era lograr apoyos en Occidente que le defendieran de los ataques otomanos, la fisura provocada por el nuevo cisma diluyó la eficacia prevista, y, en consecuencia, muchos de quienes lo apoyaron en su iniciativa se retractaron apenas habían transcurrido seis meses del histórico momento. (La oposición llegó a tal punto que un hermano de Juan VIII, Demetrio Paleólogo, creyó poder acceder al trono encabezando tropas de origen turco, algo que el pueblo no quiso aceptar).

El resultado de tantas adversidades para Eugenio no supuso otra cosa que su fortalecimiento entre los príncipes italianos, pero antes tuvo que abandonar la causa de los Anjou y sumarse a la de la casa de Aragón.

El camino para la conquista definitiva del Reino de Nápoles por Alfonso V se aparecía más abierto y llano que en ninguna otra ocasión precedente.

La reconciliación entre Eugenio IV y Alfonso suponía relegar a la inanidad la figura de Félix V, quien, en contra de lo que cabía suponer, no quiso renunciar y prefirió seguir teniendo la consideración de papa hasta que la realidad (y la edad) doblegaron su ánimo en 1449. Murió en Rapallo a los 68 años.

Raimondo de Perellós

1441-1443

Blasi encontró en los archivos de la ciudad un documento en el que Perellós, después de consultar con el rey, accede a sobreseer las deudas con el fisco de los comerciantes y otros vecinos palermitanos que se sentían agobiados por la acumulación de reclamaciones en los últimos tiempos, posiblemente debido a la interminable empresa de Nápoles.

La acción contra los aragoneses perpetrada por Eugenio IV en una liga con los venecianos y los genoveses había fracasado. Los asuntos de España estaban tranquilos, después de la paz entre Castilla y Aragón. Alfonso arreció en poner estrecho cerco a Nápoles.

Según Zurita, los vecinos de la ciudad preferían a Renato antes que a Alfonso. No sólo lo preferían, sentían afecto por su forma de comportarse con ellos. Tenía el francés cualidades parecidas a las del difunto infante don Pedro, a quien las villas se rendían sin luchar. Por mucha demostración de fuerza, con naves en el puerto y tropas en tierra, que hizo el rey de Aragón, los napolitanos no dieron muestras de dar muestras de abandonar a Renato, sino que sufrían las penalidades del asedio, la escasez de comida y la dificultad de lograrla, con entereza y la esperanza de que los genoveses los librasen del trance. Acudieron los de Génova y

algo de ayuda lograron introducir en la ciudad, pero poca. Llegó el momento en que muchos vecinos vieron perdida la esperanza, por lo que algunos buscaron modo de precipitar los acontecimientos y acabar de una vez.

Dos albañiles hermanos, uno de nombre Anello, salieron de la ciudad y mostraron a los aragoneses la forma de tomarla fácilmente. Consistía en repetir la argucia de que se sirvió el general bizantino Belisario en el año 563 para expulsar de Nápoles a los ostrogodos.

Desde tiempo inmemorial se aprovechaba el agua de un manantial de las afueras, que llegaba a la urbe por unas galerías y caños que llenaban los pozos de algunas casas. Se pensó que doscientos hombres que lograsen entrar, una vez dentro allanarían el acceso. Acudieron soldados del rey Alfonso al lugar y comenzaron a introducirse por las minas, portando solamente ballestas y teniendo que abrirse paso con las manos en los sitios más estrechos. Cuando los primeros veinte llegaron al primer pozo supieron que la casa pertenecía a un sastre, de nombre Citello, cerca de la torre de Santa Sofía. Permanecieron allí, sin atreverse a salir, por lo que los de afuera pensaron que habían sido descubiertos y eliminados. Pasada la noche, los ballesteros salieron de la casa y lograron tomar la torre cercana de Santa Sofía.

El rey, que había decidido atacar por la puerta de San Genaro, defendida por los genoveses, vio lo que ocurría en la torre de Santa Sofía y acometió también por esa zona, por lo que el duque de Anjou acudió a la defensa en persona y luchó bravamente, logrando los suyos arrojar algunos españoles de la altura. Pedro de Cardona, con quinientos soldados, logró entrar por la calle Maestra. En San Genaro seguían luchando los hombres de Ximénez de Urrea, Ramón Boil y Ximén Pérez de Corella, atrayendo la atención de los defensores. Pero ya el grueso del ejército aragonés se dio cuenta de que era más fácil atacar por la Torre de Santa Sofía y así lo hicieron. Finalmente tuvieron éxito e irrumpieron en las calles de Nápoles, dando el triunfo a Alfonso.

Dejó el rey Alfonso que sus soldados se dedicasen al pillaje de la ciudad hasta que él mismo entró y ordenó el fin del saqueo, bajo pena de muerte. Se cree que el tiempo que transcurrió hasta la

prohibición se debía al recuerdo del cadáver de su hermano, muerto de un bombazo desde la torre de Santa Catalina.

Pese a lo anterior, el perdón subsiguiente y el amor a la ciudad no pasaron desapercibidos. Zurita alaba a los dos príncipes extranjeros, que lucharon con tanto valor. De Alfonso dice que:

El rey por mar y tierra había empleado en su conquista todas sus fuerzas y las de sus reinos, poniendo a su persona expuesta a todo peligro, que fue causa que estimase en más sola aquella ciudad que todos los otros reinos y estados y la amase como a su propia patria y morada.

El lunes, 4 de julio de 1442, “estando el rey en la iglesia Mayor de Nápoles, con gran solemnidad y aparato, los síndicos de los barrios de la Montaña, Porto y Puerta Nueva le hicieron homenaje de fidelidad, y después los síndicos de las otras plazas, según su costumbre, con uno de los mayores triunfos que se alcanzó por príncipe en aquellos tiempos”.

El duque de Anjou se embarcó en una galera genovesa rumbo a Florencia, donde se entrevistó con el papa Eugenio. Todavía habría Alfonso de entablar nueva batalla para asegurar su dominio absoluto sobre el reino. Esta vez contra Antonio Caldora y Giovanni Sforza. Se encontraron los ejércitos en las alturas de Sessano el 28 de junio. Preguntó Alfonso a Giovanni de Ventimiglia su parecer sobre combatir en lugar tan escabroso a enemigos tan avezados como los Sforza y los Caldora. Ventimiglia le contestó que el no atacaría por no exponer la vida del rey. Aquella respuesta bastó para que Alfonso “poniéndose la celada, mandase salir a dar batalla”. Duró bastantes horas, se luchó bravamente por soldados muy veteranos. Sforza huyó. Caldora fue hecho prisionero.

El rey quiso dar muestras de su talante magnánimo: no sólo perdonó a Caldora, sino que lo mantuvo en posesión del condado de Trivento, propiedades en los Abruzzi y bienes y joyas de su esposa. Ya tenía pensado el monarca recompensar a Lope Ximénez de Urrea por su decisiva parte en la toma de Nápoles, nombrándolo virrey de Sicilia, para lo cual debía resignar sus funciones Raimondo Perellós.

Mientras estas cosas ocurrían, Raimondo Perellós guardaba Sicilia en lugar de participar en la conquista de Nápoles. La razón es que ya era un anciano. De ahí que el rey lo hubiese nombrado virrey con carácter “vitalicio”, que venía a ser un adjetivo honorífico.

Veinte años antes, Perellós vivió jornadas memorables en Nápoles, unas majestuosas, otras tristes. Las primeras tienen que ver con la recepción que le dedicó la reina Juana II a la vista de una flota de doce galeras y tres galeotas aragonesas en apoyo de su causa. Reunió Juana el parlamento en el Castillo Nuevo y en presencia de Perellós informó a los síndicos que había adoptado a Alfonso como heredero. Días más tarde, el 24 de septiembre de 1420, entregó el ducado de Calabria a Perellós en calidad de virrey, segregándolo del reino de Nápoles.

No duró mucho aquella concordia. La reina no acababa de ver con buenos ojos una alianza que creía perjudicial para sus intereses, porque adivinaba las intenciones expansionistas de Alfonso, que no se iba a contentar con sólo la isla de Sicilia. Juana desheredó a Alfonso y este tomó las armas para vengar la ofensa. Entonces la reina pidió ayuda a Francisco Sforza. Hubo un enfrentamiento a la altura de Santa María de Ogliulo, el 31 de mayo de 1423, con victoria para el *condottiero*. Entre los principalísimos prisioneros estaba Giovanni Ventimiglia, Raimondo de Moncada, Bernaldo de Centelles y Raimondo Perellós. La libertad de los prisioneros supuso para Alfonso tener que devolver al gran senescal, Giovanni Caracciolo, sin el cual, “la reina Juana no podía vivir”.

Que Alfonso aceptara entregar al gran senescal a cambio de Perellós, demuestra, el afecto y confianza que le merecía. Dice Blasi que cuando lo nombró virrey ya debía ser persona de mucha edad y que al hacerlo “de por vida” vaticinaba una cercana muerte, como al parecer ocurrió en 1444. Es curioso que, hablando de las confidencias entre el rey Alfonso y Raimondo Perellós, Zurita utilice el adjetivo “escabrosas”, sin que se sepa bien qué quería decir.

Lope Ximénez de Urrea, vizconde de Rueda

1443-1446

Los orígenes del linaje Ximénez de Urrea remontan a la legendaria ayuda que un caballero bávaro, de nombre Maximiliano, habría proporcionado Pedro I de Aragón en la batalla de Alcoraz, durante el asedio a la ciudad de Huesca en 1096. Jerónimo Zurita, al tiempo que da noticia de este episodio, proclama su desconfianza en las apariciones de San Jorge, que también se quiso relacionar con esta victoria.

Da como primer caballero conocido por el apellido Urrea a Ruy Pérez de Urrea, cuyo nombre aparece entre los que juraron aceptar el testamento de Alfonso el Batallador. Luego menciona a un Ximeno de Urrea, testigo de la apropiación del condado de Provenza en 1166 por Alfonso II el Casto, al morir su hermano Ramón Berenguer en la batalla de Niza.

El linaje de los Ximénez Urrea se prolonga y sus hechos vuelven en 1374 a las páginas de los *Anales* de Zurita, el cual se detiene a comentar un suceso que conmovió a los habitantes de Jaca, Huesca, Zaragoza y Tarazona.

Lope Ximénez de Urrea había contraído matrimonio ese año con Brianda de Luna, cuñada del rey Martín de Aragón. Cuatro años más tarde, doña Brianda huyó de palacio y se fue a vivir con un nieto

del rey Pedro III: un caballero llamado Luis Cornel, señor de Alfajarín. Cuando se supo el adulterio, los vecinos y allegados de Lope Ximénez de Urrea tomaron las armas contra los Luna y los Corneles, arrasando tierras y obligando a Brianda y Luis a refugiarse en un castillo y pedir la protección del rey Pedro IV. El episodio termina con la nulidad del primer matrimonio, por no consumado, pero la animosidad de los López Urrea contra los Luna se mantuvo durante siglos.

Lope se volvió a casar, la segunda vez con Sancha Pérez de Heredia. Tuvieron cuatro hijos: el mayor, Pedro, fue padre del virrey Lope Ximénez de Urrea, que heredó el vizcondado de Rueda. Lope tuvo un hermano novelesco, Pedro, que llegaría a obispo, muy conocido por sus inversiones en piratería, con aprovechamiento de las presas y botines consubstanciales a esta actividad.

En la vida de Lope hay una época española, en que se une a Beatriz Rois de Lihori, que le da dos hijos: Pedro, que murió a poco de nacer, y Beatriz que acompañó a su padre en Sicilia.

La segunda parte de la vida de Lope y Beatriz transcurre en Sicilia, donde ambos contraen matrimonio con miembros de la familia Centelles. Beatriz se casa con Francisco Centelles, primer conde de Oliva y su padre, Lope, con Catalina Centelles, hija de Gilabert. El hijo de ambos, también Lope, sería el primer conde de Aranda.

Mantiene Giovanni Evangelista Blasi que en Sicilia había dos Ximénez de Urrea; uno que gobernó sólo un año, en 1444, y otro, el llamado Lope, que sería virrey hasta la muerte de Alfonso V. Para justificarlo aduce un documento en que se dice que Alfonso reclamó la presencia de Ximénez de Urrea en 1445 en Nápoles, nombrando virrey de Sicilia a Lope Ximénez de Urrea. Aparte de esta posible y explicable duplicidad de misiones, que no de personas, no hay rastro de la existencia de dos Lope con el mismo apellido; al contrario, los viajes de Ximénez de Urrea desde Messina a Nápoles, a instancias del rey configuran su gobierno, pudiéndose decir que estuvo tanto ausente como presente en la isla.

El rey Alfonso V había cumplido el sueño de vivir tranquilamente en Nápoles. Aragón quedaba muy lejos y Castilla aún

más. Tenía ya, por fin, el papa a su favor. Correspondía ahora derogar todas las leyes que habían sido promulgadas en su contra, y ese fue uno de los primeros actos de gobierno de Ximénez de Urrea.

Eugenio IV no sólo reconoció a Alfonso como rey de Nápoles, sino que aceptó que, cuando muriera, le sucediese Fernando, el hijo que tuvo con su amiga Giral dona de Carlino. En contrapartida, Alfonso ofreció al papa apoyo militar contra Francesco Sforza y la disolución del Concilio de Basilea, obligando a los prelados a trasladarse a Florencia, como quería Eugenio.

Quien se veía asediado y con un futuro más que incierto era su amigo Filippo, duque de Milán. Venecianos, genoveses y florentinos se habían aliado en su contra, por lo que pidió ayuda a Alfonso. No convenía a éste entrar en guerra con los vecinos del Norte, pero un sentimiento de justa gratitud por la hospitalidad del Visconti, cuando estuvo prisionero de los genoveses, lo impulsó a armar un barco de gran tamaño y capacidad de carga, que encomendó a un avezado marino, Iñigo Davalo, para que hostigase las naves venecianas en el Adriático. Luego se añadió otro barco de menor porte a las prácticas de piratería.

La maniobra tuvo más éxito del esperado, al distraer de la guerra contra Filippo quince galeras venecianas y seis transportes, que persiguieron a las naves de Iñigo con saña hasta el mismo puerto de Siracusa. No debía estar bien defendido el puerto, pues las galeras venecianas lograron entrar y se propusieron dar un gran escarmiento a los ofensores. Iñigo Davalo improvisó una barrera defensiva con maderos interpuestos y organizó unos puentes de fortuna con tierra para recibir socorros, mientras llegaban las tropas del virrey.

Los venecianos lograron retirar los estorbos e intentaron el abordaje lo que dio lugar a horas de lucha sin resultados favorables para ninguno y a costa de muchas bajas. Aunque la gente de mar veneciana era numerosa, los continuos refuerzos con tropas de tierra hacían imposible la captura de las naves del rey. El fin de la historia es que los venecianos se retiraron después de que un incendio provocase la pérdida de al menos una de las naves sicilianas.

Volviendo a Filippo, dice el padre Mariana que el duque de Milán, viéndose viejo, débil y perseguido, quiso dejar el ducado en manos de Alfonso V, a quién se lo ofreció diciendo que deseaba

pasar el resto de sus días como un milanés más, retirado de la vida pública. Alfonso no estaba en condiciones de aceptar un reino que supondría la guerra total con los estados del Norte.

Ese mismo año de 1447 fallecía Eugenio IV y poco después el propio Filippo Visconti. Al abrir el testamento del duque de Milán se supo que nombraba heredero, no a su yerno, Francisco Sforza, sino a Alfonso V. Los milaneses no aceptaron la herencia y se hicieron dueños de los dos castillos que tenía Milán, negándose a jurar lealtad al rey de Nápoles y Sicilia. Alfonso no acudió a remediar el trance, ocupado como estaba en arrebatarse a los florentinos: Ripa, Marancia, Piombino y la isla de Lilio. Para sufragar los gastos de estas guerras Alfonso contaba con los donativos que Lope Ximénez de Urrea conseguía arrancar a los nobles sicilianos en Parlamentos sucesivos. Sus viajes a Nápoles tenían como misión temperar las necesidades de Alfonso con las posibilidades de Sicilia, de forma que la vida en la isla permaneciese tranquila y sin sobresaltos.

El primer alboroto que hubo de reconducir se produjo en Catania. Algunas personas notables de la ciudad se encontraban molestas en 1443, por las diatribas de un fraile contra el vicio y disolución de las costumbres. Con el fin de amedrentarlo, un cura lo insultó gravemente y en público. El fraile, Pietro Geremia, acudió al obispo, Giovanni de Piscibus, quien arrestó al cura, Giuliano Darqueri. Enterado Ximénez de Urrea, consideró que había que soltar al cura, en virtud de ciertas inmunidades de la capellanía real. Al poco tiempo aparecieron pintadas en las calles con más insultos a Pietro Geremia. Esta vez el virrey ordenó al obispo olvidar su primera carta y proceder de forma ejemplar.

A Ximénez de Urrea se debe la creación de la Universidad de Catania. Para ello hubo de obtener la autorización del papa Eugenio. Como lo importante era ver la forma de financiar su mantenimiento, el virrey obtuvo de Alfonso V un privilegio de 1.500 escudos anuales, procedentes de la producción de trigo. Aquella distinción borraría completamente el recuerdo del mal gobierno el año anterior.

Otra ciudad donde Ximénez de Urrea tuvo que ejercer su autoridad para restablecer la paz, fue Modica, en 1449. Se quejaban los vecinos de que Giovanni Bernardo de Cabrera, descendiente del favorito de Pedro IV de Aragón, los maltrataba. Al no recibir

respuesta tomaron las armas enarbolando el pendón real y amenazando con destruir a Bernardo. Huyó éste a Palermo donde se entrevistó con el virrey. No le valió, pues el virrey lo sometió a juicio y fue condenado a resarcir a los perjudicados con el fruto de la venta de sus posesiones en Comiso, Giarratama y Spaccaforno.

Mayor importancia tuvo la rebelión de los palermitanos el año siguiente, encontrándose el virrey en Messina. Esta vez la ira de los habitantes iba contra los funcionarios de los almacenes de víveres, cuyos precios se habían disparado por efecto de una sobrevenida escasez y prácticas monopolísticas. La muchedumbre asaltó los silos y las casas de los mercaderes sospechosos de enriquecimiento. Con buen criterio, la autoridad de Leonardo di Bartolomeo, protonotario del reino, hizo distribuir gratuitamente cuantos alimentos quedaban, tranquilizando a los hambrientos palermitanos hasta que llegase el virrey.

Según el historiador Fazello, irritados por la dejadez de Ximénez de Urrea, los palermitanos le cerraron las puertas de la ciudad. Preguntado el motivo, la respuesta fue que no le dejarían entrar si antes no firmaba el perdón para todos, en su nombre y en nombre del rey Alfonso. Blasi no cree verosímil este episodio, antes opina que las cosas ocurrieron de otra forma. El virrey reunió a los síndicos en Parlamento, a principios de 1451, donde se acordó donar a Alfonso 50.000 florines, pagaderos a plazos. Como compensación por el donativo, los senadores pidieron y obtuvieron el perdón por los tumultos ocurridos el año anterior, en un quid pro quo que dejó a todos contentos.

Todo el año se mantuvo Urrea en el consejo del rey, en relación con la guerra que mantenía con los florentinos, y el papel que en ella podía jugar su hijo Fernando, ayuno de glorias militares por su juventud.

En 1452 el virrey retornó a Sicilia donde le esperaba otro motivo de descontento de los habitantes. La disponibilidad de dinero se había vuelto muy onerosa por la avaricia de los usureros. De lo justo de sus quejas da prueba la resolución del virrey, tras consultar la opinión del papa y del rey, que fijaba un tope máximo del 10%, como pago de los intereses sobre fondos prestados.

Ese mismo año, Ximénez de Urrea recordó a los religiosos de la isla su obligación de pagar unas cantidades anuales al rey de Aragón, como resultado de la concordia propiciada por el papa Nicolás V, en el conflicto provocado por Alfonso V, al pretender cobrar diezmos en todas las tierras que la Iglesia hubiese adquirido de propietarios que ya los habían pagado. Las órdenes religiosas del reino de Aragón se negaban, aduciendo que sus posesiones estaban libres de impuestos.

Los últimos años del primer gobierno de Lope Ximénez de Urrea coinciden con los últimos de la vida del rey Alfonso, que murió el 26 de junio de 1458, mientras esperaba la noticia de la rendición de Génova a sus tropas. Fueron unas fiebres repentinas las que tomaron su cuerpo, que no su ánimo, pues seguía dando órdenes desde el castillo del Ovo, adonde los médicos le habían hecho mudarse desde Castelnuovo, por ser mejores los aires.

El historiador Gian Evangelista Blasi, glosa de este modo el acontecimiento:

Murió a la edad de setenta y cuatro años, todavía no cumplidos, dejando desconsolados a sus súbditos, por haber perdido al más grande, al más magnánimo de los príncipes de aquel siglo, y a los genoveses alegres y contentos al haberse librado de su enemigo más fiero, y por haber conservado una libertad que estaban a punto de perder.

La expresión “súbditos desconsolados”, de alcance retórico, se queda corta para reflejar los sentimientos de al menos una persona muy principal de Nápoles. Nos referimos a la que Blasi llamaba “amiga del rey”, que no amante, Lucrecia d’Alagno.

La reina María de Castilla no había acompañado a su marido en Italia, sino que permanecía en España, cuidando otros intereses de la dinastía, ya que no había sido capaz de traer al mundo un heredero. La amante oficial del rey era, de siempre, una dama italiana de la Corte de Aragón, doña Giral dona de Carlino, de edad parecida a la suya, que le dio tres hijos. El mayor, Fernando, se sabía heredero del trono de Nápoles, no de Aragón, después de que Alfonso consiguiera el consentimiento del papa Eugenio IV y de la

reina Juana II. Por lo mismo, Fernando II, conocido en Italia como Ferrante, sería el nuevo rey de Sicilia, al estar unidos ambos reinos.

Si no la amante de su padre, ¿quién era Lucrecia d'Alagno y qué peligro pudo suponer para sus aspiraciones al trono, durante los últimos años de su vida?

La historia de esta mujer es un ejemplo de belleza recompensada hasta extremos inauditos, y sin contrapartida. Toda la familia, padres, múltiples hermanos y hermanas, tíos, yernos y hasta amigos recibieron de Alfonso títulos, tierras y privilegios, año tras año. Siempre atendiendo sugerencias de Lucrecia y sin la menor reserva.

Comparada con Alfonso, Lucrecia era casi una niña. La conoció por casualidad en una visita que hizo al bastión de Torre del Greco. No muy lejos de la torre, los padres de Lucrecia tenían un huerto que visitaban desde la villa de Torre Anunziata, donde Cola (Nicolás) Dalagno servía como capitán. Las visitas fueron aumentando sin el menor disimulo, dando a entender que se trataba de una amistad en la que el rey se contentaba con poder tenerla cerca y que los vieran juntos. Tanto el heredero Ferrante como su esposa, Isabella de Chiaramonte departían amablemente con ella en la corte y le mostraban afecto y respeto. La fama de su belleza intrigaba a los embajadores extranjeros, quienes procuraban ver a Alfonso cuando se sabía que estaba con ella, bien en el baluarte de Torre del Greco o en Pozuolli, donde Lucrecia tenía una residencia.

El cancionero de Zúñiga recoge versos italianos y españoles que glosan la figura de Lucrecia, como éstos latinos de Beccadelli:

*Quantum Rex procures, quantum Sol sydera vincit
Tantum Campanas superat Lucretia nymphas*

(Tanto como el Sol dominó a los astros, y el Rey a los nobles Así supera Lucrecia a las ninfas de Campania)

O estos otros de Juan de Tapia:

*Sennora, que tal amante
Faseys la guerra
A quien fu temblar la Tierra*

*Desde Poniente a Levante
Vos fuisteis la combatida,
Que venció al vencedor;
Vos fuisteis quien por amor
Jamás nunca fue vencida*

En nuestros días, Benedetto Croce se ocupó de desempolvar la historia de Lucrecia, con tanto interés que la ciudad de Nápoles puso su nombre a la calle donde se sabe vivió la familia Alagno. Por Croce sabemos que el emperador Federico III de Habsburgo y su mujer Leonor de Portugal, durante la visita de recién casados que hicieron a Nápoles en 1452, mostraron interés en ver a Lucrecia, cuya belleza había traspasado fronteras y llegado a Austria. El rey organizó una jornada de caza, asegurando que asistiría Lucrecia, pero los emperadores se dirigieron a la casa de ella sin aviso para presentar sus respetos. Dice Croce, que una sorprendida Lucrecia bajó las escaleras y tras hacer las reverencias a Federico y Leonor, tomó sus manos y los condujo a un salón privado donde conversaron plácidamente.

Igualmente, cuando Ferrante regresó a Nápoles en 1454, después de sus campañas militares, quien salió a su encuentro y al de Isabella en las calles de la ciudad, magníficamente ataviada y rodeada de caballeros y damas, fue Lucrecia D'Alagno.

Pasaban los años. Y en 1457 Lucrecia, cansada de tanta vana admiración por su belleza, concibió la idea de ser reina de Aragón, ya que Ferrante iba a serlo de Nápoles y Sicilia. En su palacio de Aragón, la paciente esposa de Alfonso se interponía a esta secreta ambición. Lucrecia, mucho más joven, esperaba sobrevivir a la reina y ocupar su puesto, con sólo pedirlo, cuando llegase el momento.

Pero el momento no llegaba. En Roma, hacía ya dos años que el sucesor del papa Nicolás V era un valenciano, Alfonso de Borja, tío del marido español de su hermana Luisa y proclive al nepotismo, vicio del cual ya había dado muestras. Los allegados de Lucrecia insinuaron que este papa podría anular el matrimonio del rey, atendiendo a la esterilidad de la reina María y la ausencia total de relación entre los esposos durante treinta años.

En lugar de procurar unas consultas discretas entre el rey Alfonso y su antiguo cortesano Calixto III (nombre adoptado por el Borja), el rey Alfonso dio por hecho el permiso papal y organizó a Lucrecia un viaje triunfal a Roma, habilitando fondos y poniendo a su disposición un séquito impresionante, pues constaba de cincuenta jinetes, veinticinco damas con títulos de y nobleza y cincuenta familiares suyos. Pero manteniéndose al margen.

Durante el viaje y a su llegada a Roma, Lucrecia fue recibida con honores reales, excediéndose en ellos el propio pontífice, lo que le acarreo reproches de algún purpurado. Otros cardenales, la ofrecieron vasos de oro y objetos preciosos. Por fin Lucrecia y Calixto pudieron hablar a solas. Como ocurriría después con Enrique VIII de Inglaterra, también en este caso la Iglesia se negó a disolver el matrimonio de Alfonso con María.

En vano trató Alfonso de consolar a Lucrecia. Su orgullo lastimado, la sensación de ridículo, eran más fuertes que la idea de conformarse con esperar a que, por ley de vida, el trono de Aragón pudiera ser suyo. Pero si el año 1457 fue malo para la ambición de Lucrecia, el siguiente supuso la total catástrofe, pues la mencionada ley de vida funcionó en sentido contrario, y quien murió fue su protector, el rey Alfonso.

La importancia política de Alfonso el Magnánimo se vio clara en toda Europa con su inesperada muerte. La paz trabajosamente lograda en Italia, que tan necesaria era para detener las ambiciones otomanas, saltó por los aires. Su testamento, en el que reservaba Nápoles para su hijo Ferrante (Fernando) no fue respetado por el primer papa Borgia, mostrando el pontífice, en aquella decisión, mayúscula ingratitud.

Calixto III inaugura una dinastía que personifica el nepotismo en la Iglesia. Lo cual no le quita méritos en otros campos de la conducta humana, como es la cultura humanística, el patronazgo de las artes y la ciencia y el progresismo intelectual. Promulgó un edicto en Sicilia por el cual la isla “volvía” al patrimonio de la Iglesia, declarando nulas todas las leyes que no reconocieran el retorno y excomulgados los eventuales disidentes.

Aquella llamada vaticana a la insurrección no surtió efecto. El testamento de Alfonso dejaba claro que Sicilia, como parte de

Aragón, correspondía en herencia a su hermano Juan. Precisamente al mismo Giovanni que había sido el primer virrey en 1416, sucediendo a la reina Blanca y que tuvo que volver a España por el temor que había a que se proclamase rey de la isla.

Así pues, con la muerte del rey Alfonso, Sicilia se vio más desligada de Nápoles, y el virrey Lope Ximénez de Urrea, que tantas veces había cruzado el estrecho de Messina, pudo notar como los polos del magnetismo político se alejaban hacia Roma, por un lado y Zaragoza, por otro.

En esas circunstancias el deseo de recuperar la identidad perdida movió los pechos de muchos sicilianos. Lope Ximénez de Urrea creyó encontrar una solución ingeniosa al postular como virrey al hijo de Juan y de la reina Blanca, conocido con el nombre de príncipe de Viana.

Se hallaba este príncipe viviendo en Sicilia, donde era muy apreciado por ser hijo de la última reina (y primera virreina) lo que le confería una aureola de rey local. A ello habría que añadir otros atractivos tanto físicos como intelectuales, que hacían de él la antítesis del papa Calixto.

La razón de que Carlos se encontrase en Sicilia era su fundamental desacuerdo con la interpretación que su padre había hecho del testamento de su madre, la reina Blanca. Decía el documento que el reino de Navarra pasaba a su hijo primogénito, que era Carlos. Pero, añadía, que mientras viviera su padre, no se hiciese efectivo por consideración al rey consorte. Aquel pergamino fue causa de muchos años de discusiones, desavenencias, guerras, treguas, alianzas, traiciones y esperanzas, que destrozaron las relaciones entre el padre y el hijo.

Por ese motivo, vivir en Sicilia, era para el príncipe de Viana un exilio no exento de atractivos, incluidos los femeninos. La idea del virrey Urrea se completaba con una cláusula resolutoria dejando clara la permanente lealtad de Sicilia al reino de Aragón. Sugería el escrito al rey Juan que viajara a Sicilia para sellar un acuerdo, que contaba con el apoyo unánime de sus súbditos de Italia.

Pero el padre ni siquiera contestó a la propuesta de Lope Ximénez de Urrea y nombró virrey a Juan de Moncayo. No sólo eso, sino que exigió que el príncipe de Viana saliese de Sicilia y fuese

recluido en Menorca. Y, para terminar de añadir hiel en la copa del virrey, ordenó que quien quedaba encargado de acompañar a Carlos en el viaje a Baleares, fuese, precisamente, Lope Ximénez de Urrea, poniendo fin a su gobierno.

Antonio Rosso Spadafora, Adamo Asmondo, Pietro Speciale, Gaetano de Corbera, Simone de Bologna

1446-1459

Para dar cumplida noticia de los sucesos ocurridos en Sicilia durante la época del virrey Ximénez de Urrea se impone una mirada retrospectiva a los presidentes del Reino que gobernaron Sicilia durante sus idas y venidas entre Sicilia y Nápoles, desde 1446 hasta 1459, año en que el hermano de Alfonso nombra un virrey distinto.

En el año 1446 el rey Alfonso estaba instalado cómodamente en el trono de Nápoles, pero no sin haber gastado enormes sumas de su propio patrimonio. Hacía ya diez años de su llegada a Italia y se preguntaba si los sicilianos no deberían contribuir con donativos a remediar algo la fuga de recursos propios. Creyéndolo justo y no demasiado gravoso, encomendó al virrey Ximénez de Urrea que convocase parlamento en Palermo y expusiese a los Senadores su deseo. Distintos historiadores difieren sobre el lugar donde tuvo lugar la reunión, unos dicen que fue en la catedral, otros que en una mansión de la plaza de la Marina, Blasi cree que fue en el Hospital de los Extranjeros. Se aprobó ofrecer a Alfonso ciento veinticinco mil florines y que lo comunicasen cuatro embajadores presididos por el arzobispo de Palermo.

Pareció a los senadores que no debían presentarse ante el pueblo habiendo aprobado semejante donativo sin pedir concesiones

a cambio. Una lista de cincuenta privilegios o mercedes acompañaba a la propuesta de los embajadores, que se presentaba en forma de donativo con la contrapartida de mercedes puntuales; la idea se convertiría en costumbre, a partir de entonces, en todos los Parlamentos celebrados en la época virreinal.

Logrado su propósito, Ximénez de Urrea fue retenido en Nápoles y dejó en su lugar a Antonio Rosso Spadafora, como pudo comprobar Blasi en su investigación documental. pues los archivos consultados llevan la firma de Urrea durante la segunda parte de 1447 hasta el 23 de julio del año 1449. El motivo por el que hubo de dejar Sicilia y volver a Nápoles fue explicar al rey la pérdida de dos naves reales, una de gran tamaño, otra no tanto, que Alfonso había dedicado a interferir el comercio de la República de Venecia, aliada del papa en contra suya.

El episodio ha sido referido de maneras diversas: negando el incendio, minimizando sus efectos, o atribuyéndolo a un desafortunado error. Ximénez de Urrea se sintió involucrado, por la parte del fallido socorro, lo cual explica su interés en justificarse en persona ante el rey. Dejó nombrado un gobierno colegiado, con cuatro lugartenientes: Adamo Asmondo, Pietro Speciale, Calcerano de Corbera y Pietro Gaetano. Que fueran cuatro en lugar de tres, cifra más conveniente para evitar empates y división de opiniones, evidencia una confianza en poder dirimirlos con facilidad desde Nápoles.

Adamo Asmondo, que era maltés, contaba con la confianza personal del rey, en parte por su habilidad como administrador de bienes, en parte por no pertenecer a ninguna familia siciliana. Se dice que su dureza con los mesineses acabó cambiando la opinión del monarca, quien dio la razón a los ciudadanos más perjudicados por las decisiones de Asmondo, anulándolas.

Parecido reconocimiento, obtuvieron de Alfonso los vasallos del conde de Módica, quienes se habían quejado de vejaciones intolerables. Giovanni Bernardo de Cabrera, hijo del famoso Bernardo, fue condenado a resarcimientos que sumaron sesenta mil escudos, para cuyo pago hubo de vender parte de sus propiedades.

Pietro Speciale, como toda su familia, era originario de Pisa y pariente del que fuera virrey en 1425, Niccolò. Fue elegido por su conocimiento de los asuntos de Palermo, como pretor del Senado.

Calcerano de Corbera, villa valenciana, fue nombrado pensando en el control del Sur de la isla, pues era vecino de Agrigento, donde firmaba, como *maestro razionale*, las decisiones que afectaban a esta región.

Con el primer retorno de Ximénez de Urrea en 1450 terminaba el mandato de los cuatro lugartenientes. Tres años después, Ximénez de Urrea estaba de nuevo en Nápoles, aconsejando sobre la cruzada naval que Nicolas V reclamaba contra Mahomet II, por la sensible pérdida de Constantinopla. Al igual que con la guerra contra los florentinos, Urrea recomendaba prudencia, al considerar imposible una victoria contra enemigos superiores. opinión que prevalecería en ambos casos. La grandiosa cruzada que propugnaba Nicolas V fue perdiendo fuelle, y quedó arrumbada cuando murió este papa y Alfonso pudo situar en su lugar al valenciano Calixto III. En 1453, Lope de Urrea firmó una providencia dando fuerza de ley a la bula de Nicolás V, que limitaba la usura y tenía un valor especial en Palermo, donde los prestamistas sobrepasaban lo permitido, con diferencia

En Sicilia, había quedado como presidente el arzobispo de Palermo Simone de Bologna. Lejos de la capital, en la costa Sur, las desavenencias entre dos familias turbaban la paz de la ciudad de Sciacca, en la costa Sur. Como Capuletos y Montescos, los Luna y los Perollo no podían verse sin mostrar su visceral y heredado antagonismo.

El enésimo episodio vino protagonizado por las cabezas de familia de entonces, Antonio y Pietro. Algo insultante había pronunciado Antonio que llenó de ira a Pietro hasta el punto de tratar de asesinarlo sorprendiéndolo en un acto público, ya que otra ocasión de hacerlo no existía. Eligió una procesión religiosa y tantas puñaladas le dio que lo dejó por muerto en plena calle mientras el huía a sus dominios. Sobrevivió sorprendentemente a sus heridas el de Luna; la justicia incriminó a Pietro y llamó como testigos a varios asistentes a la procesión, todo lo cual hacía presagiar una grave condena.

Correspondía a Simone de Bologna supervisar los acontecimientos, pero la justicia es lenta y la ira del superviviente no podía esperar a que se condenase a Pietro, aparte de temer una sentencia benigna.

Así que, optó por matar a su enemigo en su propio palacio, para lo que necesitaba reclutar un pequeño ejército que forzase la entrada y le condujese a las estancias donde ejecutar su venganza. Al principio todo se iba cumpliendo según sus deseos, excepto que la cámara de Pietro estaba vacía y tampoco aparecía por ningún otro lugar del palacio. Sí pudo encontrar a miembros de la familia, que fueron acuchillados bárbaramente. Cumplida esta primera parte de la venganza, los asesinos salieron a la calle en busca de partidarios de los Perollo, que corrieron la misma suerte. Para terminar, pusieron fuego al palacio de Pietro y algunas casas señoriales más, todas afectas al clan.

Sciaccia amaneció horrorizada, sus habitantes corrieron a denunciar los hechos al arzobispo y éste a su vez informó a Ximénez de Urrea, que se encontraba en Nápoles. El rey Alfonso no quiso que el asunto quedase en manos de la justicia y decidió por sí mismo desterrar a ambos nobles de Sicilia y embargar todos sus bienes.

Antonio Rosso Spadafora volvió a desempeñar el cargo de presidente del reino en 1456. Una vez más, el rey Alfonso llamaba a su hombre de confianza, Lope Ximénez de Urrea, para que estuviese a su lado en la guerra que libraba contra Florencia, pero su mandato fue brevísimo, porque el virrey retornó ese mismo año.

Juan de Moncayo

1459-1462

En octubre de 1459 el rey Juan de Aragón decidió a sacar a su hijo, el príncipe de Viana, de su refugio siciliano por temor a que, siguiendo el apoyo popular (y tal vez los consejos de Lope Ximénez de Urrea) se proclamase rey de Sicilia. Para misión tan delicada y no exenta de riesgo, eligió a una persona de su total confianza, Juan de Moncayo, quien debería hacerse a la mar, portador de la orden de regreso a España, no sólo del príncipe Carlos, sino de también de Ximénez de Urrea, acompañándolo. Dado que Urrea era virrey, en su lugar gobernaría Moncayo hasta nueva orden, y quedaba pendiente el nombramiento de Bernardo de Requesens

Ya quedó dicho que el rey Juan prefería a Fernando, el hijo de su segunda mujer, la cual sentía algo parecido a celos de la gallardía y sabiduría del primogénito. Ambos conocían, también, el carácter dulce y sincero de Carlos por lo que no temían que mostrase otra cosa que obediencia y buena cara.

Efectivamente, Moncayo convenció a los dos convocados y abandonaron Italia, para desgracia del infortunado príncipe que nunca debió fiarse de las intenciones de su madrastra.

Del gobierno del virrey Moncayo solo consta que toleró a los mesineses el acaparamiento de trigo de los valles de Noto y Licata, pese a saberse que no se precisaban en Mesina, sino que lo hacían con fines especulativos. El hambre e irritación en la población afectada por aquellas compras masivas llegó a oídos del virrey, pero

éste juzgó que nada podía hacer porque los contratos de compraventa se habían realizado conforme a ley y la seguridad jurídica debía prevalecer. Intervino en las quejas que suscitaban los judíos por sus mataderos de reses, donde vendían a los cristianos lo sobrante de la producción de consumo propio. El virrey mandó publicar un bando que prohibía esta práctica y obligaba a que toda la carne de esos mataderos fuera a mesas hebreas.

La salud del Juan de Moncayo empeoró a los tres años de su llegada a Sicilia, de donde nunca regresaría, sorprendiéndolo la muerte el 27 de octubre de 1462.

Bernardo de Requesens

1463-1465

La segunda vez que Bernardo de Requesens gobernó Sicilia, fue por la concurrencia de dos hechos previstos en los pliegos de mortaja. La muerte de Juan de Moncayo y la ausencia de Lope Ximénez de Urrea, que tenía preferencia para el cargo.

En cuanto al segundo, había tenido que acompañar al príncipe de Viana, Carlos, requerido en Mallorca por su padre, que se sentía preocupado por el excesivo amor que los sicilianos mostraban a su hijo (y el peligro consiguiente de que quisieran proclamarlo rey de Sicilia) con el apoyo de Urrea.

De este infortunado infante dice Blasi, citando a Zurita, que:

Los sicilianos amaban extremadamente este príncipe real, tanto por su madre la Reina Blanca, que había sido adorada, como por su virtud. Era bellísimo de cuerpo y trataba a todos con maneras dulces; era protector de las Letras y de la Ciencia, a las cuales se aplicaba asiduamente c con fruto, habiendo traducido la Ética de Aristóteles y escrito de su pluma una Historia Cronológicas de los Reyes de Navarra; se ejercitaba en la Poesía y componía canciones varias en lengua española que cantaba el mismo a la guitarra.

En situación tan delicada, de celos paternos, Requesens sólo se decidió a dejar España y volver a Sicilia el 3 de enero de 1463, dos meses después del fallecimiento de Juan de Moncayo.

Su llegada a Palermo se produjo el 3 de mayo, pero no tomó posesión, por orden expresa y misteriosa del soberano, hasta veinte días después de su desembarco.

La liberalización de los precios promulgada por Moncayo había favorecido a unos pocos y dejado hambrientos a muchos. Requesens hubo de hacer frente a la situación política resultante, que mostró los peores efectos en Mesina. Allí, la nobleza fue acusada de egoísmo por agitadores del pueblo, entre los que destacaban Giovanni Malone y Niccolò Tabutano. Siguiendo pautas repetidas en ocasiones similares, los cabecillas trataron de abrir las cárceles para que los presos se unieran a la revolución, seguros de contar con sus deseos de venganza. Cometieron el error de desplazar cañones frente al palacio de Parlamento.

Reunido el Sacro Consejo, se determinó extremar la policía contra los autores, los cuales fueron arrestados y juzgados y condenados. El Parlamento creyó oportuno esperar a que el nuevo virrey decidiese antes de aplicarlas, por deseo de los condenados. Requesens no tuvo clemencia y los reos fueron ahorcados y luego descuartizados en la plaza donde habían apostado la artillería robada.

El hecho de que los tumultos se hubiesen producido en Mesina volvió a plantear la eterna cuestión de las desventajas de la capitalidad palermitana. El virrey quiso que se discutiera cómo compaginar las aspiraciones de Mesina por quienes más parecían entender en esta materia. Las deliberaciones del Consejo del Reino, reunido el 23 de noviembre de 1463, examinaron tres opciones: la existente de residir el virrey permanentemente en Palermo, la doble capitalidad, compartida con Mesina, y la de establecer una corte viajera, que acudiese a los lugares donde más necesaria se hiciera sentir su presencia.

Requesens quiso complacer a los mesineses convocando en su ciudad el siguiente Parlamento de la isla, para lo que fueron requeridos los consejeros el 8 de febrero del año siguiente, 1464, con poco éxito, pues pocos de los invitados se presentaron en la fecha prescrita.

Tanta parsimonia hizo que el virrey volviera a convocar a los parlamentarios, esta vez con mucha más urgencia. Había muerto el príncipe de Viana en la cárcel y su madrastra, la reina Juana,

reclamaba ahora para el príncipe Fernando el reconocimiento de príncipe heredero, también en Sicilia. Requesens pensaba cumplir este acto de pleitesía en una de las sesiones iniciales del Parlamento. En Palermo no queda constancia de esta ceremonia. Los *Anales* de Jerónimo Zurita dicen que hubo embajadores de Sicilia presentes en la jura que tuvo lugar en Zaragoza. De lo que no cabe duda es que la cédula que reponía a Lope Ximénez de Urrea como virrey de Sicilia, llegó firmada por el rey Juan y por su hijo Fernando.

Durante el resto del gobierno de Requesens, Blasi ofrece un relato muy pormenorizado de las diabluras y engaños que perpetró *il volpone* arzobispo de Génova a propósito de una nave de nombre *Caetana*, mandada por un tal *messer Giacomo* que había solicitado asilo en el puerto de Trapani, viéndose perseguida por tres naves del arzobispo. En un principio Requesens dijo que se debía aplicar la ley de socorro de forma generosa, pero como la estancia se prolongase dictó que los gastos corriesen a cargo del patrón. Quiso entonces la *Caetana* abandonar Trapani y hacerse a la mar, pero los aduaneros se opusieron a dar la licencia sin consultar al virrey. Requesens juzgó que el derecho de gentes obligaba a permitir la libertad de la nave.

Junto a la *Caetana*, veíase en el puerto una nave genovesa cuyo patrón era el marino Giorgio Dragone. Desde los muelles se pudo observar cómo uno de los tripulantes de la nave genovesa se zambullía en los fondos en busca de algo. En consecuencia, fue arrestado y se le encontraron monedas venecianas, que no sólo procedían del puerto, sino que había logrado obtener en la ciudad. Nueva consulta al virrey Requesens, quien lo comenta con monseñor Fregoso, el arzobispo de Génova. Resultó que Dragone era un protegido del arzobispo. El virrey reprochó al arzobispo estas prácticas y el astuto inculpado mostró deseos de hacerse perdonar, prometiendo donar al rey importantes cantidades de los frutos de sus razias. Requesens aceptó la oferta y juntos organizaron un convoy cargado de grano, caballos, algodón y diversas mercancías y que fue fletado al servicio del rey de Aragón para los puertos de Barcelona y Tarragona. Partieron las naves de Mesina y antes de llegar a Cerdeña, forzaron un cambio de rumbo, apuntando a Génova.

Ya parecía consumado el latrocinio, cuando aparecieron en el horizonte tres galeras genovesas, que salieron al encuentro de los

barcos españoles, haciendo se dieran a la fuga, al no poder explicar su deriva. Temiendo ser descubierto, el arzobispo se ocultó en uno de los barcos españoles y rogó lo desembarcasen en la localidad de Pepoli, feudo de un familiar, Giacomo Appiano. Pero Appiano antepuso sus principios morales a la simpatía de familia y ordenó la incautación de todo lo robado y el envío definitivo de las mercancías al rey de Aragón.

Blasi reconoce el cariz anecdótico de las andanzas del obispo de Genova, pero las relata para realzar sus consultas y descubrimientos en los archivos del protonotario de Palermo. Su opinión del virrey Requesens es positiva y acompañada de palabras amables; niega que hubiese nacido en Palermo, como afirmase Auria, pero lo asimila a otros palermitanos por haber echado raíces y adquirido domicilio en la ciudad, con propiedades en la isla de Pantelleria y señorío de las tierras de Uci.

Cien años más tarde, el apellido Requesens se añadiría, por vía materna, al nombre de Luis, para ocupar páginas memorables en la Historia de España

Lope Ximénez de Urrea, vizconde de Rueda

1465-1475

Lope Ximénez de Urrea, que había vuelto a España a petición del rey Juan, acompañando a Carlos, príncipe de Viana, permaneció en la Península aconsejando al monarca en asuntos relativos a Sicilia hasta el año 1465, en que ya su memoria iba perdiendo claridad y era conveniente que volviese allí, como persona de la máxima confianza del rey de Aragón.

Cesó, pues, en el cargo Bernardo de Requesens y Urrea volvió a tomar las riendas del Reino. Recordando la dificultad que sentía en España de ser suficientemente preciso cuando se refería a sucesos acaecidos en Sicilia, ordenó que todos los documentos de valor histórico desde los tiempos de la reina Blanca pasasen a un Archivo Real. La tarea quedó encomendada a Giovanni dello Médico el 13 de diciembre de 1465, como recuerda complacido el historiador Blasi.

El parlamento convocado en Polizzi por su antecesor Requesens fue anulado y trasladado a Palermo al año siguiente, de manera que el virrey pudiese recordar a los *guirati* la debilidad del anciano monarca aragonés y la conveniencia de asumir un mayor protagonismo en la defensa de las islas italianas ante la amenaza turca. Lope Ximénez de Urrea sabía muy bien cuándo atacar y cuando pactar. En 1466 la relación de fuerzas se inclinaba en favor de los enemigos potenciales de Sicilia, lo que le movió a lograr por todos los medios convencer al bey de Túnez de firmar una tregua de

dos años, a cambio de una fuerte suma de dinero, si bien los pagos se harían a plazos, conforme a su puntual mantenimiento.

Esta sabia medida iba a permitir al precavido virrey concentrar sus recursos en apoyar al príncipe Fernando, heredero de la Corona de Aragón, en sus luchas contra los franceses en Cataluña, de manera que Barcelona pudo ser librada en 1473. La noticia fue celebrada en Palermo con luminarias.

Algo menos bien recibida fue la pretensión española de adjudicar a los barceloneses las rentas sicilianas sobre gabelas que correspondían al rey Juan y cuyo cobro fue exigido a Lope Ximénez de Urrea. Lope se puso en contacto con los parlamentarios para ver de congraciarse con el príncipe. Todos se pusieron de acuerdo en que no era conveniente entregar estas cantidades hasta que quedase claro que Fernando juraba conservar las leyes y costumbres del reino. La ceremonia se celebró el 15 de junio de 1474, actuando Lope en representación del príncipe, documentada por despacho real de 7 de mayo anterior.

Algunos consideraron innecesario este acto, teniendo en cuenta las fastuosas celebraciones que se produjeron en toda Italia con motivo del desposorio entre Isabel de Castilla (la novia perdida del príncipe Carlos de Viana) y el príncipe Fernando de Aragón, (su hermanastro) que serían universalmente conocidos como los Reyes Católicos. Vincenzo Auria detalla cómo fueron las fiestas de Palermo el día de San Andrés de 1470. Las calles se adornaron con toda clase de árboles, flores y frutas de forma que Palermo parecía a los ojos del viandante un “amenísimo jardín”. De noche las luminarias producían un mágico efecto. En el puerto se encontraban dos galeras francesas, que se contagiaron de la alegría general y adornaron sus cubiertas con antorchas encendidas. Del palacio salió una procesión de más de mil soldados y vecinos, presidida por autoridades y miembros de la nobleza. Los balcones y ventanas de las casas permanecían abiertos y sus dueñas agitaban las manos al paso de los celebrantes.

Contrastan con la tradicional campechanería de los sicilianos mostrada en múltiples ocasiones, como la citada, los gravísimos hechos que ese mismo pueblo protagonizó cuatro años después contra los judíos. Con el pretexto de haberse producido algunas

actitudes irrespetuosas contra la madre de Cristo, en la ciudad de Modica se iniciaron algaradas sangrientas contra todo hebreo que se pasease por sus calles, algaradas con se extendieron como la pólvora a todo el valle del Noto y amenazaban con abarcar toda la isla.

El virrey mandó averiguar quienes eran los principales instigadores de la indignación popular y mandó castigarlos con dureza, con el fin de atemorizar al populacho y que cesasen las crueldades antisemitas. Como quiera que las víctimas inocentes incluyeran mujeres y niños, Urrea trasladó su corte virreinal al valle de Noto, para dar a entender que el asunto le preocupaba hasta ese punto. Una vez restituida la calma, retornó a su palacio de Palermo.

En 1475 expiraba el plazo de la tregua alcanzada con el rey de Túnez y tal vez con la intención de renegociar en buenas condiciones, el Bey se preocupó de hostigar a las naves cristianas y de la reanudación de los ataques llegasen a los oídos del virrey, principal proponente de la paz. Efectivamente, Ximénez de Urrea encargó de las gestiones pertinentes a Niccolò Peralta el 8 de junio de 1475.

Fue una de sus últimas providencias. En septiembre, durante una visita a Catania se sintió enfermo y no fue capaz de superar la crisis, muriendo el día 12, a los setenta años. Su cadáver fue custodiado en la iglesia catedral de Santa Ágata, en Catania, esperando a ser trasladado a España por la virreina, doña Catalina Centelles, y sepultado en un ala de la Iglesia mayor de la villa de Epila, cuyo señorío ostentaba.

Realizado en alabastro, es un excelente ejemplo de escultura funeraria renacentista, atribuida a Gil Morlanes. Con el tiempo, los cuidadores del templo fueron perdiendo respeto al cuerpo yacente y no dudaron en emparedarlo durante una de las obras que se realizaron en la iglesia en el siglo XVIII. Recientemente, en 2010, unas nuevas reformas mostraron la penosa situación del sepulcro emparedado, por lo que la Diputación de Zaragoza ordenó la recuperación total del monumento.

Giovanni Tomasso di Moncada

1475

Algunas veces en que Lope Ximénez de Urrea tuvo que ausentarse de Sicilia, dejaba como presidente del Reino y hombre de su confianza al justiciero mayor, Giovanni de Moncada. Dice Blasi que, a la muerte de Urrea, aunque por pocos días, gobernó Sicilia este caballero.

Había nacido en Catania y durante mucho tiempo fue gobernador de Augusta, ocupado mayormente en la defensa contra los ataques de corsarios turcos. En 1424 Alfonso V lo nombró tesorero del reino, lo que evidencia la gran confianza que le inspiraba su *carissimo* representante.

Quiso el rey Juan confirmar la elección de sucesor que había dejado Lope Ximénez de Urrea, pero Moncada se excusó, poniendo de manifiesto su avanzada edad y el deseo de pasar los últimos años de su vida en la tranquilidad de un monasterio.

Guillermo Pujades y Guillermo Peralta

1475-1477

Los dos años de este gobierno pudieron ser tranquilos y benéficos para el pueblo siciliano y, sin embargo, han pasado a la Historia como ejemplo de rapacidad fiscal y desinterés de estos virreyes por cualquier otro asunto que no fuera el de allegar fondos para las necesidades de defensa frente al peligro turco.

La sucesión de Ximénez de Urrea era cuestión difícil de acertar, porque no sólo había que resistir a los ambiciosos otomanos sino las ilusiones anexionistas de los reinos italianos y las intrigas independentistas de algunos nobles. La decisión correspondía al rey de Aragón, Juan II, y a su hijo Fernando, quien, en vida de su padre, era Rey de Sicilia.

La inteligencia política de este último le llevó a fijar sus preferencias en el gran maestre de Montesa, Luis Despuig, como la persona más indicada para el puesto de virrey en Sicilia.

Padre e hijo estaban muy ilusionados con la idea de mandar allí al Gran Maestre, por muchas razones. La más importante: el afecto que le tenía el rey de Nápoles. En alguna ocasión, había manifestado verlo “como un padre”. Lo conocía bien, porque Despuig había vivido bastantes años en Nápoles, como lugarteniente de Alfonso V el Magnánimo hasta que, en 1428, se produjo la separación de ambos reinos y Luis Despuig pasó a vivir en España. Por consiguiente, el elegido estaba al tanto de la política italiana. Blasi añade que Despuig era apreciado por todos los príncipes

venecianos, florentinos, genoveses, por el papa y por el Sacro Colegio cardenalicio. En caso de se produjese un ataque turco, Luis Despuig era muy capaz de organizar una Liga defensiva, con poco coste para las arcas aragonesas. El turco desistiría de enfrentarse a un hombre tan bien relacionado con los poderosos políticos de la península italiana.

En segundo lugar, Luis Despuig era apreciado también por los sicilianos, que verían con buenos ojos la llegada del Gran Maestre, cuyos méritos como guerrero, en especial los ganados en la defensa de los monarcas en la guerra de Cataluña corrían parejos con sus conocimientos, teóricos y prácticos, de leyes, y su carácter conciliador y prudente. Con él en Palermo, no habría necesidad alguna de enviar barcos o tropas desde Barcelona, que tan necesarias eran en otros destinos. Finalmente, en la memoria del rey de Sicilia, debía permanecer vívido el recuerdo de la defensa que Despuig hizo del castillo fortaleza de Girona frente al ataque de Hugo Roger de Pallars durante la guerra de Cataluña. Fernando se encontraba dentro y tenía entonces sólo diez años.

Habían pasado bastantes y el gran maestre vivía contento en su puesto de cuasi virrey valenciano. La orden de caballería de Montesa había sido dotada generosamente por Jaime I el Conquistador, con los restos de las riquezas de los Templarios de Levante. En todo el reino Despuig era la máxima autoridad por delegación del rey de Aragón. Seguro de contar con la absoluta confianza de padre e hijo, Despuig no quiso aceptar el virreinato de Sicilia que le ofrecían. Se inventó que se sentía viejo y quería ingresar en un convento, pero era una excusa, ya que, cuando vio que nombraban a otros, siguió sin inmutarse donde estaba y se olvidó de la vida monacal, que no iba con su carácter.

Se perdió mucho tiempo en tratar de convencer al gran maestre; cuando se dieron por vencidos Juan y Fernando tomaron una decisión antitética a la que había guiado su preferencia por Despuig. Siempre pensando en la amenaza turca, esta vez en lugar del apoyo desde la península italiana, trataron de fortalecerse a base contribuciones de los sicilianos, por ser éstos los más amenazados.

Una de las personas que mejor conocía dónde y como se podía obtener era Guillermo de Peralta, tesorero y conservador del Real

Patrimonio. embajador de Aragón en Túnez. Fue llamado por el rey para que abandonase Túnez y se presentase cuanto antes en Palermo a pesar de que se encontraba en plena negociaciones de paz con el bey de Túnez. El sucesor logró la tregua y lo comunicó a los virreyes de Sicilia, quienes lo alabaron por ello.

En su origen, es aragonés, aunque la familia poseía abundantes feudos en Sicilia. Tuvo un hermano, Juan, que fue marino, general de la Armada, y a quien, a instancias de Guillermo, el papa Sixto IV otorgó beneficios. Al morir Juan II, Guillermo se convirtió en consejero del rey Fernando I. Se casó con Gracia Román. Sus hijos fueron Benet y Juan, de Peralta y Román.

Guillermo de Peralta había comprado a Luis de Requesens, hijo de Bernardo de Requesens, la baronía y el castillo de Castellet, en el Alto Penedés, dos años antes de su nombramiento como virrey de Sicilia. En su libro sobre los linajes de los virreyes de Sicilia, Carmen Chorda, habla de que el rey Fernando se dirigió por carta a Guillermo para interesarse de algunas reclamaciones ocurridas en la baronía de Castellet. Los problemas que originaba esta posesión no se solucionaron con aquella carta, escrita en 1472, ya que después de morir Guillermo, en 1484, su viuda, Gracia, todavía seguía defendiendo los derechos que le otorgaba la compra a su antiguo dueño, Bernardo de Requesens.

Por lo que hace a Guillermo Pujades, descendía de una familia de origen catalán, que se expandió en el reino de Valencia, apoyando al rey Jaime I en diversas acciones guerreras y adquiriendo prestigio también en Sicilia, por su apoyo y consejo al rey Martín el Joven, durante su reinado, cuando estaba casado con la reina María, antecesora de doña Blanca. Después de su gobierno en Sicilia, Guillermo Pujades, retornó a Aragón y Castilla, participando en la toma de Málaga, y la rendición final de los Nazaríes en Granada.

Que los virreyes nombrados en lugar de Despuig se afanaron en sacar dinero de debajo de las piedras nos consta por palabra del Zurita en el libro XX de los Anales:

Después de la muerte de don Lope Ximénez de Urrea proveyó el rey dos caballeros por visorreyes del reino de Sicilia, que eran Guillén de Peralta y Guillén Pujades, mas con fin que

entendiesen en reformar las cosas de la justicia y de la hacienda que en las provisiones de la guerra. Y éstos procuraban de haber todo el dinero que la hacienda permitía de las provisiones de la guerra para las necesidades presentes.

Transcurridos dos años desde la toma de posesión, las cantidades recaudadas eran cuantiosas y cuantiosas también las quejas de los sicilianos sobre los expeditivos métodos empleados por Pujades y Peralta. De ahí que la Corona aragonesa juzgase conveniente no aumentar más ni las unas ni las otras. Para entonces, los dos *Guillermos* eran odiados casi por igual. El Zurita hace alusión al sentido del humor de los sicilianos en este párrafo:

Los sicilianos como son agudos y de muy sutil ingenio, llamábanlos los dos Guillermos, notándolos de tiranos por el nombre de los dos Guillermos que fueron reyes de Sicilia, y sentían por graveza que el rey no se contentase de enviarles uno sino dos juntos.

La referencia se completa añadiendo que Guillermo I de Sicilia fue apodado Guillermo “El Malo” y que su sucesor, Guillermo II no dejó mejor recuerdo.

En descargo de los virreyes se podría mencionar que, en sus últimos años, el anterior virrey, cansado y viejo, había sido excesivamente tolerante con los incumplimientos de la ley dando lugar a un sentimiento de impunidad. La muerte de don Lupo (Lope) que era popular y apreciado, hizo que se le recordase en contraste con la altivez y modales de “los Guillermos”.

El poder suele prescindir de los instrumentos utilizados en contra de la voluntad popular, cuando dejan de ser útiles. Sin embargo, el principio de autoridad aconseja disimular esta práctica salvo en contadas ocasiones. Más frecuente es el simple cese por traslado a otros lugares y menesteres, lo cual alivia instantáneamente la presión ejercida sobre la población. En esta ocasión Peralta fue llamado urgentemente a Cerdeña para apoyar al virrey de aquella isla frente a la insubordinación del marqués de Orestano.

Los virreyes de Sicilia se sintieron sorprendidos al conocer su cese firmado por el rey Juan de Aragón en agosto de 1477, y el nombramiento de un nuevo virrey en la persona de Giovanni de Cardona, conde de Prades.

Juan Ramón Folch de Cardona, conde de Prades

1477-1479

El rey Juan II de Castilla tuvo especial interés en nombrar a Juan Ramón Folch de Cardona virrey de Sicilia, si bien la misión oculta que tenía encomendada era poner fin a la rebelión de Leonardo d'Alagón, contra el virrey Niccolò Carroz d'Arborea, el cual parecía verse en apuros ante las protestas de quien era la principal figura política y social de Cerdeña.

Los planes del rey se vieron retrasados por una novia sin novio, que llegó a interesar al propio rey hasta el punto de proponerse como marido. Cuando Cardona llegó a Palermo se enteró de que una hija de aquel enemigo de la reina Blanca, Bernardo de Cabrera, al morir su hijo Giovanni, heredaba todos sus títulos y posesiones. Se llamaba Ana de Cabrera, era condesa de Modica y contaba sólo diez y ocho años.

El rey Fernando de Nápoles, pensando en Sicilia, inició gestiones matrimoniales que alarmaron a Juan II, el cual dio instrucciones a su virrey de que entorpeciese tal enlace. Lo que no imaginaba el rey de Aragón era que el virrey interpusiera un pretendiente de su propia familia, su sobrino Fernando Cardona, que estaba emparentado lejanamente con la familia de la novia. Fue entonces cuando Juan II tomó la pluma y escribió de su puño y letra a la madre de Ana una carta en la que, reconociéndose viudo, se proponía como futuro esposo. La razón que da Blasi para esta sorprendente propuesta es que Juan II, se anticipaba así a los rumores

de una maniobra parecida del infante don Enrique de Aragón. Desvanecida esta amenaza, la novia pudo elegir libremente, y para no crear problemas fijó sus ojos en Federico Enríquez, hijo del Almirante de Castilla, con el visto bueno de Juan II.

En 1478, la irritación de Leonardo d'Alagon contra el virrey de Cerdeña, Nícolo Carroz, por haberle privado del feudo de Orestano, y dispuesto que pasase a patrimonio real, había llegado a un extremo en que los partidarios de Leonardo estaban dispuestos a defender su alegado derecho con las armas. Habían pasado ocho años de pleitos y reclamaciones, algunas con notable éxito, como el reconocimiento del feudo en cuestión y la independencia de facto sobre la jurisdicción del virrey. Los sardos percibieron debilidad real, en esta decisión y se envalentonaron, reclutando milicias y amenazando de hecho la seguridad del castillo de Cagliari. El virrey, entonces advirtió del peligro a la Corte y logró que se procesara a Leonardo por deslealtad, que se le condenase a muerte y que se diera orden de confiscar todos sus bienes.

Otra cosa era llevar estas disposiciones a efecto. La inminencia de un ataque hizo que el conde de Prades recibiera órdenes de abandonar Palermo y unirse a las tropas de Carroz. El 19 de mayo de 1478 se enfrentaron cerca de la villa de Macomer el ejército del virrey y los rebeldes de Alagón. Fue una batalla donde murieron miles de hombres, entre ellos muchos sardos que veían la luz de la independencia de un país extranjero. Faltó el héroe, porque cuando la derrota se vio inevitable, Leonardo desapareció del campo de batalla y huyó con sus hijos y tres hermanos al puerto de Bosa, donde embarcaron rumbo a Génova. En alta mar Leonardo fue reconocido y entregado a Juan II, el cual, no queriendo fabricar mártires, lo recluyó en Játiva, de por vida.

Resuelto el problema, el conde de Prades no restó méritos al virrey Carroz, pero se sabe que, de no haber llegado a tiempo los refuerzos sicilianos, los sardos habrían ganado la batalla de Macomer, que comenzó desastrosamente para las tropas del virrey. En Sicilia había quedado como gobernador Giovanni Thomaso de Moncada, conde de Adernó, y maestro justiciero. Dice Blasi que los senadores palermitanos no estaban muy de acuerdo con que el virrey tuviera que ir a Cerdeña y mucho menos con que se disminuyeran las

capacidades defensivas de Sicilia por culpa de los Alagona, por lo que instaron a Moncada para que enviase un representante al rey solicitando refuerzos. Argüían que una flota turca de *miles de velas* estaba atacando puertos de Albania, y que cuando terminasen aquella campaña podían querer dirigirse contra Nápoles y Sicilia. Dejó el virrey que partiese el almirante Juan Madrigal a Barcelona para pedir instrucciones al rey, pero, temiendo que Juan II le reprochase de inacción, se hizo a la mar en apoyo del virrey Carroz, sin esperar el regreso de Madrigal. Acertó en su decisión, pues el monarca daba órdenes que él ya había cumplido cuando llegó a Cagliari la flota del almirante.

Por su parte, el Senado palermitano se adelantó también al virrey, instituyendo un canon sobre el pan y sobre el vino, cuyos réditos debían ir destinados exclusivamente a la defensa de las fortalezas costeras. Surgieron, como era de esperar, reticencias en Mesina para el pago del décimo, que había que repartir con Catania, motivo por el cual, el virrey conde de Prades viajó a Mesina. No le fue bien con los mesineses, ni tampoco con los de Catania, que juzgaban excesivo el décimo propuesto por Palermo. Esperaban poder negociar en condiciones de igualdad *con los de Palermo*, que estaban dirigidos por Niccolò Leofanti, designando como representantes de Mesina a Ludovico Bonfiglio y Giovanni Gotto.

La pertinaz resistencia de los mesineses a aceptar el diezmo, aunque todo se destinase a la defensa de Sicilia, colmó la paciencia del virrey; las buenas formas dieron paso a las amenazas y finalmente al encarcelamiento de los embajadores mesineses. La ciudad de Mesina se plantó en rebeldía nombrando sus propios jueces, que echaron por la fuerza a los representantes venidos de Palermo. Amenazaron con la espada desnuda a Loefanti y nombraron nuevos embajadores exigiendo la liberación de los primeros. El conde de Prades terminó accediendo y olvidando el odioso décimo.

Concluyó así el año 1478 y empezó el siguiente con la noticia de la muerte del anciano rey Juan II. El siete de febrero, Folch de Cardona comunicaba a todas las autoridades del Reino la sucesión en el trono, y el advenimiento del nuevo rey Fernando II, segundo cónyuge de la reina Blanca de Sicilia, que desde entonces

pasaba a ser reina de Navarra.

La ocasión fue tomada por los mesineses como propicia para organizar un viaje a España de bienvenida al nuevo monarca, ofreciendo una importante contribución económica y, pasando por encima del virrey conde de Prades. En vista de ello, Juan Ramón Folch de Cardona, reunió el Parlamento y tras conseguir una suma importante, encabezó la representación palermitana. No precisaba de credenciales el virrey ante el nuevo monarca. El difunto rey había recibido más de una vez apoyo financiero de Juan Ramón, que podía permitirse esos gestos desde su segundo matrimonio, cuando se casó con la hija de Bernat Joan de Cabrera, uno de los hombres ricos de Cataluña.

Juan Ramón era un hombre afortunado ya antes de su segundo casamiento. Hijo de Juan Ramón Folch de Cardona y de Juana de Prades, además del feudo homónimo, heredó el vizcondado de Vilamur y el señorío de Entenza.

El prestigio de Juan Ramón Folch de Cardona se cimentó en por su decidida intervención en la guerra que enfrentó a Juan II, hombre de Castilla, contra los catalanes, que habían nombrado a Pedro de Portugal como rey suyo. Los partidarios de ambos monarcas se enfrentaron en la localidad de Calaf, librándose allí una de las primeras reivindicaciones del Levante español contra el centralismo peninsular, y que se decantó en favor de Juan II. La victoria fue celebrada en Aragón, Valencia, Mesina, Mallorca y Sicilia. No así en Cataluña, donde el conde de Pallars, el propio Rey Pedro de Portugal y sus jefes, Pedro de Eca, el barón de Cruilles, y el vizconde de Rocabertí, temieron por sus vidas. Tratando de ganarse la voluntad de todos los catalanes, el rey Juan II perdonó a los rebeldes. No olvidó, sin embargo, al artífice de la victoria, a quien premió con el virreinato de Sicilia.

Tampoco lo olvidó el rey Fernando que debía la vida a Folch de Cardona cuando ocurrió la batalla de Calaf. Lo tuvo siempre cerca, como consejero, hasta la muerte de Juan Ramón, que ocurrió el 18 de junio de 1486, cuando tenía 68 años.

Gaspar de Espés

1479-1489

El rey Fernando II de Aragón, en una decisión impropia de un lector entusiasta de Maquiavelo, nombró a su amigo Gaspar de Espés, virrey vitalicio de Sicilia. Fue sin duda fruto de un impulso poco meditado, pues una de las virtudes que hacían tolerables los virreyes a sus súbditos era precisamente la certeza de que, al cabo de tres años, seis como mucho, retornarían a España. Por otra parte, era una promesa imposible de cumplir, porque, tan pronto llegó el virrey sempiterno, los sicilianos lo sometieron a un escrutinio pertinaz, para averiguar qué virtudes justificaban merced tan singular. Y no tardaron en comprobar que no eran otras que la amistad que Fernando sentía por los hermanos Espés: Pedro, Luis y Gaspar, con los que se atrevía a salir disfrazado por el reino de Aragón, antes de su matrimonio con Isabel de Castilla.

Gaspar de Espés, lejos de hacerse perdonar el honor, manifestando no pretender exigirlo, creyó poder integrarse en la sociedad palermitana casándose con alguna condesa o duquesa de la isla que desease ser virreina vitalicia, lo que terminó de exasperar a la nobleza. El enorme poder de vida y muerte que ejercían los nobles sicilianos sobre sus vasallos, las riquezas y honores que disfrutaban, otorgados abundantemente por la Corona, habían de ejercer una fascinación perturbadora en la mente del joven oscense.

Gaspar no se contentaba con ser un espectador neutral de venganzas, reconciliaciones, muertes sin aclarar, matrimonios inesperados, fiestas que duraban días y halagaban al pueblo, connivencias secretas con padres de la Iglesia y relaciones directas con el rey Fernando, a menudo sin pasar los filtros que requería el buen orden del virreinato.

Por su parte, los sicilianos no esperaban de los virreyes aragoneses mejor servicio que la protección efectiva, por disuasoria, ante eventuales ataques de tunecinos, turcos y de los propios genoveses y venecianos. Indirectamente, y debido a la amenaza permanente de los reyes de Francia, por haber sido rechazados con ocasión de las *Vísperas Sicilianas*, también esperaban que los protegieran de los intentos galos de recuperar el dominio de Sicilia. Por esta razón, los éxitos en la defensa de Sicilia eran reconocidos y compensados, mientras que los fracasos erosionaban la autoridad y ponían en cuestión la idoneidad del pacto secular entre la isla y sus gobernantes.

Al hacerse cargo del virreinato, en marzo de 1479, Gaspar de Espés, en lugar de decidir por su cuenta la política a seguir para apaciguar a los tunecinos, optó por convocar una especie de junta de notables en Palermo, a la que invitó como asistentes a los senadores del Parlamento y jueces de la Corte Real, con el fin de conocer sus opiniones y escuchar sus consejos. No hubo forma de que se pusieran de acuerdo. De aquella experiencia, Espés aprendió que ser virrey era tener que decidir en temas militares y asumir las consecuencias a título personal.

Algunos genoveses que venían a pescar atún en aguas sicilianas se comportaban como verdaderos piratas, atacando los pueblos costeros para obtener víveres y agua, cuando no para robar y capturar hombres para reducirlos a galeotes. En contrapartida los puertos sicilianos no daban licencia a los genoveses.

Espés trató de resolver este asunto por la vía diplomática, con la mediación del reino de Nápoles. A este fin, escribió cartas al Dogo de Génova planteando la conveniencia de firmar un tratado de amistad entre ambos reinos, donde las actividades de pesca quedasen prohibidas y los transgresores castigados y obligados a indemnizar.

Un año después de su llegada, Gaspar pudo firmar los

documentos y rubricar la paz. Pero no por ello dejaron de acercarse a Sicilia naves genovesas y repetir sus odiosas prácticas contra la población. Gaspar envió a Génova a su secretario Orlando di Leo, con otra carta, escrita en junio de 1480, pidiendo explicaciones. Orlando volvió con la excusa de que el Dogo no podía impedir algunas violaciones que condenaba, asegurando que los responsables serían perseguidos.

No era fácil. Los navieros eran empresarios poderosos, como Urberto del Fiesco y Agostino Campofregoso, y sus galeras estaban mandadas por Giacomino de Montenegro y Paolo Campofregoso, ambos expertos marinos. Por lo demás, la isla de Lipari, tan cercana, ofrecía asilo por no pertenecer al reino de Sicilia.

Más que por las gestiones del virrey, la paz entre Génova y Sicilia estaba garantizada por los intercambios de productos y la connivencia de los comerciantes, para los cuales cualquier perturbación resultaba perjudicial. De manera que, después de informar al rey Fernando, Gaspar creyó haber resuelto el problema.

Mayor peligro suponía a finales de 1480 la presencia de una flota turca, que prefirió atacar el Sur de la península italiana, eligiendo objetivos como Brindisi, Puglia y Otranto. Gaspar de Espés, aliviado en parte, encargó al arzobispo de Mesina, Pedro de Luna, que se ocupase de comprobar las defensas de la región de Catania y Siracusa, además de la propia Mesina, con potestad para recabar las contribuciones que estimase necesarias. Observó que, en circunstancias parecidas, el virrey Juan de Moncayo había delegado el poder militar en Antonio de Ventimiglia, en calidad de almirante de Sicilia y Capitán General de las Armas del Reino, título que confería poderes extremados en consonancia con la responsabilidad que asumía.

Antonio de Ventimiglia contaba entonces unos sesenta años, una gran fortuna inmobiliaria y experiencia como condotiero. Era bisnieto del gran Giovanni Ventimiglia, primer marqués de Geraci, que tantos servicios prestó a Martín el Joven, la reina Blanca y a Fernando de Aragón. Pero Antonio no pagaba a sus acreedores porque en términos de solvencia económica podía decirse que estaba totalmente arruinado y su ruina causaba la de otros. El virrey, olvidando la cuantiosa deuda que debía a la Corona (o tal vez

creyendo remediarla) lo nombró Gran Almirante, en septiembre de 1480. En diciembre Ventimiglia fallecía repentinamente.

Así como, al nombrar a Antonio, el virrey no hacía sino repetir una decisión aprobada por el Parlamento en 1462, su muerte indujo a Gaspar de Espés a sustituirlo por su hijo Enrique III de Ventimiglia.

Desde el punto de vista militar, el nombramiento de Enrique no tuvo trascendencia porque el papa Sixto IV, que velaba por la integridad de los intereses de la Iglesia (y de su familia), organizó una Liga de venecianos y napolitanos, logrando con ello que Mohamed II desistiese de sus propósitos y retirase su flota de aguas italianas.

Al carecer de urgencia y sin embargo investir a Enrico del temido poder de *mero e misto imperio*, la elección no fue aprobada por el Parlamento, dejando la imagen del virrey disminuida a los ojos de la nobleza siciliana.

La razón para el rechazo tenía que ver con la enormidad de las deudas de Enrico, heredadas, y su impago hasta la fecha. Una hermana de Enrico, María, se había casado con un miembro destacado de la familia Cardona, Artale de nombre y conde de Collesano. El padre de Enrico dotó a su hija María con una fuerte suma de florines, sin saber de dónde los sacaría. La boda fue en 1466. Veinticinco años después, en 1481, aún no se habían entregado al hijo de ambos, Pietro II de Cardona, el castillo y tierras de Rocella, que no eran sino una restitución a los Cardona.

Enrico no quiso pagar la dote su hermana porque el castillo de Rocella también aparecía a su favor, en la dote de su mujer, Leonor de Cardona, hija de Artal y hermana de Pietro. Algunos historiadores dicen que la mujer de Enrico no era Leonor, hija de Artal de Cardona, sino Leonor hija de Antonio de Luna y que la confusión viene de que la madre de esta segunda Leonor era Beatriz de Cardona.

El hecho significativo es que la pugna entre Ventimiglias y Cardonas, casados y con hijos enemigos, puso al virrey en la tesitura de tener que hacer de árbitro en asuntos que venían de muy lejos, con actuaciones de la Corona no siempre coherentes y a veces totalmente contradictorias.

En un primer momento el virrey quiso reafirmar su autoridad por la vía de la reclamación de deudas contraídas, con escaso éxito. Mientras tanto las acusaciones mutuas que se propinaban los insolventes dueños de vidas y haciendas fueron subiendo de tono hasta el punto de anunciar un duelo a muerte entre Enrico y Pedro, que fijaron para el día 14 de junio de 1481 en un punto secreto cercano a la localidad de Zucchi. Ambos se las arreglaron para salir vivos del lance, pero quedaron más arruinados que nunca, porque la publicidad del hecho los convertía, según las duras leyes de la época, en reos de lesa majestad, que conllevaba la confiscación de todos sus bienes, ocasión que con el tiempo aprovecharía el virrey Espés para hacer méritos antes el rey Fernando. De momento, se contentaba con mandar delegados a intentar cobrar la deuda, mostrando mayor severidad contra Enrico Ventimiglia que contra Pietro de Cardona.

La escasa popularidad del virrey Espés sufrió otro retroceso por culpa de la guerra de Granada. Los Reyes Católicos estaban decididos a terminar con la presencia de los nazaríes en el Sur de España y para la empresa se necesitaba dinero. El rey Fernando recabó la ayuda del papa Sixto IV, que nada puso de su parte, pero, para no parecer indiferente, decidió que la Iglesia de Sicilia donase todos los diezmos que percibía, y lo hizo sin consultar con el virrey. Simplemente lo comunicó al arzobispo de Catania, Bernardo Margarit. Y, añade Blasi, que *no contento con abrir los tesoros de dicha Iglesia* [Sixto IV] promulgó una bula en agosto de 1482 decretando la absolución de delitos a quienes aportasen dinero o se alistasen para hacer la guerra a los moros. Espés trató de que pasase desapercibida y no la aplicó hasta que no tuvo más remedio, dos años más tarde.

Gaspar de Espés era soltero cuando llegó a Sicilia, circunstancia rara en un virrey, pues la Corona temía que sus virreyes perdiesen parte de la difícil neutralidad de afectos, si se casaban con la hija de padres poderosos en un lugar donde sólo debían permanecer tres años. Y eso fue lo que ocurrió con Espés en Sicilia. La elegida (o electora) fue la condesa Beatrice Rosso Spadafora, una de las mujeres más ricas e influyentes de Sicilia.

Se casaron en 1483, ella por tercera vez. Ser el esposo de Beatrice Spadafora, en Sicilia, era considerado más deseable que ser

virrey. Por poner un sólo ejemplo: el castillo de Rochella, por el que tanto habían peleado Enrico Ventimiglia y Pietro Cardona, era ya de Beatrice. Dado que el matrimonio tuvo lugar en 1483 y el gobierno de Espés se suponía vitalicio, la condesa de Spadafora era como una reina de Sicilia. Y en la práctica lo fue durante casi seis años, un hecho que al que los biógrafos de los esposos no parecen dar la importancia que debería tener.

Así, para Giovanni Evangelista Blasi, el matrimonio de Gaspar con la condesa fue una grave insolencia de este virrey, al que califica de odioso. Le atribuye afán de riquezas y menosprecio de la nobleza siciliana. La verdadera razón del odio que dice encontrar en los sicilianos no era otra que la imposibilidad de aceptar un virrey vitalicio. Blasi no parece advertir la contradicción en que incurre ya que difícilmente podía el virrey dar muestras de más apreciación por la nobleza siciliana que casándose con Beatrice y protegiendo su patrimonio de las acechanzas de sus enemigos.

Cómo y por qué aceptó ella unirse al virrey Espés no es algo que se sepa, pero sin duda contribuyó la facilidad de acceso al virrey en asuntos relacionados con la conservación de su herencia, cuya gestión nunca dejó en manos de otro, por ser extremadamente compleja.

La vida de Beatrice Spadafora ofrece episodios de gran dominio y entereza en ámbitos diversos, incluidos el de juzgar causas criminales en sus feudos, defender castillos y reclutar hombres para protegerlos de los piratas y de las galeras turcas, exigir devoluciones de tierras indebidamente expropiadas, demostrar la impotencia del primer marido, demostrar luego su virginidad, negociar bodas ventajosas para los dos hijos habidos del segundo matrimonio, con el hermano del primero, y , así, un sin fin de intensas y difíciles ocupaciones.

Pronto aprendió Beatrice que adelantaba más dirigiéndose directamente al rey Fernando que a través de su esposo. La boda con Beatrice había situado a Gaspar en un espacio de animosidad por parte de la nobleza siciliana, y de dudas en el ánimo del monarca español. Esta situación habría de poner fin al virreinato de Gaspar en Sicilia, ocasionado el desprestigio de ella y el expolio de casi todos sus bienes. De hecho, el rey Fernando sucumbió a las críticas que le

llegaban y pidió a Gaspar que se presentase en Aragón para exponer su versión, con la idea de retenerlo allí, si sus explicaciones no resultaban convincentes. Dos veces tuvo que ir Gaspar a entrevistarse con Fernando y, en la primera de las dos, logró renovar la confianza real, para desánimo de sus adversarios. En la segunda terminó en la cárcel.

En cierto modo, cabe decir que Gaspar de Estés tenía al rey algo perplejo con respecto a los móviles de su conducta. Visto que Gaspar parecía dar a entender que su lugar estaba en la Corte aragonesa, el rey Fernando, una vez reconciliado con su antiguo amigo, le cuestionó por que no traía a Beatrice Rosso Spadafora a Aragón, donde sería bienvenida y hasta dispuso que se enviasen dos naves a Palermo para facilitar el reencuentro de los esposos.

Pero Beatrice no estaba dispuesta a dejar Sicilia. No se fiaba de Fernando, que ya una vez había puesto a dos hombres de su confianza a cargo del virreinato mientras su marido estaba en España rindiendo cuentas. Fueron éstos Raimondo Santapace (Santapau) y Giovanni Valguarnera, también amigos de Fernando, los cuales hicieron bueno a Espés por comparación. Se les acusó de haber protegido con su silencio e indiferencia a los asesinos de Giovanni del Tocco, e ignorado la destrucción de pruebas que los recriminaban. Cuando regresó Gaspar, en 1485, vindicado y con mayor poder que antes, trató de que al asunto no perjudicase a los amigos del rey.

La idea de Gaspar de que el rey Fernando mantuviese su promesa de entregarle el gobierno de Sicilia de por vida era ciertamente ilusoria. Diez años eran más que suficientes y el rey siempre podía sustituir esa merced por otras menos criticables. Pero las constantes lamentaciones de algunos sicilianos influyentes convencieron al rey de que Gaspar de Espés estaba siendo desleal con la Corona (¿por su alianza con los Sclafani?) y en octubre de 1488 nombró otro virrey, dejando claro que solo era por tres años.

Lo primero que hizo el nuevo virrey, Fernando de Acuña, fue confiscar todos los bienes de Beatrice y procesarla junto con Gaspar, que había regresado a España a rendir cuentas. El rey Fernando mandó a su antiguo amigo a una cárcel cordobesa. La carta del monarca ordenando al tesorero de Acuña que pusiera todos los

bienes de Beatrice y Gaspar a nombre de la Corona de Aragón, llegó a Palermo el 15 de noviembre de 1490. A partir de ese momento Beatrice empezó a recibir la correspondencia dirigida a Gaspar de Espés. A los pocos meses Beatrice conseguía que el rey revocase la decisión de expropiar sus bienes y, como ya había empezado a realizarse, que le fueran devueltos, cuya enumeración y detalle no puede proceder de otra fuente que de las reclamaciones de la virreina. Incluía piezas de artillería, municiones, caballos, mulas que se precisaban para la defensa de los turcos.

Con motivo de las celebraciones por la toma de Granada y el apoyo de su hermano Luis, Gaspar pudo salir de su prisión y volver a la confianza del rey. En el Archivo del Estado de Palermo la historiadora María Antonietta Russo ha podido comprobar que Gaspar en 1498 seguía *avido e disderoso del servizio della sacra regio maestà*.

En 1498 la condesa seguía en Sicilia. Con Gaspar de Espés no tuvo descendencia. Vivió hasta 1519 dedicada a sus hijos Gian Vincenzo y Eleanora, habidos con Segismundo de Luna. Murió en su castillo de Caltavuturo.

En cuanto a su esposo, Gaspar de Espés, una vez superadas las penalidades y recuperado el patrimonio, pudo comprar las baronías de Alfajarín y de Albalate de Cinca. En 1505 se retiró a esta última villa. Dejó sus bienes a un hijo habido en su juventud, llamado Alfonso, quien (según comenta Russo), entre los libros de la biblioteca de su padre encontraría un ejemplar del *Tirant lo Blanc*.

Fernando de Acuña

1489-1495

La infancia de este virrey sólo cabe ser imaginada. No se conoce la fecha ni el lugar de su nacimiento. Pero cabe hacer conjeturas a partir de los datos que las crónicas repiten sobre su familia y el área geográfica donde estuvo instalada, con atribuciones de dominio feudal sobre los habitantes encomendados. Me refiero a la villa de Dueñas, que había sido patrimonio del rey Juan II de Castilla, el cual la cedió a su esposa María, de Aragón, y luego del hijo de ésta, Alfonso de Aragón, quien, en 1440, tuvo la ocurrencia de cederla a Pedro Vázquez de Acuña.

A partir de entonces, los vecinos de la villa inician un largo contencioso contra sus nuevos señores, porque preferían seguir siendo patrimonio real y se resistían ostensiblemente a aceptar a los Acuña.

De poco sirvió que el infante don Enrique conociese allí a su futura esposa María o que don Alfonso, convertido en rey de Aragón, honrase varias veces con su presencia la villa, visitando el palacio de los Acuña y que convirtiese a sus anfitriones en condes de Buendía en 1465. Los reyes Fernando el Católico y Felipe II durmieron en el palacio. Nada de estos reconocimientos hizo variar los sentimientos de los antiguos vasallos del rey. Por el contrario, su presencia no hacía sino acentuar la nostalgia del estatus perdido. El pleito de Dueñas contra Acuña siguió en los tribunales trescientos años más,

años más, hasta que se agotaron los recursos y un tribunal dictó sentencia contra los monárquicos vecinos. Es curioso cómo esta villa, enamorada de los reyes de Castilla, menospreciaba el amor y los continuos favores de los Acuña, y cómo los monarcas, a su vez, desdeñaban el afecto de los eldanenses, entregándolos a diversos dueños y dueñas.

La familia Acuña era de origen portugués, de A Cunha Alta, y se distinguió en la defensa de los hijos de Inés de Castro contra la dinastía de los Avis. Con la derrota de los castellanos, los Acuña se pasaron al bando contrario, con la esperanza de mantener sus privilegios, un gesto poco recompensado y que dejó bastante que desear. Defraudados por los Avis, una rama de la familia cruzó la frontera, buscando de nuevo el favor de los reyes castellanos. Los más distinguidos fueron Martín y Lope Vázquez de Acuña. El primero emparentó con los Téllez de Girón y los Pacheco, adentrándose en la fronda del árbol genealógico de los duques de Medinaceli. Su premio fue la ciudad de Valencia de don Juan. El segundo casó con la mencionada hermana del padre de Fernando el Católico. A Lope, le llegó como recompensa la mencionada villa de Dueñas.

El palacio donde probablemente nació Fernando de Acuña era el mismo en que un disfrazado Fernando el Católico conocería a Isabel de Castilla, eludiendo la pretensión del padre de la infanta, en favor del príncipe de Viana. Era el mismo palacio, sino la misma cama, en que, ya viudo de Isabel, Fernando dormiría con Germana de Foix, vuelto a casar. Muchos fueron los personajes que honraron con su presencia aquellas habitaciones, sin que faltase Felipe II y el duque de Lancaster.

Símbolo de la desafección de los eldanenses por sus señores es la visión actual de un solar contiguo a la plaza mayor, que, de haber seguido sosteniendo el palacio de los condes de Buendía, hoy habría evitado la despoblación y el olvido de la villa.

Fernando, nieto de Lope, era el tercer hijo de Pedro de Acuña y Albornoz y de Inés Herrera, y, en tal escalón, destinado a hacerse notar con hechos de armas.

El historiador Oscar Perea nos acerca una cita de Alonso de Palencia en su *Crónica de Enrique IV*, quien, refiriéndose a la actuación de Fernando de Acuña en la refriega resultante de unos disturbios en Quesada, que tuvieron lugar en 1468, dice textualmente:

Tierno mancebo a la sazón, que, contra la voluntad de su hermano, vestía la armadura y empuñaba la lanza para combatir aquel día por vez primera, se dice que guardó perfecta castidad hasta su edad viril, y que supo mantenerse libre de toda nota, siendo considerado en todo como merecedor de gran alabanza.

La cita permite aventurar una fecha de nacimiento próxima a 1454 (avalada por la edad de cincuenta años que tenía al morir) por lo que en aquella ocasión contaba doce años.

Una segunda mención del mismo cronista sitúa a Fernando de Acuña junto al hijo del duque del Infantado, luchando en Toro contra los portugueses, en febrero de 1476, seis años más tarde:

...iba quedando exánime por pérdida de sangre de seis heridas recibidas y parecía aún más grave a sus compañeros la de Álvaro de Mendoza [...], dedicáronse a cuidar a sus heridos y regresaron a Zamora.

En abril de 1481, con el grado de capitán, le fueron encomendados trescientos hombres y el apoyo profesional del licenciado López de Chinchilla, para domeñar las ínfulas de la nobleza gallega, muy levantisca en aquellos años en las zonas de Lugo, Mondoñedo y El Bierzo.

Acuña desempeñó su misión sin contemplaciones, derribando fortalezas hostiles y enjuiciando a rebeldes. Cuando estas regiones quedaron relativamente pacificadas, los reyes añadieron Ponferrada a la labor de Fernando.

De Galicia, Fernando Acuña pasó a engrosar las fuerzas cristianas empeñadas en la reconquista del reino de Granada. Participó en la toma de Málaga y en la de Vélez. En 1488, cuatro años antes de la rendición de la capital nazarí, Acuña fue retirado de

la guerra de reconquista, para desempeñar un papel más en línea con su gestión de los asuntos de Galicia.

Las insistentes quejas de los sicilianos contra el virrey Gaspar de Pes, persuadieron a Fernando de Aragón para sustituirlo por alguien que enmendase sus entuertos y calmase los ánimos de los habitantes. Firmó la orden en Valladolid, el 6 de octubre de 1488.

Fernando de Acuña y su mujer María D'Ávila llegaron a Palermo cinco meses más tarde, a bordo de una galera veneciana. Fueron recibidos cumplidamente por el pretor de la ciudad de Palermo, Federico Diana. El nuevo virrey hizo su entrada a caballo, como era habitual, rodeado de Diana y el maestro justiciero. Dice Blasi que la elección de Fernando de Acuña, después del gobierno del *avidísimo conde de Sclafani*, fue un gran acierto del rey Fernando, el católico.

A falta de otros testimonios (Auria nada dice de Acuña), Blasi investigó a fondo los archivos de la Cancillería Real de Palermo, donde pudo comprobar cómo Acuña trató de paliar la despiadada expulsión de los judíos a raíz de la conquista de Granada. Impidió el saqueo, alargó los plazos, y aseguró el cumplimiento de los contratos que estaban pendientes. Con ello no sólo beneficiaba a sus acreedores, sino que impedía la rapiña que suele acompañar al antisemitismo desbordado, también presente en una parte de la población de Palermo de fines del siglo XV. Aun así, las patéticas escenas de adioses y despedidas en los muelles aparecen descritas en el libro de Blasi con justo acento crítico.

En lo restante, el gobierno de Acuña fue bien recibido por los mesineses, ya que nada más llegar a Sicilia se trasladó a aquella ciudad por considerar que sus reclamaciones tenían preferencia. Requisó y devolvió los bienes indebidamente apropiados por Gaspar de Pes, sin excluir los que había dejado a nombre de su esposa. Se preocupó de evitar las razias de los corsarios turcos, no registrándose ninguna importante durante su mandato. En principio, el rey Fernando, escarmentado de haberlo hecho vitalicio en Gaspar de Pes, lo había limitado a tres años; pero a la vista de los buenos resultados, en 1451 lo extendió tres años más.

Tres años que no llegaría a disfrutar con vida Fernando de Acuña, pues falleció aun joven el 2 de diciembre de 1494. Las

circunstancias de su muerte no han quedado registradas en la documentación de la época, lo que ha permitido a cronistas posteriores aventurar que hubiera sido víctima de un envenenamiento. Salvo una posible venganza de algún hebreo desposeído, no hay razones para esta conjetura.

Blasi es muy explícito en su alabanza, pues aprovecha las inscripciones que la mujer del virrey Acuña, María de Ávila, mandó poner en el mausoleo que erigió en su nombre, y que reza como sigue:

Hic jacet D. Ferdinandus De Acunna Sicilia Prorex. Patria Castellanus, Patre Comité de Buendia, Illustri Sicilet Genere de Acunna Genitus, Aspecto atque Animo Regius, Ac Virtutem Omnium Cumulus, Litterarum Cultor et Armis Strenuus. Hunc Proborum et Doctorum Chorus Deflet. Cuyus Corpus Tametsi Terris Sit Conditum. Pia Tamen Anima Beatorum Obtinet Gloriam.

La efigie del virrey se muestra en actitud orante ante las reliquias de Santa Ágata, y en la base, pueden leerse las palabras que le dedica su mujer:

*Ferdinandus Cunctus, justus, prudensque, benignus,
Siciliae Prorex conditur hoc tumulo, quem lacrymis
Conjux decorat una chara Maria
Altavilla donans hoc pietatis opus
Moribus iste Cato fuerat, sed pectore Cesar,
In quo virtutum fulserat omne genus
Ante oculos hunc Semper habe virtutis amator
Sic Caelo, et Terris nempe probatus erit
Vixit años XL. Obit XI Decembris Año Salutis Domin.
MCCCCLXXXIV.*

Discurre Blasi sobre la veracidad de las alabanzas que esposas, hijos y familiares gustan de prodigar en monumentos funerarios, y previene a los historiadores de tomarlas sin más como merecedoras de crédito, siendo así que muchas veces son exageradas, cuando no claramente mendaces.

Pero, añade, que, en el caso del virrey Acuña:

Sono gli scrittori tutti di accordo che, egli amò la justicia, fu irreprendibile nei suoi costumi, fu dotato di una singolare prudenzia, trattò i vassalli dei re con somma benignità, e che, in sostanza, fu uno de quei rari governanti , che la provvidenza destinò ai Siciliani.[...] In Sicilia si pianse per questa perdita, e ne accrebbe il dolore la considerazione ancora, che fosse stato dalle invidie perche rapito in un'età così fresca.

Juan de Lanuza

1495-1507

El virrey Lanuza fue anterior en varias generaciones al Juan de Lanuza que murió en el patíbulo por enfrentarse a Felipe II en defensa de los fueros de Aragón, cuando éste le solicitaba en vano la entrega de su conflictivo secretario Antonio Pérez.

La *gens Lanuza* es originaria de Huesca, donde estuvo situada la aldea de ese nombre, hoy sepultada en las aguas de un pantano. Su escaso patrimonio inicial fue incrementándose con donaciones de los monarcas de Aragón, que recompensaban sus servicios constantes y valiosos. Alfonso V vendió a mosén Ferrer Lanuza, padre de Juan, la mitad de Plasencia de Jalón. Años más tarde, en 1439 lo nombró Justicia Mayor de Aragón. El historiador Jesús Gascón Pérez ha recordado un retrato literario del virrey *Juan Lanuza El Viejo*, salido de la pluma de Gonzalo Fernández de Oviedo, contemporáneo de Lanuza:

[...] e tuvo aquella ysla e reyno de Secilia en mucha paz y justicia, e era muy amado e temido, e de los malos e viciosos aborrecido, porque los castigaba como convenía, a los pobres ayudaba e favorescía, e los ricos e poderosos no se desordenavan ni atrevían como lo hicieron algunos en tiempos de otros visorreyes que le sucedieron en el mismo oficio. Él, con ser tan recto, fue muy afábil e gracioso, gran limosnero, e secretamente hacía mucho bien a pobres e personas necesitadas, Fue de hermoso aspecto y auctoridad, e sería en aquel tiempo (que era el año 1501), de edad de sesenta e cinco

años, pero de buen subgetto; e fue muy acepto al Rey Cathólico.

González de Oviedo conoció a Juan de Lanuza poco antes de embarcarse la familia para Sicilia. Y, al notar su buen aspecto, añade el siguiente comentario:

No aborresció de todo punto las mujeres [...] aunque yo lo ví de la edad que tengo dicho, no por eso la señora visorreyña, su mujer, tenía perdidos los celos de él.

Y con respeto a la virreina, no deja de advertir que era “graciosa e fresca matrona”.

Los historiadores italianos dan una versión de Juan Lanuza menos favorecedora. Vincenzo Auria, tratando de justificar la dureza que empleó en reprimir las conductas que Oviedo llama “malas y viciosas” afirma que Lanuza condenó a muerte a su propio hijo. Dice que las fechorías de su hijo, *per cagion de donne*, causaban tal escándalo que se sintió obligado a encarcelarlo y sentenciarlo a morir, lo cual fue impedido por Fernando, rey de Aragón, quien se asombraba diciendo que Juan de Lanuza hacía “hechos romanos”.

Sobre su popularidad, Blasi, al concluir su reseña, cree que Fernando el Católico, que se encontraba en Nápoles de visita, era sensible a las quejas de algunos sicilianos. Recibió a Lanuza en audiencia, ya que éste viajó desde Mesina a presentarle sus respetos. Habían pasado doce años, cuatro reelecciones, y el pueblo se temía una quinta. Por lo cual, en lugar de darle licencia para volver a Sicilia, Fernando lo retenía en Nápoles. Y el historiador termina diciendo *ó que esta tardanza del rey Católico afligiese extremadamente su ánimo, ó que por alguna razón hubiese caído enfermo en Nápoles, lo cierto es que murió el 18 de enero de 1507, y con su muerte quedó vacante el virreinato de Sicilia.*

Durante el gobierno de Lanuza, que comenzó el 24 de abril de 1485, en Sicilia se vivieron, como propios, acontecimientos ocurridos fuera de la isla. En Nápoles, después de una época casi gloriosa, las cosas habían evolucionado a peor para el valeroso Alfonso II, el cual veía cómo los aristócratas, a quienes había

privado de privilegios en beneficio del poder real, cedían a los avances franceses con la esperanza de recobrarlos. El peligro se convirtió en pérdida de una parte del reino cuando el papa Borgia permitió a las tropas francesas pasar libremente por los dominios del Vaticano. La ayuda que Lanuza se dio prisa en enviar no fue suficiente. Desesperado, Alfonso apareció un día con cuatro galeras en el puerto de Palermo, diciendo que había abandonado Nápoles y dejado a su hijo Fernandino a cargo del reino. El virrey quiso recibirlo en su palacio y honrarle como su rango exigía, pero Alfonso tenía en mente dirigirse a unas propiedades de la familia, en Mazzara. Los avances de Carlos VIII de Francia instaron a Lanuza a instalarse en Mesina, y preparar la ciudad para hacer frente a una invasión. En estas circunstancias llegó a Mesina, procedente de Ischia, el hijo de Alfonso II, que también trataba de evitar ser capturado por los franceses. Al enterarse, su padre dejó de vivir en Mazzara y se reunió con Fernandino en Mesina. Pero la visión del hijo desterrado acabó de sumir en el desaliento a Alfonso, el cual se retiró a vivir en un convento de benedictinos y morir muy poco tiempo después.

Lanuza escribió al rey Fernando el Católico, advirtiéndole la inminente pérdida de Nápoles si no llegaba ayuda de Aragón. El rey, recordando el valor e inteligencia demostrada por Gonzalo Fernández de Córdoba en la toma de Granada, lo despachó para Mesina al mando de un ejército aragonés. Efectivamente, el *gran capitano* acudió en ayuda de Fernandino, consiguió recuperar el reino y hacer que volviera a ocupar el trono, agradecido. Poco pudo disfrutar la nueva situación porque en octubre de 1496 falleció también Fernandino.

Dos años más tarde, los sicilianos se encontraron con un regalo inesperado. El reyezuelo de la isla de Djerba, tributaria del rey de Túnez, se enemistó con su soberano y temía las consecuencias. Presa del pánico, envió mensajeros a Palermo diciendo que los habitantes de la isla preferían ser vasallos de Sicilia, si el virrey accedía a darles protección contra Muley Tumen. Lanuza accedió complacido y envió cuatro galeras sicilianas a Djerba, bajo las órdenes de Álvaro Nava. Al principio los árabes se negaban a entregar el castillo, pero Nava dio orden de regresar y el hijo del

reyezuelo convenció a su gente de que permitiese que Sicilia hiciese ondear su pendón en lo alto de la torre.

Al año siguiente morían Carlos VIII de Francia y el príncipe Juan, de Aragón. Según la *Sicania Historia* de Francesco Maurolico, Lanuza decretó que todos los varones se dejaran la barba durante seis meses, para desesperación de los barberos. Con la muerte de Carlos VIII había cesado el peligro.

El rey Fernando reclamó la presencia en España del Gran Capitán, no sin antes dejar bien asentado en el reino de Nápoles a Federico, al haber quedado vacante el trono tras la muerte de Fernandino. En 1499 Juan de Lanuza fue confirmado virrey por otros tres años. En 1500 muere Isabel la Católica, y con su muerte los dominios italianos dejan de ser feudos del reino de Aragón y pasan a pertenecer a los herederos de Carlos V, que entonces eran Felipe el Hermoso de Austria y Juana de Castilla.

Lo extraño es que el emperador de Austria, Maximiliano, en lugar de proteger a Federico de cualquier intento por parte de Luis XII, se quedó con las importantes sumas de dinero que recibía de Federico en pago de su protección y pactó con el rey francés el reparto de Italia. Una vez más, Fernando recurrió a Gonzalo Fernández de Córdoba para que volviese a Italia y defendiese a Federico como antes hiciera con Fernandino.

Pero no fue necesaria su intervención, porque en noviembre de 1500 Fernando el Católico pactó con el rey francés el reparto amigable de Nápoles. Los acuerdos entre Fernando y Luis XII fueron ratificados por el papa Alejandro VI, el cual tenía mucho interés en quitar a Federico del trono de Nápoles. Federico abandonó el trono y se embarcó para Francia donde recibió a cambio el condado del Maine.

Al no tener necesidad de guerrear, la llegada de las tropas españolas a Mesina fue poco agradecida y dio lugar a actos de altanería de los soldados, que ahora justificaban su presencia en Sicilia por la defensa contra los turcos. Las llamadas a la moderación por parte de las autoridades no conseguían calmar a la tropa, desprovista de los alicientes de la guerra.

Las instancias del virrey lograron del de Córdoba que viniese a Palermo a hablar y decidir lo mejor para la isla. Cuando las naves

del Gran Capitán fondearon en el puerto, no se permitió desembarcar a la soldadesca, alegando temor al contagio de peste, ya que Palermo permanecía sin síntomas. El Gran Capitán montó en cólera, pero al final se avino a acudir en solitario a entrevistarse con Lanuza. Llegaron a un acuerdo de pedir una cantidad por habitante en lugar de hacer una leva para los gastos de las flotas. En realidad, no se gastó nada contra el Turco. El Senado quiso dejar la última palabra al rey, añadiendo la frase *Sua Maestà indi fazzi qui lo sia più so servizio come meglu a sua Altezza piazza*. Jerónimo Zurita, en su *Historia del rey Don Fernando*, aclara que ese dinero se destinó a sufragar el viaje a España de todos los senadores para asistir en Toledo al juramento de lealtad a la reina Juana (la que sería llamada *Loca*) que tuvo lugar el 15 de abril de 1502.

Quienes alaban al virrey por su especial cuidado con los menesterosos (en contraste con el áspero tratamiento que daba a los nobles) ponen como ejemplo la fundación del Monte de Piedad de Palermo. Su misión era socorrer con fondos prestados sin interés a los necesitados, y en caso necesario, cederlos gratuitamente cuando se precisaban para pagar medicinas o estancia en Hospitales. A falta de un local propio, el virrey Lanuza cedió parte de los aposentos del palacio del Congreso, donde se mantuvo hasta que muchos años después se erigió un palacio propio para esta institución.

La permanencia de Gonzalo Fernández de Córdoba en Italia, desdeñoso de las instancias del rey para que regresase a España, fue una de las razones que indujeron a Fernando el Católico a visitar Italia.

En agosto de 1506 se embarcó en Barcelona rumbo a Génova. Ya se dirigía a Nápoles cuando le llegó la noticia de la muerte repentina de Felipe el Hermoso, lo que le obligaba a volver a España. Para dejar asentado el negocio que lo llevaba a Italia, todavía se demoró un tiempo en Nápoles, donde tuvo lugar la audiencia, ya comentada, con el virrey Juan de Lanuza. El 17 de noviembre de ese año se embarcó dejando ordenado que el gobierno de Sicilia se encomendase, de momento, al arzobispo de Palermo.

Ramón de Cardona, conde de Albento

1507-1509

Se asocia fácilmente a Florencia con los Medici y a Milán con los Sforza. Cardona repuso a cada una de estas dos familias en sus ciudades-estado. A los Medici en septiembre de 1512 y a los Sforza en octubre del mismo año, tras la toma de Brescia. En cuanto al propio Cardona, la relación suele establecerse con la localidad de Bellpuig, en Cataluña, donde un magnífico sepulcro de mármol celebra la existencia humana de su morador. Lo cierto es que Cardona apenas vivió en España. Su mundo se centraba en Italia, donde jugó un papel muy importante en los acontecimientos políticos entre los años 1502 y el de su muerte en 1522.

Era hijo de Antoni de Cardona, Argensola y Centelles y de su esposa, Castellana de Requesens. Tuvo dos hermanas: Castellana e Isabel, esta última casada con el almirante Bernardo Villamarí hijo de un famoso corsario favorable a la Corona de Aragón, que fue el maestro de Ramón en el arte de navegar.

Se casó en Nápoles con la condesa de Trivento y de Avelino, de nombre Isabel de Requesens. Esta dama, singular por su belleza, y por haber heredado un patrimonio igualmente deslumbrante, era huérfana de Galcerán de Requesens y de Beatriz Enríquez de Velasco. El matrimonio tuvo lugar en marzo de 1506, cuando contaba once años. La Historia universal, que no la española, ha

reservado a Isabel un recuerdo más popular que el de su marido Ramón. Ello es debido al retrato que miles de espectadores admiran en el museo del Louvre, atribuido a Rafael del Sanzio. No siempre se pensó que la modelo era Isabel de Requesens. En realidad, se creía que fuese otra reconocida belleza italiana de la época: doña Isabel de Aragona, nieta de la primera.

La Isabel alternativa era hija de Castellana de Cardona, y del hijo del rey de Nápoles, Fernando I. Su azarosa e interesante vida enriquece la biografía de otro virrey de Sicilia: su hijo Marco Antonio Colonna.

Volviendo al famoso retrato, el impulsor de la idea fue un cardenal de la corte del Papa León X, Bernardo Dovici, amigo de Rafael del Sanzio. Fue el quien lo encargó para mostrar un ejemplo de dama italiana al rey de Francia Francisco I, de quien se dice era curioso por la hermosura femenina. Al pintor le dijo que lo destinaba al Papa. Para pintar a Isabel había que ir a Nápoles y Rafael prefirió mandar a su discípulo Guilio Romano, quien se preocupó que el paisaje fuese discernido fácilmente como napolitano. Sabedora del destino final de la obra, la modelo accedió a que el lienzo fuese trasladado a Roma, donde fue admirado. El papa, después de tenerlo breve tiempo, se lo regalo a Francisco I, a instancias de Dovici. Llegó a Fontainebleau ese mismo año de 1518, como consta por un comentario de Alfonso del Este.

La finura de la expresión, lo rubio del cabello y los elegantes ropajes virreinales hacen que este cuadro, en caso de corresponder a Isabela, sea como la contrapartida de la *uxor infelix*, que años más tarde erigiría un no menos majestuoso sepulcro a su marido Ramón Folch de Cardona.

Aunque por sus apellidos, las dos mujeres eran de origen español, sus vidas, aficiones, reuniones con literatos, fiestas y desengaños, transcurren en Italia y reflejan el ambiente renacentista de la época.

Ramón Cardona tenía más de cuarenta años cuando pasó a Italia. En España desempeñaba la envidiada función de caballero de los reyes Fernando e Isabel. Debió influir en su decisión de abandonar la Corte, su cuñado, el almirante Bernat Villamarí, quien lo tuvo a su lado en la toma de Gaeta (Ramón fue el mentor de la

boda de su adolescente hermana Isabel con Bernat).

La acción naval más notable de Ramón, la que le valdría la confianza como militar del rey Fernando, ocurrió en septiembre de 1505 con la toma de la plaza africana de Mazalquivir. En el mausoleo de Bellpuig el escultor no olvidó representar esta victoria. Fueron tal vez los años más felices en la vida de Cardona. El rey Fernando el Católico le encomendó el mando de la flota real que acompañó el viaje del soberano en su visita a Italia en 1506. Estando el rey en Nápoles, la familia Cardona obtuvo su beneplácito para presidir la boda de Ramón con su prima Isabela de Requesens, y enseguida se produjo el nombramiento de ambos como virreyes de Sicilia.

Aunque breve, el gobierno de Ramón de Cardona en la isla puso de manifiesto sus virtudes en el desempeño de la función de *alter ego* del monarca. De forma casi instintiva, Cardona buscaba la apreciación y el consenso de la oligarquía siciliana; una conducta que evitaba sorpresas desagradables y aseguraba el tranquilo discurrir de los días. Pero, al mismo tiempo, esta virtud tenía como contrapartida el defecto de lentitud, que algunos empezaron a traducir en pusilanimidad. La *mansuetudine*, puesta junto a la *gloria* del epitafio, parece aludir a este defecto.

Ciertamente su habilidad para resolver conflictos complejos, siempre a favor de los italianos, y en contra de presiones recibidas de Aragón, hacen de él uno de los políticos más importantes en el mundo renacentista italiano, donde las facciones internas y las ambiciones externas requerían de sus actores máxima información, refrendos creíbles, alianzas familiares y habilidad persuasoria.

En cambio, en el terreno militar la gloria de Cardona es más que discutible, pues, aunque logró algunas victorias, como las ya comentadas, que beneficiaron a los Médici y a Sforza, y sitió Venecia, (amenazándola con un bombardeo que, de producirse, habría alimentado la leyenda negra) en cambio, se le considera responsable de la terrible derrota de Ravenna contra Luis XII de Francia en 1512. La insistencia de Fernando el Católico en ponerlo al frente de las tropas de la Liga Santa, en lugar de acceder a las recomendaciones de los demás integrantes, entre ellos el papa Julio II, que preferían a Gonzalo Fernández de Córdoba ha dado lugar a

conjeturas. La más *petite histoire*: que Cardona era hijo natural de Fernando el Católico; la más verosímil: que el rey buscaba atemperar de algún modo el creciente prestigio del Gran Capitán.

En fin, todo esto y más, fueron episodios que tuvieron lugar después de que Ramón e Isabela cumplieran su virreinato al frente de Sicilia, que duró desde su llegada en 1506 hasta que fue nombrado virrey de Nápoles, y tuvo que abandonar la isla en octubre de 1509.

Cardona era muy respetuoso con los títulos, privilegios, y manifestaciones externas de los poderes isleños, cuidando siempre de no olvidar de reconocer su importancia y darles el reconocimiento adecuado. A su vez, cuidaba los suyos, y trataba de hacer patente las relaciones entre ambos poderes. Hizo su entrada en Palermo ya reconocido como capitán general de la flota de Aragón, a caballo, flanqueado por el arzobispo de Palermo y el presidente del Senado. Una de sus primeras decisiones fue hacer un viaje alrededor de la isla, para conocer el estado de sus defensas desde el punto de vista de un experto marino, que ya era. Llegado que hubo con sus naves a Mesina, y puesto que el rey Fernando el Católico seguía en Nápoles, decidió establecerse en aquella ciudad para cualquier petición real que pudiera llegarle. Cuando el rey volvió a España, el virrey volvió a Palermo.

Cardona mantenía en la corte española un consejero, Cristóbal de Briceño, zamorano señor de Piquillos, que le mantenía al tanto de cuanto pudiera ser de su interés y que impulsaba la tramitación de sus peticiones haciendo valer al mismo tiempo los servicios que Sicilia prestaba a la Corona con su apoyo económico.

La bonhomía de Cardona tuvo su primera ocasión de ponerse a prueba cuando recibió en audiencia al fiscal del Patrimonio Regio, Giovanni Luca Barberio, el cual había dedicado mucho tiempo y desvelos a comprobar los títulos de propiedad de la nobleza siciliana en las tierras de sus feudos. (El equivalente en nuestros días a una actualización del catastro siciliano). Y como resultado de sus pesquisas pudo demostrar que muchos predios carecían de contratos o de documentos que abonasen la propiedad de sus poseedores. En consecuencia, argüía Barberio, al no ser legalmente de nadie, podían y debían ser transferidos a la Corona. Consideraba que se trataba de terrenos lindantes de tipo comunal, que los terratenientes habían ido

usurpando hasta convertirlos en parte de sus haciendas o huertos. Por su parte, los afectados, clamaban asegurando que las tierras eran tan suyas que ya se había perdido memoria de su origen y de ahí la falta de escrituras.

Giovanni Barberio creía estar haciendo un servicio importante al rey y a Sicilia poniendo fin a una práctica dolosa de los nobles que se aprovechaban de los períodos de descontrol o debilidad real. Pensaba, además, que el rey vería con buenos ojos el que se devolviesen a la Corona los terrenos públicos.

Evidentemente, había casos muy diferentes. Pero los nobles hicieron frente común contra Giovanni Luca Barberio y esperaron, astutamente, a quejarse al rey como parte de las gracias que era costumbre añadir cada vez que el Parlamento acordaba las partidas de fondos destinadas a la Corona para la defensa y demás necesidades del Reino.

El momento vino el 7 de agosto de 1508. Los ataques de los moros en las costas españolas del Norte de África requerían un nuevo esfuerzo militar. El Parlamento ofreció trescientos mil florines, a los que añadían los acostumbrados 5.000 florines al virrey, al cual exigieron que hiciera patente al rey su deseo de verse libres de las pesquisas y exigencias de Giovanni Luca.

La única razón que aducía el Parlamento era preservar la paz y la tranquilidad del reino. La que animaba a Giovanni Luca: preservar la legalidad. Entre las dos, el carácter del virrey Cardona le hacía inclinarse por la primera, pero no hasta el punto de aceptar viajar a España para defender la postura del Parlamento. Al fin y al cabo, se trataba de una merced que sólo el rey podía decidir y, según su idea del protocolo y de la importancia de las instituciones, bastaba con enviar a una persona con el encargo suyo de hacer valer las razones de los nobles ante el monarca.

Ramón de Cardona comunicó a los senadores que enviaba a Cristoforo Brenzena para presentar al rey el importante donativo acordado junto con las “gracias” que el Parlamento solicitaba esta vez. Quedaron todos de acuerdo, menos Giovanni Luca, en espera los resultados de la gestión de Brenzena.

El Rey Católico entrevió que en este asunto se mezclaban casos en que Giovanni Luca probablemente tenía toda la razón con

otros en que se había excedido en su celo de funcionario, hiriendo la sensibilidad de la aristocracia siciliana que se manifestaba totalmente unida en contra suya. Oía el clamor de ¡*Libranos de Giovanni Luca!* como una ocasión de ganarse afectos, pero también como un velado desafío.

La decisión que adoptó ha sido expuesta de forma diversa por los historiadores antiguos. La más fiable puede que sea la de Mongitore, acorde con el principio de autoridad y el mantenimiento de una interesante arma legal, pero mostrando poco interés en su aplicación. Dice literalmente:

Placet regiae Magestati, quod habeatur ea ratio, qualis de jure habenda est, et quod subditi injuste non vexentur.

Lo cual viene a decir poco. Que las cosas se resuelvan conforme a derecho y que no se humille a los súbditos con vejaciones. Según esta lectura Luca quedaba reivindicado, pero el virrey podía resolver las quejas caso por caso, para “evitar humillaciones injustas”. Hay otra versión: la de Caruso, más comprensiva con la reclamación de los nobles:

Che riuscendo pregiudizievoli al baronaggio, e dannose al regno le accuse fiscali di questo ministro [Luca Barberio] del real patrimonio, si ebbe per bene di sospenderle, e di non innovare cosa alcuna sul tal materia; e quel che è più, di dichiarare esoso, e pertrbatore della pubblica tranquillità.

Unas palabras sobre el notario Giovanni Luca Barberio: la posteridad le debe una obra única e insustituible sobre la situación legal de la propiedad inmobiliaria del conjunto de Sicilia desde los tiempos más remotos. Trabajó en este corpus toda su vida, investigando personalmente las propiedades, estableciendo genealogías, y revolviendo todos los archivos disponibles sobre transmisiones y contratos. Su fruto recibió el título de *Capibrevio* que hace alusión a un lugar común donde encontrar los breves, en el sentido de cédulas de la cancillería regia palermitana, ordenados según los tres valles de la isla: Noto, Demone y Mazzara.

Ocurrió lo previsible; que los tres volúmenes del *Capibrevio*, una vez publicados, se hicieron indispensables para cualquier abogado siciliano en asuntos relacionados con genealogías y derechos de propiedad y como fuente de información para pruebas y contrapruebas.

La prueba de que Barberio no fue derrotado en 1509 es que en 1511 los barones volvieron a presentar los mismas o parecidas quejas contra su actividad, que no cesaba de rozar susceptibilidades allí donde seguía ejerciendo su función notarial, o como el gustaba autodefinirse: “Magister riotarium regie Cancillerie”.

Volviendo a 1509, el rey Fernando consideró oportuno llamar a la Corte a Juan de Aragón, conde de Ribagorza, que se encontraba ejerciendo como su virrey en Nápoles. La razón es que su presencia como virrey de Cataluña era prioritaria, pues había ocupado ese cargo desde 1496, con diversas interrupciones. Ribagorza dejaba vacante el virreinato de Nápoles, y el rey pensó en Ramón de Cardona para sustituirlo, pese a no haber cumplido su primer mandato en Sicilia.

Los preparativos para el relevo y viaje ocuparon los meses de septiembre y octubre. Cardona nombró lugartenientes al arzobispo de Palermo, Giovanni Paternò, (muy apreciado ya por Julio II, que pensaba hacerlo cardenal) y a Guglielmo Raimondo Moncada, conde de Paternò.

Ramón de Cardona iniciaba una época más pródiga en acontecimientos que la transcurrida *piazevolmente* en Palermo. Isabela de Requesens volvía a su país natal, en calidad de virreina. Un día le anunciarían la visita de un pintor, de nombre: Giulio Romano. ¿O era otra Isabel?

Hugo de Moncada

1509-1517

Una característica positiva, para los gobernados, del sistema virreinal, era que los mandatos se establecieran por un período, universalmente breve, de tres años. Pues bien, cuando transcurrieron los tres primeros del virreinato de Hugo de Moncada, los sicilianos no querían que siguiese ni un año más. No tanto por lo hecho como por lo que no había sabido evitar. Pero en la mente del rey Fernando el nombramiento de Moncada como virrey era un objetivo secundario, subordinado a su estrategia de dominar las plazas moras del norte de África. De él esperaba no sólo apoyo logístico, sino presencia real en las acciones bélicas que tenían como escenario Trípoli, Orán, Bujía, Túnez y Los Gelves,

En 1509 Moncada estaba de gobernador de Calabria, después de haber sido enviado allí para controlar una revuelta menor a causa del mal proceder del conde de Ayala. Orán había pasado a poder de los españoles. El rey Fernando juzgó conveniente aprovechar la experiencia militar adquirida en Italia por Hugo Moncada y ponerla al servicio de sus planes de expansión en el Mediterráneo. Hugo de Moncada, efectivamente, había dedicado quince años de su vida a participar en las luchas que iban desde apoyar a los franceses de Carlos VIII contra los napolitanos, a los Sforza florentinos contra los Orsini milaneses, a los Borgia, casi romanos, contra los Vitelli, y a Gonzalo de Córdoba, contra muchos de los anteriores. En cada una de estas venía a consumir tres años sin por ello enraizar en la

sociedad o en el paisaje de ninguna región, ni vincularse a alguna familia en matrimonio o como aliado permanente. Así pues, su disponibilidad, hija de su lealtad al rey y luego al emperador, sería siempre absoluta y algo simplista, lo que explica también la escasez de aliados personales en momentos críticos.

El primer año de gobierno de Moncada coincidió con tres operaciones importantes en aguas africanas: Tomó posesión en diciembre de 1509 y en enero se produjo la conquista de Bujía por Pedro Navarro, un hecho que tuvo gran repercusión en Sicilia y en Nápoles. Ambos reinos se aprestaron a apoyar con sus naves la subsiguiente empresa, que consistía en tomar Trípoli. También esta plaza se rindió el 25 de julio. El rey nombró a Moncada gobernador con el encargo de trasladarse hasta allí, fortificar el castillo y organizar la colonia de forma que el comercio pasase a ser controlado desde Palermo, debiendo la Aduana de Trípoli remitir el estado de cuentas y movimientos de mercancías al maestro *razionale*. Pero todo el júbilo y todas las ilusiones de los sicilianos, tanto los nobles que participaron en la toma de Trípoli, como los comerciantes de Palermo y Mesina y los habitantes de la isla, que ya se veían libres de los continuos ataques musulmanes, se vinieron abajo un sólo un mes, con la desastrosa invasión de la isla de Los Gelves (hoy Djerba) por la imponente armada de García de Toledo.

Las prisas del hijo del duque de Alba primaron sobre el buen sentido de marinos más expertos, como el propio Pedro Navarro, quienes conocían la costa africana y aconsejaban demorar el ataque. El puerto de Djerba tenía valor estratégico, pero la isla, de suelo arenoso, carecía de pozos de agua. Sus habitantes sólo contaban con el agua que caía en invierno, por lo que en verano las existencias estaban casi agotadas. El desembarco se produjo el 28 de agosto, a pleno sol africano y teniendo que mover pesadas piezas artilleras en suelo de arena. Los isleños esperaron a que la sed y la inutilidad de los esfuerzos obligasen a los invasores a dispersarse en busca de agua. La matanza de cristianos subsiguiente quedó materializada en una pirámide de cráneos españoles, visible durante siglos en la capital de la isla. Sólo se salvó la mitad del ejército expedicionario. Precisamente el que regresó, en medio de una tormenta furiosa, a aguas sicilianas.

Cabe imaginar la diferencia de recibimiento que habrían tenido Pedro Navarro y Diego de Vera, de haber entrado triunfantes en Mesina y Palermo, con la secuela de esclavos y presas arrebatadas a los moros. Indirectamente, Hugo de Moncada habría podido disfrutar de su papel como organizador y representante del rey. Al no ser así, la frustración colectiva se centró en su persona. En Palermo y en Mesina se produjeron disturbios por permitir el desembarco de los navíos derrotados, porque la soldadesca se extralimitó, al no tener medios de pago por no haber recibido los sueldos correspondientes. En Palermo, tripulantes y marineros de las naves de Diego de Vera fueron masacrados en un episodio de venganza popular dirigida por Paolo Pollastra, quien fue decapitado por ello.

Fernando el Católico no perdía las esperanzas y ello explica la providencia dictada en Valencia el 27 de febrero de 1510, donde por primera vez el cargo de virrey de Sicilia lleva anexo el de Capitán General de las Armas de Reino. Miraba el monarca español a que desde Sicilia se defendiera Trípoli y encomendaba esa misión, no a Pedro Navarro, sino a Hugo Moncada. Para que quedase más claro, el documento añade que, en caso necesario, el virrey nombre un sustituto. Y, lo que es más importante, prevé la incomodidad y la incertidumbre que iba a suponer dejar Sicilia en situación de interinidad, asegurando a Moncada una futura reelección. No estuvo muy afortunado el rey al intentar este doble objetivo, pues Moncada no se sentía suficientemente seguro para dejar la isla, los sicilianos se extrañaron de esta anómala y molesta decisión, que, en lugar de animar a Moncada a participar en la guerra contra los mahometanos, lo hincó más en su nueva condición de virrey.

Ese mismo año de 1512 se hizo insoportable en toda Europa el problema de las monedas acuñadas por debajo de su ley en plata, con el perjuicio consiguiente para el comercio por la pérdida de confianza en el medio de pago. En Sicilia había bastante moneda mala, fabricada allí mismo, lo que hizo preciso sustituirla con acuñaciones de moneda buena, entregando la devaluada en la proporción correspondiente. Ello suponía reconocer de golpe el perjuicio resultante, y, en el caso de los palermitanos, obligarlos a viajar a Mesina, porque en Palermo no había ceca de acuñación.

Precisamente, ésta era una de las mercedes que Palermo solicitaba con mayor insistencia durante las sesiones del Parlamento en que se aprobaban las aportaciones al Tesoro Real. Las esperanzas de los palermitanos contrastaban con los temores de los mesineses, defensores acérrimos de los privilegios de la ciudad, sobre todo si lo eran a costa de la capital del Reino.

Moncada se limitó a transmitir la situación sin dejar de obligar por ello a que se cumplieran los plazos de entregas de monedas, a rajatabla. Cuando llegó la respuesta salomónica de hacer una excepción y autorizar que se pudieran canjear las monedas en Termini, sin necesidad de ir a Mesina, la solución ya no contentó a nadie.

La derrota de los Gelves seguía planeando sobre las conciencias de los responsables, y se temía que el paso siguiente de los moros sería tratar de recuperar Trípoli. Consciente el virrey de que debía la prolongación de su mandato a defender aquella plaza, Moncada se sintió obligado a visitarla. A finales de 1512, casi dos años después de su nombramiento como Capitán General, se dirigió a Trípoli donde permaneció varios meses. Dejó como lugarteniente al arzobispo de Palermo, Bernardino de Bolonia. Como sustituto del arzobispo eligió a su secretario de Cámara, Pietro Centelles, quien asumió el gobierno de la isla por la avanzada edad y poca salud del primero.

En Trípoli Moncada se encontró con un formidable castillo y nadie que pudiera defenderlo. Antes de la derrota de los Gelves habría sido posible encontrar en Sicilia a pobladores de tierras conquistadas, como ocurría en España, pero ya todos temían la venganza de los otomanos. Dando casi por perdida la plaza, Moncada ordenó la demolición de aquel castillo, y se limitó a promulgar ordenanzas relativas al funcionamiento de la Aduana real.

A mediados de 1513, el virrey ya estaba de vuelta en Sicilia y allí le esperaban acontecimientos negativos, entre los cuales el más lamentado fue la llegada del temible tribunal de la Inquisición, a pesar de que Sicilia no era, a diferencia de España, un país con una importante población de mozárabes o moriscos conversos. Quienes sí se vieron afectados fueron los numerosos judíos, de todo rango, que vivían en Sicilia desde tiempos inmemoriales. La perspectiva de

tener que habérselas con la Inquisición hizo que la mayoría optase por fingir una conversión salvadora. El primer año no pasaron las cosas de ahí y los hebreos siguieron practicando su religión en privado y a escondidas; pero, al cabo, la duplicidad era tan evidente que los Inquisidores tomaron una determinación irregular, a la que no estaban autorizados: obligarlos a vestir de color verde y portar un crucifijo bien visible.

La llegada de la Inquisición a los virreinos conllevaba necesariamente dos disminuciones para las autoridades de cada reino. La primera era de orden material, ya que había que proporcionar a los recién llegados un edificio digno, y los sueldos correspondientes. La segunda consistía en averiguar qué atribuciones tenían, pues esas mismas veían perdidas los obispos, jueces, alguaciles y el propio virrey. Como quiera que ninguno de los perjudicados se precipitase a hacer concesiones, los inquisidores solían quejarse, sin demasiado éxito. Ante lo cual, su reacción era excomulgar a los adversarios, y, a los amigos: ofrecerles inmunidad de forma interesada.

Al virrey Moncada llegaron denuncias de que los inquisidores acogían en sagrado a facinerosos y bandidos, sin acceder a entregarlos. En carta del 6 de septiembre de 1512, se queja a Fernando el Católico del comportamiento de los inquisidores:

De las cosas que facen los oficiales del Sancto Oficio de la Inquisición, muchas veces he escrito à V.A., digo de se entremeter y alargar en cosas que no son servicio de Dios ni de V. A. antes de mucho escándalo y confusión para la buena gobernación y administración de la justicia.

A paliar los reproches de los sicilianos contra los españoles, en 1515, vino la noticia de la victoria inesperada, y casi accidental, de Luis de Requesens frente al Rais Solimán en aguas de Pantelaria, donde logró hundir seis barcos y, tras apresar otros siete, aparecer triunfante en Trapani. Con las naves enemigas venían ochocientos esclavos y enseres, entre los que había banderas pontificias, que fueron enviadas a Roma.

Parecía que los ánimos se habían calmado, pero la cronología seguía siendo adversa a Moncada. Su principal, y casi único valedor, el rey Fernando el Católico, moría en Madrigalejo, en enero de 1516.

La nobleza siciliana odiaba al virrey por un acto reflejo que se alimentaba de dos sentimientos compartidos: a) su negativa a computar una pena de muerte a uno de los aristócratas, culpable de asesinato, y b) su inflexibilidad en el cobro de las deudas atrasadas con el fisco, que supuso el embargo y ruina para algunos, y la consiguiente mejora de los recursos disponibles para el gobierno de la isla. En 1513 las acusaciones de crueldad y avaricia no habían prosperado en la estimación del monarca, y Moncada seguía en Sicilia, pero al morir Fernando, se reabría la cuestión con dos resultados posibles: que el Emperador confirmase, una vez más, a Moncada o que nombrase a otro, más aceptable. La distancia y bisoñez de Carlos, abrió una tercera opción: la ruptura del pacto con la Corona de Aragón, cuya dinastía había dejado de reinar, y la vuelta de Sicilia a sus tiempos de reino independiente.

Blasi, dice que *la morte di Fernando il Cattolico turbò l'animo del vicerè Moncada*. Cierto, pero la situación era más compleja de lo que da a entender el historiador, pues si bien la nobleza detestaba al virrey, en cambio *la nomenklatura*, es decir: los magistrados, jueces, senadores, y el Parlamento le seguía siendo favorable, sin atreverse a adoptar la tercera opción, que consideraban peligrosa no solo para la población, sino para su propia conveniencia. De este modo el reino quedó dividido en dos bandos, el *independentista* y el *imperial*, coincidiendo este segundo en la necesidad de que Moncada dejase el cargo. A su vez Moncada, que estaba deseando salir de aquel laberinto, temía de ser acusado de traición si abandonaba en momento tan crítico.

Los partidarios de la libertad consideraron que el tiempo corría en contra suya y que era necesario movilizar de prisa al pueblo contra Moncada. La necesidad de crear una situación pre revolucionaria aprovechó el impacto que causó en la población una diatriba contra los judíos, que lanzó un fraile agustino, inflamado de ardores proselitistas, en un sermón cuaresmal, pronunciado ante un público numeroso y en presencia de los senadores. Este personaje, Girolamo de Verona, conocido como *El Barbudo*, no tuvo otra

ocurrencia que exhortar al pueblo a que arrancase a los judíos sus vestimentas verdes con la cruz, con el pretexto de que eran indignos de portar el símbolo de Cristo en sus pechos. Se produjo una penosísima persecución por las calles de Palermo, quedando muchos (y muchas) desnudos. El antisemitismo latente vino en ayuda de los rebeldes y en contra del virrey, mientras los inquisidores adoptaban una conducta ambigua.

La nobleza, por su parte, quiso dejar claro que no se unía a los rebeldes y tomó la drástica y curiosa decisión de mudarse en bloque a Trapani, lejos de Palermo. donde no pudieran ser consultados ni mezclados con el inminente ataque al palacio del virrey, que ya conocían.

Moncada, tomó dos resoluciones extremas. Una fue salir a las calles buscando el contacto con el pueblo, tratando de impresionarlo con un alarde de coraje a caballo y gritar *¡Viva la reina! ¡Viva el rey!* La segunda fue perdonar deudas y redimir condenas, en atención a los agraviados terratenientes. Pero era demasiado tarde y causaron el efecto de evidenciar la soledad del virrey con su forzada y tardía clemencia.

Ya como último recurso, Moncada se inventó una carta de la reina Juana y de su hijo Carlos proclamando sus derechos y confirmando a su virrey. La impostura funcionó sólo a medias, porque, aunque la cédula estaba bien construida en latín y pudo enseñarla a todo el que quiso leerla, en cambio no pudo explicar quién la había entregado y cómo había llegado a Palermo.

La desafección llegó a tal punto que Moncada pudo ver desde su palacio unos cañones amenazantes y gente que lo instaba a que abandonase el país. Perder la vida era también perder Sicilia de manera que fingió acceder y embarcarse para Nápoles con un reducido séquito de servidores y, una vez a bordo, tomó la vía de Mesina, donde llegó el 7 de marzo de 1516.

Allí tuvo una acogida favorable. En su favor obraba el no haber otorgado a los palermitanos la ceca prometida muchos años antes por Alfonso de Aragón. El historiador Federico Carretto dice que Moncada se dirigió a los mesineses para que optasen entre reconocerlo como virrey o secundar a los palermitanos en su

exigencia de que abandonase el país. El hábil dilema inclinó la balanza a su favor y pudo instalarse como tal virrey, operando desde Mesina. Para corresponder a la buena acogida, Moncada accedía a las peticiones de condonación de deudas, razonables en un principio, pero excesivas a juicio de los funcionarios reales, que no querían ser cómplices de haber dañado los intereses de la Corona.

Después surgieron los eternos problemas con las universidades rivales de la preponderancia mesinesa. Fueron estas las de Siracusa, Catania, Gigenti, Lentini y Trapani, que aprovechaban en río revuelto para establecer un autogobierno, que en realidad no era otra cosa que pasar a la protección de las familias dominantes en cada región.

Al igual que en Palermo, la ciudad de Mesina se dividió en dos bandos: de una parte, los que abogaban por establecer un gobierno popular e independiente, animados por Giovancola Reggitano; de otra: los nobles, que preferían excluir al pueblo. Moncada buscó una solución favorable a los poderes fácticos: estableciendo que los magistrados fuesen elegidos libremente, con mayoría de los representantes de la nobleza.

Pese a estas concesiones, la idea de controlar el reino desde Mesina era impracticable. Los sucesos de Palermo no podían ser olvidados. Los guardianes del palacio virreinal, en lugar de defenderlo, entendieron que el virrey había abandonado Sicilia, y abrieron las puertas a la plebe para evitar males mayores, si bien no pudieron impedir que, como dice Blasi, *al nascer del sole, non vi restarano che i nudi tetti e le paretì*. A continuación, los rebeldes fueron al palacio de los inquisidores a los que acusaban de dejadez en la persecución de las herejías, mirando sólo a su propia comodidad y lujo. Salió a recibirlos Tristán Calvete, que prometió hacer lo mismo que el virrey, entendiendo que había abandonado Sicilia. En Palermo, el pueblo se hizo dueño de la situación, lo que indujo a los nobles a abandonar su ridículo alejamiento en Trapani y acudir a participar en el restablecimiento del orden en la ciudad.

Tomó la iniciativa Pietro Cardona, haciendo ver a los revoltosos que los nobles ya habían regresado de Trapani y decidido nombrar a Simone Ventimiglia, marqués de Geraci y Mateo Santapace, marqués de Licodía, nuevos presidentes del Reino. Con

este anuncio, la gente aplacó sus invectivas. Cardona introdujo en el ánimo de los nobles la variante de enviar un embajador a Bruselas para exponer sus reclamaciones. Esta opción, suponía, de hecho, una concesión a la autoridad real, aunque dejaba un pequeño margen a la posibilidad de lograr una independencia efectiva, si el rey aprobaba los presidentes.

La persona elegida para ello fue Carlo Antonello del Campo. Como era de prever, en Bruselas no estaban dispuestos a escuchar a los disidentes sin tener información directísima de lo estaba ocurriendo. Enviaron como *visitador* real a Diego del Águila, el cual lo primero que hizo fue llamar a su presencia a los nobles más señalados, a los que comunicó la intención del rey de mantener a Moncada como virrey, exigiendo que le confirmasen la suya de obedecerlo. Los nobles aprovecharon la ocasión para desactivar la intentona de los independentistas al tiempo que, en compensación a su obediencia, pedían al rey que escuchase sus acusaciones contra el virrey, que, al fin y al cabo, no había sido nombrado por Carlos. A lo cual respondió Moncada cursando carta al rey para que lo recibiese.

En la Biblioteca Nacional de España pueden consultarse los diversos documentos que reflejan la correspondencia previa a las sesiones que tuvieron lugar en Bruselas, con las acusaciones de los sicilianos y la defensa de Moncada.

Según Moncada, eran precisamente estos condes quienes habían urdido la rebelión con notable, pero no completo éxito. Para ello habían prometido un retorno a los felices tiempos del rey Martín. Dijo que pedían su salida de Sicilia y también la de la Inquisición, y, adujo como prueba que ordenaron la devolución de los bienes embargados por los inquisidores y la exención de las gabelas y de las tierras embargadas por el fisco a sus deudores. Una vez expulsado el virrey y recuperada la autonomía, pretendían pactar con el rey, como se hizo en su día con el rey de Aragón. Añade Moncada que la simiente de la rebelión y el desgobierno dividió la isla, provocando luchas entre tierras y barones de facciones distintas.

Por su parte, los embajadores acusaban a Moncada de haber sido él quien quitó las gabelas y redujo los impuestos, con el único motivo de que el pueblo dejase de odiarlo sin pensar en el daño que

causaba al patrimonio real. Se quejaban de que había encarecido el trigo, enviando por su cuenta y riesgo grandes cantidades a Trípoli y otros destinos, sin control alguno. Con algo de tartufismo, lo acusaron de haberse enemistado con la Inquisición, prohibiendo los sambenitos. También: de haber huido de Palermo y reformado a su gusto el Consejo de Mesina. Y en general, de haber enemistado al pueblo contra él.

Después de escuchar a uno y otros, los consejeros del Emperador concluyeron que ambas partes tenían algo razón. En consecuencia: lo primero era restablecer el poder real, reafirmando la autoridad del virrey, para sustituirlo, casi al día siguiente, por otra persona. Así se hizo en América en ocasiones parecidas. En este caso, las investigaciones previas del visitador Diego del Águila en Palermo, desfavorables, condicionaron la solución y Moncada no fue rehabilitado.

Y aquí podía terminar la semblanza del virrey ‘más odiado’ según la historiografía italiana. El Maurolico, que lo define así:

Ugo, de quo dictum est, genere Hispanus, patria Barcinoniensis, cognomento Moncada, *vir fuit ambitiosus, cupiditate et lascivia isigni.*

Auria no se pronuncia y Blasi, a quien todos respetamos, se fía de otro escritor, Paolo Giovio, quien al referirse al gobierno de Moncada en Sicilia comenta que los documentos atestiguan *mucha avaricia y crueldad*.

Por una vez, me permito disentir del veredicto, lo que me lleva a alargar bastante este capítulo para probar que su impopularidad nada tenía que ver ni con la lujuria ni con la corrupción, sino con aspectos imputables a su carácter y personalidad, nada italiana y española en exceso.

Ya quedó dicho que el desastre de los Gelves, la llegada de la Inquisición y la muerte de Fernando el Católico sin noticias sobre sus efectos en Sicilia, alumbraron una revuelta de una parte de la nobleza, que, sin llegar a triunfar del todo, por el desinterés de Mesina y las rivalidades entre los nobles, sí logró poner a Moncada en una situación ridícula e insostenible.

Pero, lo que realmente más perjudicó en Italia la imagen de Hugo de Moncada fue su participación en el primer saco de Roma, de cuya responsabilidad aparece como chivo expiatorio de los errores y terquedad tanto del Papa Clemente VII como de los Colonna. Los acontecimientos se sucedieron de la peor manera posible para Moncada. Hubo una primera entrada en Roma con saqueo y huida del Papa al castillo de Saint Angelo. A la ira de Carlos en su contra por apoyar descaradamente a los franceses, se sumaron los agravios territoriales de la familia Colonna, principales instigadores de la toma de la ciudad y propósito de eliminación física del pontífice. Moncada carecía de motivos personales, otros que los de agradar a Carlos V. Actuó por su cuenta, pidiendo perdón al pontífice y ordenando el cese de la violencia, a cambio de una vuelta de Clemente VII a la neutralidad anterior, que beneficiaba a España. Satisfecho con las promesas del Papa, se retiró a Nápoles.

Si Clemente VII hubiera mantenido su palabra, el hecho no habría tenido la repercusión histórica que sobrevino. Pero Clemente rompió la tregua, tal como vaticinaban los Colonna, y a los tres meses se produjo el verdadero saco de Roma por el condestable de Borbón, con tropas alemanas protestantes, aliadas del emperador Carlos V. Se olvidan sus detractores que Moncada no estaba allí, sino que seguía en Nápoles.

A diferencia de la mala fama que conserva en Italia, en España, y sobre todo en Valencia, Hugo de Moncada es tenido por un personaje valiente, influyente y leal. Esta percepción se basa en documentos históricos que muestran la continuidad de Moncada como fiel servidor de la Corona hasta el momento de su muerte y el respeto y agradecimiento de Carlos I a sus servicios. El párrafo siguiente es de una carta que escribe el emperador al siguiente virrey de Sicilia, Ettore Pignatelli:

Es porque el dicho don Ugo se queja mucho que habéis hecho recompensar a los otros que entonces y después fueron saqueados y damnificados, y que para él no se falla forma: mucho vos encargamos que miréis en proveerlo de manera que, por una vía o por otra, le sea reintegrado de los daños recibidos, pues fueron en servicio nuestro, y no cesa de

servirnos y gastar bien su hacienda con los daños y destientos que vos mesmo veis.

Algunas veces los servicios de Moncada no salían tan bien como sería de desear. En 1519, el mismo Carlos escribe a su embajador en Roma; “Entre las otras personas que se perdieron en la rota y afrenta que *nuevamente* D. Hugo de Moncada, nuestro capitán general de la mar ha habido en la costa de Cerdeña con fustas y armada de turcos, fue muerto y preso D. Carlos de Urries”, etc. A pesar de ello, el César siguió confiando en Moncada y, al año siguiente, lo confirmó como almirante de una armada de cincuenta y seis naves, para que restaurase el honor perdido en la isla de Gelves.

Por una vez, Moncada tuvo suerte ocupando la isla sin un tiro y pactando con el jeque la sumisión perpetua al Emperador aderezada con un generoso tributo anual. Leemos en la biografía que Gaspar de Baeza escribió para a petición de una sobrina de Moncada, sabedora de que Baeza había estado con su tío en aquella ocasión.

Concertado esto, el jeque envió a suplicar a D. Hugo que fuese a comer con él al Coco, lugar de la isla. Don Hugo aceptó sin miedo alguno, fue la compañía, y estando comiendo, sonó ruido y grito de más de seis mil moros que cercaron la casa donde D. Hugo comía. Alteróse D. Hugo, y visto por el jeque dijo al intérprete: “Decí a su Señoría que no tema, que esto es fiesta que le hago por darle placer”. “Tal placer te dé Dios” dijo D. Hugo sonriéndose. Acabada la comida, el moro acompañó a D. Hugo hasta la mar; y entrando en su galera D. Hugo le hizo un presente y mucho regalo.

Desde Bruselas el emperador escribió a Moncada:

Recibimos vuestras letras con el comendador Sangüesa. el cual nos fizo extensa relación de todo los que pasó en la isla de Gerbes y del apuntamiento y estado en que quedaba, y nos comunicó la instrucción y memoriales que vos le disteis, por donde quedamos muy bien informados de todo los necesario. Nos habemos dado muchas gracias a Dios nuestro Señor por

la merced que nos ha hecho en darnos tan honrada victoria, donde vos habéis bien mostrado quien sois y lo que vuestra persona vale. Etc.

El padre Mariana, cuenta, en breves palabras, la muerte de Hugo de Moncada en su batalla naval frente a la ciudad de Salerno y añade:

Con la flor del ejército español pereció el virrey, varón muy valeroso e intrépido en los peligros. Nació en el territorio de Valencia y fue su padre don Pedro, marqués de Aytona: en su juventud siguió la milicia de los caballeros de San Juan, y después pasó al servicio de Carlos VIII, rey de Francia, y del duque de Vaentinois.

Pero habiéndose suscitado guerra entre el Rey don Fernando el Católico y Luis XII, fue a servir en los reales del gran capitán Gonzalo de Córdoba. Guiciardino dice que su cuerpo fue arrojado al mar; pero es falso, pues consta que fue llevado a Valencia, y en el convento de nuestra Señora del Remedio del orden de la Santísima Trinidad, donde se escribe esta historia, fue sepultado en su magnífico túmulo de mármol, y su busto está colocado entre los demás de la familia.

Hugo era el cuarto varón de una familia radicada en Valencia; se dice que nació en Chivas en 1476 y poco más se sabe de su adolescencia, salvo que sirvió “unos días” en la Corte.

Esta falta de raíces profundas en la sociedad aragonesa y de perspectivas de ascensos en la Corte, le impulsó a probar fortuna en Francia. La ocasión se presentó con la decisión de Fernando el Católico, un tanto extraña, de hacer la guerra contra Fernando de Aragón, rey de Nápoles, apoyando a los franceses que deseaban restablecer su presencia en el Sur de Italia. Hugo se desplaza a París e inicia la etapa de su carrera que podríamos llamar “francesa”. También podría llamarse “florentina” pues defendía

los intereses de la familia Sforza, representada por Juan Galeazzo, marido de una nieta de Fernando el Católico.

Cuando se rompe la paz con Francia, y Fernando abandona la alianza con los franceses, Hugo quedó en posición difícil. Podría haber tratado de consolidar las buenas relaciones con personajes franceses, pero no lo hace y opta por pedir “autorización” al rey Carlos VIII para dejar de apoyarlo. Hugo se pasa, con rapidez, al otro bando, donde nadie lo esperaba.

De Florencia, se traslada a Roma donde los Borgia dominaban el escenario con personajes inolvidables por lo novelesco. Hugo tenía en común con ellos su origen valenciano y la audacia, pero no la ambición de riquezas ni el maquiavelismo dinástico. Fue bien recibido por Cesar Borgia. Sus servicios tenían que ser *militares*, por carecer Hugo de otra forma de posible colaboración. Cesar Borgia contó con Moncada para evitar que Giudobaldo I de Montefeltro se mantuviese como duque de Urbino. De haberse distinguido más Moncada en aquella ocasión, su relevancia en el complejo entramado de matrimonios y propiedades de la familia Borgia habría tenido algún premio. Pero llega el año 1503 y muere el papa Borgia su protector. Hugo quedó huérfano de apoyos en la familia y termina su etapa “romana” sin dejar huella ni echar raíces en aquella sociedad.

Nadie lo esperaba en España, por lo que Hugo decide alistarse en las filas de Gonzalo Fernández de Córdoba, que en aquellas fechas triunfaba sometiendo al rey Fernando cuantas plazas se decidía a atacar. A sus órdenes Moncada vivió jornadas gloriosas, como la de Garellano.

Poco después en Calabria se produjeron disturbios inquietantes y Fernández de Córdoba recomendó enviar a Moncada para tranquilizar a los pacíficos y castigar a los culpables. Esta vez, su comportamiento y eficaz actuación se tradujo en la concesión de aquel gobierno. Duró su etapa “calabresa” tres años, sin que Moncada se rindiera a los encantos de las tierras y gentes italianas. Si algo caracterizaba su conducta como gobernador era aquella “distancia” que algunos confundían con orgullo y altivez.

Estando en Calabria, el rey lo distingue como virrey de Sicilia en la forma y con los resultados comentados. Con respecto a las acusaciones de corrupción y de lujuria que le hicieron los sicilianos, los consejeros flamencos del Emperador pudieron constatar su casi impuesto celibato, y escaso patrimonio, después de tantos años en Italia. Sobre excesos sexuales, el propio Moncada comentaba con humor que casi hubiera deseado que fueran ciertos. Sobre la avaricia y rapiña realizada en feudos de la nobleza, pudo probar que, de todo lo embargado, el emperador resultaba ser el *último beneficiario*. Llama la atención en la biografía de Moncada que, en varias ocasiones, la Corona reconoce estar en deuda con él, ordenando se le vaya pagando a plazos. Moncada no invertía sus sueldos en comprar predios, sino en organizar flotas y pagar soldadas más o menos propias, con abonos en una cuenta imaginaria suya en la Tesorería real. Lentamente los servicios de Moncada pasaron, de ser sólo militares, a incluir un componente económico.

De su virreinato salió malamente, pero no rico ni ennoblecido. Volvió a Calabria donde siguió otros tres años sin destacar. Tuvo una ocasión en un intento de recuperar la plaza de Argel que quedaba bajo dominio *Barbarroja*.

En abril de 1528 era lugarteniente del reino de Nápoles, gobernador del castillo del Ovo capitán general de la armada. En abril de 1527 hacía ya un año que Hugo de Moncada había asumido el gobierno de Nápoles como virrey, cuando la ciudad se vio cercada por dos fuerzas contrapuestas. De un lado: los mercenarios imperiales, que retrocedían hacia el reino de Nápoles, después del saco de Roma, acosados por la Liga de Cognac, pactada por franceses, vaticanos y venecianos.

Los alemanes de Carlos V estaban desesperados, sin cobrar sus sueldos y a punto de ser alcanzados por y el ejército de la Liga, que mandaba Odet de Foix. Antes que ellos, ya se habían refugiado en Nápoles, Ascanio y Camilo Colonna, quienes aconsejaron a Moncada que no dejase entrar a los alemanes, conocedores en primera línea de lo que había pasado en Roma. De otro lado estaba Génova, rival secular de Nápoles, que se disponía a conquistar la

ciudad por mar. Los Doria eran protagonistas del intento, Andrea como jefe, esperando el momento, y Filippino, como su subordinado, para iniciar el bloqueo ese mismo año.

En el mes de abril, Filippino se presentó en aguas de Amalfi y amarró una flota de ocho galeras en el puerto de Salerno. Moncada supo que aquello sólo era el comienzo y temió perder la ciudad y con ello la estima del emperador. En el puerto de Nápoles Moncada contaba con seis galeras, dos menos que Filippino. Pero cuando llegasen los refuerzos de Andrea, la desventaja sería mucho mayor. Pensó que era mejor salir en busca de las galeras genovesas, que permanecer inactivo en el puerto. Contaba con un marino italiano de gran experiencia, Fabrizio Giustiniani, de la misma familia que el vencedor de Alfonso el Magnánimo en la batalla naval de Ponza. También tenía en Nápoles al famoso (por los dos retratos de Tiziano) Alfonso D'Avalos, marqués del Vasto. La ocasión era propicia para ganar gloria y fama, derrotando a Filippino y liberando la ciudad. Llegarían víveres y podría dar de comer a los napolitanos y a los alemanes.

Pero Moncada no convenció a los suyos. D'Avalos le recomendó que no se arriesgase a un combate naval con los genoveses, pensando, tal vez, que en la Italia de los Colonna había otras formas de resolver los conflictos, menos arriesgadas. Giustiniani le hizo ver lo inadecuado de la marinería propia. Ante socios tan pusilánimes, Moncada pensó en los cañones de tierra para reforzar la capacidad de fuego de las seis galeras. También pensó que, si salían al mar otros barcos disponibles en la bahía, podrían engañar al enemigo ocultando la inferioridad de su flota. Como quiera que tampoco estos argumentos convencían ni a los Colonna ni a D'Avalos, Moncada añadió, como muestra de su seguridad en la victoria, la decisión de gobernar personalmente una de las galeras de Giustiniani. Finalmente se impuso el criterio del virrey y los disidentes ocuparon sus puestos en los demás barcos.

La batalla de capo d'Orso, en que perdió la vida Moncada, ofrece similitudes sorprendentes con la de Ponza. Los genoveses utilizaron exactamente la misma táctica en ambos encuentros: fingir que huían y virar en redondo para acometer con fuerza a flotas desunidas.

También en Amalfi la victoria genovesa fue de gran resonancia. Al igual que Blas Ajereto (cien años antes) había capturado personajes tan importantes como los reyes de Aragón y de Navarra, Filippino, en su galera, custodiaba a los Colonna, al marqués del Vesto y a un malherido Giustiniani, que murió abordo.

Durante el viaje a Génova, los prisioneros lamentaban su suerte y echaban la culpa a la impulsividad de Moncada. Nápoles, creían ellos, iba a caer en poder de la Liga. En cierto modo, la muerte de Moncada estaba merecida.

Pero la Historia se apiadó del virrey con un giro de los acontecimientos tan inesperado y fundamental en la historia de la Italia del siglo XVI como la conducta del duque de Milán, recibiendo con honores de invitados a los reyes cautivos y dando órdenes contra los genoveses vencedores. Ello fue que, en esta nueva ocasión, los Doria, después la victoria naval, en lugar de culminar la gesta, ayudando a Odet de Foix a tomar Nápoles, decidieron pasarse a los españoles y abandonar la lealtad de la Liga. Nápoles no fue ocupada y el cadáver del virrey Moncada fue honrado debidamente y pudo ser repatriado.

La muerte de Hugo Moncada parece una síntesis de las virtudes y defectos que lo acompañaron en vida. Su manifiesta incapacidad para entender la complejidad de las relaciones entre las grandes familias de Italia lo hacía antipático y misántropo, aferrado a una lealtad a Fernando y a Carlos, que a ojos de sus contemporáneos pecaba de intransigente y simplista.

La crónica de Gaspar de Baeza ofrece detalles de la irritación del marqués del Vesto contra Moncada y da la lista de los prisioneros que sucumbieron a la superioridad naval de los Doria:

Enderezaron ambas las proas para embestir, y el marqués del Vasto decía a don Hugo que hiciese disparar presto la pieza más gruesa de su galera porque con el humo no pudiese el conde enderezar la suya. Dilatólo tanto don Hugo que el conde [Filippino], que no tenía otro cuidado, disparó contra la capitana de don Hugo una pieza gruesa llamada basilisco, cuya terrible pelota, quebrando arriba del espolón la rumbada, hizo una horrible matanza, y voló de la proa a la

popa por la cruxía con tal furia que habiendo muerto más de treinta soldados y marineros, mató en la popa muchos hombres principales y en ellos a don Pedro de Cardona, siciliano, pariente del marqués del Vasto y a Luis de Guzmán, español, músico de admirable dulzura.

Dice luego Baeza que las otras dos galeras de Moncada, la *Perpiñana* y la *Calabresa*, embistieron contra la *Fortuna* y la *Serena*, y que, teniéndolas ya casi en su poder, al ver derribado el estandarte de la capitana de don Hugo, se dieron a la fuga “cosa de gran maldad y que fue muy reprendida”. Continuaba la batalla y

Murieron de los imperiales, ahogados y a hierro, cerca de setecientos soldados viejos y entre ellos: Machin Daya, vizcaíno, Barreda, Zambrón, y Juan Vizcaíno, valentísimos capitanes de infantería. Fueron presos el marqués del Vasto, Ascanio Colona, don Francisco Icarte, hermano de don Luis Icarte, castellano de Nápoles, don Felipe Cervellón, Juan Gaetani, mosiur (sic) de Bauri, flamenco, y los nobles caballeros Aníbal Genaro y Camilo Colona, famosos por la amistad de don Hugo. Fueron a fondo dos galeras y otras dos tomó el conde Filipin, las otras dos huyeron. Dióle la victoria al conde la artillería, y acertar en partes tan peligrosas. Fuéle asimismo de grande efecto que desherró a sus remeros moros y turcos y les prometió la libertad, si venciese, los cuales, aunque estaban desnudos, peleaban animosamente con espadas y rodela. Perdió el conde Filipin hasta quinientos hombres.

La victoria pudo caer del lado hispano, pero, en el caso de Moncada, la diosa Fortuna no quiso favorecer a los audaces. La crónica de Baeza ofrece los últimos momentos de Hugo de Moncada:

La huida de las dos galeras dio luego la victoria al conde porque don Hugo, en cuyo ánimo nunca entró pavor, viendo la tempestad y furia de las pelotas y que peleaban cuatro galeras con la suya, no llegando mano ‘a mano, apartóse un poco de la popa y con la espada desnuda y un escudo tendido cubriéndose con él contra las pelotas que por todas partes volaban allí, no

habiendo osado nadie acometer, acertóle una pelota de un arcabuz en el brazo diestro, y otra de un falconete en el muslo siniestro: y de esa manera, este varón de ánimo invencible, ornamento de nuestro tiempo, cayó muerto, y su dichosa ánima voló a vida más bienaventurada, aún no habiendo cincuenta años.

Ettore Pignatelli, conde de Monteleone

1517-1534

En 1517 muere el cardenal Jiménez de Cisneros y el hijo de Juana la Loca se convierte en Carlos I de España a los 17 años. Residía entonces en Bruselas y una de las primeras decisiones que hubo de tomar fue nombrar al sucesor del virrey Hugo de Moncada. A esa edad del príncipe, sus consejeros disfrutaban de más predicamento que hubieron de tener después. Prevaleció la recomendación, supuestamente de Guillaume de Croy, de que nombrase un italiano, ya que las aguas de la política siciliana andaban revueltas con la presencia de tropas españolas estacionadas en sus puertos en previsión de ataques turcos. Pero también puede ser que el emperador eligiese a Pignatelli por sí mismo, pues lo conocía bien por encontrarse este en la Corte de Bruselas.

En el siglo XVI y XVII los nombres extranjeros se españolizaban de manera que Héctor se llamaba realmente Ettore y era profundamente italiano, del reino de Nápoles.

“Pignatelli”, en dialecto napolitano, es un vocablo que designa las ollas o calderos de agua hirviendo que se volcaban contra asaltantes desde las murallas de la ciudad. También se usaban en los barcos para defenderse de los abordajes. El origen medieval de esta familia denota un posible atributo de fabricante.

Los antepasados de Ettore habían dedicado gran parte de sus recursos económicos a comprar tierras en la región de los Abruzzi. Tantas compraron que conformaron un condado, centrado en Monteleone, origen del título otorgado a Ettore por el rey Fernando,

abuelo del emperador.

Durante su viaje a Sicilia, con un nombramiento que equivalía al de virrey, Ettore pudo visitar sus dominios antes de bajar a Calabria, pasar el estrecho, recalar en Messina, hacer su aparición en Palermo y, finalmente, tomar posesión el 1 de mayo de 1517.

Lo primero que hizo fue publicar una cédula real, con la firma de la reina Juana de Castilla, dando por nulas todas las disposiciones del anterior virrey, Hugo de Moncada.

Este primer duque de Monteleone fue uno de los virreyes que gobernó más tiempo en Sicilia, no por abundantes méritos sino por una serie de circunstancias que abonaron su continuidad después de haberla visto seriamente comprometida.

Tres veces hubo de hacer frente a conjuras y rebeliones, y tres veces la ausencia de medidas concretas por su parte, en lugar de resolverse en un cese o un exilio, terminaron catastróficamente para los impulsores.

La primera de ellas fue continuación de la que dio lugar a la expulsión del virrey Moncada. Pignatelli tenía concedido por los reyes el perdón general a los vecinos de Palermo (exceptuando a los instigadores). Pero nadie se fiaba. Se sospechaba que la medida de gracia sería utilizada para generar confianza y mejor averiguar los culpables.

Entre ellos, había uno huido de Sicilia a quien se acusaba de haber intentado matar, espada en mano y durante una procesión, a un hermano del virrey Moncada. Este caballero, Giovan Luca Scarcialupo, se atrevió a volver a Palermo. Organizó una evidente rebelión, no contra el rey ni contra Pignatelli, sino dirigida a eliminar al fiscal y los aliados del partido de Moncada. Para el sacrificio de los jueces, eligió la festividad de Santa Cristina, cuyas vísperas se celebraban en la catedral, donde estarían presentes en compañía del virrey.

Dice Blasi en su *Historia Cronológica* que ese tipo de conjuras o se ejecutan sobre la marcha o acaban siendo descubiertas. En esta ocasión, entre los conspiradores había un fraile franciscano, el cual avisó al virrey de que no acudiese a la celebración de Santa Cristina. Y añade, refiriéndose a Pignatelli:

Este tímido caballero, hijito del miedo, se dispuso a evitar el peligro, pero sin dar, como debía, otra providencia, se contentó con decir a quien correspondiese que no lo esperasen en la capilla real, y lleno de pánico se encerró, con el sacro colegio, en el palacio real del Osteri, que era su morada.

Por esta razón, cuando los conjurados llegaron al Duomo, no encontraron a las víctimas previstas. De allí se fueron a la plaza de la Marina, frente al palacio real, cuyas puertas encontraron cerradas. Trajeron un cañón que pusieron apuntando a la entrada y se pusieron a cantar “Mueran los impíos”. Los jueces que estaban dentro se escondieron en los ángulos más remotos del palacio. El virrey salió a preguntar a los increpantes qué querían. Dijeron querer vengar la muerte de los condes Golisano y Cammarata, que suponían cierta por orden del emperador, a lo que Pignatelli contestó que estaban en Bruselas, vivos y perdonados. O porque no lo creyeran o porque no les importase, insistieron en pedir la cabeza de los miembros de sacro colegio.

No accedió el virrey, por lo que los rebeldes ordenaron disparar el cañón y franquear la entrada al palacio. A Pignatelli lo condujeron al palacio cercano de Portanuova, pero dos de los jueces fueron defenestrados cayendo sobre una nube de picas alzadas. En las jornadas siguientes los principales amigos de Moncada fueron encontrados, arrastrados por las calles y abandonados muertos. Alguno consiguió escapar, pero no así sus casas, muebles, bibliotecas y posesiones que terminarían pasto de las llamas. Los desórdenes se expandieron a otras ciudades sicilianas.

En tan inciertos días, surge la figura de Guglielmo de Ventimiglia, señor de Ciminna, quien, viendo las tribulaciones del virrey, se ofreció a poner remedio, si éste aceptaba su ayuda. Es propio del carácter de estas revueltas que el remedio fuera una copia exacta de la emboscada perpetrada por Scarcialupo.

Ventimiglia planeó la operación haciendo creer que estaba de parte de los rebeldes. Se reunió con ellos, como uno más, para averiguar sus propósitos. Les aseguró que Pignatelli firmaría cualquier acuerdo y condiciones que ellos propusieran y se ofreció a presentar las exigencias de los insurrectos. Una vez conseguidas sus

reivindicaciones por escrito, Ventimiglia sugirió solemnizar el acto en la Iglesia de la Anunciación.

Pignatelli ya no estaba seguro de quien decía la verdad y temía firmar algo tan inaceptable. Dudando de que la trampa de Ventimiglia saliera bien, se negó a acudir a la Iglesia. Acosado por dos facciones distintas optó por huir de noche en un pequeño barco y presentarse en Messina, donde se sentía más seguro.

La noticia dejó igualmente perplejos a los conjurados y a los aliados del virrey. Ventimiglia no quiso echarse atrás e insistió en celebrar las nuevas libertades en la Anunciación el mismo día previsto. Se llenó la iglesia y comenzó la misa. A una señal, los cómplices de Ventimiglia desenvainaron las espadas y mataron a los jefes de la conjura, no sin algunas víctimas propias.

Montado a caballo, Ventimiglia salió por las calles cantando “¡Viva el rey y la reina! ¡Mueran los enemigos de la patria!” Dio orden después de requisar todo el armamento visible y guardarlo en el palacio de Palermo. Y, finalmente, envió un mensaje a Pignatelli invitándolo a regresar. Una vez reinstalado, las sentencias contra las personas de los conjurados que fueron cayendo en poder del virrey fueron muy duras.

A Bruselas llegó la noticia de que el virrey había hecho frente a la rebelión con ejemplar justicia y fue compensado por ello con el título efectivo de virrey, superpuesto al que tenía de lugarteniente y capitán general. El emperador autorizó a que los condes que reclamaban los conjurados regresasen a Italia sin cargos. Había transcurrido solo un año desde que Pignatelli gobernaba en Sicilia.

La segunda conspiración tuvo lugar cinco años más tarde. Esta vez iba claramente dirigida contra la Corona, aunque no para obtener la independencia, sino para ofrecer la isla a Francia. La encabezaban tres hermanos exilados de la época de Moncada, llamados Gian Vincenzo, Francesco y Federico, que pertenecían a la familia Imperatore. Fijaron Roma como lugar de encuentro con otros personajes sicilianos, para juntamente presentar sus propuestas a Marco Antonio Colona, entonces al servicio de Francisco I. El monarca francés mostró poco interés, por preferir concentrarse en recuperar Milán, recientemente perdida a favor de los españoles.

Aunque Pignatelli había perdonado a los exiliados y permitido que regresaran a Sicilia, éstos aprovecharon el perdón para reencontrarse con sus partidarios y reavivar la ilusión de ver llegar una flota francesa a las costas de Palermo, ofreciendo mayores compensaciones al rey de Francia. Pero las victorias del emperador Carlos, alejaron de la mente de Francisco I la idea de anexionar Sicilia.

Blasi, tan poco comprensivo con Pignatelli, dice que el virrey no se enteraba de nada a pesar de que cada vez más gente conocía la conjura. Y añade que tuvo que ser el embajador de España en el Vaticano, el duque de Sessa, quien le advirtiese del peligro. Francisco Imperatore fue arrestado y conducido a su presencia. Sometido a tortura confesó y delató a todos los conspiradores. Y, también en esta ocasión, la justicia de Pignatelli fue implacable con seis de los condenados, aunque perdonó la vida a tres, por intercesión del conde de Cammarata.

La tercera revuelta, que ocurrió en verano de 1529, no iba dirigida contra el emperador español, sino que más bien semeja una historia de Capuletos y Montescos. En esta ocasión los eternos rivales serían los Luna y los Perolli. Antes de la llegada del virrey, las dos familias cuidaban de no pelearse demasiado, para no hacer sufrir a los vecinos de la villa de Sciacca, población costera al sur de Palermo.

Con Pignatelli en Palermo, el barón de Pandolfina, Giacomo, a quien seguían los partidarios del clan Perolli, recibió gran alegría pues era amigo del virrey desde que ambos sirvieran a Isabel la Católica en la Florencia de los Médicis. Esta circunstancia trastornó el equilibrio de décadas en la ciudad de Sciacca. Giacomo se sintió inmune para humillar a los nobles partidarios de los Luna con acciones irritantes. Acudieron los ofendidos a Segismundo, conde de Caltabellota y jefe indiscutido de la familia Luna. Segismundo no se hizo de rogar y las pendencias, luchas y asesinatos volvieron a las calles de la ciudad.

El virrey Pignatelli, que estaba en Messina, mandó un pequeño destacamento a la atribulada población, destacamento que mandaba el barón de Mongelino, Giacomo Statella. De aquella misión pocos de los comisionados salieron vivos. El iracundo

Segismundo hizo matar al enviado del virrey, Statella, que sólo pretendía restaurar el orden. Libre de estorbos, Segismundo tomó prisionero a su gran enemigo, Giacomo Perolli, al cual asesinaron sus partidarios mientras era conducido a su presencia.

Llegada la situación a tan graves extremos, el virrey Pignatelli, llamó a dos jueces poderosos del Consejo y les encargó tomar gente armada suficiente para reducir y juzgar a Segismundo. Pero éste se enteró a tiempo y huyó con su mujer e hijos por mar a Roma, donde se situó bajo la protección de su tío, el papa Clemente VII. Hubo delaciones y actos de justicia contra aquellos Luna que no pudieron escapar, como el conde de Caltabellota.

La fama póstuma del virrey Pignatelli se resiente del testimonio de un vecino de Sciacca, presente en las jornadas trágicas de 1529. Hablamos de Tomasso Fazello, un cura dominico que escribió un libro en tiempos de Pignatelli, que es importante por ser la primera obra impresa de historia de Sicilia y que sirvió de fuente a Blasi, lo que hace que la opinión de Fazello contra este virrey se haya mantenido vigente hasta la actualidad.

La severidad de Ettore Pignatelli contrastaba con su religiosidad, rayana en la beatería. Este rasgo de su personalidad se acrecentó en su encuentro con Francesco de Paola, el futuro santo. Tuvo lugar en Francia. Francesco, que vivió como un ermitaño místico, se encontraba temporalmente en la Corte gala, obligado por el Papa a curar con un milagro al doliente rey Luis XII, viaje que Francesco, comprensiblemente, trató de evitar. Ettore estaba prisionero en cercana cárcel, culpado de haber traicionado el intento francés de invadir Sicilia.

Poco se sabe de las circunstancias concretas; el hecho es que el eremita logró su perdón y libertad. En reconocimiento a este gran favor, Pignatelli se propuso favorecer la Orden franciscana de los hermanos menores, y años más tarde fundaría la abadía contigua a la catedral.

Curiosamente, en 1516, durante la construcción de la abadía citada, apareció una pintura mural de estilo bizantino que representaba siete ángeles. El hallazgo impresionó al virrey y al nuncio Tomasso Bellorusso, quienes encargaron copias del mural y fundaron una hermandad bajo el patrocinio del emperador. Esta

devoción, la de los Siete Ángeles, tiene mucho de misterioso y cabalístico. El atractivo pictórico de representar siete mancebos con alas prevaleció sobre la inexistencia de hechos evangélicos que avalasen una significación concreta al septimino. Su entidad se fundamentó en un pasaje del Apocalipsis de San Juan.

Tomasso Bellorusso se sintió lo suficientemente iluminado para escribió un tratado con el formidable título: *Opus divinum et incognitum de Septem Spiritibus in conspectu troni Dei astantibus*. Los siete espíritus se mostrarían en subsiguientes iconografías con nombres y atributos:

- *Gabriel con un farol y un espejo*
- *Uriel, espada en mano*
- *Rafael, con una jarrita de perfumes*
- *Tobías, con el pez*
- *Miguel, con estandarte y pluma de escribir*
- *Sealtiel, en actitud orante*
- *Jehudiel, portando en sus manos un cetro y una corona*
- *Barachiel, con rosas*

Especialmente afectos a esta advocación fueron los jesuitas. Con su ayuda, el culto a los ángeles cruzó el Atlántico y arraigó en tierras americanas, que siempre fueron fértiles para el exorcismo y la hermenéutica. Pocos son los fieles devotos de aquellas tierras que conocen el origen fortuito del culto a los "Siete Príncipes Angélicos" y, menos, que su descubridor fuera Ettore Pignatelli.

Sin dejar el mundo del corporativismo, hay que hablar de la poco triunfal llegada a Messina, en 1526, de los caballeros de San Juan de Jerusalén, expulsados de la isla de Rodas por el imperio otomano. La mirada atenta del virrey se fijó en las poderosas galeras en que llegaban los supervivientes de la batalla y concibió un plan ingenioso de apropiarse su uso a la Corona mediante la cesión del archipiélago de Malta y Comino, a cambio de la sumisión de los caballeros al emperador Carlos I, como rey de Sicilia, de cuyo reino eran tributarias.

Tributarias, pero poco útiles desde el punto de vista recaudatorio, por la pobreza de sus tierras. En cambio, como llave

del Mediterráneo las islas podían adquirir gran valor estratégico en manos de los aguerridos caballeros de Rodas.

Plació mucho la idea al emperador, hasta el punto de trasladarse a Bolonia y sellar el pacto con el gran maestre de la orden, Philipe Villiers de l'Isle Adam, en un documento donde se cita el famoso halcón maltés, tributo simbólico anual que ofrendarían a España los nuevos y agradecidos caballeros de la Orden de Malta.

Blasi despacha el acontecimiento con pocas palabras, pero lo cierto es que la maniobra de Pignatelli tuvo la virtud de deshacer la liga Clementina contra el Emperador. A partir de entonces, los caballeros de la isla de Malta persuadieron a los príncipes italianos de que lo primordial era detener el crecente poder de Solimán; venecianos, franceses y papistas dejaron de ver en Carlos V su principal enemigo y todos se unieron contra el turco, que había llegado hasta Hungría muy recientemente. El emperador reconoció el gran servicio prestado por Pignatelli a la Corona, haciendo duque al, hasta entonces, conde.

Los años que siguieron fueron de gloria para Carlos V en el Mediterráneo, con la toma sucesiva de La Goleta y Túnez. Liberación de miles de esclavos y huida del hasta entonces dueño de aquellos mares: Barbarroja.

A principios de 1535 la salud del virrey Pignatelli fue empeorando rápidamente. Murió en Palermo el siete de marzo. No llegó a ver la entrada triunfal del emperador Carlos en la capital, ni pudo acompañarle en su viaje por el norte de Sicilia y ser recibido con grandes honores en Messina.

Simone I Ventimiglia, marqués de Geraci

1534-1535

Así como en tiempos del primer Giovanni Ventimiglia, adalid de la reina Blanca de Sicilia y Martín el Joven, no había en toda la isla de Sicilia familia más poderosa ni más leal a la Corona que *los Ventimiglia*, con el tiempo esa ventaja se fue diluyendo por varias razones. La principal, y causante de las demás, era el endeudamiento resultante de poseer tantos feudos, muchos de los cuales se adquirían por matrimonios que exigían dotes y otros por compras con dinero prestado. Familias emergentes, como los Moncada, Prades, Luna, Branciforte, si bien se mezclaban con miembros de la dinastía Ventimiglia, no por eso dejaban de exigir el pago de las deudas de forma harto intransigente.

Como quiera que los muchos beneficios de la lealtad a los reyes de Aragón no bastasen a recuperar el equilibrio económico, el padre de Simone Ventimiglia, Enrico, se pasó al bando francés y al hacerlo despertó la ira de Fernando el Católico. Aunque miembros de la familia trataron de minimizar la conducta de Enrico, el rey no perdonó ocasión de mostrar preferencia por otras familias y relegar a un segundo plano la magnífica relación creada por Giovanni de Ventimiglia y su padre Alfonso V de Aragón.

Quiso el destino que Simone, en 1517 fuese elegido libremente por los sicilianos, junto con Mateo Santapace, marqués de Licodia, para presidir el Reino, a la muerte del rey Fernando.

El odio que había despertado el representante real impulsó la noción de que el pacto con la nación aragonesa, fruto de las Vísperas Sicilianas, se podía dar por concluido y, por consiguiente, la decisión de quien debería gobernar la isla retornaba al Parlamento.

No opinaban lo mismo el nieto de Fernando y su madre Juana de Castilla, que se seguían considerando reyes de Sicilia con derecho a nombrar sus representantes. En aquella ocasión, tomó las riendas del poder el virrey Ettore Pignatelli, por lo que Simone temió quedar en mal lugar si no se justificaba ante el príncipe Carlos. Viajó a Madrid y volvió más tranquilo y decidido a seguir manteniendo el prestigio y las riquezas familiares, lejos de la política de la isla.

Para ello tenía que resolver problemas que se le presentaban en cuatro frentes de demandantes: a) el fisco b) las dotes pendientes de pago c) los derechos comunales de sus vasallos sobre tierras de Ventimiglia en Geraci y Tusa y d) los recursos interpuestos ante los jueces de la Corona por uso indebido del derecho feudal de *mero e misto impero* concedido por Carlos V en 1521 a cambio de fuertes sumas de dinero. Este derecho, que incluía la pena capital en Geraci, Castelbuono, Tusa y San Mauro, era una fuente de ingresos no desdeñable, al poder conmutarse las penas por aportaciones en dinero efectivo. La prueba de que Simone Ventimiglia había conseguido crearse una imagen de persona experta en la administración de patrimonios, sin dejar de ser leal a la Corona de Aragón, vino cuando el virrey Pignatelli, moribundo en 1534, ejerció su derecho a nombrar presidente del Reino en funciones y lo eligió a él, tal como ya habían propuesto los sicilianos antes de su llegada.

Murió Pignatelli y Simone Ventimiglia fue el receptor de las cartas en que el emperador comunicaba a la Cristiandad su decisión de reunir en Sicilia una gran armada para expulsar a los turcos de Túnez, y evitar la tentación de invadir Italia, a los otomanos. Flota tan numerosa dio lugar algunas exageraciones en cronistas contemporáneos del suceso. Setecientas velas, según Giovio; trescientas cuarenta, a decir de Federico del Carretto, a las que añade doscientos cuarenta barcos para el transporte de soldados.

En mayo de 1535 se reunieron los barcos del Emperador en aguas de Palermo con las galeras del gran maestro de Malta, algunas de Génova y otras propiamente sicilianas, fabricadas en Mesina y

aportadas por el marqués de Eraclea.

El propio emperador Carlos quiso estar presente en tan gran ocasión. Andrea Doria acudió desde Génova, en cuyo puerto se reunieron las galeras trirremes imperiales y algunas carabelas venidas de Portugal. Otras, de Cataluña pasaron a Cerdeña. En Cagliari se unieron las dos escuadras y tomaron rumbo al cabo de Utica con la intención de conquistar primero La Goleta y luego Túnez, como así ocurrió. Antes que caer en manos del Carlos V, Barbarroja abandonó la capital y se refugió en Constantina, dejando el reino en manos del tirano Muley Assen que lo convirtió en tributario de la *Monarquía*, aceptando cuantas condiciones quiso imponer el emperador; algunas eran premios para los genoveses, sicilianos y napolitanos, que habían participado con sus naves.

Culminada felizmente la empresa, la flota se dividió; las naves españolas y portuguesas retornaron a la península ibérica, mientras que las italianas se dirigieron a sus puertos de origen. El emperador prefirió celebrar la victoria en Italia y quiso reponer fuerzas en Trapani, a donde llegó el 20 de agosto.

Simone Ventimiglia supo que habría de preparar su visita a Palermo y en lugar de esperarlo allí, reunió a los magistrados de la Corte Regia y todos ellos se dirigieron a donde descansaba Carlos V, el cual salió a su encuentro, que se produjo *en el bosque de Partenico*.

Mientras la ciudad se engalanaba para la entrada triunfal, Carlos V se hospedó en Monreale. En la segunda semana de septiembre todo estuvo listo. Entró en Palermo montado en un *bellísimo caballo*, que le había regalado el Senado de Palermo. Como parte de los festejos que siguieron, hubo un esplendoroso torneo, que reunió los mejores caballeros. Los jueces fueron magistrados mesineses por atención especial con esa ciudad por parte de sus colegas palermitanos. El vencedor de los juegos fue el caballero de Palermo, Pietro di Ribera, que recibió el premio de manos del emperador.

Desde el momento en que el rey de España pisaba suelo siciliano, el virrey dejaba de serlo, pues ya no era necesario como representante suyo. En la práctica, Simone de Ventimiglia siguió

ejerciendo sus funciones. Los primeros días, el emperador no quiso inmiscuirse y dejó que Ventimiglia operase por su cuenta, pero poco a poco fue inquiriendo sobre la marcha de los asuntos, mostrando gran interés en la administración de justicia. Recibía en el palacio del Parlamento a embajadores, senadores y magistrados y fijó la apertura para el día 16 de septiembre, donde, ante los presentes, permaneció sentado mientras el protonotario, Ludovico Sances, se dirigía a los mismos en su nombre y en italiano.

La ocasión sirvió a Carlos V para reconocer la importancia de Sicilia con su presencia, pese a las fatigas de la guerra y su no muy buena salud. Y ya, de paso, aprovechar para solicitar recursos económicos, que se traducían en gestas como la que se celebraba aquellos días. Durante los días que siguieron, los palermitanos otorgaron doscientos cincuenta mil ducados y los mesineses, que en principio estaban exentos de contribuir, añadieron trece mil ducados de oro, llamados *trionfos*, y que fueron muy del agrado del César, según testimonio de Bonfiglio.

El día 14 de octubre abandonó Palermo, para visitar otras ciudades de la isla, llegando a Mesina seis días más tarde, donde se hospedó en el monasterio de san Plácido, en espera de la señal para hacer su entrada triunfal en esta ciudad, donde fue recibido de manera similar a como se había hecho en Palermo. Mientras tanto, los magistrados de ambas ciudades seguían esperando la respuesta del Emperador a las veinticuatro peticiones que acompañaban a los presupuestos aprobados en el Parlamento. Carlos permaneció en Mesina todo el mes de octubre.

Antes de partir el 3 de noviembre hacia Nápoles, reunió a los magistrados para comunicar la respuesta a sus veinticuatro peticiones, sin que sea sencillo saber cuáles eran éstas y si fueron o no aceptadas. Lo más probable es que estuvieran relacionadas con pragmáticas promulgadas con su firma, esos mismos días. En una de ellas se nombraba nuevo virrey a Ferrante Gonzaga, con lo que tocaba a su fin el segundo gobierno de Simone Ventimiglia como presidente del Reino.

La peste terminó con su vida Simone en el verano del año 1544, mientras visitaba a su hija Diana en el castillo de Aiello, dejando tiempo al marqués para redactar un detallado testamento,

que lo mismo habla de castillos que de vasos de plata, de cofres, que de habitaciones concretas, diciendo dónde está la llave. Se mencionan esclavos turcos (a los que concede la libertad), caballos, bueyes, novillas, casas que deja a los servidores que las habitaban, rentas para hijos e hijas naturales (sin especificar), y también se acuerda de sí mismo...mencionando fondos para misas y describiendo cómo ha de ser su sepulcro en la iglesia de Castelbono:

de mármol, conveniente al ser y persona de dicho ilustre Señor testador, sobre el cual sepulcro dicha Ilustre Señora (su mujer Isabel de Moncada) deberá situar la estatua según retrato de señor Testador junto con el estandarte y armas que le son propias.

Hoy pueden verse las figuras orantes de Simone e Isabel, unas policromadas en la Iglesia de Santa María *La Porta* y otras de mármol en la de San Bartolomé, en Geraci de Ventimiglia.

Ferrante Gonzaga, duque de Ariano

1535-1546

Algunas de las encumbradas familias italianas fueron durante siglos fieles a la Corona española, recibiendo a cambio propiedades, cargos y distinciones, que permanecen en el acervo cultural italiano, a menudo ocultas bajo topónimos y títulos asimilables a los de otro grupo de familias, tales como los Medici, Sforza y Este, que basaron sus logros en ser parciales del poderío francés. Entre las primeras están los Colonna, d'Aragona, Doria, Branciforte, Ventimiglia, y los Gonzaga.

Ferrante Gonzaga (o Fernando como lo llama Auria) era un *condottiero* de los que se unieron al emperador Carlos V en su victoriosa campaña de Túnez, al término de la cual fue premiado con el virreinato de Sicilia. Blasi lo describe del modo siguiente:

Questo cavaliere in varità avea tutti i requisiti per reggerci, e custodirci; avvegnachè, quantumque ancor giovane, era saggio, ed ornato de virtù, ed oltre acìò era riputato per uno dei piu bravi capitani, che avesse l'imperadore, como ne avea date recenti riprove così nell'impresa di Tunisi, in cui avea acompagnato il suo monarca, come nelle rivoluzioni dei Tunisini, che abbiamo accennato, quando fu mandato con Andrea Doria per commandare le truppe terrestri [...]

Ferrante hizo su entrada en Palermo en los últimos días del año 1535. De la catedral, donde juró los privilegios, fue transportado en baldaquino ornado con jirones de oro, por los senadores del Reino, pasando por tres arcos triunfales a presidir una espectacular justa de caballeros, organizada en su honor.

Al poco tiempo, el ceremonial se repitió en Mesina, lugar donde se encontraba cuando el emperador lo designó virrey. Duró poco su estancia en Palermo, pues el Emperador lo llamó inmediatamente para que acudiese a Nápoles en auxilio de Carlos III de Saboya, que se encontraba en apuros. En febrero de 1536, ya gobernaba Sicilia un sustituto de Ferrante, elegido por él, con el visto bueno del emperador. Se trataba de Giovanni de Moncada, a la sazón *maestre giustiziere*.

Después de un año de infructuosas batallas contra los franceses dentro de aquel país, el emperador tuvo que retirar sus ejércitos al Norte de Italia, lo que permitió a Ferrante volver a Sicilia a comienzos de 1537. Su presencia allí tranquilizó a los habitantes de la isla, que habían vivido alarmados por la eventualidad posible de un ataque combinado de turcos y franceses, auspiciado por el sultán Solimán y el rey Francisco de Francia. En consecuencia, el virrey Gonzaga se apresuró a fortificar cuantas defensas existían en las plazas del mar Jónico. Aquellas obras costaban dinero y fue necesario pedirlo al Parlamento en la forma acostumbrada. No tuvo grandes dificultades Ferrante en obtener la aprobación de las sumas necesarias.

Era frecuente, al término de los Parlamentos, que los senadores añadieran unos donativos adicionales con los que compensar al virrey los gastos de viaje. En el Parlamento de 1535, estando presente el Emperador, los reunidos sugirieron eliminar estos regalos, a lo que Carlos contestó que lo dejaba a su elección. Y comenta Blasi, que a Gonzaga le regalaron el doble:

Dopo due anni, non solo non negano al Gonzaga i consueti cinque mila fiorini, se i ducati allora, como sospettiamo, valevano 12 carlini napolitani, quanto è dire, gli raddopiamo quel regalo, que non voleano piu dare. Quel maggior prova dell' affetto della nazione verso questo vicerè!

Los trabajos de defensa de las plazas de Mesina, Siracusa y Augusta fueron del agrado de Andrea Doria, cuando se presentó en el puerto de Mesina con su flota, a instancias de Carlos V que lo había instado a reunirse con las veinticuatro grandes galeras sicilianas, para desde allí, salir a mar abierto buscando acometer al enemigo turco.

Faltaba ocuparse de Palermo, más vulnerable en la medida que mejoraban las defensas del Este de la isla. Los trabajos de reforzamiento de la defensa abarcaron diversos puntos de la ciudad, no sólo el puerto. Se instalaron baluartes bien artillados y se distribuyó gran cantidad de pólvora y municiones. Colaboraron en la realización de los proyectos muchos paisanos, organizados en tandas y dirigidos por capitanes del ejército real.

Sin embargo, los turcos no aparecieron por Sicilia, sino que concentraron su animosidad contra la isla de Corfú, que pertenecía a la República de Venecia. Cayó ésta en poder de la flota otomana, que redujo sus habitantes a la esclavitud y asoló con pólvora y fuego gran parte de las viviendas. Una parte de los asaltantes permanecía en la isla para rendir el Castillo. Venecia pidió ayuda al emperador, al papa, los austríacos, a los polacos y a los portugueses. Pensaron en invitar al rey de Francia, pero la idea fue desechada, sabedores de su alianza, no muy secreta, con Solimán.

En Mesina se reunieron ciento treinta y siete naves, que servían a Andrea Doria como almirante. El virrey Ferrante Gonzaga se contaba entre los personajes que se embarcaron para dar testimonio de la unidad de las armas cristianas en una ocasión que se preveía gloriosa para todos los que participasen en ella; dada la magnitud de los recursos y experiencia de los vengadores de Venecia.

La impresionante expedición naval salió de Mesina el de marzo de 1537; quedaba el gobierno de Sicilia encomendado al obispo de Patti: Arnaldo Albertino. Durante varios meses la armada conjunta navegó sin lograr entrar en combate, ni tampoco liberar Corfú. Tanta inoperancia irritaba a los venecianos que acusaban al almirante Doria de perfidia. Cuando Barbarroja consideró que la moral y los ánimos de los cristianos estaban suficientemente

debilitados, ya en el mes de septiembre, aceptó el combate a mar abierto. El choque con las galeras de Barbarroja se produjo a la altura del cabo Figalo, con victoria de los turcos y pérdidas de vidas y libertad de muchos marinos de la flota combinada y de seis galeras venecianas que se llevó consigo el corsario.

La noticia del desastre de Fígalo enervó al César Carlos, quien exigió una venganza rápida que lavase la honra de los imperiales. Andrea Doria eligió, como víctima, la ciudad griega de Castelnuovo, habitada por turcos desde su ocupación por el imperio otomano. La ciudad fue tomada, los turcos fueron sometidos a esclavitud y, como nuevos dueños de Corfú, quedaron cuatro mil españoles.

Magra victoria, pero suficiente para que Ferrante Gonzaga pudiera retornar a Palermo sin humillar la cabeza. Los problemas vinieron después, a causa del descontento de los marineros de las galeras que, sin haber podido resarcir su esfuerzo con los botines prometidos, además tenían pendientes de cobro varios meses de soldadas. Hubo desórdenes en Mesina, que se prolongaron excesivamente. Tal era la falta de seguridad en las calles que el virrey se embarcó para tratar de restaurar el orden con buenas palabras y promesas de pago. No convenció a algunos que se amotinaron y salieron del puerto dispuestos a saquear algunas villas costeras. Gonzaga ordenó a los que quedaban que se fueran a la isla de Lipari, que pertenecía a Nápoles, y así se hizo, pero los habitantes de Lipari recibieron a los visitantes a cañonazos. De ahí las naves tornaron hacia Sicilia, y buscaron lugar de acogida en Catania, Faro Monforte y Santa Lucia, donde trataron de resarcirse robando y saqueando cuanto se les ponía por delante.

Llegados a este extremo, Gonzaga organizó un verdadero contraataque, alineando tres expediciones punitivas: la primera para liberar Taormina, con tres mil hombres mandados por Antonio Balsamo; la segunda en socorro de Patti, a cargo de Antonio Branciforte; y la tercera, con cuatro mil efectivos, para ayuda de Novara, fue encomendada a Michele Spadafora.

Contaba el virrey con que la mera presencia de esta demostración de fuerza bastase para acabar con los disturbios, sin necesidad de que se produjesen bajas en el ejército de su majestad.

Logró su propósito prometiendo pago rápido en Palermo, que pudo hacer con los recursos disponibles, detrayendo de otras partidas, al menos momentáneamente.

Con la isla nuevamente tranquila, de Madrid llegaron órdenes de castigar a los cabecillas de la rebelión. Gonzaga no supo oponerse. Cumplió su palabra sólo a medias, pues mandó ejecutar a los principales instigadores de la revuelta.

El largo gobierno de Ferrante Gonzaga es ilustrativo de las potentes conveniencias recíprocas que sustentaban el pacto político entre el reino de Sicilia y la Monarquía hispánica. No tenían otra justificación que el afán de supervivencia de los sicilianos (hay que añadir sardos y napolitanos) ante el muy real peligro de ser invadidos por los enardecidos musulmanes del norte de África y/o el no menos cercano imperialismo turco. Basta con mirar lo que había sucedido en la península ibérica, durante siglos. ¿Qué podía ofrecer Sicilia a cambio de una protección eficaz y contrastada frente a ambos peligros? No otra cosa que el propio territorio, como base estratégica, entendiendo como territorio, sus puertos y sus recursos. España (o Francia, o Austria) contraían la obligación de mantener una efectiva protección de las personas y las tierras con los medios que conjuntamente se acordasen entre ambos reinos: el de Sicilia y el de España, antes Aragón.

Desde esa perspectiva política, la presencia física del virrey era menos importante que su actividad militar relacionada con la defensa de la isla. Del mismo modo que Carlos V de España, pasaba largas temporadas en Alemania sin que ello supusiera una ofensa para los españoles, así el virrey de Sicilia podía ausentarse de la isla siempre que al hacerlo estuviera velando por sus intereses y seguridad. Cuando el Emperador abandonaba tierra española, dejaba el gobierno en manos de la Emperatriz o del príncipe, rodeados de fieles e inteligentes consejeros.

Ferrante Gonzaga es el virrey que más veces tuvo que dejar a su familia en Sicilia y participar fuera de sus dominios en la defensa del Mediterráneo, que era su principal compromiso con los sicilianos. Como virrey se le suponía con mejor información que nadie en la Corte para elegir sus sustitutos, si bien los elegidos tenían

que ser refrendados cuando ya estaban ejerciendo el cargo.

En el largo gobierno de Ferrante, que va desde 1535 hasta 1546, fue reelegido virrey tres veces. Durante esos casi doce años Ferrante confió la presidencia a los siguientes gobernadores:

1. Giovanni de Moncada, barón de Moncada, conde de Aitoni, senescal de Aragón, maestro justiciero del reino de Sicilia. 1536.
2. Arnaldo Albertino, obispo de Patti. Inquisidor apostólico del reino de Sicilia. 1537.
3. Giovanni d' Aragona y Tagliavia, marqués de Terranova: 1538, 1540, y 1544.
4. Poncio Santapace, marqués de Licodia: 1540.
5. Simone Ventimiglia, conde de Geraci: 1541.
6. Alfonso de Cardona, conde de Chiusa. 1542, 1543
7. Pietro González de Mendoza. 1543.
8. Ambrosio Santapace, marqués de Licodia. 1546.

Ello no significa que Ferrante Gonzaga estuviese *siempre* fuera del Reino. Por el contrario, residió más de la mitad en Palermo y Mesina. Cuando regresaba de sus viajes, cesaban en sus funciones los lugartenientes nombrados. Tuvo pues tiempo de ocuparse personalmente de la isla y de darse a conocer por sus obras y conducta.

Vincenzo Auria resume (respetando las mayúsculas) el legado arquitectónico del Gonzaga, citando la *Crónica de Ferrante* escrita por Guiliano Goselini y publicada en Venecia en 1539.

Brevemente diré que el virrey Don Fernando Gonzaga convirtió en fortaleza perfecta el Castillo de Messina, llamado de El Salvador, por una iglesia así conocida, y por el efecto que tuvo de salvar aquel Puerto, tan importante para los cristianos. Amplió la misma ciudad y la rodeó de muros. Y con arte y superando las infinitas dificultades de aquel sitio por incapaz de una buena defensa, construyó otro castillo, que fue llamado “Gonzaga”, el conservador de la ciudad y de la memoria del autor de tan gran obra. Retronó a Palermo e hizo más fuerte y seguro el Castillo

que defiende el Mollo (Muelle). Fortificó zonas de Palermo, Trapani, Melazzo, Carabia, Siracusa, y dejó en fase de reconstrucción las del Castillo de Augusta, todas ellas para defender el Reino de las armadas turquesas o cualquier otras.

Por lo que hace una parte de Sicilia, aquellas obras obedecían a la necesidad de reconstrucción, después del terremoto de 1542, que asoló el Valle del Notto, con especial incidencia en Siracusa, Lentini, Augusta, Catania, Militello y Calatagerone, Las ciudades de Palermo y Trapani apenas sufrieron daños.

El emperador visitó la isla en 1544 para estar presente en el encuentro que Ferrante organizó con el rey de Túnez, Muley Hassan, tributario de la Corona desde la expedición cristiana a aquella ciudad. Los huéspedes se alojaron en el castillo palacio de la familia *AiutamiCristo* que bordea el puerto, dentro de un recinto fuertemente defendido. En Palermo fueron agasajados debidamente y de allí los viajeros reales pasaron a Mesina y luego a Nápoles.

Esta celebración enorgullecía a Ferrante Gonzaga, por el protagonismo que había tenido en la sumisión del Bey de Túnez. No todas, sin embargo, las empresas navales en aguas italianas fueron favorables; y algunas muy deshonrosas. Carlos V había reunido en Mallorca una armada poderosa para una nueva guerra que pensaba hacer a los argelinos, animado por los éxitos obtenidos en Túnez. En septiembre de 1541, fueron llamados los virreyes de Nápoles y Sicilia para unirse a la armada de Argel, los cuales contribuyeron con galeras y con gran cantidad de víveres. Fue en esta ocasión cuando Ferrante dejó encargado a Simone Vintimiglia.

Blasi comenta la naturaleza cambiante de la diosa Fortuna, *che avea sempre trovata prontissima a secondare le sue imprese*; y que en ocasiones “da la espalda a sus amigos”. Culpa a la obstinación del emperador lo que ocurrió después, cuando, sin escuchar a Andra Doria y otros experimentados marinos, se empeñó en salir al mar en tiempo de tormentas, que, tal como le habían anunciado, destrozaron las naves y se perdieron cinco mil hombres. Abrumado por el desastre, el Carlos V trató de rehacerse en Bujía, con la ayuda de Muley Hassan. El virrey Ferrante, se despidió en

Bujía y al mando de las galeras de Malta, regresó a Trapani, desembarcando el 27 de noviembre de 1541.

El año 1542 comenzó algo más tranquilo para Gonzaga. La virreina, que se encontraba residiendo en Nápoles, pudo reunirse con su marido en Palermo el 24 de marzo.

En 1544, el Emperador llamó a Ferrante Gonzaga para que dirigiese personalmente las fuerzas que trataban de liberar la ciudad de Brabante en Flandes, contra Francisco I. Lograda la complicidad del rey de Inglaterra, participó en acciones militares en Alemania que culminarían con la paz de Crèpy-en-Lannois de 18 de septiembre, por la que Francisco I renunciaba a sus derechos sobre Flandes y Nápoles, a cambio de que Carlos V se olvidase de Borgoña.

En mayo de 1546, el virrey tuvo que abandonar Sicilia y atender la solicitud de Carlos, que lo reclamaba en Milán, para cubrir el vacío que dejaba en la plaza la muerte del conde de Ávalos.

Blasi destaca la preferencia del emperador por el virrey de Sicilia, entre tantos capitanes donde podía elegir:

Ognuno di legieri riconosce con quanta di ragione l'augusto Carlo l'abbia sempre avuto in estimazione, e siesi sempre di esso valuto nelle più scabrose contingenze. Guerriero singolare, politico eccellente, e dagio governante, che malgrado il suo largo viceregnato, sepe farsi amari del popolo.

En el último trienio de su mandato, Ferrante Gonzaga se empeñó en nombrar un sustituto que los sicilianos consideraban incapaz de defenderlos. El elegido era Alfonso de Cardona, marqués de Chiusa, caballero de poca salud y muy avanzada edad. El nombramiento se produjo el 30 de marzo de 1543, y dio lugar comentarios de desaprobación. Especialmente malévolos fueron los de Francesco Maurolico, el cual, a falta de otros motivos plausibles, supuso en el virrey una intencionalidad de casar a una sobrina de Cardona, rica heredera, con uno de sus hijos, *in tanto Mesanae, ac regni periculo somnolentia pressus oscitabat*.

Los mesineses se vieron desamparados y pidieron ayuda militar al virrey de Nápoles, Pedro de Toledo, quien mandó refuerzos

que irritaron a Alfonso de Cardona, porque nadie se lo había consultado.

Finalmente, el emperador intervino cesando al marqués de Chuisa y reponiendo en su lugar a Giovanni d'Aragona, que ya había desempeñado el cargo de presidente en dos ocasiones, con Gonzaga. De este modo, la desautorización del emperador se veía suavizada por el reconocimiento a Ferrante de aciertos anteriores.

Conviene recordar que la vez que Ferrante tuvo que viajar a Milán (por muerte del marqués de Ávalos) ya fue advertido de que eligiese bien su sucesor, porque probablemente lo sería por más tiempo que los otros. En realidad, el Emperador estaba pensando en que Gonzaga se quedase en Milán para siempre.

El 11 de mayo de 1546 resultó elegido como presidente del reino de Sicilia el marqués de Licodia, Ambrosio Santapace. Y el 10 de junio, Ferrante Gonzaga pasaba a desempeñar el cargo de gobernador de Milán definitivamente.

Ambrosio Santapace

1546-1547

El apellido Santapace es de origen catalán, *Santapau*, y se introdujo en Italia en tiempos del último rey de Sicilia, Martín el Joven, quien tuvo como camarlengo, o camarero mayor, a Hugo de Santapau. Habían adquirido de los Filangieri el castillo y heredades anejas de la villa de Licodia, en Catania. Fernando el Católico creó el marquesado de Licodia en 1510, favoreciendo al padre de Ambrosio por los servicios prestados a la Corona.

En 1529, siendo Ambrosio aún adolescente, sus padres Ponzio Santapau y Eleonora Branciforte recibieron en su castillo de Licodia a Girolamo Pietraperzia, que hacía dos años se había casado con Antonia Ventimiglia, y había quedado misteriosamente viudo. Durante su estancia conoció a la hija mayor de los marqueses, también llamada Antonia, y aquellas relaciones dieron lugar a unas capitulaciones matrimoniales casi instantáneas. El padre de Antonia ofreció una dote de 23.000 florines, más el ajuar. Otorgaba a los esposos los feudos de Alfano y Fontana Murata; a cambio: Girolamo se obligaba a residir cerca de sus futuros suegros por un tiempo no menor de seis años.

Estos pormenores son importantes porque la relación de Ambrosio Santapace con su cuñado Girolamo Pietraperzia a punto estuvo de costarle la vida. Girolamo fue acusado de matar a su padre y a dos servidores de la familia para heredar las posesiones y el título de marqués de Pietraperzia que le dejaba en su testamento Matteo Barresi. Poco después de la muerte de su suegro, Antonia daba a luz a

un heredero, al que bautizaron como Pietro.

Pasaron dos años. Llegó a Palermo en visita real el emperador Carlos V el 17 de marzo de 1535 y, durante los días que estuvo en la ciudad, supo del rumor sobre el parricidio de Girolamo. Algo debió comentar con el virrey Ferrante Gonzaga, pues una de las primeras medidas que tomó Santapace fue encarcelar a Girolamo, quien, bajo tortura, confesó haber asfixiado a su padre con un almohadón, y eliminado a dos criados suyos. Y citaba como cómplices a tres personas: Ambrosio Santapace, su padre Ponzio y el barón de Assoro, Giovanni Valguarnera.

Gonzaga detuvo a los tres y pidió instrucciones. Se le contestó que se abstuviese y dejase el asunto en manos del Tribunal de la Gran Corte. Girolamo vivía en prisión mientras su esposa Antonia daba a luz a una hija, Dorotea, y recibía la petición de su marido para que erigiese un gran mausoleo de mármol a la memoria de su suegro.

Girolamo conocía las dificultades financieras del emperador, pues sus mercenarios llevaban tiempo sin recibir lo que se les debía. Ofreció 40.000 ducados recaudados entre las familias Santapace, Valguarnera y Barresi. Carlos V hizo saber al virrey Ferrante que tratara de aceptar el regalo sin violentar la justicia. Entonces el Parlamento se puso de parte de Girolamo, ofreciendo al virrey 40.000 ducados más, que el virrey aceptó, *pendiente que el Cesar no dispusiese de otro modo*.

Los presos fueron liberados, menos el marqués de Pietraperzia que permanecía confinado en el castillo de Castellamare. Mientras tanto, la carrera política de Ambrosio dio un paso adelante, al recibir en donación de su padre la baronía de Butera en 1540 y, dos años después, el marquesado de Licodia. Por designación real, fue nombrado capitán del Ejército de Mesina.

Durante su gobierno, hizo desistir al corsario Barbarroja de una agresión a la zona de Faro, próxima al puerto. Santapace había previsto el ataque y dispuesto la defensa de modo que los emisarios advirtieran a Khair de no intentarlo.

Vino después su designación como diputado del Reino y en mayo de 1546 Ferrante Gonzaga fue reclamado fuera de Sicilia, por lo que el Senado juzgó oportuno nombrar un sustituto mientras se decidía quien iba a ser su sucesor. Reunidos en Consejo y después de

largas deliberaciones, los diputados se decidieron por Ambrosio Santapace. Suponiendo que Ambrosio hubiera nacido en 1518, contaba entonces apenas 28 años.

El marqués de Terranova impugnó su nombramiento en base a que se había verificado con la reserva *quousque per Suam Cesaream Maiestateni fuerit alter provisum*. Pero la cesárea majestad no quiso proveer de otra forma y Santapace fue investido virrey en la catedral de Palermo el 10 de junio de 1546.

Durante su gobierno fortificó los baluartes de su ciudad natal, Mesina, y destinó recursos sicilianos a socorrer la Goleta. Los donativos de la familia Santapau al emperador durante esos años aumentaron la estima de Carlos V.

Transcurrido un año desde que fuera nombrado, en mayo de 1547, llegó a Sicilia el virrey auténtico, Juan de Vega, el cual, lejos de escuchar a quienes criticaban a Santapace, le encargó la defensa de la parte de Sicilia más amenazada de incursiones turcas. Santapace no sólo desempeñó eficazmente esta misión, sino que colaboró a la misma con fondos propios.

Dado el poder que acumuló como presidente del gobierno de la isla y las buenas relaciones con el virrey Vega, cabe preguntarse por qué no consiguió que se conmutase la pena de muerte a su cuñado Girolamo, marqués de Pietraperzia, por la de destierro. A no ser que no le perdonase la delación que hizo el condenado, señalándolo como cómplice suyo en la muerte violenta del padre de Girolamo,

En todo caso, las prórrogas de la sentencia, logradas con abundante provisión de fondos, cesaron de surtir efecto con la llegada de Vega a Sicilia. El cautivo de Castellamare fue invitado a buen morir porque ya no había recurso posible. Pidió hacer testamento a favor de su hija Dorotea, y dio su consentimiento a la boda de ésta con el conde de Mazarino. En cuanto a su hijo Pietro, la muerte oprobiosa del padre no impidió que fuese nombrado capitán de las milicias sicilianas. En 1564 Felipe II le concedería el título de príncipe de Pietraperzia. Al igual que su padre, Pietro fue un gran humanista y un músico notable.

Atrás quedaba la trágica jornada en que Girolamo era

decapitado en la plaza frente al castillo de Castellamare el 23 de marzo de 1549. Su viuda, Antonia, se recluyó en la fortaleza familiar de Licodia. No pudiendo soportar el recuerdo, tomó una pócima mortal.

Juan de Vega

1547-1557

Juan de Vega era hijo de Blanca Enríquez de Acuña, y nieto de Lope Vázquez de Acuña. Hermano del que fuera virrey de Sicilia siete años a finales del siglo XV. Su padre, Hernando de Vega, al igual que los Acuña, estaba ligado a los reinos atlánticos de la Península. Fue virrey de Galicia y dejó huella lapidaria de su existencia en una formidable fortaleza, situado en el pueblo leonés de Grajal de Campos. donde ya existía un castillo desde tiempos de la reconquista, propiedad de Raimundo de Borgoña.

Hernando de Vega se mostró favorable al discutido emperador Carlos, durante la revuelta de los Comuneros. Ello le valió el favor cesáreo, materializado en cargos como Comendador mayor de Castilla o el caballeresco de presidente del Consejo de Órdenes

No se sabe el lugar de nacimiento de Juan de Vega, pero posiblemente fuera en el mismo Grajal. Fue el primero de once hijos y gracias a los buenos oficios de su padre, ingresó pronto en la Orden de Santiago.

Se casó con la hija del marqués de Astorga, Leonor de Osorio, grande de España, por lo que Juan de Vega era conde consorte de Santa Marta.

Su nombramiento como virrey de Sicilia se produjo cuando se encontraba como embajador de la Corte en Roma, donde consta que entabló amistad duradera con Ignacio de Loyola, reflejo de la cual es la generosa donación que dejó en su testamento. En Sicilia, daría

lugar a la fundación de colegios de la Compañía de Jesús, como el de Mesina, precedente de la actual Universidad.

El parecido entre las circunstancias y la forma de gobierno de este virrey y las de su predecesor Hugo de Moncada es extraordinario. Tanto, que hace pensar que, ante condicionantes externos similares, gobernantes y gobernados tienden a obrar con conductas previsibles. Si Hugo de Moncada permaneció en su cargo más de lo deseable, (debido a la inoperancia de la Corte durante el interregno entre Fernando el Católico y Carlos V) también Juan de Vega se perpetuó en el cargo, sin atención a su inoportunidad, aprovechando la transición entre Carlos V y Felipe II. En ambos casos, al cabo de diez años de gobierno, los sicilianos estaban hartos de ellos.

Similares, a su vez, fueron los comienzos. Encontraron un reino en descomposición en lo relativo a la administración de justicia. Como hace notar Blasi, los presidentes interinos, sabedores de la corta duración de sus cargos, no aplicaban las sentencias a acusados de familias poderosas, lo que equivale a decir que los nobles se consideraban casi inmunes durante los interregnos.

Esta situación de agravio comparativo entre clases sociales, y el inevitable descrédito de la autoridad virreinal, indujo años antes a Moncada a mostrar que la justicia era igual para todos, no perdonando la vida a Hugo Santapace, marqués de Licodia, y a Juan de Vega hacer lo mismo con Guiglielmo Barresi, marqués de Pietraperzia.

A partir de esas sentencias, Hugo y Juan, son considerados virreyes justicieros o virreyes crueles, según el criterio de cada historiador. El más acerbo en sus críticas fue *Il Maurolico*, que representaba el sentir de la aristocracia palermitana. Y Blasi, resume así su juicio crítico:

Sarebbe stato il Vega la delizia della nazione siciliana si alle virtù, du cui era adorno, avesse saputo unire la discrzione e l'equità. [...] Aspro dappertutto, non perdonava a persona, comunque nobile o costituita nelle grandi magistrature, che non lasciava di proverbare con ingiurie, e trattare con dispregio.

Pasa luego a acusarlo de sadismo, siempre usando como fuente el *Maurolico*, a quien concede credibilidad por ser contemporáneo del virrey. También en este trazo Vega recibe las mismas recriminaciones que Moncada, que se añaden a las de no respetar a la nobleza.

Tampoco aquellos virreyes respetaban a la Inquisición. Su predecesor Moncada se quejaba al rey de que los inquisidores se excedían en sus funciones, invadiendo las del poder judicial y abusando de una inmunidad mal entendida. Vega, más resolutivo, hizo que fueran los inquisidores quienes se quejasen de él por haber mandado a prisión al inquisidor obispo de Pati. De no ser por el apoyo de Ignacio de Loyola, amigo de la familia de su mujer, Leonor Osorio (a quien Vega complació creando el Colegio de Mesina, primero de la Compañía en Sicilia), los nobles y los inquisidores habrían terminado con su gobierno mucho antes.

Para Vega, como para Moncada, la condición de virrey era de menor responsabilidad que la de militar. Ambos entendían que el pacto con la nación siciliana exigía evitar la invasión de la isla por los moros, turcos o franceses. En esta misión se jugaban su prestigio y sólo ella justificaba las importantes contribuciones dinerarias que en dos ocasiones obtuvieron del Parlamento siciliano, renunciando a los regalos personales que solían acompañarlas. Ello explica que prefiriesen abandonar la isla, dejando a un lugarteniente, y participar en las diversas batallas navales que se libraban en el centro del mar Mediterráneo. En el caso de Moncada contra *Barbarroja*, en el de Vega contra el *Dragut*. No basta a explicar esta característica de ambos mandatarios la debida obediencia al rey o al emperador, pues el afán de protagonismo iba más allá del mero cumplimiento del deber y creaba conflictos con otros marinos, más avezados y menos desafortunados.

Juan de Vega llegó a Sicilia en mayo de 1547. Sus principales cuidados fueron dos: evitar la amenaza de ataques corsarios y limpiar de ellos las aguas del estrecho de Mesina, para que el mortecino comercio de la isla pudiera recuperar fuerzas. Consciente de que con la sola armada siciliana no era posible conseguirlos, dotó a la isla de una red de 47 torres costeras de vigilancia, al estilo de las existentes

en Andalucía, que se comunicaban unas con otras *in meno di una ora*, mediante señales con humo de día y fuego de noche. Se tardó seis años en terminar esta importante obra y dotarla con artillería y munición,

Como los piratas preferían las aguas del estrecho para sus ataques, sea en la costa calabresa, sea en la de Catania, a los tres meses de su llegada, se trasladó con su séquito de Palermo a Mesina, donde inició una renovación y reforzamiento de las defensas costeras, no cesando hasta lograr el pretendido efecto disuasorio. Para dotarlas de gente de armas suficientes, en su primer año de gobierno, decretó un censo obligatorio de todos los ciudadanos, con la excusa de hacer que el peso de los impuestos fuera proporcional a los recursos de cada provincia. Buscaba el virrey calcular el número de reclutas que podían ser detraídos sin perjudicar la producción agrícola de los valles. Sumadas las poblaciones que se registraron dio un total de 800.000 habitantes, a comparar con los 170.000 medio siglo antes.

Partiendo pues de los ciudadanos registrados, Vega estimó poder contar con una infantería de 10.000 soldados y una caballería de 1,500 jinetes, los cuales deberían estar disponibles para acudir a las armas inmediatamente de ser advertidos por el sistema mencionado. Se nombraron sargentos para proceder a la instrucción de los reclutas, procurando no perjudicar a sus empleadores o trabajos. Terminadas las obras del Estrecho, volvió su mirada a Palermo, donde estimó que hacían falta dos baluartes más, y así se construyeron el del *Trueno* y el de *Vega*.

Pasados tres años, el emperador juzgó conveniente renovar el mandato a Juan de Vega porque contaba con él para participar en una ambiciosa empresa ofensiva, consistente en acabar con las ofensas del *Dragut* tomando su base naval tunecina de *Mahdia*, referida por Auria como *África*. Como almirante de la flota imperial, Andrea Doria estaba llamado a dirigir también la combinada, que reunía las galeras del papa Julio III, las napolitanas del virrey García de Toledo y las que aportase la Orden de Malta.

El virrey de Nápoles había mandado a su hijo, como prueba de interés, y lo mismo pudo hacer Vega. Por eso la decisión de luchar el mismo y dejar a su segundo hijo al mando de Sicilia no cayó bien a

ninguno de los almirantes de las flotas, y menos que a nadie a Andrea Doria. Se reunió la armada en Trapani, y salieron rumbo a Túnez a finales de agosto de 1550.

En su Historia de España, el padre Mariana da como vencedor de Mahdia a Juan de Vega, sin mencionar a los demás marinos. El abad Vertot, por su parte, da una versión menos favorable, que recoge Blasi. Parece ser que la flota de Juan de Vega se precipitó en atacar por su cuenta y riesgo, sin lograr romper las defensas y sufriendo cuantiosas bajas. En el ataque murió el hijo mayor de Juan Vega. Todo parecía perdido cuando los napolitanos y los malteses acertaron a descubrir una parte de la muralla, mal defendida, que daba al mar. La brecha dividió la defensa de Mahdia, el castillo cayó en manos sicilianas y finalmente la ciudad se rindió. Los almacenes estaban llenos de mercancías. Las naves del *Dragut*, tal vez por eso, lograron escapar. Vega tuvo el dolor de perder a su hijo Álvaro, mezclado con el orgullo de enviar a papa Julio III banderas, leones domesticados y perros adornados con preseas de oro y plata. Volvió Vega a Sicilia, recalando en Trapani, adonde llegó en octubre de 1551. No se sintió con ánimo de retornar a Palermo hasta medio año más tarde.

Aparte el riquísimo botín, repartido equitativamente entre las tropas, el emperador y a los caballeros de Malta, la huida de *Dragut* y su previsible venganza ensombrecía el brillo de la victoria. Temiendo por la seguridad de la isla, Vega solicitó de Doria que retuviera su armada en Mesina o Palermo, pero Doria, que no se llevaba bien con el acaparador virrey, se negó a ello y retornó a Génova con todos sus barcos.

Al año siguiente ya estaba *El Dragut* en el Estrecho de Mesina, con una formidable escuadra, exigiendo la devolución de Mahdia y de paso, algunas plazas más. Esta vez se había asegurado el apoyo decidido del Sultán otomano Solimán. El virrey no cedió porque confiaba en poner a prueba sus esfuerzos de hacer de Sicilia una isla inexpugnable. Le había faltado tiempo para reforzar Augusta y fue esta plaza la única que sufrió los bombardeos tunecinos.

Sin más avances, el *Dragut* se retiró de Sicilia, dirigiéndose a Malta, y Trípoli, que arrebató a sus caballeros. Por estas fechas,

Vega volvió a revisar los puntos débiles y fijó su atención en Lentini, una villa cercana a Siracusa, muy expuesta a las razias de los corsarios. Quiso el virrey convertirla en lugar seguro y al efecto mando edificar un castillo, erigir defensas y dotarlas de artillería y munición. La nueva localidad pasó a llamarse *Carlentini*, nombre que se conserva y alude al emperador Carlos.

Siguiendo con las similitudes entre el gobierno de Vega y el de Moncada, también en 1551 los sicilianos fueron requeridos a cambiar sus objetos de oro y plata por moneda, con el fin de incrementar el circulante y dar alas al comercio. El *Maurolico*, que vivía entonces en Mesina, relata que más de cien jumentos llegaron cargados de objetos de estos metales a la ceca de la ciudad. Allí se celebró el Parlamento de los presupuestos; estando reciente la victoria del virrey, los magistrados ofrecieron el consuetudinario regalo aumentado a seis mil escudos, que fueron rehusados de igual manera.

El mismo proceso tuvo lugar en 1554, y en esta ocasión Vega pidió un suplemento para renovar los puentes de la isla, que producían estrangulamientos en el comercio, por su deficiente estado.

Pocos meses después, en 1555, la salud del Emperador y la de Juan de Vega, aquejados de gota, empeoraron; el uno se retiró a Yuste, el otro a San Juan de Baida. Al igual que Moncada había permanecido al frente del gobierno durante la larga interinidad por la muerte de Fernando el Católico, así también Juan de Vega, enfermo, siguió gobernando Sicilia hasta ser confirmado por Felipe II. La prolongación del mandato causó irritación en los sicilianos y pronto expusieron sus quejas al nuevo rey. Felipe II quiso mostrarse agradecido por el donativo que Sicilia había entregado a la Corona para los gastos de viaje de su matrimonio con María, la hija de Enrique VIII. Para ello nada mejor que sustituir al virrey por otro más a su gusto de los senadores. Este otro sería el duque de Medinaceli.

El paralelismo entre los gobiernos de Moncada y Vega se desvía al final de sus vidas. Moncada muere a bordo de su galera en batalla naval frente a Salerno y Vega, en cambio, regresa a España con su familia.

Si en Italia Vega gozaba de la amistad de los jesuitas, en España tenía como valedor ante Felipe II a Ruy Gómez, amigo del monarca desde la infancia. Vega era vallisoletano y residía en su señorío de Grajal cuando el ministro del rey se autoexilió a Valladolid, donde renovaron su amistad y mutua admiración el de Éboli y Vega.

Con el nombramiento de Juan de Vega como presidente del Consejo de Estado, en 1557, se rubrica el retorno de ambos al favor real y el fin del dominio que la Iglesia ejercía, y ostentaba, en tan importante institución.

Breve fue su gobierno al frente del Consejo, aunque no tanto para que no se notase su personalidad, pues gracias a ella se eliminaron multitud de requisitos de concurrencia de pareceres que lo hacían lento y tardo en manifestarse.

Fue breve porque Juan de Vega murió el 20 de diciembre de 1558.

Juan de la Cerda y Silva, duque de Medinaceli

1557-1564

El gobierno siciliano del IV duque de Medinaceli pudo ser glorioso, proporcionando a España una victoria aplastante sobre el famoso corsario turco El Dragut, y una resonancia mediterránea tan grande como la victoria del golfo de Lepanto. Pero no fue así.

El año 1557 Felipe II residía en Bruselas, preocupado por las maniobras del papa Paolo IV, que no sólo animaba a Enrique II a perturbar el dominio español en Flandes, sino que urdía una *non sancta* alianza con Solimán para atacar a los españoles en Nápoles, en un esfuerzo combinado para recuperar territorio italiano para la Iglesia. La estrategia vaticana forzaba a los virreyes a realizar un costoso esfuerzo de renovadas defensas en las plazas costeras y a encontrar dinero debajo de las piedras para pagar los sueldos vencidos de tanto mercenario como servía a la Monarquía en Europa.

El duque de Medinaceli, recién nombrado virrey, se veía impotente para proporcionar recursos, no sólo por las escaseces que sufría la isla, sino porque además sus costas estaban sometidas a un bloqueo impuesto por la flota de Barbarroja. Atendiendo a estas circunstancias estratégicas, Juan de la Cerda quiso estar en primera línea de defensa y se trasladó a Mesina el 11 de agosto de ese año.

Cuando todo parecía indicar un ataque inminente, un hecho histórico cambió repentinamente el panorama de las alianzas. El día

anterior se había librado la batalla de San Quintín, con resultado desastroso para los planes del Papa. Enseguida, una nueva victoria de las armas imperiales en las Gravelinas obligó a Enrique II a firmar la paz y abandonar la invasión de Nápoles. Cuando se supo la noticia en Mesina, la alegría fue inmensa. Quedaba la duda sobre la forma en que Solimán reaccionaría ante la nueva situación.

En esa tensa espera transcurrió todo el año 1558 hasta que las naves otomanas hicieron su aparición, sin tocar tierra en la costa de Mesina y continuando hacia la de Amalfi, en dirección a Salerno. Allí hicieron incursiones y capturaron esclavos, pero sin acometer una verdadera invasión por lo bien defendida que estaba la costa. Finalmente, la flota otomana se reunió en Córcega con la francesa.

Nueva batalla entre españoles y franceses y nueva derrota de éstos en Dunquerque en julio de 1558. La Providencia parecía decantarse del lado hispano en la secular pugna por la supremacía en Europa. Es entonces cuando Juan de la Cerda concibe un plan para asegurar definitivamente la *pax* hispana. Pero todo lo que quedó de aquella ambiciosa idea fue una pirámide de calaveras de españoles, en un alto de la isla de Djerba (entonces llamada de Los Gelves) como monumento macabro a la mayor derrota de la marina española en muchos siglos.

Una derrota semejante se componía de factores de variado signo, unos inevitables y otros lamentables, con el platillo de la balanza de los últimos primando sobre los primeros. De no haberse logrado “convencer” al papa Paulo IV de que cambiase de aliado, apoyando la empresa española, posiblemente las naves imperiales no habrían abandonado sus puertos, donde se encontraban bien seguras, defendiendo la integridad de la Monarquía.

Los historiadores coinciden en que la idea de Juan de la Cerda era buena en principio. Trípoli estaba entonces mal defendida por los turcos, y una vez ocupada, podía ser un bastión estratégico para la defensa de Malta. Pero fracasó, no por falta de medios, sino por la deficiente organización, que produjo retrasos, cambios de pareceres y movimientos descoordinados. Lo cual no quita mérito al Dragut; que supo aprovechar la parsimonia y falta de unidad de las flotas

cristianas, con la virtud de la rapidez y la contundencia que lo caracterizaba.

Algo que ver en la iniciativa tuvo Giovanni de La Valetta, gran maestro de la Orden de Malta, pues ambos se escribieron planeando la petición a Felipe II de organizar una Liga naval, compuesta de galeras españolas y reforzada con las de Malta, Génova, Nápoles y Sicilia. En efecto, el rey escribió al duque de Sessa, gobernador de Milán, al virrey de Nápoles, el duque de Alcalá y a Giovanni Andrea Doria, almirante de las galeras españolas, para que confluyeran en Sicilia y se pusieran a las órdenes de Juan de la Cerda.

Felipe II podía sospechar que el duque de Medinaceli carecía de experiencia para una empresa tan ambiciosa. Sin duda creyó que el apoyo del gran maestro, cuya capacidad como marino era bien reconocida, bastaría para compensar con buenos consejos el ardor y deseo de gloria que emanaba de las ambiciones del virrey. No prestó la debida atención al disgusto que el nombramiento de Juan de la Cerda iba a provocar en aquellos que se suponía tenían que obedecer sus órdenes, pese a considerarse más merecedores de ostentar el mando de la empresa.

Sin negarse a la orden real, el duque de Alcalá procrastinó cuanto pudo el envío de la flota napolitana, usando como argumentos necesidades propias de aquel Reino, de manera que cuando por fin la impresionante armada cristiana se reunió completa en Siracusa, y luego en Malta, ya estaba avanzado el mes de octubre de 1558, con harto pesar de Giovanni de La Valetta, que veía cómo se echaba encima el invierno.

De haber nombrado capitán general al gran maestro, la expedición habría quedado abortada allí mismo. Pero Juan de la Cerda insistió en salir. Por esta razón, más que ningún otro argumento, de haberse logrado expulsar al Dragut de Trípoli y convertir e Djerba en una plaza cristiana como otras del norte de África, la gloria habría correspondido al duque de Medinaceli. A sensu contrario, la catástrofe de los Gelves se asocia a este virrey de Sicilia, cuyas buenas intenciones y corteses maneras no eran cualidades apropiadas a una misión esencialmente destructiva.

La segunda decisión equivocada de Juan de la Cerda fue atacar la isla de Djerba, con el argumento de que no podía oponer gran resistencia. También en esto el Gran Maestre se manifestó totalmente opuesto a la idea. Decía que la misma facilidad que tendrían los españoles en conquistarla, haría que se perdiera en cuanto se fueran de allí. En cambio, añadía, el gasto de recursos consumidos en la navegación, el mayor tiempo concedido a Dragut para contraatacar y los peligros del mar, debilitarían la escuadra para otras batallas más decisivas.

Transcurrieron los meses de noviembre, diciembre y enero, consumidos en preparativos, órdenes y contraórdenes que hicieron que la flota no se hiciese a la mar hasta febrero de 1560. El duque mandaba la nave capitana y en Sicilia, había quedado a cargo del gobierno el marqués de la Favara, Fernando de Silva.

No podían ignorar el Dragut y Solimán los movimientos navales en su contra, aunque Juan de la Cerda trató de hacer creer la flota no iba realmente a los Gelves, sino que sufría una deriva causada por los fuertes vientos. No se dejó engañar el Dragut, quien, a toda prisa, fletó dos galeras al mando de su compañero de armas, el corsario Ulichialli, para que avisase a los defensores de la pequeña isla, y luego solicitase ayuda para ellos al gran Solimán en Constantinopla.

Las dos galeras fueron interceptadas por los españoles, pero en lugar de hacer prisionero a Ulichialli e impedir que llegase a Turquía, se entretuvieron en el saqueo de las naves apresadas y lo dejaron escapar. Dice el abate Vertot, en su *Historia de los Caballeros de Malta* (Paris, 1830) que el duque de Medinaceli ordenó, ya demasiado tarde, la persecución de Ulichialli y que en las galeras turcas también se encontraba el Dragut. De haber obedecido y capturado a ambos, la suerte de la expedición habría tomado un sesgo favorable a las armas españolas. Lo que mueve a Vertot a reflexionar sobre la importancia de la disciplina en el arte de la guerra.

Lamentando esta ocasión perdida, los consejeros de Medinaceli propusieron que recompusiera su armada en las tranquilas aguas de Lengir, y, en cuanto estuvieran lista, atacase sin

más dilaciones la cercana ciudad de Trípoli, tal como estaba previsto en el plan general. Pero el virrey prefirió presentarse en Djerba ante el gobernador en actitud amenazante y ofreciendo la paz a cambio de la rendición al rey Felipe II.

Recordando la advertencia del gran maestro sobre lo fácil de ganar (y luego perder) Djerba, decidió construir una fortaleza que asegurase la defensa a cargo de la importante guarnición que esperaba dejar, una vez culminada la toma de la isla.

Y, una vez más, el gran maestro indica a Juan de la Cerda que se equivoca al mandar construir potentes defensas locales a principios de verano, estación del año que en Djerba supone sed por falta de pozos, y calores insoportables.

Por encima de esta advertencia, meramente castrense, se alzaba la voz alarmada de los habitantes de Sicilia y Malta, cuando se enteraron de que la armada turca se había recompuesto de manera vertiginosa y avanzaba hacia Italia con el fin de vengar la derrota sufrida en Malta dos años antes.

En Palermo, el duque de Favara, sintió el clamor popular en sus propias calles, mezclado con acusaciones al virrey de haber abandonado la defensa de la ciudad, alucinado por el brillo de una gloria fácil.

En junio de 1560, Favara ordenó la movilización general de todos los habitantes de Sicilia, eligiendo la localidad de Piazza, como lugar donde recabar cuantos hombres, armas, municiones y bastimentos hallaran disponibles. Por su parte, Andrea Doria y el gran maestro mandaron avisos urgentes e insistentes al duque de Medinaceli para que se retirase de Djerba y volviese con la flota a defender las plazas italianas, seriamente amenazadas por una armada que contaba ya con más efectivos que la cristiana, y con menos diferencias en la composición y mando de los barcos.

Medinaceli hacía oídos sordos a estas peticiones, por lo que el comandante de las galeras maltesas, cansado de insistir, hizo lo que le pedía el gran maestro, retornando a Malta y desobedeciendo al capitán general de la empresa. Poco después Andrea Doria, que estaba enfermo en una de las naves, fue alertado del peligro inminente de la llegada de las naves turcas, y la necesidad de

abandonar los Gelves en cuestión de horas. Sólo entonces, el duque de Medinaceli aceptó retirarse, en lo que ya no era un movimiento estratégico sino una vergonzosa y nocturna huida, sorteando naves enemigas y pensando en qué ciudad italiana podía dejarse ver sin sufrir las humillaciones que imaginaba.

En la Los Gelves quedaban abandonados a su suerte los cinco mil hombres de Álvaro de Gande, esperando junto al fuerte a medio construir, la llegada de los temibles guerreros del Dragut. La pirámide de calaveras que durante siglos presidió la entrada del puerto de la isla recordaba a los marinos la masacre que allí tuvo lugar.

A su regreso, Juan de la Cerda optó por desembarcar en Mesina y lo hizo a finales de mayo de 1560. A pesar de que la ciudad de Augusta fue saqueada impunemente por el bajá Piali, Felipe II siguió confiando en el duque y le concedió otros tres años de gobierno en Sicilia, por cédula recibida en Mesina el 4 de julio. Queriendo socorrer a los sobrevivientes de los Gelves, el virrey convocó un Parlamento extraordinario en la ciudad, y se acordó la suma de 200.000 escudos a financiar con impuestos sobre los cereales un plazo de cuatro años.

La necesidad de proveer de pan y harina en tiempos de malas cosechas gravaba de forma onerosísima el erario, obligado a comprar a precios abusivos o quedarse con las cajas de socorro vacías. Esta simplista forma de asegurar la paz tenía el inconveniente de que atraía a revendedores de toda índole. A fin de reducir las pérdidas uno de los pretores de la ciudad sugirió la idea de reducir el peso de las onzas sin cambiar el precio, pésima ocurrencia cuya mera sospecha dio lugar a una tumultuosa reacción, persecución de los consejeros supuestamente favorables a la reducción del peso, y finalmente saqueo de las casas de los ricos, que huyeron de la ciudad.

El virrey seguía en Mesina, preocupado por los turcos, de manera que hubo lugar para que, en Palermo, un noble, el conde de Vicari, se prestase voluntariamente a aplacar a la plebe, yendo directamente al supuesto instigador: el notario Cataldo Tarsina, a quien convenció de que huyese a Calabria, fuera de la jurisdicción

del virrey. Volvió la calma a Palermo y volvió también Cataldo a Sicilia. Como solía ocurrir en estos casos, fue delatado, encarcelado y sentenciado a muerte por los jueces. Solo entonces se avino a ocupar su lugar en Palermo el duque de Medinaceli. Como forma de mejorar la maltrecha tesorería, el virrey creyó justo embargar los bienes de Cataldo y añadir los de sus cómplices, sin curarse demasiado de que, por errores interesados, pagaban a veces justos por pecadores. Ello dio lugar a vehementes protestas ante el rey Felipe II, protestas que fueron atendidas con un indulto general, con la excepción de casos como el de Cataldo.

El año 1561 fue más tranquilo para el virrey Juan de la Cerda. Pudo celebrar fiestas y torneos, que alegraban las calles de Palermo. Aprovechó la paz para celebrar cumplidamente los desposorios de dos de sus hijas con dos nobles sicilianos: el conde de Montalto y el duque de Bivona.

Habiendo el rey solicitado de Medinaceli que enviase obispos para participar en el Concilio de Trento, las galeras en que viajaban fueron interceptadas por Dragut y de resultas hizo prisionero al obispo de Catania Niccolò Caracciolo, siendo rescatado con dinero del Papa, un año más tarde, en 1562.

Es comprensible, visto lo anterior, que el virrey se alegrase vivamente el apresamiento de una galera del corsario y cristiano renegado, Ulichialli; galera que quedó propiedad de los capitanes captores, el vizconde de Cicala y Luis de Osorio. El duque no estuvo de acuerdo en que pasara a manos privadas y decidió incautarla. Para evitarlo, los propietarios se hicieron a la mar rumbo a España, con la idea de presentar sus derechos a Felipe II, pero el destino hizo que cayeran en manos del Dragut, el cual los hizo llegar a Constantinopla como regalo al gran Sultán. Entre los prisioneros estaba el hijo del vizconde de Cicala, quien halló favor en la presencia de Solimán, y fue educado esmeradamente en la religión islámica, para convertirse con los años en la figura del gran almirante otomano y riquísimo propietario, Sinám Bajá.

Los acontecimientos en Sicilia, a pesar del buen talante y sentido del deber del virrey duque de Medinaceli, no favorecían su fama como militar, ni como gobernante. Por una parte, don García de

Toledo, hijo del duque de Alba, demostraba en el Peñón de Vélez que era posible derrotar al enemigo africano. Por otra, el rey Felipe II designó como visitador real en Sicilia al marqués de Orivolo, Marcello Pignone; señal de que las quejas de eminentes nobles sicilianos sobre lo lenta y costosa que era la justicia del virrey habían encontrado eco en la Corte.

En 1563 expiraba el segundo mandato del duque. Todo hacía indicar que sería el último, pero el rey decidió renovarlo otros tres años. Medinaceli se sintió aliviado y se propuso tomar decisiones más en congruencia con los deseos de los síndicos de Messina.

Tal vez por eso, los años siguientes siguieron sin especiales dificultades. El virrey estuvo prudente y razonable en las largas discusiones sobre la fiscalidad de la isla, que oscilaba entre productos como la seda, de gran importancia para los comerciantes, que se disputaban el monopolio siempre prometido y nunca acordado, y otros bienes de consumo como el pan y la harina, que afectaban muy especialmente al pueblo llano. El Parlamento convocado por Medinaceli en Mesina acordó un montante de trescientos mil florines, acompañado, como era la usanza, de una serie de peticiones concretas que debían ser expuestas por un embajador de la isla, que en esta ocasión lo fue el marqués de Favara, quien obtuvo favorable respuesta del soberano.

Dice Blasi, en su *Historia de los Virreyes*, que el duque de Medinaceli era persona de carácter amable, atento con todos, sin distinguir rango ni riqueza. Se deleitaba en comedias y fiestas populares, y entre los muchos virreyes fue uno de los que más pronto se hizo apreciar (*piu presto amato della nazione*).

A pesar de que el virrey estaba nombrado hasta septiembre de 1566, Felipe II dio a entender que en Sicilia se necesitaba alguien más guerrero y menos cortesano que el duque de Medinaceli y reclamó su vuelta a España, nombrando en su lugar, precisamente, a García de Toledo. Felipe II estaba entregado al proyecto de vengar las humillaciones del Solimán de forma contundente y definitiva. El ejemplo de García de Toledo hacía concebir esperanzas que acabarían fructificando seis años más tarde en Lepanto.

La consternación de Medinaceli, siempre rival de los Alba en la consideración del monarca, fue compartida por no pocos sicilianos, que recordaban con el duque la pérdida de su hijo Gaspar en una de las acciones navales de su gobierno. El Consejo Real no tuvo inconveniente en dejar que los virreyes no tuvieran que quedarse en Palermo a recibir a su sucesor, aceptando la excusa de que su presencia en España era urgente. Todos juntos se pusieron de acuerdo para nombrar sustituto provisional de Medinaceli a Bartolomeo Sebastiano, obispo de Patti.

Realmente en España no había urgencia alguna en el retorno de Juan de La Cerda, quien ocupó cargos relativamente menores hasta que salió de su ostracismo en 1571, año en que cambiaron las tornas en favor de su linaje, y Juan de La Cerda se vio nombrado gobernador general de Flandes.

García de Toledo, marqués de Villafranca

1564-1567

El apellido Toledo, de índole *converso de la ciudad de*, cuando viene unido a Álvarez, concita episodios múltiples en la Historia de España, protagonizados por los titulares de los ducados de Alba, Medina Sidonia, Lerma, Éboli, Medinaceli, Infantado y, otros de menor rango, como Villafranca del Bierzo.

García era nieto del primer duque de Alba e hijo, no primogénito, del virrey de Nápoles, Pedro Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba, y de su esposa María Osorio Pimentel.

Durante su adolescencia, tanto él como su hermano mayor, Fadrique, vivieron en la corte virreinal de Nápoles, donde su padre se esforzaba continuamente en ocuparlos en acciones militares cada vez de mayor responsabilidad, para lo cual a menudo proponía al Emperador cargos que se hacían esperar. El motivo de la parsimonia real en otorgar se debía a los persistentes celos del almirante italiano Andrea Doria, que toleraba con dificultad compartir glorias.

Por fin, la insistencia de Pedro tuvo su fruto en 1533 con ocasión de la expedición contra Túnez. Se le confiaron seis galeras reales de Nápoles, y dos en propiedad, al servicio de la Corona por cesión de la familia Toledo. Poco después salió también al mar al mando de siete galeras por las costas más lucrativas del Mediterráneo (Dalmacia, Manfredonia, Monastir, Smirna, Samos, Delos, entre otras), adquiriendo experiencia en náutica militar, y un

notable patrimonio que le permitió comprarse casa propia en la ciudad de Nápoles.

Un incidente con el *condottiero* Alfonso Castriota, duque de Fernandina, puso freno instantáneo a tan brillante carrera. Los familiares del duque acusaron a García de Toledo de un intento de asesinato. Intervino la Corte del Emperador y García fue llamado a Madrid para responder de las acusaciones. Según su biógrafo, Hernando Sánchez, el escándalo, que tenía una componente galante, dio lugar a una ceremonia oprobiosa en la que se desposeía a García de su hábito de caballero de San Andrés, en reunión solemne del Consejo de Órdenes. Encontrado culpable, no ingresó en prisión, pero fue confinado en su domicilio a partir de 1544. De nada sirvieron las peticiones de los Álvarez de Toledo para devolver la libertad a García. Tuvo que ser el hijo de Carlos V, el príncipe Felipe, quien, aprovechando la euforia de la batalla de Mühlberg, conmoviese a su padre para que permitiera a García volver al frente de sus galeras, y se le devolvieran los sueldos atrasados.

El prestigio naval de García de Toledo no sólo se alimentaba de victorias puntuales en el Mediterráneo. Su antipatía por los Doria y su talento de estrategia le habían hecho concebir un plan maestro de dominio naval, con bases perfectamente servidas y pertrechadas y sin tener que depender de los onerosos servicios de las galeras de Génova y Venecia.

Alcanzó un reconocimiento general en España en 1564 cuando logró recuperar el Peñón de Vélez. Aquello le valió el virreinato de Sicilia, algo muy deseado por García, pues ya se había hecho medio italiano, después de vivir tantos años en Nápoles y navegar tantas veces por las aguas que rodean la península y las islas itálicas.

Además, había contraído matrimonio trece años antes con Vittoria, una princesa italiana de la estirpe de los Colonna, hija de Ascanio, gran condestable de Nápoles, y de Juana d'Aragona. En las capitulaciones matrimoniales, Vittoria renunciaba a la herencia familiar, si bien su padre se comprometía a pagar una dote de 50.000 escudos en el plazo de tres años. El compromiso sólo se cumplió a medias, pero el patronazgo de los Colonna se extendió sobre la carrera política de García, quien gracias a ellos fue nombrado síndico

del Parlamento de Nápoles, participando en las decisiones sobre los presupuestos para el mantenimiento del Reino y apoyo a la Corona.

1553 fue un año crucial en la vida de García. Su padre se disponía a atacar Siena, que había sido ocupada por los franceses, cuando le sorprendió una grave enfermedad en Florencia. Murió allí don Pedro de Toledo, y toda la responsabilidad familiar pasó a dilucidarse entre él y sus hermanos: Fadrique, primogénito, seguía en España y Luis, como tantos terceros en nacer, había optado por la carrera eclesiástica y hacía funciones de embajador en Roma ante el papa Julio III. La misión de Luis tenía por objeto lograr que el Papa accediese a que las tropas españolas del sur de Italia atravesasen los estados pontificios en su marcha contra Siena.

En el testamento de Pedro de Toledo sus posesiones italianas pasaban a García, quien vio en la conquista de Siena una ocasión única de lograr la admiración y el favor de Carlos V. Sin embargo, cuando estaba a punto de conseguirlo, el emperador ordenó la retirada alegando que el Sur había quedado desguarnecido y que la amenaza turca era mas importante que el asunto de Siena.

En realidad, pesaron en el ánimo del emperador Carlos las eternas maniobras de familias italianas, que esta vez apuntaban a una lentitud de movimientos en García. Se decía que estaba falto de coraje, cuando en realidad su gestión de tiempos obedecía a una superioridad mental en estrategia militar, demostrada con éxitos. “Importa más el buen resultado que la buena razón”, respondía cuando se deliberaba sobre el momento oportuno de atacar.

Los reyes de España repartían sus favores conforme a un lema parecido. No importaba truncar una carrera brillante, ni dejar sin recompensa un gran servicio, si con ello se mantenía el equilibrio entre facciones dinásticas italianas, de manera que la suma total de fidelidades fuera máxima.

Por esas cavilaciones, el Emperador, sustituyó en Nápoles al difunto padre de García con un enemigo de la familia: el cardenal Pedro Pacheco, quien nada más hacerse cargo incautó los bienes heredados por García y puso en prisión a su suegro Ascanio, acusándolo de manejos contra la Corona.

Con el tiempo, la carrera política de García de Toledo volvió a mejorar, debido al innegable talento y valor del personaje, como

quedó acreditado ante Felipe II en la forma cómo realizó la misión de gobernar Cataluña, respetando los derechos forales, aunque incurrió en conflictos de protocolo con las autoridades catalanas.

En 1563 se celebraron Cortes forales en el principado y, al terminar, el rey accedió a la petición de Toledo de ser nombrado virrey de Sicilia. La razón que aducía era la conveniencia de armonizar la estrategia naval española en el Mediterráneo con la autoridad sobre Sicilia y Malta, para evitar contradicciones y obstáculos a un plan ambicioso, diseñado y expuesto al rey por el propio García.

El nombramiento se produjo en octubre de 1564. Los nuevos virreyes llegaron a Mesina en marzo del año siguiente. Los turcos habían sufrido derrotas en la Goleta y el Peñón y ansiaban recuperar parte del prestigio perdido. Decidieron vengarse tomando la isla de Malta, lo cual parecía harto difícil a no pocos consejeros del anciano sultán Bajá. Prevaleció la opinión de uno de sus ministros, Kuslin Aga, entre cuyas funciones estaba, según Blasi anota con malicia, la de dotar de bellas georgianas y circasianas el serrallo del sultán. Más influyente, tal vez, fue la voz favorable del Imán de su corte. En la empresa debían participar todos los efectivos navales turcos disponibles, según las directrices del Dragut, y con aportaciones de Rodas, sin olvidar al renegado Ulichiali.

Pese al cuidado puesto en que los preparativos de esta gran armada contra Malta no trascendieran a los cristianos, Felipe II tuvo conocimiento de un ataque naval inminente, sin saber dónde se produciría. García de Toledo creyó que el objetivo sería La Goleta, no imaginando que pudieran atreverse contra los caballeros de Malta, motivo por el cual, sin esperar a tomar posesión, sacó de Mesina treinta galeras para preparar la defensa, dejando al arzobispo de Patti, como lugarteniente en la isla. En su travesía, paró en La Valetta para conferenciar con el gran Maestre, donde pudo observar que carecían de víveres para soportar un gran asedio y tomó nota para resolver esa deficiencia tan pronto regresase de Túnez a Sicilia.

Pasó a Palermo, juró y tomó posesión, volvió a Mesina y allí le llegó la noticia de que una potente armada turca, compuesta de ciento cincuenta galeras y numerosos barcos portadores de intendencia se encontraban a la vista de Malta. El encomiable

historiador de Malta, abate Vertot, describe con vivos colores la agitación de los habitantes y el ardor combativo de los caballeros ante un enemigo muy superior a todo lo visto hasta entonces.

Es interesante observar que, en esta ocasión, tanto los turcos como luego García de Toledo hicieron uso primordial de información de espías sobre la situación de las defensas y posteriormente de las tropas turcas durante el gran asedio.

Los turcos desembarcaron en la isla e iniciaron un asedio esperando la rendición por hambre. El socorro, pedido con insistencia a García de Toledo por el gran maestre Jean de la Valette, no llegaba. Las razones de esta tardanza parecieron excusas a Andrea Doria que aseguraba no compartir. En la historia del *gran asedio*, de Vertot, se sigue cuestionando la parsimonia virreinal.

El análisis militar crítico y posterior de cómo García de Toledo acabó con el asedio reconoce que el virrey, tras enviar socorros puntuales de víveres para prolongar la resistencia, esperó largo tiempo el momento oportuno. Tardó cuatro meses. El 7 de septiembre de 1565, sus galeras se aproximaron de noche al lugar menos defendido, la ensenada de Malhecha, y desembarcaron nueve mil soldados del Tercio, mandados por Álvaro de Sande. Aprovechando el factor sorpresa el regimiento avanzó imparable por la isla hacía las tropas del Sultán, que no supieron o no quisieron reaccionar, cansadas y hartas después de tanto tiempo perdido en un asedio infinito. Huyeron hacia las galeras y el ejército invasor abandonó la isla. Muy distintas habrían sido las tornas de haberse tenido que enfrentar los españoles, al principio del asedio, a cien galeras ávidas venganza y de botín. (Sobre este tema reviste especial interés el tratado clásico de Fernand Braudel, Paris, 1949).

A partir de la liberación de Malta, el gobierno efectivo de García de Toledo en Sicilia estuvo interrumpido por compromisos como almirante de la Mar, y visitas a la Corte para contrarrestar los comentarios de los asiduos al duque de Medinaceli y al privado Ruy Gómez. Para crearle mala fama se basaron en la irritación de García de Toledo contra los inquisidores de Sicilia, lentos en obedecer su autoridad y en sus diferencias con varios nobles sicilianos, que contaban con el apoyo del marqués de La Favara, hermano del duque de Éboli.

Finalmente, prevalecieron los instigadores de dudas sobre la valía de García de Toledo en la mente de Felipe II, siempre fácil de amedrentar. El rey dejó de confiar en él, tanto como *General de la Mar* como virrey de Sicilia, si bien sus ideas sobre estrategia naval siguieron presentes en su sucesor el mando de las galeras de España: Juan de Austria.

García de Toledo se sentía más a gusto en Italia que en la España de los Éboli, por lo que decidió retirarse a sus posesiones de Nápoles, donde vivió hasta su muerte en 1578.

Huella de su ajetreado gobierno en Palermo es la avenida que atraviesa la ciudad, parecida a la que dejó su padre en Nápoles. Conocida con el nombre de *Cassaro*, costó no poco dinero por la cantidad de casas que hubo que demoler para asegurar su traza rectilínea. Durante el tiempo de gobierno del virrey Marco Antonio Colonna de se prolongaría hasta el muelle.

Sobre la personalidad de García hay diversos escritos hagiográficos de la época que lo describen como un ejemplo de equidistancia entre las *Armas* y las *Letras*, alabando su mecenazgo y entusiasmo por la lectura de los clásicos y de los contemporáneos italianos, tales como Ariosto y su preocupación por mejorar las condiciones de vida de los galeotes. Otros contemporáneos, como Gilberto Genebrand, alaban sus victorias. Los negativos ponen el acento en la crueldad de la ejecución a un condenado a muerte, Luigi Tensillo, por delito de rebelión en tiempos de los virreyes Vega y Medinaceli.

La revuelta de Tensillo se había originado cuatro años antes de que García de Toledo fuese nombrado virrey de Sicilia. Tuvo como motivo la decisión del parlamento de Palermo de adulterar el peso del pan, con fines recaudatorios, que enfureció a los mesineses, algunos de los cuales arrojaron barras de panes a las caras de los magistrados para luego animarse y perseguirlos en sus casas y palacios. Tarsino fue aclamado caudillo y gobernó la ciudad varias semanas, sin saber muy bien qué hacer. Sus seguidores esperaban que extendiera la revuelta y se sintieron decepcionados. Cuando el virrey duque de Medinaceli tomó cartas en el asunto, Tensillo huyó a Calabria y dejó abandonados a otros cabecillas que fueron condenados a muerte. Personas influyentes, temerosas de que la

reacción los alcanzase, lograron que el proceso se cerrase con un perdón general, del que quedaron exceptuados solamente los huidos Cataldo Tarsino y Manfredo de Tursio. Al verse excluido, Cataldo viajó a Madrid, tratando de justificarse, pero el rey fue inflexible y lo devolvió a Sicilia, donde permaneció en prisión hasta que el rey ordenó a García de Toledo que procediera a un castigo ejemplar, por contumacia. Vincenzo Auria no menciona este hecho, sin embargo, merece ser citado como otro caso de heroísmo popular italiano contra oligarquías propias, con apoyo de algunos descontentos y final trágico, en que los virreyes son instrumentos, más o menos contemporizadores, del pacto con la Corona.

Sobre el fin del gobierno de García de Toledo en Sicilia, ha prevalecido la teoría, imposible de verificar, de que fue un cese por su tardío socorro a la isla de Malta, durante el gran asedio. Alejándolo del cargo, conjeturaba el gran cronista de Malta, Vertot, el monarca alejaba también de la mente de lo malteses la sospecha de su culpabilidad. En la conducta posterior de García de Toledo faltan datos que haga verosímil esta explicación.

Carlo de Aragona, duque de Terranova

1567-1568

La Terranova de este título nada tiene que ver con la península americana y mucho con un pequeño lugar de Calabria. Tal vez por esa pequeñez, Carlo, gobernador de Sicilia, prefería otros títulos. Nacido en 1521, era hijo de Giovanni Taglavia y de Antonia de Aragona, viuda de su hermano Francisco Taglavia. El motivo para anteponer el apellido Aragona al de Taglavia fue que el padre de la novia lo impuso como condición para aceptar su primer matrimonio con Francisco.

Aunque no se podía comparar en riqueza con los Aragona, la familia Taglavia había prosperado mucho en Castelvetro. Esta villa, situada al Oeste de Sicilia, sino por antigüedad, al menos en importancia, no envidiaba a Avola, feudo de la familia Aragona.

El Emperador estaba agradecido por los servicios de la familia Taglavia, desde que padre e hijo, lo acompañaran en el asedio de Argel y más tarde en actuaciones en Alemania y Flandes.

La amistad que surgió entre Giovanni Taglavia y Carlos V propició el nombramiento de Carlo Taglavia como paje suyo y la concesión del título de marqués de Avola. La influencia en la política italiana de ambas familias, Taglavia y Aragona, se ampliaría al casarse Carlo con dos damas de la aristocracia: Margarita Ventimiglia, y viudo de ésta, con Isabel de Moncada.

Carlo, era barón y príncipe de Castelvetro, y así se le conocía en Italia, cuando García de Toledo abandonó la isla para retirarse a Nápoles, según algunos por decisión de Felipe II.

Lo cierto es que el virrey García ese mismo año de 1567 presidía la apertura de la avenida que llevaría su nombre y se disponía a inaugurar la ampliación y total reforma del muelle de Palermo, cuando en 9 de junio se embarcó en dirección a Nápoles para nunca regresar a Sicilia ni a España. De lo que cabe concluir que no fue decisión suya dejar de ser virrey.

Diez días más tarde, Terranova sustituía a Toledo en la catedral de Palermo, donde los palermitanos oyeron misa y sacaron varias reliquias que portaron en procesión hacia el viejo puerto. Allí se colocó la primera piedra del gran Molo, que sustituía al anterior, cambiando de ubicación y quedando definitivamente bajo el monte Pellegrino.

Mongitore, en el *Diario de Palermo*, concede gran importancia a la llegada a la isla y toma de posesión del cardenal Alejandro de Farnesio como arzobispo de Monreale. Estuvo alojado en casa de Carlo de Aragona y asistió (sentado en *un asiento más elevado* que los que ocupaban los dos inquisidores principales, el abad Giovanni Bizerra y el doctor Giovanni Retana) a un “auto de fe” en abril de 1568.

Y añade que hizo su entrada triunfal en Monreale, a lomos de una mula, cuyas riendas llevaba, previo pago de cien escudos, un tal Andrea Culcasi. Los gorriones profesionales que lo acompañaban en su trayecto recibieron al término de la ceremonia cincuenta escudos, la misma cantidad que los chiquillos de Monreale con sus ramos de olivo.

El cardenal Farnesio no se quedó a vivir en su sede arzobispal, sino que regresó a Palermo, donde asistió a una gran fiesta en su honor, presidida desde los balcones del palacio por los duques de Terranova, el arzobispo de Mazzara y el conde Vicari. Hubo procesión, salvas de artillería, antorchas en la noche y gran entusiasmo a favor del purpurado. Y sin más, esa misma noche, se embarcó en la capitana de las galeras de Malta que habían llegado el 5 de mayo y que flotaba engalanada con paños de damasco.

Durante los meses que duró el primer gobierno del duque de Terranova los sicilianos vieron cómo su presidente intentaba (mediante una pragmática que puede leerse entre las recopiladas por

Francesco Paolo Blasi) poner límites a los excesos de las plañideras en los funerales. Aquellos lamentos, reminiscentes de los coros de las tragedias que se celebraron cuando Sicilia era Magna Grecia, parecían insinceros e impostados al duque, por lo que decidió prohibirlos, contando con el apoyo de varios senadores. Y ya de paso, legisló sobre el número y peso máximo de los velones que se podían colocar junto a los féretros y la duración del luto con vestimenta marrón, que no podía superar treinta días. Todo ello iba encaminado a reducir gastos, creyendo que agradaría a quienes pensaban como él. Pero el arraigo de la costumbre y los intereses de sus beneficiarios hizo que esta pragmática fuese ignorada, sin sanciones, a los pocos años de su promulgación.

El 24 de agosto de 1568 el puerto de Palermo recibía la flota de Carlo de Aragona, hijo del marqués de Vasto y nuevo virrey. Y al día siguiente llegaba, en otra galera, su esposa, Isabel Gonzaga, hija del duque de Mantua. Venía acompañada por su cuñada Antonia de Ávalos. Acudieron al muelle doce carrozas portando damas de la sociedad palermitana, una de ellas vacía y preparada para recibir a la virreina con su amiga Antonia. Y dice el cronista Paruta, que Isabel Gonzaga iba vestida de forma sencilla, luciendo solamente un toisón, ceñido al cuello en *sutilísima* cadena de oro.

Francisco Ávalos, marqués de Pescara

1568-1571

Su nombre completo fue Francisco Fernando Ávalos de Aquino y Aragona. La *gens* Ávalos, aunque de origen gallego, hacía siglos que había echado raíces en Nápoles, distinguiéndose en ocasiones de gloria militar, tales como la toma de Milán por un antepasado con idéntico nombre en 1535. El que nos ocupa pasó unos años en la corte de Madrid, cuando Felipe II era aún príncipe, al que tuvo ocasión de conocer mejor en el viaje a Inglaterra de Felipe para casarse con María Tudor. Convertido en rey, se acordó de Ávalos y le encomendó misiones importantes en Italia, pero la confianza inicial se resquebrajó cuando el mejor amigo de Francisco, como lo era Ferrante Gonzaga, perdió el favor real. Por otra parte, aunque animoso y valiente en los campos de batalla, la Fortuna no acompañaba sus empresas.

En abril de 1568 se encontraba el marqués de Pescara en Madrid, a la espera de destino. Las maquinaciones de los allegados de la familia Colonna contra Carlo de Aragona, que gobernaba la isla, sirvieron para que el rey se atreviese a nombrar virrey a Francisco de Ávalos. Era propio del carácter de Felipe II tratar de complacer a unos sin herir demasiado a otros. Buscando un compromiso en Sicilia, decidió contentar a los Colonna, sin ofender a los Aragona. La idea de otorgar el virreinato a Ávalos ofrecía la compensación de que la madre del elegido era María de Aragona.

En mayo ya estaba en Sicilia el marqués de Pescara. La

primera gran ocasión en que se le pudo ver revestido de sus atributos del vicario poder real fue en los tristes funerales del príncipe don Carlos, muerto misteriosamente en el castillo de Arévalo, donde estaba recluido por decisión de su padre.

Si alguna razón tenía don Juan de Austria, tío del príncipe, en prevenir a Felipe II sobre los contactos de don Carlos con los rebeldes flamencos, no parece que existiera ninguno con las familias italianas partidarias de romper los vínculos con España. El misterio de lo que realmente pensaba y sentía Felipe II seguirá intrigando a los historiadores al referir tan lamentable episodio. Ese mismo año moría también la bella reina Isabel de Valois, dejando sin heredero a la monarquía española.

Vivía en Bohemia, como gobernadora de los Habsburgo, una sobrina del Felipe II, la princesa Ana, hija de Maximiliano II. que había llegado a ser amiga y novia de don Carlos. Los Habsburgo seguían proponiendo a la princesa Ana, que, si no pudo casarse con el príncipe, ahora podía hacerlo con su padre.

Por otra parte, la dinastía de los Valois quería ver a la difunta reina Isabel sustituida por su hermana María. Cualquiera de esas dos esposas perpetuaba la tara endogámica que perseguía a los reyes españoles.

Felipe II optó por la rama austríaca, se dice que por ofrecer esta línea mayor garantía de fertilidad. Otros que por celos de los amores del hijo muerto. Materia también para la especulación historiográfica. Hubo boda real y en Sicilia el marqués de Pescara organizó grandes fiestas, ofreciendo al pueblo el contraste lúdico después de prolongados lutos. El suyo no estaba lejano.

Pero, antes, diré algo sobre la juventud y el aspecto de Francisco Fernando de Ávalos. O mejor: veamos juntos lo que escribe Blasi:

Estaba el marques de Pescara en la flor de la vida, cuando le fue arrebatada por la muerte, en tanto que aún no había alcanzado el año cuarentavo. Era de estatura alta y proporcionada, y de rostro bellísimo, de tal guisa que, por su hermosura, y por la fresca edad, y por su agradable modo de vestir, se había convertido en objeto idolatrado de las damas

del siglo. Mostrábase él complaciente con ellas, y, sobre todo, amó a una doncella noble, aunque pobre, con la que consumía sus fuerzas día a día en los combates de Venus, y en los que habría de sucumbir.

Esta misma explicación de una muerte poco clara, la encontramos ya en la del último rey de Sicilia, marido de Blanca. Alguna duda surge al leer en Caruso que:

Tuvo encontronazos (citados antes) no sólo con el conde de Cifuentes; también con Diego de Silva y con Martín de Aragona, por lo que no lo estimaban y los escarceos amorosos entre él y las damas, no lo hacían igualmente ídolo de los maridos, quienes se sentían amartillados, en una época en que los celos se adueñaban de la nación.

Dejando a un lado su conducta galante, hay materia para juzgar al marqués de Pescara por su gestión como virrey de todos los sicilianos. Roberto Zapperi, editor del *Dizionario Biografico degli Italiani*, hace un agudo análisis de la animadversión que se le fue acumulando hasta tener que soportar las dudas del rey sobre su lealtad. Pescara tomó decisiones fuertes en asuntos fundamentales, procurando no tanto el bien personal del monarca como el de la Monarquía. Zapperi alaba:

la formación, promovida y desarrollada, de la monarquía absoluta de Felipe II, de un nuevo círculo de hombres de Estado que anteponen la nueva ética del Estado moderno [...] a la vieja ética de la lealtad personal al soberano.

Y más adelante:

La actividad reformadora de Ávalos, su dedicación a las leyes del Estado, la lucha contra los abusos y los privilegios, no dejaron de suscitar en Sicilia áspera resistencia, sorda oposición e insidias, que finalmente comprometieron su permanencia en el cargo.

Efectivamente, el marqués de Pescara defendió a los intereses de la Corona frente a los siguientes formidables oponentes: a) la Inquisición b) el Papado c) los comerciantes venecianos y genoveses c) los miembros del Tribunal de la Real Monarquía d) la Diputación del Reino, y cuantos nobles sicilianos compartían privilegios y ventajas con dichas instituciones.

Su pugna con la Inquisición fue por el apoyo que los inquisidores Retana y Bezerra (al principio buenos amigos de Ávalos) daban al Papa en preferencia al Rey. La gota que colmó la paciencia del marqués de Pescara fue la forma en que los inquisidores irrumpieron en la representación de una comedia y echaron a los actores. El marqués montó en cólera y denunció el hecho al rey y al gran inquisidor, añadiendo que “Bezerra y él no cabían en un mismo Reino”.

La postura del virrey Ávalos frente al papado se radicalizó con la publicación por el papa Pio V en 1569 de una bula dictada doscientos años antes, la *In coena Domini*, que negaba el derecho de los reyes a aprobar los nombramientos de los nuncios. Pío V nombró nuncio papal en Nápoles y Sicilia a Paolo Odescalchi, un financiero con una complicada historia de alianzas y embajadas, que ni siquiera era cura en aquel momento. El marqués prohibió la publicación de la bula en Sicilia y denunció el intento de Pio V de minar su autoridad y la del rey. Felipe II se limitó a protestar ante la Santa Sede, la cual sustituyó en 1569 a Odescalchi por Cesare Brumano.

En sus diferencias con los comerciantes de Florencia y Génova (y sus agentes en la isla) la inflexible postura de Ávalos puede ser más discutible, sobre si con ella beneficiaba o no a los súbditos más pobres. Existía desde siempre un comercio con el Norte de Italia, en que Sicilia exportaba trigo a cambio de dinero y algunos productos manufacturados. El marqués consideraba que las exportaciones contribuían al alza de precios y al enriquecimiento ilícito. Las prohibió. Su sucesor las restablecería, aduciendo que de esa forma promovía el aumento de la producción, al no estar limitado al consumo interno, e indirectamente mejoraba la riqueza general del Reino.

Donde más patente se muestra la integridad del virrey (y mayores críticas cosechó) fue en la reforma de los tribunales de justicia, viciados por la venalidad y corrupción local. No le tembló la mano en mandar a la cárcel al propio presidente del Tribunal de la Monarquía, supremo órgano judicial, Vincenzo Percolla, por no haber impedido una boda contra la voluntad de la novia. Este tipo de matrimonios, a la usanza feudal, también llevaron al virrey a prescindir de su estrechísima amistad con algunos de los casamenteros más tenaces, entre ellos Martín de Aragona y el marqués de Vigliahermosa.

La faceta más humana de Francisco Fernando de Ávalos tiene que ver con su mecenazgo de las artes y, en especial, con la Literatura. Como tributo a su memoria, vaya uno de los sonetos del libro *Rimas*, publicado por la *Accademia de los Accesos*, institución de origen florentino, que Pescara refundó en Palermo, y que se reunía asiduamente en los salones de palacio, con la participación asidua del virrey. En las reuniones literarias era costumbre que los poetas adoptaran nombres pastoriles. Fernando de Ávalos había tomado los de “Oreto” y “Alesi”.

*Versi, dal vaso fuor piu chiare l'onde
Oreto, del' usato al nome vostro
Mentre de bei smeraldi, e de fin ostro,
Flora dipinge ambe le ricche sponde*

*Mostri quanto di bel chide e nasconde
L'antica madre, questo terren nostro
Onde sian scritte con purgato inchiostro
Tante eccellenze à nulle altre seconde.*

*Cantin nuovi Maroni e nuovi Orfei,
L'alte vittorie, e il mondo iguali onori
Porga al vostro valor, e al mio desio.*

*Così mal grado de l'eterno oblio,
Qual Sol sarete tra stelli minori
Avalo voi, tra gli altri Semidei.*

Algo menos retórica es la larga *Égloga fúnebre*, con versos como éstos:

*Dunque sei morto Alesi, Alesi è vero
¿Pur che sei morto, Ah perche lasso, noi
Comme siam privi senza a te di bene
Che teco ne portasti, ora lasciamo
Questa vita mortal, caduca e frale.
Questa vita che tanto a noi fu dolce
Quanto con noi tu rimanesti, Alesi...*

*...Alesi, quel per cui si mostra 'l giorno
Or Notte oscura, ed ogni dolce: amaro.*

“Alesi, por el cual ahora el día se nos muestra noche oscura y todo dulce: amargo”.

Francesco Giuseppe Landriani, conde de Landriano

1571

La fama de Francesco Giuseppe aumentó mucho con ocasión de un acto de valentía protagonizado en una de las batallas de Carlos V contra los franceses en el ducado de Milán. Francesco mandaba un escuadrón de infantería que se vio dificultado en su marcha por una nube espesa de humo, optó por ignorarla y acometer atravesando la humareda. El enemigo se vio sorprendido y el resto del ejército imperial siguió el ejemplo de Landriano, logrando una fácil victoria contra Filippo Langravio d'Assia.

El Emperador fijó su atención en la juventud y arrojo de Francesco, quien desde entonces gozó de la estima cesárea, premiada con el señorío de la villa de Landriano, en el Milanésado. Más tarde, Felipe II también quiso distinguir a Francesco, concediéndole el título de conde de Landriano, dándole un puesto en el Consejo de Estado y Guerra, y nombrándolo general maestro de campo de la Liga que en 1570 formaron varias naciones cristianas contra Selim II, emperador de Turquía.

Viviendo en Palermo, contrajo matrimonio con Hipólita de Settimo, hermana del marqués de Giarratana, Carlo di Settimo. Su último cargo, antes de que el agonizante marqués de Pescara lo nombrase presidente del Reino, era el de *stratigo* de Mesina.

Comenzó su gobierno tras despedir a la virreina viuda, quien hallándose encinta, se hizo a la mar en cuatro galeras, el día 16 de

agosto de 1571, en dirección a Nápoles. Pese a la recomendación del marqués de Pescara en favor del conde Landriano, Felipe II prefirió que el gobierno de Sicilia siguiese en manos de Carlo d'Aragona, que ya había desempeñado del mismo cargo dos años en calidad de interino, antes del que acababa de fallecer.

El conde Landriano, por tanto, ostentó la máxima responsabilidad de gobierno en la isla desde el 16 de abril hasta el 8 de noviembre de 1571, porque el nombramiento de Aragona, aunque firmado en Madrid el 17 de septiembre, no produjo efecto hasta que se realizaron los juramentos de rigor en la catedral. Durante esos meses el *Diario di Palermo*, registra los siguientes acontecimientos:

El 15 de mayo: un terremoto, que causó turbación y que se repitió el 21 de septiembre.

El 30 de junio falleció el virrey marqués de Pescara, que había nombrado al conde Landriano presidente del Reino, por no poderse valer y no haberse cuidado después como debía. Murió a las cuatro de la noche. Rindieron tributo al virrey primero los hermanos *Blancos*, que portaban el féretro para ser situado en el lugar previsto de la catedral; seguían muchos otros religiosos y cerraban el cortejo los Capuchinos. El conde Landriano aparecía después, acompañado a mano diestra por el príncipe de Castelvetro y a su izquierda: el pretor Vincenzo d' Afflito. Detrás venían el príncipe de Pietraperzia y el jurado designado Lisi Riggio.

Durante el día siguiente el cadáver quedó expuesto en un lecho con baldaquines dorados y cortinajes de seda color carmesí. Su espada pendía del techo de la cámara. En torno a la cámara fúnebre brillaban hachones encendidos. El difunto se mostraba revestido del hábito blanco de los Capuchinos, en un ataúd destapado, rodeado de cortinajes muy caros que se decía habían pertenecido a la ahijada de la virreina.

El 16 de agosto abandonó Palermo la viuda del marqués de Pescara. El conde Landriano y toda la corte de Palermo la acompañó al muelle. Iba vestida toda de negro, llevando de la mano al pequeño marqués, y seguidos ambos por el ama de cría. Muy cerca de ella podía verse a la hermana del virrey y a los demás familiares. Pero la

mayor concurrencia correspondía a los nobles de la ciudad, cuyas carrozas eran numerosas; las de damas ilustres, superaban la docena.

El Diario de Palermo pasa a comentar brevemente la victoria de Lepanto, que ocurrió el 7 de octubre de ese año. Juan de Austria y Marco Antonio Colonna se enfrentaron a los turcos en aquella “gran ocasión” que se saldó con gran cantidad de muertos y heridos por ambas partes. Entre los últimos, Mongitore cita 60 caballeros de Malta. Y añade que cayeron prisioneros dos hijos de Alí Bassà, governatore di Negroponte, *con la moglie bellissima; ed esso fu ammazzatto*. Fueron liberados muchos galeotes cautivos. Y sin más comentario, el *Diario* pasa a citar las fiestas que acogieron a don Juan de Austria en Mesina, donde se concentraba el júbilo per *tutto il mondo*.

El 28 de octubre se recibió en Mesina el despacho real con el segundo nombramiento de Carlo d’ Aragona como presidente del Reino. El Consejo de Mesina lo envió a Palermo, donde pudo leerse a partir de las tres de la noche del día 29. La toma de poder de Carlo se produjo el 7 de noviembre. Y fue ocasión de una *pomposa festa*, cuyas últimas luces apagaron el corto gobierno del conde de Landriano.

Carlo de Aragona, duque de Terranova

1571-1577

Ya conocía Carlo de Aragona lo que era gobernar Sicilia, pues había sido presidente del Reino desde 1566 a 1568. La elección de Carlo para sustituir al virrey marqués de Pescara, se hizo a recomendación del Consejo de Italia, que miraba sobre todo a la capacidad de la persona para defender la isla militarmente. Influyó también en el Consejo la opinión de la Iglesia. Gregorio XIII había manifestado en varias ocasiones su afecto por la familia. También los mercaderes genoveses, interesados en el grano que exportaba la isla, propugnaban la elección de un gobernador como Carlo, profundo conocedor de los entresijos financieros y sobre todo fiscales (por la administración de las gabelas sobre alimentos) que asegurasen la tranquilidad del comercio entre Génova y Sicilia.

Ahora bien, por esas mismas razones, su elección predisponía en contra a algunas familias poderosas, y casi podría decirse que también a los habitantes de Mesina y Siracusa. Desde que Carlo de Aragona tomó las riendas del poder, el 17 de noviembre de 1571, no pasó día sin que los partidarios de Marco Antonio Colonna intrigasen en Madrid, criticando todo lo que hacía su enemigo siciliano.

También llegó a Madrid un largo documento anónimo proveniente de Mesina, acusando a Carlo de venalidad y nepotismo, cargos que no fueron tenidos en cuenta, a juzgar por la brillante

carrera del de Aragona, en décadas sucesivas. No es que no tuvieran un punto de razón, es que eran inevitables y consustanciales a lo que se esperaba de su gobierno, lo cual consistía, fundamentalmente, en conseguir dinero, víveres y refuerzos en la lucha contra los turcos. Aunque las acusaciones contra Carlo d'Aragona también se extendían a errores y fallos.

Pocos días después de su nombramiento como presidente del Reino tuvo lugar la victoria de Lepanto, y el regreso a Mesina de una parte de la armada de la Liga, mandada por don Juan de Austria. Son de imaginar las celebraciones y los honores que los mesineses ofrecieron al hermano de Felipe II, lo cual dio lugar a que en Palermo se concitasen celos, por lo que el duque de Terranova envió embajadores a Mesina solicitando la venida a Palermo de Juan de Austria, para compartir alegría también con los palermitanos.

Tras un viaje algo accidentado, que hizo regresar a tres de las cinco galeras que lo acompañaban, arribó don Juan de Austria al Muelle el diez de febrero de 1572. Hizo su entrada, escoltado por quinientos caballeros. Dos días después pudo presenciar las justas de *los Caruselli*, que en dialecto siciliano designan unos frascos con perfumes utilizados por los caballeros participantes como arma arrojadiza que debían repeler con sus escudos.

La Congragación de los Caballeros intervino los días 14 y 17, con torneos de cinco por partida. El día 18 pidió don Juan participar en el siguiente juego, llamado de *Las Cañas*, porque sustituían a las lanzas. Con las mismas armaduras y arreos, los jugadores se situaban en un extremo de la plaza mirando a un anillo que colgaba en el aire sostenido por dos postes unidos en la parte alta formando una U invertida. Las Cañas aireaban flecos de colores para hacerlas más visibles al público. Previsiblemente, el acierto consistía en lanzar las cañas de manera que pasaran por el centro del anillo.

Permaneció en Palermo don Juan desde el mes de febrero hasta el 17 de abril, en que se embarcó en una flota de 26 galeras y varios barcos de tropa e intendencia. A corta distancia del puerto, la capitana disparó tres cargas de artillería en señal de despedida, los caballeros que se encontraban presentes en el muelle se descubrieron y poco después retornaron a sus hogares.

Fueron jornadas de placer las vividas por el príncipe en la primavera de 1572 en Palermo, acudiendo como testigo a bodas y bautizos, y siendo admirado y agasajado allí donde su presencia era reclamada. De improviso, a comienzos del verano, don Juan volvió a aparecer en la capital, se reanudaron las fiestas y los agasajos hasta el 22 de julio en que se despidió para acometer el asedio de Túnez.

El 20 de octubre se celebró la toma de dicha ciudad por don Juan de Austria. Poco después llegaron al puerto la galera capitana de Sicilia y la galera capitana de Génova. En sus camarotes, por deseo de don Juan, venían el rey de Túnez Muley Amida y su hijo, quedando en Túnez como gobernador al servicio de la Corona, su hermano Muley Mahomed.

La segunda recepción triunfal a Juan de Austria en Palermo tuvo lugar el 8 de octubre de 1573, seis días después de su desembarco nocturno. Volvió el príncipe a su galera para simular el recibimiento, desembarcando en un pequeño bote hasta alcanzar el puente cubierto con paños negros por el fallecimiento de su hermana la infanta de Castilla, de manera que aquel acontecimiento estuvo impregnado de una “fúnebre alegría” en palabras de Filippo Paruta.

A mediados de noviembre, las 60 galeras salientes de Juan de Austria se encontraron con la flota de Andrea Doria, que venía de Túnez en dirección a Palermo. Después de saludarse en alta mar, las del príncipe siguieron la vía de Nápoles.

Al año siguiente, el duque de Terranova celebró con gran aparato social la boda de su hija, Ana de Aragona y Tagliavia con el marqués de Geraci, Giovanni de Ventimiglia. Ambos llegarían a ser también, años después, presidentes del Reino.

El ardor guerrero subsiguiente a las victorias de Lepanto y Túnez propició que muchos caballeros de la isla mostraran interés en ofrecer a don Juan una representación semi teatral que simulaba una batalla, con fuego inocuo. Se aceptó la idea y el entretenimiento duró desde la hora cuatro las ocho de la tarde del 26 de febrero, con gran concurrencia de nobles, tropa y público.

En marzo, el arzobispo de Monreale, Ludovico Turribus, tuvo la ocurrencia de sacar de sus deterioradas tumbas de piedra a los dos antiguos reyes de Sicilia, conocidos como Guglielmo el Bueno y

Guglielmo el Malo, padre del anterior y muerto desde 1188. El arzobispo los volvió a sepultar en la iglesia arzobispal, distinguiendo al rey “bueno” en gran urna de mármol, con versos inscritos del poeta Antonio Veneziano.

A mediados de 1575 un bergantín corsario, proveniente de Egipto, atracó sucesivamente en los puertos de Siracusa, Sciacca, Messina y Palermo, dejando mercancías en las aduanas, que se demostraron venir infectadas del morbo pestífero. Una de las primeras personas en morir fue una mujer de Palermo que había estado con el capitán del bergantín; y murieron después varias personas de su entorno. Inmediatamente se cerraron las puertas de la ciudad, a instancias del médico Giovan Filippo Ingrassia.

Se dieron instrucciones por el Colegio de médicos de quemar y eliminar todo aquello que pudiera ser sospechoso de portar el mal. Los conventos de Santo Domingo y de san Francisco de Asís fueron destruidos parcialmente, y los enfermos encerrados en el palacio de la Cuba, convertido en hospital. Fueron sacrificados todos los perros, excepto los de caza siempre que permaneciesen atados. Para remediar el hambre se solicitó ayuda a los vecindarios cercanos, permitiéndose su llegada bajo vigilancia en las puertas. Los sospechosos de retener y robar prendas abandonadas por pestíferas con la intención de venderlas fueron ejecutados cruelmente.

Duró la peste un año, dándose por vencida en un bando promulgado el 22 de julio de 1576.

Un hijo del antiguo rey de Túnez Muley Amida, de nombre Carlos de Austria, por haber sido bautizado cristiano, llegó a Palermo procedente de Nápoles el 17 de junio, cuando ya la peste estaba dominada. Su padre retenido varios años en Castellamare por orden de Juan de Austria, había muerto en Termine y su tío reclamaba su cuerpo para ser enterrado en el panteón real de Túnez.

Acudió el duque de Terranova a recibir al ilustre invitado, el cual ponía como excusa de su llegada querer recuperar el manto real de su desgraciado padre. En realidad, vendría a conocer el estado de los bienes de la familia y defender sus derechos.

Accedió el presidente Carlo de Aragona a los deseos del rey Muley Mahomed, tío de Carlos. Desde Termine, el cuerpo de Muley

Amida fue trasladado a Palermo donde se acondicionó una fragata que llevaría el cadáver embalsamado hasta su país, custodiado por una de sus esposas.

El 13 de abril de 1577 desembarcaban en el nuevo muelle de Palermo Marco Antonio Colonna y doña Felice Orsini, nuevos virreyes de Sicilia. El duque de Terranova salió a su encuentro, a felicitarle por su llegada y ofrecer sus respetos. Las intrigas de los italianos de la Corte de Madrid habían logrado su propósito. Tras seis años de gobierno, Carlo de Aragona cedía elegantemente su lugar a Marco Antonio Colonna. Un gobierno, el del duque de Terranova, intachable, a juicio de los cronistas de la época, aunque severo, habría que añadir.

Marco Antonio Colonna

1577-1584

En noviembre de 1541, Marco Antonio Colonna se retiró prudentemente a su castillo de Marino, a 20 kilómetros de Roma, con el ánimo expectante sobre el recibimiento que la ciudad eterna iba a ofrecerlo, después de conocer la noticia de la victoria sobre los turcos en el golfo de Lepanto. Los otros dos almirantes estaban lejos: Juan de Austria en Mesina y Sebastiano Venier en Corfú. Los preparativos estaban decidiéndose en el Senado con no poco interés del pontífice que no podía ocultar su felicidad y estaba dispuesto a todo lo que dijeran los senadores, aunque aconsejaba algo de moderación para no incomodar a los españoles presentes.

La alegría de los romanos reclamaba algo más que las ya de por sí ostentosas celebraciones al uso. Se eligió el día de Santa Bárbara, 4 de diciembre, para la entrada triunfal de Colonna en Roma. Los preparativos duraron ocho días para dar tiempo a que sastres, joyeros y orfebres obtuvieran suficientes tejidos y ornamentos para las lujosas vestimentas y sombreros de los participantes. Se limpiaron y embellecieron las calles. Los músicos ensayaron sus intervenciones de manera que los romanos podían oír los tambores y pasacalles a cualquier hora. Los armeros bruñían espadas y corazas. La descripción de tan histórica ocasión quedó reflejada en una carta con que en esa misma fecha escribió

Domenico Fassolo *al molto magnifico Misser Anibale*, citada por Giulio Navone y Domenico Carro. También quedó reflejada en una de las paredes de castillo de Paliano, de los Colonna, y en curiosos documentos redactados por alumnos de la Universidad de Roma, que asistieron a los actos.

Los organizadores se inspiraron en los *Triunfos* que Roma dispensaba a los emperadores a su regreso de una guerra victoriosa. El mismo nombre de Marco Antonio coadyuvaba a la ilusión de estar viviendo una jornada digna de las plumas de Livio o Salustio. No faltaba el caballo blanco, para mejor ver al héroe, ni el desfilar de los prisioneros importantes y de los esclavos capturados, ni la inacabable procesión de caballeros en sus corceles, con armas, pendones y banderas. Acompañaban a Marco Antonio Colonna los miembros del Senado romano. A los vítores del pueblo se sumaban las campanas de las iglesias; los estruendos de la artillería; el repicar de los tambores y cuando estos sonidos cesaban y se hacía el suficiente silencio, alegraba los oídos *musica dolcissima*. En el palacio Colonna se conserva una estatua conmemorativa, en la que el escultor ha prescindido de la moda española en el vestir y ha cubierto el cuerpo de Marco Antonio al modo de los emperadores. Quince siglos después, el triunfador se mostraba sonriente, pero una nube de aprensión turbaba aquel momento de gloria, que su infalible instinto diplomático veía negativo.

Mientras saboreaba un reconocimiento público que pocos hombres han podido igualar en la Historia, sabía que tenía que hacerse perdonar por Felipe II y antes por Juan de Austria. Al mismo tiempo, para acallar a otros marinos, como Bazán y Doria, que ignoraban su pasión por el mar, se propuso repetir la hazaña, esta vez con más experiencia, más medios y un enemigo enormemente debilitado. Colonna estaba convencido de que la victoria de Lepanto debía aprovecharse mejor, eliminando definitivamente el peligro turco y extendiendo la cristiandad en todo el Mediterráneo.

A esta idea dedicó los siguientes años de su vida, tratando de reunir la flota combinada, con la misma habilidad, paciencia y persuasión que había utilizado para congregar antes de Lepanto las armadas veneciana, genovesa, francesa, y española (que incluía

Aragón, Nápoles y Sicilia) junto con la del Vaticano, de la cual era Almirante por decisión del Papa.

Marco Aurelio Colonna, merecía el triunfo celebrado en Roma. No sólo por su actuación durante la batalla de Lepanto (que fue brillante y decisiva); supo ceder ante la superioridad de Juan de Austria; y evitó la ruptura de éste con el veneciano Sebastiano Vernier. Consigió reconciliar a ambos con medias verdades sobre las disculpas que se pedían mutuamente. Y, sobre todo, fue Colonna quien más insistió en librar la batalla a mar abierto.

El papa Pío V había pedido solamente una ayuda defensiva, haciendo ver a los reyes de Francia y España las consecuencias de una invasión turca en tierras vaticanas, con la caída de Roma en sus manos. Pero Colonna veía más allá, al constatar la fuerza de la unidad entre eternos rivales en Europa y en Italia, y las ventajas que podían obtener a costa de mermar la presencia turca. En este sentido, algunos autores han visto en Marco Colonna un visionario de la unidad europea, y en sus adversarios cristianos los mismos obstáculos centrífugos por parte de quienes defienden protagonismos nacionales o locales.

Fueron estos obstáculos los que desquiciaron la aspiración de Marco Antonio de dirigir un segundo y definitivo Lepanto. Ante la evidencia de que el dragón estaba herido, pero no muerto, prevaleció en España la convicción de que una débil, pero real amenaza turca era preferible para justificar la monarquía española en Italia, que la total desaparición del peligro. A partir de Lepanto, las prioridades madrileñas en la guerra marítima vuelven a centrarse en el norte de África y en América...sin olvidar la idea de invadir, tal vez, Inglaterra. De todos modos, Felipe II accedió a enviar a Italia, por segunda vez, una flota, si bien disminuida con respecto a la primera. Confundiendo deseos con realidades, Colonna la vio engrandecida a sus ojos y se dispuso para repetir la hazaña.

Era máxima entre los marinos de la época no salir a buscar al enemigo frente a frente si no se tenía la convicción de contar con una flota que tuviera al menos las mismas posibilidades de victoria, por el número de naves y hombres de guerra a bordo. Colonna no le dio importancia a las comparaciones y sacó de Corfú la armada cristiana

el 7 de septiembre de 1572. No contaba Marco Antonio con que los marinos turcos no estaban dispuestos a sufrir otra derrota. En consecuencia, las naves de Colonna consumían jornadas tratando de encontrar al esquivo enemigo, jornadas aburridas que terminaron con la paciencia de la soldadesca y originó algunos errores de coordinación, que a punto estuvieron de hacer que Colonna pereciera ahogado por el hundimiento de su almiranta a raíz de un incendio fortuito.

Fueron magras las presas y botines que se obtuvieron en esta segunda empresa, por lo que cuando Marco Antonio regresó con las naves pontificias a Civitavecchia, el recibimiento, aunque cortés, ya no fue el mismo.

Sintiendo que el brillo de su estrella aminoraba, Colonna se trasladó a Madrid para explicarse ante el rey. El distanciamiento que presentía, desde que Felipe II se olvidara de agradecer sus servicios, en contraste con las cartas que envió a su hermano Juan y al almirante Vernier, no era tal. El rey parecía apreciar los logros de Colonna más de lo que los intrigantes de la Corte hubieran querido. Hasta se permitió ironizar sobre el “paseo” de la segunda empresa, en un tono comprensivo. Tranquilizados el bastardo, los Orsini, los Doria, los Moncada y los Sforza, en enero de 1577 Felipe II juzgó llegado el momento de premiar a Marco Antonio Colonna con el virreinato de Sicilia.

Para valorar el agrado con que Marco Antonio, profundamente napolitano, recibió el encargo de gobernar Sicilia, no está de más hacer algunas consideraciones de índole familiar.

Era el sexto y último hijo de Ascanio Colonna y Giovanna d' Aragona. Cuando Marco Antonio tenía menos de tres años, su madre abandonó al padre y se fue a vivir con toda la familia a la isla de Ischia, cercana a Nápoles. De modo que Marco Antonio no tenía recuerdos de vida en común con su padre. Por contra, sentía veneración por su madre, sentimiento en el que estaba acompañado de poetas y pintores de la época. En el museo del Louvre la belleza de Giovanna se exhibe en un cuadro atribuido a Rafael del Sanzio, basado en un lienzo de un discípulo suyo. Todo ello en el supuesto de que la modelo fuera ella y no Isabel de Requesens, virreina de Nápoles.

Ludovico Ariosto en su *Orlando Furioso* dedica *De Amore* a la madre de Marco Antonio y un compilador, Ruscelli, publica en Venecia en 1565, el siguiente título *Il tempio della divina signora donna Giovanna d'Aragona fabricato di tutti i piu gentili spiriti, in tute le principali lingue del mondo*.

En cuanto a su padre, Ascanio, de reconocido temperamento colérico, se sabe que lo mismo irrumpía en las habitaciones del pontífice, en el saqueo de Roma, que se unía a la facción francesa de Ferrante Sanseverino, enfrentándose al Emperador.

El desprecio de Giovanna hacia su marido, transmitido a Marco Antonio, adquiere en el hijo tintes de complejo de Edipo, pues llegó a ver con buenos ojos el encarcelamiento de su padre por el papa Julio III y su muerte en prisión. Su lealtad a Felipe II parecía tener raíces compensatorias. En medio de las críticas a su persona del Consejo de Italia, organismo madrileño inventado por el portugués Ruy Gómez, la decisión real nombrando a Marco Antonio virrey de Sicilia produjo un efecto balsámico. La conducta como gobernante de Marco Antonio ya no tendría otro norte que el de justificarse ante el lejano habitante de El Escorial.

No todo era vino y rosas en su nueva situación. El apocalíptico jinete de la peste se dirigía a la isla al galope. Fue la primera prueba del saber hacer de Marco Antonio en cuestiones de orden público y la superó satisfactoriamente. Se presentó en Mesina, donde el mal hacía mayores estragos, y exigió a los diputados superintendentes acudir a palacio a rendir cuentas diarias de sus actuaciones.

Un autor anónimo le dedicaba un libro titulado *Guía para el gobierno del virrey de Sicilia*; entre sus recomendaciones estaba la de pecar de justiciero mejor que de indulgente. Marco Antonio pecó de justiciero con quienes desobedecían las ordenanzas de la peste. Tres días antes de unas ejecuciones públicas de personas bien relacionadas se retiró de Palermo al monasterio de San Martino para no escuchar las súplicas de clemencia que acompañaban las lúgubres jornadas. Tampoco escuchó las peticiones de gracia del Senado en pleno que se presentó en palacio para pedir clemencia para Girolamo Colloca, influyente caballero.

En 1579 convocó el Parlamento para la asignación de fondos, que transcurrió de forma acostumbrada. Se aprobaron las cantidades y, como solía ocurrir, los diputados aprovecharon para pedir al virrey que intercediese solicitando algunas mercedes concretas. En esta ocasión la propuesta era que el rey accediera a usar los fondos no para mantener la caballería que era vista con prevención por los vecinos, sino para incrementar el poder naval fondeado en Palermo, que tranquilizaba más y era menos gravoso a la población. Cuando llegó la aprobación del rey a la propuesta, el prestigio de Colonna ante el Parlamento aumentó.

Al término de las sesiones, como siempre, se aprobaron los premios en metálico al virrey, su mayordomo y casa virreinal. Marco Antonio los rechazó, y ante la insistencia del Parlamento, zanjó el asunto diciendo que de aceptarlos veía imposible cumplir fielmente la misión que tenía encomendada.

En 1578 concluyó el Parlamento y el virrey pudo dedicarse a usar de los medios disponibles para embellecer Mesina y Palermo. En la primera ciudad había advertido, durante su estancia por la peste, que los muros que daban al mar estaban dañados por la sal marina. Fueron reparados y rodeados de un paseo placentero. Fortificó Melazzo. La carretera entre Palermo y Monreale fue ensanchada y guarnecida con hileras de chopos y abetos. A la entrada de Palermo, construyó una nueva Aduana y viendo que faltaba un monumento que iniciase la carrera del Cassero, decidió prolongarla hasta la Marina con un paseo amplio y una fuente monumental y erigir una nueva puerta de acceso que plació a la virreina, por lo que se le puso el nombre de *Felice*. También la famosa Puerta Nueva experimentó una profunda remodelación con abundancia de mármol. No contento con el nombre de *Marmorea*, Marco Antonio quiso que se llamase *Austriaca*, en vista de lo cual los palermitanos siguieron llamándola *Nuova*. Vincenzo Auria destaca el apoyo dado al teatro, la poesía, la pintura y la jurisprudencia, con la publicación del compendio de las *Constituciones y Pragmáticas del Reino de Sicilia*. Comparando Palermo con Mesina, el arzobispo Cesare Marullo, mesinés,

reconocía que no podía verse ciudad “más bella, limpia y deleitosa” que la residencia del virrey.

En 1581, sucedió un acercamiento inusitado de los tunecinos hacia Sicilia, que querían librarse del bajá Assam, nombrado por el Sultán de Turquía. El rey derrocado Muley Amida se había exilado en Palermo y ahora se veía reclamado por sus antiguos súbditos. Marco Antonio percibió la ventaja estratégica y pidió al gran Maestre de Malta que con sus galeras devolviese a la familia real de Túnez a su patria.

Ese mismo año el virrey tuvo que intervenir en Malta en apoyo del gran Maestre Giovanni de la Cassiere, porque la población se había rebelado contra él por haberse atrevido a prohibir los lupanares. Acudieron en su apoyo Pompeo Colonna, Diego Osorio, *strategoto* de Mesina y Luca Cifuentes de Heredia. Lograron imponer el orden, pero de aquella misión surgió el rumor de que el virrey había aprovechado los disturbios para deshacerse de un marido molesto. (El episodio completo se comenta al final de esta reseña).

En 1582 se produjo la reacción de la Sublime Puerta a los acontecimientos de Túnez. Comisionaron al marino Ulichialli para reconquistar la plaza, dándole el mando de una flota de sesenta galeras, luego ampliada a ochenta por creer el navegante que eran pocas. Volvió el pánico a Malta. Algunos acusaban al virrey de haber provocado a los turcos innecesariamente con la ayuda a Muley Amida. Marco Antonio se tomó el asunto a pecho y acudió a Malta con siete galeras y seiscientos infantes mandados por Manuel Ponce de León para asegurar que las defensas estaban en perfecto estado. Las naves de Ulichialli que merodeaban frente a las costas de Malta, se retiraron. Los adversarios del virrey presentaron una correspondencia aparecida en casa de un judío mesinés, entre el virrey y Ulichialli que consideran sospechosa de connivencia en el abandono. Lo cual, dicho sea de paso, no parecería sino otra prueba de la capacidad disuasoria de Marco Antonio.

Ese año llegó la confirmación del virrey por otros tres años, lo que agradó a muchos e inquietó a pocos, pero poderosos.

La permanente pugna entre las regalías que concedían a los reyes españoles y sus representantes a intervenir los nombramientos de prelados y nuncios presentaba a Marco Antonio una nueva ocasión de demostrar su capacidad para los pactos y mutuas renunciaciones en bien de la unidad de objetivos primordiales. En esta prueba, sin embargo, el virrey Colonna se dejó llevar por su inflexibilidad con respecto a la defensa de los privilegios de la Corona. La misma Iglesia, que lo había encumbrado como almirante de la flota vaticana, reaparecía como adversaria, acompañada por el largo brazo de la Inquisición española. Posiblemente creía contar con el apoyo de Felipe II, pero calculó mal, porque el juego de equilibrios entre poderes internos en la mente del rey era inescrutable.

En marzo de 1584 recibió Marco Antonio aviso de Felipe II recabando su presencia para tratar de un asunto secreto. La noticia dio pábulo a toda clase de especulaciones, desde quienes lo interpretaban como un cese disimulado a quienes imaginaban el encargo de un puesto de mayor trascendencia en el gobierno de las Españas. Apostar por lo primero públicamente era peligroso, de manera que las despedidas fueron calurosas, organizadas por su lugarteniente nombrado para la ausencia, conde de Briatico. La virreina quedó en Palermo con la familia, y Marco Antonio, en lugar de dirigirse precipitadamente hacia España, como lo haría si temiera las insidias de la Corte, se dirigió antes Nápoles, haciendo escala en Mesina. El virrey de Nápoles le hizo gran recibimiento. En junio todavía estaba en Italia visitando sus feudos de Paliano, Marino y Cisterna.

De allí pasó a Roma, donde permaneció siete días visitando y siendo visitado por miembros de la sociedad afines o considerados con la familia Colonna. El 23 de junio se embarcó en Civitavecchia, principal viajero de una flota de diez galeras sicilianas, dos de Nápoles, cinco de Florencia y tres de Malta. Pasaron a Génova, y de ahí llegó a Barcelona el 8 de julio.

Marco Antonio había recibido un aviso de sus informadores madrileños aconsejando que evitase pasar por Madrid y se dirigiese por derecho a El Escorial, presentándose directamente ante Felipe II.

Durante el viaje por tierras de Castilla se dice que fue recibido en Arcos de Jalón por el duque de Medinaceli. Luego prosiguió la marcha con su séquito, sintiéndose mal a la altura, curiosamente, de Medinaceli, donde tuvo que interrumpirla. Según el historiador Muratori el virrey “*fue enviado a la otra vida por un mal precipitado y violento, que hace dudar de veneno*”. Domenico Carro hace un paralelismo entre la muerte de Marco Antonio Colonna y las de Emiliano Escipión y Romulo Quirino. Entre las pocas empresas que cabría encomendar a Marco Antonio, sin incomodar a los adversarios italianos, y que necesariamente había que mantener en secreto estaría la de su presencia, junto con Álvaro de Bazán y el duque de Medina Sidonia en la *Empresa de Inglaterra*. Al asunto secreto que lo trajo a España, se añadió el del castillo de Medinaceli.

La muerte de Marco Antonio hizo que la figura de su mujer, María Felice Orsini, que hasta entonces se había mantenido en un segundo plano ante la arrolladora personalidad de su esposo, asumiera la responsabilidad de velar por la herencia y el prestigio de los Colonna.

A diferencia de su suegra, Felice había sido el tipo de esposa que Ignacio de Loyola propugnaba en sus repetidos intentos de convencer su suegra Giovanna de volver con su marido. El suyo tampoco había sido un matrimonio por amor, sino dictado por la política matrimonial del padre de Marco Antonio, sin consultar ni al hijo ni a la madre. Marco Antonio, aunque obedeció, no estaba muy de acuerdo, porque la dote de Felice, aunque grande, quedó establecida muy por debajo de la que el padre pagó por casar a su hermana Victoria con Pedro García de Toledo, de la casa de Alba. No era dinero lo que Ascanio pretendía del padre de María Felice, sino alianza con los Orsini, la familia más poderosa de Roma, y hasta entonces favorable a los intereses de Francia, lo cual hacía que su heredero, Marco Antonio, reuniese en su persona toda la fuerza de la nobleza frente al Papado.

Precisamente esa unión fue causante de la ruina que sobrevino cuando el papa por francés Paulo IV, de la familia napolitana Caraffa, expulsó a Marco Antonio, retuvo a María Felice prisionera en su palacio de Roma, como rehén, y expropió todas sus tierras de

Lazio, llegando a excomulgarlos como enemigos de la Iglesia, por haber participado en la toma de Siena y conspirado contra el pontífice. María logró escapar de sus guardianes y reunirse con Marco Antonio en Nápoles. Luego, el papa siguiente, un Médicis, los devolvería gran parte de lo perdido.

De ella se sabe que cantaba muy bien, y que su naturaleza tendía a la melancolía desde niña, huérfana de Francesca Sforza y Girolamo Orsini. Tanto Maria Felice como su hermano Paolo, se criaron en el palacio romano de la *Cancelleria Vecchia* bajo la tutela de su tío el cardenal Guido Sforza. Su educación fue típica de la aristocracia renacentista italiana, habiendo llegado a conocer, como protegido de la casa, al pintor Caravaggio.

La Historia le ha adjudicado un papel desairado, como de esposa olvidada, por los supuestos amores de Marco Antonio con la nuera del barón de Miserendino, Eufrosina Valdaura. Marco Antonio tenía predilección por su cuñado Pompeo (a pesar de estar convicto de haber sido el instigador del asesinato de su madre) el cual Pompeo actuaba demasiado libremente en Mesina, como strategato, y hombre de confianza del virrey. Un día apareció muerto a puñaladas en una calle de Malta el marido de Eufrosina, Calcerano Corbera. El pueblo relacionó aquella muerte con la protección que Marco Antonio dispensaba a la joven, desde que su marido y su suegro mataron a un paje suyo por celos no probados.

El episodio recuerda el triste fin de Beatrice di Tenda, la mujer del duque de Milán, también sorprendida con la presencia de un paje en su cámara. Ni siquiera el visitador Gregorio Bravo, enemigo del virrey, logró demostrar la connivencia de Marco Antonio con los asesinos, a pesar de que se dedicó a ello con gran diligencia. La conducta atribuida al virrey casa mal con la decisión de adoptar a la joven, pues en sus últimas disposiciones encargó a su esposa que continuase dándole apoyo. De hecho, cuando María Felice y sus hijos abandonaron Sicilia para volver a Roma, se llevaron consigo a Eufrosina. De haber habido relaciones íntimas entre el virrey y la viuda de Corbera, no parece lógico que una persona del carácter y rectitud de María Felice hubiera accedido a incluirla como un miembro de la familia. Marco Antonio, cuando alguien mencionaba maliciosamente el nombre de Eufrosina en su

presencia, respondía no querer rebajarse a comentar los chismes de la plebe. La historia de Eufrosina, como la de otras supuestas o reales amantes de virreyes ha evolucionado hacía formas novelescas, cuya dificultad reside hacer verosímil el personaje de la orgullosa y decidida Orsini. En su época, la acusación matar al marido de Eufrosina partió de un pariente del difunto, Ottavio Bonetta, cuyas alegaciones encontraron eco en el *Consejo de Italia* que asesoraba a Felipe II. En una carta a dicho *Consejo*, Marco Antonio refiere una conversación con el visitador, que dice haber escuchado del conde de Olivares, cuando estaba de embajador en Roma, comentarios sus supuestos amores con la baronesa de Miserendino, pero que él (Bravo) *se ha maravillado de semejante invención y que se muestra muy satisfecho del recogimiento con que vive esta señora, pues a su buen proceder hay que añadir que tiene como compañía una hermana de Ottavio Bonetta, que es una muy devota cristiana.*

Finalmente, Felipe II tranquilizó a Marco Antonio con las siguientes palabras:

Decid al secretario que escriba a Marco Antonio y lo certifique, que yo sigo estando enteramente satisfecho del modo en que me ha servido y, por lo que respecta a lo que me han dicho sobre él, que no he creído nada ni creeré nada si no es viéndolo abundantemente probado.

Coppi en sus *Memorie Colonnese* atestigua que Maria Felice quedó desolada por la muerte de Marco Antonio, lo que gustaba demostrar firmando sus cartas con el adjetivo *Infeliz* unido a su nombre de *Felice Orsina*. Murió en Roma en 27 de julio de 1586.

Giovanni Alfonso Bisbal, conde de Briatico

1584-1585

La estirpe Bisbal es de origen catalán, con el apellido italianizado como Bisbalo. Su aparición en la Historia de Italia se remonta a Francesco Bisbal, quien a finales del siglo XV fue premiado por sus servicios al rey Federico de Nápoles con el señorío de Briatico, localidad cercana a Valentia en Calabria.

A Francesco sucedió Ferrante, que siguió en el reino de Nápoles, recibiendo en 1543 el tratamiento de conde, al que añadió del de barón consorte de Pisciotta por matrimonio con Diana Caracciolo.

El segundo conde de Briatico, también llamado Francesco, era menos dado a servir al rey que a sus aficiones, entre las que llegó a destacar como músico. Como suele ocurrir con las terceras generaciones de un personaje afortunado, el nieto gastó más de lo razonable y tuvo que vender parte del patrimonio agrícola familiar.

Otro nieto de Francesco, Diego Bisbalo, barón de Bollita, fue poeta de mérito, educado por su tía Caterina al morir su joven hermana, Diana, madre del poeta.

Pasando a los bisnietos, el más recordado fue el tercer conde de Briatico, Ferrante, que falleció sin descendencia en una de sus naves, luchando contra los turcos en Lepanto. El título pasó a un sobrino, precisamente a Giovanni Alfonso, cuarto conde, por tanto.

Antes que de Sicilia, Giovanni fue presidente de la región napolitana de Basilicata. Había ingresado en la Orden de los

caballeros de *San Giacomo della Spada*, orden de origen portugués en honor del apóstol Santiago, que premiaba también méritos literarios y artísticos.

Gioavanni Alfonso ejercía como *stratigoto* de Mesina. Allí mismo tomó posesión en mayo de 1584, y no en Palermo, donde era de rigor. La parcialidad del conde de Briatico en favor de Mesina se manifestó enseguida, en contraste con la indiferencia del anterior virrey Marco Antonio Colonna, a quien reprochaban algunos mesineses que tuviese paradas las obras del palacio virreinal imaginado por Toledo y hecho realidad por el marqués de Pescara, aunque sin terminar. Bisbal, sabiendo que su autoridad podría ser de corta duración, se preocupó de que el palacio revistiese su elegante aspecto final. También fue empeño logrado suyo, la reforma del interior del Duomo, haciéndolo, en palabras de Blasi, *más moderno y más espléndido*.

Habiendo cumplido estos deseos en favor de la ciudad, Giovanni reunió el Parlamento en la sala más lujosa del nuevo palacio, justo un año después de iniciar su mandato. El ambiente para la concesión de sumas al erario era favorable. Los síndicos aceptaron aportar trescientos mil florines, bien que recordando al rey los privilegios de su flota de galeras, su regimiento de caballería, las gabelas sobre el cuero, la seda, y la harina. Y aprovecharon para pedir mantener estas ventajas, por lo menos, ocho años más.

Bisbal, logró hacerse apreciar del rey quien mostró su agrado convirtiendo el título italiano de Briatico en marquesado, en 1585. Una estúpida disputa con el almirante Andrea Doria, por cuestión de protocolo, redujo las probabilidades que tenían ambos de que Felipe II hubiera elegido a uno u otro como el siguiente virrey de Sicilia.

El protocolo, se sabe, es un arma política de las instituciones para detectar el grado de adhesión, bajo el axioma de que los menos dados a respetarlo son también los que menos identificados se sienten con sus principios y objetivos. Funciona como un sistema de seguridad, detectando puntos de posible peligro. En general, los conflictos de protocolo son elementos *fusibles* que no importa quemar para salvaguardar la integridad del resto. Especial

importancia tenían en la Corona española para el mantenimiento del equilibrio de poderes con la Iglesia católica.

En otro sentido, la etiqueta establecida sobre conducta a observar por cargos públicos, autoridades y público en ceremonias relativas a prelaciones, indumentaria, tratamientos, y demás normativa sobre protocolo, servían como forma de reconocer méritos y graduar la concesión de mercedes en proporción a los percibidos.

Esta segunda función podía generar conflictos que nada tenían que ver con el grado de fidelidad y mucho con la autoestima de quienes los originaban. El conde de Briatico y Andrea Doria escenificaron una disputa a propósito de quien debía adelantarse a saludar. Parece ser, según dejó escrito *il Maurolico*, que Andrea Doria cuando se presentó con su escuadra en septiembre de 1584 se extrañaba de no haber sido cumplimentado por el presidente del Reino y recibido con las cargas de artillería que esperaba. Bisbal, por su parte, hizo saber a Doria que el representante del rey en Sicilia era él y como tal esperaba recibir el saludo. Y para evitar que la autoridad personal de Doria se impusiera a los oficiales de la guardia del puerto, ordenó que los cañones permanecieran silenciosos, bajo pena de lesa majestad a quien se atreviera a disparar.

Sabedores los mesineses de la irascibilidad del Doria en cuestiones protocolarias, se expandió el temor de una reacción del almirante que resultase *funesta* para la ciudad. Un amigo de ambos, de nombre Antonino Ansalone, sugirió la forma de solventar el conflicto: proponía a Giovanni Bisbal que se embarcase en su galera y saliera al encuentro de la galera de Doria, que el almirante invitase al presidente a pasar a bordo de su nave y que ambos hiciesen su entrada en Mesina de forma que no se pudiese saber a quién estaban rindiendo honores los cañonazos que ordenaría el comandante de la guardia. (La solución ofrecida por Ansalone ya había sido utilizada en tiempos del virrey Juan de Vega con el mismo almirante Doria).

Doria dijo que se avenía a esta componenda, pero Giovanni Bisbal no quiso aceptarla y se obstinó en no homenajear al viejo almirante de ninguna manera. Entonces Doria ordenó al piloto de su galera dirigirse a una playa en la orilla opuesta, para desembarcar en Calabria. Preocupado por la repercusión que pudiera tener su actitud

en Madrid, el presidente acudió a este lugar, conocido con el ominoso nombre de *Sepulcro*, donde Doria lo recibió *fríamente*. El incidente de etiqueta portuaria hace exclamar a Blasi repitiendo el primer verso de la conocida sátira de Persio: *O curas hominum! O Quantum est in rebus inane!* (¡Que vacías son las preocupaciones de los hombres!).

Diego Enríquez de Guzmán, conde de Aliste

1585-1591

El gobierno de este virrey confirma la diferencia de percepción que los sicilianos tenían de sus virreyes según que estuvieran en el primer gobierno de su mandato (en que todo parecía ir a su gusto) en comparación con el segundo trienio, cuando, tanto los virreyes como los habitantes de la isla, se quejaban unos de otros por motivos diversos. Cruzado el límite de los seis años, las desavenencias se convertían en rebeliones y la perspectiva de nueve: en una pesadilla.

El por qué una y otra vez se solía prolongar el primer mandato queda dicho en el párrafo anterior, ya que, a su término, los sicilianos *todavía* se mostraban contentos y agradecidos por las muestras de interés y grandiosidad de las obras públicas acometidas durante ese tiempo.

Diego Enríquez de Guzmán, si nada se añade a ese nombre, puede ser confundido con otros personajes homónimos, también condes de Aliste, y también virreyes de otros reinos. Aliste es un río del reino de Galicia que da apellido a un cercano castillo muy antiguo, hoy en ruinas. Lo habitaron primitivos señores vetones, luego: invasores romanos, después, los caballeros Templarios, quienes ennoblecieron su planta, y donde se refugiaron hasta su ignominiosa expulsión. Fue propiedad del condestable don Álvaro de Luna y, tras su muerte en el cadalso, pasó a patrimonio real. Finalmente, la Corona la cedió a una familia noble, que durante siglos eligió el nombre de Enrique Enríquez de Guzmán para sus

primogénitos y condes Alba de Aliste. Pese a tanta historia, la familia prefirió vivir en su palacio de Zamora, por lo que el castillo de la villa de Aliste nunca volvió al esplendor de los Templarios.

El primer Enríquez, de nombre Alfonso, era nieto del rey Alfonso XI de Castilla y de su amante, doña Leonor de Guzmán. Su padre obtuvo el señorío de Haro. Su madre no figura en los anales y fue tatarabuela del virrey de Sicilia. No debe confundirse este virrey con el conde de Alba de Aliste, Luis Enríquez de Guzmán, que fue virrey del Perú tres años, desde 1650 hasta 1653.

Diego, el virrey de Sicilia, vivió en tiempos de Felipe II, primero en la Corte, como mayordomo de la reina Isabel Clara Eugenia. Sus expectativas mejoraron después de hacerse militar y participar en la batalla de Lepanto y, más tarde, en las contiendas que se libraban en Flandes.

Con la muerte de Marco Antonio Colonna, el virreinato de Sicilia quedaba vacante, a cargo provisional de Giovanni Alfonso Bisbal, conde de Briatico, lo que permitía al pensativo rey Felipe, un tiempo para decidir el verdadero sucesor de Colonna. El que más lo merecía era sin duda el príncipe Andrea Doria. Pero las rencillas con Bisbal, por cuestiones de protocolo referidas en el capítulo anterior no ayudaron a su candidatura. Otro que aspiraba a tan atrayente cargo era Paolo Orsini, duque de Bracciano, destacado también por su participación en la batalla de Lepanto. Este fascinante personaje de la historia italiana de vendettas de honor y crímenes familiares se acababa de casar con Vittoria Accorambonni, para lo cual hubo de matar previamente a su marido Francesco de Montalto. No llegó a ser virrey porque los ofendidos Orsini persiguieron a los huidos esposos hasta su refugio de Saló, donde acabaron con ellos ese mismo año de 1585.

Así pues, en lugar de entregar Sicilia a un príncipe italiano, siguiendo la política iniciada con Marco Antonio Colonna, Felipe II defraudó a los sicilianos, nombrando en Alcalá de Henares el 26 de enero de 1585 al quinto conde de Alba de Aliste.

Las galeras reales transportaron al nuevo virrey hasta Nápoles, donde atracaron a finales del mes de mayo. Allí fue recibido por el duque de Osuna, entonces virrey del reino vecino, el cual hizo

partícipe a Diego de los problemas de gobierno que amargaban su existencia, en especial desde la ejecución de Gian Vincenzo Staraci.

La estancia de Alba de Aliste en Nápoles se prolongaba más de la cuenta. Diego temió que el rey se preguntase por qué no estaba ya en Palermo. Esa intranquilidad le hizo concebir la idea de jurar el cargo en Nápoles por poderes, para lo cual escribió al presidente marqués de Briatico, el cual se mostró indignado por la descortesía del futuro virrey y se negó en rotundo.

No pasó desapercibida la desatención a los caballeros de la Orden de Malta, quienes se adelantaron a invitarlo a su isla cuando terminase su estancia en Nápoles. De esta forma los malteses buscaban reafirmar su protagonismo frente a la ciudad de Palermo. Cuando la situación interna de Nápoles mejoró lo bastante, arribaron en su puerto cinco galeras ofrecidas por el gran maestre, y de esa guisa navegaron los condes hacía su destino siciliano, adonde llegaron a primeros de agosto de 1585.

En opinión de Blasi, los condes de Alba de Aliste eran más circunspectos de lo que hubiera deseado el pueblo de Palermo. Contrastaba su presencia “severa y melancólica” con el talante de su predecesor, Marco Antonio Colonna, atento siempre a favorecer las instancias lúdicas y amables de los palermitanos. Pese al notorio retraso, Enríquez de Guzmán no renunció a una entrada triunfal, en la que brillaba con su presencia la virreina María Durrea, en carroza seguida de otras tres pertenecientes a damas de la nobleza. Juró el conde los privilegios en la catedral, y de allí se dirigieron todos a palacio, a celebrar la ocasión en la forma acostumbrada.

Pasó un año y en Palermo se supo que la infanta de España Catalina se había prometido al duque Carlo Emmanuel de Saboya, ocasión que la Corona vio propicia para pedir a los sicilianos que contribuyeran a sufragar la dote de la futura esposa. Con este motivo el Parlamento tuvo a bien aportar doscientos mil escudos sicilianos al erario, añadiendo treinta y cinco mil para el virrey, como solía hacerse, junto con una serie de peticiones que éste debería negociar con el monarca. Unos virreyes aceptaban gustosos la muestra de aceptación. Otros la agradecían igualmente, pero renunciaban a que se hiciese efectiva. Los condes de Alba de Aliste se contaron entre los segundos.

En Sicilia, como en muchas regiones mediterráneas, las cosechas oscilaban entre muy abundantes y paupérrimas en función de la oportunidad y cantidad de las lluvias. El año 1585 había sido muy malo y el virrey, que venía con la experiencia de lo ocurrido en Nápoles por los estragos del hambre, no escatimó recursos para alimentar a la población. Afortunadamente el año 1586 fue mucho mejor y las medidas adoptadas por el conde de Alba de Aliste bastaron para calmar los ánimos.

En política defensiva hay que consignar la aportación de Aliste a la Armada contra Inglaterra, de infausto recuerdo. Desde Madrid se solicitaba el envío de las galeras de Malta, lo cual obligó al conde a viajar a la isla para concretar los términos con el Gran Maestre y comprobar el cumplimiento de tan importante encargo.

En cuanto a la administración interna de la isla, lo más destacable de su gobierno fue la desecación del malsano lago conocido con el nombre de *Papireto*, cuyas emanaciones viciaban el aire de Palermo. También se deben al conde de Alba de Aliste dos iniciativas laudables de carácter social. Una fue la elevación de categoría del Monte de Piedad de Palermo, que llevaba una vida lánguida en unas dependencias del palacio del Senado y cobró nuevos ímpetus con la adjudicación de un edificio singular, el casón de la *Panadería*, remozado y adaptado al nuevo uso.

Ligada a esta iniciativa, se preocupó de que la obra pía que el Monte sufragaba para la protección de doncellas sin recursos tuviera medios suficientes y acomodo en un lugar apropiado, que, con el tiempo, se trasladaría en forma de monasterio al barrio de Santa Lucía. Otro empeño de carácter social fue la creación en 1589 del Hospital de San Giacomo de los Españoles, para la curación de soldados enfermos.

Como gobernador alcalde, el conde de Alba de Aliste erigió en la ciudad fuentes de agua abundante, que, limpia y potable, llegaba más fácilmente a los distintos barrios.

En estas circunstancias, no es de extrañar que el conde de Alba de Aliste, transcurridos los tres años de mandato, recibiera en agosto de 1588 una prórroga de tres años.

La narración que Blasi hace del gobierno de este virrey se detiene en este momento para, una vez más, lamentar su prórroga.

Reconoce que en 1588 Diego Enríquez de Guzmán era “amato e per la sua pietà, e per il suo desinteresse, e per l’amore della giustizia”. De haber regresado a España, su memoria quedaría entre la de los mejores virreyes.

Ocurrió, sin embargo, que el conde se excedió en el envío de trigo a España, en la creencia, fomentada por los mercaderes sicilianos, de que la isla era un emporio inagotable cuando las cosechas venían bien. A comienzos del segundo mandato el virrey quiso agradar a los mesineses trasladando su séquito a la ciudad con motivo de ciertas celebraciones religiosas propiciadas por el Papa Sixto V.

El año 1590, el virrey seguía en Mesina, cuando se hicieron sentir de nuevo los efectos de la falta de pan, en parte por una nueva mala cosecha y en parte por el agotamiento de existencias a causa de los envíos a España. Sin reconocer que mucha culpa a aquellas exportaciones la tenían los propios mercaderes, ansiosos entonces de dar salida a un parte de sus existencias, los sicilianos relacionaron *hambre de hoy con exportaciones de ayer* y acusaban al virrey de preferir los estómagos de los españoles a los suyos.

La reacción del virrey, molesto con los acaparadores, a quienes juzgaba verdaderos culpables, consistió en obligarlos a declarar sus existencias bajo penas muy graves, y a fijar los precios del pan dentro de unos márgenes asumibles por los ciudadanos más pobres.

La teoría económica advierte lo contraproducente de medidas de regulación de un mercado en apuros que no consistan en un aumento efectivo de la oferta. En Sicilia ocurrió que los comerciantes ocultaron sus reservas. La oferta en lugar de aumentar disminuyó, y el mercado negro elevó los precios a niveles nunca alcanzados.

Regresaban los virreyes, preocupados por la mortandad creciente, a Palermo cuando la Providencia pareció señalarlos como culpables a los ojos de los supersticiosos palermitanos con un suceso lamentable. Para el desembarco de los virreyes y sus variados y múltiples acompañantes, se había preparado un puente de fortuna, fabricado de madera, que llevaba un tiempo instalado en el muelle, sin ser mantenido en buen estado. Justo en el momento en que lo pisaban saliendo del barco los virreyes, y recibéndolos el arzobispo, los

magistrados, los senadores y los nobles de Palermo, la estructura cedió y cayeron todos al agua. El arzobispo y los virreyes se salvaron de morir ahogados, pero hubo personajes que tuvieron peor suerte. El número de víctimas que citan los historiadores Talamanca y Paruta son claras exageraciones, pero reflejan el impacto emocional de lo ocurrido.

Lo cierto es que la buena fama de que gozaban los virreyes se vio nublada por su *mala estrella*, que contaminaba sus actos y perjudicaba a quienes iban dirigidos.

La despedida fue algo humillante. El conde había reunido un Parlamento económico, dejando claro que no esperaba nada por encima de lo normal. Los senadores fijaron las cantidades acostumbradas, pero sin incluir el donativo al virrey, aun a sabiendas de que no iba aceptar. Pidieron también una reparación por el trato altanero recibido con ocasión de las medidas contra el hambre. El desagravio que proponían era que volviese a jurar los privilegios y en el especial el de no dirigirse a los ministros de la ciudad en tono “ex abrupto”. También esta condición fue aceptada por el virrey, pero no así por la cúpula militar, que la consideraba fuera de lugar e inadmisibles.

Los condes, habiendo cedido por el bien de la tranquilidad pública, trataron de no seguir perdiendo la estima real y solicitaron a Felipe II ser relevados del cargo, alegando, de forma convencional, “mala salud”. La petición fue aceptada benévolamente y quedó encargado del Reino, de manera provisional, el arzobispo de Palermo, Diego de Aedo.

Vincenzo Auria comenta que el virrey, habiendo coincidido con el arzobispo en la librería del Senado, le pidió que retrasase la toma de posesión de Aedo hasta después de su partida, para no tener que estar presentes él y la virreina, petición que fue aceptada cortésmente.

La salida al mar fue accidentada por culpa de los vientos contrarios que obligaron a los virreyes a retornar a palacio. El adiós definitivo se produjo en Mesina, el 16 de marzo de 1591, cuando llegó el conde de Olivares, que venía de embajador en Roma. Según el *Diario de Palermo*, de Giovanni Marzo, entre los que vieron partir las galeras se oyó a alguien decir “¡Así se partan el cuello!”.

Diego Enríquez de Guzmán y María Durrea volvieron a España y se instalaron en su palacio de Zamora, no lejos de Alba de Aliste. El rey lo llamó pronto a la Corte, con el cometido de mayordomo de la esposa de su hijo Felipe III.

Después de morir Felipe II, el nuevo rey concedió al V conde de Alba de Aliste el preciado toisón de oro. Vivió para ostentarlo sólo dos años más.

Enrique de Guzmán, conde de Olivares

1591-1595

El primer conde de Olivares, que se llamaba Pedro, hizo una gran fortuna y adquirió mucho poder en Andalucía bajo la protección del emperador Carlos V, a quien se unió en su lucha contra los Comuneros de Castilla. Parte de sus riquezas le vinieron de su mujer, Francisca, de origen judío. Pedro fue quien dio nombre a la localidad sevillana de Olivares, cuyo señorío ostentaba y que hasta entonces era conocida con el antiguo, menos eufónico, de Estercolinas.

Sin duda, el conde de Olivares más famoso fue el nieto de Pedro, que superpuso el título de duque al de conde y que fue el valido más duradero del reinado de Felipe IV. La crítica histórica al conde duque Gaspar Enríquez de Zúñiga está plagada de lamentaciones por la pérdida de poder en Europa de la monarquía española, y su figura es más denostada que alabada. A este destino no escapan fácilmente los favoritos reales en España, empezando por don Álvaro de Luna, pasando por don Rodrigo Calderón, el duque de Lerma, el propio conde duque de Olivares y don Manuel Godoy.

El segundo conde de Olivares, Enrique, que es el que corresponde a la historia de los virreyes de Sicilia, fue padre del conde duque. Era hijo primogénito de don Pedro, nacido en 1540 y convertido pronto en cortesano a la sombra del poder feudal y financiero de su padre. Acompañó a Felipe II en viajes nupciales y jornadas más cruentas, como la batalla de San Quintín, donde tuvo la suerte de recibir una herida leve en una pierna.

Atento a mejorar la fortuna heredada, Enrique de Guzmán se especializó en el cobro de los impuestos de alcabala en tierras andaluzas, función que realizó con prudencia, pero no sin el legítimo beneficio. Sus cualidades como gestor leal lo llevaron a desempeñar el cargo de alcalde mayor de los alcáceres sevillanos, con el título de Contador mayor de cuentas.

Ingresó en la Orden de Calatrava en 1561, aún muy joven. Cuando creyó llegado el momento de contraer matrimonio pensó en emparentar con los Alba directamente, pero al cabo fue la hija del IV conde de Monterrey, María de Fonseca y Zúñiga quien resultó elegida en 1579. María prefería el apellido Pimentel y así fue conocida en Sicilia, donde pronto adquirió fama de persona beata y generosa. Antes de ser virrey de Sicilia, Enrique de Guzmán había sido embajador de España ante la Santa Sede frente a pontífices tan poco hispanófilos como Sixto V. Pero, en 1590 murió este pontífice y doña María aprovechó para tratar con Clemente VIII, tres años más tarde, la eventual traslación a Palermo de la cabeza de una mujer mártir cuyos huesos se habían encontrado en las catacumbas romanas, junto a la inscripción *locus ad Nympha dictus*.

En Palermo se sostenía que dicha virgen era siciliana y que debía volver a su patria natal, para ser venerada cumplidamente. A esta idea se oponían espíritus escépticos de la Curia, que dudaban de la autenticidad del relato.

Los virreyes organizaron fastuosas ceremonias para celebrar la sagrada adquisición, y una localidad de Trepani recibió para siempre el nombre de la virgen. El espíritu de confraternidad que propiciaba aquel suceso se manifestó en actos de clemencia del virrey, entre los que hay que registrar el perdón a los cuarenta y ocho presos que se pudrían en las cárceles en espera de condena capital.

Durante el gobierno de los condes de Olivares, ocurrió en Malta un conato de peste que fue conjurado gracias a las medidas de Olivares, que se desplazó a las islas del archipiélago como acción preventiva de las costas sicilianas, prohibiendo el comercio y la navegación hasta que cesase el peligro. La pericia del doctor Pietro Parisi, enviado por el conde desde Sicilia para ocuparse personalmente de dictar las providencias oportunas, resultó decisiva.

A diferencia de los siglos más recientes, XX y XXI, en que gobiernos que se consideran ejemplares conviven con penas de muerte de forma rutinaria y periódica y sin que los libros de historia registren minuciosamente cada ejecución, en los tiempos del *diario de Palermo*, los cronistas no perdían ocasión de llenar sus páginas con estos relatos, con la disculpa secular de ser ejemplarizantes.

En tiempos del conde de Olivares, se produjo la ejecución del bandido Giorgio Gioavnni Lanza de forma cruel. Todo empezó porque la población del valle de Demona, uno de los tres con configuran la isla, apenas podía dormir, pensando en la aparición de los secuaces de Lancia, al cual seguían más de doscientos malhechores fieles y contentos por recibir su parte de los robos de dinero, plata y joyas, acomodo en bellas mansiones y un mirado reparto de la forzada compañía de sus moradoras.

Sus actos de latrocinio buscaban preferentemente a quienes se sabía que guardaban joyas o dinero en cofres y lugares secretos, conducta más típica de comerciantes y agricultores ricos, que de labradores a sueldo. De Lancia se decía, como de Robin Hood o Luis Candelas, que robaba a los ricos para dar a los pobres. Su banda, que en un principio no era más numerosa que las habituales en aquellos valles, fue aumentando en número hasta superar los doscientos hombres armados, sin un lugar definido de permanencia. Aprovechaban la noche y la sorpresa para actuar. La osadía y cuantía de los latrocinios y crímenes aumentaba en la medida que las fuerzas del orden solían *encontrarse lejos y llegar demasiado tarde*. En parte por temor y en parte por connivencia culpable.

La resolución a la que llegó el virrey no varió sobre la de antecesores suyos en semejantes circunstancias, no infrecuentes en la Sicilia profunda. Había que encontrar una autoridad desvinculada de las familias, tierras e intereses del valle de Demona, dotarla de poderes omnímodos y significarle la importancia que para la isla y para su carrera futura supondría erradicar la inestabilidad y el terror en aquellas provincias. Para ello se precisaba de alguien con vasallos suficientes para conformar un ejército capaz de hacer frente a Lancia con sus mismas armas y tretas.

El virrey ofreció la tarea a Francesco de Moncada, conde de Catalnisseta, el cual aceptó viendo en ello la ocasión de prosperar en la estima del rey de España. El método elegido por Moncada, para debilitar al bandido Lancia fue publicar por todo el Reino un indulto a todo aquel que hubiese participado en crímenes atribuidos a Lancia, con la sola condición de que “demostrase haber matado a uno de sus compañeros” y aportase su cabeza. La idea se prestaba a que funcionase aprovechando el candidato a indulto la más leve disputa. Empezaron las deserciones y, cuando fueron demasiadas, Lancia huyó a Nápoles. Pero en Nápoles fue traicionado y ejecutado de la forma que se lee en el Diario: descuartizado en Mesina entre cuatro galeras.

Antes de abandonar la ciudad, los mesineses quisieron asegurarse de que el virrey era consciente de que tenían el privilegio de estar exentos del pago de aranceles aduaneros en el puerto de la ciudad, alegando un antiguo privilegio aceptado por Moncada antes de partir. A esto el virrey Olivares contestó que no tenía constancia de ello, pero no quiso seguir allí para imponer su criterio y dejó encargado de ignorar el privilegio de la Aduana al marqués de Geraci, Gioavanni de Venimiglia. La forma en que Ventimiglia resolvió este trabajo hercúleo, se parece mucho a otras tretas usadas en ocasiones anteriores y referidas en este libro. En lugar de oponerse de frente a los tumultos que ocupaban las calles y parecían imparables, optó por hacer como que se unía a los sediciosos. De esa forma congregó en torno a su persona un número suficiente de seguidores, que obedecían sus órdenes no por intereses comerciales, sino por ser él quien era. Llegado el momento Ventimiglia se erigió en jefe de la turba que ocupó la Aduana, amedrentando a los funcionarios que allí había. Tomó los libros de cuentas y los destruyó con sus propias manos. Los amotinados regresaron satisfechos a sus hogares. Volvió la calma a la ciudad. Pero Ventimiglia ya sabía quiénes eran los instigadores y donde encontrarlos. Días más tarde los cadáveres de estas personas aparecieron colgando de unos palos en forma de andamios.

Mientras esto ocurría en Mesina, el conde preparaba su entrada triunfal en Palermo, no sin antes asegurarse que no le pondrían un puente de madera como el fatídico que idearon para el

conde de Alba de Aliste. No, el suyo sería de mármol por la entrada de la *Porta Felice* el 9 de enero de 1592 con una escolta de 16 galeras napolitanas.

La ciudad de Palermo no rebosaba felicidad. Todavía se hacían sentir las excesivas exportaciones de trigo que había propiciado el conde de Alba da Aliste, alentado por los comerciantes que en 1585 habían temido un exceso de oferta.

Esta primera prueba, el virrey la superó con importaciones de urgencia, logrando, según escribe Auria, que el precio de una onza de salma de trigo disminuyese en la proporción de ocho a dos; pero pronto acaeció otro infortunio de los que salpicaban con la sospecha de “gafado” el gobierno de un virrey. Sin saberse la causa, el hecho fue que la santabárbara del fortín cercano a la cárcel explotó, lo cual, lejos de liberar a los presos allí reclusos, causó la muerte de muchos.

Uno de ellos era el poeta Antonio Veneciano, muy querido en Italia y apreciado aún más entre los literatos. Lo trágico es que su presencia en la cárcel se debía al deseo de los virreyes de salvarlo de una condena más fuerte que pesaba sobre él por haber escrito un libelo infamatorio, precisamente contra sus amigos los virreyes. Era compañero de armas de Cervantes. En el *Appendice Ossiano* con adiciones al Diccionario Universal de la Lengua Italiana, (Palermo, 1846, páginas 80-82) puede leerse:

Naque Antonio Veneziano nella città de Monreale verso l'anno 1543, e Veneziano fu chiamato, perchè suo padre era di origine veneta, ma il suo cognome fu Vallone. [...]
Il nostro Veneziano perciò allontanandosi della carriera degli studii eclesiatici e filosofici, ed antichità, che avea pur gustato, sedide entieramente alla poesía latina, italiana, spagnuola, e principalmente vernacula, e nelle sue poesie ammiravasi- como tutor si ammira- la maestria dello stile, l'amenità e la facilità dell' elocuzione, la vivacità delle immagini, e da per tutto, lo spirito e le grazie.

Añade el Diccionario que esa misma facilidad lo impulsaba a publicar epigramas mordaces, satíricos y obscenos, que engrosaban

volúmenes en lengua vernácula. No era Veneziano un poeta sedentario; acudió a acciones contra la morisma y fue hecho prisionero. Los palermitanos, que lo amaban, hicieron una colecta suficiente para pagar su rescate y se sintieron recompensados con las fiestas que organizaron para recibirlo tras su liberación. También los virreyes apreciaban su culta compañía, como era el caso de Francisco de Toledo. Los loores que aparecían en lengua latina en los arcos triunfales solían deberse a su fácil pluma.

Es de notar que el virrey conde de Olivares sentía una principal aversión por los aduladores, de los que desconfiaba y en cambio admiraba a Veneciano, a pesar de los epigramas que le asestaba. El gran Torcuato Tasso dedicó un tiempo a familiarizarse con la lengua siciliana, para gustar mejor de la poesía de Antonio. Vaya un ejemplo de octava siciliana, obviamente dirigida a “unos ojuelos”.

*Ucchiuzzu beddu, graziusu, ardenti
Che movi la pupidda juculana
E di tia namurari fai li genti
Cu la vista, ora saggia, ora vana.
Un sguardo to eu effetta differenti
E li visceri, e il alma mi trapanna
All' irta mi ferisci acerbamenti
A la calata poi duci mi sana.*

Unos ojos que se cerraron definitivamente fueron los de la virreina, doña María Pimentel, el 26 de noviembre de 1594, apenas un año después de haber logrado fama como la virreina que trajo a Sicilia la cabeza de Santa Ninfa. Su cadáver estuvo expuesto en un túmulo piramidal en la iglesia de Santa Cristina, antes de ser repatriado a España.

Mientras aún se veían las costas de Palermo, los ojos del virrey contemplaron por última vez los destellos del faro construido durante su gobierno, llamado la *Linterna del Molo*, que sobresalía encima de la torre más alta del Muelle. Desde allí lo despedían nobles, magistrados y el pueblo de Palermo, dando señales notorias de tristeza,

Giannone, en su *Storia Civitatis del Regno di Napoli*, ciudad a la que se dirigía el viudo conde, decía de Enrique de Guzmán, que había nacido “para gobernar”. Hombre de carácter filosófico, al que algunos amigos apodaban el *Estoico* por reconocer que no merecía la pena perder una hora en asuntos que no tuvieran remedio; en cambio se desvivía mientras quedase esperanza de poder resolverlos. Tal vez de entre los virreyes españoles fue el que con menos palabras se labró mayores muestras de simpatía entre sus gobernados. Cito de nuevo a Blasi:

Perdete il nostro regno in questo cavaliere il piu saggio, e il piu prudente governante, il cual per la sua gran perizia, e facilità nella spedizione degli affari politici, per l'amore della giustizia, moderato della prudencia, eper aver sempre tenuti, commo abbiamo detto, lontani dai suoi fianchi gli adulatori e cortigioani, resse così bene la Sicilia nei breve tempo che vi dimorò, e nelle critiche circostanze , nelle quali si trovò, che partendo lasciò ogni ordine col desiderio di se stessso.

Giovanni III Ventimiglia, marqués de Geraci

1595-1598

Era hijo de Simone II y de María Antonia Ventimiglia, casada cuando tenía doce años, en 1552. Como cabe imaginar, la boda estaba decidida con criterios de sostenibilidad económica. Luego, Simone II hizo algún mal negocio creando una empresa de paños y gastó más de la cuenta en fundar una abadía, de manera que cuando murió joven, por unas fiebres terciarias, dejó a María y a su hijo Giovanni en una situación tan precaria que rondaba la insolvencia. En consecuencia, los albaceas tuvieron que vender tierras en San Mauro y Castelluzzo, Pollina y otras posesiones.

En 1573 Giovanni cumplió catorce años y sus tutores consideraron terminado el encargo, dejando el cuidado de la administración al juez Giambattista de Ballis, de la Corte de Palermo. Uno de sus tutores, Carlo Tagliavia, convenció a Giovanni para que se casase con su hija Anna. Los motivos fueron idénticos a los que presidieron la boda de sus padres. También en este caso había una componente endogámica (Anna era hija de Margarita Ventimiglia), también los esposos eran muy jóvenes y también el motivo consistía en “non uscire di loro famiglia lo stato e i beni loro, ritrovarsi il signore *minore*, et il suo stato mal administrato”.

A modo de consolación, destinaron una parte de los ingresos a embellecer y ampliar el castillo de Castelbuono, convirtiéndolo en un verdadero palacio, para satisfacción de Anna y de los arquitectos

Nicolino Gambaro, genovés, Leonardo Tumminaro y Bernardino Lima.

Ocurrió que Anna murió sin descendencia en 1580, y Giovanni III quedaba obligado a devolver la dote a su suegro Carlo s'Aragona. Abandonó el castillo y se trasladó a Palermo, donde ocupó su primer cargo como diputado del Parlamento en mayo de 1585. El siguiente paso en la política lo llevó a Messina, como *stratigoto* (gobernador) en otoño de 1588. Ocupó este cargo hasta 1594.

La personalidad de Giovanni III como gestor se afianzó durante el gobierno del conde de Olivares. En el capítulo anterior aparece su enfrentamiento en Mesina a unos sediciosos que clamaban contra los aranceles, haciendo como si fuera uno de ellos y rompiendo los cuadernos de la Aduana. Conseguida la tranquilidad de esta forma, inicua para la Corona, los culpables se mostraron sin reservas, de manera que pudo arrestarlos fácilmente y hacer que sus cadáveres aparecieran una mañana colgados de unos postes. No se volvió a hablar del privilegio de la Aduana.

Mayor beneficio para Mesina supuso la defensa que Giovanni III Ventimiglia montó en la ciudad, al aceptar a la infantería y caballería de Val de Noto y de Valdemone, para evitar la invasión otomana de Sinnan Bassá, un curioso personaje italiano convertido a la religión de Mahoma, y que pertenecía a la novelesca familia de los Cicala, armadores de una flota poderosa.

Ventimiglia se sirvió de infiltrados para disuadir a Sinam de atacar Mesina, que era la idea original del renegado. Con su acción desvió la atención de Sinam contra las poblaciones de la costa de enfrente, cuyos efectos mostraron a los mesineses la catástrofe que Ventimiglia les había evitado.

Durante su estancia en Mesina, aparte de estos hechos notables, Giovanni amplió su familia dejando una hija natural a Pinuzza Patti, que bautizaron Beatrice, y contrajo nuevos esponsales con una jovencísima Dorotea Branciforte, cuya dote de 55.000 escudos pagaría su padre Fabrizio, príncipe de Butera. El matrimonio fue celebrado con lujo en Castelbuono. Luego regresaron a Mesina, donde les sorprendió el nombramiento del conde de Olivares, entonces virrey de Sicilia, como virrey de Nápoles.

La manera en que Ventimiglia se había comportado como *strategoto* de Mesina, influyó en Olivares para proponerlo como presidente del Gobierno, cargo equivalente al de virrey con carácter interino. La propuesta fue aceptada y sellada en El Escorial el 21 de julio de 1595. Previamente, en marzo, Felipe II había otorgado Giovanni el título de príncipe de Castelbuono.

El gobierno de Giovanni Ventimiglia se caracteriza por una resistencia a aceptar la hegemonía que Palermo ejercía sobre el resto de las ciudades de la isla. Sus preferencias se decantaban por Mesina, donde quiso fundar una Orden de Caballería. Reunió numerosos caballeros de diversas partes de Italia, para defenderla de Sinam Bassà. Su enseña era la cruz de Malta, con una estrella en medio, significando la de los Magos de Oriente. Llegó a cuajar y Felipe II le dio su aprobación. La ocasión sirvió para organizar justas y torneos que fueron muy celebrados por la población. Estas actividades caballerescas de Giovanni tenían como precedente su interés por la literatura de Ariosto y Tasso, que se manifestó durante su estancia en Palermo, antes de ser *strategoto* de Mesina.

Existía en la ciudad una academia culta llamada de los *Académicos de la Crusa*, que dedicaba tiempo a discutir quién era mejor escritor: Ariosto o Tasso, y luego desarrollaban los argumentos en forma de *Diálogos*. Giovanni entró en contacto con estos intelectuales y fruto de aquellas sesiones fue su proclamación del autor de *Orlando Furioso* como muy superior al creador de la *Jerusalén Liberada* en un capítulo del libro de Niccolò Oddi. Con el tiempo (y la mediación de Oddi) Giovanni Ventimiglia llegó a conocer personalmente al denostado Torcuato Tasso, a quien después favoreció no sólo con amistad sino con importantes sumas de dinero, en años diversos. Tasso, que se declaraba pobre de solemnidad, aceptaba las ayudas y comprendía que algo tenía que hacer para merecerlas, pero se excusaba diciendo que no tenía bastante información sobre la familia. En realidad, sólo sabía que descendía de un normando y que por eso su apellido más antiguo era Norman. Aparte de un soneto dedicado en 1590 y unas líneas en canto XX de la *Gerusalemme conquistata*, Tasso fue procrastinando su deuda de poeta con Ventimiglia, mecenas, pensando en pagarla en su próximo libro *De Tancredi Normando*. Pero tampoco en esta obra hay nada

que recuerde a Ventimiglia. La ingratitud de Tasso, mezclada con sus peticiones de ayuda, solo cabe explicarla por desidia o por el recuerdo de las opiniones críticas vertidas en el *Diálogo* que el fraile Oddi intentaba desesperadamente hacerse perdonar.

Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda

1598-1601

Fue el tercer duque de Maqueda sólo por un año, el último de su vida. Este importante título nobiliario, que se refiere a una ciudad cercana a Toledo, le fue otorgado a su bisabuelo por Carlos V, después de que los Reyes Católicos lo distinguieran como Adelantado Mayor de Granada, por sus hechos en la toma de Almería.

Bernardino nació en 1555, hijo de Juana de Portugal y de Bernardino de Cárdenas Velasco. Se casó en 1580 con Luisa Manrique de Lara, duquesa de Nájera y tuvo once hijos, uno cada año y medio de casados.

Dice Rivero Rodríguez en el Diccionario de la Real Academia de la Historia, que Bernardino vivió una vida cómoda en la corte de Felipe II hasta 1592, año en que la muerte del virrey de Cataluña dejó vacante ese cargo, que en aquellos momentos era un reto peliagudo. Tres eran los problemas, no pequeños, que esperaban al candidato: el descontento interno, las incursiones francesas en la frontera Norte y los ataques corsarios en las costas. Quienes ya gozaban de prestigio en la Corte no querían exponerlo en Cataluña, donde el fracaso en alguno de los tres desafíos bastaba para empañar una fama. Felipe II arriesgó mucho eligiendo a un inexperto Bernardino y acertó. Hacía falta allí alguien sin prejuicios y con espíritu práctico, que midiese sus pasos en función de los escasos recursos disponibles. Bernardino supo obtener pequeñas ganancias,

limitando los riesgos. Esa conducta fue apreciada por el Consejo de Estado, que lo nombró virrey de Sicilia, siguiendo la recomendación del poderoso conde de Miranda.

El nombramiento no parece haber entusiasmado al elegido, pues se las arregló para seguir en España diez y siete meses más, tal vez temiendo verse alejado del centro de poder en caso de fallecimiento de Felipe II. Pero el rey seguía vivo y el virrey tuvo que embarcar con su familia en marzo de 1598 rumbo a Sicilia. Arribaron al Molo el 1 de abril a *las diez de la noche*.

Como era ya costumbre, la comitiva se dirigió al castillo y jardines de Cifuentes, como huéspedes de los duques de Bayona cerca de la puerta de San Jorge. Y permanecieron hasta el día en que comenzaron los festejos en honor de los nuevos virreyes, al término de los cuales tomaron posesión del palacio. Allí pudieron ver las estancias y orden del edificio, que en la mente de Cárdenas merecía ser más grande y majestuoso.

Dejando ese asunto para más tarde, recordó la orden que traía consigo de arrestar y poner en prisión a los síndicos palermitanos, cosa que hizo al punto para no dejarla sin cumplir. Acto seguido, los puso en libertad.

El duque de Maceda fue un buen virrey. De él dice el cronista Auria que su gobierno fue *feliz*. Pronto se dio cuenta Bernardino de que el centro de operaciones para la defensa de la isla era Mesina, debido a la preferencia que los corsarios mostraban a operar en el estrecho que la separa de la región de Calabria.

Por eso se trasladó a aquella costa con intención, no ya de poner fin a las correrías de los islamistas, sino de hacer lo mismo que ellos, armando bajeles corsarios que apresasen navíos enemigos en beneficio de las arcas públicas, bien aportando esclavos, bien con las riquezas que encontrasen en sus bodegas.

En medio de estas guerras de navíos con patente de corso, Vincenzo Auria cuenta una historia típicamente siciliana, cuya fuente sería un tal Cesare Campana, repetida por los autores Longo y Caruso, que comienza con un cautivo mesinés, llevado por los turcos a su país cuando era joven. Se convirtió al islamismo y cambió su nombre de Scipione Cicala por el de Sinam Bassà. Sus dotes de marino lo llevaron a ostentar el cargo de general de una armada turca

que operaba en aguas maltesas. La idea era capturar naves cristianas para aumentar el poderío de su flota, con aportaciones singulares y periódicas de nuevos efectivos de barcos y galeotes.

Las primeras medidas del virrey Cárdenas se encaminaron a reforzar las defensas de las ciudades del estrecho, y por un breve tiempo pareció alejado el peligro. Pero el 18 de septiembre de 1598 volvió a aparecer frente a la costa de calabresa, amenazando Reggio. Al saberlo, Cárdenas organizó una leva de gente de mar y la puso bajo mando de Pedro de Leiva, con orden de proveer a Reggio de municiones, pues, aunque no era una ciudad de Sicilia, sí que era un punto estratégico para la defensa del estrecho.

Añade Auria que, mientras Cárdenas vigilaba, se presentó un curioso personaje en Mesina de parte de Sinám Bassá. Era un esclavo cristiano de Sinám, que recobraría libertad con la condición de solicitar del virrey que enviase a la madre de Sinam, Lucrecia, al puerto de Motone, para volver a verla y abrazarla, porque le echaba mucho de menos, después de tantos años Y que, si el virrey accedía, prometía alejarse y no volver a molestar las aguas del rey de España. En garantía, enviaría a su hijo como rehén del virrey. También decía que la razón de sus ataques a Calabria era porque el conde de Olivares se había negado a lo de su madre cuando se lo pidió.

El duque de Maqueda fue más práctico y aceptó recibir *ammorevolmente* al hijo de Sinam como rehén, y facilitar el viaje de Lucrecia, la abuela, con dos hijos de ella en una galera real. Una vez reunidos los cuatro, el Bassá derramó *tiernas lágrimas de alegría* y permitió que su madre regresara a Mesina en la misma galera en que había llegado a Motone. Al día siguiente Sinam Bassá levó anclas y partió hacia la costa africana. Pudo haber atacado la isla de Gozo, que estaba algo menos preparada, pero continuó viaje cumpliendo lo prometido.

Mayor huella en la historia de Sicilia dejaron las reformas que el duque de Maqueda acometió para modernizar la ciudad de Palermo, cuando regresó de Mesina. La más celebrada fue dividirla en cuatro partes o barrios por medio de dos avenidas, una de las cuales confluía en amplias puertas de la muralla: la de san Antonio y la de

san Francisco de Paula. Recibió primero el nombre de *Strada Nuova*, igualmente conocida como *Strada Macqueda*. También la puerta de san Francisco fue remodelada y rebautizada en su nombre. La gran avenida, que se cruzaba en el centro, fue mejorada de manera que el conjunto, según Blasi, convertía a Palermo en *piu bella che qualunque altra di Europa*. Nobles, senadores, y jueces de Palermo, inauguraron la nueva avenida el 24 de julio de 1600, poniendo en manos del virrey un martillo de plata con que asentar la primera losa.

También el palacio virreinal fue embellecido. La impresión decepcionante que sus estancias causaron en los virreyes a su llegada movió un deseo de reforma, que pudieron justificar como ampliación para alojar los despachos de los senadores y magistrados del tribunal de la Corte. El patio se reconstruyó con columnatas laterales. Una gran galería al estilo de los palacios reales de las monarquías europeas culminaba la obra. Los jueces quedaron desligados de su anterior sala en el palacio de la vicaría y pasaron a formar parte del conjunto residencial del virrey. La ocasión se aprovechó para recordar a los magistrados la obligación, impuesta por Felipe II, de llevar siempre, y en todo lugar, la toga.

La predisposición a la equidad de este virrey fue reconocida en su tiempo. Se citan ejemplos varios, como la forma en que evitó la ruina total de algunos propietarios que tenían su patrimonio empeñado. Para librarlos del embargo les ofrecía ser administrados por personas *integerrimi* que asumían la gestión del pago sin aceptar otros intereses que los razonables.

El día 27 de julio de 1600 se reunió en Parlamento en su sesión trienal, renovando la contribución de 300.000 florines, destinados a la defensa contra los moros, y añadiendo por su cuenta tres donativos extraordinarios. El primero fue de 20.000 escudos para reforzar el baluarte de Capo-passero. Con ese dinero se quería repetir lo realizado por el anterior Parlamento en la isla de Ustica. El segundo donativo fue de 3.000 escudos para el *Albergue de los Sicilianos* de Roma; y hubo un tercero de 25.000 escudos para el virrey Bernardino de Cárdenas, en reconocimiento de sus servicios. El donativo personal a los virreyes era la forma que tenía el pueblo, a través de su Parlamento, de agradecer, o no, una buena gestión. Lo esperado, cuando esto ocurría, era que el virrey agradeciese el honor,

pero rehusase aceptarlo. El duque de Maceda se mostró agradecido...y lo aceptó.

Los mesineses habían hecho las paces con la Corona a condición de que los virreyes pasaran al menos diez y ocho meses (la mitad del gobierno previsto) en Mesina. Maceda empezó bien, acudiendo a Mesina puntualmente, pero no estuvo el tiempo previsto. En principio, pensaba poder volver allí, pero su repentina enfermedad y muerte truncó la promesa.

Durante su gobierno había muerto también Felipe II, dando lugar a un funeral verdaderamente espectacular en todas las ciudades y en especial en Palermo. Después, el virrey había asistido a no menos espectaculares fiestas por el advenimiento al trono de Felipe III y otras más, por el nacimiento de una infanta real.

Sus propios funerales tuvieron lugar el 7 de enero de 1602 organizados por su hijo Jorge, que había quedado a cargo del reino, por tres meses con la autorización del Parlamento. Esta decisión fue bien recibida porque el elegido gozaba de simpatías en Italia, donde había nacido. Sin embargo, a instancias del duque de Lerma, Felipe III, optó por nombrar nuevo virrey en la persona de un amigo del valido: el duque de Feria.

Lorenzo Suárez de Figueroa, duque de Feria

1602-1606

Cuando el segundo duque de Feria fue nombrado virrey por Felipe III ya tenía cincuenta años y una carrera diplomática y política brillante, aunque no exenta de sobresaltos. Entre éstos ninguno más sonado que la decisión de Felipe II de encarcelarlo, por prometer matrimonio a cuatro damas nobles simultáneamente.

Por sus venas corrían la sangre inglesa de su madre, Jane Dormer, dama de la reina Mary, esposa de Felipe II, y la sangre extremeña de don Gómez, conde de Feria, y duque desde 1571. Había nacido en Flandes y su principal servicio a la Corona fue revolver Roma con Santiago para que la futura reina de Francia fuera Isabel Clara Eugenia, frente a las pretensiones del Borbón Enrique que era hugonote. Actuaba como embajador de Madrid en París y sus esfuerzos fueron más bien contraproducentes.

Perdida la esperanza de ver a su hija reina de Francia, Felipe II puso a Lorenzo al mando de Cataluña, donde gobernó con acierto los dos primeros años, repartiendo los títulos nobiliarios que conseguía extraer del rey y devolviendo a Cataluña una parte de los fueros que Felipe II había centralizado. Los catalanes se mostraron generosos recaudando insospechados donativos para el rey Felipe III y para el nuevo primer ministro, el duque de Lerma, amigo de Lorenzo. Los problemas vinieron cuando Felipe III trató de corregirse a sí mismo, recuperando algunos de los derechos devueltos a Cataluña. El intento fue desdeñado y desobedecido; el

duque de Feria mandó encarcelar a los que juzgaba que habían sido los principales responsables y el resultado final fue que los acusados fueron puestos en libertad, mientras que Suárez de Figueroa era cesado.

La muerte del virrey de Cárdenas ese mismo año, sirvió para que Lerma encontrara al duque de Feria un puesto lejos de la Corte. Para entonces había sentado la cabeza y contraído matrimonio. Quedó viudo y se casó con Isabel de Mendoza, hija del duque del Infantado.

Cuando llegó a Palermo en mayo de 1602 ya sabía que los sicilianos habían preferido (y propuesto) al hijo del anterior virrey, quien en su lecho de muerte intentó que así fuera. Pero Felipe III, recién ascendido al trono, quiso sentirse más involucrado en un reino tan importante como Sicilia, mandando a alguien elegido por él mismo.

Suárez de Figueroa no era reacio a los aplausos y honores. Al ver que nada estaba preparado para recibir a su persona, prefirió no dirigirse a su palacio, donde todavía pesaba el luto por el duque de Maqueda, y se instaló en la mansión de Cifuentes, próxima al Muelle, hasta ver que su presencia era suficientemente notada.

Las ceremonias que se prepararon para el duque de Feria fueron más brillantes y ostentosas de lo normal. Consciente de ello, cuando visitó Sicilia la hija de Juan de Austria- Juana-, el virrey se esmeró en que fuera recibida con más pompa y por más días, para dar a entender que aquellos procedimientos venían exigidos por la monarquía y que Juana, de sangre real, le precedía en honores. Juana, hija ilegítima de hijo ilegítimo, venía a casarse con un italiano, Francisco de Branciforte, príncipe de Pietraperzia.

Este convencimiento de la importancia de la sangre real, legítima o no, tuvo ocasión de mostrar su lado positivo (para los gobernados) en la pugna que el duque de Feria tuvo con los inquisidores de Sicilia y que merece ser recordada.

Uno de *los familiares* (denunciadores) del poco apreciado Tribunal era sospechoso de haber participado en la muerte de un oficial español y estaba en poder de los jueces. Cuando supo la sentencia de alejamiento pidió protección Santo Oficio y los inquisidores exigieron al tribunal que les remitiese la causa, como

aforado. Se negaron los jueces y los inquisidores, sin más cautelas, los excomulgaron. El virrey, que seguía de cerca el asunto, no estaba dispuesto a que el más alto Tribunal civil de Sicilia, cediera ante la Inquisición. En lugar de enfrentarse directamente, llamó al arzobispo de Palermo para que levantase la excomunión a los jueces, y así se hizo. Los inquisidores no se cortaron por ello, sino que, desafiantes, se atrevieron a excomulgar al obispo, añadiendo que, si no retiraba la absolución, declararían la interdicción de sus actos en toda la diócesis. Y para escenificar más su postura, reunieron a puerta cerrada cuantos nobles y funcionarios habían aceptado el título honorífico de *familiars*, todos ellos aforados por esa distinción, en ayuda del compañero en apuros. Enterado el virrey, mandó parte de su guardia personal y elementos de tropa con órdenes de eliminar en el acto a quien se opusiera al arresto de todos ellos. El miedo, o la prudencia, se apoderó de los *familiars*, los cuales se involucraron en la enseña de la Inquisición, que representa un Cristo crucificado, esperando la intervención divina. Los hombres del virrey no estaban para escenas y advirtieron a los asistentes que huyeran, porque iban a derribar las puertas y arrestarlos. A los pocos minutos las puertas fueron forzadas y encontraron el palacio vacío. Sólo después de imponer su autoridad, el duque de Feria mandó un despacho a Madrid pidiendo algo más claridad de claridad en cuanto a los límites de las competencias entre tribunales.

Entrando en temas de gestión virreinal menos anecdóticos, se recuerda también al duque de Feria por haberse interesado, sin llegar a conseguir del todo, en aliviar a la población de dos pesos que cargaban sobre sus espaldas.

La vista de numerosos navíos de guerra, atracados o fondeados en los puertos de Mesina, Palermo y Siracusa, alegraba a quienes se sentían protegidos por ellos, pero el pueblo llano veía mermados los alimentos disponibles, lo que a su vez repercutía en los precios. Con la rebelión de Mesina, y la guerra naval contra los franceses, el tamaño de las flotas, y la duración de sus estancias aumentaron de forma espectacular, sin que el campo siciliano pudiera satisfacer tanta demanda. Para remediar esto, mandó el duque de Feria al Senado de Mesina que comprase grandes

cantidades de trigo en Florencia, como así se hizo. No bastaba con importar el trigo que consumían las flotas. En épocas de escasez el hambre aumentaba por dos males añadidos: el almacenamiento para subir los precios y la falta de simientes para las cosechas siguientes. El virrey quiso atender este asunto y nombró dos vicarios generales- el barón de Siculiana y el marqués de Sortino- a visitar todo el reino en misión de vigilancia. Muy en especial los encomendó que se asegurasen de que había grano bastante para la sementera. Efectivamente, los vicarios ejercieron su oficio, pero el duque de Fera estimó que transigían y que no actuaban como verdaderos delegados suyos. Sin esperar más, nombró un tercer vicario, Francesco de Bolonia, con poderes absolutos, al cual, además de que se ocupase del trigo, encargó que investigase el desempeño de los dos vicarios. El censo de habitantes que el duque mandó que se hiciera, tenía, entre otras utilidades, la muy urgente de conocer la relación entre disponibilidades de pan y número de consumidores por localidad.

De siempre la capitalidad de Palermo era objeto de comentarios enojosos en Mesina, que se sentía postergada por ese mero hecho. A los dos años de ver que el duque de Fera no aparecía por Mesina, los mesineses le manifestaron ese sentimiento, acompañado de una invitación a que visitase la ciudad. Corrió el duque a presentarse ante ellos. Su presencia, y prolongada estancia, fue recompensada con el regalo a Felipe III de una estatua de plata, adornada de piedras preciosas, que representaba a la ciudad de Mesina ofreciendo en un cofre de oro unas reliquias de San Plácido. Por contra, recordaron al virrey que los mesineses estaban exentos, por privilegio reconocido, de tener que aportar los fondos extraordinarios para la guerra con Inglaterra, pese a lo cual aceptaban contribuir con cien mil escudos. El virrey lo comunicó a Felipe III, y recibió contestación de procurar favorecer a Mesina en todo lo que pudiera.

Tuvo ocasión de aplicarse a ello, al año siguiente. Un soldado de la flota española se propuso entrar a robar los dineros de un rico capitán de la genovesa. Acompañado el español de algunos cómplices se dirigieron a la buena casa donde se había acomodado el genovés, fueron descubiertos, hubo pelea, tumulto y apoyo

providencial de los vecinos al capitán, que resultó herido. Enterado el duque de Feria mandó carta diciendo que se aplicase el rigor de la ley contra los ladrones españoles, añadiendo que era voluntad expresa del rey favorecer a los mesineses, también contra las milicias españolas. Pero cuando llegó la carta, la Armada conjunta de Andrea Doria y del marqués de Santa Cruz ya había zarpado del puerto, para sumarse a la defensa de Albania contra los otomanos. Los españoles culpables iban a bordo.

En Palermo, el virrey tuvo el placer de inaugurar el nuevo Muelle y la puerta Felice, cuyas obras venían originadas por virreyes anteriores.

En resumen, puede decirse que el donjuanesco duque de Feria estuvo bien elegido por Felipe III. Según historiadores contemporáneos de la isla, dejó buen recuerdo antes de partir el 8 de septiembre de 1607, tras recibir cumplidamente a su sucesor en el palacio de Palermo. Su siguiente misión lo reclamaba en Alemania como representante del rey en las largas deliberaciones de la dieta para elegir al rey de los Romanos, después de que el emperador de Austria se hubiera asegurado la paz con Turquía.

En realidad, la coronación de Matías se retrasó tanto que no tuvo lugar hasta el 13 de junio de 1612, mucho después de que el duque de Feria muriese en Nápoles, en enero de 1607, a los tres meses de haber iniciado el viaje, en el palacio del virrey de Nápoles donde se alojaba. Contaba 48 años. Desde Gaeta escribe a su hijo, que vivía en Nápoles:

Hijo mío, Quedo con algún resto de calentura, aunque ya no siento sino el peso de embarazo en el vientre, que no se me ha quitado aún del frío de la mar...

Sus restos fueron a unirse en Zafra con los de su segunda mujer, que ni siquiera había vivido para ser virreina de Sicilia.

Giovanni III Ventimiglia, marqués de Geraci

1606-1607

Duró dos meses este segundo gobierno de Giovanni III Ventimiglia, desde el 8 de septiembre de 1606 en que recibió el nombramiento de manos del duque de Feria, hasta el 10 de diciembre de ese mismo año, día en que el marqués de Villena juró el cargo en la catedral o Iglesia Mayor.

Tenía entonces Giovanni cuarenta años. Estaba casado en segundas nupcias con Dorotea Branciforte, de quien no tuvo hijos. Tampoco la hija que tuvo de su anterior matrimonio, Anna Tagliavia, sobrevivió, pero le quedaban dos hijas naturales : Anna en Messina, y Beatrice en Palermo. Beatrice había sido bien recibida por Dorotea, casi como una hija propia. Anna se inclinó por la vida conventual y Beatrice salvó de la ruina a Girolamo del Carretto, con una dote que llamó la atención del rey Felipe III por lo generosa.

Superadas las cuantiosas deudas recibidas en su juventud, Giovanni Ventimiglia se había convertido en el aristócrata más prestigioso de Sicilia. Este segundo nombramiento lo animaba a seguir defendiendo el aura y hazañas de la familia. Desengañado de que Tasso se acordase de citar a sus antepasados en alguna obra inmortal, puso sus miras en otro escritor de epopeyas, Paolo Beni, el cual le dedicó la *Comparatione di Torquato Tasso con Homero e Virgilio insieme con la difesa dell'Ariosto, paragonato ad Homero*. En dicha obra Beni recuerda a los hermanos Riccardo y Ruggero, ambos normandos, como antepasados de Giovanni. En su afán por

engrandecer la estirpe, Beni no dudó en recurrir a la fácil asimilación de Ventimiglia con “veinte mil”, que serían los moros muertos en una batalla, según consta también en el elogio que había escrito para Enrico y Simone, el panegirista Giuseppe Sanceta en 1528. El tercer Giovanni ya había dado abundantes muestras de merecer algunos elogios sin necesidad de retrotraer los méritos a épocas carolingias.

La cosecha de 1606 había sido particularmente mala, ocasión que aprovechaban los compradores de trigo para almacenar en exceso y subir los precios a costa de dejar hambrienta una parte de la población. Esto ocurría cada vez que el pan escaseaba y la única diferencia en la práctica era la mayor o menor habilidad (y dureza) de los gobernantes en reprimir los abusos. Lo más importante: actuar deprisa y en todo el territorio. Hacerlo tarde y mal de poco servía, aunque luego se castigase duramente a los culpables.

Ventimiglia conocía bien el problema porque era juez y parte. Las medidas que tomó indican que el bien común prevaleció en él por encima de los beneficios de los precios altos que podrían derivarse en el cobro de sus rentas. Especial cuidado había que tener en no excederse en el afán de sacar trigo al mercado por el riesgo de que faltase simiente para la cosecha del próximo año. Encargó a Francisco Sifar y a Cesare Gaetano, el que recorriesen el Reino en zonas repartidas, con autoridad delegada para mantener el precio del trigo y del pan, dentro de límites razonables. Como le pareciera que los dos visitadores citados contemporizaban demasiado, citó a un tercero, Francisco de Bolonia, para que “custodiase a los custodios”. Como anécdota acerca del interés del presidente por asegurar la alimentación, el *Diario de Palermo* registra la prohibición del uso del almidón (porque requería aporte de cereales) en la vestimenta y adornos en el cuello, si bien sólo se exigía a los varones, entre otras cosas por ser más fácil de vigilar. El 18 de noviembre prohibió la producción de biscotes y de unos dulces llamados *mustazzoli*. El 6 de diciembre llegaron casi cien barcos, con carga de trigo y víveres comisionados por Giovanni, con elevados costes para las Cajas Reales, por los altísimos intereses que hubo que pagar.

Otro asunto recurrente que Ventimiglia hubo de gestionar fue el fraude de las monedas “falsas”, que no eran falsas sino acuñadas con menos contenido de plata del que ostentaban. El virrey advirtió

rápidamente las nocivas consecuencias de esas monedas que inundaban Europa desde Perú. Mandó que se prohibiese su uso como moneda de cambio, permitiendo y obligando a que los tenedores computasen su menor valor en monedas sanas y se procediese al trueque en las cecas de Mesina y Palermo.

Sin descuidar las actividades requeridas como político, Giovanni Ventimiglia mantuvo un gran nivel social y económico, como nunca llegaría a alcanzar otro miembro de la familia. Su reciente biógrafo, Orazio Cancila (Palermo, 2016), dice que entre 1593 y 1607 Giovanni había logrado multiplicar por ocho su patrimonio.

Una parte la dedicó a crear un jardín espectacular por lo grande y por su diseño, de corte extremadamente geométrico y renacentista. Cumplía el sueño de su padre Simone de rodear Castelbuono de esa forma. Los planes fueron tan grandiosos que se tardó veinticuatro años en completarlo.

Para terminar este recuerdo de los Ventimiglia de Geraci, mejor volver a Tasso, que al menos escribió lo siguiente:

Gli Africani trofei, le spoglie, e l'armi
Le vittorie d'Epiro, ovver de'Sardi
Non pur fian degne di sublimi carmi
In cui l'antiche imprese altre risguardi
Ma sol Giovanni io scelgo, e solo ardisco
De farlo paragone al secol prisco.

*Los trofeos africanos, los expolios, y las armas
Las victorias de Epiro, sobre los Sardos
No son tan dignas de sublimes versos
Donde empresas antiguas emulen otras
Si no de Juan, a quien escojo y solo oso
Compararlo al del siglo vetusto.*

Juan Gaspar Fernández Pacheco, V duque de Escalona

1607-1610

Hubo dos duques de Escalona que fueron virreyes de Sicilia. El primero, éste, nació en la misma villa de Escalona en 1563 y era abuelo del segundo, de nombre Juan Manuel, que gobernó la isla en los años 1701 y 1702.

Además de duques de Escalona, los Fernández Pacheco de este primer gobierno eran marqueses de Villena, marqueses de Moya y condes de San Esteban de Gormaz. Ella era portuguesa, entonces también española, y princesa como hija de Joao VI, duque de Braganza y de Catalina de Portugal, con cuyo apellido aparece en los libros de Historia. Él tenía por padres a Francisco López Pacheco, y Juana Álvarez de Toledo. Por parte materna, también el virrey estaba relacionado con las casas portuguesas, como la de Braganza, además de las de Avis, Lancaster y Castro, patronímico éste último de la famosa Inés, cuyo marido la hizo reina, después de morir asesinada por los enemigos de éste.

Tal acumulación de nobleza se resumía en dos honores: grande de España y caballero de la Orden del Toisón de Oro. En el momento de ser nombrado virrey por Felipe III, Juan desempeñaba la embajada de España ante el Vaticano, y, como tal, apoyó fuertemente la elección de del papa Pablo V.

La acogida que recibieron los virreyes a la llegada a Palermo, las ceremonias de juramento en la catedral, el arco triunfal

y desfile de autoridades y tropa, revistieron la solemnidad que era de esperar y la jornada más memorable fue el 10 de diciembre de 1606.

Una de las primeras salidas públicas del virrey se produjo en febrero de 1607 con ocasión de imponer el toisón de oro al príncipe de Butera, Francisco Branciforte. Era tal la importancia que se daba en España a esta distinción, que el collar con el toisón llegó custodiado desde Madrid por un caballero que ocupó un lugar relevante en la ceremonia celebrada en la iglesia Mayor, nombre reservado a la catedral. En agosto, el virrey oficiaría en la concesión de sendos toisones al duque de Terranova, Giovanni d'Aragona, y al príncipe de Paternò, Antonio de Moncada, en la capilla del palacio.

Menos intrascendentes para los habitantes de Palermo que estas aristocráticas escenas fueron las huellas arquitectónicas de aquel gobierno. En primer lugar, habría que citar la inauguración de la *Plaza Octogonal*, llamada también *del Sole* o *de Vigliena* (Villena) en recuerdo suyo. También se debieron a este virrey las fuentes de las *Cuatro Estaciones*, situadas en cuatro esquinas contiguas a la Plaza Octogonal, con figuras alusivas a los cuatro trimestres del año. Algo menos visible fue su huella en el embellecimiento de algunos claustros de iglesias.

Como gobernante hubo de resolver la crisis monetaria que afectaba a las transacciones económicas por culpa de estafadores que se ofrecían a recortar parte de las monedas, devaluando su valor por la menor cantidad de plata. Para renovar la confianza fue necesario transportar en galeras cien mil escudos en barras de plata a la ceca de Mesina, cuya seguridad el virrey delegó en Cesare Acquaviva, procurador, y en Gieronimo Settimo, noble italiano que gozaba de la confianza del duque.

No era fácil tarea, pues el daño era irreparable en muchos casos, si bien se cebaba especialmente en los palermitanos, que debían soportar las mermas delpreciado metal sin participar en la acuñación de nueva moneda, privilegio que ostentaba la ciudad de Mesina. El duque de Escalona intentó que al menos esas acuñaciones se pudieran hacer también en Palermo, pero sin éxito, lo cual, por un lado, le hizo perder amigos en Mesina, y por otro, al no lograr convencer a Madrid, disminuyó su prestigio Palermo.

De ser un gobernante afable y apreciado por sus logros urbanísticos y su hábil aprovisionamiento de víveres y racionamiento del pan para combatir el hambre, durante el primer año de mandato, el duque de Escalona fue cambiando de humor, tornándose melancólico, indiferente, y, finalmente, tan harto de su situación que pidió el relevo y volver a España.

Entre las causas de esta melancolía, una permanente fue la citada e infructuosa lucha para hermanar palermitanos y mesineses en la superación de la crisis de las monedas. El asunto habría tenido menos importancia si Escalona hubiera mostrado mayor sensibilidad no prodigando al mismo tiempo costosas ceremonias, fiestas, torneos, y gastos innecesarios en una población que sufría los efectos de la crisis en sus patrimonios y en su falta de bienestar. En lugar de tomar nota y reducir el gasto, el virrey se abandonó y confió el gobierno a personas poco escrupulosas, las cuales arrastraron con su impopularidad la del virrey.

No faltaban quienes, por el contrario, sentían compasión y afecto hacia los virreyes, recordando la desgracia que ocurrió a un hijo ilegítimo que vivía con ellos. Diego Fernández Pacheco, deseando volver a España, se había embarcado en Palermo en una nave que portaba objetos muy valiosos, con la mala fortuna de que fueron avistados y atacados por barcos mahometanos. Hubo ataque directo y resistencia encarnizada del capitán Antonio Sandoval, murieron muchos peleando, pero, a lo último, los cristianos fueron hechos prisioneros y la valiosa carga cambió de dueños. El hecho se menciona en los libros de dos autores: Paruta y Bonfiglio. Diego Fernández, estaba entre los que fueron llevados a Constantinopla en calidad de esclavos, unos como galeotes, otros como rehenes.

La cifra que se pedía por Diego era de 60.000 escudos, y, a pesar de que los presupuestos apenas bastaban a cubrir las necesidades ineludibles, el Parlamento se ofreció a sufragar la cantidad necesaria para el rescate. Agradecido y emocionado por la muestra de afecto, el duque de Escalona se negó a recibirla, teniendo presente las adversidades padecidas por otros ciudadanos aquel año. Según afirma Longo, los virreyes solo aceptaron una parte de la suma, haciendo que el Senado aceptase en pago joyas de la familia

por un valor equivalente. Durante siglos, estas piezas de arte estuvieron visibles en las arcas del Senado de Palermo.

La narración corresponde, claramente, a la época de excelentes relaciones entre los duques y las autoridades y el pueblo de la isla. El cambio, el desencanto y la irritación vinieron cuando el duque se precipitó a complacer a Felipe III que le había pedido ayuda para un marino inglés, a sueldo de la Corona, quien con barcos propios se había postulado para limpiar de corsarios mahometanos las aguas mediterráneas. Se llamaba Anthony Scarly; Felipe III le había dicho que en Sicilia se le unirían bastimentos, marinería y naves de la marina española, lo cual, llegado el momento comunicó al virrey para que se encargase de ello.

Ahora bien, toda aportación importante, y aquella lo era, sobre todo en el capítulo de tropa, precisaba el acuerdo y plan financiero correspondiente, votado en el Parlamento. Si el empeño hubiera parecido asumible a los pretores, tal vez se hubiera podido solventar el tema económico con adelantos a cuenta. Pero las sumas, a que se llegaba para empresa tan ambiciosa, parecieron al Consejo no sólo inaceptables, sino imposibles. El pretor Baldassare Naselli fue designado para convencer al virrey de que redujera sustancialmente lo prometido, por el bien de todos. Pero el duque de Escalona no quería quedar mal con Felipe III, al que suponía muy encariñado con el proyecto, de manera que no se avino a retractarse y rompió la buena relación que tenía con el Consejo, al decidir, por su cuenta y riesgo, el 21 de mayo una orden real en virtud de la cual se aumentaban al doble las tasas aplicables a los contratos y actos jurídicos que precisaban de reconocimientos notariales, y esta sobretasa quedaba a beneficio del erario.

Los afectados calcularon el efecto en 50 escudos diarios. Baldassare Naselli se atrevió a decir al duque que se había propasado en sus funciones, ignorando los juramentos de lealtad al Parlamento al prescindir e ir en contra del sentir de los magistrados. Con ello, no logró sino irritar más Fernández Pacheco, que quiso ver en sus protestas un elemento de rebelión, que debía ser castigado con la cárcel. El virrey consideró que, además de Naselli, otro pretor, Pietro Balsamo era igualmente culpable y lo mandó a hacer compañía a Naselli en su celda.

En realidad, el duque de Escalona subestimó el efecto de su arranque de autoridad, porque el Senado en su conjunto se le opuso desde ese momento, haciendo causa común con los compañeros castigados por decir lo que todos pensaban sobre la imprudencia del virrey. A los palermitanos se unieron los mesineses, encabezados por Antonio Spadafora, éstos alegando el antiguo privilegio por el cual que estaban exentos del pago que se les requería.

Al final, intervino la Corte de Madrid, quitando la razón al virrey, quien tuvo que dar marcha atrás y liberar a los prisioneros. La confianza y mutuo respeto entre el representante del rey y los representantes del pueblo de Sicilia había quedado resquebrajada sin fácil enmienda.

Mientras, la suerte del hijo del virrey seguía pendiente del rescate que la propia familia reunió de su patrimonio y que, enviado al sultán con poca protección, se dice que nunca llegó. Diego continuó viviendo en Turquía donde se hizo mahometano y alcanzó puestos de responsabilidad. Su padre no volvió a verlo.

Los virreyes quedaron libres de la responsabilidad de gobernar cuando Madrid aceptó su petición de volver a España. En sustitución del duque de Escalona se pensó en el duque de Osuna. Pareció bien a la Corte la propuesta que hizo Escalona de que fuera el cardenal Giannettino Doria, quien asumiese la presidencia del Reino, hasta la llegada de Osuna.

Gioannettino Doria, cardenal

1610-1611

De los seis cardenales italianos que fueron nombrados virreyes de Sicilia (incluyendo los interinos) ninguno destaca más por su fidelidad a la monarquía española que Gioannettino Doria. Decíase de él en Italia que era *español como si naciera allá* y un verso alusivo mencionado en composiciones satíricas durante la sede pontificia vacante en 1601 se refería al cardenal Doria con palabras como *tu sei mezzo Spagnuolo s'hai memoria*.

Medio español puede ser, pero del todo Doria, seguro. Para los Doria de Génova, la *catolica monarchia* era, no un fin en sí mismo sino más bien un medio de mantener el prestigio gentilicio, al cual se debían todos sus miembros.

Los monarcas españoles correspondían generosamente a la seguridad que inspiraban, y el caso de Gioannettino es buen ejemplo. Felipe II fue su valedor, pensando en su padre Andrea Doria, general del Mar, y consejero de Estado en los últimos años de su reinado. Mientras el joven Doria vivía en Madrid, con su padre, su nombre fue propuesto por el futuro duque de Lerma, al papa Clemente VIII para que lo nombrase cardenal en 1599, pero Gioannettino fue eliminado de la lista para hacer más sitio a candidatos franceses.

Un hermano de Gioannettino, Carlo, se sintió particularmente ofendido y aprovechó la ocasión de un viaje del rey en que la galera de Carlo debía prestar escolta a la del nuncio para negarse, diciendo

que *tuviese la misma paciencia que había tenido él para aguantar que el papa no otorgase el capello a hermano.*

Enterado el papa, le contestó que el motivo de la exclusión de Gioannettino era la información que tenía sobre las costumbres poco edificantes del recomendado. Jugaba cantidades enormes de dinero y además su conducta era *molto altaniera*. La negativa de Clemente VIII no impidió que el duque de Lerma insistiese y lograse su objetivo dos años más tarde. Entre los beneficios que Gioannettino Doria obtuvo de la Iglesia a través del Patronato Regio, los más importantes tienen que ver con su naturalización como siciliano, la concesión de rentas vitalicias de feudos en Sicilia y el privilegio de ocupar los gobiernos vacantes, con el cese o muerte de los virreyes.

Este derecho lo ejerció en tres ocasiones, de las cuales la más celebrada fue la tercera, por su excelente manera de encarar la peste que causó miles de muertes en 1624, entre ellas las del virrey Filiberto de Saboya, nieto de Felipe II.

Gioannettino Doria fue nombrado virrey de Sicilia, con carácter interino, el trece de septiembre de 1610. En marzo de 1611 mandó publicar un bando en que se prohibía portar armas de cualquier clase, por los crímenes que se cometían en la isla, so pena de 10 años de cárcel, si el que las llevaba era un aristócrata, o 10 años de galeras, para el resto de la población.

La tenacidad en imponer su criterio se manifestó al nombrar strategoto interino en Messina, con ocasión del fallecimiento del marqués de Montemayor que ostentaba el cargo. Correspondía al rey el nombramiento definitivo, pero en tanto llegaba el nuevo, los mesineses tenían autorizado que fueran los jueces quienes eligieran la persona que los gobernase mientras el rey decidía. Pero Doria se empeñó en mandar a Mesina como strategoto a su amigo el marqués de Sortino. Fue rechazado nada más llegar en virtud de una resolución judicial y obligado a volver a Palermo. Al verlo de nuevo en Palermo, Doria se interesó en saber cuál de los jueces era el que más se había destacado en organizar esta humillación personal, y cuando supo que era el juez Stefano Reggitano, lo instó a presentarse de inmediato en Palermo e ingresar en la cárcel de la Iglesia. Protestaron los mesineses a Felipe II, el cual les dio la razón y mandó al cardenal que se

abstuviese de conductas desordenadas y pusiera en libertad a Reggitano.

Gioannettinno Doria volvería a ocupar el cargo catorce años después, los dos que transcurrieron desde que murió Fernando de Acuña hasta que llegó a Sicilia Antonio de Pimentel. Fueron tiempos terroríficos por causa de la peste. En ocasiones tan duras como aquellas, el cardenal demostró que la intransigencia en la fijación, persecución y logro de objetivos, era fundamental para doblegar el mal. El cardenal lo logró y los sicilianos, agradecidos, se reconciliaron con su gobierno.

Francisco de Melo, conde de Assumar

1639-1641

La biografía de Francisco de Melo es un buen ejemplo de personaje que se encumbra lentamente a la sombra de un valido poderoso, el cual, agradecido por la eficacia e inteligencia que va demostrando en sucesivas misiones, lo eleva hasta un punto en que parece haber encontrado un hombre providencial, un talento sorprendente, capaz de lograr una victoria militar inimaginable, cuando el desánimo y la resignación parecían dominar la política del país.

Sobrevienen el agradecimiento del valido, el aprecio real, los honores, la adulación y la envidia. El homenajeadado pasa de ser un hábil e inteligente diplomático y un afortunado, pero bisoño, militar, a creerse incapaz de cometer errores. Apuesta fuerte para consolidar todo lo anterior y pierde la apuesta. En un sólo día pasa de héroe a villano, y, de salvador de la patria a tener que salvarse a sí mismo.

Francisco de Melo era portugués, nacido en Estremoz en 1597, hijo de un consejero de Estado de Felipe III en la época en que Portugal y España estaban unidos. Vivió su juventud en su país de origen, pero el apellido Braganza no parecía dar los frutos apetecidos ni su tío el arzobispo de Évora hacía lo suficiente por ayudarlo. Se estableció en Madrid, donde el prestigio de su padre lo ayudó a obtener un puesto en la mayordomía de la reina. Tuvo la suerte de que el conde duque de Olivares se fijase en él cuando se pactaron los esponsales de la hija del duque de Medina-Sidonia con Juan, duque

de Braganza, posiblemente debido al lejano parentesco de Francisco con el novio, al que representó dignamente en la ceremonia.

Su primera misión diplomática fue ante la familia del duque de Saboya, y a partir de entonces no dejó de defender los intereses de la monarquía en Italia, donde la inminente guerra contra Francia obligaba a la nobleza y al clero a posicionarse en favor de uno u otro contendiente. Al encomendar a Melo las negociaciones y pactos en el tablero de juego político italiano, Olivares alejaba a Melo de posibles tentaciones secesionistas como portugués y como Braganza, al tiempo que utilizaba en Italia un no español, como exponente de la universalidad de la monarquía hispana.

En ese tablero las casillas estratégicas eran los territorios del Norte: las plazas de Génova, Milán, Florencia y Lucca. El conde duque decidió situar a Melo en Milán, al lado del marqués de Leganés, como consejero...y vigilante.

En 1639 murió en Colonia el virrey duque de Alcalá, lo que proporcionaba al valido la ocasión de premiar los servicios de Melo, nombrándolo sustituto de Alcalá, aunque con la condición de que, una vez tomase posesión y recibiera los honores y emolumentos correspondientes, dejase el gobierno encargado a otro y se dirigiera a Milán, donde su presencia era más necesaria.

No había excesiva prisa. Sicilia estaba siendo atendida por el duque de Montalvo, y nadie mejor para negociar con el Senado los donativos periódicos que tanto se necesitaban para la preparación de la guerra. De manera que, a pesar de que el nombramiento de Melo como virrey se produjo en noviembre de 1638, los nuevos virreyes no aparecieron por Sicilia hasta el 24 de febrero de 1639, en que desembarcaron, no en Palermo, sino cerca de Mesina. Sin duda no lo hicieron en el puerto por temor a un mal recibimiento; eligieron una playa cerca de una iglesia en ruinas, dedicada a la Madonna della Grotta, y debió ser agradable este primer contacto con tierra siciliana, pues la primera decisión de los condes fue que se restaurase aquel templo, en acción de gracias.

La entrada triunfal tendría lugar unas semanas mas tarde, en Palermo, adonde llegaron por mar, y fueron recibidos en el muelle *de la Garita*.

La autoridad más experimentada de Sicilia en tiempos de

interinidad seguía siendo el cardenal Gioannettino Doria. Melo confió a Doria la misión que tenía encomendada por el conde duque, que consistía en obtener la mayor ayuda posible para las guerras de la monarquía, y, logrado esto, dejar un sustituto sin perder la condición de virrey. Doria le recomendó que reuniese el Parlamento en Mesina, como ciudad más difícil de convencer y que estuviese presente en la ciudad durante las deliberaciones. Estas se celebraron al mes siguiente, por las prisas que tenía el virrey. En la sesión de apertura mostró habilidad al no querer fijar la suma esperada, sino dejarlo a la voluntad de los diputados presentes. Tras varias sesiones el Parlamento ofreció 150.000 escudos a recaudar del papel sellado, exigible en contratos, en proporción del 2%, excepto en asuntos relacionados con el bien general.

El 18 de abril, Melo nombró a Doria lugarteniente suyo, y se dispuso a dejar Sicilia y acudir a Milán, pero permaneciendo la familia en Palermo, adonde regresó en las Navidades de 1939.

Observaba el virrey que los nobles y ricohombres sicilianos, cuyas dificultades económicas no cesaban de pregonar ellos mismos, por otro lado, competían entre sí en ostentación y lujo. Cualquiera que visitase a los joyeros y orfebres de Mesina y Palermo podía confirmar la demanda de costosas piezas de adorno personal y ornato mobiliario. Los mismos aristócratas reconocían esta paradoja, que justificaban por necesidades del rango y la costumbre, a cuyas instancias era imposible sustraerse.

Creyendo que decían lo que pensaban, el virrey limitó el uso ornamental de oro y plata y promulgó una pragmática, titulada *De pompa et luxu modernadis*, de obligado cumplimiento. No fue bien recibida. La excusa para pedir que la revocara fue que desaparecerían gremios prestigiosos por sus trabajos y que suponía la ruina para muchas familias. El virrey la archivó a instancias del cardenal Doria.

Intentó entonces prohibir el tabaco, pero el gusto por la moda de fumar también contaba con fuerte apoyo popular. El virrey dio marcha atrás, aunque sin renunciar a un pequeño impuesto sobre la extendida práctica.

En España, mientras tanto, se acumulaban los ataques a la unidad territorial. La monarquía española, obsesionada con las

guerras de Flandes y los conflictos de Italia, había abandonado la atención a la Península, donde se precisaban cuidados exquisitos para mantener la solidaridad entre Castilla, Cataluña y Portugal.

El conde duque creía poder atraer a Portugal con su política de uniones matrimoniales, de las que daba ejemplo el mismo. Pero tales maniobras no convencían al pueblo portugués y llegaron a ser contraproducentes. La propia Luisa Francisca de Guzmán, hija del duque de Medina Sidonia, y mujer del duque de Braganza, fue la impulsora de una rebelión contra Castilla a la que se resistía su indeciso marido. La osadía de los duques de Medina Sidonia llegó al punto de querer copiar en Andalucía las rebeliones de Cataluña y Portugal, erigiéndose en monarcas del Sur de España. Felipe IV perdonó al duque arrodillado a sus pies, pero mandó al patíbulo al marqués de Ayamonte, principal acusado de aquel connato secesionista andaluz.

No queriendo pasar a la Historia como el culpable de la desmembración de la monarquía hispana, el conde duque de Olivares precisaba concentrar armas en territorio ibérico. Dentro de esta política, la figura semi portuguesa de Melo, que hubiera podido ser instrumental, por el contrario, resultaba un estorbo. Sospechoso para los españoles que lo envidiaban y no grato a los portugueses que lo desconocían, le mejor era alejarlo de la Corte. En este predicamento, Italia aparecía para el propio Melo como un refugio a la vez que una solución. Otros tres años como virrey de Sicilia, más que un exilio, eran un premio a su lealtad y sus servicios.

Confundiendo en esta repetición, cuando Melo hubo de partir de Sicilia para asistir a la Dieta de Ratisbona dejó en palacio a su mujer e hijos, esperando volver pronto. Para evitar que durante su ausencia le quitase el puesto el ambicioso arzobispo de Palermo, Gioannettino Doria, Melo prefirió dividir el pastel, encomendando los asuntos económicos a Pietro Corsetto, juez prestigioso de Palermo (en calidad de gobernador y *maestro razionale*) y los asuntos militares al cuidado de Raimondo de Cardona, capitán general de la artillería de Sicilia.

En el puerto lo despedirían ambos el 20 de agosto de 1640, lo que permitió a Melo, embarcarse a tiempo para no tener que presenciar el odioso auto de fe que presidió Gioannettino Doria, en la

que fue condenado a la hoguera un fraile agustino de Calabria, pobre demente que estaba convencido de ser el Mesías, y que había fundado una secta con el nombre de *Los mesiánicos*. En el último momento fue sustituida la pena por una menos dolorosa. No asistieron ni los gobernadores ni la familia del virrey.

El año siguiente, 1641, fue de mala cosecha y el hambre volvió a hacer estragos entre los más necesitados. Los gobernadores Corsetto y Cardona supieron hacer frente a esta crisis fletando naves a costa del Parlamento de Sicilia a los puertos que más se prestaban a llenar sus bodegas de grano. Como quiera que, además, Cardona con las galeras de Sicilia ahuyentó a varias naves francesas que hostigaban sus costas, haciendo presa una de ellas, ambos recibieron cartas del rey y de la reina, agradeciendo los resultados de su buena gestión.

Francisco de Melo no vio renovado su mandato, y a los tres años del nombramiento, que fue en 1638, le llegó conocimiento de que había de ceder el gobierno de Sicilia a Alfonso Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco, bien conocido por los sicilianos como conde de Modica.

Vuelto a Madrid, Francesco quiso despejar las dudas que inspiraba su apellido y participó activamente en el arresto de Duarte de Braganza, hermano del duque Juan, que era coronel del ejército de los imperiales austríacos. De Madrid pasó a Flandes, como consejero y luego sucesor del cardenal infante, a la muerte de éste.

La victoria de España contra Francia en la batalla de Honnecourt en mayo de 1642, debida a Francisco de Melo, que fue aplastante, no supo ser aprovechada por Olivares para firmar la paz inmediatamente después. Ofuscado por triunfo tan resonante, el conde duque de Olivares dejó pasar la ocasión y precipitó su caída.

Un año después de Honnecourt, los franceses vencieron definitivamente a España en Rocroi. Parte de la culpa de aquella derrota fue de Francisco Melo. Y aquel borrón, apagó definitivamente su fama y las esperanzas puestas en él por los españoles. Si el conde duque hubiera sabido terminar la guerra justo después de Honnecourt, hoy la Historia de España dedicaría más espacio a glosar la figura de Francisco de Melo.

Juan Alfonso Enríquez Cabrera, XIX conde de Módica

1641-1644

Para los sicilianos ser conde de Módica significaba mucho más que ser el sexto duque de Medina de Rioseco. El historiador Placido Carrafa publicaba en *Sycaniae Descriptio*, hablando de Enríquez de Cabrera, que la ciudad de Modica era la tercera en importancia en Sicilia, por encima de Siracusa y Augusta: *Triplex in Regnum celebratum gubernium Panormitanum, Messanense, Motucanum*.

Desde el siglo XI en que los árabes fueron expulsados de la isla, el feudo de *Mohac* fue otorgado en premio por Ruggiero II a su libertador, el caballero Gualtierio, primer señor de Mohac, luego Modica. Con su hijo Gualtierio II, se elevó el rango de señorío a condado.

En 1296, la ciudad inicia una nueva etapa bajo el dominio de la familia Chiaramonte, conde consorte por matrimonio con Isabella Mosca, entonces condesa de Modica. Los Chiaramonte perdieron la posesión de Modica cuando uno de ellos, Andrea, fue acusado de deslealtad, junto con el rey Martín el Viejo, y ser ambos derrotados por los aragoneses mandados por Bernardo de Cabrera en 1392. Bernardo era aquel Cabrera que tantos dolores de cabeza dio a la reina Blanca, citado varias veces en el primer capítulo de este libro.

La relación de los Enríquez, castellanos, con los Cabrera, sicilianos, viene del matrimonio en 1530 del almirante de Castilla,

Gil Enríquez de Girón, con Ana de Cabrera y Moncada. Sus descendientes se convirtieron en condes de Módica.

Después de siglos de un cierto abandono y olvido, por parte de sus señores extranjeros, el padre de Juan Alfonso, Luis Enríquez de Cabrera vino a Sicilia a recorrer sus dominios y tratar de cobrar el precio justo de aquellas tierras que habían sido anexionadas por propietarios vecinos.

Algo tuvo que ver en aquella mirada hacia la parte italiana del patrimonio familiar el hecho de que Luis se había casado con Vittoria, una princesa de la familia Colonna, hija de Marco Antonio. (Desde las áridas estepas castellanas, más de una vez Vittoria echaría de menos el mar del Lilibeo, donde Góngora sitúa a la pastora Galatea)

Vittoria quedó viuda cuando su hijo Juan Alfonso solo tenía tres años. La educación de un primogénito medio español medio italiano su nutrió de lo mejor de la literatura española e italiana del siglo XVII. A los 18 años de Juan Alfonso, su madre, que era dama en la Corte, concertó el matrimonio de su hijo con Luisa de Sandoval y de Uceda, lo que convertía a Juan Alfonso en aliado natural del valido de Felipe III, el duque de Lerma, hermano de su suegro. De ahí que la inmensa fortuna, española e italiana, de los Medina de Rioseco se resintiera con los cambios de rey y de favorito que se produjeron al llegar al trono Felipe IV.

Las relaciones entre el conde de Módica y el conde de Olivares empezaron bien, cuando éste, consternado por la decisión de Richelieu de tomar Fuenterrabía, recordó la bravata de Juan Alfonso, quien se sentía capaz de arrojar a los franceses de la plaza, aportando hombres y municiones que estaban muy por debajo en número de las que defendían el recinto amurallado. Fue ésta una de las pocas ocasiones en que las armas españolas derrotaron claramente a las francesas, por lo que el júbilo en Madrid fue sonoro. Juan Alfonso, que hasta entonces solo era tenido como un joven mimado por la fortuna y de costumbres licenciosas, pasó a ser un héroe y como tal fue recibido el 26 de noviembre de 1638. Su madre había muerto cinco años antes. Tenía dos hermanas: María, casada con el virrey de Sicilia, VII duque de Alburquerque; y Felisa, casada con el hijo del duque de Lerma.

La popularidad de Juan Alfonso en la Corte, que ya alimentaba algunos panegíricos de autores famosos en las imprentas, se hizo insoportable a los partidarios del conde duque. De ahí que quisieran darle “la patada arriba” lo más lejos posible, como podía ser el virreinato de Sicilia, para lo que hubo cambiar de sitio a Francisco de Melo, que fue urgentemente requerido en Flandes, al no estar los portugueses bien vistos en puestos peninsulares.

Los condes de Modica llegaron a Italia en una flota de veinticuatro galeras; desembarcaron el 12 de junio de 1641 y permanecieron en el Castellamare cuatro días, dando tiempo a que se preparasen los actos de bienvenida con la pompa y protocolo acostumbrados.

Las personas de los virreyes fueron pronto asimiladas a la nobleza siciliana, de la cual formaban parte. Blasi dice que uno de los motivos de que fueran tan bien recibidos era el conocimiento de su descomunal patrimonio, riqueza conjunta y grandiosa que apenas se resentía con los regalos y obsequios que los nuevos virreyes gustaban dispensar.

Esta circunstancia los hacía inmunes a la tentación de enriquecerse aún más con malas prácticas, por lo que su gobierno fue reconocido como limpio de corruptelas.

El *Diario de Palermo* de Auria, como crónica de sucesos notables, no deja de registrar las muertes pacíficas de reyes: como Luis XIII, obispos: como Giovanni Doria, pero también de ladrones y criminales. Hasta el siglo XX muchas de las ejecuciones eran públicas y lo eran porque el pueblo, lejos de estremecerse y rechazar tales espectáculos, los aprobaba como resarcimiento de los delitos que sentía iban contra su propia seguridad. Solo así se explica que después de cada relato de una ejecución, tanto Auria como Blasi, añadan unas palabras en alabanza del sentido de la justicia del virrey de turno.

En el caso de el conde de Módica, y como ejemplo, después de que los jueces ordenasen decapitar a dos falsificadores de pagarés Giovanni Pappa y Michele Martone, y sus cabezas expuestas en jaulas de hierro, junto a una fuente cercana a la casa del Pretor, el comentario de Auria:

Nell' istesso tempo occorrendo altri simili delitti de' ladri, furono severamente e con molta conveniente giustizia castigati del vicerè, e con pene meritevoli. Usò anche questo signore sollecitudine mirabili in castigarli alcuni delitti d'omicidii occorsi, con far mandati nella condennazione della morte, si come si ricerca in simili casi, per più gran terrore di dimili persone scelerate. Onde il vicerè acquistò grande applauso in questa città e nel regno, attesoche una tal sorte di governo in somiglienti casi è necessaria in Sicilia per estirpari i ladri, così dentro le città, come anco nelle campagne.

En cuanto a Blasi, su opinión sobre el conde de Modica es tan favorable como crítica y hostil la que le van a merecer los dos virreyes siguientes. Explica que mientras el reino de Sicilia gozaba de tranquilidad bajo el gobierno de Enríquez de Cabrera, el de España pasaba por una época “infelícísima”, de la que hace culpable al conde duque de Olivares. Al sublevarse simultáneamente Portugal y Cataluña, las llamadas de ayuda a todos los dominios de la Corona llegaron también a Sicilia. El conde de Modica convocó Parlamento y logró de los *guirati* que aceptasen enviar a España un ejército de tres mil hombres uniformados y armados, la mitad de los seis mil que solicitaba el conde duque. El virrey entonces acudió a la nobleza para que, por su parte, añadiesen mil quinientos, por su cuenta. Para el mantenimiento de la tropa se donaban ciento veinte y cinco mil escudos.

Cumplido el compromiso, el virrey trasladó toda su corte a Mesina, donde se libraba una incruenta discusión sobre si los magistrados de la Corte podían ser elegidos por el *strategoto*, como pretendía el que lo era, Niccolo Branciforte, o dicho privilegio correspondía a los miembros del Senado. El conde de Modica, después oír a unos y otros, dio la razón a los senadores.

En 1644 cayó en desgracia el conde duque y el vacío de poder que dejaba en torno a Felipe IV fue ocupado, momentáneamente por su sobrino Luis de Haro y Guzmán. El gobierno siciliano del conde de Modica tocaba a su fin y su regreso a España añadía un formidable contendiente a la continuidad de la familia Guzmán en el

favor real. Por ese motivo Luis de Haro, logró convencer al rey de la necesidad de que Juan Alfonso Enríquez de Cabrera pasase a Nápoles, como la mejor persona para hacer frente a la levantisca situación que se avecinaba en aquel reino. El conde de Modica dejó Mesina en mayo de 1644. El elogio de Blasi quita importancia a la falta de testimonios arquitectónicos que recuerden la figura de este virrey, porque, a diferencia de otros más dados a huellas marmoleas, el conde de Modica:

poco ei curava de vivere su i metalli, e sulle lapidi, che il tempo consuma, ed amò più presto de lasciare scolpita nei cuori dei Siciliani la memoria della sua guistizia, del suo disinteresse, e della sua generosità. Ancor si mentova dai tardi nipoti il saggio governo del conte di Modica

Pedro Fajardo Zúñiga, marqués de los Vélez

1644-1647

En cierto modo, la historia del gobierno del marqués de los Vélez en Sicilia es también la historia de un héroe popular, Giuseppe d'Alesi. Es trágica, como la de Tomasso Masaniello, y no precisamente por culpa de los virreyes de turno, sino por la traición de los poderosos aliados sicilianos de los rebeldes, que prefirieron continuar el pacto con la Corona española a perder sus privilegios de dominio sobre el pueblo llano.

Pedro Fajardo llegó a Sicilia casi como un exilado, después de haber protagonizado un tremendo desastre militar en Cataluña, que había hecho quejarse al rey Felipe IV diciendo que la derrota de Montjuich era *el suceso más indisciplable que se ha producido en estos reinos siglos ha*. La razón de que Olivares lo hubiese nombrado virrey de Cataluña para hacer frente a la invasión francesa, apoyada por los catalanes, fue su complacencia por la anterior victoria del marqués de los Vélez contra los ataques franceses en el País Vasco, recuperando la plaza de Fuenterrabía. A pesar de ser recibido en Pamplona con honores de gran capitán, Fajardo no se hacía ilusiones sobre sus dotes como militar, y trató de evitar la difícil misión que le encomendaba el conde duque, pero éste insistió, con el resultado mencionado.

Por su parte, el antagonista italiano del virrey, Alesi, había sido compañero de Masaniello en la revuelta que tuvo lugar en

Nápoles, truncada por sus mismos seguidores. Que la revuelta de Alesi, con su momento de gloria y gobierno autónomo, terminase con como la de Masaniello, dice algo sobre la falta implicación de las clases dirigentes de Nápoles y Sicilia en comparación con las Vísperas sicilianas.

Los Fajardo provenían de Galicia y habían acumulado honores y riqueza al establecerse en el Levante español, con la reconquista de los reinos de Valencia y Murcia. Pedro era ya el quinto marqués de los Vélez.

Sus primeros años de su gobierno en Sicilia se caracterizan por el temor a un ataque otomano y las consabidas construcciones defensivas, entre las que cabe destacar la *Torre Victoria* en Mesina, y otras obras que abarcaron toda la costa oriental. Los gastos dieron lugar a peticiones al Parlamento el cual, esta vez, trató de hacer comprender al virrey la imposibilidad de donativos extraordinarios. Las cargas excesivas sobre la agricultura y el comercio hicieron pensar en obtener recursos de las Universidades, a fin de equilibrar un poco más la carga fiscal pero finalmente no hubo lugar a ello: los turcos se alejaron de aquellas aguas y cesaron las urgencias.

Como anécdota ocurrida en el gobierno de Fajardo, se registra la llegada, sorpresiva, del hijo del rey moro *Amar Day*, un príncipe muy joven, que solicitaba asilo y recibir las aguas del bautismo. Los jesuitas le prepararon para una celebración solemne en la catedral, con asistencia del virrey. De Sicilia pasó a Roma a besar los pies al papa Inocencio X y pedir que lo nombrase caballero de la Orden de Malta. Accedió el papa a encomendar su candidatura al gran maestro, el cual se negó a admitirlo por no creer en la sinceridad de su conversión. Entonces, el príncipe moro regresó a Túnez, donde se excusó diciendo que todo había sido una broma, un viaje de placer.

En otoño de 1746 se pudo comprobar lo menguado de las cosechas de aquel año, por lo que los comerciantes se apresuraron a comprar y almacenar grano. En estos casos la solución correcta era importar trigo de cualquier lugar sin mirar el precio y endeudando la Caja Real. Lo demás era poner parches, que no resolvían el problema y muchas veces lo empeoraban.

Una iniciativa recaudatoria que se intentó en más de una ocasión, y que caía muy mal a la gente, era rededir el peso o el tamaño

de los panes en las panaderías sin cambiar el precio. Se hizo en Mesina a instancias de Senado. Los enfurecidos mesineses atacaron las casas de los senadores. El marqués de los Vélez se personó rápidamente en el lugar, obtuvo trigo de donde pudo, los panes volvieron a ser lo que eran y la gente se tranquilizó.

Cuando volvió a Palermo el virrey, dice Blasi que se sorprendió de ver tanta gente en las calles. Había cundido el temor a la escasez y se compraba todo el trigo disponible a cualquier precio. Las lluvias torrenciales arrasaron las cosechas y los peores augurios se confirmaron. Calabria ya no tenía excesos disponibles y a estos males se unió una fiebre maligna en Palermo.

Parece extraño que después de lo ocurrido en Mesina, los cónsules de Palermo aconsejasen al virrey disminuir el peso del pan en relación inversa al aumento del precio de trigo, pero eso fue lo que ocurrió, según Vincenzo Auria. Al igual que en Mesina, el tumulto contra los *panecillos* fue creciendo como una tormenta. El pueblo buscaba al príncipe de Partanna, Mario Graffeo, como máximo responsable. Los rebeldes lograron forzar las puertas del palacio de los senadores con la intención de quemarlo. Peligraban las vidas de todos los que habían participado en la decisión, cuyos nombres se mencionaban, incluido el del virrey. El marqués de Geraci y algunos otros nobles reunieron cuanto dinero pudieron y lo ofrecieron a los cabecillas para que calmasen a la plebe, con singular acierto. El marqués de los Vélez había abandonado el palacio virreinal y estaba refugiado en el convento de san Antonino.

En ausencia del virrey, los cónsules ordenaron que las galeras de Sicilia se alejasen del muelle, para evitar que los forzados se unieran a la revuelta. Mandaron cerrar las puertas de la ciudad y pusieron guardia en cada una. Llamaron al virrey para que los representase dando la cara, escuchando las reclamaciones y poniendo orden. Pero el marqués de los Vélez no salía del convento. Su indecisión fue conocida y comentada por los cabecillas, lo que se tradujo en más ánimos para seguir con la algarada. Se oyeron gritos de *¡Viva el Rey, fuera las Gabelas, Muera el mal gobierno!*

La historiografía romántica ha presentado la revuelta de 1647 como un intento de independencia de la Corona española. Sin

embargo, los cronistas anteriores ponen en evidencia el extremo cuidado con que los cabecillas distinguían la figura del lejano Rey, que acataban y respetaban, de las personas de los cónsules, según ellos, verdaderos culpables de lo del pan.

Visto que el marqués no aparecía, los senadores decidieron escuchar ellos mismos las peticiones del pueblo, que se centraban en la supresión de las gabelas del vino, del aceite, del queso y de la carne. Aparte, pedían dos plazas de elección popular en el Senado y la libertad (con papeles firmados) para cada individuo encarcelado por los desórdenes acaecidos. Todas las peticiones fueron aceptadas, con la reserva de que los cambios del Senado deberían ser ratificados por Madrid. Para compensar las gabelas “de los pobres” su crearon precipitadamente otras que gravaban productos “de ricos”, pero pronto se vio que no producían los mismos resultados, por lo descompensado de la sustitución.

De hecho, el país había pasado a ser gobernado por los cónsules. Para que la sumisión a las demandas populares no fuera tomada como debilidad, y temiendo por sus vidas y haciendas, los nuevos gobernantes aprovecharon la calma lograda para apresar a los cabecillas y condenarlos a muerte, procediendo rápidamente a ejecutar las sentencias.

El virrey volvió a Palermo con la intención de recuperar algo de protagonismo. Los nobles que habían acudido a Palermo creyeron poder regresar a sus feudos con tranquilidad y se produjo entonces la curiosa situación de que tanto Palermo como, sobre todo, Mesina, eran los lugares más tranquilos del reino. En el resto de Sicilia, la llama de la revolución, lejos de tener una motivación patriótica y nacionalista, se centraba en el odio a los privilegios de la sociedad feudal. Fueron asaltados palacios, archivos, mansiones de familias ricas y se abrieron las cárceles.

Los senadores de Palermo asistían a aquella tormenta sin sentirse aludidos, más preocupados de reconstruir sus palacios devastados por la pasada revuelta, que de poner fin a la que se extendía extramuros. Es significativo que, como escribe Pocili, para acallar a los rebeldes no sólo se eliminasen las gabelas sobre el vino, el aceite, etc., sino que (con intuición precursora de nuestra época) se implantaran gabelas sobre el número de ventanas de cada casa, sobre

las carrozas y coches de caballos, sobre el tabaco y el rape, sobre las tiendas y sobre el ganado según el número de animales y, artículos de lujo. Y se concretaba uno, entre los alijos que circulaban: las arrobas de pasta llamada *orzo*, que debía ser especialmente preferida por la clase pudiente.

Es en ese ambiente de cesiones al pueblo cuando surge, de la mesa de una taberna en el barrio de san Antonio, la segunda revolución palermitana de aquel año 1647. Reunidos dos cónsules, dos artesanos y dos vagabundos, con el calor del vino (y de la palabra de uno de ellos, recién llegado de Nápoles, que contaba sus experiencias en el levantamiento de Masaniello) decidieron seguir el ejemplo del héroe napolitano e importar su revolución a Sicilia. Blasi, citando a Collurafi, pinta la escena, posiblemente imaginaria, en que se introducen los nombres de los presentes en el medidor de copa de vino tabernario para elegir el caudillo y aparece el nombre de Alesi.

Giuseppe Alesi, era de origen muy humilde, piconero de olivas, aprendiz de orfebre y espadachín. Esta última habilidad le condujo a la cárcel, por asesinato, de donde se escapó para refugiarse en Nápoles. Cuando contaba sus experiencias en aquella ciudad, excitaba el interés de los contertulios palermitanos, entre los que podían verse algunos cónsules con quienes se explayaba a gusto. La debilidad del gobierno hacía posible estas manifestaciones, pues la plebe inspiraba más temor entonces que la indecisa y perpleja tropa virreinal. Los nombres de los conjurados iban de boca en boca, de manera que el virrey decidió llamar a dos cónsules de la reunión en la taberna: Giuseppe Errante, representante de los escribanos y Francesco Danieli, de los curtidores, y dijeran si se trataba de una broma o lo que en verdad pretendían. Acudieron a palacio donde el marqués los entretuvo en una charla, tratando de obtener información sobre sus propósitos. Como tardasen en regresar a sus domicilios, sus esposas fueron donde Alesi, el cual montó a caballo recorriendo la ciudad, y llamando a sus secuaces a tomar el bastión conocido con el nombre del *Trueno*, donde los defensores no ofrecieron resistencia. Los rebeldes desmontaron dos cañones y los situaron en la plaza frente al palacio virreinal. Salieron los dos cónsules del palacio a la plaza y se sumaron a la revuelta, animando a Alesi a penetrar en el edificio por

la fuerza. Se abrieron las puertas para dejar pasar la guardia virreinal y, viendo que la masa popular se les venía encima, los jinetes dispararon al aire para no hacer víctimas. Finalmente, dispararon contra los asaltantes, hiriendo a diez y matando a tres. Blasi comenta que “con el humo y el olor de la pólvora, *la plebe huyó por piernas*”.

Quien también aprovechó para huir fue el virrey Fajardo. Reunió a la familia y a cuantos consejeros y criados optaron por acompañarlo y todos ellos se dirigieron al puerto para embarcarse en la galera virreinal, con idea de esperar acontecimientos desde el muelle y hacerse a la mar, llegado el caso. Los soldados de la guardia los acompañaron y se volvieron a la ciudad con las banderas caídas en señal de acatamiento a la voluntad del pueblo. Se inicia así, el 16 de agosto de 1647 lo que podría llamarse *gobierno de Giuseppe Alesi* en Sicilia.

Comenzó con un paseo a caballo, con armadura y blandiendo la espada por las calles de Palermo, seguido de varios compañeros, también jinetes, y de gentes de todas las edades. Le acompañaba de cerca su alférez, abanderado, Francesco Curzio, vestido como él. Tuvo un encuentro con uno de los conjurados, Pietro Pertuso, quien en plena calle le pedía bajase del caballo por creerse con mejores derechos a gobernar. Alesi desmontó y discutieron ambos, hasta que Alesi juzgó que la cosa ya no era cuestión de palabras y allí mismo mató a Pertuso con la espada.

No había hecho falta, pues, huido el virrey, todos aceptaban o fingían aceptar la autoridad de Giuseppe, el cual mandó acudiesen senadores, nobles, jurados, y cónsules e inquisidores, a las diez de la noche a la iglesia de los padres Trinitarios. Consiguió que se congregasen en el recinto muchos de los convocados, incluidos los de elección real. Se hizo esperar una hora y al fin apareció para erigirse en Síndico perpetuo de la ciudad, aclarando que se fijaba un salario de dos mil escudos anuales. Acto seguido, para rubricar su dictadura, nombró a Curzio capitán general de las defensas de Palermo.

Viendo tantas autoridades y nobles reunidos y dispuestos a escucharlo, Alesi, sin dejar la armadura y la espada, no supo qué otras medidas anunciar y se sentó junto al arzobispo y oír a los que quisieran hablar. Entonces tuvo que escuchar a algunos que querían que volviese

el virrey a su palacio y decretase un indulto general. Quedaba pendiente la situación de los jueces y la abolición de las gabelas.

Al día siguiente, el nuevo caudillo promulgó un edicto prohibiendo que los ciudadanos portasen armas de fuego, y liberó a los soldados españoles que los rebeldes habían encarcelado. Temiendo que los pescadores informasen al virrey de lo ocurrido y que éste alertase a los virreyes de Nápoles y Cerdeña, prohibió a los pescadores que salieran del puerto.

Esta decisión resultaría fatal para la revolución, porque los pescadores siempre han sido un gremio muy conjuntado en la defensa de sus intereses y no estaban dispuestos a ser tratados con poco respeto. En realidad, Alesi dependía del apoyo de los cónsules y éstos representaban a los gremios, fueran éstos de pescadores, orfebres, artistas, etc. los cuales vieron esfumarse los ideales originarios de la conjura ya en las primeras horas de gobierno interino. Por su parte, los nobles habían escondido a sus esposas en conventos cercanos y ellos mismos se habían alejado de la ciudad, temerosos de que Alesi no controlase su recién estrenada guardia de cuarenta jinetes armados. Los senadores consiguieron convencer a Alesi de que se llamase al virrey para que volviese a palacio, sin tener en cuenta que el virrey no se atrevería a ponerse en sus manos, como así ocurrió.

A la vista del caos y desgobierno que se veía venir, el pueblo de Palermo tomó la iniciativa, dirigida por Francesco Canella y Giuseppe Boccadifuoco, representando a los indignados pescadores. Se añadieron los orfebres, dirigidos por Francesco Perdito y representantes del arzobispado y de los jueces depuestos. Todos ellos confluyeron en el barrio de pescadores y de allí pasaron a la plaza de la Marina. Los curas iban armados y se precisaba un militar que organizase el movimiento. Eligieron a Lázaro Ugarre. En la plaza de Vigliena se encontraron con manifestantes partidarios de la nobleza y del Senado, que venían mandados por Stefano Regio.

El primero en enterarse de la revuelta contra la revuelta fue el hermano de Alesi, Francesco. Corrió a advertirlo y llegado a su casa, se encontró con Giambattista del Aquila, que estaba igualmente alarmado. Decidieron cambiarse de trajes y huir de la ciudad por el acueducto, al que se tenía acceso por la casa vecina. Caminaron Alesi

y Aquila hasta encontrarse en un punto de la construcción que obligaba a elegir uno de tres accesos posibles. Aquila no convenció a Alesi de que lo siguiera por la salida que era más segura, porque, según narra Blasi:

Una sobrevenida fantasía lo hizo creer que oía rumores; de ahí que, temiendo algún percance y despreciando los consejos de Giambattista dell Aquila que le invitaba a seguirlo, dio media vuelta y entrando en otro de los conductos, se encontró en la casa de su amigo Vincenzo de Genova, donde, para esconderse, se puso bajo una pila de cuajada.

Cómo llegó el jefe de los pescadores, Boccadifuoco, a la casa de Vincenzo de Genova, no consta, pero sí el hecho de su presencia allí y que sacó a Alesi de su escondite tirándole del cabello. Boccadifuoco era partidario de perdonarle la vida, pero, entre los consultados, un caballero palermitano, llamado Alejandro Platamone, se ofreció a decapitarlo con su sable, sin que ninguno de los presentes se opusiera a ello.

El virrey marqués de los Gelves se enteró de la muerte de Giuseppe de Alesi cuando vio pasar su cabeza en un palo que sostenía el fiscal procurador del Real Patrimonio.

No fue la única cabeza cortada. Más de once pudieron verse en las calles de Palermo, y como suele ocurrir, sus familiares y amigos juraron vengarse. Se inicia entonces una falsa tranquilidad, como fuego mal apagado, entre cuyas cenizas siguen brasas encendidas.

Una de ellas animó la conciencia de un joven de la prestigiosa familia de Ventimiglia. Carlo de nombre, hijo natural del caballero de la orden de Malta llamado Giovanni. Ideó repetir la insurrección de Alesi, con mayor experiencia y mejores aliados. Fijó la fecha y lugar del alzamiento como el 29 de agosto en la plaza de la Marina. También Carlo Ventimiglia fue traicionado; avisado de ello no acudió a la cita, pero no pudo escapar y fue decapitado con la mayor discreción.

El virrey retornó al palacio y decidió nombrar un nuevo gobierno o Diputación de doce miembros. Auria comenta que el marqués de los Vélez, argumentando que *mientras el pueblo considerase a los nobles*

como sus mayores enemigos, no habría paz, dio entrada en el gobierno a más representantes populares que de la nobleza.

Dos meses más tarde, el mismo virrey que había tenido fuerzas suficientes para embarcarse con toda la familia y séquito al comienzo de la revolución, caía enfermo de un mal desconocido y moría el 3 de noviembre de 1647.

El pliego de mortaja daba los nombres que el marqués había elegido para sucederlo, en su lecho de muerte. Eran estos el cardenal Teodoro Trivulzio, en su ausencia Melchor Borgia, quien renunció al honor, y en tercer lugar: marqués de Montealegre.

La forma en que el marqués de los Gelves encaró la revuelta de Sicilia confirma lo equivocado que había estado el conde duque de Olivares al elegirlo (en contra del sentir del elegido) como virrey de Cataluña. Pedro Fajardo acertó en Sicilia, al no oponer resistencia, pero no como fruto de una fría decisión política, sino como secuela o consecuencia de su natural apocado.

Vincenzo de Guzmán, marqués de Monte Allegro

1647

La crónica del breve gobierno del marqués de Monte Allegro muestra que no es fácil para los gobernantes decidir en asuntos triviales, pues contentado a unos se ofende a otros y remediando a éstos surgen nuevos agraviados.

El acceso de Vincenzo de Guzmán al gobierno se produjo cuando el cardenal Trivulzio, virrey designado por el marqués de los Vélez, se encontraba demasiado lejos de Sicilia para hacerse cargo inmediatamente. Las circunstancias exigían celeridad en el turno, por lo que se invitó al segundo de la lista Melchor Borgia, quien no aceptó el ofrecimiento. Finalmente, quien sí lo hizo fue Vincenzo, almirante de las Galeras de Sicilia, que estaba presente en las deliberaciones.

Se dictó el despacho real en Palermo el día 3 de noviembre de 1647. Lo primero que hizo Guzmán fue ocuparse de los funerales del marqués de los Vélez, que tuvieron lugar en la capilla del palacio, antes de que el cadáver fuera repatriado por mar a España.

Las pocas noticias que han permanecido del gobierno de Vincenzo de Guzmán las debemos a Blasi. Vienen a decir que el carácter del marqués de Monte Allegro era opuesto al del marqués de los Vélez, en que no se dejaba arredrar por *la plebe*. Cesaron los atrevimientos y humillaciones al topar con alguien que no estaba

dispuesto a tolerarlos.

El anterior virrey había creado una guardia un tanto particular, de cuarenta jinetes, que mantenía a su costa, con el único fin de proteger a los pescadores de Palermo. Guzmán los licenció. El marqués de los Vélez había mandado situar cañones de artillería protegiendo el palacio y la iglesia contigua de San Jorge. Guzmán mandó que los quitaran de allí y los devolvieran a donde estaban antes.

No quiso vivir en palacio y se alojó en el muelle, cerca de sus galeras, a pesar de que el pueblo le rogaba que tomase posesión del recinto virreinal, por estar el puerto más expuesto a accidentes o traiciones. Guzmán se negó, alegando el poco tiempo que iba a gobernar. Para compensar que dormía en el Molo, Vincenzo gustaba de dejarse ver en las calles de Palermo. Los principales personajes lo espiaban para ver si se entrevistaba con Pietro di Gregorio y Gaspar Federici, que eran temidos y odiados por los sicilianos. Pero Vincenzo hizo como que no existían, limitándose a acudir a iglesias y a tratar asuntos del día a día, como dejó constatado el cronista Collufari en su obra sobre *Los Tumultos de Palermo*.

Se hallaban ya los ánimos sosegados, cuando, de los rescoldos del pasado fuego volvió a surgir la llama, por unas meras pajitas. El asunto tiene que ver con la forma en que el Senado de Palermo acostumbraba a autorizar las ventas de vino, después de cada cosecha. La *grana* de vino se vendía a 6 *piccoli* y la media grana a 3 *piccoli* (moneda siciliana) por cada medida. Pero los cosecheros de Palermo gozaban de un privilegio sobre los demás, consistente en poder vender sus granas a 9.5 *piccoli*. El problema surgió con el precio de la media grana, cuyo valor normal era de 3 *piccoli*, pero en Palermo había que añadir una cantidad resultado de dividir 9,5 por dos. Los vendedores palermitanos querían imponer el precio de 5 *piccoli* y los compradores protestaban por ello.

En uno de esos paseos complacientes y descuidados del virrey Guzmán, los boticarios advirtieron su presencia y aprovecharon para quejarse del redondeo al alza que estaban sufriendo por culpa de los “patrones del lugar”, conocidos como *padroni di luogo*. Guzmán vio propicia la ocasión para obtener algo de popularidad, dando la razón a los boticarios. Entusiasmados por la

fácil victoria, los compradores se atrevieron a pedir que anulase el privilegio de los *padroni*, y, ahí, la inexperiencia jugó una mala pasada al virrey, porque embriagado por la adulación de la calle, también les concedió esta segunda petición. Resultado: a ese precio los cosecheros dejaron de vender. Acto seguido, los compradores amenazaron con prender fuego a los lagares palermitanos, y el virrey tuvo un conflicto mucho mayor que si se hubiese quedado descansando en sus habitaciones del Molo.

El segundo percance en que se vio envuelto Guzmán fue un duelo entre un hijo del cónsul del gremio de los caldereros, Leonardo Cacciamilia, y el hijo de un notario, que cayó asesinado por un tiro de pistola del primero. Entonces Cacciamilia se escondió en el Colegio de los jesuitas. Los vecinos del barrio al ver que Cacciamilia estaba huido, imaginaron su paradero y en muchedumbre se presentaron frente al edificio de la Compañía. Amenazaron a los padres con incendiar el Colegio si no les entregaba a Cacciamilia. Los padres llamaron a las autoridades y llegó corriendo el Pretor, prometiendo justicia. Pero los enardecidos vecinos querían linchar a Cacciamilia allí mismo. Finalmente, acudieron al virrey, quien lo desterró de la isla para no condenarlo a muerte, y a su padre lo privó del cargo de alguacil concedido por su predecesor, el marqués de los Vélez, y que, por lo visto, se los había subido a la cabeza, tanto del padre, como al hijo.

Poco más cabe decir del gobierno de este pacífico virrey. El 22 de noviembre de 1647, a las diez de la noche asomaron en el horizonte las velas de la galera del nuevo virrey, noble milanés, hijo de Catalina Gonzaga y Teodoro Trivulzio

El marqués de Monte Allegro se embarcó en una galera siciliana para salir al encuentro de la que llegaba de Nápoles con Trivulzio y presentar sus respetos. Sabedor el cardenal de la atribulada situación que vivían los sicilianos, se negó a protagonizar una entrada triunfal, prefiriendo aprovecharse de las sombras de la noche para llegar a las puertas del palacio virreinal e instalarse como si llevase viviendo allí bastante tiempo.

Teodoro Trivulcio, cardenal

1647-1648

Antes de morir, el marqués de los Vélez quiso asegurar la continuidad del gobierno de Sicilia, usando la facultad real de elegir tres sucesores, dos de ellos por si al anterior fallaba. Pensó en el cardenal Teodoro Trivulzio, que se encontraba en Nápoles.

No era el cardenal Trivulzio flor de sacristía. Antes de poner sus miras en la Iglesia, había vivido cincuenta años. Lo de hacerse cardenal a partir de un momento cenital, con el fin de redondear una carrera brillante, ya lo habían practicado famosos antepasados suyos, como Antonio y Scaramuccio.

Los Trivulzio conforman una afortunada dinastía milanesa. Quienes se tocaron con bonetes y capelos, eran ya viudos y habían asegurado su descendencia. En el caso de Teodoro, su nombre recuerda al de un antepasado, protegido de los Sforza, que había luchado defendiendo la Corona de Aragón con el infante don Alfonso en la batalla de Campomorto, donde resultó herido.

El nombre completo del Teodoro que nos ocupa era Juan Jaime Teodoro (Gian Giacomo). Heredó una gran fortuna, no solo de sus padres, los condes de Melzo, sino también de tíos y primos sin descendencia. Es importante señalarlo porque elimina la noción de que Trivulzio buscase con su apoyo a la Corona otra cosa que aumentar el prestigio familiar. Su biografía nos muestra una persona muy sensible a los honores y el reconocimiento a sus servicios. Que

no fueron pocos. Inspiraba su conducta el recuerdo de su padre, Carlos Manuel, muerto heroicamente en Flandes, durante los asedios españoles a plazas holandesas, cuando Teodoro contaba sólo ocho años; su educación estuvo a cargo del sabio Muzio Oddi, inclinado a las Matemáticas.

En octubre de 1615 los milaneses fueron testigos de dos bodas simultáneas: la de Teodoro Trivulzio con Juana Grimaldi, princesa de Mónaco, y la de su hermana Hipólita, que se casaba con Onorato Grimaldi, heredero del señorío monegasco. El mensaje político era claro, Mónaco quedaba alineado con los intereses españoles y se alejaba de los franceses. La dureza que en su breve virreinato mostró Trivulzio hacia los conspiradores sicilianos, alineados con Francia, tiene su origen en esta lealtad familiar.

El prestigio de Trivulzio en España llegó a ser tan grande, y la confianza en su integridad tan amplia, que Felipe IV lo nombró virrey de Aragón. Para entonces Juana, su esposa, había muerto hacía tiempo, no sin dejar herederos: Ercole, Octavia y Catalina. Cuando tomó las riendas de Aragón, en 1642, Teodoro ya era cardenal. Eran tiempos tormentosos para el imperio. Cataluña se había erigido en república independiente, que de hecho era un protectorado francés. La insolidaridad catalana produjo el efecto de trasladar la guerra de Flandes a la antigua Marca Hispánica. La revuelta de “los segadores”, como tantas otras, tuvo como espoleta la ocupación de Cataluña por tropas castellanas, llamadas a defender la frontera con Francia, pero, sobre todo, la pretensión del conde duque de Olivares de que los catalanes contribuyeran a los gastos de mantener el imperio. No es cierto que la Monarquía estuviera en quiebra económica, teniendo en cuenta los recursos ilimitados de oro y plata que ofrecía la posesión de casi toda América. Pero sí lo es que las cajas reales estaban vacías y que la nación española había suspendido pagos.

La negativa de los catalanes a contribuir a la Unión de Armas, proyecto ideado y acariciado por Olivares, irritó sobremanera al conde duque, y lo predispuso a adoptar una política de dureza. El gobierno de Aragón estaba, a la sazón, en manos de un italiano, el duque de Nocera, hombre de una gran cultura, protector de Baltasar Gracián, cuyas ideas políticas en el conflicto catalán propugnaban el

entendimiento y la negociación. Por dichas ideas fue procesado, encarcelado y acabó muriendo en la prisión de Pinto.

Que Felipe IV, para sustituir a Francesco Carafa nombrase otro italiano, evidencia la equivalencia del reino de Sicilia con los de España. Trivulzio se seguía sintiendo profundamente italiano y libre de ataduras, como se deduce del matrimonio de su hijo Ercole con una dama, de nombre Orsina, que se apellidaba Visconti Sforza.

Su predecesor en Cataluña, Francesco Carafa, como virrey de Aragón, había tenido que resistir la tentación de connivencia con los franceses. Esta dualidad de oportunidades para los intereses de los nobles italianos actuaba como los peldaños de una escalera, sobre la que ascender, apoyándose en uno u otro, según las circunstancias del momento. Pero hubo muchos aristócratas, como Trivulzio, que optaban por obviar el zig zag de lealtades posibles, manteniendo una traza rectilínea. Ello, a la larga, los hacía acreedores de mayores premios, lo que reafirmaba su compromiso. En su reseña biográfica del cardenal Trivulzio, Signorotto menciona que, notando la clemencia del virrey de Nápoles, Rodrigo Ponce de León, con unos rebeldes, le aconsejó que mudase de política, castigando con duras penas los primeros indicios.

Ocasión tuvo de poner en práctica sus convicciones cuando fue nombrado gobernador de Sicilia en sustitución del dubitativo y difunto marqués de Vélez. Toda la isla padecía hambruna, causada por exceso de lluvias, que se atribuía al enojo divino, motivo por el cual se organizaron innumerables procesiones y actos piadosos, sin los resultados esperados.

Se sabe que el hambre es causa de indignación contra quienes, por sus cargos o riquezas, no solo la evitan, sino que ni siquiera tratan de moderar la abundancia de viandas en los platos de sus mesas. Si a esto añadimos la usura, el acaparamiento de víveres y el aumento de la presión fiscal para hacer frente a la crisis, estaremos ante el escenario perfecto de airadas revueltas populares, con propósitos magnicidas. Sicilia y Nápoles en 1647 estaban en esta tesitura. Por estas razones, la llegada del nuevo virrey a Palermo, procedente de Nápoles fue recibida con natural expectación, mezcla de esperanza y recelo, visto el desastroso comportamiento del virrey

duque de Arcos en Nápoles, en iguales circunstancias. Hay que recordar que, a diferencia del de Arcos, el marqués de Vélez había suprimido las gabelas que gravaban productos de la tierra, en un intento de calmar al pueblo palermitano.

Trivulzio desembarcó de su galera, a la que acompañaba otra proporcionada por el príncipe Juan José de Austria, el 17 de noviembre de 1647. Había visitado a Masaniello, en su corto reinado napolitano, a quien trató de apaciguar, sin éxito.

El marqués de Monte Allegro salió al mar para recibir al nuevo virrey y hablar del recibimiento que los sicilianos solían preparar en tales ocasiones. Trivulzio le contestó que los tiempos no estaban para celebraciones. Juró los privilegios de Sicilia en la catedral y de ahí volvió directamente a palacio en la carroza del pretor, mientras el pueblo gritaba por las calles: *ben venuto, ben venuto*.

La conducta que mantuvo Trivulzio al comenzar su gobierno hacía pensar que la tranquilidad sería permanente. Al día siguiente de su llegada, al alba, ya empezó a conceder audiencias y así siguió haciéndolo en adelante. Atendía cualquier asunto con admirable solicitud y la solución rápida de los casos dejaba a casi todos contentos.

Entregó todo el poder a los jueces a quienes recomendó no eternizarse en las causas ni tomar partido por nadie. Obligó a los más altivos magnates a pagar sus deudas puntualmente. Blasi comenta que con estas medidas puso a su favor la opinión popular.

Dos eran los enemigos del pueblo: el hambre y los ladrones. Contra el hambre obligó a que se repartieran alimentos abundantemente donde más falta hacían. Contra los ladrones, concedió a sus capitanes la facultad de dar muerte sin proceso a todo aquel que fuera sorprendido robando.

Se hacía ver frecuentemente por la ciudad, ora asistiendo al servicio divino de la Iglesia, ora visitando las plazas para examinar la calidad de los alimentos que se vendían a los ciudadanos y castigando severamente a quienes los ofrecían en malas condiciones. A veces paseaba de incógnito por las calles, para oír si los habitantes estaban contentos con su gobierno. Visitaba las cárceles y aceleraba las causas de quienes sufrían, olvidados, la indolencia de los jueces.

A los inocentes los liberaba y a los culpables los mandaba a galeras o al exilio. Entregado a estas tareas pudo comprobar que muchos galeotes eran retenidos al remo, siendo así que ya habían cumplido condena. A todos los envió libres a sus casas.

Duró la paz solo unos meses. Mientras el virrey trataba de crear tranquilidad, otros conspiraban para asesinarlo. Eligieron la fecha de honras a María, el 8 de diciembre, para matar al virrey y a todos sus acompañantes durante la ceremonia que iba a tener lugar en la iglesia de San Francisco. El fuego revolucionario no se había extinguido completamente.

No podía haberse extinguido. En Francia, la minoría de Luis XIV, avivó ambiciones de todo tipo. La guerra civil de La Fronde ya había empezado ese año. Las lealtades de personajes decisivos, como Condé y Turenne, tenían como límite su vanidad y su orgullo. En fin, ningún mandatario, español o francés, estaba totalmente seguro de no ser víctima de alguna conspiración. Trivulzio sabía que en Sicilia habían quedado en libertad muchos de los sediciosos del levantamiento contra el anterior virrey. El cardenal actuaba como si la tradicional lealtad de los ciudadanos de Palermo hubiese que tomarla a beneficio de inventario.

Cuatro veces en un año se produjeron intentos de eliminar a los españoles y poner en Sicilia un rey aliado de Francia. Esta inusitada y persistente oposición a la Corona de Aragón tenía su origen en Nápoles, donde los partidarios de una especie de independencia bajo supremacía francesa habían logrado importantes avances. Las cuatro veces, el cardenal Trivulzio fue advertido antes de que ocurrieran, con resultados funestos para los organizadores. En la primera de ellas, la del día de la Virgen, uno de los promotores, advirtió a un amigo, de nombre Scimeca, que evitase la celebración de la Inmaculada en San Francisco. Nunca lo hiciera, pues el tal Scimeca advirtió al virrey.

En cada una de las cuatro conjuras, la conducta de Trivulzio fue hacer como que no se enteraba, introducir quintacolumnistas para comprobar las acusaciones fingiendo complicidad, y una vez convencido, arrestar a los promotores, llevarlos a palacio, mostrar las evidencias que obraban contra ellos y condenarlos a muerte. Luego

exponía sus cadáveres en la plaza pública con el letrero: “Traidor a Dios, a Su Majestad y a la Patria”.

Como quiera que fueran varios los casos de máxima severidad y fuera del control de los jueces, surgieron voces en contra del virrey, diciendo que aquello no era justicia con garantías. Pero el pueblo no estaba dispuesto a rebelarse, por lo que una y otra vez, los instigadores eran puestos al alcance del cardenal. El más desdichado fue Francesco Veiro o Veyra. Padre de una feliz y afortunada familia calabresa, vivía una vejez tranquila, hasta que *non si sá per ché* soñó con verse presidente de una república independiente y lo confió a algunos amigos. Entre ellos Francesco Albamonte, ya mencionado. En su Diario, Auria dice que lo normal es lo contrario: los jóvenes se vuelven más conservadores con la edad.

La segunda conjura fue menos inocente que la del pobre rico Francesco Veiro. Tuvo su origen en la Francia de Mazarino. Vivía en Marsella, Gabriello Panatella, presbítero y cónsul representante de los cónsules de Palermo en asuntos de negocios. Allí conoció al gobernador francés, al que insinuó la posibilidad de poner el reino de Sicilia en manos del rey de Francia. Juntos viajaron a París, para exponer la trama a Mazzarino, el cual, después de escucharlos, dudó y dijo a Panatella que expusiera sus ideas al embajador de Francia en Roma, como más avezado en estas cuestiones. La peripecia siguiente revela el favor que la Fortuna dispensaba a la vida de Trivulzio. Pues, hallándose en Roma, Panatella coincidió en un albergue con el marqués Mattei, a quien tomó por francés, debido a su aspecto y forma de vestir. Confió al viajero las intenciones que le llevaban a Roma y, al punto, Mattei no quiso desengañarlo, sino que urdió una visita al embajador español, conde de Oñate, quien accedió a adaptar el aspecto de la embajada al gusto francés. Hecho lo cual, Oñate mandó una carroza con cochero y libreas vestidos de franceses a recoger a Panatella, a quien convencieron de que era mejor que el encuentro con el embajador francés tuviera lugar de noche y entrando por una puerta secreta. Ya en palacio, fue recibido con todos los honores y asignado una cámara y servidores. Oñate escuchó a Panatella describir su plan y le rogó que se lo pusiera por escrito para comunicarlo al rey francés. Le aseguró que todo iría bien y que solo faltaba que Panatella volviera a Palermo para informar a

los cónsules. Y para facilitarle el viaje puso a su disposición un navío, contratado a un armador boloñés, a las órdenes aparentes de Panatella, pero con el encargo secreto de, llegados a Palermo, entregarlo al virrey Trivulzio. También Panatella fue condenado a muerte y ejecutado en plaza pública.

Ese mismo año de 1648 en Madrid fueron condenados a muerte dos caballeros de nombre Padilla por haber conspirado para asesinar al rey en una partida de caza. En Inglaterra el régimen de Cromwell tenía amedrentados a media Inglaterra y toda Irlanda. Faltaba un año para que Carlos I de Inglaterra fuera decapitado.

En esas circunstancias históricas del año 1647, Trivulzio no se hacía ilusiones y concibió el proyecto de mejorar las defensas del palacio donde Bernardo Cabrera pudo entrar tan fácilmente en busca de la reina Blanca. Ordenó construir dos baluartes provistos de artillería de forma desde ellos se pudiera eliminar cualquier intento de asalto al palacio. Pero no había sitio en el exterior para construirlos sin derribar primero la Iglesia de la Pinta, y algunas viviendas. Se derribaron los obstáculos y transportaron las piezas de artillería menores que defendían la entrada a la ciudad, dejando allí los solamente cañones. Los morteros y culebrinas instalados apuntaban al centro de la plaza. Esta decisión no agradó a los nobles, que la tenían por innecesaria y humillante, ya que el pueblo palermitano no había participado en los diversos pronunciamientos ocurridos aquel año. Pero Trivulzio siguió adelante con sus planes. La primera piedra de la remodelación de la plaza se puso el día 1 de agosto de 1648, bajo su atenta mirada, y así quedó configurada por mucho tiempo.

Ese mismo año, los españoles de Nápoles vieron mejorada su situación en Europa con la victoria del príncipe Juan José de Austria sobre el duque de Guisa, ayudado en tierra por el odiado virrey duque de Arcos. Asegurado aquel reino, recibió Trivulzio una carta del príncipe invitándolo a pasar a Nápoles, pues deseaba coordinar la política a seguir en ambos reinos. El cardenal se excusó como pudo porque quería seguir dirigiendo las obras de la plaza. Aprovechó el contacto para pedir refuerzos, que estimaba necesarios para completar el traslado las piezas de artillería, cuando los huecos

estuvieron listos para recibirlas. En noviembre llegaron a Palermo seiscientos hombres de apoyo al virrey, junto con un secretario apellidado Loja, portador de un despacho en el cual se nombraba a Trivulzio virrey de Cerdeña. Como sustituto del cardenal en Sicilia se designaba al príncipe Juan José, el cual debía abandonar Nápoles tan pronto como llegase un nuevo virrey a ese reino.

Todavía le dio tiempo a Trivulzio de ver terminados los baluartes de la plaza. No necesitó usar de la fuerza, ni siquiera hacer demostración de ella, porque los senadores dieron toda clase de facilidades, con un bando que se publicó el 25 de noviembre.

El cambio de Sicilia por Cerdeña no convencía al virrey, que habría deseado continuar en Palermo, una vez ganada la voluntad de senadores y jueces. La del pueblo la daba por supuesta desde el comienzo de su mandato.

Pero era tarde para otra cosa que obedecer, sobre todo, teniendo en cuenta que su puesto iba a ser para un hijo del rey. El vástago más destacado y favorecido entre los muchos que tuvo, aquí y allá, el rey Felipe IV.

Juan José de Austria

1648-1651

El parecido en nombre y bastardía con don Juan de Austria, el que fuera hijo de Carlos V, no ha beneficiado la memoria de este príncipe, cuya ambición no siempre vino acompañada de triunfos a su altura. Había nacido en Madrid, fruto de los amores de Felipe IV con la actriz María Calderón (o tal vez hijo del poeta Luis de Ulloa, que lo educó). En todo caso, Felipe IV lo reconoció como suyo en 1642, cuando Juan José contaba diez y seis años.

En diversos momentos de la historia de Italia, virreyes de Sicilia eran considerados candidatos óptimos para pasar a serlo de Nápoles; en 1648 ocurrió lo contrario, Juan José de Austria, que había gobernado Nápoles de forma interina desde mediados de 1647, fue sustituido en este cometido por el conde de Oñate, como virrey efectivo y Juan José recibió a cambio el virreinato de Sicilia. Para hacerse merecedor de ambas responsabilidades, el de Austria había sido nombrado comandante de las galeras de España desde 1647, y en 1647 príncipe de la Mar, con la orden de defender al duque de Arcos de la sublevación instigada por los franceses y recuperar las plazas de Piombino y Portolongone en la isla de Elba.

Hizo su desembarco en Mesina el 27 de diciembre de 1648, tomando posesión allí mismo con la intención de respetar el privilegio que Felipe II había concedido a la ciudad de que los mesineses no tuvieran que contribuir sin consentimiento específico a

los gastos aprobados en Palermo. Los palermitanos enviaron a la jura, como representante de la ciudad, a Pietro, príncipe de Valdina, pero recordaron al príncipe la necesidad de su presencia en Palermo para la reunión del Parlamento donde, entre otras cuestiones económicas, debían dilucidarse los “donativos” necesarios para las reparaciones de los navíos y el mantenimiento de las tripulaciones de la empresa que se disponía a dirigir.

Atendiendo al aviso, la flota española, mandada por Francesco Pimenta, se trasladó a Palermo el 18 de julio de 1649, donde fue bien recibida, con regalos y viandas diversas, enviados a la marinería en señal de afecto. Pero el virrey seguía en Mesina, donde se celebraban vistosas justas y torneos en su honor. Por fin, en diciembre de 1648, Juan José de Austria accedió a renovar sus juramentos en Palermo, en medio de un *giubilo indecibile*, que Vincenzo Auria atribuye al hecho de que el virrey era persona de sangre real. La ciudad se llenó de miles de luminarias para el acontecimiento, que tuvo lugar el 13 de diciembre, ante el Senado y el Real Consejo.

Ya en 1650, durante el carnaval, se repitieron las fiestas caballerescas, y los *Caruselli*, con las consabidas ceremonias de torneos, triunfadores y premios. Sin embargo, durante las fiestas, llegó a oídos del virrey una conjura revelada por el conde del Mazarino, que involucraba a otros nobles como Giuseppe Ventimiglia, Giuseppe Requesens y Pietro Opezzinghi. El virrey publicó un bando indultando al propio Mazarino, por delator, que se publicó el 15 de enero de 1615. Fueron condenados a muerte Giuseppe Pesce, abogado con un buen patrimonio, y Lorenzo Potomia, instigador de la trama que pretendía dar el trono de Sicilia al conde Mazarino, por carecer de heredero el reino de España y, esta justificación era falsa, pues el rey seguía vivo, aunque gravemente enfermo.

El 26 de febrero acudió una vistosa representación de la sociedad palermitana a congratular a Juan José de Austria por la boda del rey, su padre, con Mariana, la hija del emperador de Austria Fernando III, quien, con el paso del tiempo, se mostraría difícil madrastra. La posibilidad de un heredero tranquilizó a quienes temían los disturbios que ya habían empezado a sentirse en caso de muerte de Felipe IV sin sucesión. Sofocada la conjura, el virrey

consideró llegado el momento de cumplir obligaciones más honorables, organizando la toma de las plazas ocupadas inicualemente por los franceses. Fingió que la armada se preparaba para volver a España, habiendo sido requerida para intervenir en Cataluña.

La flota de Juan José se componía de seis galeras y ocho navíos. En Gaeta se reunió con la flota de Nápoles, donde venía el conde de Oñate, a quien el rey concedió el mando, provocando la irritación de su hijo. El 25 de mayo de 1650 la armada conjunta divisaba la isla de Elba. Los comandantes españoles conminaron a las autoridades de los puertos cautivos a una rendición sin condiciones. En vista de la negativa, comenzaron los bombardeos, que se prolongaron durante el mes de junio sobre Piombino, hasta el día 19 en que se pudo ver bandera blanca. A partir de entonces la flota de dirigió sobre Portolongone, que capituló el 31 de julio. Los franceses salieron de la ciudad y las tropas del virrey tomaron la ciudad.

Juan José de Austria regresó a Sicilia en triunfo, haciendo su entrada en Palermo el 28 de agosto. Escribe Auria:

Y porque (los ciudadanos) habían destinado una particular y suntuosa entrada de su Alteza por tal famosa función, por las armas victoriosas de Su Majestad, se aparejó del Senado un Arco Triunfal altísimo, en *la Garita*, con cuatro fachadas de orden Corintio, formado de Pedestales, Columnas, de color de finísimo lapislázuli, rayadas de trazos dorados, cuya descripción fue dada a la imprenta, con loas al Vencedor D. Juan; el cual desembarcó de la Galera, y pasado el puente de madera, y cubierto por veinte palmas de terciopelo carmesí, fue recibido con toda honra por el marqués de Geraci, y el Pretor, y desde allí, el Señor don Juan, montado a caballo, 28 de agosto de 1650, se puso en marcha en medio del mencionado Marqués de Geraci y del Pretor, príncipe de Valguarnera: se inició la Cabalgata con las trompas y pífanos de la Ciudad, dando principio el Capitán de Palermo, Nobleza, Consejo y Senado, que desde la Puerta de Felice entraron en el Cassaro, ricamente adornado, y de allí, junto a la iglesia de San Juan Bautista de los Napolitanos, se pudo

ver una bella invención, que representaba la estatua de bronce de rey Felipe IV, en el Palacio Real y otra del emperador Carlos V, en la plaza de los Boloñeses, donde dos Coros de Música cantaron los aplausos del Triunfador, mientras en su presencia se extrajo una figura de papel de plata, la cual, como caída del cielo simulaba el Héroe Hispano.

El breve gobierno de Juan José de Austria en Sicilia, si exceptuamos los tristes acontecimientos con motivo de la conjura basada en hipótesis hereditarias, fue aprobado por la Corte de Madrid, aumentando el prestigio del joven hijo del rey. Mientras su padre vivió, los cortesanos madrileños toleraban, mal que bien, la presencia y privilegios que su nacimiento le proporcionaba. Pero Felipe IV hizo un testamento en que relegaba a su hijo ilegítimo al último escalón, en favor de su esposa y del heredero, como temiendo que la debilidad de ambos ensoberbeciese en exceso a Juan José.

Su larga y laboriosa pugna con el confesor de la Regente terminó finalmente en victoria política para Juan José de Austria. Gobernó sensatamente en España desde 1677, año de escasez y malas cosechas, hasta septiembre de 1679, en que murió; algunos decían que envenenado.

Rodrigo de Mendoza, duque del Infantado

1651-1655

Los infantados eran señoríos que algunos nobles de Castilla y de León dejaban en herencia a hijas solteras y, en teoría, vírgenes. Podían disfrutar de ellos en vida, pero al morir, se supone sin hijos, heredaba la Corona. En ello debió de pensar el rey Alfonso X *el Sabio*, para agradar a su pareja Mencía, si bien esta noble dama ya le había dado una hija, Beatriz, que sería reina de Portugal. La crónica de este rey dice que sólo encontró restos de esta institución en La Alcarria, en la zona Hoya *del Infantado*, cercana a Alcocer.

De la descendencia de doña Mencía. el condado pasó a posesión del cardenal Pedro de Mendoza, que acompañaba a los Reyes Católicos y que había tenido hijos con Mencía de Lemos, una dama de la reina Juana, entre ellos: Rodrigo. La autoridad moral del cardenal hizo que también su hermano Íñigo abandonase el partido leal a la reina Juana y se pasase al bando de Isabel.

Los Reyes Católicos quisieron devolver al cardenal el favor de su cambio de lealtades creando el título de duques del Infantado para el hijo de Íñigo, al que se entregarían las tierras alcarreñas de la Hoya del Infantado. (Sin olvidar al hijo del cardenal, al que aceptaron que emparentase su genealogía con el Cid Campeador, de lo que hacían gala sus hijos, tomando como apellido Díaz de Vivar. El título que crearon para Rodrigo fue marqués de Zenete, por su contribución en la guerra de Granada). El ducado del infantado

llegaría al virrey por matrimonio entre descendientes.

Esta breve introducción sobre la prosapia del duque del Infantado trata de encuadrar su enfrentamiento con uno de los nobles sicilianos más celosos de su alcurnia, como lo era el marido de la riquísima heredera del virrey Ettore Pignatelli, Girolama. Al apellido Pignatelli, se añadían enseguida los de Colonna y Caracciolo. Eran duques de Monteleone y *grandes* de España y siempre tuvieron acceso directo a los reyes españoles.

Blasi se para a comentar la importancia que en aquel siglo tenían los títulos, no fáciles de obtener, comparado con la facilidad con que se otorgaban en su época, y al concluir la narración del enfrentamiento entre ambos personajes recuerda la máxima: *non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem*: (No (dar) humo de la luz, sino del humo dar luz). Simplemente, el duque del Infantado negó al duque su respetuosa petición de poder usar el título de *Excelencia*, que en España se reservaba para los virreyes.

Dice Blasi que rey Felipe III no mantuvo en el cargo al duque del Infantado por los rumores de avaricia y venta de oficios que Pignatelli hacía llegar y compartía con el arzobispo Martino de León. Y añade que cuando llegó el nombramiento de su sucesor, el duque de Osuna, el del Infantado se sintió humillado al leer que en el interregno le correspondía hacerse cargo del gobierno a Fabrizio Pignatelli. Para evitarlo, en lugar de volver a España, se quedó en Italia guardando el sitio y cediendo el mando sin pasar por el duque de Monteleone.

Siguiendo con lo del humo, hay que decir que la llegada del duque del Infantado a Sicilia, como virrey, en 1651 fue más accidentada de lo que convenía a la solemnidad que se reservaba a los prolegómenos de cada gobierno. Su fama de militar había crecido mucho después de expulsar a los franceses de Lérida. En el momento de recibir su designación se encontraba en Roma y de allí partió para su nuevo destino con la mala y previsible fortuna de soportar las típicas tormentas marinas de los meses de diciembre. No pudo la nave entrar en el puerto de Mesina y hubo de desviarse a Milazzo. De allí Rodrigo y su esposa María de Silva pasaron por tierra a Mesina, esperando a que mejorase el tiempo, algo que no ocurrió hasta el 25 de enero del año siguiente. Los palermitanos habían

preparado los arcos y demás ornamentos creyendo que llegarían a principios de ese mes. Al ver que se quedaban en Mesina más tiempo de lo esperado se sintieron algo molestos, por lo que cuando por fin aparecieron en la ciudad, los nuevos virreyes no pudieron hacer su entrada triunfal hasta al 13 de febrero, debido a la calculada parsimonia de los organizadores.

Como gobernante, resolvió satisfactoriamente los asuntos verdaderamente importantes para la ciudadanía.

Su primer éxito fue evitar la propagación que la peste de 1652 se extendiese en Sicilia, colándose en los barcos que llegaban del Oeste, desde Cataluña, Mallorca y Menorca. Prohibió la entrada en puerto a toda embarcación proveniente de esos lugares, y para protegerse de los fallos que pudieran producirse en Cerdeña, amplió el cordón sanitario a todo barco que viniese del Languedoc y la Provenza. No quiso fiarse de los funcionarios locales en el cumplimiento de las medidas de higiene, por lo que inició una continuada serie de viajes a las villas del Reino, lo cual le permitió conocer de cerca la situación del pueblo siciliano.

El invierno de 1651 fue favorable a las armas españolas en Europa, con la toma de Dunquerque, Casale, Monferrato, Mastrique y otras plazas en Flandes. Lo inesperado de tales triunfos hizo más vistosas las celebraciones que la Monarquía promovió en todas sus provincias. En Palermo hubo suntuosos torneos, estafermos y competiciones tradicionales como *Il Carusello* y *L'Anello*, que parecían no terminar nunca, pues empezaron el 9 de noviembre y sólo se dieron por concluidas el 23 de febrero de 1652.

El año siguiente, el virrey trasladó su corte a Mesina, con la intención de equilibrar un poco los dispendios de las fiestas palermitanas. Abrió el parlamento de la ciudad y conferenció con los síndicos, uno de los cuales, Plácido Deinotto, se atrevió a promulgar una pragmática declarando enemigos de la patria a todo ciudadano que vulnerase los ancestrales privilegios de la ciudad. El virrey consideró extemporánea y agresiva la propuesta, por lo que puso en prisión a Deinotto y dos senadores más.

En 1654 celebró parlamento la ciudad de Mesina y se otorgaron los donativos consuetudinarios para las necesidades del

reino, aunque no se quiso contribuir a la guerra de Venecia. Las consabidas peticiones a su término fueron remitidas a Madrid, las unas, o resultas por el virrey, las otras.

La estancia de los duques del Infantado en Mesina hubo de quedar interrumpida al saberse que los franceses se preparaban para atacar Nápoles y después Sicilia con una flota de veinticinco de navíos de guerra, seis galeras y los barcos de intendencia necesaria para la conquista. La corte del virrey retornó a Palermo en noviembre. Los planes que el duque había concebido durante la travesía se pusieron en práctica inmediatamente. Consistían en movilizar a la nobleza, colocando como capitán general de dos mil jinetes de caballería a Ventimiglia, marqués de Geraci, y de la infantería a Pietro Mascica. Los enemigos fueron vistos en Trapani, y se temía una invasión de la isla, pero la dirección de los vientos los animó a dirigirse a Nápoles, sin apenas dejar rastro de su paso en Sicilia, por lo que el virrey licenció las tropas.

Al año siguiente, Rodrigo de Mendoza volvió a salir de Palermo, esta vez con dirección a las distintas plazas costeras de la isla, con el propósito de verificar personalmente el estado de las defensas, para el caso de que la armada francesa, retornase. Se detuvo en la isla de Favignana, única plaza que había sufrido ataques por mar el año anterior, y dispuso que se construyeran sendos baluartes en el puerto.

Blasi, siempre inclinado a ponderar la nobleza siciliana, juzga de forma rigurosa a este virrey, con lo que parece aceptar las opiniones del duque de Monteleone, al acusar de soberbia al duque del Infantado. Sin embargo, en letra pequeña y a pie de página, reconoce que:

Dobbiamo eccettuare la città di Palermo, che sempre lo amò, e l'ebbe molto caro. Scrive l'Auria, che potea e dovea sapperlo, che il senato palermitano, prima ch'egli partise, gli presentò il privilegio con cui era dichiarato cittadino palermitano, e inoltre gli assegnò una pensione de dodici mila scudi annuale, dichiaràndolo porttettore della città, segno non equivoco di amore e di estimazione.

No es pequeña la excepción que a su crítica hace Blasi. Las buenas palabras son fáciles de conceder con el ánimo bien dispuesto, pero una pensión tan sustancial, vitalicia y adoptada por los propios palermitanos como reconocimiento del pueblo a un funcionario que volvía a España, y a quien no pensaban volver a ver, era algo realmente extraordinario: un signo “inequívoco”, como admite el perspicaz autor.

Juan Téllez de Girón, duque de Osuna

1655-1656

Juan Téllez de Girón, que consumió muchas horas, meses y años administrando la suspensión de pagos de la casa de Osuna (actividad que sin duda interesaría mucho a sus acreedores, pero no tanto al bien general) tuvo el mérito, un año antes de morir, de salvar miles de vidas en la isla de Sicilia.

Nombrado virrey en sustitución del duque del Infantado, su acceso al gobierno quedó muy deslucido por la improvisación, o la descortesía, con que fue recibido por el virrey saliente. El arco de triunfo, que siempre se preparaba con anticipación, estaba solo empezado, y la familia del duque seguía viviendo en palacio como si nunca se fuera a marchar de allí. Tal vez para prevenir a Osuna, el del Infantado salió en la galera virreinal para saludar a la que venía de España, que estaba ya a dos millas náuticas de Palermo.

Es fácil imaginar los sentimientos de rehabilitación del viajero a la vista de la isla que había gobernado su padre, el maltratado *Gran Osuna*, cuando Juan tenía catorce años. Fue su padre quien decidió que se casase muy joven con Isabel Sandoval, la hija del duque de Uceda, pensando entonces que tal vez de esa forma podría congraciarse con el ministro de Felipe III y amortiguar la acuciante falta de liquidez que padecía la poderosa familia. Para ocultar la inopia del marido, los nuevos esposos se quedaron a vivir en los dominios del suegro, lo cual tranquilizó, temporalmente, a los

acreedores. Finalmente, Juan tuvo que realizar parte de sus activos para pagar los censos que gravaban la herencia que dejó su padre al morir en prisión. La villa de Olvera fue elegida para ser enajenada y Juan cedió la administración del resto a un curador. Parecía que la caída del gran Pedro Téllez hubiera acarreado la de toda la saga. Sin embargo, Juan no dejó de luchar. Emulando la política matrimonial de su padre, convenció a su hijo Gaspar de que se casase con otra Sandoval (ésta: verdadera duquesa de Uceda) de nombre Feliche, por su origen materno Orsini.

En 1633 obtuvo del rey Felipe III la merced de recuperar la plena gestión de sus feudos. A partir de entonces, las ventas proporcionaron una notable reducción de la deuda y recuperación del crédito. Su vuelta a la política no registra haber recibido nombramientos importantes, aunque siguiese participando, con algo más que agrado, en las maniobras contra el que fuera gran enemigo de su padre: el conde duque de Olivares.

Cuando le llegó el nombramiento de virrey de Sicilia, que firmó Felipe IV en 1655, tenía casi sesenta años. No parece que la circunstancia de que el arco de triunfo estuviese a medio empezar hiciera impacto en su ánimo. El Senado quiso que no lo interpretase mal, por lo que le entregó los planos y dibujos que atestiguaban la buena intención de los palermitanos. Blasi se deshace en elogios sobre este virrey al que llega a llamar “adorabile”. El motivo: la forma en que libró a Sicilia de una peste que asoló toda Italia.

El morbo había comenzado extendiéndose por toda la isla de Cerdeña, donde podría haber permanecido aislado de no ser por un barco con soldadesca que se presentó en el puerto de Nápoles proveniente de la isla y que nunca debió de desembarcar a sus tripulantes. El hecho de que ocurriera se ha intentado explicar de tres maneras: la más probable: que exhibieron patente de procedencia genovesa: la más extendida; que lograron desembarcar furtivamente; la más malévola: que el virrey de Cerdeña, conde de Castillo, los dejó salir por no tener que pagar su mantenimiento. Lo que sí parece cierto es que hubo negligencia culpable en las medidas de contención, pues los primeros denunciadores fueron ignorados o castigados para no alarmar a la población. El caso es que la peste se adueñó primero de la ciudad y luego del reino de Nápoles, acabando

con la vida de miles y miles de personas. Luego su malignidad traspasó la frontera con los estados pontificios, afectando a Roma y Civitavecchia.

A diferencia de otros gobernantes, el duque de Osuna hizo un sellado infranqueable de la costa siciliana, ordenando el cierre total de los puertos a todo barco sospechoso. A los que traían víveres, les exigió que utilizasen sólo Palermo y Mesina, sometiendo las mercancías a rigurosa cuarentena antes de desembarcar. Ordenó el censo de los extranjeros que hubiesen tenido contacto con quienes presentasen síntomas del mal. En Palermo, encomendó el control de las puertas de San Félix al marqués de Geraci, y la Puerta Nueva al marqués del Vaglio, con instrucciones de extender sólo billetes autorizados por el Senado de Palermo.

Y para asegurar que sus medidas se cumplieran, mandó levantar dos horcas bien visibles: una en la *Garita*, a escasa distancia de la puerta de *San Félix*, y otra en al pie de la iglesia de la *Madona del pié de la Gruta*, por su cercanía a la Sanidad. Con estas y semejantes oportunas medidas, la isla se vio libre de la invasión de la peste, si bien a costa de sufrir racionamientos en el pan y otros productos esenciales. En general, la población comprendía y aprobaba la firmeza del virrey, aunque en Mesina se produjeron protestas por la inflexibilidad de las aduanas con las naves procedentes de Calabria y el colapso del comercio tradicional entre ambas a orillas del Estrecho.

La buena impresión de estar gobernados por alguien con autoridad y rapidez de reflejos hizo aún más lamentable la noticia de que el virrey había caído gravemente enfermo. Se supo a primeros de octubre de 1656 y su muerte se produjo el día 10 de ese mismo mes.

Martin de Redin

1656-1657

Las previsiones sucesorias para caso de muerte o ausencia de un virrey estaban contenidas en tres documentos, que cada virrey llevaba consigo y que en las Indias dieron en denominar “*pliegos de mortaja*”, con tufillo necrológico y conventual. Al morir el duque de Osuna, el pliego señalaba al hijo del difunto, que era duque Uceda, y no podía hacerse cargo de momento por estar en España. El segundo designado era el arzobispo de Palermo, que había muerto años antes. Y el tercero apuntaba al capitán general de Navarra, Martín de Redin, que también estaba ausente, pero más cerca: en Malta.

Como Sicilia no podía quedar muchos días sin gobierno, el Parlamento decidió que se hiciera cargo inmediatamente el obispo de Cefalú, quien tomó posesión esa misma noche, prevenido por el propio duque de Osuna antes de morir. Acto seguido se dieron órdenes de avisar a Martín de Redin de que viniese a Palermo en calidad de virrey.

Osuna había muerto el 12 de octubre de 1656; enseguida se enviaron dos galeones a recoger a Redin, que llegaron con él a Siracusa el 30 del mismo mes. De haberse sabido en Madrid la inminente muerte del gran maestro de la Orden de Malta, Paolo Lascaris, y las grandes posibilidades que tenía Martín de sucederle, posiblemente Felipe IV no habría rubricado su elección como virrey de Sicilia, porque alejarlo de La Valeta era disminuir notablemente su capacidad de maniobra en días tan críticos. En efecto, Lascaris

murió en agosto de 1657 creando en Martín de Rodin ansiedad por no estar presente en la isla de Malta, justo cuando más necesaria era su presencia para los intereses de España, que se disputaba con Francia cada elección, desde que el emperador donase el archipiélago a los caballeros de la orden de San Juan.

En esta ocasión el candidato francés era Julio de Oddi, inquisidor de Malta, quien ya había advertido al papa de que el caballero Rodin estaba aleccionando a los caballeros para que, si moría Lascaris, lo nombrasen a él, lo cual convertiría en nulos sus votos por estar prohibido hacer proselitismo en los estatutos de la Orden. El papa Inocencio X emitió un breve seis meses antes de fallecer el gran maestre, recordando esta norma, lo cual no impidió que Martín Rodin siguiese persuadiendo a cuantos pudo de que favoreciesen su candidatura.

Al dejar el campo libre al inquisidor con su marcha a Sicilia, Rodin encargó al comendador de su mayor confianza, Antonio Correa de Souza, que velase por sus intereses. No debió hacerlo mal Correa, pues a la hora de la votación, a pesar de que el inquisidor había repartido copias de breve del papa, el resultado fue favorable a Martín Rodin, que recibió la noticia en Mesina.

Los caballeros de la Orden de Malta estaban agradecidos, por sus concesiones y apoyo a los papas Inocencio X y Alejandro VII, que eran mas afines a la monarquía hispana que a la francesa, para disgusto de Richelieu y Mazarino. El carácter navarro, a la vez sencillo y orgulloso, de Martin Rodin queda bien reflejado en la carta que escribió a Alejandro VII, quejándose de la antipatía del inquisidor francés.

Vengo a postrarme a los pies de Vuestra Santidad, rogándola humildemente crea que soy inocente de las calumnias de que soy objeto, puesto que ni de pensamiento ni de hecho he deseado la Magistratura de esta Orden con fin distinto del servicio de Dios y el de emplear los talentos que su Divina Majestad me haya concedido para, dado el miserable estado en que el mundo se haya hoy día, hacer el mayor beneficio posible desde el trono de esta Religión a tantos pobres vasallos que se encuentran en mísera condición. No tema, Santo Padre,

que la elevación a esta dignidad le emplee en enriquecerme, pues no habiéndome dejado Dios cercano pariente en condición de heredarme, todo lo que la religión me da, a ella volverá. [...] Mi natural condición, Santo Padre, es la milicia en la que cuanto en ella adquirí sirviendo a mi Rey, en él y en mis soldados lo he gastado y cuando tuve que residir en Malta al servicio de la Orden mi mesa ha estado siempre dispuesta, y mi dinero, a disposición de cuanto Caballero necesitado lo solicitaba, muchos de los cuales, en vez de alabar mi liberalidad, se han convertido en mis enemigos tan poco agradecidos que dicen lo hice con mal intento y me llaman despectivamente generoso limosnero [...]-

Esta carta y la información disponible sobre la elección de Martín Rodin forma parte del estudio sobre los grandes maestros españoles que publicó en 1932 Alfonso Pardo Manuel de Villena, al ser admitido en la Academia de la Historia. La importancia que para Rodin tenía llegar a ser Gran Maestre no pasó inadvertida al historiador Blasi, el cual discrepa de su fuente, Vincenzo Auria, sobre los motivos que llevaron a Martín Rodin a abandonar Palermo y residir en Mesina, durante su gobierno como virrey de Sicilia.

Según Auria, Rodin llegó a Palermo el 2 de noviembre de 1656, pernoctó en Castellamare y dos días después hizo su solemne entrada en carroza ofrecida por el Senado para jurar los privilegios en la catedral. Estuvo dos meses en la capital y el 2 de enero del año siguiente se trasladó a Mesina, *por la penuria que se extendía en dicha ciudad debido a la prohibición de licencias a Calabria, por la peste que venía de Nápoles, y los disturbios ocurridos en la misma ciudad contra Don Francisco de Villapaderna, Straticcho, por haber hecho una justicia en un Artesano, al que obligó a exilarse de la Ciudad*. El viaje fue accidentado debido a los fuertes vientos que obligaron a las naves a retornar a Palermo, buscando refugio.

El dilema de los mesineses estaba en tener que elegir entre el hambre, por haber prohibido el duque de Osuna la llegada de víveres importados de Calabria, o la peste, que ya se había mostrado al otro lado del Estrecho. Los consejeros palermitanos del virrey le hicieron ver que la llegada de toda la corte virreinal a Mesina, en lugar de

bajar los precios, produciría el efecto contrario. Y sobre al problema del artesano desterrado por el *estratigoto* Villapaterna, le dijeron que tenía medios abundantes y hábiles de intervenir en el conflicto provocado por el Senado mesinés, sin necesidad de trasladarse a Mesina.

Blasi cree que la verdadera razón que movía a Martin Rodin a abandonar Palermo con toda su corte no era otra que estar más cerca de La Valeta. Y termina su reseña sobre este virrey diciendo que, en tan poco tiempo, fue *uno de esos gobernantes que no hicieron ni bien ni mal*.

Pedro Martínez Rubeo, arzobispo de Palermo

1657-1660

El nombramiento simultáneo de Martínez Rubeo (Rubio) como arzobispo de Palermo y virrey interino y honorífico, se inscribe dentro del instinto de conservación de la *Monarchia*, uno de cuyos pilares más importantes era el apoyo de la Iglesia Católica. Por esa razón, de vez en cuando, la responsabilidad del gobierno se cedía a la máxima autoridad eclesial de cada virreinato. El obispo designado reunía durante su mandato más poder que los virreyes: el civil y el religioso. Ello le obligaba a hacerse cargo y defender los puntos de vista del Consejo de Estado, al menos durante el tiempo que durase su gobierno.

Otra consecuencia deseada de esta política era reforzar la autoridad del clero secular, ante el avance impetuoso de las conquistas sociales del clero regular. Mientras en Inglaterra Oliverio Cromwell zanjaba el dilema eliminando de un plumazo uno de los contendientes, en España las Órdenes religiosas acaparaban un poder expansivo y no siempre benéfico.

Pedro Martínez Rubeo era simplemente un sacerdote y no estaba ligado por voto de obediencia a ningún hábito monacal. Empezó a ser notado como alumno de la Universidad de Zaragoza, donde se doctoró en jurisprudencia. Los asesores de Felipe IV se fijaron en él cuando fue nombrado deán del arzobispado de Teruel por sus dotes como gestor de patrimonios. De ahí le vino su primer contacto con Italia, como *visitador* del patrimonio real en la isla de

Cerdeña. De Cerdeña pasó a Roma, ya con su familia, como auditor del Tribunal de la Rota. Estando allí, murió el arzobispo de Palermo fray Martín de León y la Corte emitió en 21 de julio de 1657 una providencia por la que Martínez se convertía, de la noche a la mañana, no solo en arzobispo designado de Palermo, sino en presidente del Gobierno de Sicilia.

Mientras duraba el viaje desde Civitavecchia, hubo que cubrir el puesto y la propuesta de Madrid recayó en Juan Bautista Ortiz de Espinosa, noticia, que, según Blasi, fue mal recibida en Mesina, aunque dice no saber la razón. Surgieron carteles anónimos amenazantes en puntos de la ciudad. El caso es que Ortiz de Espinosa, que era juez, decidió salir cuanto antes de la ciudad y tomar posesión en Palermo. Salió a escondidas de Mesina, aconsejando a los demás magistrados que hicieran lo mismo para salvarse de los iracundos manifestantes. Con otros ocho, que decidieron acompañarlo, inició un éxodo anónimo que duraba días sin que se conociese su paradero. Pasada una semana, los nueve magistrados fueron descubiertos en Baccaria, ya cerca de Palermo, por el duque de Villareal, el cual les ofreció carrozas para que llegasen honorablemente a la capital.

Su gobierno tenía que terminar tan pronto tomase posesión Martínez de Rubeo, lo que parecía inminente, de manera que Espinosa se dio más prisa de lo conveniente en nombrar algunos incondicionales suyos en cargos que estaban vacantes.

El barco en que navegaba Martínez Rubeo llegó a la pequeña isla siciliana de Ustica a finales de noviembre de 1657. Con él venían a Palermo unas treinta personas, ocho de los cuales pertenecían a su familia. Con el séquito eclesial venían también caballos y otros animales. Todos estaban deseando llegar y ser recibidos como correspondía a su nuevo rango de representantes del Rey y del Papa. Sin embargo, el viento fuerte del desierto africano hacía peligrosa la costa palermitana, y tras varios intentos de desembarco en puntos diversos, regresaban siempre a Ustica. Así transcurrió una semana hasta que mejoró el tiempo y la nave pudo situarse frente al puerto de Palermo, donde desde tierra comunicaron al capitán del barco que no les daban licencia para desembarcar por venir de una región donde la peste ya había hecho estragos. De nada sirvió que el arzobispo

quisiera imponer su deseo pues todavía carecía de poderes y la expedición de la necesaria licencia correspondía a los sanitarios de Palermo.

Todavía se recordaba lo ocurrido durante el gobierno de Filiberto de Saboya por lo que los magistrados aprobaron la decisión de la Sanidad, lo cual alaba Blasi diciendo que “antepusieron el bien público a cualquier tipo de respeto humano”. Como tampoco era sensato dejar a todas aquellas personas recluidas a bordo mientras duraba la cuarentena, se decidió precintar una zona junto al muelle, a modo de lazareto vallado con planchas de madera, donde de momento solo se autorizó que lo ocupasen el futuro arzobispo y sus familiares. Por si acaso, la zona fue puesta bajo control y vigilancia para evitar tentaciones de salir.

Martínez había logrado del Papa que le pusieran en un relicario de plata la cabeza de San Maximiliano, un obispo de Palermo cuyo cuerpo había sido trasladado a Roma con el de otros mártires sicilianos y la traía como un don preciado para que luciese junto al altar mayor de la catedral. Fue el único objeto que se permitió desembarcar, pues el resto del equipaje casi todo fue arrojado al mar.

En esas condiciones, tan precarias, juró el arzobispo respetar y hacer cumplir los privilegios del Reino. Se habilitó una mesa de madera larga para que pudiera recibir en audiencia a los ministros y visitantes varios. Mientras tanto el resto de los viajeros seguían en el barco y los caballos parecía que no fueran a resistir el encierro. Se autorizó desembarcarlos a condición de que fuesen lavados cuidadosamente. Finalmente, viendo que todos los recién llegados gozaban de buena salud, se perdonaron los cuatro últimos días de la cuarentena.

Este primer contacto entre el arzobispo y sus feligreses no auguraba una relación muy fluida. Puesto que Martínez era a la vez presidente del Reino y arzobispo de Palermo, se le preguntó en cuál de los dos palacios querían vivir él y su familia, a lo que respondió que su lugar permanente habría de ser el obispado. Su entrada solemne tuvo lugar el 20 de enero de 1658 a caballo, bajo un palio que portaban los senadores, en una procesión que iba desde la iglesia

san Nicolás hasta la catedral. Cubrían la calzada soldados de un regimiento de caballería borgoñona.

Los palermitanos esperaron a que el virrey se instalase cómodamente antes de empezar los festejos por el nacimiento del infante Próspero Felipe, un hecho singular que se conocía desde el 14 de diciembre. Aparte de los actos celebrados en la catedral, con el acostumbrado *Te Deum*, hubo el 24 de enero, a medianoche y con la ciudad profusamente iluminada, un brillante desfile de tropa y personalidades, en la que pudo verse a Martínez Rubeo flanqueado por el marqués de Geraci, a su derecha y el pretor Vincenzo Landolina, a la izquierda.

Cuatro días después fue la ocasión de presenciar los torneos, que durarían hasta el 3 de marzo, muy vistosos por la cantidad y calidad de los caballeros que acudieron a las justas. Los contendientes entraron al recinto asignado en presencia del virrey, que podía verse rodeado de damas y principales del Reino, y la asistencia del alegre público de Palermo. Dice Auria que los caballeros iban:

...portando armas blancas con casco y celada, y sobre ésta los penachos y en lo más alto el lema de la empresa. Sus caballos llevaban arma blanca en la frente, y el resto cubierto de rica tela con los colores del caballero [...]llevan en la mano la lanza y en la punta el *motto* de la empresa; y se llegan frente al virrey y le hacen tres reverencias y le dejan la lanza con el *motto* que queda junto al virrey. Repiten el saludo frente al Senado y pasean por el campo del honor en medio de sus padrinos y otros señores de la comitiva, y sus palafreneros que les llevan las lanzas (que se van a romper).

Terminada la entrada, se quitan los penachos con el lema impreso y quedan con la celada y comienzan a correr en la arena seis lanzas cada uno, las cuales en sus puntas llevan una coronilla de hierro con esponja de color rojo, vulgarmente llamada *morga*, para que se vea el golpe que hace el caballero a su contrario; el cual se comunica inmediatamente al virrey y al Senado, donde lo anotan los

jueces, para otorgar los premios merecidos, publicados en los capítulos del Torneo. Y cuando termina se publican por el pregonero del Senado, y se reúne y comienza la cabalgata con el virrey, a cuya diestra va el caballero vencedor del Torneo.

Compitieron doce caballeros y se otorgaron varios premios, siendo el máspreciado el que correspondía al mantenedor que hubiera roto más lanzas, el cual resultó ser Alessandro Galetti, que vestía armadura de oro y rompió doce en las dos jornadas. El premio a la *Lanza de la dama* de la primera jornada correspondió a Próspero Marino, color pardo oscuro, y en la segunda a Giovanni Zumo, color malva. Los premios a la *Invenzione* fueron para Marino, y para Salvatore Cannizzaro, color negro y oro. Finalmente, los premios *Galante* se los llevaron Gaspare Ballo, carmesí, y Federico Sabbia, colorado. Actuaron como jueces, propuestos entre los senadores, Ottavio Lanza, príncipe de Trabia y Pietro Branciforte. Fueron maestros de campo: el duque de Villareal, el príncipe de Aragona, el príncipe Pacheco y el duque de Santa Lucía.

Interesa resaltar estas jornadas alegres de febrero y marzo de ese año, protagonizadas por los poderes civiles en armonía con la nobleza y la aquiescencia y participación popular, como contraste con las que vinieron inmediatamente después. En las segundas, los palermitanos comprobaban el poder de la Iglesia en un auto de fe que no hay más remedio que reseñar, pues Martínez Rubeo lo presidió en su doble calidad de arzobispo y virrey.

En esta ocasión, los desfiles y las cabalgatas se tornaron procesiones y los caballeros fueron sustituidos por frailes *carmelitanos, dominicos, capuchinos, franciscanos, teresianos, de san Francisco de Paula, menores observantes, teatinos y jesuitas*. Al frente de todos ellos: Luis de los Cameros, inquisidor general. El horrendo espectáculo culminaría con la muerte en la hoguera de fray Diego La Matina, un agustino reformado y hereje nacido en la localidad de Ragalmuto, cercana a Agrigento.

Su historia de peleas con la Inquisición era larga. Catorce años antes ya había sido acusado; abjuró entonces de sus ideas y fue absuelto. Volvió a sus creencias reformistas y en 1646 fue

condenado a cinco años de galeras, que no cumplió porque de nuevo abjuró y de nuevo fue absuelto, pero obligado a cumplir la sentencia de galeras anterior. Como predicaba a los galeotes sus ideas reformistas, tuvo que comparecer ante el Tribunal, que lo sentenció a salir como penitenciado en un auto de fe, en 1650 y condenado a cadena perpetua. Trató de huir de la cárcel y dejó herido a un inquisidor. Vuelto a su celda recibió la visita de otro inquisidor, Juan López de Cisneros. Como el prisionero tenía las manos atadas con grilletes, atacó con los hierros a Cisneros y lo hirió de muerte. Dice Auria que Cisneros, agonizante perdonaba a La Matina y pedía que no lo condenasen, sino que tratasen de reconvertirlo.

Los hechos fueron objeto de un documento firmado por Girolamo Matranga, consultor y calificador del tribunal en su *Relazione dell'atto publico di fede celebrato in Palermo a'17 marzo del l'anno 1658*. En ella puede leerse que, al oír la sentencia, el reo llamó al teatino encargado de acompañarlo. El público hizo que el padre Giuseppe Cicala se acercase a La Matina porque éste quería abjurar a cambio de salvar la vida. Repuso el padre que ya era tarde y que la sentencia era firme. Replicó Matina con las palabras del profeta; *Nolum mortem peccatoris, sed ut magis convertatur et vivat* (no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva). Contestó fray Diego que el profeta se refería a la *vida espiritual*, por lo que, si quería confesar, sólo eso le permitía. *Entonces, Dios es injusto*, exclamó Matina. Añade Auria que, cuando murió *el blasfemo*, sobrevoló la plaza de San Erasmo una manada de cuervos que se llevaron su alma.

Los espectáculos de la Inquisición, como éste de Palermo, tenían, sin duda, un fin político además del religioso. La Reforma, ante la resistencia planteada por la Iglesia de Roma, que se veía apoyada por los Habsburgo, se apropió las instancias nacionalistas de los países del Norte de Europa, partidarios de un equilibrio de reinos no sometidos a la jerarquía de pensamiento del Papado. Esta concepción geopolítica chocaba con la idea de una *monarchia universal* de reinos cuasi independientes, con instituciones medievales propias y respetadas, que comprendía también la casi totalidad de América y las posesiones asiáticas de Portugal, como parte del mismo conjunto.

Desde el punto de vista del hombre sencillo de la calle, la dificultad para asimilar herejía y nacionalismo provenía de que las herejías se referían a asuntos teológicos, casi siempre bizantinos y muy fuera su alcance y de su interés. Sorprende que, ante la enormidad del castigo, los penitenciados, casi todos religiosos, insistieran en mantener postuados abstractos sin posible base científica y con una carga de certeza igualmente discutible. Sorprende que aquellos que murieron por sus ideas no hicieran como Galileo, quien, aunque poseído de una gran verdad, sin embargo, dio ejemplo como cuidador único de su propia vida, dejando su caso a la justicia inexorable de los siglos.

La constatación de esta extraña coyunda entre lejanas disquisiciones teológicas y fervientes nacionalismos, explica también la importancia de la devoción a la Inmaculada Concepción de la Virgen, cuya festividad en diciembre de 1659, se eligió para que coincidiera con la celebración de la paz entre Francia y España, que delimitaba aún más la disparidad entre los reinos protestantes y católicos. Que la madre de Cristo, como todos los hijos de Eva, hubiera nacido con el pecado original cometido en el Paraíso, y por tanto necesitada del bautismo para redimirse, o que le voluntad de Dios la hubiese dispensado de esa mácula, difícilmente podía entusiasmar a los ejércitos en combate, si no fuera porque los sentimientos nacionalistas, y los sueldos, venían en auxilio del valor necesario para morir por una idea. El papa Alejandro VII, que había trabajado la paz del Bidasoa, escribió a Martínez Rubeo para que se celebrase cumplidamente.

La personalidad de este virrey lo aleja de la idea de un gobernante impetuoso y fanático, y es más asimilable a la de un administrador de la riqueza común, que procuraba el buen fin de los fondos y su correcta adquisición. Reunió el Parlamento tal como se hacía cada tres años para consignar las aportaciones, que casi siempre eran las mismas, acompañadas de un donativo extraordinario de tipo finalista, que consumía gran parte de las deliberaciones. En el caso de Martínez Rubeo, el donativo se fijó en cien mil escudos y su destino fue reparar las fortificaciones del Reino.

Martínez no tuvo problemas como presidente del Reino, pero sí como arzobispo de Palermo, precisamente por su vocación de controlador, centrado en los ingresos y gastos de monasterios y conventos.

Cuando le llegó el momento de ceder el mando a su sucesor, el duque de Ayala, a Martínez Rubeo le faltó elegancia y sintió el vacío. Su displicencia no dejó de ser advertida y surgieron desavenencias que abocaron en prisiones de personas cercanas al ámbito diocesano. Monseñor fue advertido del peligro y para evitar el encuentro con Ayala se tomó unas largas vacaciones con el pretexto de las obligadas visitas pastorales a sus fieles.

Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna

1611-1616

En la Historia de España, la figura del duque de Osuna sigue dividiendo opiniones entre quienes sólo ven en él las excelencias cantadas por Francisco de Quevedo y quienes, por ser Osuna amigo de Lerma, repiten los comentarios negativos, expurgados aquí y allá, que sirvieron para meterlo en la cárcel, donde murió.

España es un país donde la envidia encuentra buen clima por lo que no hay que desestimar la parte alícuota que corresponda al derrocamiento de este caballero, que a los treinta años daba muestras de no admitir una decadencia general que otros veían irreversible.

Las acusaciones empezaban en lo personal: baja estatura, predilección por trajes pomposos y de color verde, frecuencia de visitas a lupanares, ateísmo, prodigalidad, escándalos públicos, y variantes sobre estos temas.

Tales delitos no habrían sido suficientes en la época del rampante orgullo español de no haber estado engarzos a otros más preocupantes para la tranquilidad de su católica majestad. Por orden de importancia, iban desde la desobediencia flagrante a las órdenes recibidas, pasando por la participación en conjuras antiespañolas, como la de Venecia, hasta la de querer Osuna erigirse en rey de Nápoles y Sicilia.

Esta campaña de descrédito no era bien recibida por el pueblo, que apreciaba a Osuna, aunque contuviera un somero fondo de verdad. Con esta intención, y para hacerse agradable al conde

duque de Olivares, escribió Cristóbal de Monroy (un dramaturgo posterior a Lope) sus “Mocedades del duque de Osuna”. En esta obra Pedro de Girón se nos muestra como un incorregible bromista a costa de pacíficos y honrados vecinos (un boticario, un vendedor de miel, una criada de dama burlada, un alguacil) a quienes somete a sádicas burlas, que luego compensa con donativos exagerados. Tan poco graciosas son sus ocurrencias que hasta su escudero se lo reprocha.

Las primeras escenas ocurren en una Sevilla reminiscente de la obra de Tirso de Molina. Luego la acción se traslada a Francia, en viaje de Osuna hacia Flandes, donde el duque arremete a cuchilladas contra unos pacíficos actores que representaban una comedia en que se criticaba al rey de España. El paralelismo con don Quijote y maese Pedro sirve como caricatura del patriotismo innegable del duque. Osuna y sus compañeros son condenados a la horca, y todos se lamentan y preparan a morir menos él, que pide escribir una carta. La obra termina con la aparición, *deus ex machina*, del rey de Francia Enrique, que perdona a su primo Osuna y a sus amigos, por haber defendido tan bravamente a su rey.

Esta obra se representó después de morir en prisión el protagonista. La memoria de Osuna, venerado en Sicilia y temido por los enemigos tradicionales de la monarquía española, precisaba ser manchada desde el momento en que murió Felipe III y el control del gobierno de Felipe IV pasó al conde duque.

Por esa razón las críticas se basaban en dos certezas de su biografía: una juventud desarreglada, con episodios de burlador, y una tendencia a no respetar los usos y convenciones cuando no se ajustaban a sus propósitos. Durante sus gobiernos en Nápoles y Sicilia, los cronistas coinciden en que Osuna se inmiscuía en asuntos reservados a los jueces, modificando penas, en ambos sentidos, sin otra precaución que su propio sentido de la justicia y las atribuciones amplísimas que le correspondían como virrey. Solo que la mayoría de los virreyes aceptaban la instrucción de respetar las atribuciones de los magistrados y Osuna no lo hacía cuando le parecía que un reo había sido tratado muy duramente o lo contrario.

La lectura de los años del Diario de la ciudad de Palermo, que escribió un protegido de Osuna, Filippo Paruta, contiene la lista

tediosa de ejecuciones firmadas por cada virrey, desde 1500, y terminado en 1613 con las que ocurrieron en tiempos de Osuna. En ocasiones el virrey concede la gracia de trocar la pena de muerte por destierro o galeras, pero son pocas. A diferencia de otros virreyes no hay delitos de sedición; son castigos por delitos comunes, algunos de los cuales, como la sodomía, hoy sólo son punibles en países teocráticos. Otros, como los robos o puñaladas sin muerte, no merecen la dureza ni la publicidad con que se castigaban en aquellos tiempos.

Importaba la ejemplaridad, de manera que Pedro Téllez de Girón no perdonó la vida a un familiar suyo llamado Antonio de Girón y Pacheco, que había sido condenado, junto con otro español, de apellido Inestasi, y tres cómplices femeninas, por matar a un joven siciliano de 14 años, al cual, tras darle de puñaladas, cortaron la cabeza y la arrojaron a un pozo en Favara. La limpieza posterior del pozo por su dueño descubrió el crimen. Por sus ropas se supo quién era el joven y los asesinos fueron identificados.

El virrey ya no estaba en Palermo, por haberse hecho a la mar con una de las galeras capturadas a los infieles. Osuna mandó por carta al Gobernador de Trapani que aparejase una chalupa para contactar con la galera donde viajaba Antonio de Girón y dar al sargento mayor una orden de detención. Antonio recurrió al virrey, pero éste confirmó la pena de muerte. Acudió todo Palermo a ver las ejecuciones. Al día siguiente, 9 de agosto de 1613, hubo responsos y avemarías por los ajusticiados.

También se acusaba a Pedro Téllez de ser ateo. Casa mal con el número de iglesias cuyas primeras piedras datan de su gobierno. En esta percepción pudo tener parte alguna broma típica de su carácter. En Mesina cundió la alegría por la revelación de que la Virgen había escrito una carta a los mesineses con promesa de protección. Cuando le fue presentada a Osuna, dijo, sonriendo, que más protección tendrían si les hubiera mandado una letra (lettera) de cambio. La irreverencia formaba parte de la personalidad compleja que hemos apuntado. Durante una visita a Catania de los duques, les fue mostrado, para que lo besaran, un relicario con los pechos de Santa Ágata virgen, momento en que Osuna se volvió hacia su

esposa diciendo “Doña Catalina, con vuestro permiso y sin vuestros celos”.

Lo interesante de esta particularidad irrespetuosa de su carácter es que sin ella no se concibe la forma, rompedora, con que el duque de Osuna cambió las pautas de la guerra marítima, convirtiendo el Mediterráneo en un mar español.

En cuanto las “travesuras” del adolescente, hay que decir que, a partir de la intervención de su mentor y maestro, Pedro Téllez, dejó atrás aquellos devaneos y pasó a ser un mecenas el mismo.

Durante una estancia en Londres, Téllez de Girón dedicó tiempo y estudio a conocer la marina británica, sus diseños, tácticas y prioridades. Según Osuna, en un navío de guerra no podía haber dos capitanes, uno de mar y otro de tierra, bastaba con el de mar, si era bueno. Creía en la importancia de la vela sobre el remo y en los marineros de profesión sobre los forzados. Consideraba absurdo iniciar una contienda por mar si no se estaba razonablemente seguro de tener superioridad. Y ello no por temor al descrédito sino, simplemente, por economía de medios. Creía imperdonable tener más galeras que remeros, por lo que recurría a métodos como la redención de penas, obligar a los mendigos sanos a servir de galeotes y, finalmente, capturar gran cantidad de bajeles otomanos, con sus dotaciones casi intactas.

Sobre cómo llegó a ser virrey de Sicilia una persona tan conflictiva, en términos cortesanos, fue una reacción, digamos que comprensible, de Felipe III, después de escuchar pacientemente una disertación de Osuna en que criticaba el lamentable estado de la presencia española en la isla. El duque de Osuna no sólo acusaba de inacción y abandono aquel punto estratégico para la defensa de la monarquía, sino que profetizaba grandes males si no se ponía rápido remedio. El rey vino a decirle: “muy bien, hazlo tú”.

Tal como había anticipado el duque, al llegar a Sicilia y ver el estado en que se encontraba la flota, escribió al rey manifestando su total decepción, al tiempo que se propuso crear otra a su capricho y sin cortapisas. Téllez se daba cuenta de que todas las naciones, menos España, practicaban la piratería y el corso como medio de pagar a la marinería, incrementar las flotas con las presas obtenidas, mandar ricos presentes a sus monarcas, hacerse populares en las

ciudades liberadas de los ataques de otros piratas y levantar la moral de la Marina con victorias seguras, siempre en condiciones ventajosas y sirviéndose de todos los recursos de espionaje e inteligencia para averiguar los escondrijos o puertos donde poder actuar casi impunemente. Turcos y moros practicaban este tipo de guerra en el Mediterráneo. En América lo hacían los ingleses, franceses y holandeses. Sólo España prohibía una guerra que se consideraba inmoral, desde los austeros despachos de la planicie castellana.

Osuna tenía dinero suficiente para hacer las primeras inversiones en su proyecto de una Marina agresiva y rapaz. Construyó dos navíos, dotándolos del armamento que creía más eficaz y eligió la tripulación a su gusto. Decía que en los de la armada real los (oficiales) que iban a sueldo eran “niños de teta” y a la marinería y soldados “se les debían treinta pagas”. Ordenó mejorar la cantidad y calidad de los ranchos a su costa, dejando al rey que pagase el vino.

La dificultad de encontrar remeros sin hacer esclavos la resolvía el virrey al modo anglosajón, consistente en embarcarlos con argucias. Se mencionan las diversas triquiñuelas que ideó Osuna para desenmascarar a falsos tullidos y enfermos, con concursos de habilidad y destreza dotados de premios visibles e instantáneos, a los que acudían vagabundos y ociosos ignorantes del fin último de aquellas proezas.

En Mesina, el virrey reunió y obtuvo del Parlamento de la ciudad un subsidio para armar seis galeras con el fin de destruir una flota que se disponía a salir de Túnez contra plazas españolas de América. La expedición llegó a la vista del puerto de Túnez y esperaron a la noche para echar al agua varias chalupas capaces de transportar unos cien tripulantes provistos de material incendiario. A altas horas del 23 de mayo de 1612, se adentraron en el puerto y prendieron fuego a la mayoría de los barcos tunecinos en una acción que aterrorizó a la marinería árabe por lo insospechada e impropia de las armas cristianas. Salvaron tres navíos, uno de gran tonelaje, que incorporaron a la flota cristiana. Salieron a mar alta y se encontraron con siete galeras provenientes de Nápoles, y, unidas todas, se

dirigieron a Bizerta, con la intención de saquear los almacenes del puerto donde se sabía que había nuevas atarazanas. Las defensas del puerto dispararon contra los barcos que entraban, pero de poco sirvió porque en el saqueo subsiguiente perdieron la vida muchos defensores. Sorprendidos los tunecinos por la insidia del ataque, idearon una venganza también insidiosa, que consistía en fondear dos barcos mercantes en el puerto de Mesina, simulando ser cristianos, para iniciar un asalto a la ciudad con el apoyo de dos galeras y una dotación conjunta de medio millar de hombres. El engaño fue descubierto por el acento de los marineros al hablar italiano y la operación resultó un completo desastre para los de Túnez.

En vista del éxito, Osuna añadió otros dos galeones a la flota, reduciendo la dependencia del remo, y puso al frente de la misma a un experto marino, Octavio de Aragona, el cual repitió los saqueos en puertos de Berbería y luego se dirigió a las islas griegas para enfrentarse a Mohamed Bajá, al que capturó siete galeras, entre ellas la capitana, y volvió a Mesina con su flota aumentada considerablemente y abundancia de esclavos y pertrechos. Según el historiador Leti, desde Lepanto no se había visto victoria semejante. Hablando de la recepción dispensada en Palermo a Osuna, Blasi cita a Di Giovanni en su *Palermo Ristorato*, diciendo que:

Entró in città come trionfante a cavallo, tenendo a la destra il vicerè, e a la sinistra il cardinal Doria, arcivescoco, precedutto dal bassà di Alessandria, da tutti i prigionieri turchi, che erano in catena; e dai cristiani liberati della schiavitù, y quali in segno di guibilo portavano in mano rami di ulivo [...] Je il duca di Ossuna spedì tosto in Ispagana il conte de Uregna, suo figliolo, per recanare le lieta notizia al re Cattolico.

El saqueo de Túnez y Bizerta, la malograda respuesta en Mesina y las presas de Octavio fueron sólo el preludio, la excusa y la confianza que Osuna precisaba para la ofensiva en gran escala que planeaba desde el comienzo de su gobierno.

Creyó que debía pedir autorización y ayuda al rey Felipe III, asegurando el buen fin de los gastos que se precisaban. La idea era

ilusionante pero el engrandecimiento consiguiente del duque preocupaba a muchos, de manera que la Corte decidió que Osuna no mandaría la armada propuesta, sino que se le imponía un almirante de sangre real: Filiberto de Saboya, sobrino del rey. De esta forma, las victorias esperadas consolidarían la ansiada alianza dinástica, fundamental en el tablero político italiano. A Osuna se le ordenaba sumar sus barcos al servicio de la flota que llegaría a Sicilia, conforme a su petición de ayuda.

Eran 20 barcos los que mandaba Filiberto de Saboya, pero a juicio de Osuna, dejaban mucho que desear en cuanto a dotación y tripulaciones. Cuando fondearon junto a los navíos de la marina del virrey las comparaciones se hacían inevitables. Dice el marino español y biógrafo decimonónico de Osuna, Cesáreo Fernández Duro, que:

El príncipe no supo disimular la pena de la comparación con aquellas del Duque, pagadas al corriente, provistas con lujo, mientras que las suyas ni lo necesario tenían.

Sumados todos los efectivos disponibles, Filiberto contaba con una armada de casi 60 barcos de guerra. Osuna quería atacar las posiciones otomanas en sus propios puertos o ensenadas donde se encontrasen para lo cual despachó una expedición al mando del joven Diego Pimentel, hijo del fallecido virrey Antonio Pimentel. Su presencia fue advertida y a duras penas pudo escapar y regresar a Mesina, no sin haber hecho presas dos galeras y liberado 400 cautivos.

El lugar elegido para la gran batalla era la bahía de Navarino, cerca de Corinto. Salió la armada del príncipe con la ilusión de alcanzar la victoria que lo rehabilitara los ojos del duque de Medinaceli o de don Álvaro de Bazán, que se creían con más meritos. Pero cuando llegaron a Navarino, allí no había flotas enemigas y el príncipe Filiberto optó por regresar a Mesina sin disparar un sólo tiro de cañón.

A partir de entonces el virrey Pedro Téllez de Girón, decidió buscar mejores aliados en Malta, y en los reinos de Italia, incluido el

Vaticano, organizando una especie de “cruzada” para sublevar al pueblo griego contra el dominio otomano. No tuvo aceptación la idea, ni en Italia ni en España, porque en el fondo lo que se pedía era dinero para construir barcos, y la independencia de Grecia no parecía motivo suficiente. Sin abandonar su proyecto, el duque decidió construir seis fragatas, dos de ellas a sus expensas, que se añadirían a la flota existente. Presentó el proyecto a los mercaderes sicilianos como una excelente inversión, por los frutos que esperaba reunir en una expedición punitiva que llevaría aquellos barcos hasta los confines del Mediterráneo, frente a Alejandría y Constantinopla.

A diferencia de los venecianos, genoveses y españoles, los sicilianos respondieron generosamente a la propuesta. Osuna puso al frente de la expedición a Octavio de Aragona y todo se realizó según lo previsto, retornando la flota a Sicilia con diez barcos apresados y riquezas para repartir al rey de España, a los patrocinadores, oficiales, tripulaciones y...al propio duque de Osuna, en rédito a lo invertido. También se beneficiaban los galeotes: si eran forzados, veían reducida su pena a la mitad, si eran voluntarios su sueldo eran mejorado teniendo en cuenta su antigüedad (Leti). Todo ello era posible porque las capturas de presas permitían compensar las bajas de los liberados y pagar mejor a los que seguían, confiados en mejorar su suerte con Osuna.

La noticia de estas incursiones y del enriquecimiento del duque inquietaba a los cortesanos de Madrid. El rey, pese a los regalos que recibía, manifestó a Osuna su disgusto por estas operaciones que infringían la prohibición de navegar “en corso”. No era la primera vez que un marino español asumía la conveniencia de guerrear contra los otomanos y moros en igualdad de condiciones. Ya Álvaro de Bazán, en 1606, había solicitado permiso para crear su propia flota y “limpiar” las aguas de corsarios y piratas berberiscos. Y, entonces Bazán, como ahora Osuna, obtuvieron respuesta negativa. El argumento del rey era que en aquellas acciones contra mercantes no cristianos se apresaban no sólo hombres, sino también mujeres y niños, algo que no ocurría en las batallas navales.

El duque de Osuna pensaba en las mujeres y niños que ahora viajaban más seguros que antes, gracias a sus victorias, pero contestó

acusando recibo, manifestando su desacuerdo, prometiendo obediencia, y...pidiendo el relevo.

Cuando comunicó al Senado de Palermo su decisión de abandonar el cargo por no estar de acuerdo con las instrucciones que recibía, los senadores, dudando de donde procedía la iniciativa, escribieron a Felipe III una carta pidiendo la permanencia en Sicilia del duque. Copio algunos párrafos:

*Al re nostro signore,
Signore,*

Si riconosce questa città, comme anche tutto il regno, tanto ben trattata e governata dall ottimo e santo zelo del duca d'Ossuna vicerè, e tali sono gli immortali beneficii, che del continuo ne recive, che pur continuamente ne rende umilissime grazie a Vostra Maestà, che con la sua reale providenza fu servita di darne così grande e efficace protezione. Anzi avendo novellamente inteso, che esso vicerè supplica V. M. licenza di partire [...] E non permetta V.M. che così presto ne manchi, ma ne'l mantenga più e più tempo...

*Di Palermo a 12 di marzo XI ind. 1613.
Firmado por siete senadores y un notario.*

Huelga decir que esta carta no tuvo el efecto esperado y pudo ser contraproducente, ya que la popularidad de Osuna más que a mantenerlo, invitaba a aceptar el cese.

Aparte de su originalidad como estrategia de la Marina y de los triunfos y riquezas que reportó a muchos, el gobierno del duque de Osuna tuvo aspectos menos agresivos y más culturales que sería injusto dejar de mencionar.

La personalidad de Pedro Téllez de Girón era compleja, no fácil de clasificar. Pocos virreyes hubo en Sicilia más versados en la cultura grecolatina y en las tendencias intelectuales de su tiempo. Durante su estancia en Londres, podía conversar en latín como lengua franca, habilidad que dio lugar a un comentario admirativo de Jacobo I. Era admirador de Maquiavelo antes de que este escritor

fuese reconocido como una mente privilegiada. Leía a Tácito y era conocida su gran amistad con Francisco de Quevedo, quien, recordándolo, escribió el famoso soneto que comienza: *Faltar pudo su patria al grande Osuna*. Como quiera que el escritor se viera perseguido por la justicia en España, se acogió a la protección y hospitalidad del duque en Sicilia. Osuna patrocinó a varios investigadores de historia, como Filippo Paruta, cuya *Sicilia illustrata con le antiche medaglie*, fue publicada en 1614 y aparece dedicada al virrey Osuna.

El mundo del teatro recibió también pruebas de su interés con la creación de la Academia de los *Agghiacciati* (los estupefactos) entidad refrendada por el Senado y cuyo fin era promover la cultura y el teatro, comprometiéndose a representar un mínimo de dos dramas al año. Una de las obras que se pusieron en escena, a petición del Senado, fue la *Aminta* de Torcuato Tasso. En el ámbito de la pintura, Ribera fue uno de los artistas que se mencionan en la lista de beneficiados por Osuna.

Blasi nos habla de una curiosa institución inspirada por el virrey que tenía la misión de que los odios entre familias se resolvieran dentro de un ámbito conciliatorio. Sus miembros actuaban en nombre del rey, buscando componendas y en caso de éxito, los agraviados juraban olvidar afrentas y envainar espadas, so pena de incurrir en desagrado del rey de España.

El urbanismo y la arquitectura de Palermo mostraron durante siglos la impronta del virrey Osuna en varias iglesias y edificios notables. En el extremo occidental de la ciudad edificó la puerta que se conoció durante siglos con el nombre de *Porta di Ossuna*; la configuración y embellecimiento de la *Plaza de Villena* fue también obra suya. Puso la primera piedra a la monumental iglesia de *San José de los Teatinos*; restauró y amplió el *Palacio Comunal* o Ayuntamiento.

En Mesina, donde empezó bien, liberando a los magistrados presos por el anterior virrey cardenal Giaonnettino Doria, tuvo después una época en no lo podían ver, por la gabela de la seda. En cambio, se reconocía su valor al enfrentarse a cuerpo descubierto con los amotinados y también por el resurgimiento del comercio gracias a la buena marcha de las campañas navales. Decidió la construcción

de un nuevo muelle, *Il Nuovo Molo*; y en toda la isla “fundó iglesias, fuentes, acueductos; promovió la apertura de nuevas carreteras y el empedrado de la llamada *Guideca*” (Isidoro La Lumia).

En diciembre de 1615 le llegó la aceptación de su cese como virrey de Sicilia y nombramiento como virrey de Nápoles. No se lo esperaba, aún le quedaba año y medio de su segundo mandato. La carta de los Senadores tratando de retenerlo no surtió efecto. No podía negarse a ir a Nápoles. Pero no estaba dispuesto a dejar atrás la flota privada que había hecho posible con su patrimonio, desvelos y la inestimable ayuda de Octavio d’Aragona. Decidió que se iría a Nápoles, con sus barcos y con Octavio.

Termino esta semblanza citando a La Lumia cuando comenta la despedida de los virreyes en Mesina:

Mientras tanto, en la isla no había sentimientos hacia su persona que no fueran de estima, de acogida y, digámoslo una vez más: de afecto. La ciudad de Palermo le concedió una medalla; en Mesina, para saludarlo al embarcar acudió una destacada representación de la nobleza; y el pueblo, mezclado con la turba que llegaba de las poblaciones y ayuntamientos vecinos, se congregaba respetuoso y doliente frente a la playa.

Era el 12 de julio de 1616; el príncipe de Pietraperzia ofrecía su brazo a la virreina, su mujer; para consolar a los asistentes, él (Osuna) no encontraba mejores palabras que asegurarlos que desde Nápoles tendría siempre presente a Sicilia en sus pensamientos. Hasta en los momentos de máximo poder personal, seguía actuando con rápido y ejemplar sometimiento a la ley

En sus costumbres privadas no estaba exento de reproche, pero la ambición no dejaba mucho tiempo para amoríos. Su biógrafo (Leti) no olvida la aventura con una *bellisima* esclava griega, a la que los celos de la orgullosa duquesa pusieron fin con un veneno. O aquella otra de una dama siciliana, esposa de un barón, que dio al pueblo material abundante para novelar sobre este austero, agradable, temido, admirado, incomprensible y original gobernante.

Francisco Ruiz de Castro, conde de Lemos

1616-1622

Fernando Ruiz de Castro y de la Cueva, nacido en Cuéllar, Segovia, fue virrey de Nápoles y de Sicilia, entre otros méritos, por haberse casado con Catalina de Luna Sandoval, hermana del duque de Lerma, valido de Felipe III. Tuvieron tres hijos, Pedro, Francisco y Fernando. El primero, Pedro heredó el título de conde de Lemos, en séptimo grado, y no hubo aristócrata español más citado que él, si tenemos en cuenta las ediciones del *Quijote*, que Cervantes le dedicó. A lo que habría que añadir las sentidas palabras que le dirige “con el pie en el estribo” en el *Persiles*.

Comparado con su hermano Pedro, Francisco siempre fue unos pasos por detrás, también en lo de morir, pues le sobrevivió catorce años, como octavo conde de Lemos. Bien es verdad que, de esos catorce, los últimos diez transcurrieron en el convento benedictino de Sahagún, donde se le conocía como fray Agustín de Castro.

Antes de tomar tan austera decisión, en 1623, Francisco había penado la muerte de su esposa, Lucrecia Legnano de Gattinara, a quien conoció en Nápoles durante el tiempo en que fue virrey interino del Reino. Era hija única y heredera de Alejandro Gattinara y de Lucrecia Caracciolo. No fue nombrado virrey de pleno derecho, pese a las recomendaciones de su madre a su tío el duque de Lerma, posiblemente por su talante pacífico y ausencia de dotes militares.

El octavo duque de Lemos no se parecía al séptimo en ambición y orgullo de casta, pero casi lo igualaba en su interés por la cultura, las artes, el urbanismo y el orden público. Este tipo de virrey no podía dejar de ser apreciado, siempre que viniese acompañado de la suerte y los seculares enemigos de Sicilia pasasen de largo.

Solo una vez el peligro otomano estuvo a punto de turbar la *pax hispanica* que practicaba el virrey. Fue en agosto de 1620 cuando sesenta galeras turcas atacaron la villa de Manfredonia en Nápoles, esclavizando una parte importante de su población. Aquel suceso causó la natural alarma y temor entre los sicilianos, por lo que el conde de Lemos decidió presentarse en Mesina donde contaba con cuarenta galeras de diversos puertos italianos. Reunidos los cónsules en Consejo, se discutió la forma de evitar un ataque similar de los turcos en Catania o Calabria. La mayoría opinaba que las galeras cristianas debían salir de Mesina y dirigirse al Adriático para mantener a raya la flota turca, sin entrar en combate a no ser que fuese en defensa de la isla. Algunos preferían seguir el criterio del comendador de las galeras de Malta, Gattinara, que deseaba ardorosamente permiso para atacar en mar abierto a los otomanos, prometiendo una segura victoria si le confiaban la empresa. Consideraba que era necesario y posible liberar a los esclavos de Manfredonia y recuperar el botín capturado por los corsarios turcos.

Blasi critica la decisión del virrey, contraria a la propuesta de Gattinara. Dice que era *migliore* la de Gattinara, y que el conde de Lemos:

quanto era buono político e saggio governante, altrettanto era inesperto nel mestiere della guerra, circonspetto e timido, non si arrese al consiglio del generale maltese, che riputò temerario.

Lo cierto es que acertó el conde, pues los turcos se conformaron con lo logrado en Manfredonia y se retiraron hacia sus dominios. Quedó, eso sí, pendiente de venganza la fechoría y Gattinara no pudo liberar a nadie en aquella ocasión.

No siempre, Francisco Ruiz de Castro optó por la política de *laissez passer*. Cuatro años antes, fue él quien pidió ayuda a Alof de

Vignacourt, gran maestre de Malta, para que eliminase corsarios en las aguas cercanas, con una expedición para captura del pirata Sansone, que dificultaba el comercio y tenía atemorizadas las villas costeras. Acudieron a la llamada las galeras maltesas, mandadas por el conde de Elda. A la altura de la isla de Pantelaria tuvieron un primer encuentro, recuperando una nave cristiana. Poco después se repitió el feliz episodio, capturando otra que venía cargada de valiosa mercancía. Por sus galeotes supieron que Sansone se encontraba con sus barcos en el puerto de Susa. Intentaron los de Elda provocar un incendio dentro de Susa, con mediano éxito y, sin lograr todo lo que pretendían, por lo que decidieron retornar a Sicilia, con las presas y trofeos capturados.

Dejando a un lado las actividades bélicas, el gobierno del conde de Lemos fue de los más tranquilos y felices que se recuerdan de la época del virreinato español. Su natural poco dado a la ostentación y su juicio ponderado quedó grabado en una de las puertas de Palermo que en tiempo de los romanos se llamó *Malsana*, y que Ruiz de Castro embelleció sobremanera, derribando una iglesia que se interponía, y abriendo una nueva vía en su lugar, de acceso a la ciudad.

UTQUE LAPIDES ETIAM PRINCIPIIS BENEFICIENTISSIMI PROMERITA
LOQUANTOR, PORTAM DE CASTRO DIXIT

En política interna, Ruiz de Castro dejó una cuidada normativa sobre temas de enjuiciamiento civil, procurando que la administración de justicia fuese conforme a los intereses del pueblo siciliano, corrigiendo corruptelas y agilizando procesos. Introdujo cátedras de Anatomía y Cirugía en el Hospital Mayor. Dio un impulso a las letras, favoreciendo las reuniones de la Academia de los Bellos Ingenios, y apoyó con recursos propios a pintores, músicos y literatos.

No era su forma de ser inclinada a fiestas ni bailes, como se recordaban los del duque de Osuna. Sin ser adusto, prefería la soledad del gobernante, ajeno a intrigas y rumores. Los años 1620 a 1622 transcurren sin grandes acontecimientos en la isla. Murió Felipe III en España y el eco del acontecimiento propició solemnes

funerales en todo el imperio español, también en Italia. Para los condes de Lemos, asociados al partido del duque de Lerma era una pésima noticia. Pronto Felipe IV se desligaría de la tutela de Lerma, no tan perniciosa como algunos historiadores han hecho creer, para dejarse aconsejar por el conde de Olivares.

Intuyendo tiempos difíciles, Francisco Ruiz de Castro solicitó dar por terminados sus servicios a la Corona, petición que fue aceptada. Su despedida de los sicilianos en Palermo fue triste. Las prisas por volver a España de los condes los indujeron a embarcarse en tiempos de tormentas y fuertes vientos. La flota que los llevaba se componía de cuatro galeras que intentaron salir el 21 de marzo, pero la prudencia de la tripulación aconsejó esperar tres días más, hasta ver que el tiempo mejoraba lo suficiente.

En Palermo quedaba como nuevo virrey el príncipe Filiberto de Saboya.

Filiberto de Saboya, príncipe de Oneglia

1622-1624

El 24 de diciembre de 1621, Manuel Filiberto de Saboya, nieto de Felipe II, se encontraba en Mesina al frente de la armada de la Monarquía, cargo que ostentaba desde principios del año 1612, por lo que puede decirse que conocía perfectamente los mares que rodean Italia y llegan hasta las costas norteafricanas. Durante esos años tuvo ocasión de enfrentarse a las galeras turcas que de modo intermitente atacaban puertos y villas costeras de la península y de las islas adyacentes.

Era el tercero de los hijos de los duques de Saboya, y, al no ser ni el primero ni el segundo, su proyecto vital parecía encaminado a descollar en el mundo eclesiástico. No siempre se cumplía esta diversificación de las ambiciones familiares. El joven Filiberto, por ejemplo, tenía otras preferencias, que cuadraban mal con el recogimiento y austeridad que se suele asociar con la vocación religiosa. La vida de la Corte, incluso en la de Madrid, ofrecía aficiones más acordes con su temperamento, tales como la música, la danza, la caza, y la destreza en artes marciales. Filiberto tenía, sobre todo, especial predilección por las enseñanzas de náutica que impartía su tutor Giambattista Lavagna.

Siendo así que la dinastía de los Saboya oscilaba entre sus buenas relaciones con España (la madre de Filiberto era una infanta española) y los pactos con Francia (el padre de Filiberto firmó el

tratado de Bruzolo en 1610 con Enrique IV de Francia), la lealtad de Filiberto a la Corona española se mantuvo ajena a tentaciones francófilas. De hecho, Filiberto hizo de componedor de las relaciones de los duques de Saboya con el gobierno de Felipe III. Las dudas no se produjeron hasta la llegada al trono de Felipe IV y el valimiento del conde duque de Olivares a partir de 1621. Carecían de fundamento y eran malintencionadas.

No está claro quién fue el inspirador del nombramiento de Filiberto como virrey de Sicilia. La versión más extendida es que el conde-duque quiso alejarlo de Madrid, por celos de su popularidad y acaparador del favor real. Pero hay que recordar que Gaspar de Guzmán, era hijo del conde de Olivares, que nació en Palermo y que en modo alguno podía considerar aquel nombramiento un desdoro para los Saboya. Por otra parte, la transición de Felipe III a Felipe IV, y de Lerma a Olivares, es coincidente con el año en que Saboya fue nombrado virrey, por lo que la idea pudo haber germinado ya antes, durante el gobierno del duque de Lerma. No hay que olvidar que quien lo nombró gran almirante de la flota española había sido el duque de Lerma.

Una razón de peso para hacerlo virrey de Sicilia era asegurar la unidad de acción entra las flotas de Sicilia y Malta, pues, aunque Filiberto como caballero de la Orden debía obediencia al Gran Maestre, el archipiélago maltés era feudo del reino de Sicilia.

Dice Vincenzo Auria que el virrey saboyano dejó Mesina para tomar posesión en Palermo, llevando consigo una flota de diez galeras que divisaron la ciudad desde Capo Bongerbino el 15 de noviembre de 1622. A su vez, del puerto de Palermo salieron otras diez galeras, a darle la bienvenida, llevando abordo al cardenal Doria, arzobispo de la ciudad, y a distinguidos nobles, como anticipo de la entrada que tuvo lugar cuatro días más tarde y que fue *solemnísima*, por tratarse de un nieto de Felipe II y miembro distinguido de la dinastía italiana del Gran Ducado de Saboya.

Enjuiciado en el marco de la política europea, el gobierno siciliano de Filiberto de Saboya destaca por la habilidad con que supo conciliar los intereses de la monarquía hispana con los de la casa de Saboya, los del Vaticano y los de la dinastía de Valois. Su talento se

materializó, sobradamente, al lograr apoyo militar de Florencia y Milán.

Filiberto de Saboya hizo varios intentos de medir sus fuerzas contra el poder otomano, pero ninguno llegó a materializarse; unas veces por la cautela del enemigo, encerrado en sus puertos, y otras, por decisión propia de abandonar la lucha, al no estar seguro de la victoria. De manera que, pese a sus conocimientos de navegación y su largo mandato como generalísimo de la Armada, a Filiberto de Saboya se le recuerda más por su valía como mentor de las Artes y las Letras, que como militar.

En 1624 Filiberto quiso que le retratase el pintor Antón van Dyck, a quien había conocido en Turín e invitado a visitar Palermo, donde el cuadro, hoy famoso, se hizo realidad.

Filiberto tomó pronto contacto con la Academia de *Los Elevados*, y acondicionó un ala del palacio virreinal para que allí pudiera celebrar sus sesiones, a las que gustaba de asistir. En los nuevos salones se oyeron las voces de Claudio Achilini di Borgoña, Antonio Bruni, Tomaso Stigliani y otros famosos poetas de la época. El propio príncipe Filiberto contribuyó con aportes tan variados como un *Tratado de Lógica*, su *Glosa a los Comentarios de Julio César*, o sus *Reflexiones Filosóficas*. Antes, mientras vivía en Madrid, dedicó a Felipe IV la traducción de *Histoire des Rois Louis XI et Charles VIII*, de Philippe de Commynes, reconociendo agudamente que el rey no precisaba de versión española, pero que conocía su interés por que esta obra, famosa en Europa y poco conocida en España.

La huella de Filiberto lució durante siglos en el aspecto del puerto de Mesina, totalmente renovado por el virrey durante sus largas estancias en la ciudad. Desgraciadamente, la importante reforma quedó aniquilada en 1783 a causa del terremoto. El muelle había sido embellecido con una gran escalinata de mármol, tras la cual se erigieron edificios palaciegos, dejando entre medias nuevas calles que se hacían admirar por su modernidad. No lejos de allí, el virrey construyó un palacete de caza en la finca costera de Capo Peloro.

En Palermo, en los dos años que duró su mandato, tuvo tiempo de acometer la construcción de un hospital militar y un nuevo cuartel,

a los que habría que añadir un gran silo para la conservación de grano, tan necesaria para controlar precios entre cosechas.

Un galeón procedente de Barbaria, con cautivos repatriados, fue causa aparente de que la peste que portaban algunos de ellos contagiase a habitantes de Trapani, donde lo permitieron atracar sin observar las debidas cautelas. De Trapani, el mal pasó al interior y no valieron las medidas del secretario del virrey, Antonio Navarro, para evitar que muchos murieran, entre ellos el propio Navarro, y poco después: el virrey, el 3 de agosto de 1624.

La historiografía culpa al secretario, basándose en un manuscrito firmado por un clérigo de nombre Mechele dei Leone, que había sido copiado por un capitán apellidado Maya o May. Según la minuciosa y larga narración de Leone las cosas habrían ocurrido del modo siguiente:

El reino de Sicilia mantenía una institución caritativa, *La Redenzione*, que se dedicaba a fletar un barco para transportar a Palermo cautivos de distintos países rescatados del poder de Túnez. Con el fin de financiar una de estas operaciones, un comerciante de Palermo, Francesco Rodano, viajó a la capital tunecina para contratar con un armador local, llamado Mahomed Cavalà, que ya había hecho idéntico trabajo en ocasiones anteriores y de paso, comprar productos de Barbaria para venderlos en Sicilia. Estos productos eran telas, lana, cueros, arroz, dátiles, pasas, escayola y otras mercancías.

Mohamed sabía que el puerto de Túnez inspiraba sospechas de estar contaminado, por lo que acudió al cónsul de Francia para que le firmase un certificado o “patente” de que el barco, sus tripulantes y mercancías estaban “limpios”. El cónsul lo firmó sin preocuparse. Encontrándose todavía el flete en La Goleta, se declaró la alarma por contagio en la ciudad, por lo que el cónsul mandó correo al gobernador del puerto para que no permitiese la salida del barco. Pero Francesco Ródano, con la patente “limpia” ya se había hecho a la vela, rumbo a Sicilia.

Durante la travesía murieron cuatro personas, cuyos nombres, como todos los embarcados, aparecían en la lista de pasajeros. Ródano hizo una copia de la patente, con menos pasajeros. Estando a la vista de Trapani fallecieron otros dos, la que dio lugar a una segunda falsificación. En Trapani, los aduaneros sospecharon la

verdadera situación de aquel barco y negaron el permiso de desembarcar. Tomó noticia de ello el secretario Antonio Navarro della Reteghi, el cual, a pesar de conocerse la situación en Túnez, al saber que el barco portaba una patente limpia, aconsejó al virrey, según este relato, que se permitiera el desembarco de los cautivos y de la tripulación en Trapani. La autorización del virrey llegó a Trapani el 26 de abril y la nave permaneció fondeada en aquel puerto hasta el 7 de mayo.

En Trapani desembarcó uno de los viajeros, Giacomo la Mammana, que había sido enterrador en la ciudad, y fue recibido en casa de unos familiares, los cuales murieron contagiados por él y sus pertenencias. Luego el mal se extendió a toda la ciudad. Era evidente, decía el informe, que el origen provenía del barco de Ródano.

Otra versión sobre lo mismo viene a decir que el 27 de mayo de 1624 el barco con los cautivos de *La Redenzione* llegó a Palermo. Inmediatamente acudieron a reconocer la nave tres diputados de la Sanidad, y a pesar de la patente, al saber que venía de Trapani, no accedieron a dar licencia de entrada, sino que mandaron que se alejase del puerto y fuese puesto bajo vigilancia de guardias. Tanto la patente del cónsul como la expedida en Trapani, fueron remitidas con gran secreto por los sanitarios del puerto al pretor duque de Misilmeri, el cual acudió al virrey para recibir órdenes. A esta embajada, el virrey contestó que tenía informes más recientes sobre Túnez, negando el peligro de contagio. A partir de esa respuesta, pudieron salir del barco Francesco Rodano y Mahomed Cavalà, quienes se dirigieron al palacio para presentar los respetos del rey de Túnez a su alteza el virrey, junto con algunos regalos, entre los que se citan un camello y un león.

Entre los recién llegados a la ciudad, uno de los cautivos rescatados se acomodó con todo su equipaje en la casa de un pariente, que estaba cercana a la plaza de la Feria vieja. Por contacto con sus pertenencias murieron cuatro personas de esta casa. Y un moro que hacía de marino en el barco de Mahomed Cavalà, estuvo en casa de un paisano que servía a un maestro clavero, al que entregaron algunos obsequios, que fueron la causa de la muerte de

los habitantes de la pequeña herrería, luego los de la calle donde estaba y después todo el barrio.

Los enfermos presentaban síntomas variados, con tumores unas veces en las orejas, otras en las axilas, otras en todo el cuerpo, sin que los médicos supieran la causa ni los remedios a aplicar. Se llamó al doctor Lorenzo de Natale, que tenía experiencia de la peste ocurrida en 1575, pero fue en vano, porque no encontraba similitud ni se atrevía a dar la alarma.

Las líneas siguientes son especialmente reveladoras:

Fra questo morì in palazzo del vicerè un nepote di Antonio di Navarro della Reteghi, segretario di Su Alteza Serenísima; e fra pochi giorni morirono e la moglie di detto segretario e quasi altre quindici persone del palazzo, non senza alcun scandalo di detto contagio.

Come anco, doppo d'aver dichiarato la città sospetta di contagio, per giusti giudicii di Dio nostro signore, morì anco detto Antonio di Navarra, pureo con l'istesso dubbio, cossì como anco morivano diversi per tutta la città; et il male andava caminando pigliando forza e senza nessun remedio, poiche non si dichiarava e nè si parlava.

Sin embargo, algunas líneas más abajo, el fraile teatino narra una reunión del 27 de junio en palacio a instancias del virrey Filiberto de Saboya a la que asistieron todas las autoridades y los mejores médicos, cuyos nombres enumera prolijamente. En esa reunión se tomó conciencia de la gravedad de la peste, se adoptaron medidas de confinamiento, se avisó al arzobispo Gioannettino Doria para que aleccionase oportunamente a los fieles y se dispuso un colectivo médico con el nombre de *Deputazione della Sanità*. Los nobles encargados de esta diputación debían reunirse e informar diariamente de cuanto ocurriese en la salud pública, por pequeño que fuera. Entre ellos se repartieron el control de las puertas de la ciudad, permitiendo la entrada de víveres y no dejando salir a nadie para no extender el contagio al resto del reino. Uno de los asistentes era el secretario del virrey, Antonio di Navarro. Luego no es cierto que hubiera muerto antes de aquella fecha.

Dos días antes de la mencionada reunión, el virrey, a instancias de su secretario había publicado un bando reconociendo el posible origen del mal.

Por quanto aviendo llegado a esta ciudad un vaxel de Túnez con la redención de captivos christianos, y se sospecha han traído mal contagioso algunos dellos, que binieron enel; aunque pocos, [...] entendemos y mandamos, que todos los que fueron destas ciudades (Palermo y Trapani) sospechas, lleven patentes o boletines de los deputados de la salud, poque les hagan hacer la quarentena con el cuidado que importa, dandonos cuenta a menudo con correos.

El bando continúa obligando a los comerciantes a que dejen las mercancías extramuros, después de cobrar, y sin entrar en la ciudad. Y a los que salen de ella, que lleven una cinta blanca, además de la patente de los sanitarios y uno o dos guardias de los diputados de la Salud. Termina diciendo que los responsables de publicar el bando pagarán con vida y hacienda cualquier retraso intencionado en darlo a conocer. Y lo firma en su nombre: Antonio Navarro della Reteghi. El propio cronista contradice lo dicho anteriormente sobre la falta de reacción del virrey mientras moría su secretario.

En la Biblioteca Comunal de Palermo, se halla un manuscrito del que fuera entonces tesorero de la catedral, doctor Giovanni Battista la Rosa, que niega, según dice *en honor a la verdad*, que el mal tuviera su origen en el bajel que llegara de Túnez:

Nel mese di giugno di quest' anno 1624, Si scovrese qui in Palermo un certo male, que gli medici dissero essere peste, portata da un vassello venito da Tunisi con certe robbe apestate,

E si fece gran diligenza per li sopradetti ufficiali del senato, e s'elessero molti diputati, que foro D. Giovanni di Gioeni, D. Luigi di Mastro Antonio, D. Girolamo di Settinmo et altri. Pero, la verità vaglia, non fu vero che fu portata de tal vesello, perche s'ha saputo che innante si medicaro alcuni di questo male, e sanaro.

De forma que el mal pudo venir en el barco de Túnez o pudo ser la repetición de un contagio ya sufrido con anterioridad, o ambas cosas. Nuestra conclusión es que la buena fama del príncipe Filiberto y la simpatía que contaba entre los palermitanos ha hecho recaer sobre su secretario una responsabilidad que, en último término, sólo correspondía al virrey.

El virrey Filiberto de Saboya, que contaba no sólo con la recomendación equivocada de su secretario, sino también con la acertada del pretor Misilmeri, debió decretar la cuarentena del bajel de Mohamed, en lugar de autorizar la entrada en Palermo de los cautivos y tripulantes del barco.

Dicho esto, los historiadores tienden a alabar las medidas adoptadas por el virrey y por Gioannettino Doria para expulsar el mal de la ciudad. Los individuos con síntomas fueron confinados fuera de la ciudad, donde recibían cuidados para sobrevivir o ayuda espiritual para morir. No pocos de los sanitarios y sacerdotes que acudían a estos menesteres pagaron con sus vidas el servicio al prójimo. Dispuso que se desinfectasen y blanqueasen las casas sospechosas. Estableció directores de barrio con sus sueldos bien fijados que separaban los sospechosos de los infectados en zonas reservadas, organizando la provisión de camas y alimentos en cada una de ellas.

Se organizó la asistencia de físicos, cirujanos, barberos, comadronas, etc. Cada casa barrio de Palermo recibió un número distintivo para poder censar los habitantes. Todos los días pasaba un encargado de comprobar la salud de cada individuo y llevar el registro de casos de infección y medidas adoptadas. Si encontraba un infectado llamaban a que lo curase un médico infectado, el cual podía decidir si dejarlo allí a su cuidado o enviarlo al lazareto, según la gravedad de caso. La casa quedaba cerrada con llave en manos del médico infectado y su puerta señalada con un trazo rojo en forma de cruz de San Andrés.

Aunque el virrey había identificado la causa *eficiente* del mal en el bajel contaminado, la mentalidad de la época creía en otras causas *finales*. La conjunción nefasta de los planetas se advierte en

uno de los cantos que Vincenzo Auria recuerda haber oído en la catedral relacionar la peste con la Vía Láctea:

*Stella coeli extirpavit,
que lactavit Christum dominum,
....
Ipsa stella nunc dignetur
Sydera compescere
Quorum bella plebem caedunt
Dirae mortis ulcere*

La milenaria tendencia humana a ver en la ira divina la causa final de los grandes infortunios no dejó manifestarse en actos de arrepentimiento y procesiones votivas para la recuperación de la salud. Desde una perspectiva estrictamente médica, estas manifestaciones piadosas tenían el inconveniente de expandir los contagios. Quienes las presidían estaban más expuestos que los que permanecían confinados en sus viviendas.

No sirvieron para librar del contagio al virrey Filiberto de Saboya ni a su consejero Antonio di Navarro. El virrey se sintió enfermo el 22 de julio y guardó cama hasta el 28, en que, notando mejoría, pidió la carroza para visitar los enfermos de porta Felice. De regreso en palacio, volvió recaer y ya no se levantó hasta el 3 de agosto en que murió. Dos días antes, en el mismo palacio, había dejado de existir su secretario Antonio.

La descripción de los funerales de Emanuel Filiberto de Saboya ocupa un espacio inusual, detallado con una minuciosidad pictórica, en el libro de Auria, quien a su vez se remite a otra relación de las *Exequias* escrita por Francisco Roales de la Universidad de Salamanca, impresa en Madrid en 1625 y dedicada al conde-duque de Olivares.

A pesar de los intentos de que sus restos fuesen a parar a alguna de las grandes iglesias de Palermo, prevaleció la relación familiar materna, y de Madrid reclamaron el cadáver embalsamado. Auria termina su relato diciendo:

Fu imbarcato il Cadavero, con essere stato consegnato, a le nove hore di notte dal Ciantro della Chiesa Metropolitana, al Capitolo in presenza del Protonotaro.

Arrivo finalmente la predetta squadra di Galere in Barcellona, con la Reale, in cui fu portato il Corpo del Principe, e della sua famiglia; e poscia condotto il Cadavero a S. Lorenzo dell' Escuriale, dove si fece l'officio sacro con molta solennità, dove fu posto il Cadavero del Príncipe à lato del Príncipe Filippo su fratello, non tropo lontano dell' Yrna del Ré Filippo III, e dell' Imperatore Carlo Quinto, e di altri Principi, e Principesse del sangue Reale.

Llegó finalmente la mencionada escuadra de galeras a Barcelona, con la Real, en la que viajaba el Cuerpo del Príncipe, acompañado de su familia; y se condujo después el Cadáver a San Lorenzo del Escorial, donde se celebró el oficio divino con mucha solemnidad, y donde el Cadáver del Príncipe se puso al lado de su hermano el príncipe Felipe, no muy lejos de la urna del rey Felipe III, y del emperador Carlos Quinto, y de otros Príncipes y Princesas de sangre Real.

Gioannettino Doria, cardenal

1624-1626

El tercer gobierno de Gioannettino Doria abarca los años 1622-1624 y coincide con la mejor y más detallada descripción de cómo se organizaba una ciudad asediada por la peste.

El mal se había adueñado de Palermo durante en el último año del gobierno del virrey anterior, Filiberto de Saboya, que murió contagiado. Aunque existen dudas sobre cómo se introdujo en la ciudad en la primavera de 1624, ha prevalecido la versión de que la contaminación se debió a cosas y personas provenientes de un bajel con cautivos rescatados de Túnez sobre la explicación de que fue el rebrote de un contagio anterior, esta segunda basada en que las primeras víctimas murieron antes de la llegada del barco

Vincenzo Auria solamente dice que hubo peste como la había habido años atrás. La versión de otro Auria (Francesco, que residía en Palermo y cuya familia sufrió la pestilencia y la eliminación de propiedades y enseres) coincide con el origen tunecino. Explica que el salvoconducto emitido por el cónsul francés en Túnez fue admitido por el virrey, en contra de la opinión de la aduana de Trapani. Según Francesco Auria, no se supo, o no se quiso saber, la causa de tantas muertes repentinas en Palermo hasta varios días después de que el mal se hubiera adueñado de la ciudad. Los que eran testigos del contagio con los cautivos liberados, no se atrevían a denunciar tan grave suceso, por miedo a las consecuencias, que, de no ser cierta la causa, pagarían con la vida.

Cuando se publicó el bando de 25 de junio, el arzobispo de Palermo, Gioannettino Doria, se encontraba en Termini, tomando las aguas por una dolencia. Inmediatamente se encaminó a la catedral de Palermo para asumir las responsabilidades asignadas por el virrey. A principios de Julio Filiberto de Saboya firmó dos bandos proclamando la mala noticia y dando le primeras instrucciones, después de haber reunido un Consejo de Sanidad.

Durante el mandato de Saboya, Gioannettino Doria siguió fielmente el encargo de ocuparse día y noche de los apestados y los sospechosos de manera a hacer lo más tolerable posible la desgracia del mal. La descripción de los servicios que se montaron con su iniciativa y vigilancia resulta sorprendente por lo avanzada para la época. Quedó configurado en pocas semanas todo un ejército de servidores públicos, con misiones claras y urgentes, sueldos, trajes, distintivos, facultades y prohibiciones. Enseguida comenzaron a disponer la separación de personas y cosas, según criterios médicos de gravedad, pero atendiendo también a la dignidad y comodidad de los enfermos, con estancias diferentes según el sexo e importancia de los contagiados. En las afueras de Palermo se montaron baños, establos, comedores y dormitorios; se vigilaron las cuarentenas. Diariamente se realizaban limpiezas y desinfecciones; se inventariaban objetos, cajas y armarios para su eventual devolución por sanos, o quema por ser sospechosos. La concentración de los funcionarios en tareas sanitarias dejaba descuidada la seguridad y ofrecía una oportunidad para los hurtos en casas y heredades vacías; las que se pudieron probar se castigaron con pena de muerte, en especial los robos de animales y objetos contagiados.

Finalmente, el mal cedió. Convencidos de ello, la mañana del 3 de diciembre de 1625 el cardenal Doria firmó un bando declarando la ciudad libre de contagio, que fue difundido por un pregonero con traje de tela dorada y sonidos de atabales y dulzainas en todos los rincones de Palermo.

Al anochecer, en la catedral, el cardenal Gioannettino Doria podía entonar, por fin, un *Te Deum* de acción de gracias que había estado esperando durante los diez y seis meses de su mandato. Durante los meses que duró la peste, se produjo un movimiento de confianza en las virtudes taumatúrgicas de Santa Rosalía, a partir de

testimonios que inició una bordadora llamada Girolama La Gattuta, que confundió a una monja con la imagen de la santa. Cuando la peste cedió al cabo de un año, no faltó quien lo atribuyera a los oficios de Santa Rosalía.

Hubo una cuarta ocasión para el cardenal Doria de gobernar la isla. Fue a la muerte del virrey Antonio Pimentel, pero resultó fallida y el orgullo de los Doria volvió a mostrarse irreprimible. La actitud de Gioanettinno, hizo recordar la descortesía de su hermano Carlo, cuando se negó a escoltar al nuncio. Esta vez, el Consejo de Italia, sin acordarse del cardenal Doria, había aceptado la voluntad del virrey moribundo a favor de que continuase su hijo, casi adolescente, hasta la llegada del nuevo virrey. Las ceremonias de jura de los privilegios sicilianos solían hacerse en la catedral. Un frustrado Doria ordenó que se cerrasen todas las puertas de acceso al recinto catedralicio, obligando a los pretores a celebrar el acto en la capilla real de San Pedro.

Antonio Pimentel, marqués de Távara

1626-1627

El linaje Pimentel es de origen galaico portugués; su lema “más vale volando” se atribuye a la contestación que Juan Alfonso de Pimentel diera al rey de Portugal, cuando mantenía el rey que valían más las seguras posesiones que tenía en Braganza y Vinhais que las ilusorias que pensaba lograr en España. Como el monarca insistiese recordando el proverbio alusivo al “pájaro en mano”, Pimentel le habría respondido que los prefería los cien “volando”.

El marquesado de Távara, localidad hispanoportuguesa en la provincia de Zamora, lo concedió Carlos V al duque de Benavente, señor de aquel monasterio, que en tiempo había pertenecido a los Templarios. Entre los antepasados de este virrey figuran apellidos de la antigua nobleza astur, cántabra y toledana. Pero hay uno italiano más universal que los anteriores: el de Colonna.

Recientemente, la investigadora Patricia Marín Cepeda (Madrid; 1981) ha descubierto cartas atribuidas a Juana de Toledo y Colonna, madre del virrey, que escribiera, con el nombre pastoril de Dórida, a su primo Ascanio Colonna, hijo de los virreyes Marco Antonio y su esposa, Felice Orsini.

Antonio Pimentel era virrey de Valencia en 1626, cuando Felipe III decidió poner fin a su gobierno al cumplirse el segundo trienio de rigor. Sicilia estaba gobernada por el cardenal Gioannettino Doria, de extremada lealtad a la Corona, y sus servicios

se hacían imprescindibles en Roma. Doria había impulsado la mitra de Urbano VIII, el cual, pasados los primeros años de pontificado, parecía ceder a las instancias francesas en perjuicio de los Habsburgo.

Ni Pimentel ni Doria parecían tener mucha prisa en cambiar de lugar. El nombramiento del marqués de Távara como virrey de Sicilia fue firmado el 20 de mayo de 1625 y Antonio no llegó a Palermo hasta el 11 de junio de 1626. Bien es verdad que, durante ese tiempo, Palermo estaba sufriendo los estragos de la peste y que el virrey anterior, y varios cortesanos de palacio, habían sucumbido contagiados.

Los nuevos virreyes llegaron justo cuando el cardenal Gioannettino había anunciado el fin de la pandemia y todo Palermo bullía en fiestas. El pretexto era una celebración religiosa más, esta vez por santa Rosalía; el inconsciente impulso: la libertad de movimientos. Al brillo de los festejos se añadía la presencia en el puerto de la flota que había acompañado a sus altezas, con galeras sicilianas, genovesas y españolas.

El poder naval del imperio en aquellas aguas se acrecentó con la paz que hacía regresar las escuadras que habían acudido en apoyo de Génova, por lo que el virrey concibió restablecer la supremacía naval perdida por los malteses contra las galeras de Bizerta que violentaban la costa siciliana, desde su victoria frente al promontorio de Plemmirio, en tiempos del virrey Filiberto. Tan seguro estaba Antonio Pimentel de lograr una resonante victoria que animó a su hijo Enrique a apuntarse a la empresa, junto con muchos caballeros de la nobleza siciliana.

La imponente flota real zarpó de Palermo en septiembre de 1626, mandada por el marqués del Viso, Álvaro de Bazán. Pero la publicidad y los tediosos preparativos alertaron a los corsarios de Bizerta, de manera que la armada siciliana no encontró enemigos que batir y tuvo que resignarse a volver a puerto sin disparar un cañón.

Aquella decepción no ayudó al melancólico estado del virrey, aquejado de dolencias que hacían insoportable la vida en palacio. Los médicos recomendaron que se recuperase en un paraje más sano

y se eligió el valle de Monterey (Monreale) a pocos kilómetros de Palermo.

En la crónica negra de este gobierno hay que apuntar la ejecución de un médico que había sobrevivido a la justicia de Filiberto de Saboya y del cardenal. Se llamaba Demetrio Sabatiano, de origen griego, y había formado parte de las consultas que se convocaron para encontrar remedio a la peste.

Empezó a hacerse popular por las curaciones que conseguía con aromas. Tenía pacientes en un barrio a extramuros, Cifuentes, algunos de los cuales fallecieron. Tres historiadores (Auria, Longo y Aprile) coinciden en afirmar que cuando el mal empezó a ceder y las ganancias de Sabatiano se resentían, el mismo doctor provocaba el contagio en provecho suyo, lo que fuera causa de que el cardenal Doria lo mandase arrestar y lo encerrase. Tuvo la mala suerte de que el virrey había traído consigo dos médicos expertos en contagios: el napolitano Marco Antonio Galteri y Francesco Spagnolo, los cuales se unieron al Consejo del Protomedicato cuyas observaciones sobre los aromas, (benéficos o pestíferos según los casos) fueron tenidas en cuenta por el juez instructor Giovanni Castiglia con sentencia de muerte en noviembre de 1696.

Parece como si el espíritu del médico griego hubiera vagado en busca del intransigente virrey. En lugar de mejorar de sus dolencias en el clima de Monreale, éstas se agravaron con gran rapidez. Sintiendo la muerte cercana pidió volver a Palermo, donde hizo el testamento que conocemos a favor de su hijo Enrique, horas antes de morir el 28 de marzo de 1697. Tenía cuarenta y ocho años, estaba casado con Isabel Moscoso y dejaba dos hijos y dos hijas, además del primogénito.

El gobierno de Antonio Pimentel se inscribe en la lista de virreyes que sólo aceptaron serlo por lealtad al soberano, pese a las dudas o malos presagios que precedían a sus partidas de España, y que, en el caso del duque de Tavera, se cumplieron en grado funesto.

Enrique Pimentel, conde de Villada

1627

Nació en Madrid en 1604, hijo del anterior virrey y de Isabel Moscoso, nieta de una hermana del duque de Lerma. Debido a la prominencia del apellido Enríquez en sus feudos gallegos, Enrique solía anteponerlo al de Pimentel. Y por parte de madre prefería el apellido Guzmán, propios de los condes de Aliste.

La estancia en Palermo comenzó con el recibimiento triunfal a su padre, las pleitesías de los senadores y síndicos, su presencia en actos religiosos y civiles y la compañía de cortesanos y damas de Palermo. Siguió con la preparación y consejos paternos para su primer acto bélico, como capitán en la armada que Álvaro de Bazán reunió en Sicilia para limpiar aquellas aguas de corsarios berberiscos. Ya dije que aquella empresa quedó en nada por ausencia de enemigos, debido a la lentitud y publicidad con que fue preparada.

Transcurridos poco más de doce meses, presencié la muerte inesperada y súbita de su padre, quedando encargado del gobierno con poco más de veinte años. El nombramiento precisaba de la aprobación del Consejo de Italia, reunido al efecto y que lo dio por bueno, ocasionando una decepción profunda en el cardenal Giaonnettino Doria.

La ceremonia de jura debía tener lugar en la catedral de Palermo, pero en su calidad de arzobispo y en señal de protesta, Doria mandó que se cerrasen las puertas. Lo extraño de esta conducta es que Juan Doria parecía considerar que el cargo de virrey le mermaba demasiado tiempo para cumplir bien con sus

obligaciones episcopales. La primera vez que le fue propuesto lo rechazó. Y la ocasión que más tiempo dedicó al gobierno, que fue por tres años, solicitó el relevo, alegando la razón apuntada. Es posible, que, con su gran experiencia, juzgase que el hijo de Antonio Pimentel era demasiado joven para tanta responsabilidad y que lo natural es que se hubiese pensado en su persona como la más indicada.

Durante el breve gobierno de Enrique Pimentel, los cronistas dicen que nada día destacable ocurrió, si no es la crónica reunión del Parlamento para acordar la cantidad que se debía reservar para el mantenimiento de lo que cabría llamar Estado siciliano y que incluía la aportación periódica a la monarquía para la defensa y gastos de administración.

Al término de su mandato, después de la llegada del duque de Alburquerque, Enrique regresó a España donde desempeñó cargos de notable responsabilidad y sería injusto decir que no cumpliera adecuadamente. Fue virrey de Navarra el año 1640, gobernador y capitán general de Galicia en 1643; capitán general de ejército de Castilla y desde 1655, hasta su muerte en 1663, presidente del Consejo de las Órdenes Militares.

Francisco Fernández de la Cueva, VII duque de Alburquerque

1627-1632

Como todos los duques de Alburquerque, el séptimo también era segoviano, de Cuéllar, donde destacaba sobre el caserío de la villa su imponente castillo, que incorpora elementos palaciegos. La reina Isabel la Católica lo cedió a Beltrán de la Cueva, y desde entonces perteneció a esta familia, que, entre otros honores, cuenta con haber proporcionado dos virreyes de Sicilia; ambos con el mismo nombre.

El primero de ellos había nacido en 1575, hijo de Beltrán y de Isabel, sobrina suya. Empezó a destacar como virrey de Cataluña, nombrado por Felipe III, por su carácter decidido, riguroso y recto. Ocupó el cargo los tres años reglados, ni un día más ni uno menos, desde el 17 de abril de 1616 hasta el 17 de abril de 1619. Cumplida la misión, su siguiente destino fue embajador de España en Roma.

En Cataluña, Alburquerque puso en práctica una nueva forma de atacar el bandolerismo, distinta de la repetida severidad en las penas. Con una visión más cercana a la policía moderna, Francisco de la Cueva trató el problema del bandidaje rampante que aterrorizaba al paisanaje catalán, buscando las raíces de su financiación y conexiones, que no tardó en centrar en poderosos oligarcas. Consideraba el joven virrey que la erradicación del bandolerismo pasaba por amedrentar a sus protectores, haciendo que

los bandidos carecieran de ayuda monetaria, jurídica o de encubrimiento y asilo.

Para conseguir este propósito, Alburquerque no dudó en servirse de métodos expeditivos, no siempre jurídicamente correctos, que le supusieron la antipatía de una parte de la nobleza y de las instituciones catalanas. Sentían que sus derechos eran vulnerados, y lo hacían saber, pero sin lograr cambiar la conducta del virrey, que veía en ellos un obstáculo para la paz y tranquilidad en los caminos y pueblos.

Venció la tenacidad de Alburquerque y llegó un momento en que sus méritos le fueron reconocidos en la propia Cataluña, no solo por el pueblo llano, que empezó a gozar de mayor tranquilidad, sino también por los poderosos, que reconocían el efecto positivo sobre el comercio y la economía,

Los Alburquerque que fueron virreyes en México (2) y en Perú, hicieron suyo el empeño en desvincular la justicia civil urbana, de la policía de caminos, creando e impulsando instituciones como la Acordada, que consistía en grupos de cuadrilleros voluntarios sin paga, reclutados entre vecinos para capturar delincuentes forajidos y someterlos a juicios sumarísimos. El nombre de Acordada se refiere a que esta institución contaba con el *acuerdo* de la sala del Crimen de las Audiencias.

Esta política tenía el inconveniente de que a veces pagaban justos por pecadores, ya que las garantías jurídicas eran tardías y post mortem. Pero el sentir de las poblaciones estaba del lado de los virreyes, por lo que se mantuvo funcionando en paralelo, y sólo fue discutida y rechazada cuando había logrado su propósito y se hacía innecesaria y ofensiva para la dignidad de los jueces de las ciudades. La institución de la vigente Guardia Civil española, promovida por el duque de Ahumada, como policía caminera, es una mera continuación de esta política, que tiene sus orígenes en la Santa Hermandad.

La orden de ocupar el mando de Sicilia le llegó a Francisco Fernández de la Cueva, mientras ejercía como embajador en Roma, desde 1619, donde ya había pasado ocho años negociando con pontífices como Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII.

Llegó primero a Mesina, en septiembre de 1627, donde estuvo unas semanas preparando su viaje y entrada triunfal en Palermo. Para la travesía se juntaron siete galeras de guerra y una nave mercante, portadora de la parte más voluminosa del equipaje. Acompañaba al virrey su esposa, que era entonces Ana Enríquez de Cabrera y Colonna, hija de Vittoria Colonna y nieta del gran condestable de Nápoles.

Según cuenta Giovanni Battista Rosa en sus *Crónicas diversas*, salieron a recibir a la virreina a puerto aristócratas sicilianas, como la princesa de Villafiorita, y la duquesa de Misilmeri. De palacio llegó para la virreina su carroza propia tirada por seis caballos blancos. Ocuparon los asientos del coche, la virreina Colonna, la marquesa de Sortino, la marquesa de Giarratana y la citada princesa de Villafiorita.

Nada más desembarcar, el duque observó que el muelle presentaba inconvenientes para la carga y descarga de mercancías, lo que pronto fue motivo de obras de mejora. Una vez puesto a ello, el virrey mandó erigir un nuevo edificio en el puerto donde hacer pasar cuarentena a quienes llegasen sospechosos de portar algún mal.

Diversos documentos conservados en los archivos de Palermo describen de las fastuosas ceremonias que tuvieron lugar al año de comenzar el gobierno de Alburquerque con ocasión de la venida al mundo del heredero de la Corona, príncipe Baltasar Carlos.

Mas que otros virreyes, el VII duque de Alburquerque olvidó repartir su tiempo y cuidados entre Palermo y Mesina de forma que esta última ciudad no se sintiese agraviada. Las obras de embellecimiento de Palermo, unidas a la apertura de una nueva carretera entre Palermo y Monreale, avivaron los celos de los mesineses, que hartos de verse ignorados, enviaron a Madrid una embajada, presidida por dos caballeros. Giuseppe Balsamo y Francesco Foti, con la propuesta de que la isla de Sicilia quedase dividida en dos provincias, con dos virreyes, única forma de acabar con las eternas desavenencias entre Mesina y Palermo.

Enterado el virrey de la embajada de los mesineses (la Corona permitía el acceso directo de representantes de la isla, sin necesidad del consentimiento del virrey) se propuso influir en contra, enviando

a su propio embajador, Mariano Valguarnera, con argumentos favorables a la unidad del Reino. Éste se encontró con que los mesineses habían ofrecido como aliciente a su sugerencia, la importante suma de un millón de escudos en un pago único.

Pese a lo atractivo de la oferta, la Corte siguió el criterio del duque de Alburquerque, el cual logró una cierta compensación para la monarquía. El Senado de Palermo, añadió a los trescientos mil florines de presupuesto consensuado para los gastos propios de la isla, una propina de 150.000 escudos para la boda entre la hermana del rey, Mariana, y el rey de Bohemia, Fernando III.

En 1631 España mantenía activos varios frentes en distintos lugares de Europa, entre ellos la Lombardía, que precisaban ingentes recursos, no solo económicos, sino de tropas bien adiestradas. De Madrid llegaron a Nápoles y Sicilia peticiones en este sentido, a las que Francisco Fernández de la Cueva atendió con el envío de una parte de la infantería de que disponía, mandada por dos nobles sicilianos, Francesco Parisi y el marqués de la Rocca.

Las estrecheces económicas, no impidieron al virrey dejar constancia material de orgullo patrio erigiendo un busto del emperador Carlos en la plaza de los Bolonienses y una estatua de Felipe IV frente al palacio de los virreyes. De mayor utilidad práctica, habría que añadir un bien dimensionado silo para grano en el puerto y la ampliación y mejora de la carretera que va de Palermo a Monreale. Durante su gobierno se terminaron algunas obras iniciadas por el Francisco Ruiz de Castro, conde de Lemos, como un nuevo astillero para la construcción de galeras.

Comentando la belleza de Palermo en aquella época, al terminar su capítulo sobre el gobierno del duque de Alburquerque, Blasi menciona la obra de Francisco Baronio, *Majestate Urbis Panormi*, dedicada a encomiar el esplendor de la ciudad, al tiempo que se enorgullece de sus vínculos familiares con el autor.

Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá

1632-1635

La etimología del apellido *afán* es desconocida, pero es verosímil que proceda del provenzal *enfant* denotando “hijo de”, como la mayoría de los patronímicos. La familia adquiere renombre por su participación en la reconquista de Sevilla, que valió a Per Afán de Ribera el nombramiento de Adelantado Mayor de Andalucía en 1248, con carácter hereditario y honorífico.

Fernando era ya en 1594 el octavo adelantado mayor y el tercer duque de Alcalá de los Gazules. Su juventud transcurrió en el palacio sevillano conocido como la *casa de Pilatos*, dedicado a las humanidades y al mecenazgo de pintores. Los cronistas no dejan de mencionar el valor de la biblioteca y los cuadros que rodeaban el ocio de este gentilhombre andaluz. Su madre era hija del duque de Osuna, que fuera amigo del duque de Lerma y luego víctima del conde duque de Olivares. A pesar del parentesco materno, el conde duque se mostró siempre afectuoso con Fernando, procurándole empleos interesantes. Su carácter liberal y abierto hizo que Olivares lo propusiese a Felipe IV como virrey de Cataluña, el cargo más difícil, siempre y en especial en momentos de inestabilidad. No puede decirse que su gobierno fuese aceptado por los catalanes, debido a la incompatibilidad en la forma de concebir la monarquía entre las autoridades barcelonesas y el virrey andaluz.

Afán de Ribera volvió a Sevilla y a sus actividades culturales en septiembre de 1622. De allí salió solamente para representar a la

Corona en la ceremonia de acceso al solio pontificio de Urbano VIII, dos años más tarde.

Al igual que su abuelo materno, el duque de Osuna, había tenido un enemigo poderoso en el conde duque de Olivares, Fernando Afán de Ribera tropezó toda su vida con la antipatía y enemistad del duque de Alba. Olivares, exacerbó ese sentimiento en Antonio Álvarez de Toledo, duque de Alba, cesándolo como virrey de Nápoles y nombrando a Afán de Ribera en su lugar, en 1628. El de Alba se vengó en 1630 al volver a Nápoles acompañando a la infanta María, que se dirigía a Hungría a casarse con el emperador Fernando. La infanta decidió quedarse en Nápoles nada menos que tres meses, contemplando divertida la rivalidad de agasajos entre el virrey Afán de Ribera y su escolta: el duque de Alba. La venganza consistió en el informe que hizo al rey, a la vuelta de su viaje, donde criticó la hospitalidad del virrey con la infanta.

La victoria de Álvarez de Toledo sobre Afán de Ribera no convenía que fuera percibida más allá de un suave correctivo, por lo que Felipe IV, con la conformidad de Olivares, nombró a Fernando virrey de Sicilia en mayo de 1632.

Llegó a la isla por Mesina en julio de 1632. Se entretuvo algún tiempo en la ciudad, para estar con su hija, que vivía allí como esposa de Luigi Moncada, duque de Montalvo y príncipe de Paternò. Por aquél entonces se habían incrementado los seculares temores de los sicilianos: a) las razias de los otomanos en la costa meridional b) las ambiciones de Francia y sus aliados en contra de los Habsburgo y c) los asaltos y robos en caminos y villas por malhechores y bandidos.

Sólo el tercero podía acometerse sin demasiada ayuda económica del Senado. Los otros dos obligaron al virrey a convocar dos veces el Parlamento con el fin de recabar el donativo máximo aceptable para los *guirati*. En estas ocasiones la rivalidad entre Mesina y Palermo era utilizada por las partes para obtener ventajas relativas, lo que indefectiblemente generaba los correspondientes agravios. Frente a Palermo, se podía mencionar la posibilidad de desdoblar el reino en dos virreinos. Frente a Mesina, conceder a Palermo el derecho de acuñar moneda, privilegio exclusivo y muy

apreciado por los mesineses. Frente a la Corona, disturbios y desobediencia.

Los tres métodos se aplicaron durante el gobierno de Afán de Ribera. La idea de dos virreinos fue rechazada de plano en Madrid. La ceca de Palermo llegó a producir algunas piezas, provocando tal indignación en los mesineses que fue cerrada al poco tiempo. Los parlamentarios accedieron a consignar el pago del donativo ordinario y prolongar el extraordinario consistente en mantener las gabelas sobre algunos artículos de primera necesidad mientras durasen las causas que lo justificaban.

El peligro turco dejó de sentirse y la paz europea propiciada por Urbano VIII redujo la tensión bélica en Italia. Pero Felipe IV siguió diciendo que precisaba de la ayuda siciliana para socorrer al emperador Fernando de los ataques de Gustavo Adolfo de Suecia y del elector de Sajonia. La forma en que el virrey supo acomodar las pretensiones reales con la disposición de los delegados palermitanos le fue reconocida como bien dirigida y razonada.

El temor de los sicilianos a viajar por los caminos de la isla no se remedió con dinero, sino con la fama de justiciero que acompañaba a este virrey. Fue tal la persecución que hizo de los bandoleros y ladrones que, al no sentirse seguros en la isla, muchos se trasladaron a la región de Calabria. Cundió el temor y aumentó la seguridad. El virrey se jactaba de ello, y no se opuso a que, en la puerta de San Antonino, la fuente ornamental viniese ilustrada con una placa de mármol donde se podía leer: *Scelerum Implacabilis Ultor*. Como ejemplos de su intransigencia los cronistas citan la muerte por garrote dada a una vendedora llamada Epifania, que suministraba a sus clientes un líquido transparente y dulce, que llamaban *Tofania*, y que despachaba al otro mundo a quien lo bebía. De mayor alcance fue la represión que alentó con sus propios recursos para dominar la revuelta de los mesineses y que terminó con la identificación, proceso y condena a muerte del instigador principal, el capitán de Santa Lucía.

La imagen del virrey Afán de Ribera tiene otra cara, esta amable, que resulta de su dedicación a la historia, la cultura y las artes. Embelleció Palermo con varias fuentes, además de la ya citada,

entre ellas la de los *Cuatro Vientos*, frente al muelle, y la de San Pedro de Alcántara. Añadió estatuas y olmos (*verdeggianti pioppi*) a la avenida que desde el templo de San Antonino desembocaba en el mar y que unía la villa romana *Giulia* con la plaza Colonna. Creó un instituto con el fin de dar enseñanza gratuita a los pobres, encomendando su mantenimiento a los padres escolapios. Impulsó la recopilación de pragmáticas sicilianas eligiendo a tres jurisconsultos: Pietro d'Amico, Cataldo Fimia y Carlo Potenzano.

En cuanto a su vida privada, los historiadores italianos mencionan a su hijo Fernando, de quien alaban su cultura. Blasi lo describe *giovane angelico* e hijo único, algo apresuradamente. Las andanzas de Fernando en Nápoles no hubieran sido posibles si no hubiese contado con una guardia personal, que lo protegía. Cuando el su padre el virrey tuvo que regresar a España se sintió vulnerable y se retiró a Caserta. Allí sentó cabeza y, émulo de Góngora, escribió una fábula tomada de las Metamorfosis de Ovidio, sobre el tema de *Mirra* convertida en árbol.

Fernando hijo murió en Sicilia en noviembre de 1633. Los funerales duraron nueve días. Se publicaron poemarios en su memoria. Fernando tenía un hermano y una hermana, reclusos en España, por no ser hijos legítimos del virrey. El hermano se llamaba Payo y estudiaba en Salamanca, viviendo en el convento de los agustinos que recibían los fondos precisos para acudir a su mantenimiento. La hermana estaba encomendada a su abuela Ana de Girón, cuyas relaciones con el virrey Fernando no eran muy buenas, por cuestiones de herencias y derechos familiares. Con el tiempo, esta hija ingresó en un convento de Montilla con el nombre de Ana de la Cruz. La madre de los hijos ilegítimos del virrey posiblemente fuera Maria Luisa Manrique de Lara, dama de la reina de España e hija de Vespasiano Gonzaga.

Fernando Afán de Ribera había sido elegido por el conde duque para una misión delicada en Alemania: la de asistir en Colonia a las negociaciones de paz promovidas por Urbano VIII. Durante el viaje las bajas temperaturas invernales le causaron un ataque de pleuresía que le obligó a detenerse en Carintia, donde falleció en marzo de 1637.

Luis de Moncada, duque de Montalto

1635-1639

Luis Guillén de Moncada asumió el mando de Sicilia, de forma interina, mientras duró la ausencia del virrey duque de Alcalá, cuya presencia en Milán se hacía necesaria a juicio de la Corte, pudiendo dejar a su yerno encargado del Reino.

El duque de Montalvo se había casado con una hija de Fernando Afán de Ribera, María, en 1629, cuando el novio sólo contaba 20 años. Se hizo cargo de la gobernación a los seis meses desde su matrimonio.

Luis era mitad español, mitad italiano. Había nacido en Collesano, villa cercana a Palermo, hijo de Antonio de Moncada y Juana de la Cerda, de la casa de los Medinaceli. Tenía un hermano mayor que murió joven, sumiendo a los padres en tanta tristeza que la sublimaron ingresando el uno en un monasterio de Nápoles y la madre en las carmelitas de Palermo.

Quedó Luis como heredero y administrador único del extenso patrimonio rural de los Moncada en la isla de Sicilia. Su biografía está salpicada de continuas referencias a la adquisición, promoción y conservación de obras artísticas relacionadas con los palacios y mansiones donde vivió, siguiendo el ejemplo de su suegro, Afán de Ribera, afanoso también en la colección de libros y pinturas. Su principal empresa artística fue la redecoración del palacio virreinal *de los Normandos*, concentrando su atención tres

salas, con pinturas alusivas a la historia de su familia y visibles firmas como las de Giuseppe Constantino, Pietro Novelli y Vincenzo la Barbera. Mientras vivió en Palermo, Luis Guillén habitó el palacio de *Ayutamecristo*, que compró para la familia.

Él prefería residir en Catalnissetta, lugar que engrandeció con una importante reforma urbana, sin olvidar recrearse en la construcción de un palaciego pabellón de caza en el bosque de Mimiano. Moncada puso en pie una verdadera corte de artistas y nobles que representan el modelo barroco de entornos de poder aristocrático en su versión más culta y progresista.

En 1437 moría el tercer duque de Alcalá, su cuñado, dejando heredera a su hermana María, de forma que Luis Guillén heredaba también las colecciones de Fernando Afán de Ribera, convirtiéndose en ese momento, como IV duque de Alcalá, si no en el mayor, sí uno de los más grandes coleccionistas europeos de libros valiosos y obras de arte de aquella época.

Terminado el trienio de gobierno siciliano, los duques de Montalto decidieron regresar a España, pensando en residir en Sevilla, posiblemente en la casa de Pilatos. El viaje incluía una escala en Gaeta, donde la esposa se sintió enferma y no pudo continuar, muriendo en dicha ciudad.

Los años que gobernaron Sicilia los duques de Montalto se inician con un Parlamento extraordinario destinado a recaudar fondos para la defensa de la monarquía hispana, amenazada por Richelieu en diversos puntos de la Italia septentrional.

Felipe IV había obtenido del papa Urbano VIII la celebración de una conferencia de paz en Colonia, y nadie mejor que el duque de Alcalá podía representar los intereses de España en el armisticio. Ocurrió, desgraciadamente, que el duque, mientras transitaba Alemania, enfermó en Corintia y falleció en marzo de 1637, quedando Luis de virrey efectivo hasta que de Madrid llegase el nombramiento de su sucesor. Mientras tanto, seguía la guerra en Lombardía y aumentaban las necesidades de recursos. Era aquella una guerra de atrición, un sumidero de vidas y recursos, sin ventajas reales para ninguno de los contendientes, excepto en cuanto a la capacidad de mantenerla, que favorecía a los franceses.

Sicilia, a los ojos de Madrid, era el reino donde esperaba obtener ayuda material, estrujando los bolsillos de los *guirati* lo máximo posible. Esta ingrata tarea, encomendada vivamente al presidente del Reino, parecía ser compatible con los dispendios locales en embellecimiento de las ciudades y edificios y el mecenazgo de pintores, literatos, músicos y arquitectos, propios de la época barroca. Las revoluciones contra esta política, cruel con los más débiles, se generarían en Europa, también en Sicilia, diez años más tarde.

El duque de Montalvo tuvo que solicitar ayuda del Parlamento dos veces más, en breve espacio de tiempo. La última fue el 22 de mayo de 1638, y por primera vez en la Historia de Palermo el virrey impuso una tasa sin esperar al consentimiento de los *guirati*, que recibió el nombre de *Statica*. Se trataba de un impuesto, en el sentido moderno del término, que distinguía a los contribuyentes en dos categorías, según el modo de obtener ingresos. De un lado, aquellos que cobraban rentas como propietarios de bienes inmuebles; de otro, el resto de la población, que vivía de un sueldo o una paga por sus servicios y por su trabajo. Quedaban excluidos los mendigos, y todas las personas incapaces de trabajar por cualquier motivo. Los rentistas debían aportar el importe cobrado durante una semana por todos los conceptos. Los trabajadores, el sueldo de un día. A estos impuestos indirectos se añadieron tres más sobre el consumo, que gravaron la sal, el aceite y la seda.

A pesar de lo impopular de las medidas anteriores, Blasi no comparte la opinión del historiador Longo, sobre que el cese de Luis de Moncada fuera debido a las protestas de los mesineses por el impacto de la *Statica* en el precio de la seda. Moncada supo obtener recursos en unos tiempos difíciles para todos, por las interminables guerras europeas. Su arraigo en Sicilia le hacía más idóneo en tarea de explicar las necesidades a los síndicos.

Es cierto que durante su gobierno se produjo un encontronazo entre el gran maestre de la Orden de Malta y Luis de Moncada que escandalizó no poco a las conciencias italianas. El año 1636 la cosecha de trigo había sido particularmente mala, por lo que se prohibieron las exportaciones. Esta medida afectaba al comercio con

Malta, donde la situación era aún peor que en Sicilia, de manera que el gran maestro, Paolo de Lascaris, pidió al virrey que hiciera una excepción. Lejos de aceptar, Moncada llegó a prohibir la entrada en puerto de barcos malteses, sospechando que una vez dentro se violarían las prohibiciones. Lascaris se resignó ese año y tuvo que pedir auxilios a Nápoles, donde encontró más comprensión. Al año siguiente, creyendo que ya sería posible acceder al trigo de Sicilia envió dos galeras a Siracusa. Las autoridades del puerto negaron licencia para desembarcar, pero no pudieron evitarlo. Informado el gobernador, éste recordó que la providencia emanada de Madrid autorizaba el arresto de quienes la contravinieran, por lo que dio orden de detener a los capitanes y tripulación de las galeras maltesas. Cuando desde el muelle se les comunicó que debían darse presos, los capitanes mandaron soltar amarras y salir a toda vela. Desde el castillo se dispararon breves cañonazos si bien en dudoso que pretendiesen alcanzar de lleno a las naves que ya se alejaban de la costa. Moncada consideró que el gobernador se había excedido en el cumplimiento del deber, por lo que se excusó ante Lascaris, y reparó el insulto concediendo a Malta libre acceso al trigo siciliano a partir de aquel lamentable suceso.

Moncada no era virrey en sentido estricto, sino presidente del Reino, pero, según Blasi, era considerado por los sicilianos como si lo fuera. Cuando hubo de abandonar Sicilia, no lo hizo de forma humillante sino todo lo contrario: fue nombrado virrey de Cerdeña a todos los efectos y luego virrey de Valencia.

Fernando de Ayala, conde de Ayala

1660-1663

De siempre, los nobles sicilianos podían dirigirse directamente al rey, puenteando al virrey por medio de embajadores que presentaban sus alegaciones ante el Consejo de Italia para el Reino de Sicilia.

Este atajo en el camino a la atención real tenía sus contraindicaciones para quienes se decidían a utilizarlo. La más importante era que en España se viera como dirigido contra el rey, en cuyo caso mejor no haberlo intentado. Tampoco convenía hacerlo sin una cierta unanimidad por parte de los interpelantes, pues el virrey podía mostrar la otra cara del asunto haciendo ver posiciones enfrentadas y recordando que el rey había delegado en él la solución de conflictos internos. Finalmente, para no hacer el ridículo, los embajadores seleccionados debían tantear de antemano la predisposición a ser escuchados, para lo cual contaban con aliados en la Corte.

Esta especie de recurso de constitucionalidad *avant la lettre* era una de las molestias inherentes al cargo de virrey. Casi le obligaba a contar con informadores y aliados de Madrid, cercanos al Consejo Real y al rey mismo, que le tuvieran al tanto y velasen por su imagen en el Consejo. El conde de Ayala fue uno de los virreyes que más tuvo que soportar esta servidumbre.

Cuando llegó a Sicilia, Fernando de Ayala notó la diferencia entre la forma de vestirse de los magistrados italianos y los que frecuentaban la presencia de su Majestad, de la cual él había sido

hasta entonces gentilhomme de Cámara. Por encima de la toga, en España no estaba permitido vestir capa que la ocultase, y sobre la cabeza debían llevar el birrete de doctores, o la prenda conocida con el nombre de *gorra*. En Palermo los magistrados seguían usando la capa y se cubrían con el *capello* tradicional.

El virrey decidió forzar el cambio de atuendo sin pararse a pensar en la humillación que suponía ante el público. La medida parecía no tener otro objetivo que mostrar su autoridad. El resultado fue que se hizo impopular desde ese momento entre los magistrados, iniciando así una corriente que buscaría en el rey la simpatía que su virrey no se preocupaba de inspirar.

Dice Blasi que Fernando de Ayala se mostraba “altanero con todos”. La explicación de la diferencia de percepción, comparado con otros virreyes más accesibles, puede deberse a que el conde de Ayala, carente de una hoja de servicios en la milicia, trataba de impresionar con la alcurnia de las familias Fonseca y Ulloa, argumentos insuficientes para la mayoría de sus interlocutores.

En su circunscripción de Ayala, Fernando apenas era conocido. Estaba casi siempre ausente, como cortesano que era. Animado por el favor de Felipe IV, Fernando quiso homologarse con los Medinaceli, Alba y Olivares, poniendo por escrito sus razones para que el rey le concediese ser *grande de España*, pero la petición no fue aceptada. Todo ello describe un personaje más interesado en subrayar los derechos inherentes a la grandeza que en lograr el respeto espontáneo por sus decisiones.

Conocedor de este primer *faux pas* del conde de Ayala, el arzobispo de Palermo, Pedro Martínez Rubeo, quiso distinguirse de los magistrados más dóciles, y evitó saludar al virrey, como forma de avisar de su poca predisposición a la obediencia. No solo hizo eso, sino que amenazó, por conducto de su vicario, con mandar a prisión al capellán del virrey por no acudir a la procesión del Corpus. Sintiéndose ofendido por la conducta del arzobispo, el virrey ordenó encarcelar al mensajero. También ordenó que se derribasen las rejas del coro de la catedral. Respondió el obispo excomulgando a los consejeros del virrey y éste amenazó con la cárcel si no retiraba el decreto. Viendo a qué grado de exacerbación habían llegado las cosas, Martínez Rubeo optó por ausentarse de Palermo y esperar.

En la Corte de Madrid estas primeras y lejanas desavenencias no se tenían todavía en cuenta. Importaba más hacer partícipes a todos los dominios españoles de *la paz universal* lograda en Los Pirineos y rubricada con la inminente boda de Luis XIV con la hermana de Felipe IV, la infanta María Teresa.

Los virreyes presenciaron desde los balcones del palacio la cabalgata de autoridades que presidía el capitán general de Palermo, y su tropa, seguidos del Sacro Consejo, la nobleza y el Senado. Se publicaron bandos en la plaza de palacio y en la de las *Cuatro Esquinas*. Estas festivas ocasiones apenas mejoraron la opinión popular sobre el virrey, al que se seguía viendo muy pagado de sí mismo.

La ausencia de grandes problemas como terremotos, sequías, diluvios, amenazas militares, pestes, y otras catástrofes o desgracias que no faltan en los gobiernos virreinales, hace que en el del conde de Ayala resalten más las incongruencias que los aciertos, con ser éstos importantes. Empezando por los segundos, destaca su gestión del almacenamiento de cereales en previsión de eventuales escaseces. El Senado dio su aprobación al gasto de las obras de ampliación del silo de Albuquerque, situadas en un lugar elevado para evitar humedades, cerca de la iglesia de Santa María de la Consolación. Dada su magnitud, la construcción se prolongó durante los gobiernos de los dos siguientes virreyes.

La obra que sí pudo ver terminada Fernando de Ayala fue un nuevo coliseo, en sustitución del de Alburquerque, que también fue autorizado por el Senado, junto a la plaza de Palacio.

La presentación negativa del gobierno de Ayala debe mucho a una circunstancia mencionada, relativa a la facilidad de acceso de los mesineses a los oídos del soberano español. En el caso de Ayala, se agrava por el hecho de que uno de los regentes del Consejo de Italia (cercano al Consejo de Estado) era mesinés y estaba dispuesto a utilizar el cargo en beneficio propio y de su ciudad.

Me refiero a Ascanio Ansalone, duque de Montagna Reale, cabeza visible de la una de las familias más influyentes en la región de Catania. Esta *gens* había acariciado la idea de poseer la villa de Patti, que pertenecía a la Corona. Ascanio logró que el rey accediese

a venderla, como prueba de afecto y gratitud por sus servicios. Pero los habitantes de Patti se sintieron traicionados y mostraron su desencanto al virrey, al tiempo que aseguraban no estar dispuestos a perder *status*, pasando a ser propiedad de una familia.

Ayala, sabedor de la influencia de Ansalone, se cuidó de no presentar el caso con las razones de los vecinos, que podrían parecer insuficientes, sino que se opuso el valor estratégico militar de Patti, por la cercanía a las aguas donde se disputaban las batallas navales por la posesión de Mesina. La decisión de vender Patti fue debidamente anulada, los vecinos de Patti quedaron contentos, pero el conde de Ayala se aseguró un enemigo implacable.

Un hermano de Ansalone, Carlo, era fiscal perpetuo del Tribunal del Real Patrimonio y *strategotto* de Mesina. Ayala creyó ver irregularidades en su gestión de la Aduana y envió a Mesina a un experto jurista y síndico del Senado, Vincenzo Finocchiaro, para que hiciera averiguaciones. Consecuencia de ellas fue la entrada en prisión de varios funcionarios y la alarma consiguiente en los Ansalone, quienes convocaron al Consejo de los Treinta, alegando una intrusión intolerable en los fueros de la ciudad.

El Consejo decidió enviar al príncipe Malvagna como embajador ante el virrey, para que depusiera a Finocchiaro. Ayala no hizo caso y llamó a su presencia a los senadores que habían patrocinado la idea. Éstos se negaron a viajar a Palermo por lo que el virrey decidió confiscar sus bienes. La respuesta del Senado mesinés fue llamar a las armas para reafirmar sus privilegios y dirigirse al castillo de Milazzo, donde se alojaba el recaudador real. Trasladado este funcionario a una prisión de Mesina fue condenado y torturado en público.

Tanta ignominia asustó a sus propios autores, quienes, temerosos de la reacción del virrey, urdieron ocultar el fin perseguido por su rebelión. Instruyeron una *causa general* contra el gobierno de Ayala y la remitieron a Madrid, para que el Consejo de Italia dictaminase sobre la idoneidad del conde. Los ponentes en la Corte fueron Carlo di Gregorio y Vincenzo Pellegrino y su embajada obtuvo un éxito parcial. El Consejo ordenó al virrey no tomar represalias contra los mesineses y cambiar su conducta hacia ellos, pero no pidió al rey su cese en ese momento.

La dura conducta contra Mesina y su postura ante las pretensiones del duque de Montagna Reale de anexionarse Patti, había mejorado la imagen del virrey entre los palermitanos. La falta de apoyo de la Corte en el caso del recaudador, por el contrario, le hizo perder el prestigio logrado, al incrementar el sentido de impunidad en la ciudad rival.

El posterior nombramiento de Ascanio Ansalone para presidir la Corte de Reino de Sicilia, cuando regresase a la isla, hacía poco recomendable la continuidad del virrey Ayala por otros tres años. Fue una decisión más política que fundada en razón porque, dejando a un lado el elemento altanería, su guía de actuación como gobernante era favorable al pueblo y descuidado con los poderosos. Pero no supo o no pudo contrarrestar las persistentes críticas de éstos en la Corte.

Francesco Caetani, duque de Sermoneta

1664-1667

La fama de la familia Caetani, nobles de Gaeta desde tiempos góticos, se extendió en Roma al ser nombrado Papa uno de ellos, Bendetto, a principios del siglo XIII. En prepotencia llegaron a medirse, y competir violentamente, con la familia Colonna. Como muchos nobles italianos, sufrieron persecución con Alejandro VI, A los Caetani, el papa confiscó algunas propiedades y las donó a Lucrecia Borgia, su hija.

El que fue virrey de Sicilia, Francesco, había nacido en Nápoles en 1594, y vivido en España como gentilhombre de cámara en la corte de Felipe IV, quien le concedió el toisón de oro y le nombró virrey de Valencia en 1660. Había enviudado de su esposa italiana, la princesa Anna de Acquaviva y se volvió a casar, esta vez con Leonor Pimentel, hija de un ministro de Felipe IV. El matrimonio pidió al rey cambiar lo de virrey de Navarra por gobernador de Milán, a lo que el monarca accedió. Como gobernadores de Milán, Francesco y Leonor, estuvieron algo más de dos años, hasta que Felipe IV los mandó llamar para ser virreyes de Sicilia y contentar a los mesineses, que se quejaban del anterior virrey, el conde de Ayala, por ser demasiado “palermitano”.

Antes de su llegada a Sicilia, en Madrid se dudaba si Caetani debería establecerse en Palermo o en Mesina, ya que el rey cambiaba de opinión según los consejos de unos u otros. Tardaron bastante, cinco meses, Francesco y Leonor Caetani, desde que fueron

nombrados virreyes hasta que desembarcaron en Palermo el día 3 de marzo de 1663. Hicieron su entrada el día 22, con una solemnidad *così pomposa, quale a memoria de uomo non si era più vista*.

Con ello pareció a los palermitanos que sus temores de verse preteridos en la corte de Madrid estaban infundados. Sin embargo, la inclinación personal de Francesco hacia la ciudad rival no tardó en manifestarse. El 23 de mayo, pese a las advertencias de los palermitanos, los virreyes se embarcaron en la galera del duque de Toscana y fueron visitando la costa durante seis días hasta llegar al puerto de Mesina. Los mesineses todavía estaban quejosos y mostraron su descontento con una manifestación frente al puerto, a la llegada del séquito virreinal, con resultado de que dos escoltas fueron arrojados al agua. El duque de Toscana encubrió el hecho diciendo que se trataba de *saltos de alegría*.

La verdadera alegría se produjo cuando Caetani anunció que rey iba a conceder el monopolio del comercio exterior de la seda a Mesina. Tan intensa como la alegría de los mesineses fue la consternación en Palermo. Los cálculos de los senadores palermitanos cifraron en más de 30.000 los ciudadanos que se arruinarían si esa decisión se llevaba a efecto. Otras ciudades de la isla se pronunciaron en el mismo sentido.

Ciertamente, el privilegio era tan grande que los propios mesineses dudaban se pudiera implantar si no venía refrendado por una pragmática sanción del Consejo de Italia, donde creían contar con mayoría suficiente. Pareció al virrey que de esa forma se libraba de una responsabilidad enmarañada, por lo que reunió a los diez y nueve ministros en sesión extraordinaria para juzgar la aceptabilidad del privilegio de la seda. El Consejo votó en contra. Acudieron representantes de la ciudad al virrey tratando de superar el inesperado obstáculo, pero el virrey les contestó que no tenía intención de desautorizar al Consejo.

Ver esfumadas tan pronto las esperanzas de enriquecimiento, nubló la razón del pueblo mesinés, que se amotinó frente al palacio virreinal, exigiendo la firma de la pragmática de la seda. *Era il duca di Sermoneta uomo senza coraggio* (escribe Blasi). Hizo llamar a los ministros que había votado en contra de la pragmática y junto con la de ellos, estampó su firma y sello en el documento que pedían los

manifestantes. Ni siquiera esto bastó para apaciguar el furor de los mesineses allí reunidos. Exigieron una retractación pública, que escenificó el duque apareciendo en el balcón de palacio, iluminado por dos grandes antorchas, ante un público expectante.

Las jornadas siguientes fueron poco tranquilas. En Palermo se organizó un movimiento de protesta encabezado por el párroco de la ciudad, Francesco Vitrano. Sus argumentos se basaban, no en una cuestión de equidad, sino en profetizar las calamidades y desórdenes que el monopolio de la seda acarrearía en el resto de Sicilia.

Vitrano logró su objetivo; el rey Felipe IV derogó lo dispuesto por el virrey Francesco Caetani, por ser *contrario a toda razón, contrario al derecho natural y contrario a la libertad de comercio y que las ventajas de una ciudad no podían erigirse sobre las ruinas de todas las demás*. Y ordenó al virrey Caetani que desoyese a su secretario, Juan López Cortés, por su parcialidad a favor de los mesineses, que abandonase Mesina y que volviera a Palermo.

La decisión real resultaba humillante para el duque de Sermoneta, no sólo en Mesina, también en Palermo, pues ya nadie creía que la revocación fuera obra suya. Por el contrario, lo tildaban, aunque sin pruebas, de estar vendido al oro de los mesineses, y algunos dieron en llamarlo *el duque de Far moneta*.

El retorno a Palermo se produjo a comienzos del año 1665. Ese mismo año murió Felipe IV y ascendió al trono el infante Carlos con el nombre de Carlos II. Los duques de Sermoneta organizaron los solemnes funerales por el uno y las públicas albricias por el otro. Pero el pueblo no había olvidado el asunto de la seda y los virreyes seguían siendo impopulares. Sabedora de ello, la regente doña Mariana, pasados los tres años de rigor, dispuso el relevo de Caetani en favor del duque de Albuquerque. La tardanza de éste en asumir el cargo exasperó a la población de Palermo, cada vez más hostil hacia los virreyes. Cuando por fin, el 10 de abril de 1667, los duques de Sermoneta tuvieron todo listo para la partida, salieron de palacio en dos trasportines que los condujeron sin ser notados hasta fuera de las murallas, desde donde accedieron al puerto para embarcarse en viaje a Roma.

Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque

1667-1670

El topónimo Alburquerque tiene su origen en el artículo árabe *Al* y el denominativo latino *querqus*, nombre que los romanos daban a la encina. Los duques lo eran de un pueblo de Badajoz, en la Extremadura hispana, y hoy, sin la primera r, Albuquerque es más conocido como nombre de una importante ciudad de Nuevo México.

Hubo varios duques de Alburquerque que fueron virreyes, y algunos repitieron en Reinos distintos. Es el caso de este Francisco Fernández de la Cueva, octavo duque, que antes de serlo de Sicilia, lo fue de Nueva España desde 1653 hasta 1661. En aquella época el lugar de Estados Unidos no existía como localidad habitada, pues fue fundada en tiempos de un nieto suyo.

De don Francisco se decía que era un hombre recto. Más que procurar su gloria, trataba de gobernar con medidas muy meditadas en beneficio de los gobernados y del prestigio de la Corona. Nadie le negaba su interés y dedicación, así como un sentido de la justicia libre de componendas y animado por *dar a cada uno lo suyo*. No era especialmente afable, pero tampoco altivo, de manera que no se creaba enemigos ni muchos amigos. De joven, participó en la batalla de Rocroi, brillando tanto por su ausencia posterior como por su ímpetu inicial; ímpetu que ya celebraban sus tropas lanzando sombreros al aire, cuando fueron sorprendidos, y derrotados finalmente, por el duque de Anguien. Sobre la valentía personal de

Francisco Fernández de la Cueva pesa el comentario que escribió Enrique de Orleans Aumale, en su descripción de la batalla, al manifestar sorpresa por el hecho de que las tropas de Alburquerque aparecieran al día siguiente en un pueblo distante más de treinta kilómetros.

Varios han sido los historiadores, desde Cánovas del Castillo en el siglo XIX hasta Antonio Rodríguez Villa, en el XXI, que han tratado de subsanar la ironía de Aume. En todo caso, con los años, el duque logró que no se tuviera en cuenta aquello y prosperó en el favor de los monarcas.

Su gobierno en América del Norte ofrece luces y sombras. Entre las primeras, a ojos de la Tesorería Real, su laboriosidad e ingenio para recaudar fondos, tan necesarios para la política europea de la Corona. Durante su gobierno se acuñaron monedas de oro, a pesar de estar prohibido desde tiempos de Carlos V. Se estimularon las donaciones voluntarias de patricios y hacendados criollos, con la limitación de no exceder de 500 pesos, lo cual animaba a quedar bien con el virrey, sin por ello hacerse acreedores de compensaciones que pasasen de una mayor amabilidad y cortesía. También acudió a los tribunales para que los jueces estimasen cuales penas, por su naturaleza, eran susceptibles de ser conmutadas por pagos a la Hacienda, en proporción a las faltas o delitos.

Los americanos empezaron apreciando su buen carácter, y ausencia de tics autoritarios. Con el tiempo, la opinión se volvió más crítica, debido al incremento de la delincuencia en caminos y carreteras. Se pensaba que el virrey, no dedicaba los recursos suficientes a la policía, debido a las exigencias de fondos de la Península. Pero, a esto, se añadía que la justicia de este virrey no castigaba los delitos de bandidaje de la forma como se venía haciendo de siempre. En la segunda mitad de su mandato, el duque dejó hacer a los jueces, y este tipo de crítica cesó.

Un ejemplo de la minuciosidad del duque en evitar abusos puede verse en su prohibición a los inquisidores de alojarse en viviendas privadas durante sus viajes por el Reino, aunque contasen con el consentimiento de los propietarios.

En sentido contrario, no indultó a un demente que trató de asesinarlo cuando visitaba las obras de la catedral de México.

Contrasta esta inclemencia del duque de Alburquerque con la compasión del marqués de Valero, casi un siglo más tarde, el cual, ante un atentado idéntico, logró que los jueces modificasen la sentencia de muerte, alegando el atenuante de demencia. Posiblemente el duque de Alburquerque no abrigase deseo de venganza, pero no se atrevió a interferir en la decisión de los jueces. Pudo recomendar la reclusión como demente o algo que los jueces no estaban autorizados a conceder y los virreyes sí: el indulto.

La tendencia del duque de Alburquerque a repensar sus decisiones hacía de este virrey un gobernante lento y poco resolutivo. Se le ha achacado falta de reflejos en la defensa de Jamaica, que acabó perdiéndose, después de años de altibajos bélicos.

Francisco Fernández de la Cueva dejó el cargo de virrey de Nueva España y volvió a la Península en 1661. En 1666 seguía contando con el apoyo de Carlos II; prueba de ello fue el encargo de acompañar a su hermana, la infanta Margarita María en su viaje a Viena, como futura esposa del emperador Leopoldo I. Y no menor prueba fue el nombramiento de virrey de Sicilia en abril de 1666.

Llegó a Sicilia exactamente un año después. La flota en que venía encontró vientos muy fuertes y tuvo que desviarse a Trapani. En aquel puerto se le unieron hasta ocho galeras, provenientes de Nápoles, Palermo y dos del gran duque de Toscana, formando un impresionante concurso naval que acompañó a los duques hasta los muelles palermitanos.

Las ceremonias de llegada fueron las usuales: acogida inicial en el edificio de Castellamare, jura de los privilegios sicilianos en la catedral, y traslado al palacio virreinal, una vez dispuesto debidamente con el servicio de los numerosos criados y la colocación del equipaje.

A instancias de la Corte, una de sus primeras medidas fue la de expulsar de Sicilia a todos los ciudadanos franceses, dándoles un breve plazo para embarcarse. Unida al destierro iba la confiscación de sus bienes. Esta drástica decisión era parte de la respuesta de Madrid a Francia por haber invadido sin aviso ni declaración de guerra, posesiones españolas en Flandes. Previendo una reacción de la armada francesa, el duque de Alburquerque se dispuso a reforzar

las defensas de la isla.

En el primer mes del año 1668 se reunió Parlamento para fijar la dotación económica correspondiente al trienio. Logró el virrey un donativo de trescientos mil florines, y quedaron fijadas las cantidades del presupuesto correspondientes a la potenciación de la flota, obras públicas, sueldos de los senadores, magistrados y funcionarios y los gastos incurridos en la mejora de la defensa por tierra.

A finales del mismo año, un rayo cayó sobre la puerta llamada Porta Nova, destruyendo parte y causando víctimas mortales. Según escribe Il Mongitore (firmando con seudónimo en su documento *Delle porte di Palermo al presente esistenti, descritte da Liporio Triziano* (Palermo 1732) el rayo cayó sobre la pirámide superior de la puerta, con la mala fortuna de incendiar un polvorín que la guarnición mantenía sin suficiente precaución contra los elementos. En consecuencia, se derrumbaron con gran estrépito los muros. Murieron sepultadas casi cincuenta personas y dentro del palacio virreinal, contiguo a la Puerta, algunas piedras salieron despedidas al aire cerca de las personas del virrey y la virreina. En su reconstrucción se utilizaron los planos originales, de tiempos del virrey Colonna, que en su día había dedicado a Carlos V. Se tardó un año porque a mejoraba el aspecto de la original. Durante mucho tiempo pudo leerse la placa conmemorativa

Carlo II, Hispaniarum et Siciliae rege augustissimo

Maria Anna regina governatrice

D. Francisco Fernández de la Cueva duce Alburquerque, ac S.G.M.

A cubículo, status bellicae consilii, maris generalis lucomitente, ordinis

Sancti Jobis de Spada e tredecim, prorege.

También puede leerse en el *Diario de Palermo* otro suceso de caída de un elemento arquitectónico con ocasión de muerte, esta vez fue en Mesina y ocurrió el año siguiente. Una señora, acusada de un delito que ella no reconocía, estaba a punto de ser interrogada con probable sometimiento a tortura para averiguar la verdad. Muchas personas se indignaron contra el stratigoto, Pietro Isimbaldi y los jueces del caso, hasta el punto de salir a la calle para reclamar la revocación de la orden. Como quiera que la pretendida revocación de

no se produjese, lo amotinados se dirigieron al palacio del Senado. Isimbaldi salió al balcón para tratar de calmar los ánimos, momento en que el suelo que pisaba se desplomó y el stratigoto cayó a la calle quedando sepultado por las losas y barandilla del balcón. Pudo ser fatiga natural del material, o pudo ser que alguna mano vengadora, dictase sentencia contra sentencia.

En Mesina, no sólo el gobernador, elegido por los propios mesineses, había llegado a ser odiado. Tampoco el virrey duque de Alburquerque gozaba de simpatías. El duque de Alburquerque no se molestaba en halagar a la ciudad con estancias prolongadas. Ni siquiera hizo una visita, sino que, cuando desde Madrid le encargaron que gestionase el delicado asunto de cobrar el canon por los privilegios concedidos al puerto en el asunto de la “cuarta aduana”, en lugar de personarse él mismo, ordenó a uno de los jueces del Tribunal de la Monarquía, Emmanuel Mongia, que se embarcase rumbo a Mesina con atribuciones para satisfacer a los jurados de la ciudad.

Pese a los buenos oficios de Mongia, la negociación no produjo resultado. El juez, disgustado se retiró a sus aposentos en la galera. Dispuestos a manifestar su desagrado con las propuestas, los jurados cortaron la guindaleza de amarre del barco, acción que fue referida en Palermo al virrey. A partir de entonces, primavera de 1669, el duque siguió gobernando como si Mesina no existiese, pero no tomó represalias.

En otoño de ese mismo año, llegó a Sicilia la noticia de la caída de la isla veneciana de Candia a manos del poder turco, después de muchos meses de duros ataques y tenaz defensa. Se temía que la siguiente víctima pudiera ser la plaza de Marsala, fortificada por don Juan de Austria. por lo que el virrey mandó a Pedro del Pino a comprobar que el puerto seguía siendo inasequible a barcos enemigos, como así se hizo.

A principios de 1670 se cumplían los tres años asignados de virreinato, aunque el duque no llegó a gobernar más que dos, por su retraso en la toma de poder. De este virrey dice Blasi que era “amado en Palermo y en todo el Reino” (tal vez habría que excluir a bastantes mesineses) y añade que tenía un carácter flemático.

Claudio Lamoral, príncipe de Ligné

1670-1674

El castillo de Beloeil guarda un lienzo del pintor belga del siglo XVII, Francois Duchatelet, que lleva por título: *Llegada del Príncipe de Ligne, embajador de Felipe IV de España, a Londres en 1660*. El motivo de aquella visita era adelantarse, como país europeo, a reconocer la restauración de la monarquía inglesa en la persona de Charles II. A la izquierda puede verse la popa de un majestuoso galeón flamenco, fondeado en el Támesis. En su orilla norte se agolpa una multitud entre la que destacan dos carrozas, una tirada por seis caballos blancos y otra por seis caballos negros. Personajes vestidos lujosamente aguardan el desembarco de las chalupas holandesas que transportan a los viajeros, desde la nave hasta el muelle invisible al lado izquierdo del cuadro. En el extremo diestro se alza la Torre de Londres, dentro del recinto amurallado.

La pintura es más elocuente que las palabras para mostrar el destacado papel que el señor del condado belga de Ligne, convertido ya en príncipe, grande de España y caballero del Toison de Oro, desempeñaba en la diplomacia de la corte de Felipe IV.

A su vez, el castillo de Beloeil, cerca de Mons, que ha sido descrito como un *Versalles belga*, atestigua la magnificencia de la morada del príncipe Lamoral, que fue quien inició su construcción, culminada después por su viuda, conforme a los planos del arquitecto Jean-Michel Chevolet, buen conocedor de la arquitectura favorecida por Luis XIV.

Claude Lamoral, como sus ilustres antepasados, era un militar al servicio de la Corona española, y en esa condición tuvo a su cargo las armas imperiales en Flandes. No era el primogénito de Florent, príncipe de Ambise y de Louise de Lorraine. Su hermano Albert Henri había heredado los títulos y posesiones y estaba casado con la condesa de Nassau, Clara María. A la muerte de Albert Henri, Claude heredó no solo el principado de su hermano, sino que se casó con su viuda.

En 1670 la situación en Flandes era relativamente tranquila, mientras que en el Mediterráneo las voces de alarma, emitidas por los caballeros de la orden de Malta, alertaron a la corte de Madrid. Se temía que el gran visir de Candia, con pretexto de vengarse del bajá de Trípoli, se propusiera atacar las islas de Malta y las costas de Sicilia. Para hacer frente al peligro denunciado, y estando a su término el gobierno del duque de Albuquerque, Claudio Lamoral fue designado sucesor en el virreinato de Sicilia, valorando su experiencia en organización de tropas y en la construcción y mejora de fortificaciones.

Recién llegado a Palermo, fue recibido con atenciones entre las que se menciona una profusa entrega de cuantos dulces, confituras, y frutas eran típicas del reino. La toma de posesión fue tan ostentosa como lo exigía el protocolo, con la ceremonia en la catedral del juramento de los fueros sicilianos. A la espera de que los duques de Albuquerque vacaran el palacio virreinal, quedaron alojados en el palacio de Castellamare. Allí estuvieron desde su llegada el 23 de junio de 1670 hasta el 7 de julio en que, finalmente, partieron para España los duques de Albuquerque, *con la tardanza solita de la nazione spagnoula*.

Los proyectos de fortificaciones que la reina Regente esperaba ver realizados habrían de ceder protagonismo a la urgencia de alimentar a los indigentes y empobrecidos palermitanos, como consecuencia de las malas cosechas y el endémico acaparamiento de pan y harina para hacer subir sus precios. La reacción de Lamoral fue importar trigo y harina de todos los reinos y gestiones personales en los Países Bajos. De esa forma, pudieron llenarse muchos graneros y se calmó la hambruna, aunque a costa de incrementar la deuda pública, ya que las mercancías llegaban a precios gravados por el

transporte. Por otra parte, los desembarcos se hicieron de forma desordenada en Mesina, donde se interceptaron convoyes sin autorización de los fletadores. La abundancia de pan en la capital atrajo a muchos habitantes del campo, lo que hizo conveniente censar las llegadas y salidas, con el fin de evitar la especulación.

Auria dice que el virrey, advirtiendo el consumo excesivo, prohibió la venta de pan tierno, aún caliente, y obligó a retenerlo hasta el día siguiente de su cocción, para hacerlo menos apetitoso.

De cuantas medidas surgieron de la mente del virrey, la más efectiva fue identificar a los que efectivamente carecían de medios para comprar pan, y agruparlos en campamentos discretos a las afueras de la ciudad, encargando la distribución de los alimentos a funcionarios que vigilasen su consumo. Puso centinelas en las puertas de las ciudades para asegurar que nadie sacaba pan ni harina en cantidades sospechosas con fines especulativos. Como ejemplo de esta práctica, se cita que el pretor ordenó quemar en la plaza de la Marina la carroza del barón de Aspramonte, por haber tratado de salir de Palermo cargada de pan, superando las cantidades permitidas en el bando del virrey.

En el resto de la isla, Lamoral despachó al príncipe de Pietraperzia con el encargo de sacar a la venta gran parte de las cantidades almacenadas por los comerciantes, procurando que el grano llegase de forma equitativa a todas las provincias. Pasado un tiempo prudencial y como quiera que las quejas contra el acaparamiento no cesaban, Lamoral olvidó a Pietraperzia y nombró con plenos poderes a dos caballeros menos involucrados en la Sicilia profunda, como lo eran Pedro de Aguirre y Bernardo Chacón, a los que añadió dos jueces del Consejo General. En función de sus averiguaciones se prohibió el desembarco de víveres en puntos que no fueran el de destino, con graves penas para los infractores. A los que voluntariamente sacaran a la venta los granos ocultos, se les prometió el indulto.

Este virrey no quiso hacer justicias ejemplares contra los ladrones de pan, como era habitual en Sicilia, y algunos se quejaban de que alentaba la impunidad en los hurtos y robos. Puede decirse que todo su afán estaba en lograr aumentar la oferta, como el único

remedio seguro para aplacar la irritada demanda.

En este punto, la tradicional *excepción mesinesa* volvió a hacer aparición. Ante los disturbios que originaba la escasez de pan, Lamoral dejó que actuase el gobernador Luis del Hoyo. Un episodio trivial pudo dar lugar a un grave conflicto dentro de la ciudad. En plena calle, un servidor llevaba un cesto de panes que llamó la atención de un maestro platero, quien le pidió unos para su mujer convaleciente de un parto. No quiso acceder el criado, temiendo la reprobación de su señor. El platero agredió al de la cesta, hiriéndolo. Los jueces dieron la razón al cesterero y el pueblo tomó la negación como símbolo de la desigualdad en el control de la escasez. Hubo tumultos frente a las casas de los senadores y jurados que eran vistos como culpables de aquella indiferencia.

La excusa sirvió para latrocinios como el que sufrió el joyero Spadafora, que quedaban impunes ante la pasividad de Luis del Hoyo, que, en su fuero interno, compartía los sentimientos del pueblo contra la nobleza. Todo cuanto hizo fue recomendar a los joyeros que se mudasen a Calabria. Hoyo acudió a ayudar a los necesitados con su propio patrimonio, vendiendo objetos de plata. Lo cual era encomiable de todo punto. Menos aceptable para el virrey era su que lo vieran agitar al pueblo contra sus representantes, a los que acusaba de servir a los aristócratas. Sus manejos cristalizaron en una división de los mesineses entre *Merlis* (mirlos), el pueblo y él mismo, y los *Malvizzi* (tordos), nobles, senadores y ciudadanos conservadores.

En marzo de 1672 cundió la voz de que los almacenistas estaban sacando trigo de Mesina para venderlo en ciudades cercanas y así hacer subir el precio. Ello dio lugar a otro motín contra el Senado. Los manifestantes entraron en palacio arrojando muebles por los balcones y tomando presos a los senadores. Hoyo fue visto entre los atacantes montado a caballo y mostrando un retrato de Felipe IV, sin cuidarse de proteger a los senadores. Para devolver la paz, mandó al exilio a la mitad de ellos y los sustituyó por otros elegidos, no entre la nobleza, sino como representantes del pueblo llano.

La conducta de Luis de Hoyo merece a Vincenzo Auria elogios sin reservas. No tanto a Giovanni Battista Blasi que

considera que puso en peligro la estabilidad política por motivos personales. Algo así debieron pensar los consejeros del virrey Claudio Lamoral en Palermo, el cual decidió acudir a Mesina, escuchar las razones de unos y otros, y obrar en consecuencia.

El 27 abril de 1672 el virrey, acompañado de varios consejeros, salió de su palacio, *vestido de flamenco con el bastón de mando en la mano* y en carroza custodiada por el marqués de Geraci y el príncipe de Baucina, en dirección al puerto donde los esperaban tres galeras de Sicilia. Se embarcaron con seiscientos soldados para protección de los mandatarios y se añadieron dos bajeles llenos de grano como aportación de Palermo a las necesidades de los mesineses.

Al verlos partir, la opinión general (y más la de la llorosa virreina y sus hijos) era que el virrey se arriesgaba demasiado. Llegaron las naves a Mesina después de cuatro días de navegación. El príncipe de Lignè encontró una situación lamentable: los nobles huidos en Calabria, y el pueblo en armas. Emitió un bando prohibiéndolas y fue desobedecido. Pronto las bromas e insultos al virrey fueron haciéndose desvergonzadas.

Mezclado con el problema del hambre, seguía latente la irritación de los mesineses por la negativa real a conceder a su ciudad el monopolio del comercio de la seda siciliana. La venganza de Mesina fue construir un dispositivo artillero masoquista en la torre de Faro para interceptar los socorros de grano en beneficio propio.

En Mesina, Lamoral tampoco quiso responder con justicias ejemplares, ni acaso podía hacerlo, ante una masa popular embravecida. Recabó de sus aliados flamencos el suministro de cantidades abundantes de grano que llegaron puntualmente y obraron el mismo efecto pacificador que en Palermo. Igualmente, encargó al capitán Pedro del Pino que hiciese llegar los socorros que el príncipe de Baucina, Ignacio Migliazzo, estaba dispuesto a donar a Mesina, recordando su origen mesinés.

Poco a poco, los mesineses fueron cambiando su actitud contra Palermo y contra el virrey, hasta el punto de regalar unas cadenas de oro, con medallas votivas de la patrona de la ciudad, a los

senadores de Palermo.

Estando ya apaciguada la ciudad de Mesina, llegó aviso al virrey de que los habitantes de Trapani se sentían humillados por la desconfianza del pretor Pacheco, cuya guardia estimaban excesiva. Lejos de amilanarse, los vecinos decidieron desobedecer los bandos que publicaba Pacheco, y por tanto a la autoridad real. Acusaban a los ricos de la ciudad de aprovechar la escasez de pan para hacerse más ricos, por lo que pidieron prestado dinero a los jesuitas para fletar algún barco con provisiones de grano, a cambio de devolverlo en forma de panes de los pobres. Los jurados de Trepani advirtieron que aquella operación era ilegal a lo que los revoltosos contestaron con la amenaza de pedir ayuda a los turcos vecinos de África. Informado de todo ello, Lamoral confió la gestión a alguien que no fuera visto como parte en el litigio, Francesco Martinelli, con instrucciones de escuchar atentamente a todos los agraviados.

Ni él ni el arzobispo consiguieron mejorar la situación, de manera que el virrey optó por arriesgarse, reduciendo su guardia en Mesina, con el envío a Trapani de dos galeras bien armadas y trescientos soldados al mando del marqués de Bayona, Francisco de Bazán. En Palermo fueron retenidos por el mal tiempo, que aprovecharon para enviar una dotación de caballería borgoñona. Antes de que pudieran llegar las galeras y la flota, los mismos rebeldes traicionaron a su caudillo, Girolamo Fardella, y lo encerraron en el castillo, buscando con ello evitar el castigo.

El marqués de Bayona encontró Trapani tranquilo, a la espera del perdón, que fue concedido a todos menos a Fardella y sus socios, que fueron condenados a perder la cabeza, unos, y a servir en galeras, otros. Bayona informó al virrey, quien se sorprendió de la inutilidad de las buenas palabras y la eficacia de la fuerza, de manera que dispuso se construyese una torre artillera con el doble objetivo de defender la ciudad de ataques por mar y de mantener un destacamento de vigilancia sobre los díscolos vecinos de Trapani.

Con parecidas miras, el virrey visitó las ciudades de Catania, Augusta y Siracusa, pensando en la posible llegada de naves inglesas y holandesas, en guerra contra Francia. La unión de la isla de Siracusa con tierra, *il taglio*, fue obra del ingeniero Carlo Grunebergh, que acompañaba a Lamoral en estos cuidados.

Apaciguados los ánimos que Hoyo había soliviantado, el virrey retornó a Palermo en 1674. El contraste entre la forma de gobernar del aristócrata valón, hábil, tolerante, pero valiente y arriesgado, cuando lo juzgaba imprescindible, con la del castellano intransigente, poseído de ideales democráticos y odio a la nobleza, pero inclinado a la intolerancia y al uso de la fuerza, quedó patente en esta ocasión.

Luis de Hoyo pensó que lo ocurrido en Trapani le daba la razón y se sintió con fuerza para viajar a Madrid y denunciar la pasividad del conde de Ligne, pensando en el peligro de connivencia entre mesineses, ingleses y holandeses. Por su consejo, la Regente envió a Sicilia dos frailes, Juan de Alí y Esteban Mauro, para iniciar los procesos judiciales y encarcelar a los senadores mesineses sospechosos de haber instigado la revuelta. El virrey no quiso recibirlos, pero dejó que se cumpliesen unas órdenes reales, que en su foro interno no compartía.

En cualquier caso, el pensamiento real percibía las virtudes del príncipe de Ligne como más adecuadas para el gobierno del ducado de Milán que el de Sicilia. En junio de 1674 se decidió el cambio, nombrando virrey de Sicilia, en sustitución de Ligne, al marqués de Villafranca del Bierzo, don Fadrique de Toledo.

Mientras llegaba, tomó las riendas del gobierno de Sicilia, Francisco de Bazán, quien se aposentó en el palacio que llamaban de *Ayúdame Cristo*, perteneciente al duque de Montalto. El palacio del virrey estaba ya vacío, desde el día 6 de junio en que el Claudio Lamoral se hizo a la mar, para tomar posesión del gobierno del Milanesado.

Su vida en Flandes, Sicilia, Milán y Madrid, donde murió, fue dedicada a la gloria de la monarquía hispana, concebida como una unidad política de reinos dispares, privilegios de los nobles y libertades populares, todo ello asegurado en solemnes juramentos y defendido por las armas de sus reyes o reinas. Al final, en la memoria colectiva de su país natal, lo que permanece es su magnificencia personal, inmortalizada en el palacio de Beloeil.

Francisco Bazán de Benavides, marqués de Bayona

1674

Propuesto por el anterior virrey, Claudio Lamoral a la corte de Madrid, Benavides fue nombrado Presidente del Reino de Sicilia en Aranjuez, el 22 de abril de 1674.

Más que nunca, la ciudad de Mesina estaba dividida en dos bandos de ciudadanos: los *Merli* o *Mirlos* (nombre que daban los aristócratas a la pequeña burguesía y al pueblo en general) y los *Malvizzi* o *Malvados* (apelativo que los *Merli* daban a los nobles y ricos de la ciudad).

A mediados del siglo XVII en muchas regiones de Europa se vivían episodios de revolución social, que, en el caso de Mesina, estaba circunscrita a los límites estrictos de la ciudad. Los *Malvizzi* fundaban sus pretensiones de dominio en los privilegios ancestrales concedidos por los monarcas españoles, que, a fin de cuentas, solían serlo en detrimento de otras zonas de Sicilia. Por esa razón, los *Merli* de Mesina no confraternizaban con sus equivalentes palermitanos.

La autoridad máxima de Mesina, allí conocida con el título griego de stratigoto, podía ser percibida por los contendientes de cuatro formas posibles: a) inclinada a los *Malvizzi*, b) partidaria de los *Merli* c) indiferente, ecuaníme y conciliadora y e) indiferente, pero animando la división entre dos posibles enemigos de igual potencia.

En 1674, cuando el virrey Lamoral dejó de vivir en Palermo

para dirigirse a Milán, el *stratigoto* de Mesina continuaba siendo Luis del Hoyo que avivaba el fuego de la rebelión con la estrategia de *divide y vencerás*. A tal punto llegaron las hostilidades que la lucha entre *Merli* y *Malvizzi* desbordó los motivos iniciales y pasó a amenazar directamente el orden establecido, afectando de rebote al propio Luis del Hoyo.

Los *Malvizzi* habían acusado al *stratigoto* ante el virrey de fomentar el desorden. Sus quejas lograron que Luis del Hoyo fuera sustituido por Diego Soria, marqués de Crispano, el cual se apresuró a devolver el favor mostrándose contrario a los *Merli*. Para complicar más las cosas, Francisco Bazán, el virrey interino, no ocultaba sus simpatías por el pueblo llano, los *Merli*, de manera que sus decisiones eran opuestas o contradecían las de Diego Soria.

A partir de ese momento, el marqués de Crispano, apoyado en Mesina por los senadores, inicia un gobierno favorable a la restitución de los privilegios de la nobleza. Seguros de estar protegidos, los nobles montan una cabalgata el 2 de junio de 1674, en que se celebraba la fiesta de *La Lettera*, (alusiva a la creencia en una carta de la virgen María a los mesineses). Los comercios se adornaban con pinturas piadosas. Uno de ellos, propiedad de Antonio Adamo, mostraba un cuadro representando el rey de España Carlos II, a cuyos pies podía distinguirse un paisaje con la ciudad de Mesina y, en uno de los extremos, la figura de un dios Jano, con dos cabezas, una de las cuales era la de Luis del Hoyo y en la otra podía leerse: *cadit falsitas, surgit veritas*; aludiendo claramente a que los tiempos habían cambiado a mejor, al menos para ellos.

El *stratigoto* Diego Soria, aunque simpatizaba con los críticos de Hoyo, creyó tener que arrestar al comerciante Antonio Adamo por ofensas a su antecesor, lo cual fue mal recibido por los *Malvizzi*. Faltaba conocer la opinión del Senado. Soria invitó a los senadores a los salones de su palacio para pedir consejo y ayuda, no sin mostrar a las puertas un destacamento de caballería, con lo que perdió parte del apoyo sincero que pretendía lograr.

Según el Senado, lo que tenía que hacer el virrey era reprimir con dureza las audacias del pueblo, que amenazaba con asaltar los castillos y palacios de los aristócratas. Las razones que adujeron en aquella reunión, lejos de convencer al *stratigoto*, lo reafirmaron en su

decisión de no liberar a Adamo. Pasaban las horas sin noticias de los senadores. Temiendo que algo hubiese ocurrido a su representación ante el stratigoto, los *Malvizzi* tomaron las armas y se dirigieron a la plaza frente al palacio, para liberar a los senadores, los cuales ya descendían los escalones de la entrada tranquilamente de vuelta a sus casas. La reunión con Soria había convencido a los parlamentarios de que nada podían esperar de este gobernador. En consecuencia, los *Malvizzi* decidieron amedrentarlo colocando dos cañones apuntando a la fachada de su palacio. Al mismo tiempo, el Senado tomó unas resoluciones que entonces parecían poco aventuradas pero que, con los acontecimientos que precipitó en años sucesivos, serían la causa de la supresión de los privilegios de Mesina.

Lo que el Senado decidió fue anular todas las disposiciones del anterior virrey que supusieran una reducción de los derechos y privilegios de Mesina. Declararon enemigos de la ciudad a Luis del Hoyo y Diego de Soria. Abolieron la *cuarta aduana*, restaurada por el virrey de Ligne. Nombraron un nuevo Parlamento, de seis magistrados, de los cuales, tres necesariamente habrían de nobles y tres: plebeyos. Rubricadas estas actuaciones, salieron de Mesina dos embajadores para conminar al virrey a que aceptase los acuerdos y castigase a los *Merli* de manera ejemplar.

En esta funesta manifestación de prepotencia participaron el arzobispo de la ciudad, a través de su vicario, el presidente del Senado, Alliata, el fiscal de la Gran Corte, Deinotto, el fiscal del tribunal del *stratigoto*, Ansalone y numerosas familias de la nobleza, entre las que destacaba Cirino.

La información de que disponía Bazán era que peligraba la vida del stratigoto marqués de Crispano y que los *Malavizzi* habían entrado en contacto con representantes del rey de Francia. Decidió que tenía que presentarse cuanto antes en Mesina. Hizo el viaje en la única nave disponible en aquel momento y, por precaución, se recogió en el castillo de Milazzo. Enterados los *Malavizzi*, le prometieron un recibimiento adecuado si antes expulsaba a Diego Soria. Desdeñó la propuesta el virrey, confiando en que su persona impondría el respeto suficiente. Se equivocaba. Cuando la nave se presentó frente al puerto recibió una descarga de artillería a punto estuvo de costarle la vida. Humillado, hubo de retirarse de nuevo a

Milazzo y sin más regresó a Palermo.

Ya de vuelta, y queriendo dar por terminado el asunto, Francisco Bazán promulgó un indulto general a quienes hubieran promovido o participado en los desórdenes de Mesina. Simultáneamente, solicitó cuanta ayuda pudo de los reinos cercanos para fortificar las posiciones cercanas a Mesina, como Milazzo. La mezcla del indulto para el pueblo con los preparativos de invasión, que se hacían evidentes, inquietó a los *Malavizzi*. Dispuestos a tomar la iniciativa persiguieron cruelmente a sus enemigos los *Merli*, pusieron la ciudad en pie de guerra y rodearon el palacio del stratigoto. Como éste les advirtiera de que se enfrentaban a un poder mucho más fuerte que ellos y que pagarían su altanería, respondieron que ya habían enviado embajadores al rey de Francia solicitando su ayuda a cambio de colaborar en un desembarco francés en la isla. Efectivamente, Antonio Caffaro y Lorenzo di Tomasso habían partido para Roma, con el propósito de hacer la oferta al embajador francés: el duque de Estrées. Resultado de aquella reunión en Roma fue que Caffaro se dirigiera a Tolón, puerto de la marina francesa, y repitiera al almirante de las galeras de Francia, duque de Vivonne, la tentadora oferta.

Mientras tanto no llegaban a Mesina los refuerzos del rey. El stratigoto pactó con los asaltantes de su palacio poder salir sin afrentas, acompañado de criados y tropa, abandonado el cargo, que ellos consideraban caducado. Acto seguido los rebeldes tomaron la estratégica Torre del Faro, desde donde poder dar la bienvenida a una escuadra francesa.

El marqués de Bayona ordenó el bloqueo de Mesina, impidiendo la llegada de víveres y sometiendo a la ciudad a una hambruna inmerecida. La situación se volvió tan explosiva que el gran maestre de la orden de Malta y el propio virrey de Nápoles se sintieron llamados a intervenir, para que el conflicto de Mesina se resolviera de forma pacífica.

Parecía que las negociaciones de Caffaro, que se había entrevistado con Vivonne en Cataluña, daban resultado. Llegó noticia a Mesina de que Francia enviaría naves con municiones y víveres suficientes para mantener la revuelta. Hubo expresiones de júbilo entre los afrancesados; parte de la población salió a las calles

vestida “a la francesa”.

El 28 de septiembre de 1674 aparecieron seis barcos de guerra franceses, mandados por el capitán Valbelle, desembarcaron cuanto habían prometido y tomaron la ciudad en nombre del rey de Francia. Para dar más seguridad a sus partidarios, atacaron con éxito la fortaleza de El Salvador, desmontaron la artillería española y conminaron a su defensor, Franceco Arecuso de Pimentel, a que rindiese el castillo. Antes de hacerlo, Arecuso advirtió a los asaltantes de que en breve plazo llegarían las naves españolas de Nápoles y Malta a posicionarse sobre Mesina, por lo que solicitaba un plazo de ocho días, pasados los cuales, si esta ayuda no se producía ofrecía a cambio su vida y la de los defensores. Se aceptó la singular apuesta y al sexto día aparecieron en el horizonte veintitrés velas de la flota de Melchor de la Cueva. Vistas las señales del castillo de El Salvador, allí se dirigió parte de la tropa, logrando hacerse sus dueños en cumplimiento de lo pactado por Arecuso.

En lugar de continuar su marcha contra objetivos de los *Malavizzi*, Melchor de la Cueva, astutamente, ordenó a sus soldados no moverse de allí. Por consiguiente, cuando los barcos españoles se situaron frente al puerto, como si fueran franceses que llegaban, lo hicieron sin resistencia alguna de la ciudad. Demasiado tarde, el almirante Vivonne se atrevió a salir del puerto con sus naves y retornar a Francia, dejando libre acceso a la flota de Melchor de la Cueva.

Con la salida por mar cerrada, el virrey pudo mantener el bloqueo de la ciudad, por mar y tierra, de manera que todas las defensas y municiones acopiadas por los *Malavizzi* eran ya inútiles. El hambre y la falta de comercio sumió a los mesineses en una cruel espera de acontecimientos. Uno de ellos fue el relevo del marqués de Bayona, cuya autoridad había quedado algo dañada por los acontecimientos de aquel año 1674.

Consciente de ello, envió un Memorial al rey Carlos II, en el que justificaba las medidas tomadas contra los dos stratigotos por no oponerse a las audacias de los rebeldes. El documento surtió efecto, pues al mismo tiempo que era sustituido en Sicilia por Fadrique de Toledo, él recibió la noticia de que había sido nombrado capitán general de las Galeras de España.

Fadrique de Toledo, marqués de Villafranca

1675-1676

Su apellido completo era Álvarez de Toledo, y descendía de dos familias importantes: los Álvarez de Toledo en España y los Colonna en Italia. Su bisabuelo Gaspar había sido virrey de Sicilia entre 1564 y 1566. También estaba emparentado con los Fernández de Córdoba, Mendoza, Osorio y Ponce de León, por su madre Elvira. Heredó la mayor parte de sus títulos al morir su tío García, que había sido el primogénito de Pedro Álvarez de Toledo y Elvira Mendoza.

La ciudad de Mesina estaba ocupada por los franceses y sitiada por los españoles. Padecía grandes calamidades y mucha hambre con resignación, pues los mesineses preferían ser súbitos del rey de Francia para distinguirse de los palermitanos, partidarios de España. A esto se añadía las promesas de los embajadores franceses, que pintaban un futuro idílico con total mantenimiento de los privilegios de la ciudad, pese al absolutismo imperante en la corte de los Borbones. La corte de Madrid había enviado una potente escuadra a Palermo, mandada por Melchor de la Cueva. Casi al mismo tiempo entraron en el puerto de Mesina navíos de guerra franceses.

La situación en Sicilia requería un virrey dedicado exclusivamente a arrojar a los franceses de la isla, pues de lo contrario podrían acabar haciéndose dueños de todo el territorio y no sólo de las ciudades ya perdidas. El marqués de Villafranca fue llamado por el rey para esta misión, con el severo encargo de no

residir en Palermo ni un día desde su llegada sino dirigirse al teatro de operaciones. Se eligió Milazzo, como la localidad más próxima a Mesina, dominada por un gran castillo y fortaleza.

Fadrique llegó a Palermo el 12 de diciembre de 1674 y tras presentar sus respetos a la marquesa de Bayona en el palacio virreinal, se dirigió a Milazzo y promulgó un indulto general a todos los mesineses sublevados desde el siete de julio de ese año. Pidió ayuda los reinos de Nápoles, Cerdeña y Milán, para acabar con la numantina resistencia de los mesineses, que despreciaban el indulto, pero en ese mismo tiempo llegaron refuerzos de Francia al puerto de Mesina, mandados por el duque de Vivonne, lo que hizo renacer las esperanzas de los asediados.

En abril, las dos flotas francesas eran suficientes para tomar Milazzo y expulsar al virrey de allí, lo que sin duda sería una victoria psicológica, que animaría a ciudades como Augusta y Siracusa a seguir el ejemplo de Mesina. Supo el virrey don Fadrique de lo que se tramaba y quiso salir de Milazzo y regresar a Palermo, pero uno de sus consejeros de disuadió, recordando el mandato real, y dando también a entender en mal efecto que causaría en toda Sicilia, donde se esperaba una mayor resistencia por su parte.

Efectivamente, la flota del duque de Vivonne se situó a la vista de la fortaleza de Milazzo, esperando el ataque por tierra que dirigía Valovoir. Pero se encontraron con la valerosa resistencia de los castellanos, animados por el anciano Gravina, el cual pudo demostrar con hechos lo que antes habían sido sólo palabras de consejo al virrey.

Con todo, los comienzos de Vivonne, instalado y reconocido como virrey en Mesina, fueron alentadores para los afrancesados. Luis XIV había enviado una carta personal a los mesineses prometiendo su apoyo, No eran pocos los mesineses que veían en Francia una nación destinada a dominar Europa, ocupando territorios de las debilitadas fuerzas imperiales.

Un incidente vino a turbar la confianza que los mesineses habían depositado en la nación francesa. En el origen de este trágico episodio estaban los celos del secretario, señor d'Antige, contra un fraile dominicano, el padre Lipari, que se había ganado la amistad y

confianza del duque de Vivonne. D'Antige veía cómo su señor se sentía más cómodo con los consejos del fraile mesinés que con su compañía.

El despecho y la animosidad del secretario hicieron mella en la mente del duque, quien dejó de recibir a Lipari. Temiendo que el secretario no se conformase con lo ya logrado, Lipari abandonó Mesina y se fue a Roma, donde se encontró con otro favorito caído en desgracia que lo recibió amablemente. Era el padre Nithard, jesuita alemán, confesor de la reina regente Mariana de Austria, y desterrado de España por el príncipe Juan José de Austria, pero agradecido a la Corona a la que sirvió con más lealtad que fortuna. Lipari expuso a Nithard la situación que se vivía en Mesina, y ambos acordaron hacer lo posible por devolver la ciudad a la casa de Austria.

Retornó Lipari a Mesina y ya tenía algo avanzada la organización de un movimiento popular contra la presencia francesa cuando fue delatado inadvertidamente por un joven que estaba al servicio de los conjurados, lo que levantó las iras de Vivonne, y la reafirmación del secretario d'Antige. Inmediatamente, Lipari, su hermano, y todos los que habían participado en las reuniones fueron arrestados, condenados a muerte y decapitados en la plaza mayor de Mesina. Este espectáculo, aparte de satisfacer las ansias de venganza del secretario y los heridos sentimientos del duque de Vivonne, cambió las ideas que muchos tenían sobre las ventajas de depender de Francia, y produjo más deserciones en el ánimo de los mesineses que las que el padre Lipari habría podido conseguir sin su muerte.

Mientras los mesineses empezaban a dudar de las promesas del rey de Francia, algunos nobles ciudadanos de Augusta, tan cerca de Mesina, se preguntaban si debían mantenerse fieles al rey de España y arrostrar la suerte de ser vencidos y tomados por la fuerza. El temor y la esperanza se resolvieron en una decisión de abrir las puertas de la plaza a las tropas del virrey de Mesina. Los franceses tomaron posesión de Augusta el 17 de agosto de 1675, sin otro obstáculo que matar al gobernador español y adueñarse del castillo.

Animadas por estos éxitos, las escuadras francesas se dirigieron a Palermo, pero los cónsules palermitanos ya estaban prevenidos y habían montado una estrategia defensiva tan oportuna y

decidida, que los navíos enemigos optaron por desaparecer de aquellas aguas. Hicieron bien, porque el 6 de octubre llegó otra escuadra imperial, a las órdenes del príncipe de Monte Sarcio, quien fue agasajado por los cónsules.

Franceses y austríacos iban acumulando recursos navales en la zona, por lo que la conflagración final era inevitable. El rey de España había solicitado apoyo naval al príncipe de Orange, en Flandes, desde donde zarpó una escuadra holandesa mandada por el almirante Adriano Ruiters, que arribó a la costa siciliana el mes de diciembre, llenando el puerto de Palermo.

Después de recibir los sinceros agradecimientos en varios palacios de Palermo, Ruiters se hizo a la mar el 16 de enero para mostrar sus acreditadas dotes de almirante. Encontró el convoy francés que llevaba víveres a Mesina y lo hizo frente. Hundió dos barcos y dejó maltrecho un tercero, impidiendo que entrasen en el puerto. La tardanza de los marinos españoles en organizar la toma de Mesina, y la inactividad resultante, exasperó a Ruiters, que se dispuso a dejar Italia y volver a Flandes. Sólo después de muchos ruegos accedió a fijar su base en Nápoles, esperando órdenes del príncipe de Orange. Estas eran claras: debía continuar prestando ayuda a los españoles hasta que terminase la guerra. Por su parte los pretores que quedaban al mando de la capital, por seguir el virrey en Milazzo, pusieron una bella carroza en el puerto a disposición de Ruiters, para su uso personal y no dejaban de invitarlo a almuerzos y cenas para tenerlo contento.

Transcurrió el invierno, y en abril confluyeron las armadas española y holandesa a la altura de Catania, donde se enfrentaron a los barcos de Francia. Contra lo esperado, los franceses no fueron vencidos, pues antes de perder más barcos supieron aprovechar el viento para retirarse. Ruiters se subió a lo alto del castillo de popa de la nave capitana para ver el rumbo que tomaban, momento en que una bala de cañón le hirió en el costado. Llevado a la ciudad de Siracusa, murió a los pocos días, el 30 de abril de 1676.

A partir de entonces la armada española quedó dividida entre los pareceres del jefe de la flota holandesa, Juan de Naen, que proponía defender Palermo sin salir del puerto y apoyados por la artillería de los baluartes, en contra de la opinión del general de los

barcos españoles, Diego de Ibarra, que insistía en buscar al enemigo a mar abierto.

La armada francesa constaba de sesenta barcos, sumando navíos y galeras. Fue avistada el 31 de mayo por la tarde a la altura de Termini Imerese, que dista 40 kilómetros de Palermo. Hubo pequeños desembarcos en la costa para aprovisionarse de víveres y agua, pero los cañones de Termini no dejaron que se los franceses se adueñasen de la población. Luego viraron hacia las islas Eólicas para preparar el ataque a Palermo.

En el puerto las flotas española y holandesa, siguiendo la estrategia del almirante Naen, se abarloadon, ancladas, en forma de medialuna, mirando unas al mar y otras a tierra, dejando un espacio para la acción de los cañones del baluarte. El lunes 1 de junio de 1676 iniciaron las hostilidades dos galeras francesas que fueron obligadas a huir por la artillería de tierra y los tiros de cañón de la flota real y después también de la holandesa. Sin embargo, la operación sirvió a los franceses para informarse del dispositivo defensivo montado por Naen.

Al siguiente día, un viento muy favorable, proveniente del golfo de Nápoles, decidió a los franceses a no retrasar el asedio a Palermo, y consiguieron ponerse en formación de batalla frente a la costa que se extiende entre Aspra y Ficcarazzi, ya muy cerca del puerto de Palermo.

Los cañonazos se iniciaron a las tres de la tarde, con pérdidas por ambas partes, hasta que las bolas incendiarias lanzadas por los burlotes de los franceses lograron poner en práctica su estrategia, que consistía en hacer arder las naves de la armada imperial dentro del puerto. Aunque la potencia artillera consiguió impedir a los navíos entrar en el puerto, ya la Almiranta Real (una fortaleza flotante, en palabras de Auria) era pasto de las llamas, perdiendo en ella la vida su capitán Diego de Ibarra.

Auria recuerda que, en la antigua Grecia, el recurso al incendio como estrategia de guerra era tenido por humillante para el vencedor. No obstante, el humo que la madera ardiente producía al caer sobre las aguas fue tan negro y ominoso, que los palermitanos fueron presos de pánico, lo que se podría haber evitado de haber optado la armada por luchar en alta mar, como aconsejaba el

infortunado almirante Diego de Ibarra.

Estos sucesos ocurrían en ausencia del virrey, que seguía en Milazzo, y que oyó consternado cómo fueron inutilizados los mejores navíos de la flota, y cómo a la muerte de Ruiter había que añadir la de Ibarra. En Palermo se enterraba a los muertos y se miraba al puerto con tristeza. La gran armada hispano-holandesa estaba huérfana de sus mejores almirantes y la alegría y orgullo de las semanas pasadas había quedado ensombrecido por el humo de la joya de la flota española.

Pero Palermo se había salvado. El virrey seguía ausente. El mando de la ciudad quedó encomendado al conde de San Marco, Vincenzo Filingeri, quien al punto tomó posesión de la nueva Pretura. La batalla del puerto sirvió a Filingeri para identificar los fallos de la arquitectura de defensa. Hizo demoler unas casas que habían impedido a los cañones abarcar todo el perímetro de la contienda. Levantó nuevas baterías. Aumentó la altura y resistencia de la muralla en los lienzos contiguos a las puertas. Mandó adquirir más piezas de artillería.

En Milazzo, don Fadrique Álvarez de Toledo se sentía superado por los acontecimientos y era consciente de que las noticias de Sicilia eran recibidas en la Corte con tristeza y desaliento después del esfuerzo diplomático realizado ante el príncipe de Orange y su generosa respuesta, ofreciendo (y perdiendo) a uno de sus mejores marinos. Su presencia en Milazzo no había servido para recuperar Mesina, la ciudad de Augusta había abierto sus puertas a los franceses y Palermo sufrió un humillante ataque, en su ausencia.

Pidió ser relevado en el cargo de virrey de Sicilia y autorización para volver a España.

Anielo de Guzmán, marqués de Castel Rodrigo

1676

Las circunstancias del primer intento de nombrar virrey de Sicilia a Anielo de Guzmán constituyen un quid por quo bochornoso entre la reina Mariana de Austria y su caballerizo Nicolás, hermano de Anielo y príncipe de Astigliano, quien se prestó a recibir el juramento del favorito Fernando de Valenzuela, como principal gentilhombre de Cámara, tras negarse a hacerlo el duque de Medinaceli. A cambio de suplantar a un indignado Medinaceli, sumiller de la Corte, Nicolás obtuvo para sí el gobierno de Flandes y para Anielo: el virreinato de Sicilia. No es que Anielo careciese de méritos para ello; había sido el único que no huyó con sus leales del Tercio en la vergonzosa jornada de Ameixal, y por eso quedó prisionero de los portugueses. Antes había podido apoderarse de varias plazas enemigas. Contaba entonces veintidós años y su cautiverio duró otros cinco.

Estando él en prisión, y para no perder oportunidades cuando se presentaban, su padre le concertó boda con una dama de su misma edad, a quien Anielo apenas conocía y que efectivamente se convertiría en su esposa: Leonor de Moura. No fue fácil a los consuegros sacar a Anielo de las garras de los portugueses, siquiera para poder casarse, ya que exigían un desmesurado rescate.

En 1674 Anielo protagonizó actuaciones meritorias en

Cataluña y en el Rosellón, contribuyendo a la derrota del mariscal Schömberg al mando de sus tercios.

Al año siguiente murió el marqués de Castel Rodrigo y Aniello pasó a ser marqués consorte. Las prisas que se dio Valenzuela en cumplir su promesa de nombrar a Aniello virrey fueron contraproducentes. Originaron la anulación por faltar el refrendo del Consejo de Estado y hubo que esperar a cumplir al menos con los trámites legales.

Por fin, en septiembre de 1676, Aniello y Leonor llegaron como nuevos virreyes a Trepani y de allí a Palermo. Sin siquiera instalarse en el palacio virreinal, Aniello pasó a Mesina (dejando a la virreina en Castellamare) para ponerse al frente de la resistencia a la invasión francesa. En octubre caía Taormina en poder enemigo, mientras el virrey se instalaba en Milazzo. Taormina estaba defendida por Carlo de Ventimiglia que no pudo aguantar el bombardeo procedente de veinticuatro galeras mandadas por el marqués de Villedieu, quien tomó la ciudad y autorizó su saqueo.

En Augusta el temor a ser tratados como los de Taormina invadía los pensamientos de sus habitantes. Efectivamente, la defensa que hizo el conde de Prades, con ser meritoria, resultó insuficiente por la facilidad que tuvo la tropa de Villedieu para desembarcar. Temiendo que su reputación saliese dañada, el conde obtuvo de los franceses permiso para viajar a Roma y dar explicaciones al marqués del Carpio, embajador de España ante el Vaticano.

Aniello pasó a Catania y en lugar de tratar de reconquistar las plazas perdidas, optó por reforzar las que estaban amenazadas, con la idea de que los franceses se contentasen con lo logrado hasta entonces. Cuando comprobó que sus esfuerzos lograban el resultado previsto, retornó a Palermo. Allí fue bien recibido e hizo los juramentos de rigor en la catedral, poniéndose de inmediato a fortificar la ciudad y el puerto, donde instaló una batería de cañones a ras de agua, haciendo imposible la entrada de nave alguna en el muelle, todo ello con el mismo afán que había desplegado en Catania.

En España, mientras tanto, Juan José de Austria, hijo ilegítimo de Felipe IV, conseguía apartar del gobierno al ministro Valenzuela,

a quien Aniello debía el honor de haber sido nombrado virrey de Sicilia. Para predisponer al nuevo hombre fuerte de la Corte en su favor, Aniello organizó un solemne *Te Deum* en acción de gracias por el encumbramiento del Juan José de Austria, al tiempo que enviaba a la Corte un memorial en que culpaba a Carlo Ventimiglia de no haber sabido resistir un desembarco de solo veinticuatro galeras. No por ello dejaba de solicitar ayuda urgente para defender la isla de la invasión francesa.

La llamada de atención surtió efecto en Juan José de Austria, más versado que Valenzuela en asuntos de Italia y del Mar. El hermanastro del rey Carlos II movilizó desde Génova un ejército de tres mil infantes que llegó a Palermo casi al mismo tiempo que cuantos milicianos pudo alistar en Mallorca, Nápoles, Milán y Cerdeña.

A esta demostración de fuerza y para atraer a los mesineses, que sabía antagonizados por Aniello, don Juan José de Austria añadió otra de clemencia, promulgando un perdón general que eliminase el miedo a represalias contra los ciudadanos cuando se recuperasen las ciudades perdidas. La buena intención resultó inútil, porque los mesineses creían firmemente en la superioridad militar de Francia y apoyaban una Sicilia francesa, donde Mesina recibiría su premio y Palermo su castigo.

Convencido de que Mesina no deseaba volver a la situación anterior al ataque de Luis XIV, Juan de Austria encomendó la necesaria contraofensiva al duque de Bornaville, en lugar de dejar el asunto en manos de Aniello de Guzmán.

En abril de 1676 el virrey quiso adelantarse tomando el mando de las posiciones de Catania, a la espera de la llegada de Bornaville, pero, mientras preparaba su traslado, se sintió inesperadamente enfermo y ante el peligro de morir dejando el reino sin gobierno, nombró sucesor a Francesco Gattinara, con dedicación absoluta a la defensa del reino, y a su esposa Leonor, como gobernadora con mando en todos los demás asuntos.

Apenas sin poder sobreponerse a la inesperada muerte de un esposo que solo tenía treinta años, Leonor juró los privilegios sicilianos ante el Protonotario Ugo Papè.

Aunque fuese por el brevísimo tiempo de veintisiete días, hay

quienes la incluyen entre las virreinas españolas. Más correcto es reconocer que su nombramiento fue anulado como queda reconocido en un documento donde se considera que es *impracticable* que el cargo recaiga *en quien por su naturaleza (ser mujer) es incapaz de ejercerlo*. Tal afirmación chocaba con la reciente historia de la Monarquía española, por lo que el redactor se justificaba de forma curiosa y alambicada con la ayuda del Derecho Canónico: *siendo el Virrey de Sicilia en lo ecclesiastico dessa Monarchia legado nato de su santidad...*

Por lo demás, era innecesaria la cautela, ya que los nombramientos *in artículo mortis* solo duraban hasta que se conocía la fecha del nombramiento del virrey que decidía el Consejo de Estado, con la anuencia del monarca.

En lo familiar, Aniello moría sin dejar herederos, al menos legítimos. En sentido contrario existen documentos que prueban una historia novelesca en torno a la figura de un hijo de Aniello y Leonor, llamado Félix, nacido en 1670 en Madrid. Se dan las circunstancias de que Félix se iba a convertir en heredero no sólo del marquesado de Castel Rodrigo sino del ducado de Medina Sidonia, que recibiría de su vetusto tío Nicolás.

El joven Félix era caballero de la Orden de Jerusalén y tenía previsto pasar un tiempo en la isla de Malta, cumpliendo sus obligaciones de caballero. En 1688 se embarcó con destino a la isla. El anciano Nicolás estaba enfermo de gravedad y moriría al año siguiente. Félix no llegó nunca a Malta. Ni se supo más de él.

Francesco de Gattinara, marqués de San Martino

1676-1677

Cabe dudar si el marqués de San Martino llegó a ser virrey en la mente de alguien que no fuera él mismo. En todo caso lo sería por el interregno de doce meses que medió entre la muerte del virrey Aniello de Guzmán y la toma de posesión del cardenal Portocarrero.

La cuestión se circunscribe a saber si la decisión del moribundo Guzmán que dejaba a cargo de su esposa el gobierno civil de Sicilia puede considerarse válida o no. El Parlamento de Sicilia la rubricó, mientras llegaba el nuevo virrey, que estaba lo bastante cerca como para no abrir el segundo pliego de mortaja.

En el mismo acto, los diputados habían aceptado que el gobierno militar quedase asignado a Francisco de Gattinara, mariscal de campo destacado en Milazzo para hacer frente a los repetidos ataques de los franceses, ya dueños de Mesina, contra otras ciudades de Catania y Siracusa. La aprobación de este nombramiento en paralelo al de la virreina no convertía a Gattinara en virrey, sino en máxima autoridad militar con funciones muy similares a las que ya tenía. Pero el marqués de San Martino se autoproclamó virrey ante un reducido número de autoridades cuando llegó una providencia extendida desde Madrid alertando al Parlamento de Sicilia de que el nombramiento de la virreina era nulo. En ese caso, pensaba Gattinara, los poderes civiles de la virreina no podían recaer en nadie

que no fuera él. Estaba convencido de que, en el segundo pliego de mortaja (que no se llegó a abrir) aparecía su nombre, y que el Parlamento debió saltarse el de Portocarrero por encontrarse ausente en Roma, tal como indicaba el protocolo de sucesión en caso de muerte de un virrey. Así se explica que Gattinara, cuando el cardenal Portocarrero quiso entrevistarse con él y mandó un recadero al castillo de Melazzo, donde se encontraba con su esposa, en lugar de aceptar la invitación, dijo que tendría mucho gusto en recibir al cardenal en su casa de Palermo.

La hoja de servicios de Gattinara no estaba exenta de acciones meritorias. La relación con España le venía de su antepasado Mercurino Arborio Gattinara, que había sido gran chambelán de Carlos V. En premio a sus servicios, el emperador hizo a Mercurino conde Sartirana. (Vincenzo Auria al referirse a Francisco, lo cita con este título, en lugar de como marqués de San Martino).

La zona donde estaban situadas las posesiones italianas de la familia cayó en manos de los franceses en 1644, cuando Francisco aún no había alcanzado la mayoría de edad. Obsesionado con la idea de recuperarlas, su padre armó una tropa propia, al estilo *condottiero*, en la que Francisco hizo sus primeras armas y tuvo la alegría de ver cómo la familia expulsaba de Sartirana a los franceses.

Aquellas experiencias hicieron pensar a Francisco en profesar la carrera de militar en España y se trasladó a la Península. En reconocimiento a su participación en las guerras de Italia, obtuvo el mando de un Tercio de infantería en la frontera con Portugal, donde recuperó algunas plazas menores, pero sucumbió en la importante de Évora. La rendición fue tan honrosa que le valió ingresar en la orden de Santiago.

Estas distinciones llamaron la atención de Juan José de Austria, que se propuso atraer al italiano a su campaña contra la madrastra Regente y el valido Fernando de Valenzuela. En 1674 Francisco contaba 44 años, cuando recibió la invitación de dejar el destino que desempeñaba en Galicia, como capitán general de Artillería, y trasladarse a la Corte. El cargo que le fue ofrecido era el de mariscal de campo general de Cataluña. Debió de disfrutarlo sólo unos días, acaso horas, porque el entonces mariscal en ejercicio (que

era el marqués de Santa Cruz) siguió en su cargo sin inmutarse. Para corregir el error, el fallido nombramiento de mariscal fue desviado hacia Sicilia, donde los problemas militares podían equipararse a los de Cataluña. Como recubrimiento azucarado de la amarga píldora se concedió a Gattinara una generosa asignación. Gattinara, que había rechazado dos años antes una misión igualmente peliaguda en Flandes, esta vez aceptó.

Su incorporación a la guerra que se libraba en las aguas de Mesina no fue lo rápida que exigía la situación, se dice que por problemas en asegurar el cobro del sueldo prometido. De manera que, aunque el nombramiento como mariscal de campo era de agosto de 1675, Francisco no llegó a Sicilia hasta junio de 1676. Para entonces sus familiares italianos ya estaban ampliamente advertidos de su encumbramiento.

Esta divagación biográfica sobre Francisco Gattinara tiene como justificación poner en su contexto el matrimonio que se celebró en Palermo entre él y Virginia Arborio Gattinara, sólo dos años mayor que él y a quien posiblemente conociera de la infancia. Los contrayentes habían rebasado los cuarenta años. La unión entre miembros de familias muy cercanas era algo usual en Italia. Francisco, más correctamente: Giacomo Francesco, había nacido en Borgoglio. Virginia era viuda de un general de Artillería, quince años más viejo que ella; se comprende que quisiera rehacer su vida con un hombre de su edad, militar y Gattinara.

Sin duda Vincenzo Auria ignoraba los datos biográficos apuntados, ya que describe a Francisco como un *setentón* víctima de la *lujuria*, opinión que se transmitió íntegra a Blasi y de ahí a los demás historiadores italianos, por lo demás, poco interesados en este personaje. En lo que sí se puede estar de acuerdo es en que durante los dos años que ejerció el mando militar en Milazzo, no hizo nada notable. Ya antes de que fuese nombrado virrey, los palermitanos se habían manifestado ante Aniello de Guzmán pidiendo que escribiera a la Corte para que pusieran otro jefe al mando de Milazzo, con lo que trataron, inútilmente, de insinuar que no lo nombrase sucesor suyo. El virrey, que evitaba tener opiniones propias, hizo lo que le pedían y en diciembre de ese mismo año reportó a la Corte que Gattinara... *se halla tan sumamente pasmado después de su casamiento que está*

casi incapaz de poder servir y más con las cosas en que le hace incurrir la mujer, robando cuanto puede.

El marqués de Castel-Rodrigo creyó que su carta sería aprobada, por lo que cesó a Gattinara y lo sustituyó por Luis Salcedo. Pero cuando Salcedo se presentó en Milazzo, la oficialidad se negó a obedecerlo y siguió fiel a Gattinara, lo que demuestra que al menos una parte de las críticas eran inventadas. Es más, Juan José de Austria escribió a Castel-Rodrigo ordenando la reposición de Gattinara en su cargo, orden innecesaria pues Francisco no se había movido de allí.

Aniello de Guzmán tomó nota y así se entiende que en su última voluntad apareciese el nombre de Gattinara como responsable militar de toda la isla.

Otra cosa es que la personalidad admirable del cardenal Portocarrero, que no tardaría en llegar, pudiese tolerar la medianía imperante en el gobierno de Sicilia, dentro de la cual es dudoso incluir, o excluir, por sus esfuerzos, a don Santiago Francisco de Gattinara, marqués de San Martino.

Luis Fernández de Portocarrero, cardenal

1677-1678

Pocos personajes han tenido una importancia mayor en el devenir histórico de la nación española que el cardenal Luis Fernández de Portocarrero. Su decisiva intervención en la redacción última del testamento de Carlos II trastocó las previsiones del Tratado de Partición del imperio español, firmado por Francia, Inglaterra y Holanda, bajo la batuta de Luis XIV y Guillermo III de Inglaterra. De forma inesperada y astuta, el Consejo de Estado, convencido por la elocuencia del cardenal, abandonó la secular alianza de España con los enemigos de Francia y pasó a constituirse en aliado suyo, Aquel golpe de efecto diplomático desembocaría en la guerra de Sucesión y aseguraría cien años más a la Corona Española la pacífica posesión de las provincias americanas. La experiencia siciliana pudo haber sido uno de los ingredientes de aquella trascendental actuación del casi anciano cardenal.

Veintitantos años antes, en 1677, Luis Fernández de Portocarrero contaba cuarenta y dos y llevaba ocho de cardenal. Era hijo segundo de los condes de Palma del Río y, como tal, le correspondía la carrera eclesiástica. Estudió leyes en Toledo y llegó a ser arzobispo de la ciudad, lo que le otorgó un sillón en el Consejo de Estado. Su protagonismo y dotes de mando llamaron la atención de Juan José de Austria, quien alertó a la reina Mariana de la necesidad de tenerlo controlado. Finalmente, se pensó enviarlo a Sicilia, incómodo cargo en aquellos tiempos.

A Portocarrero le preocupaba más el futuro de la monarquía española que el hecho puntual de arrojar a los franceses de Catania.

La noticia de su nombramiento lo sorprendió en Roma, lugar propicio para las habilidades diplomáticas de Portocarrero, mientras que en Sicilia poco podía hacer, que no fuera pedir ayuda. Una galera lo trasladó a Palermo, donde tomó posesión en la forma acostumbrada.

El duque Alejandro de Bornaville, enviado por Juan José de Austria a instancias del difunto marqués de Castel Rodrigo, había logrado la reconquista del castillo de la Mola, que dominaba la ciudad de Taormina. Ello fue posible con la ayuda de Antonino Tornatore y Pietro Paolini Siciliano. Vino luego la expulsión de los franceses de Taormina. Pérdida tan lamentable acabó con la paciencia de Luis XIV, quien decidió retirarse definitivamente de Sicilia, dejando Mesina a su suerte. Poco o nada tuvo que ver el cardenal en estos acontecimientos que culminarían con el abandono de Mesina en marzo de 1678.

El cardenal Portocarrero estuvo siempre en Palermo, donde recibió la noticia de su nombramiento como arzobispo de Toledo, la más alta jerarquía de la Iglesia española. Ni siquiera tuvo que volver a la Península, pues fue consagrado como tal en la iglesia palermitana de San Antonio de Padua, el 16 de enero de 1678. Con este nombramiento se buscaba dar satisfacción a su deseo de preminencia más que favorecer a los toledanos. Prueba de ello es que acto seguido (para mantenerlo lejos) lo nombraron embajador extraordinario ante el romano pontífice.

Su sustituto en Sicilia había sido nombrado tres meses antes.

Vincenzo Gonzaga, príncipe del Sacro Imperio

1678

Vincenzo Gonzaga era el octavo hijo de Fernando Gonzaga y de María Vittoria Doria, cuyas raíces familiares se hundían en tierras del norte de Italia, concretamente en Guastalla, donde nació en 1602. Contaba, pues, 76 años cuando le llegó el cargo de virrey en Sicilia por nombramiento de Carlos II. Era biznieto de otro virrey de Sicilia, que gobernó la isla once años, entre 1535 y 1546.

Durante gran parte de su existencia, Vincenzo vivió en España, donde ocupó cargos importantes como gobernador de Galicia y luego como virrey de Cataluña, se dice que acertadamente. En 1663 obtuvo su primer nombramiento italiano, en calidad de Capitán de Galeras de Sicilia. Su estrella se nubló algo durante los años en que el padre Nithard veía enemigos en los partidarios del hijo bastardo de Felipe IV, Juan de Austria. Con el destierro del jesuita, los méritos de Gonzaga le devolvieron la honorabilidad perdida injustamente.

La historia del gobierno del anciano Gonzaga en Sicilia es la historia de un indulto. En noviembre de 1677, mes en que fue nombrado virrey Vincenzo Gonzaga, Mesina era francesa y su lealtad estaba protegida por el ejército del duque de Vivonne, que dominaba varias plazas en el Estrecho. El virrey español de Sicilia,

cardenal de Portocarrero, se preparaba para abandonar el cargo precipitadamente, obedeciendo una orden de Madrid de viajar a Roma y ocuparse personalmente de las relaciones con el Papa. No se trataba de una pérdida de confianza, y para que quedase claro, ese mismo mes de enero, antes de partir fue consagrado arzobispo de Toledo, muy lejos de la diócesis hispana, actuando como oficiante el prelado de Palermo, en una iglesia italiana.

Gonzaga se presentó en Palermo el 3 de marzo y enseguida tomó posesión como virrey en la iglesia catedral en presencia del senado, la nobleza y el Sacro Consejo, para retirarse después a la residencia de Castellamare, en espera de que el cardenal Portocarrero dejase vacante el palacio virreinal.

Poco después de instalarse en el palacio virreinal de Palermo llegó la inesperada decisión de Luis XIV de abandonar la empresa de Sicilia. Ciertamente no fue ésta una de las acciones más consideradas de la nación francesa, pues suponía dejar inermes a los aliados mesineses, ante la probable venganza de quienes habían temido ser víctimas de una invasión francesa por culpa de ellos. Hay que pensar que dentro de la misma ciudad de Mesina no faltaban nobles y vecinos leales a la Corona española, cuyo futuro debió parecer muy oscuro durante la ocupación francesa. No solo sus bienes, también sus personas serían objeto de limpieza política por parte de los vencedores, una vez ocupada la isla. Igualmente, aunque con menor intensidad, dichos temores hubieron de sentirse en el resto de las ciudades y villas sicilianas, pues no faltarían delatores que señalarían a los más conspicuos hispanófilos entre los conocidos de ellos.

Estas consideraciones no fueron tenidas en cuenta por el rey francés, el cual tomó la fría decisión de enviar al mariscal d'Ambusson, duque de la Fogliada, al mando de tres navíos, con orden real de repatriar las fuerzas de ocupación que el duque de Vivonne mandaba en Sicilia. A los mesineses que temieran las represalias les ofrecía poder embarcarse en la flota, pero bien sabía d'Ambusson que la oferta era notoriamente insuficiente por lo que trató de crear refugios seguros en Taormina y Mola.

La salida de las naves francesas de Mesina se efectuó de forma clandestina. Se desvió la atención pretextando un supuesto ataque definitivo de la caballería suiza a la plaza de Augusta, siendo

así que lo que realmente estaba ocurriendo era el abandono. Los más preocupados aceptaron la oferta francesa de huir en sus barcos, pero la capacidad de asilo era demasiado limitada. Citamos las palabras compasivas de Blasi:

Fu luctuossissima questa partenza, che accade ai 16 di marzo non meno per coloro che abandonavano le patrie mura, i congiunti, gli amici, e i propri beni, che per quelli che restavano, e non sapevano a a qual partito si dovessero mai appigliare.

Si éstos eran los ánimos en Mesina, cabe imaginar la alegría de los palermitanos al ver desvanecerse tan de improviso la amenaza de verse gobernados por sus eternos enemigos los franceses y las revanchas, cuando menos verbales, de los habitantes afrancesados de Sicilia. Auria comenta:

E inesplicabile il giubilo, che universalmente si sparte in Palermo e in tutta Sicilia.

La Fortuna se había mostrado generosa con el virrey Vicente Gonzaga, que veía culminada con brillo su carrera política, militar y diplomática, haciendo partícipe al soberano Carlos II de novedades tan halagüeñas en el Reino encomendado.

El comprensible entusiasmo del virrey lo llevó a adoptar una decisión que venía a ser como una acción de gracias a la Providencia, y que consistía en perdonar a los mesineses promulgando un solemne indulto que tranquilizase los espíritus y devolviera a la ciudad el impulso vital perdido en los últimos tiempos.

Con esta idea en su mente, Vicente Gonzaga, después de agradecer a la divinidad el don recibido, con un solemne *Te Deum* en la catedral, viajó presto a Mesina, llegando a sus puertas el 25 de marzo y promulgando el perdón general el día 26 de ese mismo mes. Allí pudo ver que las monedas llevaban la efigie de Luis XIV y, para reafirmar su autoridad, mandó que fuesen depositadas en la ceca de la ciudad, para ser sustituidas con la imagen de Carlos II.

Cesaron los llantos y volvió la esperanza a los aterrados

habitantes, mas no todos en Sicilia estaban de acuerdo con la magnanimidad mostrada por este virrey. Se recordaba la contumacia de los rebeldes en ocasiones pretéritas y la posibilidad de que el indulto fuese interpretado como un indicio de debilidad ante el poder emergente de Francia. Quien más se hacía notar en la crítica al virrey era, curiosamente, su consejero particular, Rodrigo de Quintana, quien no tuvo reparo en hacer llegar a la Corte de Madrid sus fuertes reservas sobre la capacidad de Gonzaga para gestionar la situación creada con la retirada del ejército de Vivonne.

Pasado un corto tiempo, llegaron al virrey recomendaciones de ser más severo con los culpables y mostrar cierta dureza a la ciudad, privándola de alguno de los privilegios concedidos en el pasado. Por ejemplo: quitar el monopolio de la acuñación de moneda, considerando también la posibilidad de cerrar la ceca donde se acuñaba.

Gonzaga resistió estas amonestaciones y se mantuvo firme en su decisión de indultar a la población, aceptando solamente someter a la justicia los acusados de haber participado activamente en la entrega de Mesina a las fuerzas invasoras. En caso de ser reconocidos como culpables debían pagar con la vida y la pérdida de sus bienes. Pero dejó pasar bastante tiempo (hasta octubre) antes de publicar el bando de expropiaciones, lo que permitió a muchos resguardar de la incautación sus patrimonios. Y nada de castigar a la población con medidas represivas que perjudicasen su economía y la seguridad jurídica. Creía Gonzaga que el mejor medio de asegurar la tranquilidad de la ciudad traidora era hacer que la prosperidad retornase rápidamente a los comercios y a los hogares, después de cuatro años malos mientras estuvo bajo control francés.

Dice Blasi, que, con la conducta de Gonzaga, el secretario Quintana *fremea di rabbia* y buscaba aliados que denunciasen su *dolcezza*.

La desobediencia por parte del virrey a aceptar las recomendaciones, unida a la machacona crítica de Quintana, crearon preocupación en la Corte de que la inesperada huida de los franceses no estaba siendo aprovechada para eliminar definitivamente las veleidades de los mesineses. Vicente Gonzaga fue reclamado desde España para que interrumpiese su gobierno en la isla, con la excusa

de que el Rey lo quería tener más cerca, como mayordomo real de su Casa, consejero de Estado y presidente del Consejo de Indias.

Y así terminó el mandato de este magnánimo virrey, que los sicilianos, y en especial los mesineses, hubieran deseado durase mucho más tiempo.

Francisco de Benavides, conde de Santisteban

1678-1687

Uno de los historiadores sicilianos más citados es sin duda Vincenzo Auria, que vivió entre 1625 y 1710. Auria escribió su famoso libro, por la insistencia del virrey Benavides. Podría haber ejercido como jurista, pues se doctoró en leyes en la Universidad de Catania y frecuentaba el foro. En 1679, llegó a Palermo en calidad de visitador don Pedro Valero Díaz, quien proporcionó a Vincenzo la oportunidad que había deseado toda su vida: dejar las leyes y dedicarse a la literatura, a poder ser: la poesía amorosa. Valero le propuso el cargo de Archivero Real, dependiendo directamente del virrey y con un sueldo suficiente para dejar la toga.

Coincidió este afán de lograr fama como escritor con la tendencia natural del nuevo virrey a perpetuar la memoria de los españoles en Italia, que, en su caso, pasaba por construir un formidable conjunto arquitectónico en la ciudad de Mesina, y otros menos ciclópeos en Augusta, Catania y Siracusa.

Francisco de Benavides era el noveno conde de Santisteban del Puerto, lugar de la provincia de Jaén, que fue señorío de sus antepasados. El rey Enrique II de Castilla los premió por su ayuda en la batalla de Nájera, contra los moros en 1371.

En el arte de la escultura, Benavides concibió modelar una monumental estatua ecuestre de Carlos II, con el caballo alzando las patas delanteras sobre la hidra de la rebelión. En el de la pintura: mandó decorar los frescos del palacio virreinal de Palermo con

escenas de hazañas hispanas y una colección de retratos de los virreyes de Sicilia. En literatura, ¿qué mejor que encargar al Auria que escribiese una *Historia* narrando los hechos de los retratados? Así nació la *Historia Cronológica de los Señores Virreyes de Sicilia desde 1409 al 1697 presente*. Es interesante observar que Auria no dedicó la obra a su mecenas, sino al virrey que mandaba cuando la terminó, Pedro Colón de Portugal y a los senadores de Palermo, su ciudad natal.

La descripción que hace Vincenzo Auria de los primeros pasos de Benavides es reveladora de la personalidad del virrey, por las fulgurantes medidas que adoptó contra Mesina y los mesineses. Incapaz de alabar la destrucción sistemática de las libertades y fueros de que gozaban desde tiempo inmemorial, el cronista se admira de tres hechos objetivos, que no podían ser negados. La juventud y valentía del virrey, la astucia y rapidez con la que actuó, y la calma resultante.

Francisco de Benavides llegó a Sicilia procedente de Cerdeña donde había sido virrey hasta entonces. Tenía noticias de que en Mesina el anterior virrey de Sicilia, Vincenzo Gonzaga había perdonado a la población el haberse rebelado a favor de Luis XIV y contra Carlos II. La vergonzosa huída de 15.000 tropas del duque de Vivonne (y de los principales beneficiados del régimen francés) había dejado al pueblo a merced de la ira de los españoles. Los mesineses estaban aterrorizados y se temían lo peor. En esas circunstancias Gonzaga se hizo amar, tranquilizando a todos y dando por olvidado lo ocurrido.

La bondad de Gonzaga llegó a ser preocupante para algunas familias mesinesas, partidarias de la monarquía hispana, advirtieron a la Corte de los peligros de dejar sin castigo un hecho tan grave. De siempre se decía que los exilados impunes acababan retornando y alimentando la hidra de la rebelión. El principal impulsor de la venganza fue el visitador, Rodrigo de Quintana, enviado por Carlos II para tener noticias de primera mano.

La Historia de la monarquía española está llena de episodios lamentables, precedidos de las conclusiones emitidas por un Visitador, el cual, inevitablemente, se sentía inclinado a exagerar las carencias que habían abocado a la Visita. La de Quintana no fue una

excepción. Gonzaga fue cesado y Benavides llamado a revocar la benignidad de Gonzaga.

Benavides entró en Palermo sin la pompa acostumbrada a principios de diciembre de 1678. A pesar del mal tiempo, hizo embarcarse con él, en un pequeño velero mallorquín, al visitador Quintana y al maestro *razionale* Luigi Reggio, los cuales arribaron sin ser reconocidos al puerto de Mesina ese mismo día, 5 de enero. Cuando los atribulados mesineses quisieron darse cuenta, el nuevo virrey ya estaba en el palacio de Matagrisone, sin ceremonia de recepción alguna. Benavides hizo honor a Gonzaga en respetar a las personas y sus bienes personales, pero consideró que la clemencia no era extensible a las cosas, a las palabras ni a los símbolos.

Sin otro apoyo que su autoridad, mandó derribar el hermoso palacio de los Senadores y Jurados, el bastión de la Marina, la iglesia de San Basilio y parte de un convento contiguo al palacio. También mandó destruir las casas de los Jurados y Senadores huidos con los franceses. A los que se quedaron en Mesina les cambió el título por el de *Elegidos*. A falta de palacio, ofreció que se reunieran en el del rey, y en presencia del gobernador de la plaza. Eliminó muchas de las distinciones que se les tributaban en los actos públicos y en las iglesias.

Requisó todas las pistolas y armas, que fueron depositadas en la armería de Matagrisone. Ordenó que las campanas de San Basilio fueran trasladadas a Palermo, para hacer con su bronce la estatua del rey. Prohibió la comunicación por cartas con los exiliados. Y aumentó el número de estos, ante las acusaciones de los propios mesineses contra algunos de los que habían optado por quedarse.

Con ser muy graves las decisiones apuntadas, la represión más dolorosa se ensañó con los símbolos de los privilegios de Mesina, por haber sido usados contra el rey. Abolió la Orden de los Caballeros de *la Stella*, que contaba cien miembros y se distinguían con un medallón de oro. La mayor humillación contra el espíritu rebelde de los mesineses que perpetró el conde de Santiesteban fue requisar los antiquísimos documentos que la ciudad atesoraba en el campanario de la torre de la catedral, destruir algunos y enviar los más valiosos a la biblioteca Real de Palermo.

Terminada la fase que podríamos llamar destructiva, el virrey

quiso mostrar las prioridades políticas de la monarquía española, prioridades que, en definitiva, se encaminaban a superar las instituciones y privilegios feudales por las propias del absolutismo de los monarcas franceses. En Mesina, los principales perjudicados con el cambio eran las clases dirigentes, pero, por lo mismo, también hubo quienes se beneficiaron de ello. Las cercanas ciudades de Catania y Augusta mejoraron su “status”, en especial Catania, cuya Universidad se benefició del cierre de la de Mesina.

Se instituyó la Junta Real, con poderes para controlar y administrar la distribución y el comercio de alimentos a la población.

En cuanto a compensar de alguna manera las heridas urbanísticas y defensivas que había infligido a la ciudad, Benavides concibió un proyecto grandioso con que esperaba borrarse la infausta memoria que temía dejar tras de sí. Imaginó un complejo arquitectónico al que puso el nombre de *La Ciudadela*, a la entrada del puerto. El proyecto fue encomendado a ingenieros y arquitectos mesineses, sin limitación de gasto, lo cual quedó reflejado en las dimensiones y porte de los edificios, que obligaron a demoler un lazareto y trasladarlo a las afueras de la ciudad. Benavides no quiso volver a Palermo hasta poner la primera piedra y comprobar que se iniciaban las obras con profusión de obreros y materiales.

Desde que Benavides dejó Palermo hasta que regresó, no había transcurrido más de un mes. En febrero ya estaba de vuelta para celebrar la boda de Carlos II con una infanta francesa, que ponía fin a la rivalidad entre ambas dinastías y dejaba a los mesineses algo perplejos ante los cambios en tablero político de Europa. En marzo, Palermo se vistió de fiesta para celebrar la paz de Nimega. Benavides presidió y entregó trofeos a los caballeros vencedores en justas y torneos; mandó construir un hipódromo permanente de piedra para el ejercicio de los jóvenes en ejercicios ecuestres. Se completó con una pequeña tribuna de mármol para asiento de los virreyes, con las armas de Castilla y de los condes. No podía faltar la obligada inscripción en la que podía leerse la utilidad de aquella gran explanada.

Ne tota pateat ad solatia palermitana planities, haec una equestrium
ludorum palestra, hypodromi curriculo, nobili juventuti dictata

Por poco conocida, merece ser citada la excomunión que el papa Inocencio IX dictó contra Benavides y sus consejeros. El motivo: haber intervenido el virrey en una disputa entre dos conventos de dominicos, desterrando de Sicilia al arzobispo por había mandado cerrar la iglesia de Santa Cita sin su consentimiento. El obispo desterrado se llamaba Jaime Palafox. Había relación familiar entre este prelado y el famoso Juan Palafox de Puebla, en México. Ambos provenían de Ariza, Navarra, y ambos crearon dificultades a los reyes españoles, con su antipatía hacia las órdenes religiosas. El de Nueva España contra los jesuitas y el de Palermo contra los dominicos de Santa Cita. Lo hacían escribiendo cartas a los papas, quienes les daban la razón.

Benavides se sintió preocupado por lo que pensarán en Madrid al saberlo excomulgado. Pidió disculpas al arzobispo y le invitó a volver con todos los honores, después de haber pasado cuatro meses en Termini Imerese. Mientras tanto las excomuniones seguían en vigor y el obispo no cedía. Tampoco llegaban reconciliaciones de la Corte y el virrey se olvidó del asunto. (Tres años más tarde, en 1683, desde Madrid llegó la petición a Palafox de que las retirase públicamente, a cambio de volver a España como arzobispo de Sevilla).

Durante el mandato de Benavides, Palermo empezó a acuñar moneda, sustituyendo a Mesina en ese privilegio. Queriendo no perder contacto con los mesineses, el conde pasaba los veranos en esa ciudad, acudiendo a ver las obras de la *Ciudadela*, que dirigía el ingeniero de la monarquía Carlo de Nuremberg, y que se retrasaban si Benavides volvía a Palermo. Envió a Juan de Retana, persona de su mayor confianza, para controlar la marcha de la construcción y el uso de los recursos. Año tras año, la obra siguió oscilando en períodos de gran actividad y otros de puro mantenimiento. Pese a repetir en el cargo hasta 1687, el virrey no pudo verla terminada antes de su cese.

Sobre el carácter del conde de Santisteban, puede decirse que era reflejo de su extrema juventud; tenía 22 años al asumir un cargo tan difícil. El poder casi absoluto de que gozaba y la ambición de lograr mayor fama que sus antepasados, le inducían a actuar con

firmeza y aplomo, pero sin la *compassio* que hace populares a los gobernantes.

Blasi narra un episodio característico de su conducta, copiado de Auria en el *Diario de Palermo*. Habían transcurrido pocos meses desde que el conde de Santisteban tomase posesión de cargo, cuando quiso que su hijo Diego, que acababa de contraer esponsales con Teresa, hija del duque de Medinaceli, viniera a Palermo para celebrar la boda con una magnificencia reservada a los príncipes. Avisado de que los invitados habían desembarcado en Trapani, quiso salir a recibirlos en alta mar, con dos galeras reales. Al advertir que no llegaban al lugar convenido, imaginó que habían sido víctimas de los piratas. Retornó desolado a Palermo. No habían sido capturados por ningún corsario, sino que estaban retenidos en Trapani por las autoridades de la isla, al no poder justificar que no eran portadores de la peste que asolaba algunos puertos de la Península. Mandó el virrey una embajada a Trapani, aconsejando a su hijo que jurase lo que le pidieran porque estaba deseoso de verlos llegar. Cumplió el hijo lo que le pedían, pero los doctores no les dejaron salir de las galeras, hasta que hubieran cumplido la cuarentena.

Vistos los antecedentes de cómo reaccionaba el virrey a quienes se atrevían a contradecirlo, en Palermo había expectación por la respuesta del conde a los sanitarios de Trapani. Pero Benavides sorprendió a todos felicitándolos por haber cumplido la ley y protegido la salud de los ciudadanos. Y se dispuso a esperar pacientemente la llegada de los esposos, mientras se entretenía con los preparativos para la ceremonia.

Los virreyes tenían que cuidar no excederse en gastos y ostentaciones en efemérides familiares, porque era muy fácil que alguien los acusara de infravalorar las reales. Con ocasión de la boda de Carlos II, el conde se preocupó de no quedarse atrás y acabó gastando más de la cuenta. Para completar el saldo, puso en subasta el monopolio de tabaco, prometiendo que si el montante final superaba los escudos que faltaban, quedase el resto a beneficio de la ciudad.

El 7 de abril de 1682 abrió sus puertas un teatro exclusivo para representaciones musicales, como exponente de que ninguna de

las artes quedaba huérfana del mecenazgo real. Daba razón de ello una culta lápida que citaba a Anfión pulsando la lira, mientras su hermano usaba sus manos para construir la muralla de Tebas.

Felix usque ad delicias Panormus est; ad aestivi lenimentum caloris, nocturnas auras hic jubet in melos musicum demulceri; veriori quam Thebis miraculo, quod urbs illa melodia semel filia, haec semper parens; sonum ipsum Amphionis fontano mancipavit in lapide.

El 22 de abril de 1683 llegó a Palermo el pliego donde se decidía prolongar el gobierno del conde de Santiesteban otros tres años. Dice Blasi que los sicilianos habrían preferido un cambio, sobre todo los de Mesina. Visto que la Corona seguía apoyando a su virrey, el Papa mandó la absolución de sus pecados por haber desterrado a Jaime Palafox, en una carta donde, no obstante, le recordaba su “scandalosa e dannabile” conducta.

Pese al tono de la carta, Inocencio XI, se mostró conciliador al nombrar sucesor de Jaime Palafox a un hijo de don Álvaro de Bazán, que había nacido en Palermo en 1629, fruto de una estancia del marino español en la ciudad.

Por otra parte, en Europa las armas imperiales cosechaban victorias en Austria y en Hungría, frente al asedio que los turcos imponían a ciudades como Viena o Buda. La flota española entró en Palermo por unos días en octubre de 1684. En noviembre aparecieron las primeras monedas de la nueva ceca de Palermo, que sustituía a la clausurada en Mesina.

En la primavera de 1684 se reunió el Parlamento para determinar el siguiente presupuesto de gastos; duraron las sesiones varios días con intervención de la nobleza senatorial, la del virrey y sus ministros. Se acordó fijar la cuantía del “donativo” a las arcas reales en ciento cuarenta mil escudos, financiados con gabelas sobre el azúcar y el tabaco.

Ese mismo año, los mismos senadores y nobles habrían de asistir al funeral de Teresa, la nuera del virrey, en la misma iglesia de San Pietro donde cuatro años antes se había casado con Diego, su hijo primogénito con la pompa mencionada.

Poco después, el virrey Francisco de Benavides sintió deseos de volver a Mesina, para comprobar personalmente los avances en la construcción de *La Ciudadela*. Y, a la vuelta, se esmeró en embellecer la ciudad de Palermo, con nuevos espacios públicos y abundancia de estatuas cerca de la Marina, representando a los antiguos reyes de Sicilia. Estas construcciones servían de pretexto para fiestas donde halagar la paciencia del pueblo. Con motivo del traslado de la fuente Colonna cerca del auditorio de música, el virrey hizo que brotase vino de ella durante más de una hora, lo que sin duda alegraría a la concurrencia.

Las victorias de la monarquía austríaca frente a los turcos se sucedían y alegraban a la cristiandad más directamente amenazada por el poder otomano. Los asedios a las capitales del imperio, como Viena y Budapest, que tanto temor produjeron, dejaron de ser una pesadilla. Las flotas regresaban a sus puertos. Jaime Palafox ya no estaba en Palermo y en su lugar se esperaba a Fernando de Bazán. Podría decirse que los virreyes disfrutaban de un gobierno plácido, cuando, como solía ocurrir, llegó la noticia del relevo.

El 9 de junio de 1687 desembarcó en Palermo un nuevo virrey, Juan Francisco Pacheco, duque de Uceda. Fue recibido junto con su esposa, y el séquito de ambos, en el palacio virreinal, donde pasaron unos días con los anfitriones, hasta que éstos partieron para España dejando a los Pacheco al frente del gobierno de Sicilia.

Juan Francisco Pacheco, duque de Uceda

1687-1696

A las tres de la tarde del 9 de junio de 1687 llegaron a Palermo dos barcos de la escuadra de Flandes, en uno de los cuales iban los nuevos virreyes, Juan Francisco Pacheco e Isabel Sandoval, duquesa de Uceda, título que usó el virrey en calidad de consorte.

Antes de desembarcar subió a bordo el virrey saliente, conde de Santisteban del Puerto, y quedó en el muelle, la ex virreina, su esposa. La acompañaban como embajadores del Senado de Palermo, Francesco Montaperto y Stefano Riggio y todos ellos se dirigieron al lugar de descanso previsto en Castellamare.

Como era costumbre, el palacio virreinal quedó libre dos días más tarde, después de haber cenado juntos los Uceda y los Santisteban y tenido tiempo estos últimos de preparar sus equipajes y séquito para abandonar la ciudad el día 11 del mismo mes, en tres galeras sicilianas. El inicio del gobierno de los duques de Uceda fue juzgado favorablemente por los historiadores contemporáneos, en especial por Vincenzo Auria, quien emite el siguiente comentario:

Cominzio i suo ben governó della retta amministrazione della Guistizia, e precisamente contro i publici Banditi, e Stradariisnin questo Regno, nel che sorti secondo il suo prudente giudizio, la dovuta obediencia, onde furono moltissimi malfattori mertitamente castigati e con la morte e con la pena de galere.

Quindi ne ripotò infinite lodi per tutta Sicilia. La medesima felicità s'annoveró perla prohibitione dell armi di fuoco, così nella Città di Palermo, come in tutte l'altre del Regno, ad altre luoghi habitati, dando particolare prohibitione ancora di tutti leforte di Stilletti, Coltelli, Messinesi, Scarcine, Smagliatori, e simili stromenti di ferri offensivi; como stabili per suo Bando Viceregio, publicado in Palermo a 9 de Luglio 1687.

Aparte del consabido rigor judicial contra facinerosos y bandidos, Auria no deja de notar otro tipo de cuidado contra los deudores y morosos en operaciones comerciales; un asunto que se demoraba excesivamente en los juzgados y al que el duque de Uceda puso tajante remedio, alabado por los beneficiarios.

Consciente de la animosidad de bastantes mesineses contra el virrey Benavides, el de Uceda partió para Mesina el 3 de octubre, dejando mujer e hijos en el palacio virreinal de Palermo. En Mesina procedió a visitar *la Ciudadela* de Benavides y luego de hacerse reconocer por los magistrados, y les prometió ocuparse de lograr para Mesina la creación de una Zona Franca, que adivinaba muy favorable para el comercio de la isla. Visitó Augusta, Milazzo, Catania y Siracusa y se demoró más de lo previsto, porque los fuertes vientos desaconsejaban la partida. Finalmente optó por regresar a Palermo por tierra, alcanzando la capital en 26 del mes de noviembre de su primer año de mandato.

El siguiente comenzó con grandes tormentas y potentes rachas de viento y terminó sin acontecimientos notables en Sicilia para la causa de los Habsburgo, a diferencia del resto de Europa donde lograron una gran victoria al liberar Belgrado del poder otomano, victoria que fue celebrada en todas las plazas de la isla italiana.

Aquellas celebraciones dieron paso en el invierno de 1688-89 a un rigurosísimo luto, al conocerse la muerte de la donosa reina de España, María Luisa de Orleans. Para la mayoría de los palermitanos, como para el resto de los súbditos de la extensa monarquía hispana, María Luisa de Orleans era más un símbolo que una persona. Para el enamorado Carlos II, la repentina muerte de la francesa dama, sobrina de Luis XIV, alegre figura en austera corte, amiga de la Naturaleza, elegante y bella, supuso un golpe sentimental, que aumentó su natural debilidad física.

Se presentaron a dar el pésame al virrey, senadores y nobles vestidos de luto, así como sus esposas, pronunciando condolencias a la virreina. Las paredes de la catedral se cubrieron con lienzos negros ornados de plata. Las puertas del templo lucían flanqueadas por dos estatuas: una representando a Sicilia, la otra, a la ciudad de Palermo. En el interior, arcos con lienzos, mostraban inscripciones lamentando la pérdida. A poca distancia del altar se erguían más estatuas, simbolizando los reinos de la dinastía austríaca en actitudes plañideras. Antorchas alineadas en los pasillos, coro y arcos, daban una gran luminosidad a un altísimo mausoleo, cuadrado en la base, que se sustentaba con columnas rematadas por una gran cúpula; todo el conjunto adornado de oro y plata.

La tarde del día 26 de marzo, las campanas tocaron a difuntos, preludiando la ceremonia del día siguiente, que estuvo presidida por el virrey. El *Diario de Palermo* describe el acontecimiento:

Acudieron a la catedral en un largo cortejo, encabezado por el capitán general, los jueces de la corte pretoriana, el cuerpo de alabarderos, con uniformes negros y pendones inclinados. Después la Diputación en pleno, los cónsules de la nación catalana, los gobernadores de la *Tabla de Palermo*, y, a continuación, toda la nobleza y titulados del Reino; seguían a éstos los tribunos y, finalmente, el virrey, acompañado por el conde de Raccuglia, como pretor de la ciudad, rodeado por los senadores de Palermo.

Salieron a la esplanada frente al palacio, a pie, donde montaba guardia toda la infantería española, que mostraba su condolencia, apuntando a tierra las picas y banderas, y los arcabuces al cuello, pero dados la vuelta. Reunidos todos en la catedral, y situado el virrey en el solio, dio comienzo la misa, oficiada por el arzobispo de Palermo, vestido con galas pontificias. En el recinto sonaban los aires de una música nobilísima. Habló luego el padre dominicano Vincenzo Sansetti, glosando la figura de la reina difunta con una elegía fúnebre muy sentida y elocuente. Al término, se procedió a otorgar las

absoluciones, junto al cenotafio, y el virrey, acompañado protocolariamente hasta la puerta mayor, subió a la silla de transporte y se retiró a palacio, concluida la pompa.

Llama la atención en todo el relato la ausencia de símbolos referentes a la dinastía de la reina, una primera Borbón, entre tanto recordatorio austríaco. Años más tarde, otro familiar de Luis XIV, su nieto Felipe, pondría fin en España a la secular dinastía austríaca, iniciada por el emperador Carlos. Para el pueblo palermitano, todavía en 1689 los franceses seguían siendo enemigos, por lo que mejor no recordar que María Luisa era francesa y Borbón. Su muerte había de ser sentida y llorada en su calidad de esposa de Carlos II.

Como intermedio entre los funerales por la reina difunta y las fiestas por el advenimiento al trono de España de una nueva soberana, ocurrieron en Palermo lluvias torrenciales, acompañadas de rayos y truenos que caían sobre torres de iglesias y palacios, iluminando las noches e inundando calles y plazas.

En Europa se sucedían las victorias de Carlos II, poco reconocidas por la mayoría de los historiadores de este reinado. Este año fue tomada la ciudad de Maguncia por los ejércitos del imperio.

En 1690, la boda del rey con Mariana de Neoburgo dio lugar en Sicilia a reuniones de doce ilustres caballeros que compitieron midiendo sus armas en torneos en honor de la soberana. Era ésta muy distinta de la anterior, menos bella, según lamentaba el propio Carlos, y de ademanes altivos y no carentes de ambición; justo lo contrario que María Luisa de Orleans. (Algo intrigada por el halo de simpatía que aún irradiaba la francesa, Mariana, quiso abrir el féretro de su antecesora en presencia del rey, en el panteón del Escorial, lo cual lejos de emborronar su recuerdo, llenó de asombro a los circunstantes por el excelente estado de conservación).

En Sicilia, las justas se terminaron con abundantes fuegos artificiales en la esplanada del palacio virreinal. Un gigantesco Hércules, cubierto con piel de león, sostenía un gran basto, y al hombro portaba un globo terráqueo circundado por los signos del zodíaco. Magnificaban su tamaño varias estatuas menores, dispuestas en su entorno.

Transcurridos tres años desde su llegada, el virrey fue confirmado

por otro trienio, que dio comienzo con sesiones del Parlamento para fijar la cuantía de los presupuestos económicos, con determinación de orígenes y destino de fondos. La tercera y decisiva sesión adjudicó al Tesoro publico doscientos mil florines, según constata Mongitore en su libro *Parlamenti de Sicilia*. En las deliberaciones jugó un papel importante el secretario personal del virrey, Félix Lucio de Espinosa, cuya benéfica influencia en el gobierno del duque de Uceda llamó la atención de Giovanni Evangelista Blasi hasta el punto de establecer dos períodos diferentes: antes y después de la muerte de su secretario.

Tan indispensable y eficaz se mostraba su antiguo amigo, que Uceda dejó el gobierno de Sicilia prácticamente en sus manos, nombrándolo secretario de Estado y Guerra, cargo que ejerció con discreción y altura de miras hasta su muerte en 1691. La figura de Lucio de Espinosa merece una digresión del relato principal, porque aporta certezas sobre la imbricación de escritores italianos y españoles y sobre el pensamiento empirista emergente, a caballo entre el Barroco y la Ilustración. Aunque Lucio no carecía de experiencia de gobierno (había sido gobernador de Ischia) él se tenía por literato, pensador, historiador, poeta y hasta dramaturgo.

Entre sus obras lo más destacable (dejando a un lado la biografía de Santa Rosalía, como tributo a la estima que los palermitanos le demostraban) son sus *Declamaciones Epístolas Varias*, dedicadas a Carlos II, un género literario casi inventado por él. Están dirigidas a personajes reales de la vida cultural hispano-italiana y abordan temas muy dispares, teniendo como trabazón común el dualismo entre una parte de exposición de algo material, tangible y medible, que se transmuta en otra que opone un correlativo inmaterial, abstracto y evanescente. Así son las que tratan de la pintura vs. los sueños, el microscopio vs. la fealdad, el agua nevada vs. las bebidas exóticas. Dentro de su mejor empirismo, la delicada posición del tamaño de la especie humana, situada entre el telescopio y el microscopio es motivo de filosófica reflexión. Lucio anticipa, o coincide, con La Rochefoucauld en su concepción de la esencia de la felicidad, que, lejos de las posiciones clásicas sobre el dominio de las pasiones, la carencia de deseos o la unión con la

divinidad, el pensador zaragozano sitúa en *la posesión y el gozo de lo que más deseamos, y no en lo que los demás estiman como más deseable*.

Su muerte a los 45 años fue muy sentida en Palermo y entre sus numerosos amigos escritores. Para ocupar su puesto, el duque de Uceda pensó en otro compañero de su etapa romana: Félix de la Cruz Haedo, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de S.M. y Secretaría de la embajada de Roma, cuando el duque era embajador.

Había sido revalidado como virrey por otros tres años, sin duda por los buenos informes que llegaban a Madrid de la época de Lucio de Espinosa. Para Giovanni Blasi este tercer trienio en nada se parece a los dos anteriores. Es mucho peor y achaca el cambio al carácter de Haedo, pero hay que añadir que la Naturaleza intervino sacudiendo Sicilia con un terrible terremoto a las cuatro de la mañana del 9 de enero de 1693 que destruyó parte de las ciudades, y fue seguido de otro aún mayor el día 11 del mismo mes a las 9 de la noche,

per cui si squarciò la terra delle su viscere, caddero gli edifici i piu magnifici, e se aprireno dele voragini, che inghiottivano i vivventi.

Il teatro, in cui principalmente accade questa lugubre scena, fu la città di Catania, la quali in pochi momenti diventò un mucchio di pietre. Morireno in essa allora presso a diciotto milla abitanti, e non sopravissero, che nove milla, e questi rifiatti e malconci. [...]

El virrey envió a Catania como representante suyo con plenos poderes a Giuseppe Lanza, en los valles de Noto y Demona. Tan acertadamente desempeñó su difícil papel de ayuda y socorro a los damnificados, que los habitantes de Catania le dedicaron una avenida, *la strada Lanza*, y al virrey, por haberlo elegido, la *Porta de Uceda*. Curiosamente, Palermo apenas sufrió los daños del terremoto, que solamente afectaron a un edificio público. Una lápida adosada a la pared de la entrada principal glosaba con tanto ardor los méritos del virrey Uceda, que su lectura hace exclamar a Blasi: *¡Cuán engañosa es la adulación!*

De sus últimos años en el gobierno de la isla, con Haedo como secretario, es la erección de un coliseo musical para representación de óperas, que se echaba de menos en un país tan aficionado a la música. El duque contribuyó personalmente a sufragar los gastos.

Más importante para los mesineses fue la decisiva intervención del duque de Uceda ante los ministros de Carlos II, que se oponían a conceder al puerto el privilegio de Zona Franca, temiendo las protestas de otros puertos. Cuando llegó la aprobación, Pacheco se apresuró a visitar Mesina donde se promulgó el edicto correspondiente el 15 de agosto de 1695. No es de extrañar que el virrey optase por permanecer varios meses en la agradecida ciudad. Allí quiso celebrar el cumpleaños de la virreina, erigiendo un teatro para la representación de una ópera de Giuseppe Prescimone, plagada de alusiones mitológicas, que obtuvo excelente crítica musical y escenográfica.

De vuelta a Palermo, ya en noviembre, Blasi critica al virrey su parsimonia en cumplir una orden de Carlos II por la que instaba la devolución de incrementos abusivos sobre las *tande regie*. Varios contribuyentes importantes de la isla se habían quejado al rey de que el cobro de impuestos se había adjudicado a particulares, a cambio de dinero, los cuales se resarcían exigiendo más de lo debido. Alertado el rey de la tardanza, requirió severamente al duque para que, sin más dilaciones se cumpliera lo ordenado. No cree Blasi que tuviera ninguna complicidad en el asunto, sino que al virrey le importaban más otros cuidados, como la ampliación de su magnífica biblioteca.

Sabido es que la bibliofilia puede ser una pasión excluyente. Y como otras, también sujeta a tentaciones. En el caso del duque de Uceda, la más irresistible fue apropiarse de los manuscritos que el virrey anterior había confiscado a la ciudad de Mesina, conocidos como los *Lascari*. Previendo su próximo relevo, el virrey ordenó a su bibliotecario que elaborase un índice previo a la sumisión al control de los inquisidores, y una vez superada la prueba, se embarcasen todos los volúmenes de la biblioteca con destino a su palacio de Madrid.

La calidad y cantidad de los libros del virrey ha merecido la atención de estudiosos del estado de la cultura en la Italia de finales del siglo XVII. Un trabajo de Margarita Martín Velasco ilumina esta

cuestión, al tiempo que constata la liberalidad de los inquisidores con los patricios, y la habilidad del duque en ocultar una parte importante de sus tesoros bibliográficos, que esquivaron dicho control.

Los consignados sumaban más de dos mil volúmenes, pero se cree que la cifra no incluye otra colección adquirida posteriormente a 1692. Los libros se distinguían por su encuadernación en cuero verde, con las armas del duque sobre impresas en oro.

El destino final de la biblioteca se separa de su dueño y termina en los estantes de la Nacional de España, como represalia de Felipe V contra Pacheco, por haber traicionado su proclamada lealtad a la dinastía de los Borbones. El duque de Uceda había logrado el aprecio del nieto de Luis XIV, al intervenir ante el Papa, en favor de la dinastía francesa y en contra de la austriaca. Sin embargo, después de que Felipe V le encomendase la reconquista de Cerdeña, las dudas sobre el final de la contienda impulsaron al duque a regresar a la fe austriaca.

La incautación de su biblioteca no fue el único castigo. También el palacio de la calle Mayor de Madrid pasó a propiedad pública, alojando al Consejo de Estado, después de haber servido de residencia a la princesa de los Ursinos. Su antiguo dueño, el gran coleccionista, murió en Viena, el 25 de agosto de 1718.

Pedro Colón de Portugal, duque de Veragua

1696-1701

En las postrimerías del siglo XVIII, estaba claro que Francia se había impuesto a España como primera potencia europea. El rey Luis XIV, tratando de ahorrar vidas y medios bélicos, acordó con Inglaterra (y luego también con Holanda) establecer un nuevo equilibrio en el que todas las potencias salieran ganando a costa de reducir a España a la Península Ibérica, sin olvidar contentar también a Portugal. Puesto que el reparto estaba ya decidido, no convenía a los intereses del rey francés mantener la pugna en Italia, por lo que el gobierno de Pedro Colón en Sicilia se vio libre de la permanente amenaza de ocupación francesa.

Tal era la situación de espera expectante, cuando se produjo, inesperadamente para los países mencionados, el golpe de timón de la diplomacia española, girando 180 ° en favor de Francia, lo que dejó descolocados a todos los participantes en proyectado festín, incluido Luis XIV.

Si siempre que moría un rey en España, los virreyes solían permanecer en su cargo hasta que se consolidaban los ministros ganadores en el favor real del nuevo monarca, en el caso de Pedro Colón, había que añadir que el cambio no sólo era de un rey por otro, sino de la dinastía austríaca por la borbónica, de manera que Colón superó fácilmente el primer trienio y no fue removido hasta que Felipe V estuvo en condiciones de nombrar alguien de su absoluta confianza

Ello no obsta para que la segunda parte de su gobierno fuera vista con menos simpatía por los palermitanos, un tanto desorientados por tener que ver en los franceses virtudes y cualidades que consideraban incompatibles con su carácter. (En general, además, los gobernados son más críticos en los segundos mandatos, por temor a la corrupción de los gobernantes, que es más frecuente en los terceros).

En el plano familiar, el cambio a favor de Francia llegaba tarde para los duques de Veragua, descendientes del descubridor y propietarios de la isla de Jamaica. Mientras Francia fue la enemiga secular de España, los corsarios y piratas del Golfo de México gozaban de ayuda, protección y maniobras conjuntas, por parte de la Marina francesa. Con tal cobertura, franceses e ingleses de la índole de Henry Morgan atacaban donde podían, pero sin lograr establecerse de modo permanente en ningún punto. La desafortunada defensa del duque de Alburquerque, como virrey del Perú, hizo que, tras repetidos intentos que duraron varios años, finalmente la isla de Jamaica se rindiera al almirante inglés Robert Venables en 1655.

Para España era ceder un puerto estratégico de refugio y organización de fuerzas al imperio británico. Para los Colón de Portugal era perder las rentas, el prestigio y el patrimonio que les quedaba de la gesta de Cristóbal Colón. Una manera de consolarlos, y compensar la ingratitud de la Corona española, fue hacer virreyes a sus descendientes. De haber tenido la Corona española al barón de Pointis como aliado en las batallas de Jamaica, como luego lo sería en las de Andalucía, posiblemente la isla de Jamaica no se habría perdido y los duques de Veragua no habrían sido virreyes.

Pedro Manuel lo fue de Sicilia y su padre Pedro Nuño lo fue del Perú, veinte años antes, aunque por pocos días. El suegro de Pedro Manuel y conde de Ayala fue también virrey de Sicilia, cuya hija Teresa sería la mujer de Pedro. A título honorífico, los duques de Veragua seguían siendo almirantes de Las Indias y marqueses de Jamaica.

Cuando conocieron su nombramiento como virreyes de Sicilia, Pedro se encontraban en Génova como capitán de las Galeras de España, dos de las cuales los condujeron a Palermo, a donde llegaron el 19 de mayo de 1696 a las tres de la tarde.

El *Diario de Palermo* dedica en la crónica de Antonino Mongitore un número excepcional de páginas a este virrey, debido a la cantidad de celebraciones que ocurrieron durante su mandato. A falta de otros sucesos que rubricasen la conexión entre los reinos de España y de Sicilia, cualquier efemérides luctuosa o feliz, servía de excusa para iluminar la ciudad de noche, engalanar balcones e iglesias, sacar banderas, caballos y uniformes a las calles y organizar veladas de teatro, conciertos y juegos.

Las órdenes religiosas, tan abundantes, compitieron en sus continuas procesiones, sea para agradecer favores al Altísimo (como la lluvia y las reliquias sicilianas) o evitar castigos divinos (tales como terremotos o mortíferas sequías).

Durante el mandato de Pedro Manuel Colón las ciudades de Sicilia registraron manifestaciones de sentimiento colectivo con ocasión de los siguientes sucesos:

- ✓ La llegada del duque de Veragua como virrey.
- ✓ La jura de los privilegios en la catedral.
- ✓ Los funerales por Ana María de Austria, madre de Carlos II.
- ✓ La muerte de Antonino Ventimiglia, predicador en Borneo.
- ✓ La erección de una capilla en acción de gracias a la Virgen por salvar al virrey de una tormenta en su viaje a Palermo.
- ✓ La devoción al Santo Rosario. Varias procesiones en días distintos.
- ✓ La enfermedad de la reina de España.
- ✓ La recuperación de la reina de España.
- ✓ La salud de Carlos II.
- ✓ La recuperación de la salud de Carlos II (varios días de fiestas diversas).
- ✓ El cumpleaños de Carlos II.
- ✓ La acuñación de monedas en Palermo, llamadas *triumfi*.
- ✓ La victoria de Tibisco en Hungría, contra los turcos.
- ✓ La levedad del terremoto de enero de 1698. (varios días de actos religiosos y procesiones).
- ✓ La paz de Riswick.
- ✓ Inauguración de la fuente monumental del Garraffo.
- ✓ Apertura del Parlamento en mayo de 1698.

- ✓ Día del Corpus 1698.
- ✓ Renovación del cargo de virrey en Pedro Colón.
- ✓ Llegada a Palermo de los virreyes, tras su estancia de meses en Mesina.
- ✓ Primera piedra de nuevo Albergue de Sacerdotes.
- ✓ Segunda toma de posesión de Pedro Colón como virrey en 1689. Varios días.
- ✓ Visita de galeras francesas a Palermo.
- ✓ Visita de galeras napolitanas del conde de Lemos.
- ✓ Llegada a Palermo de una campana fabricada en Inglaterra para la Iglesia de San Mateo.
- ✓ Centenario de la fraternidad de los *Miseremini*.
- ✓ Funerales de pretor del Senado, Giuseppe Valguarnera (varios días de música nocturna -Defonti- y procesiones fúnebres en las calles).
- ✓ Traslado a Sicilia del cuerpo de santa Felicísima, virgen y mártir, desde san Calixto de Roma.
- ✓ Bendición de la nueva iglesia de san Salvador en Palermo, ocho años después de iniciarse su construcción.
- ✓ Partida solemne de 24 selectos peregrinos sicilianos a Roma como acción de gracias, por ser 1700 año santo, del fin de la peste de 1624.
- ✓ Funerales por la muerte del papa Inocencio XII
- ✓ Recuperación de Carlos II, de un accidente sufrido que le privó de conciencia siete horas. Varios días de jubilación.
- ✓ Funerales por Carlos II.

Comentando la muerte de este rey, escribe Antonino Mongitore:

No dejaré de mencionar dos accidentes memorables, ocurridos el 6 del vencido mes de noviembre, día en que bajó al sepulcro el cadáver del monarca difunto. Uno fue que, hacia las horas 18 apareció, cercana al sol, una estrella que vibraba con insólito esplendor; el cual pudo verse y admirarse por todos los ciudadanos de Palermo, y también los dos días siguientes, tal vez haciendo notar el Cielo la gloria de nuestro difunto. El otro fue que el mismo día el retrato de dicho rey, que estaba en el palacio senatorial, sin

ninguna intervención precedente, cayó a tierra: con que se relacionaba la muerte ya ocurrida del monarca y la caída de una tal majestad.

Siguen las celebraciones:

- ✓ Inauguración de la Casa de la Moneda de Palermo.
- ✓ Aclamación de Felipe V, como nuevo rey.

El tomo VII del famoso *Diario* palermitano continúa con un capítulo entero (pp. 209 a 276) dedicado a loar la figura del nieto de Luis XIV, para asimilarlo a los antecesores reyes de España. Lleva por título *Trionfo Palermitano nella solenne acclamazione del catolico re delle Spagne e di Sicilia. Aviso della succesione del nuovo re Filippo V, Memoria di varie acclamazioni fatte in Palermo*, y se imprimió en 1701 en los talleres tipográficos de Felice Marino.

Su autor es el mismo Mongitore. La narración consta de tres partes y cubre desde el viernes 28 de enero hasta la medianoche del domingo 30. Los días precedentes había llovido mucho, lo que hizo que el cielo estuviese especialmente brillante y propicio para las jornadas de júbilo. Tal como lo pinta Mongitore, el Palermo nocturno ese fin de semana debió parecer, a muchas millas de distancia, una ciudad incendiada. Todos los edificios, públicos y privados competían en antorchas y luminarias, así como las carreras de las calles, fuentes y plazas públicas.

De día, la emulación en columnatas y balcones se centraba en la calidad, cantidad y brillo de las telas de seda que colgaban de cada soporte posible. El autor va describiendo, en un paseo que debió ser real, cada palacio y sus ornamentaciones, y fija su atención en los de las familias más conocidas de la ciudad. Da el número exacto de mendigos (25 varones, 25 mujeres y 7 niños) que fueron obsequiados por el arzobispo con monedas y vestidos nuevos. Menciona la presencia por las calles de la caballería borgoñona y reconoce sentirse impotente para dar una idea de lo que era aquella espontánea manifestación de alegría:

No puedo pretender darte relación, con detalle delicado, de todos los palacios y casas, de todos los edificios, sacros y

profanos; porque la variedad de los innumerables ornamentos y el ordenado desorden de tantas pompas serían un laberinto del que no podría salir nunca. Y, de mismo modo que sería difícil la empresa de reducir a unas pocas y cortas páginas la magnificencia de tan fastuosas apariencias, resultaría al lector incomprensible su narración.

Y tras esta retórica advertencia, el *Mongitore* procede a hacer precisamente lo que anticipaba imposible: una vívida descripción de cuanto presenciaba en Palermo. Los padres jesuitas pusieron en la columnata de su Colegio un retrato de Felipe V y, en cada una de las doce paredes del claustro, versos panegíricos en latín que dedicaban al nuevo rey: 1) la Universidad, 2) la ciencia 3) los libros santos, 4) la lengua hebrea, 5) la teología escolástica, 6) el derecho canónico, 7) la teología moral, 8) la metafísica, 9) la física, 10) las matemáticas, 11) la lógica, y 12) la retórica. Para hacerse una idea del estilo, valga el panegírico de la lengua santa (hebrea):

*Exivi primogenita
In paradiso voluptatis
Ab ore Adami;
Et inde locui labia proferre
Omnem sapientiam.
Tempore vero, quo
Philippus Borbòn
Rex Hispaniae et Siciliae
Sceptrum obtinuit
Veni cum ominibus scientiis
Ad exornandam eius coronam
Floribus collectis
A paradiso Siciliae
Panormo.*

*Apereció primogénita
de la boca de Adán
en el Paraíso feliz.
Y, en esa lengua, los labios
Vierten toda la sabiduría.
En el tiempo cierto en que
Felipe Borbón
Rey de las Españas y de Sicilia
Obtuvo el cetro,
Vengan a adornar su corona
Todas las ciencias
Con flores escogidas
Del paraíso palermitano
De Sicilia.*

Vienen a continuación descripciones del enorme retrato del rey, rodeado de miles de flores, y expuesto en el palacio del pretor del Senado, Carlo Coffo; y otro en las paredes de la mansión del pretor de la ciudad, Girolamo Pilo, que no dejaban ver una sola piedra, de tan cubiertas de adornos como estaban. Siguen los

palacios del príncipe de Pantelleria, el del príncipe de Casteltermine, la casa del presidente del tribunal del Consistorio, la casa del director de correos Placido Marchese, etc. El lugar que más resplandecía era el *Octángulo* con sus dos órdenes de columnas, que el Senado había organizado en palcos donde escuchar la música de una égloga en la que intervenían como personajes: *Palermo, La Felicidad, la Fama y el Coro*.

Luego Mongitore menciona las inscripciones en fuentes, el aspecto festivo de las calles, los embellecimientos de albergues (en especial el de los catalanes), los adornos en el interior y el exterior de las iglesias, y de conventos y monasterios.

Llegó por fin el momento más solemne en las jornadas de exaltación de Felipe V como nuevo rey de Sicilia. A las siete de la tarde del domingo del 30 de enero de 1701 se iniciaba en palacio la nueva era, con asistencia de todas las autoridades, siguiendo un estricto protocolo de trajes, sombreros, posiciones, cercanía al virrey y lugar de las damas, donde, tras los saludos se hizo un silencio total para escuchar del virrey Pedro Colón las siguientes palabras:

Nunca tan hermosa y oportunamente se vio salir por entre las nubes el sol, como en el ocaso de nuestro difuncto dueño el serenísimo señor Carlos segundo (que aja gloria), que llenò de sombras todo el orbe, rayó en su Oriente la sucesión feliz del rey nuestro señor D, Felipe quinto, a cuya debida proclamación convoco hoy a V. S. para que en las aras de su obligación se renueven los sagrados votos de su fidelidad. Tiempo es pues de que se trasladen los pechos a los labios los callados afectos del corazón, como lo espero de sus grandes pruebas, que, en todos los tiempos, han dado V. Señorías de su zelo y amoral servicio y amor de sus legítimos príncipes, y con tanta singularidad en la actual situación del presente reynante.

Ya quedó dicho que la *singularidad en la actual situación* consistía en que este rey era francés. Terminada la invocación se oyeron aplausos, cañonazos desde los baluartes, movimientos de

personas y caballos y dio comienzo de la brillante *cavalcata*. Salió primero la guardia del virrey dirigida por Pietro Rossi, seguida de un regimiento de alemanes, con el fin de abrir espacio a los siguientes caballeros, entre la multitud que poblaba las plazas y calles. La Diputación no vio con buenos ojos que Rossi desfilase en primer lugar. El virrey propuso que a su lado cabalgase uno de los jueces de tribunal, para quitar importancia al hecho y pidió que constase en acta.

La *cavalcata* propiamente dicha, la presidía el príncipe de Carini, Vincenzo la Grua e Talamanca, y el aspecto del personaje era como sigue;

Hacía rica pompa de sí mismo con traje recamado con dibujos de flores en oro y plata, y mangas cubiertas igualmente con oro y plata. En los botones de su capa se percibía el brillo de los diamantes. También con diamantes y joyas preciosísimas se adornaba maravillosamente el cabello, el pecho, las botas, y las hebillas del calzado. El generoso caballo que montaba estaba enjaezado con una noble combinación de encajes de oro y plata y otros curiosos y ricos ropajes; y no era menos pomposo otro caballo que iba de respeto. Lo precedía la guardia de sus diez y ocho alabarderos a pié, seguidos de su condestable, con la vara de mando, a caballo, y 16 funcionarios in habito de finísimo paño de color verde oscuro, jalonado de seda, mas todos sus el criados, que ostentaban rica y fastuosa vestimenta.

Finaliza el relato, con una lista con los nombres y títulos de los cien principales caballeros que desfilaron y que da una buena idea de la élite palermitana en el amanecer del siglo XVIII.

Sigue el *Diario* relatando las celebraciones en tiempo de Pedro Colón:

- ✓ Jubileo decretado por Clemente XII
- ✓ Recepción y concierto en honor del general de las galeras de Malta, Giovanni Battista Spínola.

El día 28 de junio de 1701, el *amantísimo* rey Felipe V, sorprendió a todos los sicilianos con la noticia, llegada inesperadamente al palacio del duque de Veragua, de que Pedro Colón de Portugal debía dejar el cargo. Había pasado el tiempo prudencial para la toma de decisiones y el nuevo rey quería en Sicilia virrey igualmente nuevo.

Según Il Mongitore, la gente estaba bastante decepcionada del gobierno de Colón en su segunda etapa. Las quejas iban contra el proceder mercantilista del virrey en la venta de oficios, lo cual en sí mismo no era vituperable al tratarse de una práctica regulada, de origen francés y adoptada en España dentro de límites escritos. Lo menos aceptable era la conducta de uno de sus hijos, Pedro Manuel, aficionado a hacer negocios de compraventa de aceite, que, como toda actividad lucrativa, estaba prohibida a los virreyes, sus familias y sus criados.

Así pues, la noticia de la inminente partida del duque de Veragua fue recibida en Palermo *con straordinario gusto*, lo que demuestra que tantas fiestas y celebraciones no sirvieron de mucho para crear un lazo de simpatía entre los palermitanos y el descendiente de Cristóbal Colón. Una cosa era el sentimiento de alianza entre Sicilia y la Corona española y otra, muy distinta, la valoración de los representantes de sus reyes, sometidos al escrutinio diario que propicia la cercanía.

Juan Manuel Fernández Pacheco, VIII duque de Escalona

1701-1702

Persona admirable, político hábil, militar desafortunado. Juan Manuel Fernández Pacheco participó en varias guerras, principalmente en la de los *Nueve Años*, como capitán general y virrey de Cataluña. Antes estuvo en la defensa de Budapest y, después de ser virrey de Sicilia, en guerra contra los austríacos, luchando por defender Gaeta.

Había empezado en Hungría, donde cayó herido, circunstancia que llamó la atención de la Corte. Carlos II lo recompensó con el *toisón de oro* en 1687. Su reputación sufrió un duro golpe tras la desastrosa huida de los españoles, con miles de muertos y prisioneros ante el avance francés en la batalla de Torroella. No pudo evitar que se rindiera Gerona y, de no ser por la intervención del almirante inglés Edward Russell, también Barcelona habría caído en manos del duque de Noailles. En Gaeta fue hecho prisionero y encerrado en la no muy lejana torre de Pizzighettone, donde permaneció desde 1707 hasta 1711. De allí salió gracias a que Felipe V lo liberó, cediendo a cambio otro ilustre prisionero, lord Stanhope, que había tomado Madrid en la guerra de Sucesión, y rendido sus tropas en la batalla de Brihuega, pocos meses antes del intercambio de prisioneros.

Con esta liberación el rey de España correspondía a uno de los

aristócratas más antiguos de la nobleza española, que en la sucesión del trono de España se manifestó contrario a los Habsburgo y partidario del nieto de Luis XIV.

Es de notar cómo en el final del siglo XVII y comienzos del XVIII, miliares como Fernández Pacheco lucharon en ambos bandos del tablero geopolítico europeo, viendo morir miles de soldados por causas aparentemente dinásticas, pero, en el fondo, económicas.

Fernández Pacheco luchó contra el duque de Noailles, que defendía el expansionismo francés en Cataluña, sufriendo los desastres de la guerra en suelo español, para, años después, participar en acciones bélicas contra los Habsburgo en Italia y a favor de los mismos Borbones que habían invadido Cataluña en su juventud.

El historiador Pedro Álvarez Miranda trae a cuento las cuatro recomendaciones de Pacheco al rey de Francia, con ocasión de la venida al trono de Felipe V: 1) reconocer las Cortes de Castilla, 2) favorecer a los militares, no sólo con palabras, 3) hacer que los nobles dejasen de usar la golilla española y vistieran con uniformes castrenses, y 4) que el confesor del rey no perteneciese a ninguna orden religiosa. La presencia del duque de Escalona y marqués de Villena, en la corte de Francia le granjeó amigos que apreciaban su elevado nivel cultural. Saint-Simon tiene palabras elogiosas sobre su carácter, sin olvidar decir que poseía una de las mejores bibliotecas de Europa,

Más amigo de las Letras y las Ciencias que de las Armas, el duque de Escalona será siempre recordado como impulsor, fundador y primer presidente de la Real Academia Española de la Lengua, copiada de la *Academie Francaise* y también como editor del novedoso e influyente *Diccionario de Autoridades*, publicado en 1713.

En Sicilia, como virrey, dejó buen recuerdo. Gobernó desde el 25 de julio de 1701 hasta el 6 de enero de 1702. Su llegada a Palermo se produjo sin grandes alardes, en un barco con bandera francesa al cual salieron a recibir varias galeras sicilianas donde navegaban las autoridades del Reino y el virrey saliente, Pedro Colón de Portugal. El marqués de Villena transbordó del barco que lo llevaba a la nave capitana del marqués de Tursi, un Doria, en cuya cubierta fue calurosamente cumplimentado.

Resulta curiosa la resistencia del virrey a desembarcar una vez llegados a puerto. Pretendía residir en la galera Real, por desconfiar del aire de Palermo para sus enfermos pulmones. Los duques de Veragua consiguieron que accediese a contemplar las estancias del palacio de los virreyes, pero á pesar de alabarlas, él siguió insistiendo en que prefería el aire marino.

La ceremonia de toma de posesión se celebró como de costumbre. La tropa española exhibió su formación en la plaza de la Marina, con siete salvas en honor del nuevo virrey y la jura del cargo se hizo en la catedral, ante los síndicos.

La negativa a desembarcar puede que tuviera algo que ver con su decisión, premeditada, de gobernar desde Mesina, donde la desafección hacia los españoles contrastaba con la simpatía que despertaban en Palermo. Solo tres días después de su llegada, las siete galeras de Tursi zarparon de Palermo a medianoche a la orden del virrey y con rumbo a Mesina. Con él viajaban miembros de la corte Real y magistrados, para caso de que hubiera que procesar a los cabecillas de la sedición contra el gobierno del anterior virrey.

Tardó dos días en llegar. Allí se preocupó de revisar las cuentas y examinar a los funcionarios encargados de la administración del Patrimonio real. Dos de los senadores *elegidos* fueron cesados por parecer venales a los visitantes. Mientras, en Palermo, los virreyes anteriores seguían ocupando el palacio, a la espera de que llegase una galera genovesa para trasladarlos. Cuando apareció, les gustó más el barco francés que había traído al marqués de Villena y finalmente los esposos se fueron en los dos disponibles.

Transcurrido un tiempo suficiente para reafirmar la autoridad en Mesina, Pacheco regresó a Palermo, donde le esperaba uno de sus hijos. Al igual que hizo en Mesina, el virrey ordenó que los funcionarios con responsabilidades dinerarias fueran sometidos a riguroso escrutinio. Tres *jurados* del Parlamento (Carlo Vanni, Orazio Emmanuele y Giovanni Algaria) fueron encontrados culpables de cohecho y encarcelados. Para sustituirlos, se eligió a Graziano Platamone, Giuseppe Galofaro y Francesco Algiata.

El diario de Palermo da cuenta el 10 de octubre de 1701 de la propagación de un fuego devorador de casas en la calle de los boteros, que se inició en el horno de pan de uno de ellos. El pánico

se apoderó de la ciudad, y muchos vecinos sacaron a la calle muebles y leña, que finalmente quedaron consignados en la plaza de la Marina. Los religiosos franciscanos tuvieron que abandonar su convento con todas las pertenecías y objetos de culto de valor. Las llamas no se extinguieron hasta pasados tres días, con la ayuda de los soldados del virrey.

En Nápoles el gobierno del duque de Medinaceli había sido poco hábil, creando una situación tan preocupante para la Corona española que el Consejo de Estado decidió quitarlo de en medio rápidamente y poner en su lugar al virrey de Sicilia. Llegaron órdenes al duque de Escalona de que se preparase para viajar a Nápoles y dejar el puesto, en calidad de presidente, al cardenal Francesco Giudice.

Los duques de Escalona y marqueses de Villena abandonaron la isla el 7 de febrero *circa le ore 22 e mezza*. Dice el autor del Diario al terminar el relato de estas jornadas:

No debo continuar sin rememorar el óptimo gobierno de dicho marqués de Villena, quien el breve período de seis meses y once días dejó nombradía inmortal de gobernante piadoso, justo, vigilante y, sobre todo, desinteresado.

Francesco del Judice, cardenal

1702-1705

Francesco Judice (ó Giudice) fue uno de los muchos italianos que intervinieron decisivamente en cuestiones del gobierno de España. Su influencia fue anterior y posterior a la de Alberoni, con un brevísimo tiempo en que ambas trayectorias coinciden, pese a ser, por lo ambiciosas, excluyentes.

Su biografía asombra por la habilidad y sutileza de su conducta, pues en aquellos tiempos no bastaba la lealtad a la Corona española, ya que no estaba nada claro sobre qué cabeza habría de posarse. Del Judice supo mantener su acceso a los monarcas hispanos desde tiempos de Carlos II hasta después de que Felipe V abdicara, transitando de una dinastía a otra con dulzura y sin hacerse otros enemigos que los italianos que competían con él en el favor real.

Inevitablemente, algunas tormentas pudieron azotar la carrera política de Francesco, pero supo navegar a la capa y buscar refugio donde esperar a que amainaran, para luego salir a relucir.

La metáfora de la navegación viene a cuento, porque en el origen de la fortuna de los Judice juega un papel importante su astillero de Barcelona, proveedor de galeras para la armada española. Los Judice eran genoveses, radicados en Rapallo, y como muchos empresarios afortunados, afianzaron su papel social con matrimonios de conveniencia y, en defecto de esta práctica, comprando títulos con fuertes sumas. El padre de Francesco, Niccolò, adquirió el de

príncipe de Cellamare, y no satisfecho con esto, compró también el de duque de Giovinazzo. Francesco no heredó ninguno, pues recayeron en su hermano mayor, Domenico.

Sus hermanas entroncaron con los Pignatelli y los Caracciolo. Francisco, el menor, se inició en la prelatura apostólica, provisto de abundantes recursos para destacar en empleos cada vez más selectos. Los papas, reconocidos, le dispensaban una deferencia proporcional a su generosidad. Tanto Clemente IX, como Clemente X e Inocencio XI, lo distinguieron con cargos importantes. Este último pontífice lo nombró gobernador de Roma, donde conocería al duque de Medinaceli, a la sazón embajador de España ante la Santa Sede. De aquellos encuentros surgió una estrecha amistad que marcaría el perfil hispanófilo de Judice.

Francesco no era sacerdote, sin embargo, la idea de convertirse en cardenal y participar en los cónclaves le parecía atractiva. Como prelado, sus servicios podían ser de mayor utilidad a los soberanos europeos. Medinaceli vio las ventajas que aquella preminencia podía deparar a él y a España, por lo que sugirió al papa Alejandro VIII la concesión del capelo, y la obtuvo en febrero de 1690. Algo debió contribuir un donativo de 44.000 escudos.

Cuando murió Alejandro VIII, en febrero de 1691, Francesco del Judice defendió la candidatura de un amigo suyo, Antonio Pignatelli, que resultó elegido papa, tras muchas divergencias y retrasos, y que tomó el nombre de Inocencio XII. Pignatelli había aceptado una donación de Judice, antes, por lo que éste concibió esperanzas de algún tipo de recompensa. Pero Inocencio XII, a poco de asumir la mitra, dio a entender claramente que no estaba en su ánimo premiar a nadie y mucho menos a familiares. En 1694 promulgó una dura constitución, la *Romanum decet Pontificem*, que condenaba el nepotismo papal y ordenaba la abolición de los disparatados ingresos que acompañaban a ciertos cargos vaticanos, como los devengados como almirantes (honoríficos) de las galeras pontificias.

Judice pensó que poco tenía que hacer en Roma, y para dejar constancia de su desencanto en la memoria de su amigo y pariente, se retiró a vivir en Nápoles. Allí estaba cuando llegó la noticia de que el duque de Medinaceli dejaba de ser embajador en Roma para

ser nombrado virrey de Nápoles. En un *quid pro quo* típico de Medinaceli, Judice es nombrado por Carlos II embajador ante el Vaticano, sustituyendo a Medinaceli. Aunque, en 1699, el rey agonizante quiere tenerlo cerca y lo hace miembro del Consejo de Estado, Judice opta por permanecer en Roma, para la influir en la opinión de Inocencio XII en la cuestión sucesoria del trono de España.

En este asunto, las trayectorias políticas de Judice y Medinaceli dejaron de coincidir. Cuando murió Carlos II, el papa dio muestras de favorecer la causa de los Borbones; en cambio Medinaceli, seguía fiel a los Habsburgo. En esta tesitura, Francesco Judice tuvo que optar entre su amigo y benefactor y su instinto político, que le aconsejaba traicionarlo.

Los napolitanos se habían manifestado contrarios a la permanencia de su virrey Francisco de la Cerda. En una maniobra poco noble, el cardenal Judice se alió con el duque de Uceda en sus manejos frente a Medinaceli, con el resultado de que el duque de Escalona, quien, pese a las críticas, estaba haciendo un buen papel en Sicilia, tuvo que abandonar el cargo precipitadamente para sustituir a Medinaceli en Nápoles. Y, en consecuencia: Judice, instigador del cambio, pasó a ser nombrado virrey (interino) de Sicilia.

Medinaceli regresó a la Corte (con un séquito ducal como nunca se había visto) donde fue bien recibido. Felipe V quiso atraerlo a su favor y lo incluyó en un selecto grupo de consejeros, con acceso libre a su persona. Sin embargo, la Corte del nuevo rey no parecía reconocer la preminencia del aristócrata. Medinaceli protestaba por cuestiones de protocolo y más tarde lo hizo por reformas más sustanciales, que afectaban a la exención de impuestos en sus vastas propiedades en toda España, pero especialmente en Valencia.

Las dificultades de adaptación a la nueva dinastía apenas se hicieron sentir en Sicilia. Para los sicilianos ser rey de España bastaba como título de soberanía, de manera que cuando Felipe V decidió que su presencia en Italia era necesaria para contener los avances expansionistas del imperio austríaco, el plan de viaje, preparado a conciencia por sus asesores italianos, no incluía una

visita a Sicilia. La influencia de Italia en la corte de Madrid superaba con mucho a la de Francia, Austria o Inglaterra. La primera mujer del rey, María Luisa, era una saboyana; su primera dama: una princesa casada con Flavio Orsini; su segunda mujer, Isabel, una Farnesio, y con ella, vendrían Francesco del Giudice y luego como primer ministro, Giulio Alberoni.

El proceso de “italianización” de la corte de Felipe V contrastaba con la antipatía que en gran parte de Sicilia se sentía hacía los franceses, ya desde las famosas “Vísperas”,

Con todo, no faltaban conspiradores. En tiempos del anterior virrey, duque de Escalona, tuvo lugar a una “causa célebre” en la persona de Gennaro Antonio Capellari, un sacerdote napolitano, que había sido jesuita y obligado a abandonar la Compañía, se dice que por “su frágil salud”. Hombre de gran cultura clásica y fácil ingenio, escribió en latín y en italiano, dramas, sonetos, un poema a *Los Cometas* y obras filosóficas como *De laudibus Philosophiae*. Capellari frecuentaba los ambientes diplomáticos romanos, donde conoció e hizo amistad con el embajador de Austria. El testamento de Carlos II a favor del nieto de Luis XIV era, según Capellari, una desgracia para los italianos, y en especial para los de Sicilia. Siempre según Capellari, la lealtad de los sicilianos debería decantarse por los Habsburgo, respetuosos con sus derechos y privilegios, mientras que, por el contrario, el absolutismo francés amenazaba sus instituciones más preciadas. Persuadido de esta forma, el embajador autorizó a Capellari para que tantease a los nobles sicilianos más afectos a la dinastía austríaca con la idea de promover una rebelión contra Felipe V, que estaría respaldada por el ejército imperial y conllevaría a la independencia del reino, bajo los auspicios de la corte de Viena.

Capellari se presentó en Mesina a mediados de 1702, donde mantuvo contactos con un sacerdote cuyo nombre deja en blanco Antonio Mongitore, principal cronista de esta historia, aunque consigna el seudónimo de *Alí*. Ciertamente, Mesina, entre las ciudades de Sicilia, era la más proclive a una sublevación, pero, por eso mismo, era la más vigilada y atendida por el duque de Escalona que estaba viviendo en la ciudad.

Aconsejado por *Alí*, Capellari viajó hasta Palermo e, inexplicablemente, pidió entrevistarse con Alessandro Filangieri. Le

hizo ver a la fidelidad de siempre a los emperadores de Austria, la usurpación que padecían de los Borbones y la oportunidad de liberar Sicilia del dominio extranjero. Los historiadores no dan alguna pista de por qué eligió a precisamente a un personaje tan imbricado en la aristocracia palermitana como Filangieri. El caso es que Alessandro se mostró interesado y pidió le explicase qué garantías tenía de un apoyo por parte de la Casa de Austria. Hubiera sido más cristiano tratar de desengañarlo y dejarlo volver a Roma, amenazando que si no lo hacía le delataría. Pero Filangieri, tras acumular pruebas por escrito en su contra, lo denunció, por lo que en la visita siguiente Capellari se encontró con unos alguaciles que lo detenían y enviaban a prisión. No pudo negar la posesión de cartas en blanco con la firma del embajador que le autorizaba a negociar un tratado en nombre de las autoridades sicilianas. La ingenuidad del cura escritor hubiera merecido encontrar alguna tolerancia, porque, aunque iba de paisano, creyó poder defenderse mejor diciendo que era sacerdote. Intervino el obispo de Palermo, quien asumió la causa, iniciándose a partir de ese momento una larga discusión en torno a la potestad del poder temporal sobre un miembro de la Iglesia.

El asunto seguía pendiente cuando el cardenal Judice asumió el mando de la isla, el 7 de febrero de 1702. Ese mismo mes Capellari fue condenado a ser degradado y sometido a la Curia de los *seaculari*. Los asesores del obispo le advirtieron que una condena a muerte tendría que ser con la *asistencia* de seis obispos, y en su defecto seis abades o personas de dignidad equivalente. Se discutió si asistencia significaba entrar a juzgar o meramente estar presentes. Este dilema parece que ocupó muchos días en las mentes de jurisconsultos palermitanos. Por fin prevaleció el voto favorable al reo, de que la sentencia de muerte debía declararse nula. Los abates elegidos por el obispo eran benedictinos, y se mantuvieron firmes frente a las amenazas del fiscal Niccolò Pensabene. La valentía de los benedictinos cundió y los siguientes abades llamados a “asistir” en la catedral a la degradación, se excusaron diciendo no tener formación jurídica.

Dice Mongitore que el virrey Judice “fremeve” (bramaba), junto con los ministros reales y el fiscal Pensabene. Convocó una junta de teólogos, con autorización del arzobispo, para que se

pronunciasen sobre las reservas puestas de manifiesto por los canónigos. El 19 de marzo se reunieron en Palermo los seis teólogos, cuyo dictamen fue que, efectivamente, los abates tenían que intervenir como jueces.

De nada le sirvió al encausado, porque el virrey se sacó de la manga un decreto de la Sagrada Congregación según el cual los abades no tenían que intervenir en nada, ni asistir a nada. Se hicieron los preparativos para la degradación del sacerdote en la plaza erigiendo un estrado con altar, y sitiales o palcos para el obispo de Andro (el de Palermo delegó en él), dos canónigos y dos fiscales. El reo, a indicaciones de los frailes que lo asistían en el trace, se arrodilló frente al obispo para escuchar la sentencia relativa a la pérdida de condición sacerdotal y ya comenzaba la retirada de las vestimentas, cuando, de repente, el estrado se derrumbó con estrépito, cayendo el obispo entre tablas y maderas al suelo de la plaza. El pueblo que acudía a ver la ceremonia, siempre supersticioso, huyó despavorido al ver que el único herido era precisamente el obispo. La sentencia de muerte se ejecutó sin público el 27 de marzo de 1702. El cadáver fue expuesto al día siguiente en la plazuela del *Papireto* y acudieron muchas mujeres a besarle le mano. Otros fieles recogían tierra debajo de sus pies, que decían tenía virtudes milagrosas.

Este episodio muestra cómo la siempre posible alternativa de apoyo exterior, con parecer muy rentable a los promotores, era extremadamente peligrosa en Sicilia por no existir un verdadero espíritu revolucionario. El propio cardenal Judice, en etapas posteriores de su vida, estuvo dos veces en connivencia con los imperiales y contra Felipe V, que mostró más clemencia con él que la poca o nula de Judice con Gennaro Capillari.

Es interesante comparar, asimismo, la pasividad del arzobispo Fernando Bazán en el caso Capellari con la furia divina, en su misma diócesis, del arzobispo Jaime Palafox por una mera descortesía hacia uno de sus recaudadores de décimos. También es sorprendente la diferencia entre la dureza del cardenal Judice comparada con la expulsión o destierro de los impugnadores de la Corona en el affaire Palafox. Lo que cabe constatar, en todo caso, es el auge del

pensamiento absolutista, que no toleraba posiciones fuera de su control, en contraste con el agonizante mundo feudal, donde los privilegios no sólo eran consentidos, sino utilizados para premiar lealtades y triunfos. Capellari fue una de las primeras víctimas de la pugna incipiente entre la monarquía absolutista de los Borbones y los privilegios anticuados de la Iglesia Católica.

Este giro político también explica la intolerancia del virrey Judice con los mesineses. Felipe V había dispuesto que volvieran los desterrados por Carlos II y que les fueran restituidos sus bienes. La restitución no gustaba a los nuevos propietarios, entre los cuales estaba el Tesoro real, por lo que el cardenal escribió a Madrid, diciendo que las devoluciones traerían grandes males ya que con los frutos de aquellas rentas se habían podido pagar las dotaciones de la Ciudadela y del Castillo, que antes subvenían los propios mesineses.

Dice Blasi, que Felipe V consultó con su abuelo el rey de Francia, quien le recordó que las mercedes reales son irreversibles. Y añade que algunos mesineses se envalentonaron con esta retractación y hablaban mal de todos los españoles, proponiendo derribar la gran estatua ecuestre de Carlos II, fundirla y rehacer con el bronce la antigua campana.

Enterado de los desórdenes, el cardenal Judice se trasladó a Mesina el 10 de octubre de 1702, identificó a los principales revoltosos e hizo justicia. Publicó un bando prohibiendo el uso de cualquier tipo de armas y visitó las defensas de la ciudad, y después las de Siracusa y Augusta, para comprobar su estado y la lealtad de las dotaciones. Con estas medidas cedieron los desórdenes momentáneamente; y para que no volvieran a repetirse, Judice se instaló en Mesina seis meses, hasta el 19 de abril de 1703, día en que regresó a Palermo.

En Europa la guerra contra los austríacos se había complicado, al unirse a éstos Inglaterra y Holanda, cuyos barcos amenazaban las escuadras franco-españolas. Felipe V luchaba con éxito por tierras de Italia y sus victorias eran festejadas en Sicilia con fuegos de artificio y actos religiosos. A Palermo llegaron en julio del año anterior cuatro navíos mandados por el conde de Tolosa, tío de Felipe V,

como hijo bastardo que era de Luis XIV. Esta visita no compensaba la prometida del rey de España, pero aún así se agradecía su presencia y el apoyo naval. El cardenal Judice dispuso grande hospitalidad, no solo al ilustre visitante sino a toda la tripulación y milicia que permanecía en los barcos, haciendo que les llegasen regalos de terneras, gallinas, pasta, embutidos, frutas y confituras.

Pese a estos refuerzos, el peligro de una invasión anglo-holandesa seguía haciéndose sentir. En julio de 1703, se avistaron frente a Licata más de cien veleros, creando el consiguiente pánico en la población. Judice decretó la movilización general, puso a los nobles a dirigir la defensa de las ciudades, organizados por barrios, mandó abrir trincheras en las calles y animó a la defensa de la patria por todos los medios posibles. Y en este ambiente bélico se supo que los cientos de barcos no eran lo que se temía, sino un convoy de mercantes. De todos modos, la ocasión sirvió al virrey para comprobar la generosa y entusiasta respuesta de los nobles, religiosos y toda la población de Palermo a la llamada a las armas. Este episodio hace exclamar a Blasi:

Che bel monumento di amore verso la patria e il sovrano!

La conducta de Francesco Judice fue reconocida por la corte de Madrid con una propuesta al papa Clemente XI de que le nombrase obispo de Monte Reale, por estar esta diócesis vacante desde la muerte de Juan Ruano. Esta ingeniosa maniobra de la diplomacia española sorprendió al Pontífice, porque suponía reconocer a Felipe V como rey, algo que no había hecho para contentar a los imperiales que amenazaban sus dominios italianos. El embajador austríaco insistió en que no accediera a la petición, pero la negativa habría supuesto un insulto mayor a Madrid, de modo que el Judice fue consagrado obispo de Monte Reale, y la autorización de poder consagrarse en Palermo con el boato que cabe imaginar.

Transcurridos los tres años de gobierno, el 5 de abril de 1705 fue nombrado nuevo virrey de Sicilia el marqués de Bedmar, por lo que el cardenal Francesco Judice se dispuso a tomar posesión de la diócesis de Monte Reale en el mes de julio de ese año, después de haber recibido al sucesor en Sicilia cumplidamente.

Isidro de la Cueva, marqués de Bedmar

1705-1707

Se comprende que los sicilianos estuvieran algo confusos. De siempre habían apoyado a la casa de Austria, en contra de los franceses. La idea de que los franceses eran enemigos seculares de Palermo estaba muy extendida. De pronto, el cardenal Portocarrero cambia el rumbo dinástico de la Corona, y para evitar que Francia siga destruyendo el edificio de la *monarquía hispánica*, la entrega sin condiciones al bando francés. Y he aquí que, a partir de entonces, son los austríacos los que parecen ganar la partida, poniendo al nieto de Luis XIV en apuros, hasta el extremo de tener que ceder una parte de la Península: Cataluña, al archiduque Carlos.

Más preocupante que las aprensiones de los sicilianos, resultaba, a los ojos del marqués de Bedmar, la postura de la tropa española destacada en la isla. El marqués de Bedmar era, y lo parecía, uno de los consejeros de Felipe V, más afrancesados. Conocía personalmente a Luis XIV y se preciaba de ello. En cambio, sus soldados no habían podido cambiar fácilmente de sentimiento, que los inclinaba hacia los Habsburgo, reyes seculares de España.

De ahí que el virrey no las tuviera todas consigo y temiese una traición si los austríacos optaban por invadir la isla. Creyendo poder argumentar la necesidad de refuerzos, escribió a Luis XIV y a su nieto, solicitando urgente ayuda militar. Pero los soberanos contestaron diciendo que ellos no veían un peligro inminente, y que, si esto ocurría, no dudase de que acudirían. Así pues, el marqués se

quedó solo en su necesidad de calmar las inquietudes de la población, que no eran muy distintas de las suyas. Para resolver las dudas sobre la lealtad del ejército lo que hizo fue cambiar la cúpula de mando, procurando nombrar capitanes a oficiales de su máxima confianza.

La pertinencia del cambio de dinastía no solo era difícil de explicar, sino también lamentable desde el punto de vista de algunos sicilianos. El virrey Isidro de la Cueva era consciente de ello, pero no se le ocurría nada mejor que implorar la protección del Altísimo, en la creencia de que prefiriese a la siempre católica Francia. Instó al arzobispo a que organizase procesiones votivas y misas solemnes por la causa de los Borbones. Tuvieron éxito, pues a partir de entonces la guerra de España empezó a evidenciar que tal vez la decisión de Portocarrero, cambiando el testamento de Carlos II, no iba mal encaminada.

Dentro de la isla, la inseguridad tenía otros motivos más reales y cercanos. Un tal Antonino Catinella causaba espanto con sus fechorías. Catinella era uno de esos bandidos que se proclamaba defensor de los pobres y enemigo de los ricos. Y para demostrarlo, después de saquear conventos de monjas, gustaba de repartir una parte del botín entre mendigos y gente necesitada. También se preocupaba de buscar maridos a doncellas ofendidas.

Los comienzos de Catinella no plantearon más problemas de los habituales en una isla no siempre fácil de preservar de latrocinios y asaltos a la propiedad. Pero la osadía de Catinella superaba lo tolerable y reclamaba de las autoridades algo más que condena verbal. El arzobispo de su diócesis natal era consciente de que otros como Catinella habían acabado en el patíbulo, a pesar de parecer invencibles, por lo que convenció a Antonino de que antes de que eso le ocurriese a él, se marchase fuera de Sicilia, lejos del alcance del virrey. Se fue a Roma y allí permaneció algún tiempo, pero sea por falta de fondos o por añoranza del poder, Catinella volvió a Sicilia a robar en conventos de monjas. Conseguido su propósito, desaparecía de la isla y luego regresaba, manteniendo en suspenso a las autoridades.

Dice Blasi que el virrey se enteró de que Catinella se encontraba en la región de Toscana y que escribió al gran duque para

que lo arrestase. Tardó poco en capturarlo y ponerle entre rejas en Livorno. De allí fue enviado a Palermo, juzgado y condenado a la horca el 11 de mayo de 1706, como puede leerse en el *Diario de Palermo* de Mongitore, que como todas las crónicas de eventos populares confiere un relieve singular a lo morboso.

Los avances de los austríacos en Italia, que amenazaban el reino de Nápoles, indujeron al marqués a convocar Parlamento para proponer a los síndicos reformas en el sistema de fortalezas de la isla. Se reunieron el 10 de febrero de 1707, y terminaron sus sesiones el 18 de julio con el acuerdo de destinar doscientos mil escudos a la tarea.

Considerando que su misión en la isla era satisfactoria y temiendo que el futuro le deparase situaciones como las que padecía Nápoles, Isidro de la Cueva solicitó ser reemplazado. Los sicilianos no se alegraron de la decisión. El gobierno del marqués de Bedmar había sido prudente y se le tenía aprecio. Algunos historiadores, como Caruso, interpretaron la marcha del virrey como un modo de esquivar la mala suerte del virrey de Nápoles, si bien Blasi la refuta mostrando que los hechos que menciona el Caruso ocurrieron después, no antes, de la partida de Bedmar. Mas verosímil sería deducir que Isidoro de la Cueva no deseaba estar demasiado tiempo alejado del núcleo de poder del nuevo soberano, todavía poco firme y susceptible de cambios de opinión difíciles de detectar desde Sicilia.

Carlo Filippo Spínola, duque de Sesto

1707-1713

Sus circunstancias personales y los acontecimientos de la política europea determinaron, más que en otros virreyes, el gobierno de este noble italiano, emparentado con los Colonna, los Doria, y los Saboya. Su padre, Pedro Spínola era un aristócrata rico que quiso comprar, sin éxito, el gobierno del ducado de Milán. A la muerte de éste, Carlo heredó fortuna y títulos, entre ellos el de marqués de los Balbases, que es un mínimo pueblo en la provincia de Burgos, no comparable a Sesto, muy cercano a Suiza. Estaba casado con una hija del valido del rey de España, Francisco de la Cerda, duque de Medinaceli, y acababa de tener un hijo. Para ese hijo, su esposa, Isabel, le propuso comprar o inventar un principado en su país, por el placer de añadir un honor a su calidad de potentado.

La vida sonreía a los jóvenes esposos. Carlo era muy aficionado a la música y se dice que Tomaso Albinoni, le dedicó alguna de sus muchas óperas. Conoció a un compositor y director notable, aunque menos famoso, Giacomo Fecco, a quien colmó de atenciones.

Abocado, como tantos otros nobles italianos, a tener que elegir entre los Habsburgo y los Borbones, Carlo, casado con una Medinaceli, no tuvo opción y la decisión le costó perder todas sus propiedades, castillos y fortuna hasta quedar convertido en un hombre pobre. Efectivamente, ante el avance irresistible de los ejércitos austríacos desde el Norte de Italia, hubo de abandonar

Milán y sufrir que todo su patrimonio fuera confiscado. Después ocurrió lo mismo en otras plazas, hasta consumarse su ruina cuando Nápoles cayó en manos de los imperiales. Era de temer que la guerra no parase en la península italiana, sino que siguiese hasta Sicilia.

Medinaceli padre aconsejó a Felipe V nombrar a su yerno virrey de Sicilia, con la esperanza de salvarlo de las estrecheces y no se tuviese en cuenta su falta de experiencia como gobernante. En abril de 1707 el rey accedió a la petición. Los recién nombrados virreyes no hicieron viaje desde España a Palermo hasta el mes de julio. Viajaban con sentimientos encontrados, porque a la recuperación de honores, poder casi absoluto sobre una parte importante de su país, y tranquilidad económica, se oponía el temor a una invasión por las tropas austríacas.

Por esta razón, inmediatamente de tomar posesión, el duque de Sesto, dispuso destacar un regimiento de caballería en Mesina, como lugar más vulnerable, y reforzar sus aguas con el envío de cinco galeras de la flota. Para la eventualidad de un asedio, hizo transportar abundante carga de víveres, “en especial harina”.

Transcurría el otoño de 1707 cuando llegó la noticia desde Madrid del nacimiento de un heredero a la Corona. *Te deums*, procesiones con reliquias, colgaduras y amnistía general, animaron en el mes de noviembre las ciudades sicilianas. No así el ánimo del virrey Spínola, preocupado por la salud de su esposa Isabel. En enero del año siguiente, las fiestas se tornaron duelos. El ánimo de Carlo Felipe no estaba para demostraciones de populares de luto. Rogó al Parlamento que, por esta vez, se omitiesen y sólo se oyeron en la isla las campanadas tocando a muerte.

Pasaron unos meses y el virrey volvió a sentir deseos de practicar como entretenimiento la pesca del atún y el pez espada con red, que podía hacer desde una galera. En las veladas, escuchaba a su músico de cámara, el mencionado Giacomo Facco, que había hecho venir desde Venecia (la obra de Facco, olvidada durante siglos, goza de creciente admiración entre los musicólogos).

En esto, hubo contestación de Madrid, diciendo que llegarían refuerzos a Palermo, no solo nueve navíos, también un combinado de

3.000 infantes españoles, franceses e irlandeses. Estos soldados, mandados por un italiano al servicio de la Corona, el mariscal Mogonì, hicieron presencia en Palermo muy rápidamente. No fueron bien recibidos por la población. Hablaban francés entre sí, eran mercenarios y se encontraban ociosos. Pero no inactivos; dispersos por Palermo, muchos creyeron poder exigir vivienda, comida y regalos. A quienes se negaban, les robaron creyéndose impunes. Pero no contaban con la reacción de los palermitanos que se tomaron la justicia por su mano y los persiguieron, casa a casa, hasta obligarlos a devolver lo robado y refugiarse en iglesias y conventos. El arzobispo trató de calmar los ánimos sacando el sagrario de la catedral a la calle en procesión.

En parte para aliviar la presión y en parte porque era oportuno, Spínola dividió la tropa en dos partes, destinando a Mesina una de ellas. La que quedaba en Palermo ocupó los bastiones. Luego, tratando de evitar que la soldadesca vagase por Palermo en busca de vivienda, el duque de Sesto decidió que se alojara en los casetones de los pescadores, provocando la ira de éstos, que opusieron resistencia. Finalmente, después de muchas dudas, se logró que la tropa francesa volviese a sus naves, lo que ciertamente no predisponía a quienes, sin haber participado en el pillaje, estaban llamados a defender una ciudad que tan mal los había recibido. Poco después Spínola mandó que las naves de apoyo salieran de Palermo y se dirigieran a Milazzo.

La conducta dubitativa del duque de Sesto - al que sus consejeros habían advertido de algunos intentos mas o menos imaginarios de sedición- no ayudaba a generar confianza. La inexperiencia de este virrey le hacía fiarse demasiado de los nobles y senadores de la ciudad, algunos de los cuales temían que un levantamiento se volviese en contra suya.

Otros virreyes, más expertos habrían escuchado a quienes, desde su posición de próceres, sugerían conductas, pero sin dejar de tener presente que el pueblo era más leal que las familias dominadoras de la isla, desde tiempo inmemorial. A su vez, los más necesitados no tardaban en distinguir a los gobernantes por sus actos y decisiones, bien a favor de la cercana oligarquía o de la silenciosa mayoría. En el caso de Carlo de Spínola, aquella hizo que

desconfiase de ésta, y este sentimiento de temor al pueblo contaminó sus decisiones y determinó los acontecimientos. (En deferencia a Spínola, hay que decir que él mismo se sentía desbordado y pedía a Felipe V que le liberase del cargo).

En los primeros siglos del virreinato, el palacio virreinal carecía de protección alguna porque no se estimaba necesaria. Spínola ordenó que los cañones del baluarte construido en el siglo XVII apuntasen contra la ciudad. Muestra de la paranoia resultante fueron los disturbios que originó algo tan inocuo como un pequeño paquete sin dueño que alguien confundió con una mina explosiva en el baluarte. Esta vez los gritos de “¡Fuera los franceses!” se hicieron oír en toda la ciudad.

La reacción de los jueces y del virrey fue buscar culpables y colgarlos. La visión repetida de cadáveres en la plaza pública consiguió una paz relativa. El virrey pudo pasear por las calles sin escolta y publicar un bando proclamando la confianza del rey Felipe V en la lealtad de los sicilianos.

De Madrid llegaron noticias anunciando repetidos triunfos de Felipe V en la guerra de España y de Luis XIV en Flandes y la contestación, adversa para Spínola, de no ser liberado del cargo de virrey. El 29 de agosto un correo informó que Cerdeña se había rendido a los austríacos, dejando ese día de pertenecer a la monarquía española.

En estas circunstancias el virrey juzgó que debían volver a Palermo parte de las tropas que el mismo había enviado a Mesina. Pero, temiendo la reacción negativa de los palermitanos llamó a los cónsules de la maestranza a palacio para consultar la idea con ellos, añadiendo que Mogoni y los mariscales franceses se quedarían en Mesina. Consiguió la aceptación y a finales de agosto salieron siete galeras con dirección a Mesina para transportar los efectivos que se necesitaban en Palermo. Al mismo tiempo decretó una movilización general y organizó la defensa contra una invasión por mar, que se temía inminente.

Transcurrió el resto del año 1708, y todo el siguiente, sin otros ataques que los de un virus que congregó centenares de enfermos en

un hospital de campaña montado a extramuros de Porta Nova.

El mes de septiembre de 1709 hubo penas de muerte contra los capitanes Vincenzo Pamplona, Martino de la Raguetta y Domingo de Aguirre, partidarios de los Habsburgo en la guerra de Sucesión que se libraba en España.

Viudo de Isabel, inseguro sobre los sentimientos de los palermitanos y harto de vivir en un palacio de tristes recuerdos, a mediados de septiembre de 1709, Carlo Spínola decidió dejar Palermo e ir a vivir a Mesina, argumentando la necesidad de controlar la situación en aquella costa, pero prometiendo acudir en socorro de Palermo si la ciudad era atacada. Se llevó consigo una pequeña corte, para no alarmar, en la que no faltaba el fiscal protonotario La Grava, el auditor general Niccolò Pensabene y el músico Giacomo Farro.

Pasó también el año 1710 sin grandes acontecimientos, y sin que Spínola mostrase intención de regresar a Palermo. Para la Historia de Sicilia hay que reseñar el fallecimiento, el 6 de diciembre, del historiador Vincenzo Auria.

A comienzos de 1711 las noticias de España empezaron a ser más risueñas. Felipe V iba ganando la guerra con ayuda de la Francia de su abuelo. La victoria de Brihuega fue celebrada cumplidamente. Se oyó en Palermo sonar la campana “Ninfa” de la catedral, se acuñaron monedas conmemorativas, hubo bailes, fuegos artificiales y serenatas.

Volvió la alegría a las calles y a las casas. Se conserva un minucioso relato de aquellas jornadas, publicado en la imprenta del palacio de los Senadores. La invitación a la lectura dice así:

Le simpatie dell' allegrezza tra Palermo, capo del regno di Sicilia, e la Castiglia, reggia capitale della Cattolica Monarchia, manifestate nella presente relazione delle massime pompe festive de' Palermitani per la vittoria ottenuta contra i collegati su la campagne di Brihuega, a 11 decembre 1710, con le forze del fidelissimo bracio de' Cestigliani, dalla real maestà de Filippo V, monarca della Spagna e di Sicilia, descritta del doctor D. Pietro Vitale.

Por contraste, el año 1711, hubo luto y funerales por la muerte del delfín de Francia, padre del rey de España, lo que muestra la coherencia de la Monarquía en una época en que los actuales Estados europeos todavía estaban subsumidos bajo conceptos y repartos dinásticos.

Vigilada por Borbones y Habsburgo, en la última parte del gobierno del virrey Spínola surge la figura implacable de un papa, cuya mente estaba impregnada de un sentido teocrático de la existencia y cuya mayor preocupación era lograr que el poder real no alcanzase al ámbito de las personas, bienes, y leyes de la Iglesia.

Giovanni Francesco Albani (albanés de origen y plutócrata italiano) había sido elegido papa en 1700 como candidato de los Borbones, lo que contrarió a los Habsburgo, que invadieron Italia. Durante sus primeros años de pontificado intentó, sin éxito, una política de neutralidad. Luego, por instinto de supervivencia, tuvo que traicionar sus sentimientos francófilos y proclamar la adhesión de la Santa Sede al archiduque Carlos en la guerra de Sucesión. Felipe V rompió relaciones con Roma, mientras Clemente XI, que era el nombre papal de Albani, dejaba actuar en territorio italiano a los partidarios de la ocupación imperial del reino de Nápoles.

La prolongación en el reino de Sicilia de la parcialidad del pontífice se evidenció en una animosidad descarada contra el virrey Spínola. El hilo conductor de esta política estuvo en manos del obispo de Lipari, Niccolò Tedeschi, un benedictino animado del mismo celo teocrático. No era fácil encontrar ocasión de romper las excelentes relaciones de la Iglesia siciliana con la Corona española. De ahí que la forma en que se produjo la ruptura sorprendiese por lo trivial de la excusa.

El obispado de Lipari cobraba diezmos y primicias de los hortelanos, lógicamente “en especie”. Para convertirlos en moneda, el obispo las distribuía en un establecimiento o tienda. La costumbre era que las legumbres del obispo estuvieran exentas de tributos. Todas las tiendas pagaban una tasa llamada *mostra* a los inspectores, de la Corona, que vigilaban la calidad y precios de los alimentos. En octubre de 1711, la tienda del obispo se negó a pagar. Hubo discusión y finalmente el tendero pagó la *mostra* correspondiente a

unos kilos de garbanzos. Aquello fue suficiente para que el obispo Tedeschi clamara al Cielo por ofensa a los derechos de la Iglesia. Inmediatamente le fue devuelto el importe. No contento, exigió una retractación solemne y pública al cuerpo de inspectores, conocidos como *I Catapani* (los tienta panes) petición histriónica a la que, naturalmente, los inspectores no hicieron caso. Irritadísimo, el obispo pronunció una proclama de ostracismo contra los cuatro “catapani” de la pequeña isla, con la clara intención de provocar al virrey. Como éste no se diera por enterado, Tedeschi envió a Mesina a uno de sus canónigos, para entrevistarse con Spínola y solicitar su retractación. En lugar de requerir al obispo que se presentase inmediatamente en Mesina, el virrey arrestó al pobre canónigo que nada de culpa tenía. Ello permitió a Tedeschi acudir en persona a liberar a su acólito. Las amonestaciones de Spínola no fueron suficientes para que el obispo suspendiera las cuatro excomulgaciones, así que los *catapani* recurrieron a los jueces de Palermo para defender su inocencia. Los jueces levantaron la excomunión de los inspectores, mientras se abría procedimiento, y el obispo se embarcó para Roma, a hablar con Clemente XI del asunto.

El gobierno de los jueces de Tribunal de Palermo era visto en el ámbito eclesial como subordinado a los intereses de la monarquía hispana, pero su carácter local lo hacía sensible a un embrionario nacionalismo contrario a la concepción unitaria bajo el dictado de Roma, que propugnaban los papas. En consecuencia, Clemente XI ordenó a todos los prelados de Sicilia publicar en lugares públicos una carta de la Congregación de cardenales negando a los jueces la potestad de librar de la excomunión, siquiera de forma cautelar.

Unos lo hicieron y otro no, según su grado de lealtad al orden constituido, que daba al virrey la última palabra, en virtud del Patronato Regio. Las Constituciones sicilianas negaban a ningún tribunal “extranjero”, y la Curia lo era, jurisdicción sobre asuntos internos. Los jueces y los consejeros más cercanos a Spínola dijeron al virrey lo que tenía que hacer: confiscar los bienes de los obispos rebeldes y obligarlos a retractarse de la publicación de la carta del pontífice. Sólo hizo lo segundo, pretextando, para ignorar lo primero, tener que consultar a Madrid.

La parsimonia del virrey animó a Clemente XI a excomulgar también al representante del virrey en Lipari y al obispo de Palermo, José Guasch, pese a ser antiguo amigo del papa. A esta nueva provocación, el virrey Carlo Spínola contestó, con la aprobación de Madrid, con un edicto declarando ilegales todos los actos realizados por obispos de Sicilia que contraviniesen las disposiciones del Tribunal de la Monarquía, como contrarios a la ley y a los usos y costumbres de la isla. También ordenó, el 20 de abril, el destierro de Tedeschi, que requirió el uso de la fuerza,

Durante su arresto, el obispo Tedeschi excomulgó también al sargento mayor, Giuseppe la Rosa, y a los soldados que lo acompañaban hasta su posterior embarco. Sobrevino después la confiscación de sus bienes, que fue suavizada por el virrey respetando una parte importante para una más que modesta subsistencia del exilado.

Así estaban las cosas, cuando el 26 de abril de 1713 llegó a Sicilia la noticia de que la paz de Utrecht exigía a los españoles dejar la isla en manos de los suegros de Felipe V, Vittorio Emmanuel y Anna de Saboya.

Jean Francois de Bette, marqués de Lede

1718 1720

El Tratado de Utrecht sacrificaba las islas italianas en el acervo de la monarquía hispánica a cambio de mantener intacto el imperio español en América, lo cual no era mal negocio, como luego se pudo comprobar. Sin embargo, para algunos protagonistas italianos de la Historia de España, la pérdida de influencia en Italia se antojaba una catástrofe que había que remediar. Entre los más enojados se encontraba Giulio Alberoni un ciudadano nacido en Parma, de humilde familia, que había prosperado de modo fulgurante bajo la protección de la princesa de los Ursinos, persona sin rival en la corte española.

Murió la primera esposa de Felipe V. dejando al rey, según se dice, desconsolado. Alberoni había sido acogido por el duque de Parma y vio una oportunidad de favorecer los intereses italianos de los Orsini proponiendo como segunda esposa del rey español a la heredera del ducado: Isabel de Farnesio. Giulio procuró pintarla ante la princesa Ana como una candidata sin muchas luces y de carácter débil, aunque *bellisima*. Ana María de la Trémoille cayó en la trampa y apoyó el casamiento. Alberoni viajó a Italia con poderes para concertar los esponsales reales, que se firmaron el 26 de septiembre de 1717.

Desembarcó Isabel de Farnesio en la península ibérica, y antes de llegar a Madrid, por consejo de Alberoni, ya había desterrado a Flandes a la princesa de los Ursinos, mostrando su

verdadero rostro, tenaz y ambicioso. La traición de Alberoni a su antigua protectora obtuvo premio con el apoyo sin reservas de la nueva reina, que no cesó hasta verlo convertido en cardenal y en favorito del rey Felipe V.

Ambos diseñaron un plan estratégico para recuperar los reinos italianos segregados en Utrecht. Un elemento importante de ese plan descansaba en la prudencia y arrojo de un fiel aliado de la Corona, de nacionalidad valona, cuyo nombre completo era Jean Francois de Bette y Croyr-Soire, marqués de Lede. (Lede es una localidad a medio camino entre Bruselas y Gante).

En aquellos tiempos Flandes era una provincia española y los nobles flamencos, al igual que los italianos, llegaban con facilidad a ocupar puestos capitales en la administración de la Monarquía. Era el caso de Jean Francois, nieto de Wilhelm, capitán general de la armada estacionada en Amberes. Giovan Francesco, en italiano, optó por el lado francés en la guerra de Sucesión española, ascendiendo por sus servicios al grado de capitán general, al igual que su abuelo.

Acabada la guerra con un Tratado que concedía la independencia a su país, no por ello dejó de prestar servicios en España, siendo su último empleo antes de la reconquistar Cerdeña, el gobierno de las Baleares.

Sus hechos son los de un marino y militar valeroso, pero prudente. Como gobernador usaba de la clemencia y del perdón, sin por ello perder autoridad, algo que lo hacía ser respetado y obedecido. Todo lo contrario que el virrey de los Saboya, el italiano marqués de Maffei, de origen alemán (Mathaus) que luchó en el lado opuesto en la guerra de Sucesión y que no se distinguía por procurar atraerse el favor del pueblo siciliano.

Lede se enteró de que debía invadir Cerdeña mientras navegaba en dirección a Orán. De diversos puertos salieron los barcos de la armada conjunta que se dirigieron a Cagliari y arrebataron la isla a los austríacos sin dificultad. A partir de esos hechos, las potencias firmantes de Utrecht se indignaron contra España, si bien tardaron un tiempo en reaccionar, pendientes de lo que ocurría en Italia. Se pensaba que el siguiente objetivo de los españoles consistiría en la recuperación del Milanesado, dejando como totalmente improbable un ataque a Sicilia, dadas las excelentes

relaciones familiares entre los Saboya, que detentaban el dominio de la isla, y los Borbones.

Lo mismo pensaba Victorio Amadeo, que cuando supo que barcos españoles navegaban en aquellas aguas, indicó al conde Maffei, que recibiese cortésmente al marqués de Lede, si la armada española recalaba en Palermo.

El 28 de junio de 1718 Lede abrió el sobre que contenía instrucciones reales de no proceder contra Milán, sino de atacar Sicilia, empezando por Palermo. Salieron cuatrocientas treinta y dos naves de Cerdeña, sumando navíos de guerra y barcos de transporte de tropas, y arribaron a la costa de Palermo, en Solanto, donde fueron recibidos con sorpresa. Las excusas de querer algunos flamencos empadronarse en Sicilia no convencieron al virrey saboyano, que ordenó preparar la defensa, aunque era inútil. Viendo que el Senado prefería pactar una rendición amistosa con el marqués de Lede, Maffei con la virreina y toda su Corte huyeron de Palermo.

El marqués de Lede tomó posesión el 6 de julio en la catedral, jurando los privilegios locales como siempre habían hecho los virreyes españoles. Confirmó en sus cargos a todos los ministros y autoridades del reino, aclarando que en adelante ya no tenían que obedecer a Maffei, sino a él. Anuló las disposiciones dictadas en el período saboyano, quedando todo como antes del Tratado de Utrecht.

Esta política fue bien recibida, sobre todo en Mesina, donde los saboyanos vivían amedrentados por una Junta con poderes omnímodos, creada después de la partida de los españoles y que no reconocía ningún privilegio anterior. También lo celebraron los obispos que habían sido expulsados y que fueron invitados a volver, en especial el de Palermo, monseñor Guasch, artífice de la orden papal en ese sentido, porque se encontraba en Roma y convenció al papa Clemente XI de lo justo de esa restauración.

A mediados de julio, el virrey Lede dispuso que la armada se trasladase a Mesina, para expulsar a los saboyanos y retomar los castillos y plazas fuertes de Catania. De Cerdeña llegaron también a Mesina ciento seis barcos más, portadores de un ejército de ocho mil soldados, que se unieron a los del marqués de Lede.

Victorio Amadeo solicitó el apoyo del rey inglés Jorge I, como firmante del Tratado de Utrecht, que había otorgado Sicilia a los Saboya. Jorge I dio instrucciones a su embajador en Madrid, de que pidiese explicaciones a la Corte española. Tratando de evitar una nueva guerra europea, ingleses y austríacos se pusieron de acuerdo en proponer una solución que apartaba a los saboyanos de Sicilia, pero no concedía la isla a España sino a Carlos VI de Austria, y contentaba a Víctor Amadeo, cediéndole Cerdeña. Sabedor el embajador inglés de las ambiciones personales de la princesa Isabel de Farnesio, la propuesta convertía a sus hijos en herederos del ducado de Parma, si antes no nacían vástagos a los duques vigentes.

Para caso de que no fuese aceptada, los ingleses ordenaron al almirante Bing que apostase su flota de veinticinco navíos cerca de Siracusa, cuyo puerto ya estaba siendo defendido oportunamente por orden de Lede. Pero estas elucubraciones no impidieron la ocupación de Sicilia. Una tras otra, fueron capitulando las ciudades del estrecho de Mesina. Primero fue la *Ciudadela* de la capital, luego Taormina, y finalmente Milazzo.

Después de adueñarse de las plazas, la conducta del marqués de Lede fue benévola con los aliados de los saboyanos, para lo cual hubo de protegerlos de las iras de sus enemigos locales. Lo que no pudo evitar fue que tuvieran que devolver los bienes usurpados a los partidarios de la Corona española; bienes que les habían sido incautados por la Junta de Mesina.

Creyó oportuno dejar en manos de un legado pontificio la tarea de satisfacer a unos y a otros. De ahí que quedaran más perjudicados los que habían hecho la guerra al papa, y el Vaticano agradeció el gesto de Madrid.

La situación en aguas del Estrecho no era tan favorable al propósito de los italianos de Alberoni como en la costa de Catania. El almirante inglés Bing había atacado por sorpresa y con viento favorable a la flota del español Castañeda, que resultó gravemente herido y ordenó la retirada, perdiendo la mitad de las naves, el resto de las cuales se retiró a Palermo. Al quedar libre de barcos españoles la costa de Mesina, los saboyanos pudieron cruzar el Estrecho desde

Calabria en ayuda de Milazzo, donde se había refugiado el marqués de Adorno, fiel a Víctor Amadeo.

Para ocupar las energías del rey inglés con problemas internos, Alberoni había urdido un plan que consistía en apoyar la causa de la independencia de Escocia, con la mala fortuna de que la armada destinada a luchar a favor del rey Jaime fue desbaratada por una tormenta y los rebeldes escoceses dominados sin problemas. La propia Francia, no quiso ser arrastrada por las audaces iniciativas de Alberoni y dejó de ser aliada de España para unirse a Holanda, Gran Bretaña y Austria. La situación del principal inspirador de las ambiciones reivindicativas de Felipe V se hacía cada vez más difícil. En estas circunstancias, el asedio de los españoles a Milazzo se convirtió en un símbolo y la ayuda de las potencias se concentró en Sicilia. Igualmente, la corte de Madrid reunió cuanto oro pudo de América para financiar su presencia en la isla, haciendo alarde de ello para que no cupiese duda.

El marqués de Lede, temiendo un ataque sobre Palermo, ordenó la retirada de los refuerzos destinados a Milazzo y su vuelta a la capital. Por su parte, él se hizo fuerte a pocas leguas de Messina, en Francavilla. Los asaltos iniciales de las tropas alemanas se saldaron con demasiadas bajas para los atacantes, entre los que se encontraba el conde de Mercy, que resultó herido.

Los alemanes cambiaron de táctica y se dirigieron contra Taormina, que capituló tras una sangrienta resistencia. Después vino el turno a Mesina, cuyo asedio causaba dolor y hambre en los habitantes, sin que Lede se atreviese a salir de Francavilla en su ayuda, por miedo a ser derrotado. En su desesperación el gobernador Spinola accedió a pedir condiciones benévolas al conde de Mercy y rendir la plaza. Quedaba la Ciudadela fiel al virrey español, al mando del propio Spinola, quien logró que el conde de Lede se decidiera a salir en su defensa. El asedio fue largo: duró desde el 10 de agosto al 8 de octubre de 1718, lo que da idea de la obstinación defensiva de los españoles. Blasi menciona la cifra, tal vez exagerada, de veinte mil muertos, sacrificados a la obstinación de unos y otros.

A partir de la caída de la Ciudadela, Sicilia quedó dividida y gobernada por dos virreyes: Los austríacos nombraron a Niccolò

Pignatelli, virrey de la costa oriental y Lede fue confirmado por los españoles en el interior y la capital.

Mientras tanto, el marqués de Mercy organizó una expedición marítima, con apoyo logístico de Bing, para el transporte de nueve mil soldados alemanes a Trepani, que seguía gobernada por un hombre de Víctor Amadeo, el conde Campioni. Los refuerzos que salieron de Palermo llegaron tarde y optaron por regresar, dejando inermes localidades como Marsala, Mazara y la isla de Favignana.

El marqués de Lede juzgó conveniente regresar a Palermo, precedido por su ejército, con el fin de preparar la resistencia de la ciudad. Casi al mismo tiempo, Mercy estuvo en condiciones de dejar Mesina y unirse a los tudescos en Trapani.

Realmente, aunque los acontecimientos narrados parecían depender de protagonistas situados en Sicilia, en realidad se trataba de personajes obligados a recitar un guion escrito a miles de leguas de distancia. El historiador italiano Ludovico Muratori, en sus *Anales de Italia* referidos al año 1719, concede una gran importancia a los manejos del duque de Parma, Francesco de Farnesio. A decir de Muratori, Francesco dio instrucciones al embajador en Madrid, Aníbal Scotti, de pedir audiencia con Felipe V y aconsejarle dejar caer a Giulio Alberoni, o disponerse a luchar contra toda Europa. La reina Isabel, tuvo que decidir entre seguir apoyando al cardenal o hacer caso a su pariente Francesco. Las palabras de Scotti hicieron mella en la reina, que se unió al sentir de una Corte harta de un ministro tan osado.

Alberoni fue desterrado y su desgracia tuvo repercusión en el destino de Sicilia. El 17 de febrero de 1719, ya sin la anuencia de Alberoni, Felipe V firmó el acuerdo citado entre Jorge I y Luis XIV, por el cual Cerdeña pasaba a dominio de la casa de Saboya, mientras que Sicilia quedaba en poder de Austria.

No llegaban instrucciones a Lede sobre lo que tenía que hacer, así que optó por pedir una tregua mientras se aclaraba el horizonte. Pero no fue aceptada. En consecuencia, durante dos largos meses siguió la lucha de españoles contra alemanes, con distinta fortuna, y sin que ninguno pudiese alardear de una victoria definitiva. Las poblaciones sufrían las consecuencias y se protegían cerrando las

puertas a la soldadesca de uno y otro ejército, acumulando provisiones e instando a que se cumpliesen los acuerdos.

Finalmente, en mayo llegó la carta que todos esperaban para evitar mayores males. En una tienda de campaña a las afueras de Palermo se reunieron los representantes de las naciones involucradas y firmaron un manifiesto para ser publicado en todos los lugares de la isla, donde se informaba de la partida de las tropas españolas. El protonotario del Reino, conde de San Marco recibió instrucciones de Mercy de aceptar los nuevos embajadores, lo que, según Blasi, realizó con *repugnanza*.

Los días siguientes del mes de mayo transcurrieron en ceremonias de mutuo respeto y cortesía por parte de todos, Mercy, Lede, Bing, y Cassel. Los nuevos dueños se esforzaron en halagar al protonotario con el fin de dulcificar la toma de posesión de Pignatelli como virrey de toda Sicilia en nombre de Carlos VI.

El marqués de Lede, y con él la presencia española, abandonaron Sicilia los días 9 y 10 de mayo de 1719.

José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar

1734

La renovada potencia militar de España debía mucho al disgusto que la pérdida de los reinos italianos generó en el espíritu del rey Carlos III. En 1734 ya el reino de Nápoles había pasado a dominio español y se esperaba que Sicilia cayese pronto en su poder. Tanto era así, que el virrey de los imperiales, conde de Sástago, se encerró en Siracusa, donde se sentía más seguro.

A mediados del mes de agosto se conoció la decisión de invadir la isla por una providencia real, que encomendaba el mando de la escuadra a José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar, y a quien, para infundirle ánimos, nombraba ya virrey suyo por tiempo indefinido. Salió la flota del puerto de Nápoles y Montemar la dividió en dos, destinando una parte a Mesina y la otra a Palermo. El *Diario de Palermo* de Mongitore da noticia de la aparición de los barcos frente a las playas palermitanas, situados en línea, a la espera de vientos propicios para el desembarco de la tropa. Dice Blasi que el espectáculo atraía a la curiosidad de muchos vecinos, que no temían la invasión, porque:

Erano eglino considerti come amici, e grande era, e straordinaria l'allegrezza, che vedeasi dipinta ne' volti di tutti.

El desembarco y contacto con los representantes del Senado se desarrollaron sin sobresaltos. Los senadores exigieron a Carrillo la jura de los derechos del pueblo siciliano y pidieron que la toma del Castillo, que seguía en manos de los imperiales, causase el menor daño posible a la población.

A todo accedió el conde de Montemar, y para congraciarse con los senadores, sacó la tropa de caballería de la ciudad, por ser innecesaria en el asedio, y la embarcó para Trapani, donde tendría mejor ocupación y utilidad. Luego dispuso fiestas y fuegos de artificio para celebrar el retorno de los españoles. Ordenó que continuase la acuñación de moneda, cambiando solamente el dorso, que debería leerse: *Carolus Borbonius Tertius*.

Ludovico Mongitore cita el día 15 de septiembre de 1735 como fecha en que el Castillo se rindió a los asaltantes, tras haber recibido un bombazo terrible que mató al conde Castiglione, uno de los principales defensores.

En cuanto a Mesina, su rendición fue incruenta. Los imperiales habían confiado su defensa al príncipe Lobcovitz, quien dejó libre entrada al enviado del virrey, Henry de Creuzy de Bénévent, conde de Marcillac, contrarrestando la cesión con mayor poder defensivo en la Ciudadela y en Taormina. Fue todo inútil pues tanto la Ciudadela, como Gonzaga, como las demás ciudades de Catania acabarían cayendo en poder Marcillac. Hizo su entrada repitiendo el ceremonial que se conocía de tiempos pasados, y tomó posesión en nombre del rey español.

Poco después, recibió el conde de Montemar instrucciones de Carlos III (que se encontraba en Nápoles) de acudir con otros embajadores a rendirle pleitesía e informarle de la venturosa recuperación de Sicilia. El virrey Carrillo de Albornoz se dispuso a cumplir estas halagüeñas órdenes y redactó un pliego que encerró en sobre sellado y se lo entregó al protonotario del reino, para que fuese abierto solo cuando su barco se encontrase a unas diez millas del muelle.

El 19 de septiembre se embarcó rumbo a Nápoles, junto con otros embajadores que habían llegado a Palermo en día 11. El día 24 desembarcaban todos en el puerto napolitano y eran recibidos con cortesía y amabilidad por Carlos III, quien comunicó a Carrillo que

tenía en mente presentarse en Sicilia para “consolarla con su real presencia”.

El sobre que dejó escrito el virrey antes de partir, una vez abierto, contenía una providencia que asignaba la presidencia del Reino a su libertador. Pero era prematura: la Ciudadela seguía resistiendo el asedio del conde de Marcillac, Henry de Creuzy.

Henry de Creuzy de Bénévent, conde de Marcillac.

1734

La disposición del anterior virrey a favor del conde de Marcillac no se materializó con la fluidez que el nuevo presidente de Reino hubiera deseado. La caja que contenía el sobre sellado con su nombramiento se abrió en presencia de los senadores de Palermo, lo cuales advirtieron que el conde estaba en Mesina, pendiente de la caída en su poder de la Ciudadela, que todavía resistía. Enviaron comisarios a invitarlo a que acudiese a Palermo para tomar posesión del Reino, como presidente, jurando los privilegios, como era de rigor.

Marcillac era más militar que político. Equiparable a los mosqueteros del rey de Francia, se le supone nacido en Savignac de padres franceses. Luchó en favor de su país en las campañas de Italia, perdiendo una mano en combate. Su principal protector era el príncipe de Condé. La antipatía que sentía por él el todopoderoso ministro Guillaume Dubois se interpuso en su carrera militar, vinieron los problemas económicos y en 1721 el joven mosquetero decidió alistarse en el ejército de Felipe V, que equiparó su rango al de teniente general. La experiencia de Henry como militar francés le llevó a postularse para ejercer misiones diplomáticas bastante arriesgadas, como las que animaban el espíritu universalista de Alberoni. Henry, llegó incluso a buscar alianzas en Francia favorables al acceso de Felipe V al trono de su abuelo. Pero su

confidente francés el duque de Borbón cayó en desgracia y aquellas maniobras fueron superadas por su sucesor en la confianza de Luis XV, André de Fleury. En consecuencia, Marcillac, que carecía de ataduras familiares, pidió ser destinado a Italia, donde lograr, en el campo de batalla, los triunfos que no habían sido posibles en las camarillas palaciegas.

Se comprende, por lo ya dicho, que el conde de Marcillac recibiese con escaso interés a los embajadores palermitanos que insistían en sacarlo de Mesina, cuya caída sería mérito suyo, y llevárselo a Palermo para protagonizar un acto protocolario como presidente interino. Contestó a los enviados del Senado que tenía obligaciones más perentorias.

Asombrado el Sacro Colegio de la indiferencia mostrada por Marcillac, decidieron encargarse ellos mismos del gobierno de Sicilia, en ausencia de un presidente electo. Se enteró Henry de ello y temió que el príncipe Carlos de España, que ya era Carlos VII de Nápoles y Carlos V de Sicilia, no aprobase su conducta.

En consecuencia, solicitó del Senado que enviase a Mesina embajadores con poderes para proceder a la ceremonia de jura de los fueros de la isla en dicha ciudad y que vinieran también los ministros de su gobierno para ayudarle en la toma de decisiones. Esta especie de componenda conciliatoria de Marcillac pareció a los senadores de Palermo más desabrida e insultante aún que la negativa anterior, que al menos contenía la promesa de acudir a Palermo tan pronto le fuera posible (venía a decir que lo haría cuando se rindiera la *Ciudadela*).

La contestación negativa no se hizo esperar, aduciendo los jueces que, legalmente no era admisible hacer la toma de posesión del cargo en una ciudad que no fuese Palermo. Marcillac se excusó diciendo que él no había pedido otra cosa que lo que las autoridades de Mesina le habían sugerido que hiciese.

La noticia de estas desavenencias llegó a oídos de la Corte que Carlos mantenía en Nápoles y el rey acabó dando la razón a ambas partes. Alabó la decisión de Marcillac de seguir en Mesina hasta tomar la *Ciudadela* en su nombre y reconoció por ajustada a norma la negativa de Palermo. En vista de lo cual, el monarca mandó al conde de Montemar que revocase su decisión y nombrase otro presidente. Pero Montemar, en lugar de elegir uno que ya estuviese

en Palermo, redactó una providencia en diciembre de 1734, eligiendo a Pedro de Castro Figueroa, marqués de Gracia Real, que, curiosamente, también estaba en Mesina.

A esta provocación los senadores respondieron de la misma forma que a la primera. Mientras Castro Figueroa siguiese en Mesina, el gobierno correspondería a un triunvirato de cónsules elegidos por el Sacro Colegio. Y para que no quedase duda, añadían el lugar concreto donde se tenía que celebrar la ceremonia de juramento y toma de posesión del cargo: la capilla de San Pedro situada en el palacio de los virreyes.

Carlos, vio claro que quien tenía que presentarse en Sicilia, cuanto antes, era él

Carlos de Borbón, rey de las dos Sicilias

1735

El 20 de febrero de 1735 pudo verse bandera blanca en La Ciudadela de Mesina. Lobcovitz abandonó la fortaleza con honores pactados y el camino de Sicilia quedó expedito para que el hijo de Isabel de Farnesio, con sólo veinte años, pudiera cumplir el deseo materno de reinar en la isla.

Desde el 9 de marzo no había lugar para virreyes, puesto que el soberano había puesto sus plantas en Mesina, procedente de Calabria. En Palermo se apresuraron a elegir embajadores para presentar al rey sus respetos y, de paso, recordarle que se le esperaba en la capital del Reino, para prestar juramento y ser recibido con la grandiosidad de las grandes ocasiones.

Difieren los historiadores Antonino Mongitore (mesinés) y Giovanni Evangelista Blasi (palermitano) sobre lo que pidieron los mesineses a Carlos. Según el primero: que la capital de Sicilia no fuese Palermo, sino Mesina; y que se derribase la gran estatua ecuestre de Carlos II, al que consideraban enemigo público de la ciudad por haberla despojado de privilegios ancestrales. A Blasi, tales sugerencias por parte de los mesineses le parecen poco verosímiles, por inoportunas, y añade que el rey siempre se mostró respetuoso con la supremacía de Palermo sobre Mesina y con el pasado español de la isla.

Carlos, entonces príncipe, permaneció dos meses en Mesina, y de pronto, de forma inesperada pidió trasladarse a Palermo, aprovechando la disponibilidad de cuatro galeras reales. El marqués

de Montealegre, que se encontraba en Mesina, mandó correo a la capital, advirtiéndole de la llegada inminente de su majestad por vía marítima, pero llegaron antes las cuatro galeras, lo que causó desconcierto y ansiedad en los magistrados del Parlamento, al verse sorprendidos y poco preparados para recibir al rey.

Es evidente, que esta forma de presentarse no era resultado de la imprevisión real, sino todo lo contrario, ya que tiempo había tenido el joven rey de asegurarse un recibimiento triunfal, de haberlo así querido. Más probable es que quisiera comprobar el estado de cosas en el entorno palermitano y las reacciones espontáneas de quienes primero tuvieran acceso a su presencia.

Transcurrió el mes de mayo con visitas privadas del soberano al protonotario, magistrados, capitanes, nobles, y eclesiásticos con la pretensión de mostrarse interesado en sus asuntos, de ser asequible a sus sugerencias y modesto en sus ademanes. Lo hacía retrasando la fecha de su entrada oficial para que, cuando llegase el día, su simpatía añadiera calor y familiaridad a la ceremonia.

Finalmente se decidió que sería el 30 de junio. Se erigieron media docena de arcos triunfales, situados en puntos estratégicos de la ciudad. El Senado encargó tres de ellos: en la puerta Felice, en la puerta de Greci y en la plaza de Villena. Los otros tres eran obra de los reinos de Génova, Nápoles y Milán y estaban frente a las principales iglesias.

Salió Carlos del palacio virreinal en carroza hasta la plaza de Erasmo y, nada más bajar, se vio rodeado por la guardia de España. En un pabellón de campaña tomó asiento para presenciar el desfile en su honor. Antes de que comenzase, se adelantó Michele Branciforte, como representante de las fuerzas armadas, y postrado de rodillas le manifestó la alegría del pueblo de Sicilia de tenerlo como rey propio.

Puede decirse que todo Palermo concurrió a las plazas y calles de la ciudad, y el propio rey se unió a la cabalgata, subiendo a lomos de un caballo y cabalgando bajo un baldaquino regalo de los comerciantes. Portaban las seis astas del baldaquino, nobles y príncipes sicilianos. El duque de Castelluccio, que era presidente

de la Aduana real, caminaba junto al caballo del rey delante de los caballerizos.

Por detrás del baldaquino, le seguían, a caballo, el príncipe Corsini, el conde de Santo Stefano, el duque de Arión, y el marqués de Arienzo. A continuación, pudo verse vacía la carroza del rey, seguida de la guardia montada. y finalmente y en carroza: el arzobispo de Palermo.

La procesión real pasó bajo cada uno de los seis arcos triunfales y se disolvió a las puertas de la catedral, donde tendría lugar el solemne juramento.

Mientras duraba un *Te Deum* inicial, el rey permaneció arrodillado en el Coro. Cuando el himno terminó, se puso la gorra en la cabeza, gesto que imitaron los grandes de España que se encontraban en el templo. Juraron lealtad los representantes de los distintos estamentos sociales, y le llegó el turno al rey de jurar los privilegios, leyes y costumbre de Sicilia. Ante el evangelio y la cruz, Carlos se descubrió y dijo con voz potente: *Así lo juro* y después besó el crucifijo.

No terminaron allí las muestras de acatamiento, pues el rey paseó a caballo por la Marina, saludando, y luego en carroza por el Cassero y la plaza de Villena. Por la tarde ardieron luminarias y fuegos artificiales en toda la ciudad.

Sin embargo, parece que los síndicos no quedaron del todo satisfechos y con la excusa de que la ceremonia había sido de carácter local, imaginaron otra más suntuosa que representase a toda la isla y en la que el arzobispo coronase a Carlos como verdadero rey de Sicilia.

La descripción de los prolegómenos de los días anteriores, reformas dentro de la catedral, colgaduras y alfombrado de las calles, preparativos en el interior del templo, asistentes, ornamentos, vestimentas, oraciones, gestos y movimientos durante la solemne misa que envolvía el acto de la coronación de manos del arzobispo de Palermo, todo ello bajo el título: *CORONAZIONE DEL RE CARLO III A 3 IUGLIO 1735* ocupa veinte páginas del Diario de Palermo de Antonino Mongitore.

Pocas le parecen, pues cita como fuente de mayor detalle la crónica de Pietro La Placa con el título: *La reggia in trionfo per l'acclamazione e coronazione della Sacra Real Maestà di Carlo, infante di Spagna e di Sicilia*, impresa en Palermo en 1736. A esta crónica se añade la oración en latín compuesta por el jesuita Diego Soto y Aguilar, publicada al año siguiente: *Descrizione dell'apparato e delle dimostrazione fatte in Palermo [...] per lo felicissimo avvenimento in questa capitale e per real coronazione di Carlo infante di Spagna e re delle due Sicilie*.

Entre tanto detalle es difícil seleccionar, y me limito a las líneas que describen el momento preciso de la coronación, que se produjo según la liturgia católica, justo después del Gradual:

Detrás del *gradual* y frente al evangelio se sentaba el arzobispo en el faldistorio situado en la tarima del altar, con la espalda apoyada en dicho altar, tocado con la mitra; entonces los obispos de Catania y Siracusa se acercaron al solio real; y hecha la reverencia al rey, salió él del solio, y en medio de los dos obispos y rodeado de los suyos, se situó de rodillas frente al arzobispo, sobre un cojín presentado por un oficial de la tapicería.

Enseguida, el archidiácono, tomando del altar la espada del rey, la desenvainó y se la entregó desnuda al arzobispo; y éste se la dio al rey, musitando la oración: *Accipe gladium, etc.* El rey devolvió la espada al arzobispo, el cual la entregó al archidiácono que la enfundó, y junto con el cinto la entregó al arzobispo; éste, ayudado por el archidiácono, la ciñó a la cintura del rey, diciendo la oración: *Accingere, etc.* Se levantó el rey, desenvainó la espada y blandiéndola en el aire se la pasó después a la mano izquierda para volverla a enfundar, y después se arrodilló de nuevo.

Tomada la corona real por el arzobispo y sostenida por todos los obispos asistentes, la puso sobre la cabeza del rey genuflexo, acompañando el gesto con la oración: *Accipe coronam etc.* y acto seguido le puso el cetro real en la mano diestra de Su Majestad diciendo la oración: *Accipe virgam etc.*

Fue universal el aplauso de cuantos estaban en la iglesia al colocar el arzobispo la corona en la cabeza del rey: y en ese momento sonaron con son festivo trompetas y atabales, a los que respondieron las campanas del duomo; las milicias formadas en la plaza de la Catedral y del Real Palacio lo hicieron con el estruendo de las armas de fuego, así como la artillería del Castillo del Mar y de las galeras y baluartes de la ciudad; y no faltó el estrépito de los campanarios de todas las iglesias.

Tanta hospitalidad por parte de la ciudad de Palermo habría merecido que el nuevo rey de Sicilia se quedase a vivir allí un tiempo, dejándose ver y halagando la lealtad de sus entusiastas súbditos. Sin embargo, sólo permaneció pocas jornadas más. Empleó una en recibir al embajador de Malta que hizo su entrada en el puerto en una de cuatro galeras de la Orden. Era portador del halcón maltés con el tributo de oro instituido por Carlos V como contraprestación simbólica a la merced que hizo de regalar las islas a la Orden de Jerusalén.

En los días siguientes, sus consejeros le sugirieron que se acercase a adorar la reliquia de la patrona de Sicilia, Santa Rosalía. Acudió Carlos al templo y depositó un cofre con cuatro mil escudos de ofrenda para su culto, que era el valor de doce brillantes que colocó en la figura de plata que representaba a la santa, en torno a la cabeza y el más grande en la mano derecha.

El día 8 de julio, sin que quede constancia del motivo, el rey anunció que se iba. Las emociones de las jornadas anteriores impulsaban a los mismos protagonistas (excepto el enfermo arzobispo Matteo Basile) a acudir al muelle y despedir calurosamente a su recién estrenado rey.

Hubo vítores del pueblo y deseos de un próspero viaje mientras Carlos embarcaba en la góndola que lo acercaría a uno de los dos galeones que esperaban para recibirlo abordo. No dio tiempo a advertir la desilusión que vendría después. Los caballos y la carroza que llevaron al rey hasta la Garita eran del Pretor, porque los suyos y su carroza estaban embarcados desde un par de

días antes. Los vientos desfavorables habían retrasado el adiós a Palermo algunas jornadas. Blasi lo despide del modo siguiente:

Fue este un día de luto para los palermitanos, ciudadanos compungidos con la pérdida de un príncipe tan adorable. Había permanecido alrededor de cincuenta días entre los muros de su patria, se había hecho querer por su dulzura y había demostrado una cierta predilección por ellos, colmándolos de infinitos beneficios. Se dolían de tener que renunciar a la esperanza de retenerlo para siempre y de verse regresados a su infeliz estado de provincia.

Al igual que en Mesina, el *príncipe adorable* dejó en Palermo un recuerdo agridulce. Los mesineses se habían esforzado mucho en agradarle, pensando que atendería algunos de sus deseos de mejorar a costa de Palermo, pero el rey no tuvo tiempo para estudiarlos, a pesar de dedicar bastantes horas a la caza y la pesca, sus actividades favoritas. Lo mismo ocurrió en Palermo, donde también encontró cotos de caza, como el de Oneto, donde practicar. Pese a estas pequeñas desilusiones, la irritación contra los virreyes de la dinastía saboyana jugó a su favor y pudo decirse que en Sicilia encontró muestras de afecto y hasta de total entrega.

Los historiadores sicilianos adelantan acontecimientos al referirse a su nuevo rey como Carlos III que, en aquellos años, solo era un infante español. En la fecha de la coronación siciliana de Carlos, todavía reinaba en España su padre Felipe V, el cual, tras su participación en la guerra de Sucesión de Polonia, se había asegurado la posesión de Nápoles y Sicilia como patrimonio familiar de los Borbones de España.

De esta manera, en 1735, los sicilianos volvían a tener rey propio, después de tantos virreyes. En el largo interregno entre la reina Blanca y el rey Carlos, hubo varios intentos, imaginarios o reales, de que infantes españoles, como el duque de Peñafiel o el príncipe de Viana, se erigiesen en reyes de Sicilia. Por fin, se cumplía un deseo nunca renunciado del todo.

Aunque algunos de los virreyes siguientes siguieran siendo españoles, representaban no a Carlos III como rey de España, sino a esa misma persona, como Carlos V de Sicilia.

Al acceder al trono español Carlos, en 1759, heredó el trono de Sicilia su hijo Fernando, tercer rey con ese nombre en la isla, cuarto como rey de Nápoles y primero como monarca de *Las Dos Sicilias*.

Bibliografía

Primera Parte: Virreyes Aragoneses

Siglo XV

1. REINA BLANCA DE SICILIA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, *Historia Cronologica delli signori vicere di Sicilia*, Palermo, Cam della S.S. Inqu. e Ilustr. Senato, 1697, pp. 1-4
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Cronologica dei Viceré, Luogotenenti e Presidenti del Regno di Sicilia*, Palermo, Stamperia Oreete, 1842. Lib I y II, Cap. 0 y I, pp. 17-23
 ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la corona de Aragón*, Tomo III Lib. IX Cap. 7,18,76; Lib. X Cap. 84,88,89; Lib XI Cap.7,19,59,76; Lib XII Cap. 3,19
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Della Storia di Sicilia*, Palermo, ed. Giuseppe Maria Mira, 1849. Lib. VI, pp. 278-293.
 FAZELLO, TOMASO, *Le due decche dell'Historia di Sicilia*, Venecia. 1704. II Dec. Lib IX Cap. VII pp. 859-869
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto é accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronaizione del re Vittorio Amadeo*, ed. Stamperia di Antonino Gramigani. Palermo, 1740, Parte Seconda Vol. II. pp. 280-289 y Parte Terza Vol.I pp.1-16
 RANDZZO, SANTI MARIA ; *Il ritorno degli aragonesi in Sicilia*. Algra Editore.2019. pp. 169-170

2. JUAN, DUQUE DE PEÑAFIEL

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 4.;
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.II.. Cap. II p. 34-39
 ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III, Lib. XI Cap.56,87 Lib. XII Cap. 1.4.46
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Parte Terza Vol.I pp.23-

3. DOMENICO RAM Y ANTONIO CARDONA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 5.;
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap. III p. 39-41
 ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III Lib. XI Cap.73,

4. ANTONIO CARDONA, FERNÁNDO VELÁZQUEZ y MARTINUS DE TORRIBUS

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 5.;
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib II.. Cap. IV pp. 40-43
 ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III Lib. XII Cap.5,6,

5. GIOVANNI DE PODIO, ARNALDO RUGGIERO, NICCOLÒ CASTAGNA y FERNÁNDO VELÁZQUEZ

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 5.;
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit.. Lib...II. Cap.V y VI pp. 41-43
 ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III Lib. VI Cap 17, Lib.VI Cap 1, Lib XII Cap.62
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Parte Terza Vol.I p.36
 FODALE, SALVATORE, *Castagna, Niccolò*, Dizionario degli Italiani, Treccani.it. Volume 21 (1978)

6. NICCOLÒ SPECIALE

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 6.;
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib II.. Cap. VII, pp. 47-50
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 36 y ss.
ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III Lib. XII Cap. 41
COLETA, PIETRO, *Memoria di familia e storia del regni in un codice di casa Speciale conservato a Besancon*. Reti Medievali Rivista 14, 2 <http://rivista.retimedievali.it> 2013, p. 218
FAZELLO, TOMASO, *Le due deche dell'Historia di Sicilia*, Venecia. 1704. II Dec. Lib X pp. 297-299

7. PEDRO, INFANTE DE ARAGÓN

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 5.;
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap. X, pp... 54-57
ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III Lib. XI Cap.7, Lib. XIV Cap. 26,31
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 34-40

8. NICCOLÒ SPECIALE

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 5.;
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. .. Cap.VII pp. 47-50
ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III Lib. XII Cap. 41

9. NICCOLÒ SPECIALE y GUILLERMO MONCADA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 6.;
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap. VIII, pp. 50-51
ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III Lib. XIV Cap. 3

10. NICCOLÒ SPECIALE, GUILLERMO MONCADA y GIOVANNI de VENTIMIGLIA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 6-10.;
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II, Cap...IX, pp. 51-55
ZURITA JERÓNIMO, *Anales de la Corona de Aragón* Tomo III Lib. XIV Cap. 3
FACELLO, TOMASSO, *De rebus Siculi decades duae* (1560) Dec II Lib.X, trad. Italiano de ROSALIA
A.G.NUNZIO II, Palermo, pp.297-299
CANCILA, ORAZIO, *I Ventimiglia di Geraci (1128-1619)* mediterraneanresearchhistoriche.it.2016, p.137

11. PIETRO FELICE ADAMO ASMONDO

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 10;
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap. XI, pp. 55-58
CRONICA DE JUAN II, Biblioteca de Autores Españoles, Vol.68. Madrid 1953, pp.506-511
ZAPERI, ROBERTO, *Asmondo, Adamo*, Dizionario Biografico degli Italiani, www.treccani.it/adamo-asmondo (1962)

12. PEDRO, INFANTE DE ARAGÓN

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. Pp. 10-12
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap. X, p.p. 54,58,
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 49-52
MAUROLICO, FRANCESCO, Loc. Cit. Lib. IV, pp. 296
FAZELLO, TOMASO, Loc. Cit.II Dec. Lib IX Cap. IX pp. 869-876
CRONICA DE JUAN II, Biblioteca de Autores Españoles, Vol.68. Madrid 1953, pp.519-525

13. RUGGIERO PARUTA y BATISTA PLATAMONE

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 12
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II Cap.XIII, pp.. 62,63
 CRONICA DE JUAN II, Biblioteca de Autores Españoles, Vol.68. Madrid 1953, pp.525 y ss.
 MARIANA JUAN DE, *Historia General de España*. Madrid. Hijos de Catalina Peñuela, 1828. Tomo V pp. 84-85
 CARRAFA, GIAN BATTISTA, *Dell'istoria del regno di Napoli*, Nápoles, Giuseppe Cachin,1572, p. 184.
 MONTELIONE, DUCA DE, *Giornale delle Estorie del Regno di Napoli quale si conserva per il duca di Montelione dall'anno 1266 fina al 1478*. Napoles. Giovanni Gravier. 1770, p. 99

14. BERNARDO REQUESENS Y GILBERTO CENTELLES

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 15
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.II. Cap. XIII, pp. 63-65
 ZURITA JERÓNIMO, Loc. Cit.

15. RAIMONDO DE PERELLÓS

- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap.XIII p. 65

16. LOPE XIMÉNEZ DE URREA, VIZCONDE DE RUEDA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 17
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap.XIV pp. 66-73
 MONGITORE, ANTONINO, *Parlamenti Siciliani*, In Palermo 1749. Tomo Primo pp. 54,93-106
 ZURITA JERÓNIMO, Anales de la Corona de Aragón Tomo III Lib. XXVI Cap. 11
 MAUROLICO, FRANCESCO, Loc. Cit.Lib. IV, pp. 296
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 56-59
 CROCE,BENEDETTO; *Sorie e leggende napoletane*, Milanom Adelphi Edizioni, 1999, pp.71,81-83 y 89-90

17. ANTONIO ROSSO SPADAFORA, ADAMO ASMONDO, PIETRO SPECIALE, GAETANO DE CORBERA, SIMONE DE BOLOGNA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 14.;
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap. XIV, p. 73-86
 ZURITA JERÓNIMO, Anales de la Corona de Aragón Tomo IV, Lib. XVI Cap. 48,52.

18. JUAN DE MONCAYO

- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II Cap. XV, pp. 86-88
 ZURITA JERÓNIMO, Anales de la Corona de Aragón Tomo IV, Lib. XVII Cap. 1,18
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 72

19. BERNARDO DE REQUESENS

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 15
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II. Cap. XV, pp. 88-93
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 75
 NEGRE PASTELL, PELAYO; *El linaje de los Requesens*, www.raco.cat 53841, text de l'article 64309-1-10-200702, pp. 71-78

20. LOPE XIMÉNEZ DE URREA, VIZCONDE DE RUEDA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 16-20
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap.XVI, pp. 93-105
 ZURITA JERÓNIMO, Anales de la Corona de Aragón Tomo IV, Lib. XVIII Cap. 18,68
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 75-80
 MAUROLICO, FRANCESCO, Loc. Cit. Lib. VI, pp. 293-299
 CRIADO MAINAR, JESÚS; *El Sepulcro de Lope Ximénez de Urrea, vizconde de Rueda y virrey de Sicilia*.

21. GIOVANNI TOMASSO DI MONCADA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc.. Cit. p. 20
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap.XVII y XVIII pp. 105-106

22. GUGLIELMO PUJADES Y GUGLIELMO PERALTA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc.. Cit. p. 20.;
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap. XVII, pp. 106
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 81

23.. JUAN RAMÓN FOLCH DE CARDONA, CONDE DE PRADES

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc.. Cit. p. 20
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib II.. Cap. XVIII, pp. 107-115
 ZURITA JERÓNIMO, Anales de la Corona de Aragón Tomo IV, Lib. XX Cap. 14,15,18,27
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib IV y V pp. 81-86
 JIMÉNEZ PABLO, ESTHER; *Foch de Cardona, Juan Ramón, conde de Cardona (III)*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de al Historia, dbe.rah.es/biografías/42760
 PUTZULU,P.: *Carroz d'Arborea, Niccolò*, Dizionario Biografico degli Italiani, Treccani. Vol. 20,1977

24. GASPAR DE ESPÉS

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc.. Cit. p. 21
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib II.. Cap.XIX,I, pp. 115-123
 ZURITA JERÓNIMO, Anales de la Corona de Aragón Tomo IV, Lib. XX Cap. 42
 MONGITORE, ANTONINO, *Parlamenti Siciliani*, In Palermo 1749. Tomo Primo pp. 54,107-108
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib. V pp. 86-90
 RUSSO, MARIA ANTONIETTA ; *Beatrice Rosso Spadafora e i Luna (XV secolo)* en academia.edu/2766157/
 BORAU, J.M.; *Los señores de Espés, una saga milenaria*, en Wikipedia Commons, junio, 2020

25. FERNANDO DE ACUÑA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 22.
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap. XX pp. 123-129
 FAZELLO, TOMASO, *Le due deche dell'Historia di Sicilia*, Venecia. 1704. II Dec. Lib IX Cap. XI pp. 887-
 RAMA PATIÑO, LUZ Y VÁZQUEZ, JOSÉ MANUEL; *Acuña, Fernando de*, Diccionario de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografías/42074
 ZURITA JERÓNIMO, Anales de la Corona de Aragón Tomo IV, Lib. XX Cap. 79,92.
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 90-101
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia*, Memorie Historiche, Palermo. 1718. pp. 1-2

SIGLO XV

26. JUAN DE LANUZA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 24
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap.XXI pp. 129-139
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I pp. 101-111
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 1-15
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Sicania Historiae*, Lib. IV p. 305
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Della Storia di Sicilia*, Palermo, ed. Giuseppe Maria Mira, 1849. Lib. VI, pp. 316-318
 LANUZA, MANUEL; *La saga de los Lanuza, Mesnaderos o Labriegos, Justicias o Gentilhombres*, en su blog.
 GASCÓN PÉREZ, JESÚS; *Los Lanuza en la Sociedad aragonesa: servicio al rey; linaje y patrimonio*, en *Estudios sobre la Sociedad Aragonesa en la Edad Moderna*. Mira Editores. Zaragoza. 2014, pp. 117-143

27. RAMÓN DE CARDONA, CONDE DE ALBENTO

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 27
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II.. Cap.XXII pp. 139-141
 FAZELLO, TOMASO, *Le due decche dell'Historia di Sicilia*, Venecia. 1704. II Dec. Lib. IX Cap. XI pp. 889-891
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Della Storia di Sicilia*, Palermo, ed. Giuseppe Maria Mira, 1849. Lib. VI, pp. 318-319
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol. I Lib. VI pp. 111-112
 HERNANDO SÁNCHEZ, CARLOS JOSÉ; *Folch de Cardona y Argensola, Ramón, barón de Bellpuig (XII)*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/14377/
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 25-28

28. HUGO DE MONCADA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 27-31
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. II y Lib. III, Cap. XXIII y I pp. 141-148
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Sicaniae Historiae*, en *Sicanorum Rerum Compendium*. Mesina, ed. Vitorini Mattei. 1716, pp. 207-215
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Della Storia di Sicilia*, Palermo, ed. Giuseppe Maria Mira, 1849. Lib. VI, pp. 319-326
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 28-34
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de ; PARUTTA, FILIPPO; *Diari della Città de Palermo del Secolo XVI al XIX*. Manuscritti della Biblioteca Comunale, Palermo, Luigi Pendone, Lauriel, 1869. Vol. I pp. 1-4
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib. VI y VII pp. 112-125
 BAEZA, GASPARD DE; *Vida del famoso caballero don Hugo de Moncada*. Biblioteca Nacional de España, ms. y Tomo XXIV de *Colección de Documentos Inéditos de la Historia de España*. Madrid, 1845.
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. III Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp.3-39

Segunda Parte; Virreyes españoles

Siglo XVI

29. ETTORE PIGNATELLI, CONDE DE MONTELEONE

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 31-33
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III, Cap. II pp. 156-173
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 34-74
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Della Storia di Sicilia*, Palermo, ed. Giuseppe Maria Mira, 1849. Lib. VI, pp. 326-346
 MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO ; Loc. Cit.. Vol. I pp. 5-9
 MAGGIORE, FRANCESCO ; *La famiglia Pignatelli, la sua storia e le sue palazzi*. www.nobili-napoletani.it/Pignatelli.htm, p.7
 FACELLO, TOMASO, Loc. Cit. Dec. II Lib X pp. 715-728
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib VII y VIII pp. 125-149
 LA ROCCA, MICHELE ; *Francesco de Paole e Ettore Pignatelli, duca di Monteleone, una predizione avverata*, en <https://www.zoom24.it/2019/03/23>
 GARCIA HIDALGO, CIPRIANO; *Los Siete Arcángeles, Una iconografía al servicio del poder* en <https://investigart.com/2020/06/02/>
 MORALES, JOSÉ MIGUEL; *El viaje triunfal de Carlos V por Sicilia tras la victoria de Túnez*, en <http://www.academia.edu/26429726/>
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap IV Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp.39-108

30. SIMONE I DE VENTIMIGLIA, MARQUÉS DE GERACI

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 33-36
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. III pp. 173-176
 MONGITORE, ANTONINO, *Parlamenti Siciliani*, In Palermo 1749. Tomo Primo pp. 195-196
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Della Storia di Sicilia*, Palermo, ed. Giuseppe Maria Mira, 1849. Lib. VI, pp. 346-354.
 BONFLIGIO, GUISEPPE CONSTANZO; *Historia di Sicilia*, Lib. III, Parte II,
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib VIII. pp. 149-152
 CANZILA, ORAZIO; *Ventimigia, Simone*, Dizionario Biografico degli Italiani, Vol.98, 2000. Treccani
 CANZILA, ORAZIO; *I Ventimiglia di Geraci (1258-1619)* Quaderna Mediterranea, ricerche storiche, Stamperia Oreetea, Palermo 2016, pp. 297-347

31. FERRANTE GONZAGA, DUQUE DE ARIANO

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 36- 40
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib III. Cap. IV pp. 176-182
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 116-119
 MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit. Vol. I pp. 179
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib VIII. pp. 152-
 TAMALIO, RAFFAELO, *Gonzaga, Ferrante*, Dizionario Biografico degli Italiani, Treccani, Vol. 57. 2001.
 SIGNOROTTO, GIOVANNI; *Gonzaga, Ferrante, conde de Guastalia I*, Diccionario de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/21070
 MORALES, JOSÉ MIGUEL; *El viaje triunfal de Carlos V por Sicilia tras la victoria de Túnez*. Imago, Revista Emblemática y Cultura Visual, nº 7, 2015, pp. 7-21

32. AMBROSIO SANTAPACE

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 40
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. IV pp. 182-189
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib VIII. p. 161
 SCICCHILONE, GIUSEPPE; *Principe di Butera, Santapau Branciforte*, Treccani. Dizionario Biografico degli Italiani. Vol. 15, 1972

33. JUAN VEGA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 40-44
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. V pp. 189-199
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Della Storia di Sicilia*, Palermo, ed. Giuseppe Maria Mira, 1849. Lib. VI, pp. 360-367
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 119-131
 MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO ; Loc. Cit. Vol. I pp. 16-18
 MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, BUGLIO, MARIO ; Loc. Cit. Vol. I pp. 201-207
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib VIII y IX pp. 161-176
 EZQUERRA REVILLA, IGNAZIO; *Juan de Vega, señor de la villa de Grijal (VI)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/16192/
 VERTOT, RENÉ AUBERT; *Historia de los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén*, Lib. XI Tomo II
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. X y XI Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp.115-158

34. JUAN DE LA CERDA Y SILVA, DUQUE DE MEDINACELI

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 44-47
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. VI pp. 189-199
 MAUROLICO, FRANCESCO, *Della Storia di Sicilia*, Palermo, ed. Giuseppe Maria Mira, 1849. Lib. VI, pp. 367-369
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 132-171
 MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, Loc. Cit. Vol. I pp. 18-26
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib IX. pp. 176-180
 ECHEVARRÍA BACIGALUPE, MIGUEL ÁNGEL; *De la Cerda y Silva, Juan, duque de Medinaceli*, Diccionario de la Real Academia de la Historia.
 VERTOT, RENÉ AUBERT ; *Historia de Malta*, Vol. 5 Ed. Chez Lequien & Fils, Paris, 1830
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XII, Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp.158-181

35. GARCÍA DE TOLEDO, MARQUÉS DE VILLAFRANCA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 47- 51
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. VII pp. 212-222
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XIII, Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp.181-199
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 171-181
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib IX. pp. 180-189
 MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit. Vol. I pp. 26-30
 ZAPPERI, ROBERTO; *Tarsino, Cataldo*, Dizionario Biografico degli Italiani, Treccani, Vol 22, 1979
 HERNANDO SANCHO, CARLOS JOSÉ; *Toledo Osorio, García, marqués de Villafranca (IV) duque de Fernandina (I)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/8730
 VESCO, MAURIZIO; *Un vicerè ammiraglio per un'isola: García Álvarez de Toledo e il potenziamento delle infrastrutture marittime siciliane*. Frammenti di Storia e Architectura. Dir. MARCO ROSARIO NOBILE. Ed. Caracol. Palermo, 2016, pp 111-136
 BRAUDEL, FERNAND ; *La Mediterranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, ed. Armand Colin, Paris, 1949

VESCO, MAURIZIO; *Una strada, due regge, una mappa; la committenza di don García Álvarez de Toledo, vicerè di Sicilia (1564-1567)* Mediterranea, ricerche storiche, n° 41, dir. ORAZIO CANCELILA. Palermo 2017, pp. 543-593

36. CARLO DE ARAGONA, DUQUE DE TERRANOVA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 51-53
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib III. Cap. VII
MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit. Vol. I pp. 30-44
BAZZANO, NICCOLETTA; *Aragon (o Aragona) Taglavia y Aragona, Carlo d', Duque de Terranova, príncipe de Castelvetro*, Diccionario Biografico de la Real Academia de la Historia. dbe.rah.es/biografías.
SCALISI, LINA; Accuse, relazioni e patronaje nella Sicilia spagnola (1574-1579) en Rivista storica italiana, Vol 123. N 1, 2011.

37. FRANCISCO ÁVALOS, MARQUÉS DE PESCARA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 53-56
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap.VIII pp. 222-226.
MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 181-191
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit..Vol. I pp. 30-39
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib VIII. pp. 189-203
BAZZANO, NICOLETTA, *Francisco Fernando de D'Ávalos de Aquino y Aragona*, Diccionario Biográfico de la Academia de la Historia. dbe.rah.es/biografías.
ZEPPEI, ROBERTO; *Ávalos, Francesco Ferdinando, marchese de Pescara*, Treccani, Dizionario Biografico degli Italiani, Vol. IV, 1962, en [hyyp://www.treccani.it/avalos-francesco](http://www.treccani.it/avalos-francesco)
ACADEMIA DEGLI ACCESI DI PALERMO, *Rime*, ed. Giovanni Matheo, Palermo, 1571
DI GIOVANNI, VINCENZO; *Del Palermo Ristaurato libri quattro*, 1872,. pp. 195-200
SAITA, A; editore *Avvertimento di don Scipio di Castro aMarco Antonio Colonna quando andò vicerè di Sicilia*, Roma 1952 pp. 46-49
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap XIV Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp.199-219

38. FRANCESCO GIUSEPPE LANDRIANI, CONDE DE LANDRIANO

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. VIII pp. 226,227
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit. Vol. I pp. 39-43,
JIMÉNEZ PABLO, ESTHER: *Landriano, José Francisco, conde de Landriano (V)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografías/42766

39. CARLO DE ARAGONA, DUQUE DE TERRANOVA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 56-60
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. VIII p. 227
MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 191-208
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib X. pp. 204- 222
MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit. Vol. I pp. 43-78
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap XV, Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp.219-231

40. MARCO ANTONIO COLONNA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 60-62
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. IX pp. 237-246
MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 209-225
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib X pp. 222-234
MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit. Vol. I pp. 78-107
BAZZANO, NICOLETTA; *Marco Antonio Colonna*, Salerno Editrice, Roma 2003.

BIBLIOGRAFÍA

- PETRUCCI, FRANCA; *Colonna, Marcantonio*, Dizionario Biografico degli Italiani. Treccani. Vol. 27, 1982
- GALIETI, LUIGI; *Marco Antonio Colonna da Civita Lavinia* en academia.edu en '100 Libri per Nettuno' Edizione del Gonfalone. 2005
- CARRO, DOMENICO; *L'ultimo trionfo navale di Roma- In honore di Marco Antonio Colonna-* en academia.edu parte de alberini paolo, Aspetti e Attualità del Potere Marittimo in Mediterraneo nei secoli XII-XVII. Roma. 1999.
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XVI Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 231-252

41. GIOVANNI ALFONSO BISBAL, CONDE DE BRIATICO

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 62-64
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. IX pp. 246-248
- MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 225-230
- CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib X. pp. 234
- MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit. Vol. I pp. 107-108
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XVII Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 252-256

42. DIEGO ENRÍQUEZ DE GUZMÁN, CONDE DE ALISTE

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 64-65
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. X pp. 248-257
- MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 231-245
- CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib X. pp. 235-242
- MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 108-124
- MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, ROSSO, VALERIO; Loc. Cit. Vol. I pp. 273-280
- JIMENEZ DE PABLO, ESTHER; *Enrique de Guzmán y Toledo, Diego, V conde de Aliste*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografías/15668
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XVII Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 256-272

43. ENRIQUE DE GUZMÁN, CONDE DE OLIVARES

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 65-67
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. XI pp. 257-262
- CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib X. pp. 242-247
- MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 246-247
- MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 124-136
- MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, ROSSO, VALERIO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 280-284
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XVII Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 272-294

44. GIOVANNI III VENTIMIGLIA, MARQUÉS DE GERACI

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 67-69
- BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap.XI p. 262
- MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 247-252
- CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc Cit. Terza Parte Vol.I Lib X. pp. 247-248
- MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 136-137
- MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, ROSSO, VALERIO; Loc. Cit. Vol. I pp. 284-288
- CANZILA, ORAZIO; Loc. Cit. pp. 347-363

Siglo XVII

45. BERNARDINO DE CÁRDENAS, DUQUE DE MAQUEDA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 69-73
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap.XII pp. 263-269
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 252-260
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto é accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronaizione del re Vittorio Amadeo*, ed. Stamperia di Antonino Gramigani. Palermo, 1740, Parte Terza Vol. II. Lib I pp. 1-6
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 137-143
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, ZAMPARRONE, BALDASARE; Loc. Cit.. Vol. I pp. 237-252
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, ROSSO, VALERIO; Loc. Cit. Vol. I pp. 288-298
 RIVERO RODRIGUEZ, MANUEL; *Bernardino de Cárdenas, Duque de Maqueda (II)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografías/18031
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XIX Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 320-340

46. LORENZO SUÁREZ DE FIGUEROA, DUQUE DE FERIA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 73-75
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XIII pp. 269-275
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 260-271
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 6-14
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 143-149
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, ZAMPARRONE, BALDASARE; Loc. Cit. Vol. I pp. 252-271
 FERNÁNDEZ DE LUZÓN, ANTONIO; *Suárez de Figueroa, Lorenzo, Duque de Feria*. Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografías/15663.
 RUBIO MASA, JUAN CARLOS; *El mecenazgo artístico de la casa ducal de Feria*, en academia.edu/12589074/ 2001, pp.97-103

47. GIOVANNI III VENTIMIGLIA, MARQUÉS DE GERACI

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 75-76
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib..III Cap. XIII p. 275
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. p.14
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 149-150
 MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, BUGLIO, MARIO ; Loc. Cit. Vol. I pp. 219-223
 CANZILA, ORAZIO: Loc. Cit. p. 388

48. JUAN GASPAR FERNÁNDEZ PACHECO, V DUQUE DE ESCALONA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 76-81
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XIV pp. 275-282
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 271-278
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 14-22
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit. Vol. I pp. 150-168 y Vol.II pp. 1-58
 MARZO, GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA, VINCENZO ; Loc. Cit. Vol. I pp. 223-229
 CHORDA DOMENECH, MARÍA DEL CARMEN; *Genealogía de los Reyes y Virreyes de Sicilia*
 CEBALLOS-ESCALERA, Y GILA, ALFONSO; *Fernández Pacheco y Toledo, duque de Escalona (V)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia dbe.rah.es/biografías/60594
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XVII Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 252-256
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XX Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 320-340

49. GIOANNETTINO DORIA, CARDENAL

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 81
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XIV pp. 282-284
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 22-23
 MARZO, GIOACCHINO DI, *Diari della città di Palermo del secolo XVI al XX* publicati su i manoscritti della Biblioteca Comunale, Palermo, ed Luigi Pedone Lauriel, 1869 Vol. II, pp. 96-111 de FRANCESCO GIOVANNI AURIA y pp. 112-167 de CAPITAN MAYA obtenida de MICHELE LEONE; y pp. 214-227 de ROSA, GIOVANNI BATTISTA DE LA, en Biblioteca Comunale de Palermo
 SAN FILIPPO, MATTEO; *Doria, Gioannettino*, Treccani, Dizionario Biografico degli Italiani, Vol. 41, 1992
 D'AVENIA, FABRIZIO; *Lealtà alla prova: "Casa", Monarchia, Chiesa, la carriera politica del cardinale Giannettino Doria (1573-1642)* Dimensioni e Problemi della Ricerca storica. N° 2 pp. 45-72

50. PEDRO TÉLLEZ DE GIRÓN, DUQUE DE OSUNA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 78-82
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XV pp. 284-292
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 278-293.
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PARUTA, FILIPPO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 169-197
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, Archivo Comunal; Loc. Cit. Vol. I pp. 67-92
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto é accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronaizione del re Vittorio Amadeo*, ed. Stamperia di Antonino Gramigani. Palermo, 1740, Parte Terza Vol. II. Lib I y Lib II pp. 23-38
 LA LUMIA, ISIDORO; *Ottavio d'Aragona e il duca d'Osuna (1565-1623)* Archivio Storico Italiano, 1863, Nuova Serie, Vol. 17 n° 2 (34) en <https://www.jstor.org/stable/44452992>
 LINDE, LUIS MARÍA; *Don Pedro Girón, Duque de Osuna: Hegemonía Española a comienzos del siglo XVII*; ed. Encuentro, Madrid, 2005.
 BELADIEZ, EMILIO; *Osuna, el Grande, l duque de las empresas*, Editorial Alhambra, Madrid, 1954
 FERNÁNDEZ DURO, CESÁREO; *El gran Duque de Osuna y su marina: Jornadas contra turcos y venecianos (1602-1624)* 1880, reedición editorial Renacimiento, 2012.
 INSTITUTO NAVAL CULTURAL, *La marina de Osuna 1611-1624*, en https://armada.defensa.gob.es/html/historiaarmada/tomo3/tomo_03_21.pdf pp.336-351
 MONROY Y SILVA, CRISTÓBAL DE; *Las mocedades del duque de Osuna*, Biblioteca de Autores Españoles, ed. Ribadeneira, Dramaturgos posteriores a Lope de Vega (II) pp. 110-121
 SÁNCHEZ GARCÍA, ENCARNACIÓN; *Cultura della Guerra e arti della Pace, Il III Duca di Ossuna in Sicilia e a Napoli*. Tilio Pironte, Editore. 2012
 MANUSCRITO EN LA BIBLIOTECA COMUNAL DE PALERMO, *Relazione della Vittoria delle galee di Sicilia sotto il commando di Ottavio d'Aragona, nel 1613*. en MARZO, GIOACCHINO DI, Loc. Cit. Vol II, pp. 137 a 143 y pp. 288-297.
 MANUSCRITO EN LA BIBLIOTECA COMUNAL DE PALERMO, *Memorie diverse intorno al vicerè Duca di Ossuna, cavate de un ms. Col título di Ceremoniale del Senato di Palermo del 1598 al 1652, esistente nell' Archivio Comunale* en MARZO, GIOACCHINO DI, Loc. Cit. Vol II, pp. 167-80.
 MANUSCRITO EN LA BIBLIOTECA COMUNAL DE PALERMO, *In lode del governo del duca d'Ossuna vicerè di Sicilia, lettera inedita del Senato di Palermo al re Filippo III, da una copia contemporánea esistente a fog. 197, di un volume di varie scritture E 55, nella Biblioteca Comunale, segn Qq* MARZO, GIOACCHINO DI, Loc. Cit. Vol II, pp. 81-82,
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XXI Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 340-359

51. FRANCISCO RUIZ DE CASTRO, CONDE DE LEMOS

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 82-84
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XVI pp. 292-297
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 293-299
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto é accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronaizione del re Vittorio Amadeo*, ed. Stamperia di Antonino Gramigani. Palermo, 1740, Parte Terza Vol. II. Lib II pp. 38-46

- ENCISO ALONSO MONTAÑER, ISABEL; *Ruiz de Castro, Francisco Domingo, Conde de Lemos (VIII) duque de Taurisano (I)* Diccionario de la Real Academia de la Historia dbe.rah.es/biografías/18368.
BRUNELLI, GIAMPIERO, *Gattinara, Mercurino Arboreo, marchese di*, Treccani, Dizionario Biografico degli Italiani. Vol. 52, 1999
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XXI Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 340-359
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XXI Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 359-368

52. FILIBERTO DE SABOYA, PRÍNCIPE DE ONEGLIA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 84-90
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XVII pp. 297-302
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 46-50
MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 300-305
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA, FRANCESCO; Loc. Cit.. Vol. I pp. 92-105
VESCO, MAURIZIO; *Hic situs Emanuel, plangite Siceledes...* Ed. Caracol, Palermo. Rivista Lexicon n° 12, 2011
MERLOTTI, ANDREA; *Savoia, Emanuele Filiberto di, principe di Oneglia*, Dizionario Biografico degli Italiani, Vol. 91, Treccani,
BAZZANO, NICOLETTA; *Saboya, Manuel Filiberto de*; Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografías/15142
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XXII Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 368-373
SÁNCHEZ RUIZ, MARINA; *Filiberto de Saboya, Traductor de Philippe de Comynnes (1621-1627)* Actas del V Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro. Universidad de Navarra. 2015.

53. GIOANNETTINO DORIA, CARDENAL

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 90-92
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib III. Cap. XVII pp. 302-304
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 50-51
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MAYA CAPITAN; Loc. Cit.. Vol. II pp. 113-167
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, LA ROSA, GIOVANNI BAT.; Loc. Cit.. Vol. II pp. 215-227
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA, *Storia Civile del Regno di Sicilia* Tomo VIII Lib IX Cap. XXII Palermo. Reale Stamperia. 1817, pp. 361-386

54. ANTONIO PIMENTEL, MARQUÉS DE TÀVARA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 92-94
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XVIII pp. 304-306
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 50-
MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 305-308

55. ENRIQUE PIMENTEL

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 84
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. cit. Lib. III Cap. XVIII p. 306
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. p. 52
RAMA PATIÑO, LUZ Y VÁZQUEZ LIJÓ, JOSÉ MANUEL; *Enrique Enríquez Pimentel y Gascón, marqués de Távara (V)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografías/38938

56. FERNANDO FERNÁNDEZ DE LA CUEVA, DUQUE DE ALBURQUERQUE

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 94-97
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.. III Cap. XIX pp. 307-31
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 52-60
MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 308-313
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 215-227

57. FERNANDO AFÁN DE RIBERA, DUQUE DE ALCALÁ

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 97-100
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XX pp. 311-317
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 60-64
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 313-332
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 6-9

58. LUIS DE MONCADA, DUQUE DE MONTALTO

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 100-103
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XX pp. 317-320
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 64-68
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 332-345
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 9-11
 HALCÓN, FÁTIMA Y HERRERA GARCÍA, FRANCISCO JAVIER; *Entre Sicilia y España: nuevas aportaciones a la colección artística de Luis Guillermo de Moncada, duque de Montalvo, (1614-1672)* Universidad de Sevilla. Revistas.uam.es/anoario/article/view/9320/9550

59. FRANCISCO DE MELO, CONDE DE ASSUMAR

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 103-107
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXI pp. 320-325
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 68-69
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 345-350
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 11-18
 CHORDA DOMENECH, MARÍA DEL CARMEN; *Genealogía de los Reyes y Virreyes de Sicilia*. Blog. 13/02/2019
 GONZÁLEZ DE LEÓN, FERNANDO; *Melo, Francisco de Braganza, marqués de Vilaseca, marqués de Torrelaguna*, Diccionario Biográfico de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/13651

60. JUAN ALFONSO ENRÍQUEZ DE CABRERA, XIX CONDE DE MODICA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 107-109
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXII pp. 325-328
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 67-72
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 350-360
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 18-23
 GARCÍA HERNÁN, ENRIQUE; *Enríquez de Cabrera, Juan Alfonso, Duque de Medina de Rioseco (V)*, Diccionario Biográfico de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/15653

61. PEDRO FAJARDO DE ZÚÑIGA, MARQUÉS DE LOS VÉLEZ

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 109-113
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXIII pp. 328-340
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoricke di quanto é accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronaizione del re Vittorio Amadeo*, ed. Stamperia di Antonino Gramigani. Palermo, 1740, Parte Terza Vol. II. Lib II y III pp. 72-104
 MONGITORE, ANTONINO, *Il Parlamento di Sicilia, Memorie Historiche*, Palermo. 1718. pp. 360-365
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 23-214
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, PIRRO, ROCCO; Loc. Cit. Vol. IV pp. 58-253
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, SERIO, MARCO; Loc. Cit. Vol. IV pp. 1-58
 ZAPPERI, ROBERTO; *Alesi, Giuseppe*, Dizionario Biografico degli Italiani, Treccani, Vol. 2 1960. <https://www.treccani.it/enciclopedia/giuseppe-alesi>
 VÁZQUEZ DE PRADA, VALENTÍN; *Pedro Fajardo de Requesens-Zúñiga y Pimentel*. Diccionario Biográfico de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/9182

62. VINCENZO DE GUZMÁN, MARQUÉS DE MONTEALEGRE

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 113-115
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXIII pp. 340-343
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto é accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronaizione del re Vittorio Amadeo*, ed. Stamperia di Antonino Gramigani. Palermo, 1740, Parte Terza Vol. II. Lib III pp. 104-114
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 214-221

63. TEODORO TRIVULZIO, CARDENAL

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 113-115
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXIII pp. 343-357
 MARIANA, JUAN DE; *Historia General de España*, Madrid, Hijos de Catalina Peñuela 1828, Tomo IX Cap. XVII pp. 110-116
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 114-126
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 365-368
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 221-234.
 SIGNOROTTO, GIANVITTORIO, *Trivulzio, Gin Giacomo Teodoro*, Dizionario Biografico degli Italiani. Vol. 97. 2020
 WILLIAMS, PATRICK; *Teodoro Trivulzio, Gian Giacomo, Conde de Melzo (IV)* Diccionario Biográfico de la Real Academia Española de la Historia db.e.rah.es/biografías/ 21234

64. JUAN JOSÉ DE AUSTRIA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 115-120
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXIV pp. 357-364
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. y Lib. V, pp. 126-134
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 369-372
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 364-385
 RUÍZ RODRÍGUEZ, JUAN IGNACIO; *Austria, Juan José de*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, db.e.rah.es/biografías/13467

65. RODRIGO DE MENDOZA, DUQUE DEL INFANTADO

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 120-124
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXV pp. 364-368
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto é accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronaizione del re Vittorio Amadeo*, ed. Stamperia di Antonino Gramigani. Palermo, 1740, Parte Terza Vol. II. Lib. V pp. 134-141
 CARRASCO MARTÍNEZ ADOLFO, *Mendoza y Sandoval, Rodrigo Díaz de Vivar. Duque del Infantado (VII)*, Diccionario Biográfico de la Academia de la Historia, db.e.rah.es/Biografías/46521.
 FERRER DEL RIO, ESTEFANIA, *Rodrigo de Mendoza, I marqués de Cenete y conde del Cid, Paralelismos entre su biografía y su pretendida genealogía.*
<http://dx.doi.org/10.5944/etfiii.31.2018.18953>
 PAGINA WEB CONDE DE LA MONCLOVA, *La familia Infantado*,
https://www.condedelamonclova.com/?page_id=1139
 LADVOCAT, ABATE, *Dizionario storico; portatile...de tutti gli uomini lliustri nelle arti e nelle scienze*, ed. Remondini di Venezia.1795. Tomo V, p. 151.
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 372-373
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 386-395
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. III pp. 386-395

66. JUAN TÉLLEZ DE GIRÓN, DUQUE DE OSUNA

- AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 124-126
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXVI pp. 368-370
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 141-
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 33-42

GUTIÉRREZ NÚÑEZ, FRANCISCO JAVIER; *Téllez de Girón y Enríquez de Ribera, Juan*, en Diccionario Biográfico de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/15745

67. MARTIN DE REDIN

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 126
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. XXVI pp. 370-373
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 42-57
 PARDO MANUEL DE VILLENA, ALFONSO, *Grandes Maestros de la Orden de Malta pertenecientes a las Lenguas de Castilla y Aragón en los siglos 17 y 18*, Discurso leído en la Academia de la Historia el día de su recepción, 5 de junio de 1932. Madrid 1932. pp. 29-41.

68. PEDRO MARTÍNEZ RUBEO, ARZOBISPO DE PALERMO

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 127-129
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXVI pp. 373-375
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. 375-378
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 57-82
 JIMÉNEZ PABLO, ESTHER Y FUERTES DE GILBERT, MANUEL, *Martínez Rubeo, Pedro*, en Diccionario Biográfico de la Academia de la Historia, dbe.rah.es/42819/BB-e
 JAIME LORÉN, JOSÉ MARÍA y JAIME GÓMEZ, JOSÉ, *Pedro Martínez Rubio y Gómez (Ródenas, 1614-1667)* <http://www.xiloca.org>, Xiloca 8, 1991. pp. 81-90.

69. FERNANDO DE AYALA, CONDE DE AYALA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 129-133
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. XXVII pp. 375-379
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 144-147
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 379-384
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 99-142
 BERNÍ CATALÁ, JOSEPH, *Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla, Títulos de Felipe III* cap. XV, p 251. Valencia, 1769.
 MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, SANTIAGO, *Ayala Fonseca y Toledo, Fernando Antonio de, Conde de Ayala (III)* Diccionario Biográfico de la Academia de La Historia, dbe.rah.es/biografias/21924.
 ESTORNÉS LASA, BERNARDO, *Ayala y Fonseca, Fernando de*, Monarkía Eta Noblezia, Auñamendi Eusko Entziklopedia

70. FRANCESCO CAETANI, DUQUE DE SERMONETA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 133-140
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXVIII pp. 379-382
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 147-149
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 385-389
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 99-142
 RAFFAELLI CAMMAROTA, MARINA; *Caetani Francesco*, Dizionario Biografico degli Italiani, Vol. 16 1973

71. FRANCISCO FERNÁNDEZ DE LA CUEVA, DUQUE ALBURQUERQUE

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 140-145
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. XIX pp. 382-386
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 149-153
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 389-393
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 142-164
 BAEZA MARTÍN, ASCENSIÓN; *Fernández de la Cueva, Francisco, duque de Alburquerque (VIII)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/9400
 ORUETA COLORADO, LUIS, *Los Virreyes de América del Norte (Nueva España 1535-1821)* Madrid. 2018.en acadmia.edu

72. CLAUDIO LAMORAL. PRINCIPE DE LIGNE

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 145-150
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXX pp. 386-393
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; *Memorie Istoriche di quanto é accaduto in Sicilia del tempo de suoi primieri abitatori sino alla coronaizione del re Vittorio Amadeo*, ed. Stamperia di Antonino Gramigani. Palermo, 1740, Parte Terza Vol. II. Lib. VI pp. 154-169
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 393-402
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol.V pp. 293-313
 MASSIMO CARLO, GIANNINI; *Ligne y de la Lorena, Claudio Lamoral de, Príncipe de Ligne (III)* Diccionario Biográfico de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/221126

73. FRANCISCO BAZÁN DE BENAVIDES, MARQUÉS DE BAYONA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc..Cit. pp. 150-153
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXXI pp. 3393-398
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 169-184
 MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 402-413
 JIMÉNEZ PABLO, ESTHER; *Bazán y Benavides, Francisco, marqués de Santa Cruz (V)* Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/42829
 SMITH MACK, DENIS, *Storia della Sicilia medievale e moderna*, Laterza. Bari. 1970..

74. FADRIQUE DE TOLEDO, MARQUÉS DE VILLAFRANCA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 153-160
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXXII pp. 398-406
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 184-191
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 357-371
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. VI pp. 1-77
 CHORDA DOMENECH, MARÍA DEL CARMEN; *Genealogía de los Reyes y Virreyes de Sicilia*. Blog.

75. ANIELO DE GUZMÁN, MARQUÉS DE CASTEL RODRIGO

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 160-164
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXXIII pp. 406-409
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. y Lib. VII pp. 191-213
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. VI pp. 77-96
 SÁNCHEZ MARTÍN, JUAN; *Guzmán y Caraffa, Anielo, Marqués (IV) de Castel Rodrigo*. Diccionario Biográfico de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/42838

76. FRANCESCO DE GATTINARA, MARQUÉS DE SAN MARTINO

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. p. 164
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. XXXIII p. 409-410
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 213.
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. VI pp. 96-102
 RIBOT GARCÍA.LUIS; *La Monarquía de España y la guerra de Mesina (1674-1678)*. Madrid. Editorial Actas. 2002
 SÁNCHEZ MARTÍN, JUAN LUIS, *Santiago Francisco de Gattinara y Guasco, marqués de San Martino*, Diccionario Biográfico de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/42839

77. LUIS FERNÁNDEZ DE PORTOCARRERO, CARDENAL

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 164-166
 BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXXIV pp. 410-412
 CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Lib VIII pp. 223-228
 MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. VI pp. 102-154

BIBLIOGRAFÍA

SANZ AYAN, CARMEN; *Fernández Portocarrero y Guzmán, Luis Manuel*, Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/9471

78. VICENTE GONZAGA, PRÍNCIPE DEL SACRO IMPERIO

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 166-168
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib.III Cap. XXXV pp. 412-414
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. pp. 228-231
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. VI pp. 154-171

79. FRANCISCO DE BENAVIDES, CONDE DE SANTISTEBAN

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 168-185
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXXVI pp. 414-426
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Lib. VIII y Lib. IX pp. 231-239
MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 414-424
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. V pp. 374-382
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, AURIA VINCENZO; Loc. Cit. Vol. VI pp. 171-
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. VII pp. 1-63
ZAPPERI, ROBERTO; *Auria, Vincenzo*, Dizionario Biografico degli Italiani. Treccani. Vol. 4.1962
MONGITORE, ANTONINO; *Vita di Vincenzo Auria*, en G.M. Crescimbeni: *Le Vite degli Arcadi Illustri* III, Roma. 1714, pp. 109-128

80. JUAN FRANCISCO PACHECO, DUQUE DE UCEDA

AURIA PALERMITANO, VINCENZO, Loc. Cit. pp. 185-213
BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. III Cap. XXXVII pp. 426-434
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Lib. IX pp. 239-249
MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. 425-433
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. VII pp. 63-135
MARTIN VELASCO, MARGARITA, *La biblioteca invisible del duque de Uceda (1649-1718)* Titvillius. 2009. Revista Internacional sobre el Libro Antiguo. pp. 373-388.
MARTIN VELASCO, MARGARITA, *Pacheco Téllez de Girón de Mendoza, Juan Francisco*. Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia, dbe.rah.es/biografias/8573.
NIDER, VALENTINA, *La República de los Togados y la Política Cultural Virreinal en las EPISTOLAS VARIAS de Lucio Espinosa y Malo*. Anejos de Dieciocho. Universidad de Trento. 2009, pp. 233-251.
MARTIN VELASCO, MARGARITA; *La corte virreinal siciliana del IV Duque de Uceda (1687-1696)* en *Pro Rex: Virreinos y Gobiernos Españoles en la Italia Moderna*. ed. Cristina Bravo y Roberto Quirós. Albatros ediciones. 2013 pp. 61-81
TEDESCO, ANNA, *Juan Francisco Pacheco, V duca di Uceda, uomo politico e mercenante tra Pakermo, Roma e Vienna nell'epoca de la guerra di Successione Spagnola*, en academia.edu/2733736

Siglo XVIII

81. PEDRO COLÓN DE PORTUGAL, DUQUE DE VERAGUA

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. cit. Lib. III y IV, Cap. XXXVIII y I, pp. 434-442
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Lib. IX y Lib. X pp. 249-261
MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp.434-442
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. VII pp. 135-208
COLÓN DE PORTUGAL, ANUNCIADA, *Colón de Portugal y de la Cueva, Pedro Manuel, duque de Veragua (VII)* Diccionario de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/20641
MARIANA, JUAN DE; *Historia General de España*, Hijos de Catalina Peñuela, 1828. Tomo IX Cap. XVIII pp.189-211

82. JUAN FERNÁNDEZ PACHECO, DUQUE DE ESCALONA

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. IV Cap. II pp. 444-447
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Lib. VIII y Lib. IX pp. 261-
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. VII pp. 208-276 y
286-291
ÁLVAREZ DE MIRANDA, PEDRO; *Fernández Pacheco y Zúñiga, Juan Manuel, Marqués de Villena*
(VIII) Diccionario de la Real Academia Española de la Historia dbe.rah.es/biografias/9462

83. FRANCESCO DEL GIUDICE, CARDENAL

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. IV Cap. II p. 447-452
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Lib. X pp. 264-267
MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 442-450
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. VII pp. 298-331 y
Vol. VIII pp. 1-31
D'ELCI, OTTAVIO; *Vite de Cardinali (1701)* pp. 182-185
DI MESSINA, PIETRO; *Del Giudice, Francesco*, en Treccani, Dizionario Biografico degli Italiani, Vol.
36, 1988.

84. ISIDRO DE LA CUEVA BENAVIDES, MARQUÉS DE BEDMAR

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. IV Cap. III pp. 452-455
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Lib. X pp. 267-272
MONGITORE, ANTONINO, Loc. Cit. pp. 450-461
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. VIII pp. 31-37
ECHEVARRÍA BACIGALUPE, MIGUEL ÁNGEL; *Cueva y Benavides, Isidro Melchor de la, Marqués*
de Bedmar (IV) Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia dbe.rah.es/biografias/5605

85. CARLO FILIPPO SPÍNOLA, DUQUE DE SESTO

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. IV Cap. IV pp. 455-
CARUSO, GIOVANNI BATTISTA; Loc. Cit. Lib. X pp. 272-283
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. VIII pp. 37-131

86. JEAN FRANCOIS DE BETTE, MARQUES DE LEDE

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. IV Cap. VII y VIII pp. 495,507

87. JOSÉ CARRILLO DE ALBOFRNOZ, CONDE DE MONTEMAR

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. IV Cap. XII pp. 536-541
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. IX pp. 228-243

88. HENRY DE CREUZY DE BÉNÉVENT, CONDE DE MARCILLAC

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. IV Cap. XXIII pp. 541-542
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. IX pp. 243-251
OZANAM, DIDER; *Creuzy de Bénévent, Enrique Magdalena de, Conde de Marcillac (II)* Diccionario
Biográfico de la Real Academia Española de la Historia, dbe.rah.es/biografias/53717

89. CARLOS DE BORBÓN, REY DE LAS DOS SICILIAS

BLASI, GIOVANNI EVANGELISTA Loc. Cit. Lib. IV Cap. XIV p. 543-553
MARZO GIOACCHINO DI, a cura de, MONGITORE, ANTONINO; Loc. Cit. Vol. IX pp. 251-312

Índice Onomástico

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Accoramboni, Vittoria ; 262,
 Achilini di Borgogna, Claudio ; 325,
 Acquaviva, Anna ; 421,
 Acquaviva, Cesare ; 298,
 Acuña, familia ; 131-132,
 Acuña, Fernando de ; 130,131-136,
 Acuña,y Alborno, Pedro ; 132,
 Adamo, Antonio ; 440,
 Adorno, marqués de ; 520,
 Aedo, Diego de ; 266,
 Afán de Ribera, familia ; 347,
Afán de Ribera, Fernando ; 347-351,
 352,356,555,
 Afan de Ribera, Fernando ; 350,
 Afán de Ribera, María ; 351,
 Afán de Ribera, Payo ; 350,
 Afliti, Pietro, baron de Sinagra ; 273,
 Agliati, Ghirardo Antonino ; 333,
 Águila, Diego del ; 159,
 Aguirre, Domingo de ; 513,
 Aguirre, Pedro de ; 433,
 Ahumada, duque de ; 344,
 Ajarete, Blas de ; 64,
 Alagno, familia ; 92,
 Alagno, Lucrecia de ; 90-94,
 Alba, familia ; 253,416
 Albani, Giovanni Francesco ; 514,
 Alberoni, Giulio; 497, 500,517, 518,520,521, 529
 Albertino, Arnaldo, obispo ; 187,190,
 Albinoni, Tomasso ; 509,
 Alburquerque, duque de ; 342,363,417,
 423,432,484,
 Alburquerque, Leonor : 51,
 Alciato, Pacino ; 66,
 Alejandro V, papa ; 47,
 Alejandro VI, papa ; 140,
 Alejandro VI, papa ; 421,
 Alejandro VII, papa ; 164,404,413
 Alejandro VIII, papa ; 498,
 Alfonso de Aragón, duque de Calabria ;
 381
 Alfonso I el Batallador, rey ; 85,
 Alfonso II , rey de Nápoles ; 138,
 Alfonso II, el Casto, rey; 85,
 Alfonso III de Aragón ; 73,
 Alfonso IV, rey de Aragón ; 36,44,47,53,
 Alfonso V, el Magnánimo ; 34,39,45,47,49,51,
 54-56,63,64,66,69-72,74,76-78,81,82,86,88-90,
 91-94,97,98,100,111,131,137,158,538,
 Alliatto, Filippo ; 441,
 Aloppe, Pandolfo ; 36,
 Álvarez de Miranda, Pedro, 560
 Álvarez de Toledo, duque de Alba ; 348,
 Álvarez de Toledo, Fadrique; 217,
 Álvarez de Toledo, familia ; 215,216,445,
 Álvarez de Toledo, Juana ; 297,
 Álvarez de Toledo, Luis; 217,
 Álvarez de Toledo, Pedro ; 215,
 Anghien, duque de ; 425,
 Anjou, duquesa de ; 71,
 Anjou, familia ; 65,
 Anjou, Ludovico de ; 44,45,
 Anjou, Rainiero de ; 63,
 Anjou, Renato de ; 57,70,81,82,
 Ansalone, Antonino ; 259,
 Ansalone, Ascanio ; 418,419,441,
 Ansalone, Carlo : 418,
 Ansalone, Giovanni ; 44,
 Antequera, Fernando de, rey ; 32-37,,40,51,
 126,127,
 Appiano, Giacomo ; 106,
 Aprile, 339,
 Aquaviva, Mateo ; 70,
 Aquila. Gianbattista del ; 374,
 Aragón , Juan de, conde de Ribagorza ; 149,
 Aragón, Bartolomea de ; 57,
 Aragón, Enrique, infante de ; 39,53,63-65,
 Aragón, Fernando, rey de Nápoles ; 90,
 Aragón, Juan, infante de ; 39,65,94,95,101,
 107,113,
 Aragón, María de, reina ; 131,
 Aragón, Pedro I, rey de ; 85,
 Aragón, Pedro III, rey de ; 85,
 Aragón, Pedro IV el Ceremonioso; 86,89,
 Aragón, Pedro, infante de ; 39,50-53,63-67,
 69-72,544,
 Aragon, y Prades, Timbora de : 21,27,

- Aragona y Tagliavia, Ana de ; 241,
Aragona, Antonia de ; 223,
Aragona, Carlo de ; 223-228,229,237,
239-243,278,550,
Aragona, familia ; 223,229,
Aragona, Giovanna de ; 248,
Aragona, María de ; 229,
Aragona, Martín de ; 233,
Aragona, Octavio de ; 312,314,317,
Arborio Gattinara, Mercurino ; 456
Arborio Gattinara, Virginia ; 457,
Arcos, duque de ; 384,388,389,
Arecuso de Pimentel, Francesco ; 443,
Arienzo, marqués de ; 535,
Arión , duque de ; 535,
Ariosto ; Ludovico ; 220,249,
Asamari, Tomasso de ; 47,
Asmonodo, Adamo ; 97-100,544,545,
Aspramonte, barón de ; 433,
Assam, bajá ; 251,
Astigliano, príncipe de ; 451,
Atri, duque de ; 70,
Auria, Vincenzo ; 27,43,45,49,56,108,138,
185,190,250,266,272,282,324,326,330,333
363,364,369,375,384,390,391,396,404,405
472,475,513,543-559,
Auria, Francesco Giovanni ; 553,
Austria, Anna María de, reina ; 485,
Austria, Carlo de ; 242,
Austria, Federico de ; 140,
Austria, Juan de ; 219,230,237,240,-242,24
246,248,288, 389,429,
Austria, Juan José de ; 384,389-391
452,453,456,458,460,461,556,
Austria, Mariana de ; 390,
Austria, Matías, emperador de ; 291,
Austria, Maximiliano de ; 140,
Ávalos Francisco ; 227-232,235,239,258,
Ávalos, Antonia de ; 227,
Ávalos, familia ; 227,
Ávalos, marqués de ; 193,
Avis, familia ; 297,
Ayala, duque de ; 412,
Ayala, Fernando de ; 415-419,484,557,
Ayala, Teresa de ; 484,
- Ayamonte, marqués de ; 358,
- B**
- Baeza, Gaspar de ; 162,168,547,
Baeza Martín, Ascensión ; 557,
Bages, Raimundo ; 21,
Balbases, marqués de los ; 509,
Ballis, Anna de ; 277,
Ballis, Gianbattista de ; 277,
Ballo, Gaspare ; 411,
Balsamo, Antonio ; 188,
Balsamo, Giuseppe ; 345,
Balsamo, Pietro ; 300,
Baltasar Carlos, príncipe de España ; 345,
Barbarroja ; 178,181,188,196,200,
Barbera, Vincenzo la ; 352,
Baronio, Francesco ; 346,
Barressi, familia ; 196,
Barressi, Giuglielmo ; 199,
Barressi, Matteo ; 195,
Basile, Matteo, obispo ; 537,
Baucina, príncipe de ; 435,
Bayona, marqués de ; 436,439-444,442,
Bayona, marquesa de ; 446,
Bazán, Álvaro de ; 246,253,291,313,314,338,
341,473,
Bazán, de Benavides, Francisco ; 436,437
558
Bazán, Fernando de ; 474,502,
Bazzano, Niccoletta ; 550,554,
Beatriz de Portugal ; 393,
Beccaria, Giuseppe ; 27,
Beccia, Giuseppe ; 22,
Beladíez, Emilio ; 553,
Bellorusso, Tomasso ; 177,
Benavente, duque de ; 337,
Benavides, Diego de ; 472,
Benavides, Francisco de ; 467-474,476,
439-444,
Benedicto X, papa ; 20,
Berní Catalá Joseph ; 557.
Beni, Paolo ; 293,
Bette, Jean Francois de, marqués de Lede
517-523,560,

- Bette, Wilhelm ; 518,
 Bey de Túnez ; 191,
 Bezerra, Giovanni ; 226,231,
 Bing, John, almirante ; 520,
 Bisbal, Diego ; 257,
 Bisbal, Ferrante ; 257,
 Bisbal, Francesco ; 257,
Bisbal, Giovanni Antonio ; 254,257-260,
 262,551
Blanca, reina de Sicilia, 19-32,35,36,40
 41,43,44,49,56,57,94,107,125,179,231,361,
 387,521,543,
 Blasi, Francesco Paolo ; 227,
 Blasi, Giovanni Evangelista ; 28,44,45,57,
 74,84,86,89,90,97,98,103,105,106,111,114,
 127,128,134,135,138,156,158,160,172,176,
 185,186,191,200,212,258,260,263,265,275,
 284,312,316,346,350,363,364,369-372,374,
 377,384,394,397,404,406,408,409,416,435,
 457,463,464,472,479,480,481,503,504,506,
 533.543-560,
 Boccadifuoco, Giuseppe ; 373,374,
Bologna, Simone de ; 545,
 Bolonia, Bernardino de ; 154,
 Bolonia, Francesco de ; 290,,
 Bonetta, Ottavio ; 255,
 Bonfiglio, Giuseppe Constanzo ; 182,299,548
 Borau, J.M. ; 546,
Borbón, Carlos de, rey de las dos Sicilias
 533-540,
 Borbón, condestable de ; 161,
 Borbón, duque de 530,
 Borbón, familia ; 514,
 Borgia, César ; 164,
 Borgia, familia ; 151,
 Borgia, Lucrecia ; 21,
 Borgia, Melchior ; 375,377,
 Bornaville, Alejandro, duque de ; 453,460,462
 Boscán, Juan ; 233,
 Braganza, familia ; 297,
 Branciforte, Pietro ; 411,
 Branciforte, Antonio ; 188,
Branciforte, Dorotea ; 293,
 Branciforte, Eleonora ; 195,
 Branciforte, familia ; 179,185,
 Branciforte, Francesco ; 288,298
 Branciforte, Michele ; 534,
 Branciforte, Niccolò ; 364,
 Braudel, Fernando ; 219,549
 Bravo, Gregorio ; 254,255,
 Brenzena, Cristóforo ; 147,
 Brumano, Cesare ; 232,
 Brunebergh, Carlo ; 436,
 Brunelli, Giampiero ; 554,
 Bruni, Antonio ; 325,
 C
 Cabrera y Moncada, Ana de ; 362,
 Cabrera, Bernardo de ; 20-31,36,40,41,
 43,44,47,56,361,387,
 Cabrera, Giovanni Bernardo ; 88,98,
 Cabrera, Leonor ; 75,
 Cacciamillia, Leonardo ; 379,
Caetani, Francesco, duque de Sermoneta
 421-423,557,
Caetani, Leonor ; 421,
 Caffaro, Antonio ; 442,443,
 Calderón María ; 389,
 Caldora, Antonio ; 83,
 Calí, Mauro ; 47,
 Calígula, emperador romano ; 27,
 Calixto III, papa ; 92,93,99
 Caltabellota, conde de ; 176,
 Calvete, Tristán ; 158,
 Camarata, conde de ; 159,173,175,
 Cameros, Luis de los ; 411,
 Campana, Cesare ; 282,
 Campo, Carlo Antonello del ; 159,
 Campofregoso, Agostino ; 125,
 Campofregoso, Paolo ; 125,
 Candelas, Luis ; 271,
 Candia, gran visir de ; 432,
 Cane, Facino ; 66,
 Canella, Francesco ; 373,
 Cannizzaro, Matino ; 411,
 Cannizzaro, Salvatore ; 411,
 Cánovas del Castillo, Antonio ; 426,
 Canzila, Ottavio ; 295,544,548,551,552,
 Capellari, Genaro ; 500-503,
 Caracciolo, familia ; 394,498

- Caracciolo, Juan; 55,63,
 Caracciolo, Lucrecia ; 319,
 Caracciolo, Niccolò, obispo; 211,
 Caraffa, Francesco ; 383,
 Caraffa, Placido ; 361,
 Cárdenas Velasco, Bernardino; 281
Cárdenas, Bernardino de ; 281-285,552
 Cardona Argensola, Antoni ; 143,
 Cardona, Alfonso de ; 190,193,
Cardona, Antonio de ; 40-41,43-44,543,
 Cardona, Artale ; 126,
 Cardona, Castellana de ; 144,
 Cardona, familia ; 126,127,145,
Cardona, Giovanni, conde de Prades ;
 118-122,122,
 Cardona, Pedro de ; 70,82,
 Cardona, Pietro II ; 126-128,159,167,
 Cardona, Raimondo de ; 358,359,
Cardona, Ramón de ; 143-149,
 Carini, príncipe ; 490,
 Carlino, Giral dona de ; 90,
 Carlo Magno, emperador ; 74,
 Carlos Don, príncipe de España ; 230,
 Carlos I, rey de Inglaterra ; 387,
 Carlos II, rey de España ; 423,427,428,444
 440,443,459,461,463,464,465,467,468,470
 476,478,480,485,497,499,500,503,506,531
 Carlos II, rey de Inglaterra ; 431,
 Carlos III de Saboya ; 186,
 Carlos III, rey de España ; 525,526,527,531
 Carlos III, rey de Navarra, 20,32,
 Carlos V de Sicilia ; 530,
 Carlos V, emperador ; 140,157,159,160,161
 171,175,180,181,189,191,196,199,216,231
 269,281,332,337,346,426,428,456,
 Carlos VI, archiduque de Austria ; 505,514
 Carlos VII de Nápoles ; 530,
 Carlos VIII de Francia ; 325,
 Carlos VIII, rey de Francia ; 139,140,151,
 163,164,178,
 Carlos, príncipe de Viana ; 35,94,101,103,
 107
 Carpio, marqués del ; 452,
 Carrafa, Gian Battista ; 545,
 Carrasco Martínez, Adolfo ; 556,
 Carretto, Federico ; 158,180,
 Carretto, Girolamo del ; 293,
Carrillo de Albornoz, José, 525-527,
 560
 Carro, Domenico ; 246,253,551,
 Caruso, Giovanni Battista ; 282,507,543-560
 Cassiere, Giovanni de La ; 251,
Castagna, Niccolò ; 45-48,543,
 Castañedo, almirante ; 520,
 Castel Rodrigo, familia; 454,
Castel Rodrigo,marqués de ; 451-454
 452,458,460,
 Castellucio, duque de ; 534,
 Casteltermine, príncipe de ; 489,
 Castelvetro, príncipe de ; 236,
 Castiglia, Giovanni ; 339,
 Castiglione, conde de ; 526,
 Castriota, Alfonso ; 216,
Castro Figueroa, Pedro ; 531,
 Castro, Agustín de ; 319,
 Castro, familia ; 297,
 Castro, Inés de ; 297,
 Catalina, infanta de España ; 263,
 Catinella, ; 506,507,
 Cavalà, Mohamed ; 326,330,
 Ceballos Escalera y Gila, Alfonso ; 552,
 Cellamare, príncipe de ; 498,
 Centelles, Bernardo de ; 84,
 Centelles, Catalina ; 86,108,
 Centelles, familia ; 75,
 Centelles, Francisco ; 86,
 Centelles, Gilabert Rioseco ; 75,
Centelles, Gilberto de ; 37,73-79,86,545,
 Centelles, Pietro ; 154,
 Centelles, Ramoneta ; 75,
 Cepeda Marín, Patricia ; 337,
 Cerda y Silva, Gaspar de la ; 212,
Cerda y Silva, Juan de la. ; 205-213,549,
 Cerda, Francisco de la ; 499,509,
Cerda, Isabel de la ; 509,510,
 Cerda, Juana de la ; 351,
 Cerda, Teresa de la ; 472,474,
 Cervantes ; 319,
 Cervellón , Felipe ; 169,
 Cesarini, Julián ; 76,

INDICE ONOMÁSTICO

- Chacón, Bernardo ; 433,
 Chevolet, Jean Michel ; 431,
 Chiaramonte, familia ; 361,
 Chiaramonte, Isabella di; 91,
 Chorda Domenecq, María Carmen; 552 560
 555,558
 Cicala, familia ; 278,
 Cicala, Lucrezia ; 283,
 Cicala, Scipione ; 278, 282,283,
 Cicala, vizconde de ; 211,
 Cifuentes de Heredia, Luca ; 251,
 Clemente IX, papa ; 498,
 Clemente VII, papa ;46, 161,176,
 Clemente VIII, papa ; 270,303,304,
 Clemente X, papa; 498,
 Clemente XI, papa ; 504,514,515,519,
 Clemente XII, papa ; 490,
 Coffo, Carlo ; 489,
 Coletta, Pietro, 544,
 Colloca, Girolamo ; 250,
 Collufari, ; 371,378,
 Colón Cristóbal ; 484,491,
 Colón de Portugal, Pedro Manuel ; 491,
Colón de Portugal, Pedro; 468
 483-491,559,
 Colonna, Antonio ; 144,
 Colonna, Ascanio ; 168,169,216,248,249
 Colonna, Camilo ; 169,337,
 Colonna, familia ; 11,56,75,185,229,394
 421,445,509
Colonna, Marco Antonio ; 174,220,23
 239, 245-255,258,262,263,362,428,
 239, 245-255,258,262,263,362,428,
 Colonna, Oddone ; 46,47,
 Colonna, Pompeo ; 251,
 Colonna, Vittoria ; 216,253,345,362,
 Commynes, Philippe de ; 325,
 Condé, principe ; 529,
 Condé, príncipe de ; 385,
 Condumieri, Gabriel ; 75,
 Constantino, Giuseppe ; 352,
 Coppi,; 255,
 Corbera, Calcerano ; 254,255.
Corbera, Gaetano de ; 97-100,545,
 Cornel, familia ; 86,
 Cornel, Luis ; 85,86,
 Correa de Souza, Antonio ; 404,
 Corsini, principe ; 534,
Creuzy de Bénévent, Henry ; 529-531,
 Criado Mainar, Jesús; 546,
 Crispano, marqués de ; 440,
 Colón de Portugal, Anunciada ; 559
 Croce, Benedetto ; 92,545,
 Cromwell, Oliver ; 387,407,
 Cruillas, Girolamo ; 22,
 Cruilles, barón de ; 122,
 Cruz Ahedo, Félix de la ; 479,
 Cruz, sor Ana de la ; 350,
 Cueva, Beltrán de la ; 343,
Cueva, Isidoro de la, 505-507,559,
 Cueva, Melchor de la ; 445,443,
 Curzio, Francesco ; 372,
- D
- D'Afflito, Vincenzo de ; 236,
 D'Alagno Lucrecia ; 90-94
 D'Alagno, Luisa ; 92,
 D'Alagno, Niccolà ; 91,
 D'Alesi, Francesco ; 373,
 D'Alesi, Giuseppe ; 367, 371-375,
 D'Ambusson, mariscal ; 462,
 D'Amico, Antonino ; 49
 D'Amico, Pietro ; 350,
 Danieli, Francesco ; 371,
 Dante, Alighieri ; 233
 D'Antige, señor de ; 446,447,
D'Aragona y Tagliavia Giovanni ; 190,
 193,205, 223,298,
 D'Aragona, familia ; 185,
 D'Aragona, Isabel ; 144,
 Darqueri, Giuliano ; 88,
 D'Avalo, Íñigo ; 87,
 D'Avenia, Fabrizio ; 553,
 D'Ávila, María ; 134,135,
 Daya Machín ; 169,
 Deinotto, Placido : 395,441,
 D'Elci, Ottavio ; 560,
 Despuig, Luis de ; 113-116,

Di Giovanni, Vincenzo ; 312,
Diana, Federico ; 134,
Doria Chiaromonte, familia ; 21,
Doria, Andrea ; 185,187,188,192,202,203,
207,209,215,219,241,246,258,259,291,
Doria, Carlo ; 335,
Doria, familia ; 185,216,248,509,
Doria, Filipinno; 167,169,
Doria, Giannetino, cardenal ; 301,316,
333-335,339,341,357-359,553,
Doria, Giovanni , obispo ; 363,
Doria, María Vittoria ; 461,
Dovici, Bernardo, papa ; 144,
Dragone, Giorgio ; 105,
Dragut, El ; 201,203,206,208,218,
Dubois, Guillaume ; 529,
Duchatelet, Francois ; 431,
Durrea, María de ; 263,267,
Dyck, Anton van ; 325,

Enríquez de Guzmán, María ; 267,
Enríquez de Ribera, Catalina ; 310,
Enríquez de Velasco, Beatriz ; 143,
Enríquez de Zúñiga, Gaspar ; 369,
Enríquez, Alfonso, almirante ; 34,37,
Entenza, Teresa ; 48,
Entenza, Urraca ; 48,
Errante, Giuseppe ; 371,
Escalona, duques de ; 297,499,560
Espés, Alfonso ; 130,
Espés, Gaspar de ; 123-130,134,
Esquerra Revilla, Ignazio ; 549,
Espés, Luis ; 123,130,
Espés, Pedro ; 123,
Este, Alfonso del ; 144,
Estornés Lasa, Bernardo ; 557,
Estrées, duque de ; 442,
Eugenio IV, papa;70,71,75-78,81,83,87,88

F

E

Eca, Pedro de ; 122,
Echevarría Bacigalupe, Miguel Ángel ; 560
Emiliano, Escipion ; 253,
Enciso Alonso Muntañer, Isabel ; 554,
Enrique II de Castilla ; 467,
Enrique II de Francia ; 205,206,
Enrique III de Francia; 308,
Enrique IV de Francia ;132,323,
Enrique VIII, de Inglaterra ; 93,204,
Enríquez de Cabrera, Felisa ; 363,
Enríquez de Cabrera Anna;365;
Enriquez de Cabrera, Alfonso ; 359,
361-365,555
Enríquez de Cabrera, Luis ; 362,
Enríquez de Cabrera, María : 362,
Enríquez de Girón, Gil ; 362,
Enríquez de Guzmán, Diego ; 267,
Enríquez de Guzmán, Alfonso ; 262,
Enríquez de Guzmán, Antonio ; 267,
Enríquez de Guzmán, Diego
261-267,272,551,
Enríquez de Guzmán, familia ; 261,262,
Enríquez de Guzmán, Luis ; 262,

Fajardo de Zúñiga, Pedro; 367-375,555,
Fardella, Girolamo ; 436,
Farnesio, Alejandro, cardenal ; 226,
Farnesio, Isabel de, reina ; 500,517,518,
520,533,538
Fassolo, Domenico ; 245,
Paulo, Gabriele de ; 28,
Fazello, Tomasso ; 29,-31,58,89,176,543,
544,546, 548
Fecco, Giacomo ; 509,
Federici, Gaspar ; 378,
Federico III de Habsburgo ; 92,
Fedrico II, rey de Sicilia, ; 28,
Felice, Pietro ; 59-62,544,
Felipe II, rey ; 132,137,199,204,205,207
209,211,218,221,229-231,235,240,246,249,
249,252,255,262,266,269,281,284,285,287,
303,305,323,326,337,389
Felipe III de España ; 267,285,287,290,
293,297,300,305,308,313,315,319,321,337,
337,343,355,362,394,
Felipe IV de España ; 269,308,322,324,
325,346,347,348,349,358,362,382,388,389,
391,407,416,423,431,452,461,

- Felipe V, rey de España : 488,489,499,500,501. Fuertes de Gilbert, Manuel ; 557,
504,505,510-513,514,517,521,529,538,
Felipe, el Hermoso, rey ; 140,141, G
Felix V, papa ; 78,79,
Fernández de la Cueva, Fernando ; 342, Gaetani, Juan ; 169,
343-346,554, **Gaetano, Pietro** ; 98,
Fernández Pacheco, Diego ; 299,301, Galetti, Alessandro ; 411,
Fernández de Córdoba, Gonzalo ; 139-141,146 Galietti, Luisgi ; 551,
151,163,165, Galteri, Marco Antonio ; 339,
Fernández de la Cueva, Francisco ; 425, Gambaro, Niccolino ; 278,
426-430,557, **García de Toledo, Pedro** ; 253,
Fernández de Oviedo, Gonzalo ; 137,138, García Hernán, Enrique ; 555,
Fernández Duro, Cesáreo ; 313,553, García Hidalgo, Cipriano ; 548,
Fernández Luzón, Antonio ; 552, Gascón Pérez, Juan ; 137,
Fernández Pacheco Juan Francisco ; 493-49 Gascón Pérez, Jesús ; 547,
560 Gattinara, Alejandro ; 319,320,
Fernández Pacheco, Juan Gaspar ; **Gattinara, Francesco** ; 453,455-458,558,
297-301,552, Genaro, Aníbal ; 169,
Fernandino, rey de Nápoles ; 139,140, Genebrand, Gilberto ; 220,
Fernando II de Aragón , el Católico ; 101,105, Genova, Vincenzo de ; 374,
108,113,116,122,-124,132,138,139,141,144-1 Geraci, marqués de ; 369,391,396,435,
151,152,155,156,163,164,180,199,204, Geremia, Pietro ; 88,
Fernando III de Sicilia ; 539, Giannone, Pietro ; 274,
Fernando III rey de Bohemia ; 346,348,349,38 Giarratana, marqués de ; 235,345,
Fernando IV de Nápoles ; 539, Gioeni, Giovanni ; 329,
Ferrante, rey de Nápoles ; 87,92,93,114. Giovanni, conde de la Marca ; 32,
Fernando VI, rey de España ; 538, Giovanni, príncipe de Nápoles ; 32,
Ferrer del Río, Estefanía ; 556, Giovinazzo, duque de ; 498,
Ferrer, Vicente ; 46,47, Giovio, Paolo ; 160,180,
Fiesco, Urberto de ; 125, Girón, Anna de ; 350,
Filangieri, familia ; 195, Girón y Pacheco, Antonio ; 309,
Filingeri, Alexandro ; 500,501, Gómez de Sandoval, Diego ; 34,
Filingeri, Vincenzo ; 450, Gómez, Ruy , duque de Éboli ; 204,219,249,
Fimia, Cataldo ; 350, Góngora, Luis de ; 350,362,
Finocchiario, Vincenzo ; 418, **Gonzaga Vincenzo**. principe del Sacro Imperi
Fleury, André ; 530, 461-465,468,559,
Fodale, Salvatore ; 543, Gonzaga, Catalina ; 379,
Fogliada, duque de ; 462, Gonzaga, familia ; 185,
Foix, Germana de ; 132, Gonzaga, Fernando ; 461
Folch de Cardona, Hugo ; 40,41, **Gonzaga, Ferrante** ; 182. 185-194,196,227,46
Fonseca y Zúñiga, María de ; 270, Gonzaga, Isabel ; 227,
Fonseca, familia ; 416, Gonzaga, Vespasiano ; 350,
Forselene, Guiglielmo, obispo ; 21, Golisano, conde de ; 159,173,
Foti, Francesco ; 345, González de León, Fernando ; 555
Francisco I, rey de Francia ; 144,174,175,186. González de Mendoza, Pietro ; 190,

Goselini, Guiliano ; 190,o
 Gracián, Baltasar ; 383,
 Graffeo, Mario ; 369,
 Gravina, ; 446,
 Gregorio XII, papa ; 47,
 Gregorio XIII, papa ; 239,
 Gregorio XV, papa ; 344,
 Gregorio, Pietro di ; 378,
 Grimaldi, Juana ; 382.
 Grimaldi, Onorato ; 382
 Grua Talamanca, Vincenzo de la ; 490,
 Guasch, José, obispo ; 515,519,
 Guillermo I, rey de Sicilia ; 118,242,
 Guillermo II, rey de Sicilia; 118,242,
 Guillermo III de Inglaterra ; 459,
 Gustavo Adolfo, rey de Suecia ; 349,
 Guzmán , Paolo de ; 269,
Guzmán Enrique de, conde de Olivares;
 267,269-275,
Guzmán, Aniello de ; 451-454,455,457,558
 Guzmán, Félix ; 454,
 Guzmán, Leonor de ; 262,
 Guzmán, Luis de, músico ; 167,
 Guzmán, Niccolò ; 451,
 Guzmán, Pedro de ; 269,
Guzmán, Vincenzo de 377-380,556,
 Guzmán. Luisa Francisca de ; 358,

H

Habsburgo, familia ; 230,500,514,
 Habsburgo, Maximiliano de ; 230,
 Halcón, Fátima ; 555,
 Haro y Guzmán, Luis de ; 364,
 Hassan, Muley ;181,191,192,
 Herrera García, Francisco Javier ; 555,
 Herrera, Inés ; 132,
 Hernando Sánchez, Carlos José ; 547
 Higgins, Thomas ; 430,
 Higgins, William ; 415,
 Hilliar, Sir James ; 461,
 Hinojosa, Pedro de ; 27-29,3138,,41,46,
 Hojeda, Diego de ; 153-154,
 Homero ; 293,
 Hood, Robin ; 271,

Hortega, Pedro ; 82,
 Hoyo , Luis del ; 434,437,440,441,
 Humboldt, Alexander von ; 447,
 Huratdo de Mendoza, Diego ; 226,
 Hurtado de Mendoza, Felipe; 60,
 Hurtado de Mendoza, Francisco ; 57,
Hurtado de Mendoza, García ; 57,62
 64,114,115-123,
Hurtado de Menoza Andrés; 55-70,115,
 Hurtado, Álvaro ; 232,
 Hussein, Sadam ; 382,

I

Ibarra, Diego de, almirante ; 448,449,450,
 Icarte, Francisco ; 169,
 Icarte, Luis ; 169,
 Imperatore, Gian Vincenzo ; 174,
 Imperatore, Federico;174,
 Imperatore, Francesco ; 174,
Infantado, duques del; 394,
 Ingrassia, Giovanni Filippo ; 242,
 Inocencio IX; 471,
 Inocencio X, papa ; 368,404,
 Inocencio XI ; 473,498,
 Inocencio XII, papa ; 498,
 Iriarte, familia ; 498,
 Iriarte, Pascuak de ; 243,
 Irizarri, Fermín ; 340,
 Isabel Clara Eugenia, princesa ; 287,
 Isabel II, reina de España ; 523,
 Isabel, la Católica ; 37, 43,108,123,131,
 132,140,144,171,343,
 Iturbide, Agustin ; 462,
 Iturralde, Juan Francisco ; 329,
Iturrizarra, Bernardo de ; 2219-226,
 Iturrizarra, Catalina ; 226,
 Iturrizarra, Manuela ; 226,

J

Jacobo I de Inglaterra ; 316,
 Jaime I, el Conquistador ; 116,
 Jaime II, rey de Mallorca; 73,
 Jaime III rey de Mallorca ; 75,
 Jaime Gómez, José ; 557,

- Jaime Loren, José María ; 557,
 James, pretendiente de Escocia ; 521
 Jiménez de Cisneros, Francisco, cardenal ; 17
 Jiménez Pablo, Esther ; 546,550,551,557,55
 Joao VI de Portugal ; 297,
 Jorge I, rey de Inglaterra ; 519,520,
 Juan II, rey de Castilla ; 43,53,73,122,131,5
 Juan VIII, el Paleólogo, papa ; 77,78,
 Juan XXIII, papa ; 47,
 Juan, duque de Braganza ; 356,358,
Juan, duque de Peñafiel ; 32,33-37,39,48,
 543
 Juana II o Giovanna., reina de Nápoles, 20,
 32,33,36,37,45,63,84,91,
 Juana, hija de Juan de Austria ; 288,
 Juana, reina de España ; 140,141,157,171
 172,18
 Juana, reina de Navarra ; 104,
 Judice, Niccolò ; 497,
 Judice, Francesco ; 498,
Judice, Francesco del, cardenal ; 497-504
 560
 Julio II, papa ; 149,
 Julio III, papa ; 202,249,
- K
- Khair, ; 196,
 Kuslin, Aga ; 218,
- L
- Ladvocat, abate ; 556,
 Ladislao, príncipe de Nápoles, 20,32,
 Ladislao, rey de Nápoles ; 32,
 La Favara, marqués de la ; 219,
 La Grava, protonotario ; 513,
 La Lumia, Isidoro ; 317,553,
 La Matina, Diego ; 411,412,
Lamoral, Claudio, príncipe de Lignè ;
 431-437,439,558,
 Lancaster,familia ; 297,
 Lancia, Giovanni Giorgio ; 271,272,
 Landolina, Vincenzo ; 410,
- Landriani, Francesco Giuseppe** ;
 235-237,
 Langravio d' Assia, Filippo ; 235,
 Lanuza, familia ; 137,
 Lanuza, Ferrer ; 137,
 Lanuza, Manuel ; 547,
Lanuza, Juan de ; 137,547,
 Lanza, Giuseppe ; 480,
 Lanza, Ottavio ; 411.
 La Placa, Pietro ; 535,
 La Rocca, Michele ; 548,
 La Rochefoucauld ; 479,
 Lascaris, Paolo ; 403,404,
 Lavagna, Gianbattista ; 323,
 La Valetta, Giovanni de ; 207-209,
 Leganés, marqués de ; 356,
 Legnano de Gattinara, Lucrecia ; 319,
 Leiva, Pedro de ; 283,
 Lemos, conde de ;
Lemos, conde de ; 305,486,
 Lemos, Mencía de ; 393,
 Leo, Orlando di ; 125,
 León X, papa ; 144,
 León. Martino de, obispo ; 394,408,
 Leone, Michele de ; 326,553,
 Leopoldo I, emperador de Austria ; 427,
 Lerma, duque de ; 285,287,288,303,304,307
 319,324, 347,362,363,
 Leti, ; 312,314,
 Lima, Bernardino ; 278,
 Linde, Luis María ; 553,
 Lipari, padre ; 446,
 Lobkovitz, príncipe ; 526,533,
 Lomelin, Niccolò ; 168,
 Longo, Francesco María ; 283,339,
 López Cartés, Juan ; 423,
 López de Chinchilla ; 133,
 López de Cisneros, Juan ; 412,
 López Pacheco, Francisco ; 297,
 Loyola, Ignacio de ; 200,253,
 Luca Barberio, Giovanni ; 146,-149,
 Lucio de Espinosa, Félix ; 479,
 Luigi di Mastro, Antonio ; 329,
 Luis XI de Francia ; 325,

- Luis XII, rey de Francia ; 145,163,176,
 Luis XIII, rey de Francia ; 363,
 Luis XIV, rey de Francia ;385,417,446,453,462,464,468,476,478,481,483,500,503,505,5
Luna Sandoval, Catalina ; 319,
 Luna, Álvaro de ;21,53,261,
 Luna, Antonio de ; 99
 Luna, Brianda de ; 85,84,
 Luna, Eleanora ; 130
 Luna, familia ; 86,99,175,179,
 Luna, Gian Vincenzo ; 130,
 Luna, Giovanni ; 166,
 Luna, Pedro de, papa ; 46,47,125,
 Luna, Segismundo ; 130,175,
- M**
- Maffei, marqués de ; 518,519,
 Mahomet II ; 99,126,
 Malone, Giovanni ; 104,
 Mammana, Giacomo la ; 327,
Manrique de Lara, Luisa ; 281,
Manrique de Lara, María Luisa ; 350,
 Marche, Jaume de la ; 36,
 Marchese, Placido ; 489,
Marcillac, conde de ; 526,527,
 Margarit, Bernardo, obispo ; 127,
 Margarita María, infanta de España; 427,
 María Teresa, infanta de España ; 417,
 María, hija de Alfonso V ; 58,
 María, reina de Castilla ; 90, 92,93,
 Mariana de Austria, reina; 346,348,423,432, 456
 Mariana, padre Juan de ; 54,55,70,87,163,545
 559
 Marino, Próspero ; 411,
 Martín I , el viejo ; 22,27,48,75,85,361,
 Martín II, el joven, rey de Sicilia, 19-26,32,48
 125,159,179,231,
 Martín V, papa ; 46,47,55,75,
 Martín Velasco, Margarita ; 481,559,
 Martinelli, Francesco ; 436,
 Martínez Hernández, Santiago ; 557,
 Martínez de Peralta, Pedro ; 33,
- Martínez Rubeo, Pedro,** obispo de Palermo;
 407-414,416,417,557,
 Martone, Michele; 363,
 Marullo, Cesare, arzobispo ; 250,
 Marzo, Giaocchino di ; 267,547-560,
 Massimo Carlo, Giannini ; 558,
 Mascica, Pietro ; 396,
 Massaniello, Tomasso ; 367,368,371,384,
 Mattei, marqués de ; 386,387,
 Maurolico, Francesco ; 29,140,160,200,203,259,
 543-549,
 Mavarenga, Andes ; 33
 Mavarenga, Giovanni ; 33,
 Maya, capitán ; 553,
 Mazarino, conde de ; 197,390,
 Mazzara, arzobispo de ; 227,
 Mazzarino, cardenal ; 386,
 Medici, familia ; 143,185,
 Medico, Giovanni dello ; 107,
 Medinaceli, duque de ; 204,253313,,498,499,
 Medinaceli, familia ; 416,
 MedinaSidonia, duque de ; 253,358,
 Medinasidonia, familia ; 454,
Melo, Francisco de ; 355-359,555,
 Melzo, condes de ; 381,
 Mendoza Pedro de, cardenal ; 393,
 Mendoza, Álvaro, duque del Infantado; 133,
 Mendoza, Elvira de ; 445,
 Mendoza, familia de ; 445,
Mendoza, Rodrigo de ; 393-397,556,
 Mercy, conde de ; 521,522,
 Merlotti, Andrea ; 554,
 Messina, Pietro di ; 560
 Migliazzo, Ignacio ; 435,
 Milán,duque de ; 64,77,
 Miserendino, barón de ; 253,
 Miserendino, baronesa de ; 253-255,
 Misilmeri, duque de ; 327,330,
 Misilmeri, duquesa de ; 345,
 Modica, Gualtiero II de ; 361,
 Mogonì, maiscal ; 511,512,
 Mohac, Gualtiero de ; 361,
 Mohamed, bajá ; 312,
 Molina, Tirso de ; 308,

- Moncada, Antonio ; 298,351,
 Moncada, Antonio de ; 30,
 Moncada, familia ; 179,248,
 Moncada, Francesco, conde de Castalnisseta 272
 Moncada, Giovanni de ; 28,
Moncada, Giovanni Tomaso de ; 111,186, 190
Moncada, Giuglielmo de ; 49,55-58,65,544,
Moncada, Hugo de ; 151-169,199,200,203,
 Moncada, Isabel de ; 183,223,
Moncada. Luis Guillén de ; 351-353,356, 555
 Moncada, Pedro de ; 163,
 Moncada, Raimondo de ; 48,
 Moncada, Raimundo ; 84,
 Moncada. Luigi ; 348,
Moncayo, Juan de ; 101-104,125,545,
 Mongia, Emmanuele ; 429,
 Mongitore, Antonino ; 148,226,428,479,485, 487,488,489,491,500,507,526,533,546-560
 Monroy, Cristóbal de ; 308,
 Monroy y Silva, Cristóbal de ; 553,
 Montalto, Francesco de ; 262,
 Montaperto, Francesco ; 475,
 Montblanc, duque de ; 26,
Monte Allegro, marqués de ; 377-380,384,
 Monte Sarcio, príncipe de ; 448,
 Montealegre, marqués de ; 533,
 Montefeltro, Guidobaldo de ; 164,
 Monteleone, duques de ; 394,396,545,
Montemar, conde de ; 525-527,530,
 Morales, José Miguel ; 548,
 Morgan, Henry; 233-234,484,
 Morlanes, Gil ; 109,
 Mosca, Isabella ; 361,
Moscoso, Isabel ; 339.341,
Moura, Leonor de ; 451-454,455,
 Muley Mahomed ; 243,
 Muley, Amida, príncioe ; 241,242,243,251,
 Muratori, Ludovico Antonio ; 253,
 Muro, Esteban ; 437,
- N
- Naen, Jean de ; 448,449,
 Narbona, Guiglielmo III de ; 25,
 Naselli, Baltasare ; 300,
 Nastassi, Ignacio ; 430,
 Natale, Lorenzo de ; 328,
 Nava, Álvaro de, almirante ; 139,
 Nava, Gutierre de, almirante ; 64,65,
 Navarra, Antonio de ; 326,
 Navarra, Lionelo de ; 21,
 Navarro della Reteghi, Antonio ; 326-32
 Navarro, Pedro ; 152,153,
 Navone, Giulio ; 246,
 Neoburgo, Mariana, reina de España ; 4
 Negre Pastell, Pelayo ; 545,
 Nicolás V, papa ; 90,92,99,
 Nider, Valentina ; 559,
 Nithard, Juan Everardo ; 447,461,
 Nola, duque de ; 70,
 Novelli, Pietro ; 352,
 Nunzio, Rosalia ; 544
- O
- Oddi, Giulio ; 404,
 Oddi, Muzio ; 382,
 Oddi, Muzio ; 382,
 Odesclachi, Paolo ; 232,
Olivares, conde de ; 255,322,324,
 Olivares, conde duque de ; 308,324,331,347 348,356,359,362,364,375,382,383,
 Olivares, familia ; 416,
 Oñate, conde de ; 387,389,391,
 Opezzinghi, Pietro ; 390,
 Orange, príncipe de ; 448,
 Orleans, Aumale, Enrique ; 426.
 Orleans, María Luisa, reina de España ; 478
 Orsini, familia ; 63,151,248,253,262,
 Orsini, Flavio ; 500,
 Orsini, Girolamo ; 254,

- Orsini, María Felice** ; 253,254,255,
Orsini, Paolo ; 262,
Ortiz de Espinosa, Juan Bautista ; 408,
Orueta Colorado, Luis de ; 557,
Osorio Pimentel, María ; 215,
Osorio, Leonor ; 200,
Osorio, Luis de ; 211,
Osorio; familia ; 445,
Osuna, duque de ; 263,301,305,321,347,351,
403
Ovidio ; 350,
Ozanam, Didier ; 560,
- P
- Pablo V, papa ; 297,344,
Pacheco, Juan Francisco ; 475-
Pacheco, Pedro, cardenal ; 217,
Pacheco, pretor ; 436,
Palafox, Jaime, obispo ; 471,472,473,474,511,
Palencia, Alonso de ; 132,
Paleólogo, Demetrio ; 78,
Pallars, conde de ; 122,
Pamplona, Vincenzo ; 513,
Panatella, Gabriello ; 386,387,
Pandolfina, Giacomo ; 175,
Pantelleria, príncipe de ; 489,
Paola, Francesco de ; 176,
Paolini Siciliano, Pietro ; 460,
Paolo IV, papa ; 205,206,253,
Papè, Hugo ; 453,
Pappa, Giovanni ; 363,
Pardo Manuel de Villena, Alfonso ; 404,
557
Parisi, Francesco ; 346,
Parisi, Pietro ; 271,
Partanna, príncipe de ; 369,
Paruta, Filippo ; 227,241,266,
Paruta, Filippo ; 309, 316, ;
Paruta, Paolo ; 69,
Paruta, Ruggiero ; 67,69-72,545,
Paternó, Giovanni ; 149,
Pedro de Portugal, rey ; 122,
Pedro I de Castilla ; 262,
Pedro II de Aragón ; 28,
Pedro IV, el Ceremonioso ; 21,22,41,75,
Pellegrino, Gregorio ; 419,
Pellegrino, Vincenzo ; 419,
Pensabene, Niccolò ; 501,513,521,
Peralta, Guglielmo ; 113-118,
Peralta, Niccolò ; 28,109,
Percolla, Vincenzo ; 233,
Perdito, Francesco ; 373,
Perea, Oscar ; 132,
Perelló, Pietro ; 99,100,
Perelló, Raimundo ; 44,
Perellós, Raimondo de ; 81-84,545,
Pérez de Corella, Ximén ; 82,
Pérez de Heredia, Sancha ; 86,
Pérez de Urrea, Ruy ; 85,
Pérez, Antonio ; 137,
Perolli, familia ; 175,
Perolli, Giacomo ; 176,
Persio, Flaco A ; 260,
Pertuso, Pietro ; 372,
Pesce, Giuseppe ; 390,
Petrarca, Rancesco ; 233,
Petrucci, Franca ; 551,
Piali, bajá ; 210,
Pietraperzia, Girolamo ; 195-198,236,317,
Pietraperzia, príncipe de ; 433,
Pignatelli, Antonio ; 498,
Pignatelli, Ettore ; 161,171-178,180,394,548
Pignatelli, Fabrizio ; 394,
Pignatelli, familia ; 498,
Pignatelli, Girolama ; 394,
Pignone, Marcello ; 212,
Pilo, Girolamo ; 489,
Pimentel, Antonio ; 335,337-339,554,
Pimentel, Diego ; 313
Pimentel, Enrique ; 338,339,341-342,554,
Pimentel, Juan Alfonso de ; 337,
Pimentel, María ; 274,
Pino, Pedro del ; 429,435,
Pío V, papa ; 232,247,
Pirri, Rocco ; 49,
Piscibus, Giovanni, obispo ; 88,
Platamone, Alejandro ; 374,
Platamone, Battista ; 69-72,545.
Pocili, ; 370,

Podio, Giovanni de ; 45- 48,543,
Pointis, baron de ; 484,
Ponce de León ; Manuel ; 251,
Ponce de León, familia ; 445,
Ponce de León, Rodrigo ; 383,
Portocarrero, Luis Fernández, cardenal ;
455,456,459-460,462,505,506,558,
Portugal, Juana de ; 281,
Portugal, Leonor de ; 92,
Potenzano, Carlo ; 350,
Potomia, Lorenzo ; 390,
Prades, conde de ; 452,
Prades, familia ; 179,
Prescimone, Giuseppe ; 481,
Próspero Felipe, infante de España ; 410,
Pujades, Guglielmo ; 113-118,
Roales. Francisco ; 331,
Rodano, Francesco ; 326,
Rossa, Battista de la ; 329,
Putzulu, P. ; 546,

Q

Quirino, Romulo ; 253,
Quevedo, Francisco de ; 307,316,
Quintana, Rodrigo de ; 464,468,469,

R

Raccuglia, conde de ; 477,
Raffaelli Cammarota, Marina ; 557,
Ram, Domenico ; 33,39-41,543,
Rama Patiño, Luz ; 546,554,
Randzzo, Santi María ; 543,
Reb, Rodrigo de ; 65,
Redin, Martín de ; 403-406,557,
Reggio, Fabrizio ; 430,
Reggio, Luigi ; 469,
Reggitano, Giovancola ; 158,
Reggitano, Stefano ; 304,305,
Regio, Stefano ; 373,
Reguetta, Martino della ; 513,
Requesens, Berenguer ; 73,

Requesens, Bernardo de ; 73-79,101,
103-107,545
Requesens, Castellana de ; 143,
Requesens, familia ; 73,106,
Requesens, Francesc ; 73,
Requesens, Galcerán ; 143,
Requesens, Garcerán ; 74,
Requesens, Giuseppe ; 390,
Requesens, Isabel de ; 143-146,248.
Requesens, Luis de ; 73,106,155,
Retana, Juan de ; 471,
Retana, Giovanni ; 226,231,
Ribera, José de ; 316,
Ribera, Pietro de ; 181,
Ribot García, Luis ; 558,
Richelieu, cardenal ; 362,
Riggio, Lisi ; 236,
Riggio, Stefano ; 475,
Rivero, Rodríguez, Manuel, 552,
Rocabertí, vizconde de ; 122,
Rocca, marqués de la ; 346,
Rodriguez Villa, Antonio ; 426,
Roger de Pallars, Hugo ; 116,
Rois de Lihori, Beatriz ; 86,
Romano Giulio, pintor ; 144,
Romano, Bartolomea ; 56,
Rosa, Giovanni Battista ; 345,553,
Rossi, Pietro ; 490,
Rosso Spadafora, Antonio ; 97-100,545,
Rosso Spadafora, Beatrice ; 128-130,
Ruano, Juan de, obispo ; 504,
Rubio Masa, Juan Carlos ; 552,
Ruffo, Marco Antonio ; 75,
Ruggiero II, rey de Sicilia ; 361,
Ruggiero, Arnaldo ; 45-48,543,
Ruiter, Adriano ; 448,
Ruiz de Castro, Fernando ; 319,
Ruiz de Castro, Francisco ; 319,
Ruiz de Castro, Francisco, conde de Lemc
319-322,346,553,
Ruiz de Castro, Pedro ; 319,
Ruiz de Lihori, Sancho ; 25,28,30,31,36,
Ruiz Rodríguez, Juan Ignacio ; 556,

Ruscelli, ; 249,
Russo, María Antonieta ; 130,546,

S

Sabatiano, Demetrio ; 339,
Sabia, Federico ; 411,
Saboya, Amadeo de ; 77,
Saboya, Anna de ; 516,
Saboya, Carlo Emmanuele de ; 263,
Saboya, familia ; 509,
Saboya, Filiberto de ; 304,313,322-332, 338,339, 409,
Saboya, María Luisa de , reina ; 500,
Saboya, Victor Amadeo ; 519,520,
Saboya, Vittorio Emmanuele ; 516,
Salcedo, Luis ; 458,
Salinas, Antonio ; 58,
Saita, A ; 550,
Salustio ; 246,
San Martino, marqués de ; 455-458,
Sances, Ludovico ; 182,
Sánchez Martín, Juan Luis ; 558
Sánchez Ruiz, Marina ; 554,
Sanceta, Giuseppe ; 294,
Sande, Álvaro de ; 219,
Sandoval y Uceda, Luisa de ; 362,
Sandoval, Antonio ; 299,
Sandoval, Isabel de ; 475,
San Filippo, Matteo ; 553,
Sanguesa, comendador de ; 162,
Sansetti, Vincenzo ; 477,
Sanseverino, Diana de ; 56,
Sanseverino, Ferrante ; 249,
Sansone, pirata ; 321,
Santa Cruz, marqués de ; 457,
Santa Lucía, duque de ; 411,
Santapace, Ambrosio ; 190,193,195-198, 549
Santapace, Antonia ; 195,196,198,
Santapace, Dorotea ; 196,197,
Santapace, familia ; 196,
Santapace, Giovanni ; 195,
Santapace, Hugo ; 195,199,
Santapace, Matteo ; 159,179,

Santapace, Pietro ; 196,
Santapace, Poncio ; 190,195,
Santapace, Raimundo : 128,
Santiesteban del Puerto, conde de ; 467,
Santo Stefano, conde de ; 534,
Sanz Ayan, Carmen ; 559,
Sanzio, Rafael del ; 144,248,
Sartirana, conde de ; 456,
Sástago, conde de ; 525,
Scarcialupo, Gian Luca ; 172,
Scarly, Anthony ; 300,
Sciafani, Margarita ; 56,
Sciafani, Mateo ; 56,
Scichione, Giuseppe ; 549,
Scalisi, Lina; 550,
Scimeca, ; 386,
Sclafani, conde de ; 134,
Sebastiano, Bartolomeo, obispo ; 213,
Securo, Nuco, príncipe de Taranto ; 55,
Segismundo, emperador ; 47,
Settimo, Carlo de ; 235,
Settimo, Gieronimo ; 298,
Settimo, Girolamo di ; 329,
Settimo, Hipolita de ; 235,
Sforza, familia ; 75,143,151,164,185,248,381,
Sforza, Francesco ; 84,87,88,
Sforza, Giovanni ; 83,
Sforza, Guido ; 254,
Siculiana, barón de ; 290,
Signorotto, Giovanni ; 383,548,
Silva, Fernando de ; 208,209,
Silva, María de ; 394,
Sinám, bassá; 211,278,283,
Sixto IV, papa ; 126,127,
Sixto V, papa ; 270,
Smith Mack, Denis ; 558,
Solimán, el Magnífico ; 155,178,186,187, 203,205,208,
Somelin ; 168,
Soria, Diego ; 440,441,442,
Sortino, marqués de ; 290,304,
Sortino, marquesa de ; 345,
Soto y Aguilar, Diego ; 536,
Spagnolo, Francesco ; 339,

Speciale, familia ; 98,
Speciale, Niccolò ; 49-50,52,53-54,55-58,
 65,544
Speciale, Pietro ; 97-100,
Spìnola, Carlo Filippo ; 509-516,
Spínola, Carlo Filippo, duque de Sesto ;
 509-516,559,
 Spínola, Francesco ; 67,
 Spinola, Giovanni Battista ; 490,521,
 Spínola, Pedro ; 509,
 Staraci, Giovanni Vincenzo ; 263,
 Statella, Giacomo ; 176,
Suarez de Figueroa, Lorenzo ; 287-291
 552

T

Tabutano, Niccolò ; 104,
 Tacito, Cornelio; 316,
 Talamanca, Vincenzo; 266,
 Tamalio Raffaello, 548,
 Tapia, Juan ; 91,
 Taranto, príncipe de ; 63,
 Tarsina, Cataldo ; 210,
 Tarsino, Cataldo ; 220,
 Tasso, Torcuato ; 30,274,293,316,
 Tedeschi, Niccolò, obispo ; 514.-516,
 Tedesco, Anna ; 559
 Téllez de Girón, familia ; 132,
Téllez de Girón, Juan, duque de Osuna ;
 399-401,556,
Téllez de Girón, Pedro, duque de Osuna ;
 305, 307-318,553,
 Tenda, Beatrice Lascaris di ; 66,254,
 Tensillo, Luigi ; 220,
 Tito Livio ; 246,
 Tocco, Giovanni del ; 129,
 Toledo y Colonna, Juana de ; 337,
Toledo, Fadrique de ; 437,444.445-450,551
Toledo, García de ; 152,202,211,215-221,
 226, 445,549,
Toledo, Pedro de ; 193,445,
 Tolosa, conde de ; 503,
 Tomasso, Lorenzo di ; 442,
 Tornatore, Antonino ; 460,

Torribus, Martinus de ; 43-44,543,
 Toscana, duque de ; 422,423,427,506,
 Trastamara, dinastía ; 65,
 Tremouille , Anna de la ; 517,
 Tourenne, vizconde de ; 385,
 Trípoli, bajá de ; 432,
 Trivulto, Scaramuccia ; 381,
 Trivulzio, Antonio ; 381,
Trivulzio, cardenal ; 379,381-388,556,
 Trivulzio, Carlos Manuel ; 382,
 Trivulzio, Catalina ; 382,
 Trivulzio, Ercole ; 382,
 Trivulzio, familia ; 381,
 Trivulzio, Octavia,; 382,
 Trivulzio, Teodoro ; 375,379.
 Triziano, Liporio ; 428,
 Tudor, María reina ; 204,229,287,
 Tumén , Muley ; 139,
 Tumminaro, Leonardo ; 278,
 Turribus, Ludovico, obispo ; 242,
 Turrilis, Raimundo de ; 29,
 Tursio, Manfredo de ; 220,

U

Uceda, duque de ; 403,475-482,499,
 Ugarre, Lázaro ; 373,
 Ullichialli, corsario ; 208,211,218,251,
 Ulloa Luis de ; 389,
 Ulloa, familia ; 416,
 Urbano VI, papa ; 47,
 Urbano VIII, papa ; 338,344,348,349,350
 Urrea, Ximeno de ; 85,
 Urríes, Carlos de ; 162,
 Ursinos, princesa de los ; 482,517,

V

Vacuadono, Diego ; 21,
 Valbelle, caoitán ; 443,
 Valdaura, Eufrosina ; 254-256,
 Valdina, Pietro ; 390,
 Valenzuela, Fernando de ; 451,452,456,
 Valero Díaz, Pedro ; 467,
 Valero, marqués de ; 427,

- Valguarnera, familia ; 196,
 Valguarnera, Giovanni ; 129,196,
 Valguarnera, Mariano ; 345,
 Valguarnera, príncipe de ; 391,
 Valla, Lorenzo ; 31,
 Vallone, Antonio ; 273,
 Valois, Isabel de, reina de España ; 230,
 Valovoir, duque de ; 446,
 Vasto, marqués del ; 167,169,227,
 Vázquez de Acuña, Lope ; 132,
 Vázquez de Acuña, Martín ; 132
 Vázquez de Acuña, Pedro ; 131,
 Vázquez, José Manuel ; 546,554,
 Vázquez de Prada, Valentín ; 555,
 Vega Lope de ; 308,
 Vega, Álvaro de ; 202,
 Vega, Garcilaso de la ; 233,
Vega, Juan de ;197, 199-204,259,
 Velázquez ; Esteban ; 43
 Velázquez, Alfonso ; 43
 Velázquez, Bernabé ; 43
 Velázquez, Catalina ; 43
Velázquez, Fernando ; 43-44,45-48,543
 Velázquez, Ferrán ; 43
 Velázquez, Gutierre ; 43
 Velázquez, Juan ; 43
 Velázquez, Pedro ; 43
 Velázquez; Rodrigo ; 43
Vélez, marqués de los ; 367-375,383,384
 Venables, Robert ; 484,
 Veneziano, Antonio ; 273,274,275,
 Venier, Sebastiano ; 245,247,248,
 Ventimiglia Antonio ; 65,125,126,
 Ventimiglia, Alfonso ; 37
 Ventimiglia, Anna ; 293,
 Ventimiglia, Antonia ; 195,
 Ventimiglia, Antonino ; 485,
 Ventimiglia, Beatrice ; 293,
 Ventimiglia, Constanza ; 37,75,
 Ventimiglia, Diana ; 182,
 Ventimiglia, Enrico ; 294,
 Ventimiglia, Enrico III, 57,126-128,
 Ventimiglia, Ercole ; 58,
 Ventimiglia, familia ; 127,179,
 Ventimiglia, Ferdinando ; 65,
Ventimiglia, Giovanni de ; 29,57-58,65,70
 83,84,125,179,544,
Ventimiglia, Giovanni III; 241,277,278,
 293-295,552,
 Ventimiglia, Giugielmo de ; 173,174,
 Ventimiglia, Giuseppe ; 390
 Ventimiglia, Margarita ; 223,277,
 Ventimiglia, María ; 126,
 Ventimiglia, María Antonia ; 277,
 Ventimiglia, Ruggiero ; 293,
Ventimiglia, Simone ; 159,179-183,190,19
 294,295,
 Ventimiglia, Simone II ; 277,
 Ventimiglia, Carlo ; 374,452,453,
 Vera, Diego de ; 153,
Veragua, duque de ; 468,483-491,
 Verdi, Giuseppe, 19
 Verona. Girolamo de ; 156,
 Vertot, René-Aubert, abate ; 208,219,221,
 226,549
 Vesco, Maurizio ; 549,550,554,
 Veyra, Francesco ; 386,
 Vicari, conde de ; 210,227,
 Vignacourt, Aloy de ; 320,
 Vilaragut, familia ; 75,
 Villafiorita, princesa de ; 345,
Villafranca del Bierzo, marqués de ; 437
 Villamarí, Bernardo, almirante ; 143,144,
 Villapaterna, Francisco ; 405,
 Villareal, duque de ; 408,411,
 Villedieu, marqués de ; 452,
 Violante, hija del rey Martín el Joven, 20
 Violante, reina ; 54,
 Virgilio ; 271,293,
 Visconti Sforza, Orsina ; 383,
 Visconti, Filippo María, duque de Milan ; 6
 65-67,76,87,88,
 Vitale, Pietro ; 513,
 Vitelli, familia ; 151,
 Vitrano, Francesco ; 422,
 Vivonnè, duque de ; ,442,443,446,447,468,
 Vizcaíno, Juan ; 169,

ÍNDICE ONOMÁSTICO

W

Wager, Charles; 284,
Wall, Ricardo ; 416-

X

Ximenez de Urrea, Juan ; 48,
Ximénez de Urrea, Lope ; 82,83,85-95,97,
99-101,103,105,107-109,111,113,117,545,
Ximénez de Urrea, Lope, hijo ; 86

Z

Zenete, marqués de ; 393,
Zapperi, Roberto,; 231,
Zumo, Giovanni ; 411,
Zurita, Jerónimo, 20,25,31,34,63,70.71,83,85,
103,105,117,141,543-546,

ALGUNAS EQUIVALENCIAS
DE NOMBRES

Lope Ximénez de Rueda
Bernardo de Requesens
Juan Ramón Folch de Cardona
Fernando de Acuña
Ramón de Cardona
Ettore Pignatelli

Giovanni de Ventimiglia
Ferrante Gonzaga
Juan de la Cerda y Silva
García de Toledo
Carlo de Aragona
Giovanni Alfonso Bisbal

Diego Enríquez de Guzmán
Enrique de Guzmán
Bernardino de Cárdenas
Lorenzo Suárez de Figueroa
Juan Gaspar Fernández Pacheco
Pedro Téllez de Girón

Francisco Ruiz de Castro
Filiberto de Saboya
Antonio Pimentel
Fernando Fernández de la Cueva
Fernando Afán de Ribera
Luis de Moncada

Francisco de Melo
Juan Enríquez de Cabrera
Pedro Fajardo de Zúñiga
Vincenzo de Guzmán
Rodrigo de Mendoza
Juan Téllez de Giron

Vizconde de Rueda
Barón de Pantelleria
Conde de Prades
Conde de Buendía
Conde de Albento
Conde de Monteleone

Marqués de Geraci
Duque de Ariano
Duque de Medinaceli
Marqués de Villafranca
Duque de Terranova
Conde de Briatico

Conde de Aliste
Conde de Olivares
Duque de Maqueda
Duque de Feria
Duque de Escalona
Duque de Osuna

Conde de Lemos
Príncipe de Oneglia
Marqués de Tavera
Duque de Alburquerque
Duque de Alcalá
Duque de Montalto

Conde de Assumar
Conde de Modica
Marqués de Los Vélez
Marqués de Montealegre
Duque del Infantado
Duque de Osuna

LOS VIRREYES DEL SUR DE ITALIA I, SICILIA

Fernando de Ayala
Francesco Caetani
Francisco Fernández de la Cueva
Claudio Lamoral
Francisco Bazán de Benavides
Fadrique de Toledo

Aniello de Guzmán
Francesco de Gattinara
Francisco de Benavides
Juan Francisco Pacheco
Pedro Colón de Portugal

Juan Fernández Pacheco
Isidoro de la Cueva
Carlo Filippo Spinola
José Carrillo de Albornoz
Henry de Creuzy de Bénévent

Conde de Ayala
Duque de Sermoneta
Duque de Alburquerque
Príncipe de Ligne
Marqués de Bayona
Marqués de Villafranca

Marqués de Castel Rodrigo
Marqués de San Martino
Conde de Santisteban
Duque de Uceda
Duque de Veragua

Duque de Escalona
Marqués de Bedmar
Duque de Sesto
Conde de Montemar
Conde de Marcillac



Los Virreyes del Sur de Italia II (Nápoles 1505-1707)



Luis de Orueta



Los Virreyes del Sur de Italia III (Cerdeña 1505-1707)



Luis de Orueta

Los
Virreyes
del
Sur de
Italia

I Sicilia

Luis de Orueta

